

Ganadores del Certamen Literario de Ciencia Ficción Alberto Magno 2007-2010

José Antonio Gorina

Santiago García Albás

Txomin Romero

José Miguel Sánchez

Irantzu González Uona

Uladimir Hernández Pacin

Óscar Beltrán de Oñalora Mínez, de Antoñana

José Manuel Barandiarán

Jesús Ángel Fález

ARGITALPEN ZERBITZUA
SERVICIO EDITORIAL

www.argitalpenak.ehu.es

ISBN: 978-84-6952-261-5



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologiako Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

eman ta zabal zazu



Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

© Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua
Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco

ISBN: 978-84-6952-261-5

Bilbao, diciembre, 2011

www.argitalpenak.ehu.es

Ganadores del Certamen Literario de Ciencia Ficción Alberto Magno

2007

Primer premio:	Luna de Locos, <i>José Antonio Cotrina</i>	4
Segundo premio:	Delirios de Grandeza, <i>Santiago García Albás</i>	74
Premio UPV-EHU:	Procedimiento de castigo, <i>Txomin Romero</i>	132

2008

Primer premio:	La Parte del Ángel, <i>Santiago García Albás</i>	160
Segundo premio:	Espuelas de Bicrován, <i>José Miguel Sánchez</i>	224
Premio UPV-EHU:	Dioses de Metal, <i>Irantzu González Llona</i>	291

2009

Primer premio:	Tocando las puertas del cielo, <i>Vladimir Hernández Pacín</i>	454
Segundo premio:	El Gran Viajero, <i>Óscar Beltrán de Otálora Mtnez. de Antoñana</i>	520
Premio UPV-EHU:	declarado desierto	

2010

Primer premio:	declarado desierto	
Segundo premio:	Metamorfosis Magnética, <i>José Manuel Barandiarán</i>	569
Premio UPV-EHU:	Sarasola32XY, <i>Jesús Angel Félez</i>	634

Luna de Locos

JOSÉ ANTONIO COTRINA

Prólogo.

Comienzo a escribir esto el día siete de junio del año 331. Me es difícil concebir que haya alguien en todo el Sistema Aurora que ignore lo ocurrido en Nabucco hace menos de un año. Pero no cometeré el error de pensar que mis palabras están ancladas en el tiempo. Aunque pueda precisar claramente el momento en el que empiezo a escribir (Son las veinte treinta, martes, a través de la escotilla de mi camarote veo el baile lento de tres cruceros), me resulta imposible saber cuándo vas a leerlas tú. Por eso, actuaré como si desconocieras los hechos y comenzaré revelándotelos. No quiero que te adentres a ciegas en esta historia. No quiero que los acontecimientos eclipsen en ningún momento a sus protagonistas, porque ellos son lo verdaderamente importante.

Esta es la historia de los tres hombres condenados a trabajar en el inmenso desguace situado en el polo norte de la luna conocida como Nabucco. Ellos eran la única presencia humana allí. El destino, la casualidad o el perverso sentido del humor de los dioses, hizo que una reliquia de gran valor para el imperio Orestes acabara en Nabucco: las cenizas del comandante Gala, el mayor de los siete hermanos que dirigían desde hacía diez años los designios del Sistema Aurora. Dado el exagerado culto a la personalidad que profesan los Orestes, se intentó recuperar de inmediato la urna. Los tres presidiarios se negaron a entregarla. Por tres veces el imperio intentó hacerse con ella y por tres veces fracasó. Tres ancianos dementes pusieron en jaque a la maquinaria militar de los Orestes, la misma que había doblegado una década antes a todo el Sistema Aurora. Finalmente, cayeron derrotados en el cuarto intento. Las cenizas de Gala nunca se recuperaron.

Esa es la historia.

Y no debería ser yo quién la cuente. Hay algo obscuro en ello. Porque fui yo quien mató a los tres presos. Yo terminé con Constanza, Garibaldi y Drago en Nabucco. Cumplía órdenes, pero eso no cambia nada. Los maté a los

tres, sin piedad alguna. Esto debería ser un canto a su memoria, no un insulto a sus espíritus.

—Tú les diste muerte —me contestó el comandante Estuardo cuando le expuse por enésima vez mis reticencias—. Por lo tanto, es tu responsabilidad darles vida de nuevo.

—¿Es una orden? —pregunté entonces.

Lo era. Por eso no me queda más remedio que escribir esta historia, como no me quedó más remedio que matar a sus protagonistas. Siempre cumplo las órdenes que me dan, me gusten o no.

Uno

Pero gracias a los dioses no estoy solo en este empeño. Una voz me acompañará de aquí en adelante: la de uno de los propios presos, Vladimir Constanza. Yo lo maté, pero sus escritos siguen vivos.

Vladimir Constanza comenzó a escribir poco después de su llegada a Nabucco. Lo que al principio fue un hecho puntual y esporádico, no tardó en convertirse en un verdadero rito, algo que se podría definir como una auténtica compulsión. Existen grabaciones de las cámaras de vigilancia en las que le vemos escribir durante horas y horas, sentado al escritorio de su cubículo, sin levantar la vista del papel, sin dudar un instante o detenerse a corregir lo escrito, absorto en la tarea de llenar hojas y más hojas con su letra inclinada y menuda.

Constanza escribía sobre una infinidad de temas. Hablaba del día a día en Nabucco, de las tareas cotidianas a las que se dedicaban los tres presos, de sus compañeros y sus extravagancias; dejaba constancia de los recuerdos de su vida en Rulsaka y en la prisión de Arrabal; también salpicaban sus escritos los pensamientos más inconexos, sus páginas recogen esbozos de filosofías absurdas, poesías surrealistas, dibujos horripilantes y más de tres mil relatos. Él es siempre el protagonista en todos ellos, viviendo vidas y situaciones completamente diferentes a las que le habían condenado a Nabucco. En el más extenso de todos ellos, se retrata como un científico que da con la clave de la inmortalidad en el genoma humano y que es asesinado por sus

compañeros de laboratorio para que no revele su descubrimiento. Piensan que no puede haber nada más terrible para la creación que un ser humano eterno.

Durante veintinueve años, Constanza no faltó a su cita con sus cuadernos y diarios ni en una sola ocasión. A veces la entrada de la jornada se reducía a una sola frase, otras eran decenas de páginas cuya escritura le exigía casi todo su tiempo libre. Sus escritos están compuestos en su mayoría por una increíble diversidad de cuadernos, de todos los tamaños, formas y colores, encontrados a lo largo de tres décadas en las naves desguazadas de Nabucco, pero también escribía en papel higiénico, en el dorso de los informes, en albaranes, en memorándums, en los márgenes de los libros..., en todo lo que tuviera a mano.

La última entrada la escribió sobre la frente del cadáver de uno de sus compañeros. Era una simple pregunta:

“¿Qué sentido tiene todo esto?”

Dos

Vladimir fue trasladado a Nabucco en el año 300. Había permanecido durante diecisiete años en la prisión de Arrabal, donde estaba condenado a cadena perpetua por su participación en las revueltas de Rusalka. Durante dos días, las bandas juveniles de los suburbios se hicieron con el control de buena parte de la ciudad, masacrando a sus habitantes en una orgía de sangre y destrucción liderada por un enano deforme llamado Melville. Aunque no hubo pruebas de que Constanza participara en las matanzas indiscriminadas, sí se pudo demostrar -de forma categórica- que había formado parte de la horda de jóvenes que se habían enfrentado al ejército cuando trataba de sofocar el levantamiento. Diecisiete años después, una computadora escogió al azar su nombre de entre todos los candidatos seleccionables para ocupar el puesto que había quedado libre en Nabucco.

Esta es la primera entrada de su diario:

10-07-300

COMIENZO A escribir este diario en Nabucco, el diez de julio del año 300. Llevo tres meses en esta luna y todavía me cuesta asumir que jamás saldré de aquí. Nunca más habrá cielos azules para el estúpido de Vladimir Constanza, ni días luminosos, ni aire fresco en la cara. Moriré en Nabucco, aunque antes de eso, me volveré loco. Es algo irremediable en este lugar. Son los vapores, el ruido, la radiación, la mezcla de todo eso, o qué se yo... Sea como sea, Nabucco enloquece a los hombres, a todos sin excepción. Y esa es una de las razones que me llevan a escribir este diario. Según James, el único modo de retrasar la locura es obsesionarte hasta la locura con algo. No tiene sentido, por supuesto. Pero es que James está loco.

No me engaño: merezco estar aquí. Eso es algo que sí he podido asumir, he tenido muchos años para hacerlo. También es cierto que la mala suerte se cebó conmigo. Las cosas hubieran sido diferentes de no ser por la cámara que me enfocó en el momento menos oportuno.

Nací hace treinta y nueve años en Rusalka, la quinta luna de Armida, en el seno de una familia humilde pero digna. Mi padre murió al poco de nacer yo y mi madre fue incapaz de domarme, a los quince años vivía en las calles y era adicto a tres drogas diferentes. A los dieciocho me uní a una de las muchas bandas de delincuentes que pululaban por la periferia de Rusalka. Quería divertirme y las bandas ofrecían una buena oportunidad para ello. Sexo, drogas y violencia, ¿quién podría resistirse a tan mágico cóctel? Vladimir Constanza no, desde luego. Robábamos en los suburbios, vivíamos enganchados a todo lo que merecía la pena engancharse y no creíamos en nada más que en nosotros mismos.

Hasta que llegó Melville, el grotesco enano salido de dios sabe dónde, que unificó bajo su mando a todas las bandas de Rusalka e hizo de su credo el nuestro. Nos reuníamos en pabellones repletos de vapores alucinógenos para escucharle. Melville era una criatura de ojos grandes y labios hinchados, de apenas un metro de alto, con los brazos atrofiados, las piernas torcidas y una cabeza tan deformada que parecía encasquetada a su cuerpo a martillazos. La malformidad y las mutaciones eran frecuentes en los descendientes de los que viajaron en los departamentos cercanos a los motores de las naves que nos sacaron del Sistema Solar, la radiación causó estragos en sus genes y Melville era una buena prueba de

ello. Era una criatura horrible, un engendro que por algún capricho del destino había sido dotado con una capacidad de liderazgo y un carisma mayúsculos. A pesar de su talla, Melville era un gigante. Y un psicópata.

—¡Qué nuestra existencia signifique algo! ¡Qué merezca la pena! — exclamaba desde su atril. Sus diatribas podían durar horas—: ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡Trescientos años después de nuestra llegada a este sistema nuestros mundos ya hieden! ¡Caminamos por el fango y respiramos aire contaminado mientras en las grandes ciudades nadan en la abundancia! ¡Queríamos una nueva utopía y lo que tenemos ahora es el mismo horror que dejamos atrás! ¡Basta! ¡Yo digo basta!, ¿qué dioses o qué destino pervierten a la humanidad para que el poder siempre acabe en las manos de locos irresponsables? ¡Enseñemos los dientes a la civilización! ¡Démosles lo que se merecen!

Melville se veía a sí mismo como el caudillo de una tribu bárbara que hostigara a un caduco y perverso imperio. Sus ideas eran incendiarias, su carácter impetuoso. No es por tanto de extrañar que nuestras incursiones se fueran haciendo cada vez más violentas. Yo no quería revolución. No quería sangre en mis manos. Tan solo quería divertirme, lo juro. Y eso quizá me hace aún peor que el resto de los seguidores de Melville. Al menos a ellos les movía algo, creían en el mensaje intrínseco de los delirios de su líder (cambia el mundo, deja huella, haz que merezca la pena...), aunque éste lo hubiera retorcido hasta convertirlo en una parodia. Yo simplemente me dejé arrastrar. Quizá debería obviar mi participación en los acontecimientos sangrientos que fueron el clímax de aquel movimiento de Melville, pero ¿qué clase de persona sería si mintiera en mi propio diario? Puede que no participara en las incursiones, ni en las matanzas de familias en los suburbios, pero no abandoné cuando supe lo que Melville estaba haciendo, y luché como el que más cuando el ejército nos aplastó.

No soy un buen hombre. Tomé un camino equivocado, eso es innegable. Tras la derrota, me cargaron de cadenas y me metieron de por vida en la cárcel de Arrabal. La diversión terminó para mí. Tenía veintidós años. No se me pudo implicar en los asesinatos a sangre fría que cometieron Melville y los suyos, pero entre las grabaciones que se presentaron en el juicio había varias en las que se me veía luchando denodadamente contra el ejército. En una de ellas en concreto se

observa como un Vladimir Constanza, transmutado en un demonio psicótico y homicida (y ciego de drogas, debo añadir), embosca a una nave de transporte con un lanzallamas y calcina a sus dieciocho ocupantes sin parar de reírse a carcajadas. Las imágenes son impactantes. Se me ve en primer plano durante cerca de dos minutos, el rostro retorcido en una mueca de furia inhumana iluminada por las llamas que escupe el aparato que tengo entre manos. Esa imagen dio la vuelta al Sistema Aurora. Se convirtió en un símbolo de la atrocidad y el salvajismo de aquellos días y me convirtió a mí en enemigo público número uno. Con el tiempo, muchos de los jóvenes que participaron en la revuelta fueron reconvertidos en sujetos útiles para la sociedad, uno de mis amigos de aquel entonces, por ejemplo, es ahora abogado en Medea. Pero yo estaba condenado. ¿Cómo podía haber clemencia para aquel despreciable asesino? Esas imágenes y otras inspiradas en ellas son ahora portada de discos y películas, carteles, anuncios... Me convertí en referente. Da vértigo pensarlo, pero me he convertido en parte de la memoria colectiva. Mi imagen es sinónimo de la barbarie y la crueldad. He logrado más de lo que Melville pudo conseguir. A él lo mató un obús. Yo salgo en camisetas.

Cambia el mundo. Deja huella. Haz que merezca la pena...

Tres

Nabucco es un gigantesco cementerio de naves espaciales. El desguace en sí ocupa mil quinientos kilómetros cuadrados y está situado en el polo norte de la luna. No voy a intentar describirlo, Constanza lo hace mejor que yo, solo diré que es impresionante. Allí van a parar todas las naves averiadas sin esperanza de reparación y las que han dejado atrás su vida útil. En Nabucco son desmanteladas minuciosamente por un ejército de androides; todo lo susceptible de ser reutilizado es arrancado sin piedad y almacenado para su posterior envío a los astilleros de todo el sistema. La presencia del hombre en la luna no es meramente testimonial, como puede parecer en un principio. La capacidad de raciocinio de los androides es limitada y es necesaria la presencia humana para controlar las operaciones, más si cabe si tenemos en cuenta que dadas las condiciones de Nabucco es imposible monitorizar el proceso a distancia.

El desguace fue inaugurado en el año 89 y en un primer momento el contingente humano destinado a las tareas de mantenimiento y supervisión era personal libremente contratado; la plantilla estaba formada por veinticinco personas y se producían rotaciones completas de la misma cada cuatro meses. Esto fue así durante casi treinta años, hasta que alguien se percató de que el índice de mortalidad entre los operarios distaba mucho de ser normal y que además iba en crescendo a medida que transcurrían los años. En tres décadas habían muerto veintiséis personas y enfermado de gravedad otras cuarenta, un número demasiado alto como para achacarlo a la casualidad o a la mala fortuna. Después de arduas investigaciones y un sinfín de reuniones e informes se confirmó lo evidente: las medidas de seguridad que se habían tomado para proteger al personal de Nabucco de la radiación y los gases nocivos procedentes de las naves, estaban lejos de ser las correctas; al parecer los diseñadores de la planta habían subestimado la cantidad de residuos que se iba a producir en el proceso de desmantelamiento de las naves. El estudio también indicaba el gran desembolso económico que representaría reformar Nabucco: haría falta tanto dinero que era más razonable demolerlo todo y construir un nuevo cementerio en otro lugar. En el informe también se apuntaban otras alternativas para mantener Nabucco en marcha y una de ellas fue la finalmente aceptada: destinar presos condenados a muerte o a cadena perpetua al desguace. Las prisiones del sistema estaban hacinadas y los presos matarían, literalmente, por una promesa de libertad, aunque fuera la promesa falsa que representaba Nabucco.

Hicieron falta otros setenta y cinco años y quinientos fallecimientos más, para que varias agrupaciones pro derechos humanos pusieran el grito en el cielo ante lo que calificaron como “exterminio sistemático de presos”. La esperanza de vida media de los reclusos destinados a Nabucco era de apenas tres años. De nuevo se estudió la situación, de nuevo grandes cabezas pensantes orbitaron alrededor de la luna y se devanaron los sesos en busca de una solución. Esta vez se llegó a la conclusión de que resultaba mucho más barato intentar mantener con vida a los presos a base de productos químicos que renovar los sistemas de seguridad. De hecho, varias empresas

farmacéuticas vieron Nabucco como una oportunidad de oro para probar sus medicamentos en cobayas humanas.

La esperanza de vida de los empleados forzosos de Nabucco se fue prolongando poco a poco hasta equipararse con la de resto de habitantes del sistema. En más de cuarenta años el único fallecimiento que se produjo en la luna fue el del preso a quien reemplazó Constanza. Y no fue Nabucco quien terminó con él, fue su propia locura la que le llevó a salir de los túneles de seguridad sin protección alguna. Los avances médicos podían mantener con vida a los trabajadores del desguace, pero nada podían hacer por salvaguardar su cordura. No había antidepresivo, inhibidor, tranquilizante ni píldora mágica capaz de evitar el desorden mental de aquellos hombres. Todos, absolutamente todos, terminaban locos.

12-07-300

EN MIS sueños todavía se me presenta la imagen de Nabucco tal y como la vi por primera vez, desde los cristales sucios de la carlinga de la nave de descenso.

En primera instancia, Fedora, el planeta helado alrededor del que gira Nabucco, ocupó buena parte de mi campo de visión. Luego, de pronto, una porción de la esfera comenzó a inflarse y de ella se desgajó la pequeña luna. Fue como si de aquel planeta muerto hubiera brotado un nuevo astro, una perla calidoscópica engarzada en la noche inmensa, cuajada de tormentas y torbellinos multicolores. La nave traqueteó mientras enfilaba la luna de Fedora. La entrada en atmósfera fue brutal. Mis dientes castañetearon tanto que se me saltó un pedazo de colmillo. El fuselaje crujía y temblaba de modo amenazador, parecía imposible que la nave pudiera resistir tanta tensión, pero a mí no me importaba, estaba demasiado ocupado extasiado con la visión del que iba a ser mi mundo a partir de entonces. Después de diecisiete años rodeado de paredes blancas, aquel espectáculo me dejó sin aliento. Es difícil describir el caos de nubarrones y niebla en el que nos adentramos y la violencia de los torbellinos que se abrieron a nuestro paso. La nave perforó la capa exterior como una bala atraviesa la carne humana, dio un bandazo y descendió bruscamente, presentando su vientre metálico a las

tormentas incandescentes. Tras los cristales, el mundo se pobló de capas y capas de nubes en llamas. Luego llegó la visión de superficie.

Desde el cielo, el desguace parece una inmensa ciudad encantada, poblada de torretas y lagos multicolores. Lo primero que vi entre las nubes tóxicas de baja altitud, fueron cinco navesmadre, elevándose en el centro del desguace como cinco rascacielos oxidados, tan enormes como las navesmadre originales que nos trajeron desde el Sistema Solar al Sistema Aurora hace tres siglos. A su alrededor se derramaban cientos de naves varadas, algunas tumbadas en el suelo, otras alzándose en vertical, con la misma dignidad y solemnidad con que lo hicieron en el momento de su botadura. Charcos de combustible salpicaban las amplias avenidas alrededor de la cuales se disponen los enormes bajeles estelares. Vi naves que no eran más que ramilletes de acero retorcido, víctimas de explosiones internas tan atroces que las habían convertido en flores deformes; otras yacían desparramadas en el suelo, sus distintos módulos separados unos de otros, como segmentos de un insecto mutilado...

Sí, lo recuerdo como si fuera ayer: los bandazos de la nave mientras se aproximaba a la zona de aterrizaje, una minúscula plataforma anexa al domo de habitabilidad, del que surgían como tentáculos los túneles de seguridad; el vuelo de cientos de androides, atareados todos en tareas de desguace, volando de nave en nave como insectos frenéticos; las tormentas, los remolinos fosforescentes, la lluvia ácida zarandeada por rachas de viento huracanado... Yo observaba todo atónito, pegado a la ventanilla para no perderme nada. El paisaje era espeluznante, sobrecogedor.

Y de pronto, vi algo tan fuera de lugar en aquel caos de tecnología arruinada y naturaleza desatada, que creí estar soñando: varias naves estaban cubiertas de pinturas rupestres. Pestañeeé varias veces, incrédulo, convencido de que aquello no era más que un fenómeno óptico o un espejismo provocado por el cansancio del viaje. Pero allí seguían. Ilógicas, fuera de lugar, tremendas, maravillosas, enloquecedoras, gigantescas representaciones que imitaban a las que una vez cubrieron las cuevas donde moró la primitiva humanidad, allá en la lejana Tierra. Aquellas figuras parecían moverse bajo las luces inquietas del cielo.

Mientras la nave desplegaba los campos de contención para aterrizar en la plataforma de anclaje, yo observaba absorto aquella sucesión de gigantescos bisontes y antílopes asediados por rudimentarias figuras humanas, pintados con tonos ocres sobre el fuselaje de las naves. Durante todas las maniobras finales de aterrizaje, mantuve la vista fija en el gran uro que coronaba la cúspide de la nave "Promesa de Medianoche". Sus cuernos retorcidos eran tan largos como la mitad de su cuerpo. Estaba embistiendo a varios hombrecillos que le hacían frente armados con largas lanzas. Un relámpago tremoló en las alturas y por un segundo, a su luz movediza, pareció que el uro daba un violento tirón hacia delante, como si intentara escapar del fuselaje de la nave donde estaba atrapado.

Cuatro

Los compañeros de Constanza durante sus treinta años en Nabucco fueron James Hurtado Garibaldi y Drago Koro. James Hurtado había sido condenado a cadena perpetua por un desagradable asunto de tráfico de drogas adulteradas que habían causado la muerte accidental de quinientas ochenta y seis personas en Armida. Él solo fue uno de los traficantes que distribuyeron la droga, pero dada la gravedad de lo ocurrido y la alarma social generada, hasta el último miembro de la banda dio con sus huesos en la cárcel de por vida. El caso de Drago Koro fue todavía más notable. Era un buscado asesino en serie que había matado a catorce personas en Irmelin, entre ellas a su propio hermano. Siempre actuaba del mismo modo: buscaba víctimas que vivieran solas, se colaba en sus casas y después de aplastarles la cabeza con sus manos desnudas, embadurnaba las paredes de sangre. Tras matar a su hermano se entregó. Las imágenes grabadas por las cámara de seguridad de la jefatura le muestran entrando con las manos alzadas, todavía bañadas con la sangre de su hermano, y con una expresión de absoluta ausencia y desinterés en su rostro. Fue condenado a muerte. Cuando apenas quedaba una semana para su ejecución, el azar quiso que su nombre fuera el elegido para reemplazar a uno de los operarios forzosos de Nabucco. Hubo cierto revuelo por ello, protagonizado sobre todo por los familiares de las víctimas de Drago, pero finalmente el reo acabó en Nabucco.

James Hurtado llevaba ya diez años en la pequeña luna de Fedora cuando llegó Constanza. Drago era todavía más veterano, hacía casi treinta años que vivía allí y superó todos los records de longevidad al pasar otros treinta más. Quién sabe, quizá si yo no lo hubiera matado todavía seguiría allí, eterno y oscuro.

13-07-300

LA PRIMERA vez que vi a James no pude evitar pensar en un espantapájaros que hubiera cobrado vida de pronto y que aún no tuviera muy claro cómo desplazarse. Las puertas de la nave todavía boqueaban a mi espalda removiendo el vapor blanquecino que había bañado la plataforma durante las operaciones de aterrizaje, cuando aquella silueta esquelética vino hacia mí, caminando con sus extraños andares por el túnel de plástico que desembocaba en la plataforma de anclaje. James vestía un mono marrón de cuerpo entero, de aspecto gomoso, con parches en rodillas y pecho, una capucha ajustada y tantas cremalleras en brazos, piernas y torso que daba la impresión de que su traje estaba confeccionado a base de mapas de vías ferroviarias. Llevaba puestas unas grandes gafas polarizadas que le daban un curioso aspecto de insecto maniático. Pronto aquel uniforme se me haría tan familiar como mi propia piel.

El ruido de los motores de la nave era ensordecedor. El espantapájaros me hizo una seña para que avanzara y fui tras él después de coger la pequeña mochila en la que llevaba mis escasas pertenencias. Miré hacia atrás a tiempo de ver como la puerta de la nave volvía a cerrarse. El piloto no parecía querer pasar ni un minuto más de lo necesario en Nabucco, quizá temiera que la visión de tanta astronave hecha pedazos pusiera nerviosa a la que pilotaba.

Seguí el túnel tras los pasos del espantapájaros. Las paredes de plástico del túnel eran transparentes y pude ver el exterior. Avanzábamos por una zona rebosante de niebla purulenta, sobre la que asomaban distintas partes del fuselaje de varias naves, me detuve un instante para contemplar el ala inmensa de una lanzadera que asomaba de entre la niebla como la aleta de un monstruo colosal. En ella habían pintado un mamut lanudo, atravesado por más de una docena de lanzas.

Pronto dejamos atrás el estruendo de los motores de la nave que se preparaba para despegar y nos adentramos de lleno en el fragor ensordecedor y constante de Nabucco. Aún no sabía lo mucho que iba a echar de menos el silencio. En Nabucco todo es estruendo, en el exterior se suceden los silbidos y borboteos, el rugir del viento y las tormentas, el ruido de derrumbe y las explosiones, algunas tan impresionantes que te dejan temblando en el sitio. Este lugar no es para corazones débiles.

Continuamos nuestra marcha por el túnel de plástico. Cada pocos pasos un chorro de vapor emergía de las paredes y nos rociaba. Yo no llevaba más protección que la escafandra y el fino mono de la prisión de Arrabal y sentí un principio de inquietud. Había escuchado cosas terribles sobre Nabucco y estaba convencido de que en aquellos momentos mi organismo estaba siendo sometido a un bombardeo constante de sustancias nocivas. Más nervioso me sentí cuando llegamos al final del túnel y, tras pasar al compartimiento estanco que lo separa de las entradas al domo de habitabilidad, los chorros de vapor fueron sustituidos por una ducha de agua que surgía a tanta presión de los aspersores del techo que dolía. El espantapájaros levantó los brazos y dejó que el chorro de agua le limpiara a conciencia. Le imité. Luego, empapados los dos, pasamos al otro lado del compartimiento. Me indicó una de las dieciocho taquillas que rodeaban la estancia romboidal a la que habíamos ido a parar y procedió a desvestirse con celeridad.

Lo primero que me llamó la atención fue su larga y encrespada cabellera roja y no es de extrañar, contrasta de tal forma con su extrema palidez, que siempre que le veo aparecer de pronto, tengo la impresión de que se le ha incendiado la cabeza. James es de una delgadez casi cadavérica, sus rasgos están tan profundamente marcados que parece que alguien los ha ido repasando uno a uno con insistencia maniática. Sus ojos son enormes y de un color azul extraño, casi ahogado. Lo primero que hizo tras vestirse con una túnica de color verde aceituna fue sacar dos pastillas violetas de una cajita y tendérmelas. No paraba de mover los labios. Pensé que estaba rezando o hablando consigo mismo. Por supuesto no era eso lo que hacía: James siempre tiene la cabeza repleta de complicadas operaciones matemáticas y las murmura sin parar para ayudarse a no perder el hilo.

—Tómatelas cuanto antes. Traga con fuerza y pasaran. Puede que te duela un poco el estómago, pero es normal. Esas cosas son verdaderas bombas químicas —me dijo, hablando tan rápido que apenas comprendí lo que decía—. En la taquilla tienes ropa limpia. Te estará algo grande, pero lo solucionaremos con el siguiente pedido.

Me tomé las pastillas tan rápido que casi me atraganté con una. Nos presentamos mientras me desvestía con movimientos torpes y lentos, no sé muy bien de qué hablamos. Estaba confuso, me zumbaba la cabeza y a cada segundo que pasaba me sentía peor. El viaje, la visión delirante de Nabucco, el ruido constante..., todo se aliaba para aturdirme. Recuerdo la conversación como un ir y venir de sinsentidos, como esas charlas que uno tiene en sueños. Lo único que recuerdo con claridad es que mientras hablábamos, los dedos de James no dejaban de agitarse, parecía estar tecleando en el vacío.

De pronto me sentí mareado y tuve que sentarme en uno de los bancos situados entre las taquillas, con una pernera del pantalón puesta y la otra aleteando a mis pies.

—Tómate tu tiempo, compañero. Necesitas aclimatarte a todo esto, y te aseguro que no será hoy.

Esta misma tarde, más de tres meses después de mi llegada, le he preguntado, después de vomitar por tercera vez, si queda mucho para el día en que me aclimate de una maldita vez a Nabucco.

Se ha encogido de hombros y me ha contestado mientras tabaleaba una ecuación de quinto grado contra una mampara.

—Yo llevo aquí diez años y todavía no lo he conseguido, pero no pierdo la esperanza.

14-07-300

DESPUÉS DE enfundarme en unos pantalones y una camiseta color verde que me venía espantosamente grande, James me condujo al interior del domo de habitabilidad propiamente dicho.

—Drago no está aquí, pero no tardará en llegar, es raro que se retrase tanto... —me informó. Deduje que Drago era el tercer miembro de nuestra reducida hermandad, era un nombre peculiar que me recordaba a algo, pero en aquellos momentos no logré ubicarlo.

El domo es un edificio grande, de planta hexagonal, dividido en cuarenta y seis habitáculos diferentes, sin contar los tres del nivel inferior (el almacén de víveres y medicamentos, un pequeño taller, y la sala de vigilancia donde monitorizamos a los androides). La habitación a la que James me guió era pequeña pero no tanto como la celda a la que estaba acostumbrado en Arrabal.

—No es gran cosa, pero es cómoda —me informó, tabaleando sin parar en el borde de la puerta que se había deslizado para dejarnos entrar. A continuación se despidió de mí, me explicó que en una hora le tocaba vigilancia y que quería descansar un rato—. El cuarto de baño está al final del pasillo. Mi habitación es la contigua a la tuya. Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo. En el terminal junto a la cama tienes un listado de las tareas de mañana, pero no hace falta que te preocupes ahora por ellas. Se supone que estás exento hasta dentro de dos días. Respira y relájate...

Me quedé solo en el habitáculo. No había ventana alguna en la estancia, ni real ni virtual, y el mobiliario se reducía a una cama de sábanas blancas con almohada verde, un armario empotrado, una mesa con su silla y un perchero torcido. Después de diecisiete años metido en una celda de tres metros cuadrados que lo único que contenía era un catre miserable y un retrete químico, aquello se me antojó el paraíso. Encontré un monitor empotrado en la pared al lado izquierdo de la cama. Lo puse en marcha y comprobé por mí mismo lo que ya me habían advertido: Nabucco está completamente aislado de las redes del Sistema Aurora. Las perturbaciones y la estática que produce el desguace hacen imposible la conexión en línea con el resto del sistema. No le di importancia. En Rusalka apenas me conectaba, estaba demasiado ocupado drogándome y buscando pelea, y en Arrabal teníamos prohibidas las conexiones a las redes.

No había sabido lo agotado que estaba hasta que me dejé caer en la cama. El cansancio acumulado tras los diez largos días de viaje desde Arrabal a Nabucco se me echó encima de pronto. Cuando estaba a punto de quedarme dormido sentí un

intenso dolor en la boca del estómago. Fue un estallido de tal magnitud que me incorporé aterrorizado. Y eso hizo que el dolor se convirtiera en una verdadera agonía. Dolía tanto que creí estar muriéndome. No podía ni gritar. Me levanté como pude, dando brazadas con una mano mientras con la otra me sujetaba las tripas. Las piernas me temblaban y tuve que aferrarme a la pared para poder salir de mi cuarto. Tardé una eternidad en llegar hasta la habitación de James. En cuanto la puerta se deslizó pared adentro, caí de rodillas al suelo. Mi grito pidiendo ayuda fue un patético graznido.

James supo qué me ocurría nada más verme. Salió disparado de su habitación, entró en el botiquín y regresó como una exhalación con una pistola inyectora en la que estaba cargando una ampolla de líquido turquesa.

—Tranquilo, tranquilo... —me dijo mientras se acuclillaba junto a mí y me inyectaba el líquido en plena yugular. La aguja mordió mi cuello y yo me tragué un grito de dolor—. Las reacciones violentas a medicamentos son frecuentes aquí. Esto debería equilibrar tu organismo. Mañana te enseñaré a inyectarse por ti mismo, siempre en arterias o directo al corazón...

Le miré aturdido. El cuello me ardía ahí donde había entrado la pequeña aguja de la pistola y el mareo persistía, tenaz. Aunque las lanzadas de intenso dolor que llegaban de mi estómago se iban espaciando, aún estaba lejos de encontrarme bien. James me observaba con preocupación. Sus labios no dejaban de moverse. Capté una frase delirante, sin sentido: “El área de Constanza multiplicada por el cuadrado de α más un la bemol, no, no..., un do sostenido, da como resultado que la probabilidad de...”. Del exterior llegó una serie de detonaciones seguidas de lo que bien puedo ser el rugido de un dragón. Resoplé. Me eché hacia atrás en la pared y quedé de cara a la puerta abierta de la habitación de James, en un primer momento el dolor me había impedido observarla bien, pero ahora su interior me saltó encima. Es difícil describirla y a la vez extraordinariamente sencillo: es pura simetría y matemática. James Hurtado vive dentro de un fractal: techo, paredes y suelo están cubiertos por una intrincada red de rectas y curvas que se unen unas con otras en un entramado frenético. De las intersecciones de cada una de las líneas del techo cuelgan largas tiras de papel coloreado, algunas caen hasta media altura de la habitación, otras apenas se despegan del techo. Todos esos papeles

están cubiertos de números y complejas fórmulas matemáticas. Un vistazo rápido fue suficiente para marearme aun más. Aparté la mirada, cerré los ojos, pero aquellas líneas se habían quedado clavadas en mis pupilas. Por un segundo, tras mis párpados cerrados, crecieron fractales en tres dimensiones, jaulas matemáticas que parecían a punto de sobrepasarme e inscribirme en su interior.

La cabeza me daba vueltas. Un nuevo sonido llegó del exterior, algo inidentificable, algo a medio camino entre un bramido y una explosión de gas. En mi creciente delirio, llegué a imaginar que el uro había escapado de su prisión de metal. Miré hacia el pasillo, temiendo ver como reventaba las paredes mientras trotaba hacia nosotros. Lo que vi no fue al uro, por supuesto, sino a un inmenso hombre negro, completamente desnudo, que nos miraba fijamente desde el fondo del pasillo con una expresión de sombría concentración en su rostro. En mitad del pecho llevaba la marca de dos inmensas manos rojas abiertas. Fue entonces cuando recordé de qué me sonaba el nombre de Drago. Era el asesino de las manos desnudas, el hombre que pintaba las paredes con la sangre de sus víctimas. Había acabado en Nabucco, pero hacía tanto tiempo de ello que no pensé en ningún momento que pudiera toparme con él allí. Pero ahí estaba, delante de mí, con dos manos rojas tatuadas en el pecho y unos ojos que parecían atravesar mi envoltura física para hurgar en mi alma.

Soy aprensivo, lo admito, pero en mi descargo diré que estaba agotado, dolorido, aturdido por las drogas y mareado tras el vistazo a la habitación de James Hurtado. Me desmayé, no sé qué otra alternativa me podía quedar.

Cinco

15-7-300

NUNCA HABÍA imaginado que fuera a convivir con un psicópata. En la prisión de Arrabal había elementos peligrosos, por supuesto, pero los mantenían alejados de los presos comunes, cosa que en definitiva era yo, a pesar de la fama que tenía tras los muros de la cárcel.

He de reconocer que al principio la situación pudo conmigo. La presencia de Drago me alteraba más de lo que me gusta admitir, y el hecho de que siempre anduviera desnudo en el domo de habitabilidad, con esas enormes manos rojas en

el pecho (las mismas con las que había reventado catorce cráneos, he de añadir) no ayudaba a tranquilizarme. Drago es imponente. Te llena los ojos cuando lo ves. Hay algo en la rotunda mole de su cuerpo que parece amenazar con desbordarse de un momento a otro. James dice que Drago tiene casi sesenta años, pero no los aparenta en absoluto, parece anclado en una edad ambigua, en un espacio indeterminado entre los treinta y los cuarenta y pico años. No habla. No ha cruzado ni una palabra conmigo desde que he llegado aquí. Y esa falta de comunicación tampoco ayuda. Le pregunté a James si Drago era mudo y me contestó que no.

—Lleva ocho años sin decir ni una sola palabra. Dejó de hablar justo cuando empezó a pintar esos bichos espantosos en las naves espaciales. Está loco, ¿sabes?

La habitación de Drago está llena de alfombras y tapices negros. Drago ha hecho todo lo posible para convertir su cuarto en una cueva. Ha desactivado las terminales de luz y solamente se alumbra con antorchas que fabrica con maderos y paños empapados en líquidos diversos. Resulta perturbador verlo sentado en el centro de su cuarto, contemplando con los ojos casi en blanco las sombras movedizas que proyectan las llamas.

Sí, he de confesar que las primeras semanas viví permanentemente con el corazón en la garganta. Cada vez que veía a Drago daba un respingo, me subía por las paredes. Hasta el día en que James me abordó:

—Vladimir, Vladimir... —me dijo mientras sacudía la cabeza con un ritmo constante, como un metrónomo—. Te prometo que en los diez años que llevo con él no me ha matado ni una sola vez —luego bajó la voz, entrecerró los ojos y me susurró al oído maliciosamente—: Y he de señalar que tu cuenta asesina es superior a la de Drago. Tú mataste a dieciocho, él solo a catorce. Eso arroja una diferencia a tu favor de cuatro cadáveres. Tú ganas, muchachito.

No hay nada como un baño de realidad para darte cuenta de que te estás comportando como un idiota.

16-7-300

DRAGO PINTA bisontes y lobos en los fuselajes de las naves. Algunas de sus pinturas son tan enormes que superan con creces el tamaño de las criaturas que

representan. Dedicar todos los días dos horas a ellas, siempre de mañana. Enfunda su desnudez en su inmenso mono marrón y tras colocarse a la espalda un arnés de propulsión se eleva en las alturas para compartir el cielo con los androides y las nubes relucientes. Utiliza pistolas de pintura, algunas son verdaderos cañones tan enormes y pesados que Drago tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para elevarse con ellos. Me gustaría preguntarle qué le lleva a pintar aquellas criaturas extintas en las naves, pero cualquier intento de comunicarse con él está abocado al fracaso. Si le hablas se limita a mirarte con expresión confusa, como si se preguntara qué sonidos son aquellos que surgen de tus labios.

Es extraño, pero en cierto modo Drago me recuerda a Melville. El enano charlatán y el silencioso gigante tienen algo en común, una especie de aura rotunda que los hace resaltar por encima de sí mismos.

Ayer, Drago Koro dibujó cinco elefantes lanudos en la carlinga oxidada de un crucero estelar de color plateado. Aprovechó las abolladuras que salpicaban su superficie para dar forma a los corpachones de los mamuts. Una tormenta se gestaba en las alturas y los primeros relámpagos, violentos y quebrados, agrietaron el cielo mientras él terminaba su obra. A su alrededor volaban los androides, desmantelando el mundo.

17-8-300

TODAS LAS mañanas, James Hurtado me hace la misma pregunta o una semejante:

—¿Ya te has vuelto loco?

Yo siempre le contesto lo mismo:

—No, aún no.

20-8-300

JAMES ME aturde. No sé por qué diablos me empeño en hablar con él. Siempre acaba envolviéndome en su obsesión, da igual el tema que estemos tratando, siempre terminamos (corrijo: siempre termina) hablando de

matemáticas o al menos de lo que él considera que son matemáticas. Esta misma tarde intenté detenerle cuando de nuevo trataba de desviar el tema del que charlábamos (el Éxodo del Sistema Solar rumbo el Sistema Aurora) hacia su campo (fórmulas trastornadas aplicadas a la aerodinámica de las navesmadre). Le advertí que comenzaba a cansarme tanta insistencia en volverlo todo matemática.

—Es que todo es matemática —me replicó él. Estábamos sentados en el suelo de su delirante habitación. Como siempre James había escogido con sumo cuidado qué lugar debíamos ocupar cada uno: le obsesiona mantener el equilibrio de su cuarto—. Hasta la entropía tiene sus fórmulas, hasta el caos debe plegarse al rigor de la poesía exacta de la matemática. Todo son fórmulas, Vladimir, todo son canciones, no lo olvides nunca. Tu sangre canta fractales, a cada movimiento de tu corazón se plantea y resuelve una ecuación —sus dedos tabaleaban sobre el suelo, al ritmo de sus palabras—. Oh, sí, no te sorprendas, eres música. Todos lo somos.

James intenta reducir la realidad a la mínima expresión, barre lo accesorio y trata de llegar tan lejos como puede. Quiere perforar la existencia, despejar hasta la última incógnita. Hablar con él me trastorna, pero no puedo evitarlo. Le insisto en que su manera de ver el mundo es irreal y de una frialdad que aterra, y él me insiste una y otra vez en que me equivoco, que las matemáticas no tienen nada de frío. Al contrario.

—La matemática es el fuego primigenio. No hay nada más cálido en toda la creación.

Le dije que estaba loco, él no tuvo ningún problema en admitirlo, pero también señaló que su demencia no invalida su discurso.

También sale cada día, como Drago. Al contrario que él, sale poco antes de la hora que de acostarnos. No pasa mucho tiempo fuera. Una hora a lo sumo. No sé qué hace allí, no me lo quiere contar. Cuándo se lo pregunto sacude la cabeza y me asegura que todavía no es el momento adecuado para decírmelo. Hasta que las matemáticas no le señalen que ha llegado la hora de iluminarme, me mantendrá en las tinieblas, dice.

13-09-300

—¿YA TE has vuelto loco? —me preguntó James.

—No, todavía no —contesté yo.

17-9-300

ANOCHÉ TUVE el sueño más perturbador que he tenido en la vida.

Soñé que formaba parte de una ecuación. A la izquierda de un brumoso signo de igualdad y acompañado de signos de valor incierto, estaba el Vladimir Constanza modélico que no ha existido jamás, el hombre que a mi madre le hubiera gustado que fuera, al otro lado se encontraba la dantesca imagen del Vladimir en que me había convertido en Rusalka: el asesino que daba gritos y se reía a carcajadas mientras apuntaba con su lanzallamas hacia una nave de transporte llena de vidas a punto de extinguirse, de convertirse en cero, en nada... Mis dos yoés separados intentaban resolver el problema, buscaban y rebuscaban a través de una lluvia de matrices y algoritmos, intentaban despejar las variables que revoloteaban alrededor del Vladimir que no fue. ¿Qué drogas habían colaborado en el proceso? ¿Qué palabras o qué acto me hubieran podido apartar para siempre de ese Constanza enloquecido? ¿Cuál es la fórmula del fracaso? ¿La matemática de la perdición? ¿Qué me convirtió en lo que soy ahora?

19-09-300

HOY HE empezado a escribir un cuento. Fue el sueño de la noche pasada lo que me ha empujado a hacerlo. Quería averiguar quién soy, encontrar respuestas a las preguntas que me dejó el sueño. Cogí un cuaderno y me puse a escribir mi vida desde el principio, intentando encontrar el momento exacto en que mi camino se torció y todo se echó a perder. Cuando llevaba apenas unos párrafos arranqué la página con rabia. Ese no era el camino, comprendí. Conozco mi vida. Soy lo que soy, no hay pistas ni misterios que desvelar, soy capaz de reconocer las encrucijadas que no tomé, las oportunidades que dejé escapar... Volviendo la vista atrás lo único que conseguiré será hacerme daño. En mi pasado no está la respuesta.

Comencé a escribir otra historia, conmigo de protagonista, sí, pero totalmente ajena a mi vida real. Me imaginé a un Vladimir Constanza diferente, un piloto en los primeros tiempos de la colonización del Sistema Aurora, a los mandos de una nave exploradora. No sé dónde me llevará esta historia, de hecho no sé muy bien porqué la estoy escribiendo, pero siento que es necesario que lo haga. Este Vladimir falso acaba de toparse con un pequeño cuerpo celeste extraño más allá del lugar donde está Fedora, el que se creía el planeta más exterior del sistema. No ha podido informar a la nave base por culpa de unas inoportunas interferencias y desoyendo todo protocolo ha decidido explorar el planetoide por su cuenta y riesgo. Mientras sobrevuela el ecuador, distingue lo que parece ser una construcción alienígena a la sombra de una cordillera de piedra blanca. Es un espectacular conjunto de torres afiladas de un reluciente verde, de aspecto ruinoso, abandonado. Todavía no sé qué curso seguirá la narración.

Lo curioso del caso es que no siento estar escribiendo una historia, las palabras no se forman en mi mente, por expresarlo de algún modo, sino directamente sobre el papel. Es como si la punta de esta pluma con la que escribo encontrara esas palabras ocultas en la superficie en blanco, como si sacaran a la luz algo que ha estado siempre allí, esperando el momento de mostrarse.

21-09-300

NABUCCO RUGE. No para de rugir. Una tormenta demencial asola la superficie. Los androides están a buen resguardo en los almacenes subterráneos, a salvo del salvajismo de los elementos. James me ha comentado que pocas veces se ven tormentas como ésta. Según sus cálculos tardará varios días en calmarse y es muy probable que más de una de las naves que tenemos que dismantelar quede hecha pedazos. Ahora mismo, ahí fuera, el mundo grita. Es como vivir en el interior de una explosión lenta. El universo entero parece mal montado, un puzzle a punto de venirse abajo. Las detonaciones se suceden, una tras otra, sin pausa ni tregua, como si se tratara del latido de un corazón descomunal. Pegado al cristal de uno de los miradores del domo he contemplado la locura en la que se ha sumido el desguace, atónito por la furia de los elementos. Mientras miraba, en la lejanía, una nave ya procesada se ha venido abajo despacio, muy despacio, entre altas

fumarolas de vapor envenenado y torbellinos eléctricos, en su parte alta Drago había dibujado la faz de un gigantesco bisonte. Ha sido como contemplar la lenta muerte de un dios. El mundo se derrumba. La creación es frágil y azarosa. Intento descubrir en el infierno que nos rodea traza alguna de pauta, fórmula o matemática, pero no veo más que desorden y caos. Todo lo que se extiende ante mis ojos es devastación.

22-09-300

ME HE pasado la noche entera escribiendo. Aún no tengo muy claro qué es lo que ha ocurrido. Es como si hubiera caído en un profundo trance. Durante horas dejé de ser una persona para convertirme en acto, en verbo, en escritura desatada. Mi intención era terminar la historia del explorador colonial, solo eso. Acabarla e irme a dormir.

Mientras la tormenta rugía en el exterior, en las hojas de mi cuaderno el falso Constanza se adentraba en las ruinas, armado con una pistola láser y alumbrando sus pasos con el haz de luz de su escafandra. Poco a poco, la ficción que estaba escribiendo se fue imponiendo a la realidad, los pasillos polvorientos de las torres desiertas silenciaron el fragor de los truenos y el aullido del viento que asolaba Nabucco. El explorador colonial Constanza (y yo con él) avanzó sobrecoigido por pasillos de piedra esmeralda atestados de artefactos de tecnología tan extraña que bien podían calificarse como mágicos. Encontró (encontramos) mariposas de cristal cuyas alas reflejaban escenas de su pasado, entre ellas recuerdos que ya olvidados por completo; vio espejos de agua turbia sobre cuya superficie se dibujaban mapas estelares de zonas desconocidas del universo; se topó con grandes ventanales que se abrían a mundos extraños, poblados de maravillas, a través de una de esas ventanas contempló como una bandada de criaturas aladas, semejantes a pterodáctilos, construía nidos con burbujas de cristal, tras otra descubrió una ciudad submarina con edificios de agua tallada. Aquel descubrimiento, comprendió mi trasunto en el relato, abriría a la humanidad las puertas de un universo totalmente desconocido hasta entonces. De pronto, al atravesar una arcada enojada, empezó a sonar un incesante tintineo. Vladimir Constanza comprendió que su presencia allí había disparado algún dispositivo de

alarma. El edificio entero comenzó a temblar mientras el estridente sonido se hacía más y más fuerte. Mi yo falso escogió varios artilugios prácticamente al azar, los guardó en su mochila y salió a la carrera de allí. Montó en su nave justo cuando las finas torres se derrumbaban unas sobre otras. Todo el planeta se colapsó en el preciso instante en el que Constanza escapaba de su atmósfera. Puso rumbo a la nave base, todavía en estado de shock tras lo ocurrido. Le resultaba inconcebible todo lo que se había perdido en aquel pequeño planeta. Al menos había logrado sacar de allí varios artefactos alienígenas, suficientes, esperaba, para descifrar parte de los misterios que había vislumbrado en aquellas torres. Lo que desconocía era que uno de los artefactos que había cogido del palacio (una especie de pequeño paragüero con patas, relleno de cilindros de cristal) no era tal artefacto, sino una criatura viva, uno de los muchos guardianes que los constructores de las torres habían dejado para custodiar el lugar. Aquella cosa escapó de la mochila, despedazó a Constanza e hizo estallar la nave.

Es imposible expresar en palabras la frustración que sentí al terminar ese relato. El Vladimir ficticio había fallado, había muerto sin compartir su descubrimiento con nadie. Le esperaba la gloria y lo único que había conseguido fue la muerte a manos de un alienígena estrafalario. Me sentí estafado, engañado y furioso conmigo mismo. Me había hurtado a mí mismo un destino glorioso. Aquello no podía acabar así, no, no podía. Pero ese era el final inevitable de la historia, y yo no podía cambiarlo del mismo modo en que no podía cambiar lo que había ocurrido en Rusalka entre esa nave de transporte y yo.

Acto seguido me puse a escribir otra historia. De nuevo con un Vladimir Constanza como protagonista, otra vez piloto pero en esta ocasión de vuelos comerciales en la vieja tierra. En su último viaje tiene la desgracia de estrellarse en uno de las muchas zonas desérticas del planeta. La mayor parte de los pasajeros sobrevive al accidente y él, en un arranque de valentía, decide atravesar el desierto en busca de ayuda. Y la encuentra. Apenas un día después de iniciar la marcha, se topa con un convoy que cruza el desierto. Los lleva hasta el avión siniestrado y ahí, horrorizado, descubre que acaba de guiar hasta el accidente a un grupo de bandidos sanguinarios. Asesinan a todos los supervivientes (Constanza incluido, por supuesto) y roban todo lo que pueden encontrar entre los restos

No me he detenido ahí. Aquel cuento horrible me ha espoleado, me ha empujado a escribir un tercero, protagonizado, por supuesto, por otro Constanza. En esta ocasión embutido en el papel de un soldado de artillería en una guerra intemporal, que es destinado a proteger un angosto paso de montaña. Es una misión suicida y lo sabe. Tiene que resistir todo el tiempo que pueda para permitir al ejército evacuar el campo de refugiados que se sitúa al otro lado del paso. Tiene munición suficiente para resistir durante más de cuatro horas, aunque con una, le dicen, será suficiente. Cuando el enemigo se acerca y se dispone a abrir fuego comete un error y estropea la pieza de artillería. Y ya nada puede hacer para frenar su avance. Lo descubren, acaban con él y siguen su camino, rumbo a la masacre que este Vladimir Constanza tampoco ha podido evitar.

Cuando ya comenzaba un cuarto cuento, bañado en sudor, respirando con dificultad y con los dedos doloridos, la alarma del monitor me ha sacado de mi ensoñación para anunciarme que daba comienzo mi turno de mantenimiento. Me he cruzado con James en el pasillo, agotado después de cinco horas revisando androides. Esta vez, cuando me ha preguntado si ya me he vuelto loco, no he sabido qué responder. Él ha sonreído de manera enigmática y me ha dado la enhorabuena.

—Ese es el camino, Vladimir. Justamente ese.

Y me ha dejado allí, en el pasillo, con la mente repleta de Constanzas fracasados.

24-09-300

Hoy, James Hurtado me ha hablado del hombre a quien he sustituido aquí.

—Baltasar Bangladesh... Era un buen tipo. Muy charlatán, ¿sabes? Decía que veía a los fantasmas de todos los que habían muerto en las naves. Bueno, de hecho no solo los veía. Hablaba con ellos constantemente. Lo curioso del caso es que acabó enamorándose de una de sus visiones. Decía que se llamaba Laura y según nos contaba era una maestra que había viajado en “la Eclipse de Pupila”, una nave que desmantelamos totalmente hará dos o tres años... No paraba de hablar de ella, de lo hermosa que era, de su ingenio, del modo en que reía... Cada día se le veía más

frustrado y triste. No podían tocarse y eso a Baltasar le destrozaba. Y como ella no podía hacerse de nuevo de carne y hueso... decidió matarse.

—¿Se suicidó? ¿Sin más? ¿Para estar con ese fantasma? ¡Qué locura!

—Locos, todos locos —asintió con vehemencia, agitando la maraña rojiza de su pelo de un lado a otro—. Drago pinta bisontes y yo escucho la música de las esferas. Pero lo de Baltasar era aun peor. ¡Era un loco enamorado! ¡No tenía salvación! Y él lo sabía, así que simplemente, un día, salió al exterior sin ningún tipo de protección.

—¿No lo intentasteis evitar? —pregunté sobrecochado.

James me miró con una de esas miradas divertidas, de niño travieso, que usa tan a menudo.

—¿Por qué iba a hacerlo? Pocas cosas hay tan crueles como interponerte entre una persona y su verdadero amor, ¿no crees?

26-09-300

AYER POR fin James me enseñó dónde va todas las noches. Estábamos los tres en la zona común del domo de habitabilidad. La tormenta había cesado por fin y Nabucco nos había regalado un extraño periodo de calma. El único sonido que se alcanzaba a escuchar era un lejano ulular de vientos fatigados. Drago se mantenía en la oscuridad, encajado entre las sombras de la esquina, tan inmóvil como siempre. James veía un documental histórico en el procesador y yo cenaba un pack de supervivencia. Cada vez que hundía la cuchara en aquella papilla insípida, las diferentes cápsulas que debemos tomar durante la cena se agitaban en los cubículos de la bandeja. La novena pastilla de la noche, como siempre, me dejó temblando durante un largo minuto, tiritando de frío. Justo después James saltó de su banqueta y se acuclilló ante mí. Me contempló durante largo rato, sin parpadear, asintiendo con la cabeza de un modo casi imperceptible. Sus labios se movían sin parar y tabaleaba con los dedos contra el suelo, ocupado en alguna difícil operación matemática.

—Te lo mostraré —dijo de pronto y miró a su alrededor con aire entre satisfecho y confabulador—. La canción es la adecuada y el número el correcto.

Ponte el mono y el respirador, pero no cojas muchas cargas de oxígeno, con dos serán más que suficientes, no vamos muy lejos.

Me levanté e hice lo que James me había pedido. La curiosidad me consumía.

El trayecto, como había prometido, fue breve. Después de seguir durante unos doscientos metros el túnel oeste del domo me indicó una de las aberturas laterales. Mordí con fuerza el respirador tras insertar una carga de oxígeno, me calé las gafas protectoras y fui tras él. James me guió a través de la noche venenosa de Nabucco hasta una nave posada en vertical. Tenía forma de ánfora y medía doscientos metros de altura y cincuenta de diámetro en su parte más ancha. En la parte alta de su fuselaje, Drago había dibujado un simple y esquemático ser humano que alzaba los palillos que tenía por brazos hacia un cielo lleno de estrellas extrañas, que tardé un buen rato en reconocer como números. El monigote tenía el pelo rojo. Era una representación dragoniana de James Hurtado Garibaldi.

Dentro de la nave sólo había tinieblas. Estaba completamente desmantelada y lo único que quedaba en pie era el fuselaje, el cascarón de la nave. Era la primera vez que estaba en una nave vacía y la experiencia me impresionó. Había algo de primordial en aquel vacío cerrándose a mi alrededor. El morro de la nave había desaparecido y a través del hueco veíamos las nubes violetas y amarillas que se enroscaban sobre nuestra cabeza como seres vivos que se devoraran unos a otros. Nuestros pasos creaban ecos metálicos en el interior de la nave hueca. James me hizo señas para que me acercara a una de las paredes curvas. Cuando llegué hasta él, extrajo de su mochila una vara lumínica, la golpeó contra el suelo y la encajó en su soporte mientras se iba iluminando.

Parpadeé con fuerza para acostumbrarme a la creciente luz.

Las paredes internas de la nave estaban cubiertas de ecuaciones. Apenas había un centímetro cuadrado que no estuviera cubierto con un número o con algún garabato incomprensible. Aquello no me dijo absolutamente nada, no al menos de forma matemática. Pero me dejó sin aliento, del mismo modo que me habían dejado sin aliento las pinturas rupestres de Drago. El mito en el exterior de las naves, al aire, a la vista de todo aquel que quisiera mirar, por dentro, la

matemática. Entre ellas el metal desnudo. No sé si hay algo trascendente en todo esto, no sé si es un mensaje en sí mismo, pero en aquel momento me sentí abrumado como pocas veces antes me he sentido.

—¿Cuánto tiempo te ha llevado hacer todo esto? —fue lo primero que pregunté cuando la impresión me dejó hablar.

—¿Esto? Un par de semanas, más o menos.

—¿Pero qué es? —pregunté. Todas aquellas cifras me mareaban.

—Es Waterloo —contestó, abriendo los brazos desmesuradamente como si intentara abrazar su obra.

—Waterloo —repetí, atónito.

—Eso es. Waterloo convertida a matemática —se acercó hasta mí de tres zancadas, me tomó de un hombro y me acercó hacia él—. Durante las últimas semanas he estudiado a conciencia todo lo que ocurrió en esa batalla, todas las interacciones, relaciones... he intentado no dejarme nada de nada... Terreno, número de tropas, movimientos en el campo de batalla, tiempos, meteorología, uniformes... todo, absolutamente todo... —echó a andar hacia una de las planchas y me señaló una cifra mixta, repleta de números y caracteres que a mí nada me decían—. Esto es Napoleón —luego prácticamente a la carrera se acercó a una nueva cifra—. Y aquí está Wellington...

—¿Pero qué sentido tiene todo esto? —le pregunté—. ¿Qué utilidad le sacas a esta locura?

—Tengo que anotar todos los datos que poseo cuando llega el momento de la traslación. Para eso uso la nave, sus paredes me permiten zambullirme dentro de la matemática del momento —se acercó a un hueco del fuselaje en el que no había nada escrito. El metal de la nave estaba recubierto por una capa de material esponjoso y negro, algún tipo de aislante quizá. James escribió su nombre con el dedo, la superficie oscura era maleable y su dedo dejó un rastro claro sobre ella. Luego lo borró simplemente pasando el dorso de la mano sobre las letras—. Tengo que traducirlo. Llevarlo a otro plano. A otro plano que es el mismo... Lo convierto en música.

Me cogió de la mano y me llevó al centro de la nave hueca. Luego me hizo girar lentamente, acompañado mi movimiento con el suyo. Su mano extendida me señalaba porciones de la ecuación. Y mientras lo hacía, cantaba.

Los números habían dejado de ser números para convertirse en notas musicales en sus labios. Estábamos en pie los dos, en el centro de aquella gigantesca nave hueca, girando despacio y desgranando la canción lenta y melancólica en la que se convertía Waterloo al verterla a música. Me contó que llevaba años haciéndolo. Transforma la historia. Elije momentos históricos trascendentales de la humanidad y los retuerce hasta que se convierten en otra cosa. Me tarareó la melodía sucia y maloliente de Stalingrado, el rápido jazz de la llegada del hombre a la luna, la extraña balada épica que da como resultado el hundimiento del Titanic. Pero es que no solo es música lo que es capaz de hacer. Una vez traducida la historia a números, éstos pueden transformarse en lo que a él se le antoje: perspectivas cambiantes de un mundo inagotable... Cuando regresamos al domo me hizo entrar a una de las habitaciones vacías. El armario estaba repleto de origamis, aves de papel doblado y redoblado. Tomó una entre sus dedos, una garza enorme de papel verde y me la tendió de manera teatral.

—Por esto estoy aquí —me dijo—. Este es el acto que me condenó a cadena perpetua. A esto se reducen los centenares de muertos que se inyectaron la droga que yo ayudé a distribuir. Una garza de papel verde...

27-09-300

—¿YA TE has vuelto loco? —me preguntó James al poco de levantarme.

De nuevo había pasado la noche en blanco, escribiendo historias de Constanzas incapaces de triunfar, fallando siempre a las puertas del éxito. Los dedos me dolían y la cabeza me pulsaba sordamente.

—No lo sé. No me importa —le contesté. No hay explicación, ni respuesta, porque no hay marcos de referencia correctos, ni modos adecuados de pensar. Todos somos libres en nuestras cabezas, aun nosotros, encerrados de por vida en un erial que se viene abajo. Somos libres en nuestras palabras (aunque nos frustren), en las melodías que sacamos del devenir humano, en el dibujo violento

de los mastodontes que se arraciman en el metal de naves que han surcado el vacío del espacio.

James Hurtado asintió, complacido con mi respuesta y se fue silbando la tonada que, como más tarde supe, es el resultado de verter la construcción de la pirámide de Gizeh a música.

Seis

17-08-301

SIEMPRE HAY dos mil androides trabajando en todo momento en Nabucco. Dos mil androides activos y tres seres humanos, esa es toda la población de esta luna frenética. James los llama aracnocosas y he de reconocer que es un nombre de lo más adecuado. Son esferas achatadas de color plata, con tres propulsores en cada uno de sus polos y dieciocho brazos, todos con diferentes funciones y formas, alrededor de su ecuador. Hay tres modelos de androides, idénticos en todo menos en el tamaño. El más pequeño mide un metro de diámetro, el mediano alcanza los cuatro y el más grande de todos llega a los ocho metros. Sus brazos sueldan, cortan, graban, desatornillan, arrastran..., hay pocas cosas para las que no estén preparados. Ellos son los que realizan todo el trabajo duro. Las aracnocosas son unos bichos sumamente diligentes con una engorrosa tendencia a averiarse; cosa bastante natural dado el entorno en el que trabajan. Es rara la semana en la que uno no sea alcanzado por un rayo o estalle en una explosión fortuita.

En los almacenes del subsuelo hay otros dos mil androides en reserva, listos para ponerse en marcha en cualquier momento, y piezas de repuesto y circuitos como para montar otros mil más. Los androides están programados con más de un millar de instrucciones que ejecutan a la perfección. Se les puede impartir órdenes a través de un nódulo central de control situado en los sótanos del domo de habitabilidad, aunque lo normal es que les permitamos ejecutar sus tareas sin interferencias. Cada cierto tiempo, viene a Nabucco un técnico que revisa su programación y vela para que todo transcurra sin problemas. Nuestro trato con ellos se reduce al mantenimiento básico (por cada androide averiado activamos uno de reserva y redactamos un informe sobre la incidencia si no somos capaces

de arreglarlo por nosotros mismos) y la que sin duda es la tarea más grata de las que nos encargamos aquí: la “caza de tesoros”.

Cada uno de nosotros tiene que atender los monitores de vigilancia durante cinco horas al día. Están en un cuartucho con forma de media luna, situado en los sótanos del domo de habitabilidad, con las paredes prácticamente cubiertas de pantallas. En ellas se muestra en tiempo real lo que está viendo cada uno de los androides que se adentran por las tripas de las naves que están en puertas de ser desmanteladas. Debemos estar atentos a cualquier anomalía, cualquier objeto extraño reseñable que merezca la pena ser rescatado. Esas cinco horas son mágicas. Los androides me sumergen en otros mundos, caigo en plácidas ensoñaciones mientras ellos avanzan por los pasillos y camarotes de naves herrumbrosas, por las amplias galerías de los cruceros de combate y los destructores.

Además, entre los escasos privilegios con los que contamos los presos de Nabucco, está el de poder quedarnos con todo lo que encontremos en las naves y que no sea considerado material tecnológico de nivel dos o superior, o sea susceptible de ser usado o convertido en arma. No podemos hacer que los androides nos traigan los objetos, pero sí que nos marquen su situación para ir a buscarlos nosotros mismos. James me ha contado que, hace quince años, se encontraron con un cocodrilo vivo en el estanque de un crucero de recreo. Quisieron quedárselo como mascota, pero no les quedó más remedio que entregarlo a las autoridades. Por lo que parece, un cocodrilo es susceptible de ser utilizado como arma.

Drago Koro siempre está a la caza de alfombras con las que seguir transformando la zona del domo donde vive en una cueva, cada día que pasa la mullida superficie de sus adquisiciones va avanzando poco a poco por el pasillo. Tanto James como yo somos más prosaicos en nuestras ambiciones. Buscamos cualquier cosa curiosa con la que adornar el domo o cosas con las que entretenernos, como cristales de datos, películas o juegos. También intentamos localizar objetos de valor con los que traficar con los pilotos de las naves de mantenimiento. Ellos a cambio nos dan bebida, comida que nada tiene que ver con

la papilla insípida con las que nos alimentamos aquí, cuadernos, libros, consolas, holoproyectores y hasta estimulaciones pornográficas para matar el tiempo.

Pero el resto de nuestras labores aquí no son tan gratas como la caza de tesoros. Las horas se nos van rellendo informes, revisando, reparando y reajustando androides, llevando a cabo las fatigosas tareas de mantenimiento en los túneles de seguridad y en los almacenes subterráneos donde van a parar todas las piezas útiles que las aracnocosas arrancan a las naves y los propios androides cuando el clima les impide trabajar... Un día tras otro, James y yo acabamos agotados, apestando a aceite y a hollín, tiritando febriles mientras las pastillas que nos mantienen vivos en esta atmósfera hostil hacen su trabajo en nuestros castigados organismos. Drago Koro, en cambio, parece ajeno al caos. Día tras día realiza sus labores sin dar la menor muestra de cansancio ni debilidad.

Eso es Nabucco en esencia. Machacona rutina, de la que escapamos gracias a bisontes, alces y cazadores, a números que se vuelven canciones y pajaritas, y a relatos en los que siempre muero a las puertas del éxito. La locura, nuestras obsesiones, son los que nos mantiene cuerdos.

Vladimir Constanza pasó treinta años en Nabucco. Tres décadas perfectamente documentadas tanto en sus diarios como en las grabaciones de las cámaras de seguridad del domo. El tiempo en Nabucco tenía un cariz distinto. Los días se repetían, era idénticos unos a otros, no había estaciones, ni días ni noches propiamente dichos, solo caos atmosférico y tedio. Las actividades de los presos son siempre las mismas, nada varía sustancialmente. Los vemos dedicarse a sus tareas de manera indolente, de forma casi tan mecánica como la de los androides. Lo único que va variando en las diferentes grabaciones es el aspecto de sus protagonistas. Vladimir Constanza se hace más diminuto de lo que ya es, las arrugas van apareciendo en su rostro amargo, marcando el camino del tiempo en su piel, su pelo negro encanece, su espalda se encorva. El llamativo pelo rojo de Garibaldi también empieza a ralear con el paso del tiempo y acaba reducido a una gran calva de la que cuelgan, a modo de cortinaje, los restos de su cabello; sus movimientos, antes ágiles aunque inconexos, se van volviendo torpes y lentos. Drago Koro es el

que menos cambia. Parece inmutable, más figura tallada que humano. Los años pasan sin tocarle.

Las fórmulas que cubren el interior de la nave hueca desaparecen y otras ocupan su lugar. Garibaldi encuentra un piano en una nave verde, con forma de corazón, y lo traslada al domo de habitabilidad. A partir de entonces vierte en música las canciones que extrae de la historia, las salas del domo se pueblan de las melodías que surgen de batallas y descubrimientos, de mil vidas con sus logros y fracasos... El número de pinturas rupestres en el desguace va aumentando. Las bestias extintas conquistan poco a poco el fuselaje de las naves muertas que rodean el domo. Y una y otra vez una lista interminable de Vladimir Constanzas fracasan en relatos apresurados, de dudosa calidad literaria, pero todos escritos con la pasión desmedida que da la obsesión.

Nabucco era algo ajeno al Sistema Aurora, un lugar diferente y extraño, pero no permanecía aislado del todo. Era raro que transcurriera una semana sin contacto con el exterior. Las naves iban y venían, los gigantescos paquebotes llenaban sus bodegas una y otra vez con los materiales que los androides arrancaban de los bajeles estelares. Los remolcadores que arrastraban las naves muertas aparecían sin previo aviso. Una vez cada diez días, un técnico de mantenimiento llegaba en una lanzadera para recoger los cristales de datos en los que quedaban grabados los movimientos de los androides, las grabaciones de las cámaras de vigilancia y los propios informes de los presos, y a cambio dejaba víveres y medicamentos para ellos.

Todo transcurría en Nabucco de una manera lenta y atemporal. La guerra que a lo largo de doce años sacudió el Sistema Aurora, apenas se dejó sentir allí. Pero diez años después de su final, todo cambió. El azar dispuso que las cenizas del comandante Gala Orestes llegaran a Nabucco y los acontecimientos se precipitaran como nadie podía haber imaginado. Eran muy pocos los que conocían la existencia de ese lejano desguace antes de que James Hurtado Garibaldi pusiera sus manos sobre la urna con las cenizas de Gala y sellara su destino y el de sus compañeros (Pero no solo el suyo, no solo el suyo...). En el momento actual, en este preciso instante en que ahora escribo (Nueve de junio del 331, las quince diez, con el sabor amargo del café aún en los labios, escuchando el rugido de los motores de la nave en marcha)

todo, absolutamente todo el Sistema Aurora, tiene en su pensamiento a los tres locos de Nabucco.

Siete

No lo vimos venir.

Si algún historiador dice que los signos de lo que estaba por ocurrir eran evidentes, miente. Nadie lo vio venir, absolutamente nadie. Nadie sabía lo que se estaba gestando en Orontea, el cuarto planeta del sistema. La familia Orestes llevaba trescientos años al cargo del gobierno del planeta, perpetuados en el poder no por sucesión hereditaria ni nada semejante; el pueblo estaba tan contento con su política que invariablemente renovaban la confianza depositada en ellos. Los Orestes no faltaban a una sola de las reuniones del Consorcio de Gobierno que regía los destinos del Sistema Aurora y, aunque no fuera el planeta más próspero del mismo, hacían sus aportes a las arcas comunes sin el menor retraso y con una generosidad digna de encomio. Trabajaban duramente por el consenso y la unión del sistema y en cuanto surgía la menor discrepancia entre planetas, ellos se ofrecían como mediadores. Eran un ejemplo a seguir para todos.

Hasta que en el año trescientos ocho, las naves negras de los Orestes despegaron de los astilleros orbitales donde, en el más absoluto secreto, las habían estado equipando para la guerra, pertrechándolas con cañones de plasma, espolones y todo tipo de tecnología militar prohibida. Los puertos espaciales escupían sin cesar cazas y cruceros, navesmadre y destructores... La mayor flota espacial de todos los tiempos se puso en movimiento. En la negrura de sus cascos resaltaba como un fogonazo el escudo de armas de los Orestes: un fénix de siete cabezas, con las alas extendidas, alzándose entre llamas.

La oscura flota de guerra enfiló el planeta más próximo a Orontea: Pelinor. El ataque cogió por sorpresa a todos. Los habitantes de Pelinor no tuvieron la menor oportunidad, apenas una semana después de que los Orestes asestaran su primer golpe, el estandarte con el fénix de siete cabezas ya ondeaba en su capital. Luego, una vez controladas las infraestructuras de

tecnología punta del planeta, la flota Orestes comenzó la campaña contra el resto del sistema. Fue el inicio de una cruenta guerra planetaria, una lucha fratricida en la que los muertos se contabilizaron por millones. Durante doce años se luchó sin cuartel de un extremo a otro del Sistema Aurora, pero la implacable ferocidad de los Orestes no tenía rival. Uno a uno, los quince planetas habitados fueron sucumbiendo. Y con cada nuevo planeta que caía, el poderío del que ya se denominaba Imperio Orestes iba en aumento. Hasta que el quince de junio del año trescientos veinte, el presidente Vodmala rindió Armida, tras la batalla más sangrienta de toda la guerra. Los Orestes habían vencido. El fénix de siete cabezas desplegó sus alas por todo el Sistema Aurora.

“Ya termina. Con la conquista de Armida, los Orestes ponemos fin a este periodo de oscuridad que ha anegado de sangre nuestro sistema”, anunció Tanthali Orestes durante el discurso de la victoria. Hablaba desde las ruinas todavía humeantes de Oropel, la capital de Armida, rodeada de comandos armados. “Ha sido duro, ha sido cruel, pero también ha sido necesario. Hace tres siglos, los Orestes tuvimos una visión, un sueño: una humanidad unida bajo un estandarte común, un glorioso Imperio como nunca antes ha contemplado el hombre. Asumimos el poder por derecho de conquista, sí. Hemos hecho realidad nuestro sueño a sangre y fuego, cierto es. Pero lo que queremos, lo que deseamos, es que la historia no solo nos juzgue por estos doce años de tinieblas, porque nuestro sueño no acaba con el dominio: da comienzo con él. Nuestro sueño es un sueño de paz, prosperidad y dicha para todos. Ahora llega el tiempo de la luz, el tiempo de la calma... Ahora, bajo nuestra guía, la humanidad podrá llegar todo lo lejos que se merece. A cambio solo os exigimos obediencia y lealtad. Os lo advertimos: defenderemos nuestra paz con uñas y dientes, no se tolerará violencia ni disidencia alguna. Os hacemos entrega de la paz de los Orestes, la queráis o no.”

La guerra también se hizo sentir en Nabucco. La consecuencia más inmediata de la misma fue la drástica reducción del número de naves que arrastraban los remolcadores hasta allí. Dada la escasez de material y la prisa por obtenerlo, se intentaba ahorrar tiempo y costes desmantelando las naves averiadas en los mismos astilleros donde se ensamblaban las nuevas. Esa

reducción en la entrada de material, trajo consigo una considerable reducción del ritmo de trabajo.

Pocas son las entradas en los diarios de Constanza que hablen específicamente de la guerra, he seleccionado los fragmentos más significativos:

30-05-308

HOY DRAGO ha encontrado una alfombra tan enorme que ha tenido que cortarla con láser para poder traerla hasta el domo. Le han hecho falta cuatro viajes para hacerlo. James le ha asegurado que ha cometido un terrible error, según él, una alfombra como esa no debería jamás ser dividida en un número par, el color y la textura no son los indicados para esa división, es un ultraje a la lógica, a la matemática y al diseño de interiores. Ha insistido tanto en el tema y de una manera tan vehemente que por un momento me ha parecido que Drago iba a estallar, romper su silencio de décadas y gritarle alguna barbaridad, pero lo que ha hecho en cambio ha sido partir por la mitad uno de los pedazos para que James le dejara en paz.

Yo sigo con mi nueva historia, el intrépido arqueólogo Vladimir Constanza parece incapaz de dar con la salida de la pirámide, lleva en su mochila el secreto mejor guardado de los egipcios (contactos esporádicos con una civilización perteneciente a otra dimensión, el motivo por el que se cortó la comunicación y un posible modo de restaurarla) pero me temo que mi trasunto aventurero va a morir en los pasadizos de la gran pirámide y que su secreto morirá con él. Otro Constanza que sucumbirá sin triunfo ni gloria, sin dejar la menor huella... Me resulta inconcebible, pero así es... La historia me guía hacia una nueva muerte sin sentido...

Y por lo que parece hay guerra en el Sistema Aurora.

08-05-312

DESPUÉS DE varios días haciendo cálculos en el interior de su nave hueca, James nos ha anunciado, con cierta desgana, que la guerra durará doce años y que los Orestes serán los vencedores; luego nos ha soltado una retahíla de números

que supuestamente corresponden a las principales batallas que han tenido lugar hasta el momento y a los protagonistas principales de la contienda. Lo ha averiguado no porque tuviera verdadero interés en hacerlo, simplemente se lo ha planteado como otro divertimento matemático más, algo que resolver por el mero placer de hacerlo, exactamente por el mismo motivo por el que se pasó semanas enteras intentando convertir en música el descubrimiento de América (he de reconocer que es una melodía pegadiza, pero que da dolor de cabeza cuando la escuchas demasiado) o tratando de averiguar qué número corresponde a la bomba de Hiroshima cuando despejas todas las demás variables y dejas solo la bomba a un segundo de impactar contra su blanco (un frío y desangelado 9; la de Nagasaki, en cambio, arroja un perturbador 101010).

No, a nosotros no nos importa quien gane esa absurda guerra No es asunto nuestro, no formamos parte del Sistema Aurora, somos seres tangenciales fuera de órbita. Nabucco es nuestra celda acolchada y, a la par, nuestro refugio. Controle quien controle el sistema, nosotros seguiremos aquí, olvidados en nuestra locura. Y es mejor así. El mundo más allá de nuestras nubes en llamas es un lugar incomprensible. No hay historias allí que nos interesen, no campean bisontes ni mamuts en las alturas y nadie comprendería por qué el número 17 hace llorar a James.

12-07-317

HOY, TRAS dos meses sin tener noticia alguna del exterior, por fin ha llegado una nave de abastecimiento, tan machacada que daba la impresión de que venía a Nabucco para quedarse. No conocíamos al piloto, un hombrecillo diminuto que nos miraba con los ojos muy abiertos, visiblemente nervioso. Le deben haber contado mil mentiras sobre nosotros y ha bajado de la nave tan atemorizado que a cada ruido daba un respingo. Cuando apareció Drago casi soltó un grito.

Nos ha traído víveres y medicamentos, aunque ni una ni otra cosa nos hacían falta. Tenemos provisiones y medicinas para aguantar varios años. Lo que más nos urge es que se lleven el material que tenemos en hangares. Ya tenemos cuatro almacenes llenos y si esto continúa así, no nos quedará más remedio que

sacar cosas al exterior. También nos ha traído noticias de la guerra, no nos ha sorprendido mucho saber que los Orestes van ganando.

Han arrasado Rusalka. Mi luna natal ha sido devastada por las tropas de los siete hermanos. Por lo que cuenta, las ciudades principales han ardidido durante días, sus objetivos eran las plantas procesadoras de alimento que proveen de sustento a Armida y al resto de sus lunas, pero no se han detenido después de destruirlas, al parecer han querido dar el enésimo escarmiento sangriento en esta guerra. Los muertos se cuentan por centenares de miles. Hay números que pierden su significado cuando se disparan a tanta altura. Me resulta imposible hacerme a la idea de tanta vida muerta.

—No quiero saber cuál es la canción de Rusalka —ha dicho James.

No sé cómo he de tomarme la noticia. Apenas tengo recuerdos de la luna en la que nací. Pasé mi infancia y mi adolescencia allí, es cierto, pero cuando trato de pensar en esa luna sólo recuerdo los subidones de droga, los pabellones oscuros donde nos arengaba Melville y el chorro de fuego de mi lanzallamas arrasando la nave de transporte. Mi madre murió hace años, cuando aún estaba en la prisión de Arrabal, y no tenía más familia allí.

La nave se marchó. El piloto nos dijo que no sabía cuándo mandarían una nueva. Al parecer todos los remolcadores y cargueros están sirviendo en primera línea.

—Ahora lo que sobra es chatarra —dijo—. Y la mayor parte de los astilleros están en poder de los Orestes. Esto acabará pronto, sin duda.

—Terminará en el trescientos veinte —le especificó James, ganándose una nueva mirada perpleja del piloto—. Lo siento, no puedo ser más específico.

10-10-320

TENEMOS UNIFORMES nuevos. Son unos preciosos monos de color negro con una fina línea roja recorriendo el lateral derecho y un pájaro de siete cabezas envuelto en llamas bordado en la pechera. Nos los han traído esta mañana. Después de tres semanas sin noticia alguna del exterior, hoy el cielo de Nabucco se llenó de naves. Por lo visto llevaban dos días aguardando en órbita, pero la colosal

tormenta que se ha cernido sobre nosotros los ha tenido varados en el espacio. El tiempo ha sido tan nefasto que los androides no han podido asomar sus hocicos a la superficie. En cuanto la tormenta se ha fraccionado en decenas de torbellinos, han aparecido tres cargueros y una docena de lanzaderas. Nos han vaciado los hangares con una rapidez y una diligencia nunca vistas. Nos han llenado los almacenes de víveres hasta los topes y nos han dado uniformes nuevos. El diseño me gusta, pero hay algo en ese pajarraco que me pone los pelos de punta. Creo que es por las llamas, me recuerdan demasiado a lo que ocurrió en Rusalka.

El hombre que será nuestro enlace a partir de ahora se llama Martin Luz, es un tipo regordete y sonriente que nos ha agradecido efusivamente el buen trabajo que hemos estado realizando aquí. Le acompañaba en todo momento un hombre armado, vestido de negro, con un casco horrible en la cabeza que le daba aire de hormiga y que no nos ha dirigido la palabra en ningún momento. Por todas partes aparece el dichoso pájaro de siete cabezas, hasta en las tapas de los envases de comida y las cajas de las píldoras.

Se me ha ocurrido una idea para un nuevo cuento. Vladimir Constanza es un ornitólogo en la vieja Tierra que lleva años dedicado a la búsqueda de un pájaro mítico, una especie de ave del paraíso bicéfala que según parece vive en lo más profundo de la selva amazónica. Es una leyenda, una quimera, pero él cree a pies juntillas en ella. Al final dará con los pájaros en un claro de la selva, al que llega moribundo, envenenado por la picadura de una araña o de cualquier otro bicho ponzoñoso... Mientras agoniza escucha los trinos de las aves bicéfalas y comprende que ese claro es todo su hábitat. Allí está toda la población de esos extraños pájaros, toda la especie reunida en unos pocos metros cuadrados. Cuando muere lo hace feliz, al menos los ha encontrado. Las aves, cosa que él ignora, son carroñeras y se dan un banquete con sus restos. De algún modo el veneno que ha terminado con mi socios llega a su organismo y acaba también con ellas. Descubrimiento y extinción en un mismo día.

Ocho

El fin de la guerra no supuso el fin de la lucha. Por todas partes surgieron focos de rebelión y resistencia; eran muchos los que se negaban a

aceptar la “Paz de los Orestes”. Y como éstos habían prometido, no hubo piedad para quien se atreviera a desafiarles. Primero se instituyó un nuevo órgano de gobierno, el llamado Departamento de Vigilancia y Rectitud, dirigido por Gala Orestes, el mayor de los siete hermanos, luego se creó una nueva fuerza especial dentro del ejército, dependiente del Departamento de Vigilancia. Era un cuerpo militar destinado específicamente a exterminar descontentos y sofocar las posibles revueltas de la manera más cruel posible. Sus naves de guerra fueron diseñadas para causar pavor a cualquiera que las contemplara. Grotescas saetas de alas curvas y vientre plano, repletas de agujas y espolones. Las bautizaron como Cuervos Negros y su mera visión era augurio de matanza.

Al mando de esa nueva fuerza de choque estaba el comandante Estuardo, el trágico héroe de Bohemia (o como le conocían otros: el traidor manco). La historia de Estuardo y su traición era una de las más conocidas de toda la guerra. Era el comandante en jefe de las tropas del Consorcio de Gobierno en Turandot, la segunda luna de Bohemia. Cuando los Orestes preparaban la gran ofensiva sobre el planeta, Estuardo decidió cambiar de bando. Conocía el poderío del enemigo y sabía que no había posibilidad alguna de victoria. El propio Estuardo se comunicó con los Orestes para ponerse a su servicio: entregaría la luna sin resistencia y lucharía a partir de entonces bajo la enseña del fénix de siete cabezas. La única condición que puso para ello fue que los ciudadanos de Turandot fueran tratados con respeto y dignidad y que, por supuesto, no se repitieran las matanzas indiscriminadas que habían tenido lugar en otros puntos del Sistema Aurora. Los Orestes preveían una dura resistencia para tomar Bohemia y decidieron aceptar la oferta de Estuardo, aunque también impusieron una condición: le ordenaron hacer efectivo su cambio de bando de manera inmediata, desarbolando las defensas orbitales que el Consorcio de Gobierno tenía dispuestas alrededor del planeta. Estuardo obedeció sin demora, lanzó su flota contra los que hasta entonces habían sido los suyos y los aniquiló. Su ataque a traición destruyó las posiciones defensivas de Bohemia y allanó por completo el camino a los Orestes. La campaña en tierra duró tan solo tres semanas y el mismo Estuardo participó en ella al mando de una escuadrón de cazas de superficie. Pretendía demostrar, sin que

quedara duda alguna, su total adhesión al Imperio Orestes. Peleó con bravura en Bohemia, sus cazas eran los primeros en entrar en combate y los que más bajas causaban. Estuardo no rehuía la lucha, de hecho siempre estaba en primera línea, arriesgando el todo por el todo en aquella guerra. Perdió su brazo izquierdo en la batalla de Tosca, la última de la campaña en Bohemia, cuando su nave fue derribada por la artillería enemiga en el mismísimo corazón de la capital, pero apenas dos semanas después ya estaba de regreso en el puente de mando de su destructor para continuar la lucha.

Cuando se creó el Departamento de Vigilancia, pocos dudaron que él fuera el hombre idóneo para dirigir su brazo armado, los Cuervos Negros. Yo fui uno de los primeros en estar bajo sus órdenes, uno de sus asesinos. Todos los que solicitamos destino en el nuevo cuerpo sabíamos qué nos aguardaba allí. Ni siquiera voy a intentar justificarme. Solo diré que creía en el Imperio Orestes, creía en lo que representaba y para mí era un verdadero honor servir a las órdenes del comandante Estuardo.

Los cinco años siguientes al fin de la guerra fueron terriblemente sangrientos. Arrasábamos poblaciones enteras, atacábamos en cualquier lugar donde osaran levantarse en armas contra los Orestes. Nuestras órdenes eran claras: debíamos ser contundentes. La crueldad de nuestros actos no era gratuita, tenía un sentido aunque fuera retorcido: esperábamos que cuanto más despiadados nos mostráramos, más desanimaríamos a los detractores del régimen y menos revueltas tendríamos que sofocar en el futuro. En un primer momento no fue así, sino al contrario. Con cada matanza que cometíamos, más focos de violencia salpicaban el Imperio Orestes. Pero no nos arredramos, no había nada que pudiera hacernos frente. Fuimos de planeta en planeta, de luna en luna, dejando tras nosotros una estela de destrucción. A cada día que pasaba, cuanta más sangre bañaba mis manos, más dudas me asaltaban. Cumpló órdenes, me decía tras cada una de nuestras masacres, solo cumpló órdenes... Tres años después de la formación de los Cuervos Negros, comenzaron los primeros suicidios entre nuestras filas. Durante el cuarto año se llegó a hablar de verdadera epidemia. Y los Orestes, conscientes de la publicidad negativa que representaba ese goteo incesante de suicidios procedieron a cortarlos de raíz: se nos advirtió que se ejecutaría a la familia

entera de aquel que cometiera el tremendo error de suicidarse o, lo que a sus ojos era aún peor, desertar o desobedecer sus órdenes.

La última de nuestras grandes matanzas fue en Satala.

Los guerrilleros de los montes Panpala en Radamisto, la mayor provincia del planeta, llevaban meses hostigando a las tropas destinadas en un atrincheramiento cercano, destinado a proteger una de las principales minas del planeta Satala. Todos los intentos por dar con los rebeldes habían resultado infructuosos. Hasta que nos llamaron a nosotros. De haber querido, podíamos haber arrasado desde el aire hasta el último monte que servía de refugio a los guerrilleros, pero el comandante Estuardo tenía otras órdenes, órdenes directas de Gala Orestes. Había diecisiete poblaciones en los montes Panpala, pequeñas villas de campesinos dedicados a la agricultura y el pastoreo. Que los rebeldes provenían de esas aldeas era algo bien sabido por todos. Nos ordenaron capturar a todos los habitantes de la zona y atarlos, de uno en uno, a los árboles que se asentaban en las estribaciones de uno de los montes. Luego anunciamos que procederíamos a quemar vivos a los prisioneros, uno por minuto, hasta que los rebeldes claudicaran y se entregaran a nosotros. Tardaron dos horas en bajar de los montes, desarmados, con las manos en la cabeza y la expresión vacía del que sabe lo que va a acontecer a continuación. Eran medio centenar. Los agrupamos a todos y los fusilamos.

—Perdí más de un brazo en Bohemia —dijo el comandante Estuardo una vez la matanza concluyó. El olor a carne quemada lo anegaba todo. El sonido de los llantos de los prisioneros que aún permanecían atados a los árboles era desolador—. Matadlos, matadlos a todos —ordenó Estuardo—. Y vámonos de aquí de una vez.

Y sí, cinco años después del final de la guerra, al fin llegó la paz de los Orestes, edificada sobre el terror, levantada sobre las tumbas de los que habían muerto durante la guerra y los que habían sido asesinados después por nosotros, los Cuervos Negros. En los siguientes años, la humanidad progresó como jamás se había visto, en brazos del pensamiento único. El Sistema Aurora era un paraíso, un paraíso tenso, pero paraíso a fin de cuentas. Los siete emperadores controlaban todo, absolutamente todo. Se seguían produciendo ejecuciones selectivas, por supuesto. Al menor rumor de

disidencia, un cuervo negro se dejaba caer por la zona, estudiaba la situación y pasaba su informe al Departamento de Vigilancia y Rectitud que decidía cómo proceder. Ya no se dejaban los cadáveres en la calle, ni se arrasaba con poblaciones enteras para terminar con núcleos hostiles. El control de la población tenía lugar de una manera más sutil. Todo era paz en el Sistema Aurora. Ni un conato de rebeldía. La calma absoluta campaba en el Imperio, la calma de los cementerios y el miedo, la calma de los campos de batalla una vez todo ha terminado, pero calma en definitiva. Los Orestes lo habían conseguido. Hasta que murió Gala y sus cenizas fueron a parar a Nabucco.

Nueve

Hace nueve años asistí a una de las ceremonias de reencarnación de los Orestes, la última antes de la muerte de Gala. Tuvo lugar al amanecer en el anfiteatro de Armida, ante más de trescientas mil personas llegadas de todos los puntos del sistema. Yo acudí a ella como asistente personal del comandante Estuardo. Los dos vestíamos el impoluto uniforme oscuro de los Cuervos Negros, y nos encontrábamos en una de las plataformas de privilegio, a apenas tres filas de la plataforma central, ocupada por los seis hermanos Orestes supervivientes. Resultaba impresionante ver aquel despliegue de fanáticos del imperio. Sus cánticos, sus movimientos sincopados, las expresiones de absoluta reverencia en sus rostros..., todo los hermanaba de un modo demoledor. Creo que tan solo el comandante y yo guardábamos la compostura, y al menos en mi caso no porque no quisiera dejarme llevar por aquella comunión salvaje, sino porque era mi obligación aparecer imperturbable. Todas las gargantas coreaban el nombre de los Orestes en un paroxismo demencial.

Bartok Orestes había muerto dos semanas antes, un fulminante infarto en la flor de la vida. Su heredero era Mijaíl Orestes, primo de Bartok. Hacía mucho tiempo que los siete hermanos Orestes habían dejado de ser hermanos de verdad. Hicieron descender a Mijaíl desde una lanzadera que planeaba en el centro del anfiteatro. Descendió desnudo en un campo de gravedad nula, escoltado por una miríada de fulgores programados. Aterrizó con dignidad imperial en la plataforma central. Los seis hermanos lo rodearon al momento;

Gala, el mayor, era quien portaba la urna con las cenizas de Bartok. La alzó sobre la cabeza de Mijaíl y el anfiteatro entero guardó un expectante silencio. Pocas cosas hay tan sobrecogedoras como el silencio contenido de una gran multitud. Las manos firmes de Gala giraron la urna con un movimiento ágil y fluido y las cenizas del difunto Orestes cayeron sobre Mijaíl. El anfiteatro estalló de júbilo. Me costó un gran esfuerzo impedir que mi propia voz se uniera a aquel estruendo que proclamaba que los seis hermanos Orestes volvían a ser siete. Me giré hacia el comandante Estuardo, firme a mi lado, y por un momento vi en su rostro tal expresión de odio y rabia que a punto estuve de trastabillar.

Diez

Aún hoy resulta difícil entender cómo llegó la urna con las cenizas de Gala a Nabucco.

Gala Orestes murió el ocho de febrero del 330 en Xerxes, la cuarta luna de Sapho. Un derrame cerebral terminó con su vida mientras dormía. Tenía ochenta y dos años y durante buena parte de ellos había estado al cargo del aparato militar de los Orestes. La mayor parte de las grabaciones oficiales que se conservan de él nos lo muestran en el puente de mando de su nave capitana la “Orestes Victoriosos”, enfundado en su traje de combate, plagada la pechera de relucientes medallas.

Muchos lo calificaban como un verdadero depredador, yo lo definiría de otro modo: Gala era la guerra encarnada. No conocía la piedad, era todo pasión y fuerza. Fue responsable directo de las mayores masacres cometidas durante la conquista del Sistema Aurora. Dirigió la matanza de Rusalka o el baño de sangre con que se conquistó Arabella, fue él quien ordenó que se prendiera fuego a los barracones donde se habían refugiado los restos del ejército derrotado de Piscis y quien ordenó degollar a toda la nobleza de Pandora. Fue cruel y despiadado durante la guerra, y siguió siéndolo cuando ésta llegó a su fin. Se puso al frente del Departamento de Vigilancia y Rectitud, la red de represión que velaba por la integridad moral del Imperio y la lealtad de sus súbditos y cuyo brazo armado éramos los Cuervos Negros de Estuardo.

“La guerra no terminará nunca” solía decir “Hay que mantenerla activa siempre, aunque sea de manera soterrada. Si dejamos de creer que tenemos enemigos, pereceremos. Para que el Imperio siga en paz, yo debo seguir matando.”

La noticia de su fallecimiento en Xerxes conmocionó al Sistema Aurora, igual que había sucedido con la muerte de Bartok, ocurrida unos años antes. Gala fue incinerado y se dispuso que sus cenizas fueran trasladadas a Armida, donde sus hermanos preparaban ya la ceremonia de resurrección. Ni uno de ellos asistió a los funerales de estado que tuvieron lugar en Xerxes en honor a Gala. Lo importante para ellos en aquel momento no era su hermano muerto, sino el hombre destinado a ocupar su lugar. Su presencia en las honras fúnebres solo hubiera servido para confirmar ante el pueblo su propia mortalidad y se negaban en rotundo a ello. La nave privada del gobernador de Xerxes, escoltada por una docena de cazas de combate, sería la encargada de llevar la urna a la capital del Sistema.

Cuando la comitiva fúnebre se disponía a abandonar la plataforma central del puerto orbital de Xerxes, ocurrió la catástrofe. El gigantesco crucero “Horizonte más allá de un sueño” maniobraba para entrar en uno de los hangares de los niveles superiores, cuando la sujeción principal de la plataforma de anclaje se soltó y fue a chocar contra el costado del crucero. El impacto desvió la trayectoria de la nave mínimamente, pero fue suficiente como para que la “Horizonte” embistiera contra una de sus naves hermanas, anclada ya en su posición. El choque fue brutal. Ambas se precipitaron hacia el centro de gravedad del puerto, arrastrando todas las naves situadas en los niveles inferiores que encontraron a su paso. Fue la mayor catástrofe aeroespacial de la historia. Murieron más de ochenta mil personas, entre tripulantes, pasaje y empleados del puerto orbital. En aquel infierno, fue completamente imposible dar con la urna, de hecho no se encontró el menor rastro de la nave que iba a transportarla.

Siete meses después, las cenizas aparecieron en Nabucco.

09-09-330

NOS VAMOS a meter en un buen lio. Lo presiento.

Era mi turno de vigilancia en monitores, aunque llamar “vigilancia” a lo de esta tarde resulta como mínimo exagerado. A decir verdad poca atención prestaba a las idas y venidas de las aracnocosas. Tocaba explorar el interior de uno de los cruceros que habían causado el desastre de Xerxes y no esperaba encontrar gran cosa en ellos. Es raro hacerlo en naves implicadas en accidentes graves, más que nada porque para cuando llegan a nosotros las autoridades competentes ya las han revisado de arriba abajo (imagino que para no dejarse olvidado por ahí ningún cadáver). Así que estaba dedicando mi tiempo a escribir una nueva historia (los tejemanejes de un Vladimir Constanza viajero del tiempo que trata de influir en su propia vida para hacerla perfecta y que por supuesto tendrá un desenlace fatal). De vez en cuando levantaba la vista del cuaderno para ver en las pantallas como los androides se afanaban en el laberinto de paredes derruidas, suelos reventados y paneles retorcidos en que se había convertido el interior del crucero.

De pronto la puerta neumática se deslizó hacia un lado y James entró en la estancia, con dos tazas de café espeso. Charlamos de intrascendencias durante un rato, mirando de cuando en cuando a los monitores y ahogando bostezos.

—Espera —dijo señalando hacia una pantalla—. ¿Puedes hacer que la cuatro retroceda un poco? —me pidió. Se había llevado la taza de café a los labios pero la había bajado de manera tan brusca que salpicó el respaldo de mi silla. Algo en la expresión de su rostro me perturbó—. He visto algo extraño... —señaló.

Giré hacia la consola y transmití la orden al androide de retroceder y efectuar un barrido de trescientos sesenta grados. La aracnocososa nos mostró las ruinas de un inmenso salón de baile, sembrado de panales desgarrados, vigas y espuma negra coagulada.

—Haz que levante la cámara —me indicó James. Puso su mano sobre mi hombro y apretó con fuerza. Estaba expectante—. Quiero echar un vistazo al techo.

El androide obedeció diligente. En un primer momento no alcancé a distinguir nada entre aquel caos de losetas destrozadas y vigas a medio caer. James tuvo que esforzarse para que me diera cuenta de que había algo en la imagen que no encajaba. Justo sobre la inmensa lámpara semiesférica que por algún milagro se había mantenido fija al techo se veía parte del fuselaje de una nave blanca,

concretamente la popa. Los dos cruceros habían arrastrado en su caída a decenas de naves en el espacio puerto y, por lo visto, el choque contra una de ellas había sido tan violento que sus pedazos se habían abierto camino en el interior del crucero. La casualidad había querido que quedara justo sobre la lámpara, de estar en cualquier otro lugar del techo hubiera resaltado muchísimo más.

Ordené al androide que subiera hasta la nave empotrada. El punto de la vista de la cámara varió bruscamente cuando los propulsores de la aracnosa se pusieron en marcha y la elevaron por el aire. Manióbró como bien pudo hasta llegar al fuselaje, no le fue fácil debido al número de vigas y paneles que colgaban del techo. Tuvo que recurrir al láser para abrirse camino en la chapa, desgajó una porción considerable de un flanco (provocando la estrepitosa caída de la lámpara) y luego entró por ella. James lo observaba todo con una ansiedad desmedida. En la cámara apareció la sala de control de la nave, en perspectiva invertida. Había tres cadáveres, dos colgaban de los asientos, sujetos aún por los cinturones de seguridad, el tercero estaba empotrado contra lo que había sido el techo de la nave, ahora reconvertido en suelo y prácticamente enterrado entre un barullo de enseres y pedazos de metal. En aquel desorden resaltaba una urna de cristal de casi medio metro de largo, con forma de uve y un pequeño pedestal negro en la base.

—Quiero esa cosa —dijo James y algo en el tono de su voz me hizo ponerme alerta—. Quiero esa cosa —repitió. La taza de café que tenía en las manos cayó al suelo y se hizo pedazos—. Dile al androide que la marque. Tenemos que traerla al domo.

El brillo de sus ojos era el mismo que adquirían cuando resolvía algún problema particularmente difícil. Sus dedos tabaleaban con tanta fuerza sobre el respaldo de mi asiento que sentía la vibración de los golpecitos por todo el cuerpo. El androide marcó la posición de la urna, los datos se descargaron al nodo central del sótano y de ahí pasaron al localizador de un cada vez más agitado James Hurtado. Comprobó con el rostro descompuesto que efectivamente tenía la localización del objeto y salió prácticamente a la carrera del sótano.

Ordené al androide mantener su posición y aguardé ante los monitores hasta que, más de una hora después, vi aparecer en pantalla a James. Parecía un

insecto borracho, de extremidades largas y movimientos caóticos. Hacía tiempo que no nos arriesgábamos a recuperar objetos que implicaran mucho esfuerzo físico para nuestros cansados huesos, pero él batalló tenaz en el interior de la nave siniestrada hasta hacerse con la urna. Luego miró directamente a cámara y me mostró un primer plano de la misma. La acercó tanto que durante unos instantes no fue más que una mancha borrosa en pantalla. Luego la retiró despacio, con un dedo señalando la placa dorada y sucia que había en un lateral de la base.

“Gala Orestes.”

—Son las cenizas del dichoso Orestes —dije cuando regresó al domo. Había dejado la urna en una de las mesas de la sala común. Yo la observaba con creciente inquietud, me daba la impresión de que aquello iba a saltar sobre mí en cualquier momento y morderme. Drago también estaba allí, inmóvil en la puerta, con la vista fija también en la urna—. Tenemos que devolverlas en cuanto podamos o nos meteremos en problemas. Con estas cosas es mejor un jugar. Ya sabéis cómo se las gastan los Orestes...

—¡No! ¡No podemos devolverlas! —exclamó James, cogió la urna de la mesa y la abrazó de manera patética contra su pecho. Las cenizas del mayor carnicero de la guerra se agitaron tras el cristal—. Es mía. Yo la encontré. Y por ley me pertenece. ¡Es la ley de Nabucco!

—No estás siendo razonable —le insistí—. Esas cenizas tienen dueño. En cuanto sepan que las tenemos aquí, vendrán por ellas. Y no nos quedará más remedio que devolverlas.

James me miró de hito en hito. Bajó la mirada hacia la urna, la giró y sonrió de una manera tan exagerada que resultaba cómica.

—Son las cenizas de Gala Orestes —dijo y señaló de nuevo la placa en la base—. Gala Orestes es su legítimo propietario, sí señor. Aquí lo pone. Que venga a por ellas. Si me las pide, yo se las devolveré. Lo juro.

—Ta has vuelto loco. No, espera. Rectifico: te has vuelto más loco.

—No, obtuso hombrecillo. Mi locura no ha crecido ni es nueva, es la vieja locura de siempre. Mira, mira esa cosa... —dejó de nuevo la urna en la mesa y la señaló con ambas manos. Los ojos le fulguraban. Parecía como si alguien le hubiera

prendido fuego por dentro—. Es magnífica... Sublime —me miró, resopló y sacudió la cabeza—. Escúchame, Vladimir... No puedo ver el futuro, por mucho que lo he intentado nunca lo he conseguido, ya lo sabes... No hay certezas cuando te adentras en el mañana, a lo sumo posibilidades, vaguedades... Pero eso, esa urna, es importante para la historia. Lo intuía. Puedo verlo. Es sumamente importante. Escúchame, Vladimir, escúchame... La melodía de la que formará parte es grandiosa.

—¡Razón de más para devolverla! —estallé.

James negó con la cabeza.

—Tenemos que quedárnosla. Es difícil de explicar, pero tienes que creerme... Esta urna tiene que estar en Nabucco. Su canción empieza aquí.

Once

Podían haber ocultado a su descubrimiento. Podían haber alterado las grabaciones del androide que había descubierto la nave empotrada y marcado la urna. Tenían mil modos de ocultar su hallazgo, pero no lo hicieron. No hubiera sido la primera vez que se destruían datos de manera accidental. Aunque Constanza no habla de ello en su diario y no he podido encontrar en las grabaciones de las cámaras de seguridad nada que lo corrobore, tengo la impresión de que ese despiste no fue tal. James Hurtado Garibaldi debía saber que la urna no sólo era importante por sí misma, era importante en relación a su permanencia en Nabucco y a que los Orestes supieran que se encontraba allí.

Fuera como fuera, unos días después del descubrimiento, una nave de mantenimiento aterrizó en Nabucco y se llevó consigo los cristales de datos que contenían tanto los informes de los androides como las grabaciones de las cámaras de seguridad del domo. Y aún así, el descubrimiento bien pudo haber sido pasado por alto, lo normal era que nadie prestara excesiva atención a los informes que llegaban de la luna de Fedora. De hecho, lo único que se solía revisar era el estado de los almacenes y hangares del desguace, para notificar a los cargueros cuándo llegaba el momento de acercarse a aligerarlos. Pero la casualidad quiso que Martin Luz, el enlace del desguace con el resto del

Sistema Aurora, hubiera perdido a su hermano en el desastre de Xerxes y que al ver consignada la nave causante del accidente en los informes recién llegados, no pudiera evitar echar un vistazo. Por lo visto quería comprobar con sus propios ojos el estado en el que había quedado el crucero. Y dio la casualidad de que la porción de metraje que escogió para ver fue justo la que mostraba un primer plano de la urna de Gala Orestes, sostenida por las manos temblorosas pero decididas de James Hurtado Garibaldi. El destino es inexorable.

Martín Luz fue el primero en recibir una negativa por parte de los presos de Nabucco a devolver la urna a sus legítimos propietarios. Se presentó allí en una lanzadera privada y se ofreció a comprarla, como si fuera un tesoro más de los que se solían encontrar en el vertedero. Su intención, sin duda, era devolver él mismo las cenizas de Gala a los Orestes y apuntarse el mérito del hallazgo, pero los presos se negaron a vendérsela y le despidieron de manera destemplada. Quizá de no haber sido por la presencia amenazante de Drago Koro hubiera intentado conseguirla por la fuerza, pero finalmente no le quedó más remedio que claudicar y abandonar Nabucco con las manos vacías. Cuando regresó a su nave base, informó a sus superiores del descubrimiento, aunque por si le acarrearba alguna consecuencia negativa, prefirió callarse su visita a Nabucco.

La noticia del hallazgo fue recibida con gran alegría por los Orestes, como no podía ser de otra manera. Había tenido lugar una ceremonia de resurrección en Armida, para que de nuevo fueran siete los dirigentes del Imperio, pero la falta de las cenizas de Gala en la ceremonia había sido considerado por todos como un fatal augurio.

En las grabaciones pertenecientes a aquellos días, vemos a James paseándose por el domo con la urna en brazos, sin dormir siquiera, ajeno casi siempre a los ruegos de Constanza para que entrara en razón. En algunos momentos se le ve dudar y admite que puede estar equivocado, pero esos momentos de debilidad pronto desaparecen y se reafirma en su teoría de que la urna es importante. Drago Koro asiste como testigo mudo a las conversaciones de los dos hombres, oculto casi siempre entre sombras, como si se negara a permitir que las cámaras lo captaran directamente. En una de

las pocas ocasiones en las que James Hurtado deja la urna abandonada sobre la mesa de la sala común, se le ve aparecer de pronto y acercarse reticente a ella. Alarga una mano hacia la urna, pero la retira antes de tocarla. Luego parece armarse de valor y roza con su dedo el cristal, lo lleva untado de algún tipo de colorante rojo, y traza, con infinito cuidado, la figura de un bisonte.

Doce

La nave diplomática “Emporio” llegó a Nabucco el quince de septiembre, escoltada por tres cazas de combate. Pocas horas después una pequeña lanzadera aterrizó junto al domo de habitabilidad. En ella viajaban Irinei Bakov, delegado del gobierno en Fedora, Ignacio Mares, asesor de la corporación dueña del desguace y tres miembros de la seguridad privada de Bakov, veteranos todos en la guerra. La primera opción que se había barajado fue la de usar la fuerza para recuperar las cenizas, pero se optó por llevar el asunto de forma pacífica.

La reunión tuvo lugar en la sala común del domo. Los dos civiles fueron los encargados de dialogar con los presos, tras ellos, en posición de descanso, aguardaban sus guardaespaldas. Bakov y Mares se habían quitado los cascos nada más entrar en la zona segura del domo, pero los soldados permanecieron en todo momento con sus yelmos de combate puestos y las manos a la espalda. Frente a ellos estaban Vladimir Constanza y James Hurtado Garibaldi, un poco más retrasado, semioculto en las sombras, se encontraba Drago Koro, desnudo como siempre.

Esto que sigue es un extracto del informe oral de Ignacio Mares tras su experiencia en Nabucco:

“Después de más de una hora de conversaciones, el asunto comenzó a encauzarse. Era evidente que Constanza estaba deseando librarse de la urna, pero su compañero, James Hurtado Garibaldi, representaba el principal problema. Habíamos expuesto con claridad el tema, sabían de la importancia de la urna para el Imperio Orestes, les aseguramos que nuestro agradecimiento no quedaría solo en palabras y que estudiaríamos modos de facilitarles la vida en Nabucco... De hecho hasta dejé entrever que

barajaríamos la posibilidad de trasladarles a una prisión de mínima seguridad. Y aunque Garibaldi se mostraba reticente, aunque todavía dudaba, al final dio su brazo a torcer. Santos Orestes... Bakov acababa de estrechar la mano a Constanza para sellar nuestro acuerdo y Garibaldi ya se acercaba hacia mí, dispuesto a entregarme la urna, cuando el tercer preso, el negro inmenso, se levantó de su silla y vino hacia nosotros...

“No”, dijo, “Esa urna nos pertenece. Nosotros la encontramos. Es nuestra.”

En la grabación de las cámaras de seguridad de la sala común vemos que hay un momento de duda general tras la negativa de Drago Koro a entregar la urna. Constanza y Garibaldi miraron atónitos a su compañero, con los ojos abiertos como platos. La sonrisa complacida de Mares se quebró en sus labios. Parecía a punto de volver a hablar, pero Bakov se le adelantó. Se giró hacia sus guardaespaldas y con un solo gesto les dio la orden de intervenir. Las manos de los tres soldados volaron al unísono hacia sus pistolas, pero antes de que pudieran empuñarlas, Drago arremetió contra ellos. Pasó como una exhalación junto a Bakov, aferró el casco del militar que cubría el flanco izquierdo y de un rápido y violento giro le quebró el cuello. Los otros dos abrieron fuego al instante. Drago se escudó tras el hombre que acababa de matar y a la vez desenfundó el arma que éste llevaba al cinto. Luego lo lanzó hacia uno de los guardaespaldas mientras abría fuego a bocajarro sobre el otro. Cayó al suelo al momento, acibillado por los impactos directos. El guardaespaldas superviviente se zafó como pudo del cuerpo de su compañero y disparó sobre Drago. El trallazo de energía pasó lejos del coloso oscuro. Drago en cambio no falló. Le disparó tres veces en pleno pecho. Drago Koro, de ochenta y siete años de edad, tardó exactamente dieciséis segundos en matar a tres guerreros de élite, dos de ellos condecorados en la batalla de Armida. Luego se giró hacia Bakov y Mares:

—Es nuestra. La urna es nuestra —dijo.

15-09-330

MÁS DE cuarenta años sin decir una sola palabra, y cuando al fin abre la boca, es para condenarnos a todos. Qué locura. Qué estúpida locura. Esto es una

pesadilla inconcebible y sin sentido... En cuanto la tormenta se calme, vendrán aquí y nos matarán. Eso es lo que ocurrirá. Drago habló y todo se echó a perder.

Les dijo que no. Vinieron a por la urna y les dijo que no, que era nuestra... y luego saltó sobre los tres soldados y los mató. Los dos hombrecillos se fueron deprisa, pálidos como la cera, dejando tras ellos los cuerpos de sus hombres. Drago Koro tomó sus pistolas y nos las tendió. Yo negué con la cabeza, pero él puso una de las armas en mi mano y me obligó a cerrar el puño. Me hizo daño.

—Vendrán más. No pararán hasta recuperar las cenizas —me advirtió. Yo no había escuchado su voz jamás, pero a lo largo de los años me había hecho una idea de cómo debía ser: una voz poderosa, dura, enérgica. Me equivoqué por completo. Era áspera, ronca y tenía un deje de resignación tan pronunciado que parecía imposible que surgiera de un coloso como él. Era la voz de un ser frágil, no la de un hombre que acababa de asesinar a tres personas ante nuestros ojos.

No pudo conseguir que James cogiera la otra pistola. Permanecía abrazado a la urna, mirando los tres cuerpos tirados en el suelo con los ojos muy abiertos.

—Los has matado —dijo. La sorpresa que se entreveía en su voz era la de alguien que acaba de contemplar un impresionante truco de magia—. Estaban vivos y ahora no son nada más que materia inerte... Qué paradoja.

—¡Van a matarnos! —dije yo, llevándome las manos a la cabeza—. ¿Pero qué has hecho, viejo loco? ¿Qué has hecho?

—La urna es importante —me contestó—. James lo dijo. James lo sabe. Se lo dijeron los números. La urna es importante. Y es nuestra.

En el caos de ruidos de Nabucco escuché el rugido de la lanzadera despegando. Sacudí la cabeza y corrí hacia uno de los miradores a tiempo de ver cómo la panza sucia de la nave se perdía entre nubarrones rojos. Pronto saldría de la atmósfera de Nabucco y podría comunicarse con los suyos. Permanecí durante largo rato tras el cristal sucio, con la vista fija en las alturas, sin pestañear siquiera, esperando que en cualquier momento aparecieran cazas de combate. De pronto vislumbré los primeros zarcillos de varias perturbaciones eléctricas naciendo allí arriba, tan cerca unas de otras que no tardarían en unirse formando una única y descomunal tormenta. Los sensores de los androides captaron la virulencia de la

tempestad que se gestaba y se apresuraron a buscar refugio en las zonas del subsuelo habilitadas para ellos. Las nubes rojas se abrieron en rápidas espirales y en el centro de cada una de ellas bostezó un fuego fatuo. No habría nave que se atreviera a acercarse a Nabucco mientras durara el mal tiempo.

Regresé a la sala común con la noticia de que estaríamos a salvo mientras durara la tormenta. La sala apestaba a muerte y carne chamuscada. En mi ausencia, Drago y James habían envuelto los cadáveres en varias alfombras. Entre los tres los arrastramos a una de las habitaciones vacías. Luego nos encargamos de limpiar la sangre del suelo, perdidos en nuestros pensamientos. James no dejaba de musitar para sí, pero no pude entender nada de lo que decía. Yo miraba a Drago, espantado aún por lo que había hecho. Nuestras miradas se cruzaron y la mía debió dejarle muy claro lo que pensaba sobre él, porque se incorporó y salió de la sala común a grandes pasos.

—Vendrán a por nosotros —le dije a James, una vez Drago abandonó la sala común. Tiré con rabia un trapo empapado al cubo de agua turbia y ensangrentada—. Vendrán a por nosotros en cuanto la tormenta amaine. Y nos matarán. Debemos hacer algo para solucionar esto. Tenemos que entregarles las cenizas. No nos darán nada de lo que nos han ofrecido, pero al menos no nos harán daño, estoy seguro... Nos dejarán en paz.

—A Drago no.

—Drago ha matado a tres hombres, James. No podemos ser cómplices de eso. Debemos convencerlo para que se entregue —resoplé—, o reducirlo por nuestros propios medios si no nos deja otra alternativa...

—En el cómputo global aún le ganas por un cadáver.

—¡No me marees con eso! ¡Les daremos las cenizas y a Drago! ¡No nos queda otro remedio si queremos sobrevivir!

—No, no podemos hacerlo —suspiró y negó con la cabeza—. Me tentaron y a punto estuvieron de convencerme... Fui débil... Pero ahora lo veo claro. No podemos entregárselas, Vladimir. Son importantes. Drago no hubiera matado a esos hombres si no comprendiera su valor... —señaló con la cabeza hacia la urna.

La había colocado en el suelo, junto a la puerta—. Esa urna es nuestra responsabilidad.

—Van a matarnos, James. Van a matarnos.

Me dedicó un frío encogimiento de hombros.

—Desde el principio sabíamos que moriríamos aquí. De hecho resulta sorprendente que hayamos sobrevivido tanto. Da igual, no importa. Nuestra vida es intrascendente en estos momentos. Lo que importa es la urna.

Sacudí la cabeza, era imposible hacerle entrar en razón y yo no me encontraba demasiado lúcido. Nos costó dos horas limpiar el suelo de la sala, pero el hedor a muerte permaneció flotando a nuestro alrededor como un sucio recordatorio de lo ocurrido. Discutimos qué hacer a continuación, sin llegar a ninguna parte. No hay esperanza. En cuanto la tormenta escampe bajaran con sus naves de guerra y nos matarán. ¿Qué podemos hacer contra ellos? No, no tenemos la menor oportunidad. Nos matarán y se llevarán la urna...

Ahora estoy en mi habitación, demasiado nervioso para escribir algo que no sea este diario, demasiado agitado para dormir. Ha habido algo que me ha desquiciado todavía más en todo esto. Cuando venía hacia mi cuarto he pasado junto a la habitación de Drago Koro. Tenía la puerta abierta y pude verle sentado sobre su batiburrillo de alfombras, se miraba las manos ensangrentadas con una expresión de perplejidad absoluta. Lloraba. Y esa muestra de debilidad me ha enfurecido. No sé el porqué.

Un poco más tarde.

SIGUE SIENDO quince de septiembre. La tormenta sigue rugiendo sobre nuestras cabezas. Todo sigue igual, pero todo ha cambiado.

Tenemos que proteger la urna. No conozco el motivo, no sé qué sentido tiene que lo hagamos, pero lo haremos: está escrito, ha de ser así. Daré mi vida por esa cosa. La situación ha dado un vuelco inesperado en la última hora, ha ocurrido algo que me ha convencido sin lugar a dudas. Moriré protegiendo esas estúpidas cenizas. Está dicho. Mártir de lo absurdo, ése seré yo.

Todo ha empezado con James, zarandeándome en la cama. Por lo visto, al final logré conciliar el sueño, aunque solo haya servido para tener una horrible pesadilla. De nuevo he regresado a los viejos pabellones donde Melville nos arengaba allá en Rusalka, de nuevo he vuelto a correr por las calles bajo el fuego y las balas, y esta vez no corría solo. Conmigo corrían todos los Vladimires Constanzas que he ido matando con mi pluma a lo largo de los años, una multitud de seres clónicos que caían acribillados por un enemigo que en ningún momento se dejaba ver. Casi he respirado aliviado cuando James me ha despertado. Pero luego he pensado que venía a avisarme de la llegada de los cazas y el corazón se me ha encogido en el pecho.

—Tranquilo, la tormenta continúa —me ha dicho—. Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Me ha llevado hasta la sala de monitores prácticamente arrastras. Quería mostrarme una nueva pintura de Drago, decía. Yo no podía entender por qué no podía esperar hasta mañana y él ha insistido en que era importante que la viera cuanto antes. Mi primera reacción ha sido enfurecerme todavía más con Drago al ver las cuatro toscas figuras que ha dibujado en el ala derecha de un carguero. Las cuatro son de un marcado color negro; una de ellas, la mayor, está en pie con los brazos alzados en un gesto que bien puede expresar desesperación o euforia, a sus pies yacen las otras tres figuras, retorcidas y rotas. Sus cabezas son enormes en comparación a sus cuerpos esquemáticos, y son completamente esféricas, como corresponde a los yelmos de combate de los hombres que mató Drago.

—¿Encima se jacta de lo que ha hecho? —pregunté rabioso—. Eso no mejora nuestra situación. No, no la mejora.

—No lo comprendes, Vladimir. Lo pintó antes de que sucediera, no después.

—Eso es absurdo.

Por toda respuesta, James ha sacado un cristal de datos de su bolsillo, el cristal con las grabaciones de las cámaras de la última semana. Lo ha colocado en la matriz de un monitor apagado y ha navegado manualmente en la memoria hasta dar con el preciso instante en que Drago se eleva hacia el carguero, con las pistolas de pintura en ristre, y comienza a dibujar las toscas figuras de su última obra. La

hora de la grabación no miente. Drago Koro se pintó a sí mismo y a los tres soldados exactamente ocho horas antes de que la lanzadera aterrizara.

Lo que ha pasado hoy estaba escrito. Él mismo se había encargado de escribirlo en el cuerpo lacerado de un carguero antes de que ocurriera. Y a mí no me ha quedado más remedio que rendirme a la evidencia. No se puede ir en contra de designios tan poderosos. Ya no son sólo los números de James, ahora también son los dibujos de Drago. No sé qué pintará mi propia locura en todo esto, pero, por lo visto, daré mi vida por las cenizas del tal Gala Orestes. Los Constanzas de mis cuentos mueren sabiendo porqué lo hacen, pero al parecer yo lo haré ignorándolo por completo.

Trece

Los Orestes cometieron el error de querer hacer de la recuperación de la urna un espectáculo mediático para mayor gloria de su hermano muerto. Decenas de periodistas y cámaras de todo el Sistema Aurora cubrían el acontecimiento desde la “Emporio”. Fue comprensible la sorpresa de todos cuando Bakov y Mares llegaron con las manos vacías y el rostro descompuesto. En un primer momento se intentó ocultar lo ocurrido, pero las filtraciones fueron inevitables y dos horas después de su llegada, todo el Sistema Aurora estaba al tanto del acto de rebeldía que había tenido lugar en Nabucco.

Las identidades de los tres presos pronto estuvieron en boca de todos. Se desempolvaron archivos antiguos, las redes se pusieron en marcha para averiguar todo lo posible sobre esos turbios criminales. Pronto todos pudimos ver las dantescas fotografías de los que habían muerto intoxicados por las drogas que James Hurtado había ayudado a distribuir; las vimos junto a las imágenes de Drago Koro entrando en la comisaria tras asesinar a su hermano, con las manos levantadas manchadas de sangre, y las más impactantes de todas, las que muchos aún no habían olvidado: las grabaciones de Constanza y su lanzallamas en Rusalka. Los Orestes intentaron por todos los medios satanizar a los hombres que retenían las sagradas cenizas de Gala. Pero no tardó en hacerse evidente un dato obvio: la fecha de todos esos delitos distaba

mucho de ser cercana. Habían pasado cuarenta y siete años desde las revueltas de Rusalka y sesenta desde los macabros asesinatos de Drago Koro. Lo cual condujo a una pregunta inevitable: ¿Qué edad tenían esos hombres que osaban desobedecer las órdenes de los Orestes?

Un murmullo inquieto comenzó a oírse por todo el Sistema Aurora. Muchos eran la primera vez que oían hablar de la existencia del desguace de Nabucco, pero todos, absolutamente todos, prestaron atención a lo que ocurría en aquella luna. No era para menos: tres locos se habían atrevido a desafiar al imperio.

Catorce.

El segundo intento de recuperar la urna tuvo lugar treinta horas después del primero. El revuelo que había causado en todo el sistema el fracaso de Bakov y Mares fue de tal magnitud, que Reyko Orestes ordenó que se recuperaran las cenizas de su hermano sin demora alguna, usando toda la fuerza necesaria para ello. A pesar de lo tajante de la orden no quedó más alternativa que esperar a que la brutal tormenta que asolaba Nabucco se calmara. Cuando el tiempo mejoró lo suficiente para permitir el descenso, dos lanzaderas de tropas de asalto y las tres naves de combate que escoltaban a la “Emporio” se prepararon para enfilarse al desguace. Varios informes aconsejaban el uso de fuerza no letal para reducir a los reclusos, pero los propios Orestes lo desestimaron. Aquellos ancianos dementes habían cometido sacrilegio contra el Imperio y debían pagar por ello. El riesgo de que a la urna le ocurriera algo durante el asalto era bastante bajo, el material con el que estaba construida era prácticamente irrompible y sólo un impacto directo lograría dañarla. Por supuesto nadie criticó el exagerado despliegue de fuerzas con el que se pretendía reducir a tres ancianos atrincherados en un vertedero.

Los primeros pasos para el ataque se dieron aún con la tormenta en su punto álgido. La “Emporio” sembró la órbita de Nabucco con pequeños satélites repetidores en un intento de evitar la estática que provocaba la luna y mantenerse así en comunicación constante con las naves cuando éstas atacaran.

A las veintidós horas del dieciséis de septiembre, las condiciones climáticas, aunque lejos de ser óptimas, ya permitían la incursión y las cinco naves pusieron rumbo a Nabucco. A las veintidós quince se perdieron de vista entre los torbellinos de nubes altas de la luna. Las comunicaciones llegaban a la “Emporio” hirviendo de ruidos y parásitos, pero resultaban comprensibles.

“Tenemos visual de la base. Repito: tenemos visual de la base. Las naves de combate harán un primer barrido de reconocimiento sobre el domo antes de que las lanzaderas aterricen”.

La última transmisión que se recibió en la “Emporio” fue la siguiente:

“¡Alfa tres alcanzada! ¡Fuego enemigo! ¡Estamos bajo fuego enemigo! ¡Alfa dos, aborte aproximación! ¡Formación de ataque! ¡Evasión! ¡Evasión! ¡Han abierrrrrrrrrrrrrr...”

Los locos de Nabucco tardaron exactamente dos minutos y medio en derribar las cinco naves. La única grabación que existe de ese momento es una toma sesgada recogida por una de las cámaras exteriores del domo de habitabilidad. En ella se ve caer en lentas espirales una esfera de llamas de la que se van desprendiendo pedazos de metal humeante.

16-09-330

CUARENTA Y siete años después, la historia vuelve a repetirse. De nuevo he abierto fuego sobre hombres armados que venían en mi busca, de nuevo he sentido la pulsación de la muerte entre mis manos. Otra vez han florecido llamaradas ante mis ojos.

Quizá a esto se reduce todo, quizá por eso soy incapaz de imaginar una historia en la que yo consiga triunfar... Por mucho que me esfuerce estoy condenado a ser siempre el mismo Vladimir Constanza de Rusalka, aquel demonio babeante que reía enloquecido mientras achicharraba militares. Hoy no he reído al disparar a los cielos de Nabucco, solo he sentido un vacío atroz en el pecho, a pesar de la absurda y rotunda creencia de estar haciendo lo correcto. Teníamos que derribar esas naves. Era necesario. Debemos proteger la urna, aun a pesar de no saber por qué diablos lo hacemos.

Ayer, Drago Koro, sumido otra vez en su obstinado silencio, volvió a salir al exterior, enfundado en su mono negro (con el mismo pajarraco en llamas que ondeaba en las naves que derribaríamos unas horas después) y dos de sus pistolas de pintura a cuestas. James y yo fuimos tras él, sin pensarlo un instante. No nos queríamos perder lo que iba a dibujar. Drago Koro es nuestro oráculo en estos días oscuros. Sus ojos ven más allá del tiempo. Vimos como se ajustaba uno de los arneses de propulsión y se elevaba en el aire, sin mirarnos en ningún momento, completamente ajeno a nuestra presencia. Ascendió hasta quedar enfrentado a la gigantesca aleta de un crucero de pasajeros que yacía de costado sobre un lago de combustible helado. Lo primero que pintó, con poderosos trazos de pintura negra, fueron cinco naves: tres saetas estilizadas, con cañoneras en el vientre y los laterales, y dos naves rectangulares, dos lanzaderas semejantes a la que nos visitó ayer. James y yo nos miramos, horrorizados, incapaces de imaginar cómo podíamos luchar contra eso.

La solución nos la dio Drago Koro momentos después. Dibujó la superficie de Nabucco, una curva plagada de líneas quebradas y sembrada de naves arruinadas, y en medio de aquel caos, tres cañones abriendo fuego hacia lo alto. Antes de descender, Drago apuntó a las naves negras que acababa de dibujar y las embadurnó con pintura roja.

Es difícil calcular el número de naves de combate que han terminado en Nabucco desde el fin de la guerra, pero podría asegurar casi a ciencia cierta que han sido más que naves comerciales o que de cualquier otro tipo. La mayor parte del armamento de las mismas es retirado antes de llegar aquí, pero algunas de sus armas forman parte de la estructura de las naves y es tarea de los androides de Nabucco desarmarlas. Es una de las labores prioritarias a realizar. En las últimas semanas nos han ido llegando varios destructores a medio desmantelar y aunque los androides ya habían retirado el armamento de la mayoría, aún quedaba media docena con su artillería relativamente intacta. Encontramos siete cañones de largo alcance que parecían encontrarse en buenas condiciones. Por supuesto no había energía en los cruceros con la que alimentarlos, pero en los almacenes del desguace contamos con baterías de emergencia suficientes como para ponerlos en marcha aunque sea a trancas y a barrancas.

Nos llevó toda la mañana y buena parte de la tarde prepararlo todo. A cada poco, James y yo alzábamos la vista al cielo, temerosos de que las naves nos interrumpieran antes de tenerlo todo listo. Primero tuvimos que escoger los cañones que más garantía nos ofrecían, tanto por su estado como por su ubicación, luego trasladamos las pesadas baterías de emergencia a ellos e hicimos los empalmes necesarios para que los cañones se sirvieran de su energía y no de la de los cruceros muertos. El zumbido que emitían las baterías al alimentar los cañones era como el gruñido de una bestia amenazante, pero el escucharlo nos reconfortó. Teníamos claro que solo podríamos disparar dos o tres veces cada pieza antes de secar por completo la energía de las baterías, pero como quedó demostrado fue más que suficiente.

Aguardamos durante horas la llegada del enemigo, cada uno en el puesto de control de un cañón. El tiempo de espera se me hizo eterno en aquel reducido habitáculo, incrustando píldora de oxígeno tras píldora de oxígeno en el respirador. Creo que nunca he pasado tanto tiempo en el exterior. Se me despertó un insidioso dolor de cabeza y un frío terrible mordió hasta el último de mis huesos. Pero aún así los tres nos mantuvimos firmes en nuestros puestos, con la vista fija en el cielo. Cuando ya empezaba a dudar de la predicción de Drago Koro, aparecieron. Tres naves esbeltas y armadas hasta los dientes se abrieron camino entre las nubes y segundos después dos lanzaderas de un llamativo color rojo se posicionaron tras ellas.

Esperamos a que se pusieran a tiro. Mis manos temblaban en los controles. Eran sencillos, pero temía equivocarme y hacer algo mal como en aquel cuento que escribí hace tanto tiempo, con un Constanza artillero dejado atrás para cubrir la retirada de su ejército y fracasando en su misión.

James realizó tres disparos y no falló ni uno solo. Fue algo impresionante. Los latigazos de energía impactaron de lleno en sus blancos y las naves estallaron en pedazos. Las matemáticas le ayudaron, por supuesto. Yo respiré hondo, intenté centrar una de las lanzaderas en el punto de objetivo de mi cañón y disparé. Fallé estrepitosamente. Corregí el blanco y volví a fallar. Pero al tercer disparo la nave se hizo pedazos y yo sentí como en mi interior se desgarraba.

Drago Koro fue el último en disparar. Su nave, la segunda lanzadera, intentaba huir de la emboscada y a punto estaba de conseguirlo cuando por fin abrió fuego. Solo necesitó un disparo para borrar del cielo aquella nave. La explosión dejó una brumosa mancha ocre y naranja en las alturas, una siniestra estrella cuyos brazos fueron derrumbándose poco a poco.

Si las dos lanzaderas llevaban el mismo número de ocupantes, sigo sacándole una víctima de ventaja a Drago Koro.

Quince

Por segunda vez pasó lo inconcebible. Por segunda vez los presos de Nabucco triunfaron sobre el Imperio Orestes. El murmullo que se había ido propagando por todo el Sistema Aurora, se hizo todavía mayor. Muchas voces que llevaban tiempo calladas por miedo a lo que les podía ocurrir si hablaban comenzaron a murmurar su descontento de nuevo. Era solo un temblor, una leve vibración, pero no pasó inadvertido a los Orestes. No podían arriesgarse a un tercer fracaso y por eso decidieron tomar medidas. Necesitaban recuperar la urna, y ya no solo por lo que significaban las cenizas de Gala, necesitaban recuperar la urna porque con cada segundo que pasaba en aquella luna su poder se resentía.

Este es el inicio de la entrada del diario de Constanza correspondiente al veintidós de septiembre:

“Hoy vendrán de nuevo. Vendrán a docenas, Drago Koro se ha pasado más de media hora dibujando cazas de combate y lanzaderas en el fuselaje desconchado de una navemadre. Hoy vienen de nuevo. Y hoy también venceremos.”

Dos escuadrillas de naves de combate abandonaron el planeta más próximo a Fedora, Satala, y se dirigieron a Nabucco. Eran veintidós cazas, más que suficientes para terminar con la insólita crisis de las cenizas. A ellos se les unió el crucero de guerra “Volátil”, provisto de dieciocho lanzaderas. Llegaron a Nabucco el día veintiuno de septiembre.

En una primera incursión, una nave espía camuflada cartografió el desguace a conciencia. Sobrevoló Nabucco durante horas, sin salir ni un

momento del refugio de los bancales de nubes. Gracias a ella, fue sencillo localizar tanto los cañones que habían usado los presos para derribar las naves como los que eran susceptibles de ser usados de nuevo. El siguiente paso preparatorio a la ofensiva fue neutralizarlos desde la órbita de Nabucco. El crucero “Volátil” maniobró hasta posicionarse a distancia de tiro y, desde más allá de la atmósfera de la luna, destruyó los cañones uno por uno.

Media hora después, todo estaba dispuesto para el ataque. Eran cuarenta naves en total, veintidós cazas y dieciocho lanzaderas. La mayor flota de combate que se había puesto en marcha desde la matanza de Satala. Aún así nadie se confió. Toda la operación se trató con la escrupulosidad que conlleva cualquier acción de guerra en territorio hostil. Existía la posibilidad de que el rastreo de la nave espía hubiera pasado por alto algún cañón o que los presos hubieran improvisado otras medidas defensivas. No se dejó nada al azar.

Las naves, en perfecta formación de combate, iniciaron descenso a las dieciocho cuarenta. Y no, no había cañones esperando. Fue mucho peor que eso. Muchísimo peor.

Un ejército formado por cuatro mil androides salió al encuentro de la flota Orestes y acabó con ella. Los presos los habían reprogramado, los habían convertido en proyectiles con un único objetivo: derribar todo aquello que se presentara en el cielo de Nabucco. Cuando las naves estuvieron a tiro, hasta la última aracnosa del desguace se abalanzó sobre ellas. Solo tres cazas lograron escapar.

Ciento treinta y ocho hombres murieron en aquella batalla. Las imágenes que grabaron los cazas supervivientes nos muestran a los androides surgiendo en rápidas oleadas del subsuelo de Nabucco y surcando el cielo rumbo a sus objetivos. Sus propulsores dejan un rastro de humo vibrante a su paso, sus trayectorias son erráticas pero tienen un destino claro. Pronto empiezan a sucederse las explosiones. Los cazas intentan sobreponerse al ataque, pero no tienen la menor posibilidad contra una fuerza tan superior en número. En menos de diez minutos todo termina.

Los análisis de todos los expertos en programación e inteligencia artificial señalan que aquello era algo con lo que no se podía contar, algo que rozaba lo imposible, lo inimaginable. Los presos no tenían el conocimiento necesario para reprogramar los androides, y menos aún para saltarse de manera tan rotunda sus protecciones. Pero lo hicieron. Lo hizo James Hurtado Garibaldi.

20-09-330

JAMES LLEVA cinco días seguidos en el sótano, dedicado a la ardua tarea de reprogramar las arcnocosas. No duerme y apenas come. Parece mantenerse vivo simplemente contemplando la urna. Mientras la mira no deja de murmurar y tablear con sus dedos, perdido en sus ensoñaciones matemáticas. Reprograma los androides uno a uno, convirtiéndolos en kamikazes. Nunca le he visto tan feliz.

—Es fácil —me contestó cuando le pregunté cómo manipulaba las arcnocosas—. Escucho la canción que tienen en su interior y la transformo en otra diferente. Saldrá bien, Vladimir. Saldrá bien.

Llevo más de una semana sin escribir cuento alguno. Todos los Vladimires Constanzas posibles parecen haberse desvanecido como por ensalmo. O quizá es que están todos aquí, bajo mi piel, expectantes.

21-09-330

HA SALIDO bien. Hoy ha llovido muerte en Nabucco. Una nueva tormenta ha sacudido sus cielos, una tormenta que James ha conjurado para nosotros. Drago Koro y yo observamos la matanza desde uno de los miradores. El resplandor de las explosiones y el fuego láser salpicaba nuestros reflejos. Una vez todo concluyó, regresamos a la sala común y nos sentamos ante la urna. James dormía a solo unos pasos de distancia. Había caído desmayado de agotamiento durante los primeros compases de la batalla. No sé durante cuánto tiempo permanecimos mirando la urna.

La matanza había afectado de un modo sorprendente a Drago Koro. De pronto parecía haber envejecido cien años. Sí, es tiempo de milagros y éste no es pequeño: Drago Koro al fin representa la edad que tiene. La espalda se le ha

doblado y las manos le tiemblan de manera convulsiva. Ha sido entonces, sentados los dos ante aquel ridículo objeto, cuando me he dado cuenta de algo evidente: no le saco un muerto de ventaja, le saco muchos más.

—Tú no mataste a esa gente en Irmelin —le he dicho. Ha apartado la mirada del bisonte dibujado en la urna para mirarme. En sus ojos he visto que no me equivocaba—. No eres un asesino, no un psicópata al menos... No te veo asesinando a gente inocente. No, no fuiste tú... —la verdad se me hizo obvia—: Fue tu hermano. La que todos aseguraron que fue tu última víctima, en el fondo fue la primera... Descubriste que él era el asesino ¿verdad?, acabaste con él y asumiste sus culpas... ¿Por qué? ¿Por qué hiciste algo así?

No esperaba respuesta. Desde el día en que había matado a aquellos tres hombres no había vuelto a hablar. Pero bajó la vista de nuevo hacia el bisonte de la urna y me contestó. Su voz era aún más frágil de lo que recordaba. Apenas un murmullo inane.

—Hice lo que tenía que hacer —alzó las manos y las colocó sobre los tatuajes en su pecho—. El asesino pagó por sus crímenes. Yo hice lo que tenía que hacer: entrar en las sombras, pagar el precio de la sangre...

Luego guardó silencio de nuevo, con la vista fija en las cenizas.

Dieciséis

Por precaución, los Orestes controlaron la información que llegaba a los medios y las redes durante el tercer ataque. No se permitieron grabaciones extraoficiales, ni naves de prensa sobrevolando Nabucco. Pero sus medidas de contención resultaron insuficientes cuando llegó el desastre. Por mucho empeño que pusieron no lograron evitar que lo acontecido en Nabucco se conociera en todo el Sistema Aurora.

El revuelo que causó la masacre fue colosal. Las muestras de simpatía hacia los locos del desguace se multiplicaron en los quince planetas habitados del sistema y en sus lunas. Bocas a las que el miedo había sellado durante años se deshicieron en vivas. No había asentamiento en el que los descontentos más osados no empezaran a reunirse, y no solo de manera

clandestina. Las manifestaciones contra los Orestes se extendían por doquier. Los locos de Nabucco les habían enseñado en el camino. En el aire se respiraba una promesa de rebelión. Los Orestes no eran ajenos a lo que ocurría y rápidamente tomaron medidas al respecto. Las sesenta y dos naves de guerra de los Cuervos Negros dejaron sus bases y se dispersaron por todo el Sistema Aurora. Esperaban que su mera presencia bastara para calmar los ánimos. Tres de ellas, dos destructores y una galera, pusieron rumbo a Nabucco, dispuestas a terminar de una vez por todas con la absurda resistencia de los tres locos. Y era tal la importancia de esa misión, que el comandante Estuardo en persona la lideraba.

Llegamos a Nabucco el uno de octubre.

01-10-330

YA TERMINA.

Hoy Drago Koro ha dibujado una nueva pintura, con nosotros como mudos testigos de su arte profético. Ha cubierto de naves la panza de un destructor oxidado. Las hay de todo tipo y tamaño, unas son simples esferas negras, otras murciélagos monstruosos. Me preguntaba cómo diablos íbamos a librarnos de aquella nueva embestida cuando Drago Koro ha terminado el dibujo, y nos ha dejado bien claro que ya no hay salvación posible.

Nos ha dibujado a nosotros, muertos bajo ese enjambre de naves. Tres ridículos monigotes tirados en el suelo, chorreando sangre.

—Vaya —ha dicho James.

—Vaya —he corroborado yo.

Voy a morir dentro de unas horas y todavía no sé porqué. Al menos los Constanzas de mi historia conocían el motivo, sabían porque luchaban. Yo solo sigo el designio de los bisontes y la música de las esferas. Supongo que ésta es mi última anotación. No tengo más que decir. Lo único que me queda es ver cómo termina esta historia, y no me engaño, termina igual que todas las que he escrito aquí en Nabucco. Todo es inútil, vano, no hay esperanza de salvación, ni redención posible.

Ya debería saberlo después de tanto tiempo: Vladimir Constanza siempre muere en vano. Es todo. Me despido.

Diecisiete

Podíamos haber bombardeado el desguace hasta reducirlo a escombros, podíamos haber localizado todas las salidas de los hangares subterráneos donde se ocultaban los androides y destruirlos desde el aire. También se barajaron diferentes modos de reducir a los presos. Ataques biológicos, bombas gaseosas... Pero se nos ordenó no ser sutiles. Querían una victoria aplastante. Y eso fue lo que les dimos.

La toma de Nabucco fue rápida. Los cazas, los señuelos y las capsulas de descenso individual, tan pequeñas que serían pasadas por alto por los androides, colapsaron los cielos de la luna de Fedora. Los androides salieron a nuestro encuentro, varias oleadas de cientos y cientos de esferas enloquecidas. Muy pocas alcanzaron su objetivo, la mayoría fueron derribadas por los cazas que desde las alturas se encargaban de proporcionar cobertura al resto de la flota. Mi capsula de descenso fue la que más cerca cayó del domo de habitabilidad. Salté fuera y me dirigí hacia allí, parapetándome entre el caos de naves muertas y activando el propulsor de mi espalda. Sobre mi cabeza la batalla alcanzó su crescendo. Recuerdo que al mirar hacia arriba contemplé de frente uno de los dibujos de Drago Koro. Un colosal toro negro me observaba desde las alturas, con el hocico retorcido en una mueca de profunda desaprobación. Recuerdo que casi estuve a punto de disculparme con él.

Descubrí a Drago Koro en lo alto del domo de habitabilidad, enarbolando un gigantesco pistolón que no tardé en identificar como un cañón de pintura. Me pregunté qué podía haber llevado a aquel hombre a salir fuera del domo en aquellos momentos. Trallazos de láser partían el cielo en dos y él estaba ahí, totalmente concentrado en su tarea. Lo centré en mi mira, conté hasta diez y disparé. Se desplomó al instante. Pero aún tuvo fuerzas para descender del techo del domo y entrar en él. Murió allí, en brazos de Constanza que negaba con la cabeza una y otra vez. Esto es lo que se ve en la grabación de la cámara de seguridad

Vladimir Constanza sostiene el corpachón de Drago. Moja los dedos en la sangre que mana de su herida y escribe en la frente de su compañero muerto. Cerca de ellos está James Hurtado Garibaldi. Tiene la urna en las manos y una expresión de absoluta satisfacción en el rostro.

—Lo hemos conseguido —dice, exultante, parece a punto de romper a bailar—. ¡Lo hemos conseguido!

Vladimir Constanza lo mira furioso.

—¿Qué? ¿Qué hemos conseguido? ¡Todo esto no tiene sentido! ¿No lo ves? ¡Esto es absurdo! ¡Nos van a matar!

—Sí. No tardarán mucho. Pero lo hemos logrado, compañero. La canción..., Dios mío, qué canción tan magnífica... Y estamos en ella, formamos parte de ella. Somos acordes magníficos, arpegios enloquecidos. ¿La escuchas? ¿Puedes escucharla?

Constanza sacude la cabeza, sin dejar de acunar a su compañero muerto.

Luego entro yo en escena. Abro fuego. Los mato. Primero a James Hurtado, luego a Constanza. Avanzo hacia la urna. La cojo entre mis brazos y levanto la vista hacia la cámara.

Epílogo.

Acabo esta desordenada historia el diez de junio del año 331. Finalmente la mayor parte de las palabras han sido de Vladimir Constanza. Mejor así. Su voz es más importante que la mía. Yo solo soy un eco, sí, eso soy, un epílogo con las manos manchadas de sangre.

Fuera, tras la ventanilla de mi camarote, maniobran naves negras. Veo siete cruceros de guerra desde aquí, rodeados por un enjambre de cazas de combate. En la lejanía alcanzo a ver la silueta de la “Drago Koro”, más allá reluce la plata y el negro de la “Constanza” y en algún lugar fuera de mi vista se encuentra la galera rebautizada como “Garibaldi”. Un sinfín de pinturas de guerra cubre el fuselaje de todas y cada una de las naves que se han dado cita en este sector del Sistema Aurora. Bisontes enfurecidos comparten espacio

con leones congelados en el momento de saltar, dragones de pesadilla rugen junto a lobos que aúllan a lunas que no están ahí..., toda una fauna en tonos rojos y ocres nos contempla desde la negrura del metal de las naves de combate. Es la guerra. A apenas dos horas de vuelo, nos espera prácticamente la totalidad de la flota Orestes. Decenas de pesadas naves de combate dispuestas a hacernos pedazos.

Nos superan veinte a uno. El sentido común nos dice que no tenemos posibilidad alguna de vencer, pero entre nosotros todavía hay quien cree en la victoria. Sus esperanzas se basan en la última obra de Drago Koro, la que consiguió dibujar en el techo del domo de habitabilidad antes de que yo le hiriera de muerte. En esa última pintura se ve a un inmenso hombre de traje oscuro con un solo brazo, estrangulando con su única mano el manojito de cabezas de un fénix agonizante.

Recuerdo al comandante Estuardo, caminando por el techo, con la mirada perdida en aquel dibujo. La pintura se había secado en los tres días que llevábamos en Nabucco. En ese tiempo, gracias a los cristales de datos y a los diarios de Constanza, nos habíamos hecho una idea bastante aproximada de lo sucedido allí. Pero no lo entendíamos.

—Sabían que venceríamos... —dijo el comandante Estuardo, con la vista fija en el fénix que agonizaba en el techo del domo—. Sabían que los mataríamos. ¿Por qué no se rindieron? Íbamos a recuperar la urna de todas formas, ¿por qué no rendirse si está todo perdido?

Sacudió la cabeza, como si todo aquello le resultara incomprensible y volvió al domo de habitabilidad, a buscar respuesta en los cientos de relatos de Vladimir Constanza.

—¿A quién son fieles mis hombres? —me preguntó el día antes de partir. Acabábamos de esparcir las cenizas de la urna sobre el dibujo que adornaba la cúpula del domo—. ¿Me seguirán todos si me levanto en armas contra los Orestes o lucharán en mi contra?

—Han visto la pintura del domo. Son fieles a la victoria y saben que Drago Koro veía el futuro. Le seguirán. Al menos hasta que llegue la primera derrota.

Estuardo sonrió de manera enigmática y asintió con la cabeza.

—Entonces luchemos de tal modo que la primera derrota sea la última...

Y así es como de nuevo el traidor manco cambió de bando.

Y aquí estamos ahora. A apenas dos horas de la confrontación final. No ganaremos esta batalla, lo sé, y también lo sabe Estuardo. Los Orestes nos aplastarán. Acabarán con nosotros sin piedad alguna. Pero no importa. Porque creemos en la victoria, aunque no estemos allí para verla. Las revueltas recorren el Sistema Aurora, los cimientos de la paz de los Orestes se agrietan. El fénix está herido. Lo hirieron de muerte en Nabucco y nosotros le daremos un nuevo golpe. Y puede que no sea definitivo, pero vendrán otros después de nosotros. Seguirán golpeando. Una y otra vez. Hasta la victoria, la inevitable victoria. O quién sabe, quizá esto que lees ahora no sea más que otro delirio de Constanza, quizá ni yo ni Estuardo existimos y no seamos más que personajes comparsas en una nueva historia de Constanza, el enésimo relato de perdedores que estuvieron por un instante a punto de dejar de serlo.

La batalla está por comenzar y esta historia, sea real o ficticia, a punto de concluir, esta parte al menos, no sé qué vendrá después. No estaré allí para verlo. Nos espera la batalla y, más allá, la muerte. Prenderemos fuego a la oscuridad del espacio, la embestimos con la rabia del uro y del mamut extinto. Lo hemos sacrificado todo por un momento de gloria. Hoy, una nueva melodía se abrirá camino en el caos mientras nos lanzamos con nuestras pinturas de guerra rumbo a la muerte que nos merecemos. No sé qué pasará mañana y no me importa. Aprovechando el caos de la batalla, este texto que ahora escribo será transmitido por todas las redes del Sistema Aurora. Llegará a todos, absolutamente a todos. Eso es lo que importa.

Solo hay una cosa que sé a ciencia cierta: hoy, pase lo que pase, dejaremos huella.

*Delirios
de Grandeza*

SANTIAGO GARCÍA ALBÁS

Cap. 1:

Mira por dónde vas

La criatura estaba viva. Marcos Solarza la escuchó primero suspirar quedamente en los silencios del viejo, insinuándose en los tropiezos de su respiración. Poco a poco se fortaleció, y fue adueñándose también de sus palabras. Estaba viva y era vigorosa; cantaba en cada evasiva y en cada disculpa, exigiendo a gritos su liberación. Solarza supo entonces que sólo era cuestión de paciencia: había conseguido su décima venta de la jornada.

- No pierda su el tiempo conmigo, señor Solarza –dijo Daniel Andrade-. No estoy para nada interesado en soplapolleces como la *Lluvia Púrpura*, el *Taconeo Melodioso* o la *Luna Sonriente*. Es más, me sorprendería mucho que encontrara usted algún incauto dispuesto a tirar su dinero en algo así.

Solarza sonrió en la intimidad de su despacho. Andrade no había mencionado en ningún momento la *Desnudez Aleatoria de Terceros*, el verdadero cebo del paquete de servicios sensoriales que intentaba venderle, y eso resultaba mucho más revelador que sus

reparos, por lo demás previsible. A diferencia de la mayoría de sus colegas vendedores, Solarza no se vanagloriaba de manipular a las personas ni presumía de sus habilidades como psicólogo. Las personas no le importaban realmente; no eran su campo de su actuación ni el secreto de su éxito. Lo que Solarza vendía eran ilusiones, y las ilusiones tenían su propio pulso y su propio aliento: era el ilusionista quien las plantaba, las hacía crecer y las imbuía de sus facultades de seducción casi con total independencia del terreno donde deberían cultivarse. A Marcos Solarza le gustaba pensar que su verdadero trabajo consistía en moldear la ilusión y, en ese trabajo, las personas sólo eran un bastidor, una horma, el molesto y picajoso anfitrión en cuyo seno hacía encajar sus pequeñas criaturas.

Ahora mismo, Solarza casi podía sentir cómo la ilusión germinaba en el corazón de Daniel Andrade. Aunque las voces de los hombres resonaban en sus cabezas mezcladas con su respectivo flujo mental, el filtro sensorial no leía estrictamente los pensamientos. Tenía capacidad para hacerlo en cierta medida, desde luego, pero el sistema había sido “capado” a conveniencia para proteger la intimidad del usuario, de manera que sólo los impulsos nerviosos dirigidos a al aparato fonador —es decir, los destinados a convertirse en palabras— eran codificados y enviados de mente a mente a través de la red de repetidores. Sin embargo, el sistema era demasiado potente, y su rapidez habría desafiado a oradores mucho más capaces que el sexagenario Daniel Andrade. En toda conversación atropellada se producían vacilaciones, tentativas, pensamientos que estaban a punto de proferirse pero que eran rectificadas y corregidas en el último momento y que, pese a los correctores gramaticales asociados al filtro, acababan emitiéndose entrecortadamente en forma de palabras discordantes que a veces corrompían la conversación como molestos ecos mentales. Solarza había aprendido a prestar especial atención a esos gazapos, a interiorizar el tono y la cadencia de los pensamientos de su cliente y, como buen actor que era, a utilizarlos para sus fines. De cuando en cuando, en momentos escogidos, susurraba alguna palabra imitando el tono mental de Daniel Andrade: breves consignas del tipo “un tío simpático”, “parece interesante” o “quizá debería planteármelo” que, camufladas en el ruido mental de Andrade, se imbricaban con sus propios pensamientos, moldeando así maliciosamente su buena disposición de compra.

En los escasos diez minutos que había durado la conversación, Solarza ya conocía lo bastante a su cliente como para adivinar que Andrade estaba a punto de pasar a lo que él llamaba *Fase de Excusas*, de modo que acentuó su inseguridad con una falsa autocrítica: “qué

patético debes de parecerle” –susurró, deformando su voz para que se asemejara a la de Andrade.

Fue un acierto. Andrade carraspeó, y su tono sonaba lúgubre cuando dijo:

-Calcule conmigo, joven. Mi pensión mensual se reduce mil créditos de mierda, y los impuestos del *Satisfacciones Básicas 1.0* que tengo adjudicado ya me suponen seiscientos. Conseguir que todo lo que como sepa a acelgas y pollo hervido resulta descorazonador pero, si alguna vez ha probado el sabor auténtico de las gachas del gobierno, sabrá que no es moco de pavo...

- Por supuesto que lo he probado, señor Andrade –mintió Solarza-, y no estoy en absoluto de acuerdo con eso último que ha dicho usted- bromeó.

- Jajaja. Muy gracioso, joven... ¡Moco de pavo! Jajaja, ya lo creo, ya lo creo... En fin, sume a todo eso la tarifa plana alimentaria, el mantenimiento del filtro y algún paquete adicional de estímulo culinario para los domingos...

“Por no mencionar los atracones de pornografía que te das todos los viernes, viejo verde” -pensó Solarza.

- Como ve, me resultaría del todo imposible afrontar el pago de ese paquete suyo... suponiendo que realmente lo deseara. Apuesto a que ese tal Javier Andrada con el que usted me confundió será un jodido millonario con muchos créditos que dilapidar en mariconadas, pero, sintiéndolo mucho, no es mi caso.

No existía ningún Javier Andrada, por supuesto. Solarza había conseguido el nombre y el código de contacto de Daniel Andrade por mediación de Víctor Glodín, un antiguo compañero que estaba en deuda con él, y que, desde su sonado despido de *Sensolux*, trabajaba para una empresa proveedora de servicios relacionados con la pornografía táctil y los orgasmos simulados. El anonimato de los usuarios de dichos servicios estaba amparado también por los reglamentos de intimidad, lo que, teóricamente, debería haber impedido a Solarza acceder a sus códigos de contacto, e incluso podría haberle acarreado una denuncia por parte de Andrade de no ser lo bastante astuto como para fingir una confusión con los nombres. Era ésta una táctica que Solarza empleaba desde sus comienzos como vendedor, y no sólo cuando se trataba de piratear listas de clientes protegidos. El azoramiento, la confusión de un vendedor bisoño y desorientado, las aclaraciones posteriores, las disculpas y la relajada conversación que el encanto natural de Solarza sabía entablar a continuación inspiraban mucha más confianza en los clientes que la jovial agresividad de sus colegas

comerciales.

Con personas de cierta edad como Daniel Andrade –carcamales que habían vivido en los tiempos del teléfono- la cosa resultaba especialmente sencilla. El filtro sensorial había sido perfeccionado espectacularmente en las décadas de posguerra, pero aún distaba de ser perfecto. Los errores y *bugs* que todavía podían producirse eran muchos y muy frecuentes, y Solarza los conocía casi todos por su pasada experiencia como operador y asistente técnico de *Sensolux*. La sinestesia severa era uno de los más comunes: no resultaba raro que un cliente les llamara angustiado porque sentía un intenso sabor a silla, un olor a melancolía o un tacto afrutado. En ocasiones, y sobre todo en el radio de conflicto de dos repetidores, menudeaban los cruces de frecuencia, de modo que uno podía tener atisbos episódicos de la percepción de otras personas, asomarse a otras combinaciones de servicios, lo que, en definitiva, era una manera de experimentar distintos enfoques de la misma realidad. Pero lo peor de todo eran las caídas accidentales de señal. Marcos Solarza tenía un filtro implantado en su cerebro desde los tres años; sus padres –ambos funcionarios asignados a la oficina de racionamientos– se habían asegurado de que jamás disfrutara de un paquete de servicios de gama inferior a la media, de modo que Solarza nunca supo muy bien cómo lidiar con la desesperación de aquellas personas, aquellos desgraciados que se veían momentáneamente privados de todo paliativo sensorial y arrojados a la descarnada realidad de la posguerra. Sus súplicas, el pánico impreso en las voces que resonaban en su cabeza mientras trataba de quitárselos de encima con las mentiras reglamentarias –*no se preocupe, cierre los ojos y trate de dormir; nuestros técnicos ya se están ocupando de su caso*– siempre le habían producido una mezcla de desorientación y vergüenza ajena. Lo incomodaban y repugnaban al mismo tiempo: aquél no era su mundo y, mientras mantuviera su renta lo bastante elevada como para sufragar la conexión auxiliar por satélite, nunca lo sería.

“Es el cielo –solía bromear cuando se vanagloriaba de ello-, un cielo que desciende a la tierra en exclusiva para Marcos Solarza”.

Especialmente turbadora era también la anomalía inducida por los *mortecinos*. Todo agente del gobierno iba equipado con un inhibidor que hacía inmune su persona a las distorsiones de cualquier filtro y permitía que fueran fácilmente identificables (evitando así que, por ejemplo, un usuario *Luxus* desobedeciera sus órdenes alegando que no acataba la autoridad de ningún unicornio dorado, elefante rosa, dragón patizambo o cualquier cosa que un *Luxus* veía cuando te miraba a la cara). Ahora bien, si el agente estaba moviéndose con

rapidez, podía darse el caso –y Solarza ya había tenido que atender varias crisis de pánico relacionadas con ello– de que el inhibidor imprimiera una huella en los filtros, una especie de persistencia retiniana que, durante unos instantes, dejaba una ventana abierta a la realidad... Una ventana con forma de figura humana que enmarcaba un recorte de suciedad, ruinas y devastación.

Existían otros muchos errores de menor gravedad, claro: fluctuaciones de potencia que velaban la percepción con una patina borrosa, como si uno estuviera drogado; retardos en la recepción de la señal que congelaban la realidad durante unas décimas de segundo; sensaciones aberrantes provocadas por intoxicaciones alimentarias o procesos febriles... Pero lo que resultaba prácticamente imposible era una confusión de códigos de contacto inducida por algo tan ingenuo como una semejanza casual entre dos nombres. Naturalmente, Daniel Andrade no sabía eso.

Lo único que sabía Daniel Andrade –y, aunque al principio no fue consciente de ello, Solarza se ocupó de que lo fuera sabiendo paulatinamente- era que necesitaba, deseaba y anhelaba con desesperación disfrutar el Paquete de Servicios Complementarios *Edén*. Y lo consiguió, vaya si lo consiguió. Antes de interrumpir el contacto, Solarza había logrado endilgarle el combinado completo, además de persuadirlo mediante promesas de descuentos para que suscribiera un compromiso de permanencia de treinta y seis meses. Eso hacía un total de diez ventas en diecisiete llamadas: un porcentaje excelente. Solarza estaba satisfecho; había sido una buena jornada de trabajo.

Abrió los ojos, que había mantenido cerrados durante toda la conversación mientras tuvo que concentrarse en los procesos mentales de su cliente. En el acto, su percepción se inundó con una avalancha de estímulos reconfortantes. Sólo hacía tres meses que disfrutaba de su última ampliación de servicios y todavía no se había habituado completamente a las bendiciones que *Patrón Confort 7.4* había derramado sobre la totalidad de su existencia. Su despacho ocupaba la misma ubicación que antaño y tenía las mismas dimensiones, pero ahí acababa la semejanza: los paneles de ébano con cenefas de marfil tallado, la enorme mesa de caoba con apliques y tiradores de platino, las columnas de cristal rellenas de agua en la que nadaban aquellos pintorescos peces fosforescentes iluminando la estancia con una luminiscencia de cuento... Aquello era más que una compensación gubernamental por su productividad: era sobre todo un monumento a su éxito, un monumento que formaba parte de él y lo acompañaba allá adonde fuera.

“Me lo he ganado” –se repitió-. “Me he ganado este ascenso, maldita sea, y todo el condenado planeta ha ascendido conmigo”.

Esa certeza hacía mucho más satisfactorio el aroma a fresas y vainilla, el sensual tacto del cuero de su sillón, el sabor a café malteado y melosos croissant que conservaba en la boca desde el desayuno como un eco inagotable de felicidad. Se levantó con un suspiro de autocomplacencia y caminó hacia la ventana, disfrutando de la caricia de la alfombra en sus pies, el cosquilleo de las miles de fibras sedosas que parecían serpentear con vida propia y autónoma, masajeando sus plantas a través de sus mocasines y activando la circulación de sus piernas.

La ventana no destacaba por su tamaño –ninguna lo hacía en los antiguos campos de refugiados reconvertidos en ciudades, y el filtro no podía hacer gran cosa para remediarlo- pero lo que se extendía al otro lado compensaba con creces sus limitaciones. El cielo *Patrón Confort* era de color ámbar, con etéreas formaciones de nubecillas marrones que, si las miraba fijamente durante más de un minuto, comenzaban a pulsar, girar y enroscarse hasta componer improvisadas figuras. Los módulos habitacionales se alineaban en formaciones regulares, todos idénticos en altura y proporción –pues el filtro no podía trastocar tamaños ni perspectivas so pena de provocar continuas colisiones y accidentes- pero exhibiendo a los ojos de Solarza una variedad bizantina en cuanto a su decoración y revestimiento. Los había de ladrillo dorado, resplandecientes bajo el sol, de mármol blanco, negro y perlado, de cristal vaporoso o recamados por minuciosos mosaicos. Solarza recorrió con su vista las ventanas de los módulos más cercanos y constató que dos de ellas emitían ese vago fulgor verdoso que anunciaba que el habitáculo correspondiente estaba desocupado. Excelente. Si se daba prisa en abandonar la oficina y tomaba posesión de uno de ellos, aquella noche disfrutaría de una vivienda céntrica.

“A Isabel le gustará” -pensó, esperanzado-. “Volveré a llamarla en cuanto me instale. Quizá le dé morbo que follemos tan cerca de la oficina y olvide aquel berrinche tan extraño de anteayer”.

Al contemplar el bosque de repetidores erguidos sobre los tejados y las cúpulas - presentados a sus ojos como esbeltos capitales de jade, ónice, mármol o amatista-, no pudo evitar que su pensamiento derivara hacia la última conversación que acababa de mantener. Ahora mismo, efectuada la primera transferencia de créditos, esos mismos repetidores estarían ya transmitiendo al filtro sensorial de Daniel Andrade los nuevos códigos que le permitirían

disfrutar automáticamente de los beneficios de su compra. Fuera donde fuera, los repetidores detectarían su presencia, confirmarían su identidad, descargarían en su filtro las combinaciones de señales nerviosas adecuadas y embriagarían su percepción con los nuevos efectos sensoriales adquiridos. ¿Empezaría ya a sospechar el viejo que le habían colado una porquería? ¿Se sentiría estafado desde el primer momento o tardaría algunos días en cobrar conciencia de su error? La *Lluvia Púrpura* era un efecto muy chabacano: engañaría ciertamente al cerebro de Andrade para que coloreara las gotas de lluvia, pero cualquier ampliación de gama media incluía efectos meteorológicos mucho más espectaculares. El *Taconeo Melodioso* también confería, con sutiles alteraciones auditivas, un ritmo musical a las pisadas de los transeúntes, pero tan repetitivo y cargante como para resultar enloquecedor tras un par de horas circulando por calles concurridas. La *Luna Sonriente* era simplemente una grotesca mascarada y, en cuanto a la *Desnudez Aleatoria de Terceros* que había hecho babear a Daniel Andrade, bueno... basta con decir que los neurólogos de *Sensolux* no habían dedicado a su perfeccionamiento tanto esfuerzo como la idea merecía. La ilusión se fundamentaba en simples aproximaciones informáticas desarrolladas a partir de lo que la ropa dejaba adivinar, lo que solía provocar extraños efectos y deformidades, sobre todo cuando el observado se movía apresuradamente. Suponiendo que Andrade llegara a ver desnuda a alguna jovencita –pues otro fallo de la D.A.T era que, por motivos desconocidos, solía centrar su “aleatoriedad” en personas del mismo sexo al del usuario- la vería con extraños bultos, jorobas y aristas pixeladas, borrosa y posiblemente con las articulaciones dislocadas. Por si esto fuera poco, el efecto tomaba como referencia las imágenes reales impresas en la retina, no las ya procesadas por el filtro, y Solarza ni siquiera quería imaginar qué tipo de cuerpos vería su cliente tras cuarenta años de escasez, enfermedades y penurias...

Instintivamente, borró ese pensamiento de su cerebro. Había aprendido a hacerlo desde que era un niño y asistía a los cursillos gratuitos del gobierno que alertaban a los pequeños de los peligros de descuidar el mantenimiento del filtro. El mundo real, ese mundo tan terrible, ese infierno de torturas ejemplares, no existía de verdad. Lo único verdadero era el aroma de fresas, las cúpulas resplandecientes, las moquetas quiroprácticas y los melosos croissants.

Sin embargo, mientras caminaba hacia la puerta, Solarza no pudo evitar rendir cuentas a su conciencia. Resultaba sencillo pronosticar el futuro inmediato de Daniel Andrade. Decepcionado por su compra, no tardaría en refugiarse ávidamente en sus vicios habituales. El pago del paquete *Edén* y los desembolsos en pornografía serían una carga demasiado onerosa

para su pensión y, en breve plazo, ni siquiera podría mantener en funcionamiento *Satisfacciones Básicas 1.0*, ese magro paquete de subvención y diseño estatal que hacía la vida apenas soportable a más de un setenta por ciento de la población civilizada. Desde que eso ocurriera hasta que *Sensolux* dejara de cobrar su minuta, Andrade sería un paria, un outsider, uno de esos seres lastimosos aislados de toda ilusión, y cuya actitud extravagante ni siquiera los filtros más sofisticados podían maquillar por completo. Andrade sobreviviría, seguramente, pues había vivido en tiempos anteriores a los filtros y a la guerra, pero...

“En fin –pensó Solarza-, creo que dentro de treinta y seis meses las acelgas y el pollo hervido serán auténticos manjares para ese viejo chocho”.

El pensamiento alivió todo rastro de desazón. Esbozando una sonrisa maliciosa, concluyó:

“Bueno, eso si no se ha vuelto maricón para entonces a fuerza de ver traseros peludos y escuálidos”.

No tuvo suerte con los ascensores. De los seis con que contaba el edificio, tres llevaban averiados desde tiempo inmemorial, y otros dos parecían estar demasiado solicitados a aquella hora como para responder a sus frenéticos botonazos. Solarza rechinó los dientes, exasperado. Una única bombilla verde parpadeaba invitadoramente sobre la puerta plateada del número cuatro. Estaba libre, por supuesto, y era además el más rápido, el que menos traqueteaba y aquél cuyas puertas se atascaban con menos frecuencia. Una maravilla de cacharro, oh, sí, una virguería de cristal y acero aromatizada con sándalo y amenizada con música *chillout*, pero también el escenario de una pesadilla de cuarenta segundos que Solarza conocía demasiado bien. Maldijo para sus adentros. No era sólo Marcos Solarza; en realidad, nadie quería saber nada del número cuatro: nadie quería visitar la guarida de *Esfinge*.

Solarza vaciló, mientras sentía un estremecimiento de rencor en la boca de su estómago. Escoger el número cuatro significaba exponerse al escrutinio aniquilador de *Esfinge*, de acuerdo, pero... ¿Acaso aquella “criatura” se había comido a alguien alguna vez? Qué cabrones, qué hatajo de mentecatos sin cojones eran todos. Preferían apelotonarse como sardinas en lata antes que...

– ¿Bajas?

La voz a su espalda era la de Oscar Roncal, su compañero en el departamento de televentas, además de su rival más feroz en la tabla de resultados. Solarza no se volvió ni respondió al saludo; esperó a que Roncal se hiciera cargo de la situación, escuchó como tragaba ruidosamente saliva, musitaba un “oh, ya veo” y, acto seguido, se volvía hacia las escaleras de servicio. Sus pisadas conforme se alejaba por el descansillo sonaban afectadamente comedidas, pero Solarza no se dejó engañar. Apostaba sus comisiones de la mañana a que el muy tunante echaría a correr escaleras abajo en cuanto desapareciera de su vista, a que cruzaría la calle escopeteado y se apoderaría de cualquiera de los habitáculos que había visto desde la ventana. Suponiendo, claro está, que alguno de ellos siguiera disponible para entonces.

“Ánimo” –se dijo Solarza-. “Después de todo, hace meses que esa puta no me dirige la palabra”.

Aun así, su mano temblaba cuando pulsó el botón de llamada. Por lo general, un descenso de ocho plantas junto a *Esfinge* era más de lo que sus nervios podían soportar, pero hoy debía apresurarse; urgía adelantar a Roncal y privatizar cualquiera de los habitáculos bajo su código de filtro. No se trataba sólo del riesgo, más que probable, de tener que caminar tres o cuatro manzanas hasta encontrar un apartamento libre y con su equipamiento operativo. En un mundo en que no existía más propiedad privada que la que cada uno llevaba programada en su filtro sensorial, los pequeños privilegios “reales” cobraban un valor insospechado, y más aun entre individuos que compartían un mismo paquete perceptivo. Si Roncal lograba arrebatarse el habitáculo, presumiría despiadadamente durante días. Competir por aquello significaba rebajarse a su nivel; era absurdo y pueril, sin duda, pero Solarza había comprobado demasiadas veces cómo, en el juego comercial, las pequeñas derrotas eran la simiente de los grandes fracasos. Si tenía que lidiar con Roncal en una guerra de almohadas o en un torneo de “quién mea más lejos”, lo haría con el mismo talante de quien opera a corazón abierto.

El ascensor número cuatro acudió con rapidez, como si estuviera hambriento de presas. La puerta emitió una nota musical y se abrió frente a sus narices. Lo primero que Solarza vio conforme la hoja retráctil se replegaba a un lado fue su propia imagen devuelta por el espejo panelado del fondo. Un hombre de unos treinta años, de rostro bien afeitado, terso y saludable, con una dentadura casi perfecta y el pelo castaño peinado con raya para disimular unas pequeñas entradas sobre su frente. *Patrón Confort 7.4* había añadido algunos

kilos a su yo anterior-en su mayor parte de músculo-, y ahora su cuerpo rellenaba con mayor apostura su traje gris tornasolado. Aparte de eso, Solarza había creído apreciar en la intimidad que tenía menos vello en el pecho y en la espalda, que sus ojos habían ganado un tono del pardo al verde, y que su pene parecía medio centímetro más grueso que en la versión 7.3 de sí mismo.

Entonces, la puerta terminó de descorrerse, y cualquier rastro de presunción se borró de la mente de Marcos Solarza. *Esfinge* ocupaba su lugar habitual, y no había variado ni un ápice su postura desde la última vez que la vio: erguida en un rincón de la cabina con las manos a la espalda y la barbilla alzada, seria, soberbia e inexpresiva. Solarza no la saludó, pues sabía que no obtendría respuesta, y ella tampoco lo hizo. Sus pupilas ni siquiera siguieron el movimiento del vendedor conforme éste, con las rodillas temblando y el corazón palpitante, presionaba el botón de la planta baja, ocupaba el rincón más alejado posible de *Esfinge*, embutía las manos en los bolsillos del pantalón y, envarado, clavaba la mirada en las puertas.

“Respira tranquilo” -se dijo-. “Sólo serán cuarenta segundos; intenta relajarte y no llamar su atención. Maldita sea, dicen que la muy zorra huele el miedo como, como... una abeja huele el polen”.

No fue una comparación afortunada. Por un instante, imaginó a *Esfinge* insertando en su cerebro un aguijón quitinoso y sorbiendo el contenido de su cerebro. Ella estaba detrás de él apenas a treinta centímetros de distancia de su hombro izquierdo. No la oía respirar; de hecho, hacía años que *Esfinge* no producía ningún sonido ni desprendía olor o calor alguno, pero no era una alucinación: de eso estaba convencido. Sentía su presencia como un escalofrío en los pelos de la nuca, como un estilete de hielo trazando arabescos en su espina dorsal. Se estremeció.

Diez segundos; dos plantas. La intranquilidad se apoderaba de Marcos Solarza, mientras un molesto tic en su párpado izquierdo parecía querer forzarle a mirar a *Esfinge* por el rabillo del ojo. No quería mirarla. Era la mujer más bella y sensual que había visto en toda su vida, pero no quería mirarla. Al principio, cuando la conoció, le resultaba casi imposible apartar los ojos de ella, y tenía que hacer verdaderas proezas de disimulo para ocultar las continuas erecciones que le provocaba. Sabía que era un camelo, por supuesto. Sabía que el potentísimo filtro de la mujer contaba con funciones de retroalimentación, que influía sobre todos los filtros que estuvieran en su radio de alcance forzando a sus poseedores a verla, olerla

y percibirla como ella quería ser vista, olida y percibida. Pero Solarza no podía evitarlo, porque el truco era realmente efectivo. Aquel rostro pálido de rasgos pétreos y labios despectivos excitaba de manera abominable la faceta más sumisa de su ser. Quería ser usado, exprimido y violado por aquella mujer de hombros estrechos y puntiagudos, de pechos erguidos, duros y apretados como un cepo. La leve aureola de fosforescencia rojiza que envolvía su figura contribuía a que todos, hombres y mujeres, se sintieran atraídos hacia ella como polillas a la luz. En más de una ocasión, Solarza anheló de manera casi desesperada ser estrangulado por sus piernas largas y marmóreas, azotado por sus manos de hielo y escupido por sus labios de jade. Quiso, en suma, convertirse en un charquito de sangre, saliva y semen bajo su bota.

Naturalmente, todo eso había cambiado cuando se volvió loca y se transformó en *Esfinge*.

Veinte segundos. Cuatro plantas. Solarza se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y se forzó a expeler el aire de sus pulmones. ¿Habría sido aquél un suspiro demasiado ruidoso? ¿Habría parecido aburrido, angustiado, desesperado? Una respiración agitada podía sugerir pusilanimidad, o quizá... Entonces se sacudió con fuerza y soldó las mandíbulas. Demonios... ¿Cuánto tiempo llevaba castañeteando los dientes?

Esfinge. Su verdadero nombre era Rebeca Termidor, y su cargo oficial el de presidenta ejecutiva de *Sensolux*. Su currículum de pre y de posguerra era impresionante. Doctorada en Informática, Ingeniería Nanotecnológica y Cibernética había dado clases y publicado centenares de artículos revolucionarios en su campo hasta que la Coalición de Occidente la reclutó para comandar la Unidad de Guerra Tecnológica. Ella misma colaboró en el desarrollo del visor de caza -aquel antecesor del filtro que potenciaba los sentidos de los soldados en combate hasta en convertirlos en asesinos mucho más eficientes- y, más tarde, firmado el armisticio, comprometió su talento en conseguir que el visor se adaptara a fines pacíficos, sirviendo de lenitivo al stress postraumático que hacía estragos en los peores años de la posguerra. Algún tiempo después, cuando se hizo evidente que los gobiernos estaban abusando descaradamente del invento para extorsionar y someter a los ciudadanos, lideró junto con otros científicos e industriales el grupo de presión que consiguió arrancar al estado el monopolio de los repetidores y liberalizar el desarrollo y comercialización de servicios accesorios, lo que había permitido la proliferación de empresas como *Sensolux*, que ofertaban efectos sensoriales complementarios con que personalizar las ampliaciones Standard

desarrolladas y concedidas por el estado a los ciudadanos en base a su productividad o relevancia (o, a veces, en base al puro y simple nepotismo).

Por supuesto, Rebeca Termidor era productiva y relevante en grado superlativo, de ahí que disfrutara de una percepción *Luxus Plus 8.8*, equivalente a un nivel dieciocho y la más alta otorgada por la Junta de Adjudicaciones. Sólo eso ya la situaba once peldaños de felicidad por encima de Marcos Solarza, a lo que había que sumar el inimaginable número de ampliaciones y efectos privados con que Termidor habría “tuneado” su filtro. A menudo, Solarza se preguntaba cómo era el mundo de *Esfinge*, cuán agudos y perceptivos debían de ser sus sentidos, cuán elaborada y fantástica la ilusión que la rodeaba y en qué paraíso de deleites sensoriales habitaba. Teniendo en cuenta todo eso, resultaba doblemente difícil entender el porqué de que Rebeca Termidor hubiera pasado los últimos diez años de su vida enclaustrada en el ascensor número cuatro.

Nadie sabía a ciencia cierta qué comía, aunque en empresas fuertemente jerarquizadas como *Sensolux* no faltaban lameculos a quienes culpar de llevarle a hurtadillas una fuente de gachas –fuera lo que fuera lo que un *Luxus Plus* comía cuando comía las gachas- desde los expendedores estatales de los módulos. Tampoco existía constancia de que durmiera, pues nadie la había visto jamás con los ojos cerrados o adoptando siquiera una postura más relajada en su rincón de la cabina. En cuanto al resto de necesidades fisiológicas, bueno... Baste decir que imaginar el estado “real” en que se encontraría el ascensor tras el benevolente escudo de *Patrón Confort 7.4* era una de las ideas que más trastornaban el ánimo de Solarza cuando se veía forzado a utilizarlo.

Algunas veces hablaba. Nunca lo hacía directamente, lo cual resultaba mucho más inquietante, sino que se servía del filtro para establecer una conexión mental con el incauto que se hubiera visto obligado a emplear el número cuatro. Las preguntas que profería siempre eran las mismas, y los empleados de *Sensolux* hacía tiempo que habían averiguado a fuerza de errores y estremecimientos las respuestas que la dejaban más satisfecha.

- ¿Qué diferencia en coste energético existe entre el uno y el dieciocho?

Así empezaba siempre, sin saludos ni frases corteses, sin variar una sola palabra, una sola pausa ni evidenciar pasión alguna en su voz fría y punzante como la circonita. So pena de que la pregunta se repitiera indefinidamente –y cada vez a un volumen mayor-, la respuesta que había que dar era la siguiente:

- Ninguna

- ¿Qué diferencia en horas de programación y desarrollo? -preguntaba ella luego.

- Ninguna.

- ¿Qué diferencia en mantenimiento?

- Ninguna.

- ¿Qué es entonces lo que vendemos?

En rigor, lo que *Sensolux* vendía eran recortes, servicios a granel, pequeñas ampliaciones relativamente económicas que permitían a usuarios de renta baja experimentar por breves periodos algunos de los placeres que disfrutaban usuarios más pudientes (al menos en teoría pues, en la práctica, lo que *Sensolux* comercializaba era poco más que abalorios, espejuelos y cuentas de colores). A esa pregunta, las respuestas escogidas por Solarza habrían sido seguramente “prestigio”, “ilusión”, “presunción”, “afán de notoriedad”, o quizá “delirios de grandeza”. Pero no era eso lo que la *Esfinge* quería escuchar y, loca o cuerda, para bien o para mal, Rebeca Termidor seguía siendo la superjefa del cotarro. Que se supiera, nadie había sido jamás despedido o siquiera degradado por fallar en el examen pero... ¡Quién sabe! Lo mejor era curarse en salud y apostar por lo seguro.

- Nada.

Llegados a este punto la voz de *Esfinge* bajaba una octava y adquiría un hálito muy leve de humanidad.

- Entonces vendédlo caro -sentenciaba como un suspiro.

Treinta segundos. Seis Plantas. La solicitud de contacto mental era poco más que un zumbido, pero estalló en el cerebro de Solarza como una explosión atómica que casi le hizo aflojar el esfínter. Dio un respingo y dejó escapar el aire de sus pulmones con un gritito agudo.

Termidor, Rebeca. Código de contacto 000006994/W. ¿Acepta?

Las palabras parpadeaban sobre impresionadas en las retinas de Marcos Solarza. Curiosamente, la materialización de sus temores tuvo sobre él un efecto sedante. Así que hoy le tocaba salir a la pizarra. Pues muy bien, pues cojonudo. No podía negarse a responder, de modo que pasaría el mal trago como un machote. Sólo serían unos segundos; recitaría su lección y todo habría terminado.

- Acepto.

Hubo un instante de silencio opresivo, un leve rumor de estática mental invadió su cerebro como una ola preñada de arena. Solarza repasó las respuestas como si se tratara de un

mantra, o quizá de un exorcismo que le libraría de aquel espectro que, apenas a treinta centímetros de su hombro, hablaba sin hablar, escuchaba sin escuchar y vivía sin vivir: “Ninguna, ninguna, ninguna, nada. Ninguna, ninguna, ninguna, nada”.

- Isabel ha muerto -dijo la voz de Rebeca Termidor en su cerebro.

Cuarenta segundos. La puerta del número cuatro se abrió impasible, ajena a la sorpresa y el terror que embargaba el corazón de al menos uno de sus viajeros. Solarza, idiotizado, salió del ascensor sin mirar atrás, cruzó el vestíbulo y se internó corriendo en las calles del centro.

Pasaron algunos minutos hasta que estuvo lo bastante repuesto como para recordar que debía interrumpir la conexión. Durante ese tiempo, la voz de Rebeca Termidor no paró ni un instante de depositar en su cerebro, una y otra vez, aquella pregunta que nadie en *Sensolux* había escuchado todavía de los labios de *Esfinge*, y para la cual no había respuesta estereotipada a la que recurrir:

- ¿Qué distancia hay entre la desgracia y la felicidad? ¿Qué distancia hay entre la desgracia y la felicidad? ¿Qué distancia hay...?

No se detuvo hasta que se encontró a cinco manzanas de la sede comercial de *Sensolux*. Fue una extraña caminata durante la cual Marcos Solarza no sería consciente del tiempo transcurrido, de la distancia recorrida ni de las personas que se cruzaron en su camino. Todas sus energías estuvieron concentradas en la simple tarea de mover las piernas para ampliar el espacio que le separaba de aquel ascensor, y en bloquear cualquier pensamiento, cualquier ejercicio mental que creara un nexo accidental con el recuerdo de las inesperadas palabras de Rebeca Termidor.

Su fuga lo había llevado hasta un cruce no demasiado concurrido flanqueado por seis módulos habitacionales. Cuatro tenían el aspecto habitual de búnker, pero dos de ellos pertenecían al estilo que Solarza había bautizado como “iconoclasta”, un nuevo enfoque más creativo que los proyectistas municipales habían comenzado a dar a sus diseños, y que, por más que proliferaran a un ritmo sorprendente, debían de estar especialmente solicitados como viviendas, pues nunca había conseguido encontrar habitáculos disponibles en ninguno de ellos. El primero, presentado por *Patrón Confort* con un resplandeciente revestimiento de

titanio, era bastante más alargado y menos robusto que un módulo ordinario, además de mostrar una de sus esquinas redondeadas. El segundo era simplemente inconfundible: el arquitecto lo había diseñado con una arriesgada forma de C, de manera que la fachada trazaba una abombada panza por un lado y una pronunciada hendidura por el otro. La negra pizarra que lo revocaba parecía lisa y sin fisuras, pero eso no paliaba la sensación de que el edificio entero estaba a punto de derrumbarse.

Había sido esa construcción en concreto la que le había hecho detenerse. No habían pasado aún cuarenta y ocho horas desde que admirara aquella misma excentricidad arquitectónica en compañía de Isabel, bromeando sobre los arquitectos farsantes que estafaban al erario público.

“Así que, después de todo, no anduve tan perdido” -pensó-. “Creo que una parte de mí supo en todo momento que venía hacia aquí”.

Solarza se recostó contra una esquina e hizo un esfuerzo por serenarse. ¿Por qué había perdido de ese modo los nervios? Bien mirado, carecía de verdaderos motivos para angustiarse. Vale que *Esfinge* se había desmarcado espectacularmente de su guión habitual. Vale que la inalcanzable Rebeca Termidor le había transmitido una noticia que afectaba a su esfera personal (a él, a Marcos Solarza, un mero 7.4). Pero Rebeca Termidor estaba loca como un cencerro, ¿verdad? La noticia no tenía por qué estar dirigida exclusivamente a él, ni siquiera tenía por qué hacer referencia a esa Isabel, a su Isabel, ni basarse en informaciones contrastadas. Isabel llevaba dos días sin acudir al trabajo ni responder a sus solicitudes de contacto, de acuerdo, pero una jefa de departamento gozaba de una flexibilidad mucho mayor que la suya, e Isabel era de las que exprimían al máximo sus libertades. En cuanto a la machacona pregunta con que Termidor le había bombardeado mientras huía... Bah, seguramente se trató de un eco mental. El contacto telepático con *Esfinge* debía de estar ya interrumpido, y fue su propio cerebro turbado el que compuso aquel angustioso dilema metafísico tan enraizado en sus recuerdos recientes.

Recordó haber oído en una ocasión a Víctor Glodín que las melodías y frases repetitivas que recita la mente de manera automática son en realidad la forma que tiene el cerebro de rascarse por dentro. Y no había duda de que el cerebro de Marcos Solarza había recibido en aquel ascensor una respetable picadura.

Pero, ¿realmente era tan terrible? ¿Desde cuándo le importaba tanto el bienestar de Isabel Marquina? Todo había comenzado como una especie de transacción. Solarza sedujo a

Isabel porque le pareció atractiva, desde luego, y siguió follándosela esporádicamente porque disfrutaba de ello, pero nunca había sido del todo indiferente a los beneficios que su carrera en *Sensolux* podía extraer de la relación. Jamás hablaron francamente del tema, pero Solarza sospechaba que su polla -todavía con medio centímetro menos de grosor- había tenido al menos tanta influencia en su ascenso de hace tres meses como el éxito en las ventas. El cambio de perspectiva, si había tenido lugar, había sido tan progresivo que Solarza no se había percatado siquiera de ello. Había un nuevo ascenso en juego, pues Isabel estaba a punto de ser promovida y su puesto quedaba vacante, pero, en sus últimas citas, Solarza ya no se preguntaba nunca qué porcentaje de influencia podía ejercer con su polla para imponerse sobre Oscar Roncal, su rival más directo por el ascenso. Ahora, lo único que pensaba cuando follaba con Isabel era que su polla estaba muy a gusto donde estaba.

“En fin -se dijo-, no sé por qué cojones he venido precisamente hasta aquí, pero aquí estoy. No me cuesta nada echar un vistazo, sólo por si acaso...”

Levantó la vista y estudió los módulos adyacentes. Recordaba que Isabel Marquina y él habían ocupado un habitáculo esquinado en una quinta planta, y también la perspectiva del edificio extravagante que se divisaba desde la ventana. Con esas referencias no le resultó difícil ubicar la posición exacta de su alojamiento. Se trataba de un módulo algo alejado, de color azul cobalto coronado por una hilera de cúpulas doradas y rematado por una antena repetidora. Había otro repetidor cuatro edificios a la derecha, y un tercero asomaba sobre los tejados en dirección sur, a unos sesenta metros de distancia. También recordaba aquel repetidor tan peculiar; quizá fuera un efecto creativo del filtro, pero jamás había visto otro como ése: mostraba la habitual apariencia de capitel, pero parecía envuelto en una neblina que se retorció y fluctuaba recorriendo todos los colores del espectro. Dirigió de nuevo su mirada al edificio cobalto y contó las ventanas para orientarse cuando se encontrara en su interior. Perfecto. O mucho se equivocaba o la ventana del habitáculo donde había dejado dormida a Isabel dos noches atrás refulgía con el fulgor verdoso que anunciaba su disponibilidad. Pero, ¿sería ésta una buena o una mala señal?

Echó a andar con determinación sobre las baldosas de rutilante porcelana que revestían la acera (otro de los dones de *Patrón Confort*). Esquivó un grupito de palomas blancas, verdes y amarillas que picoteaban semillas, tan confiadas y acostumbradas a la presencia humana que no se espantaban volando ni se apartaban de su camino. La oscuridad empezaba a caer sobre la ciudad, y el cielo de Marcos Solarza iba tiñéndose de púrpura. Iba a ser una

noche preciosa; la temperatura era agradable para pasear con chaqueta, los setos y arbolitos que flanqueaban la acera difundían en el aire un perfume de azahar. Vio a un individuo bien vestido y de aspecto atlético dirigirse hacia un vehículo público estacionado en la acera con intención, seguramente, de privatizarlo con su código y servirse de él aquella noche, pero tuvo que desistir al comprobar que el vehículo -un coqueto descapotable cromado a los ojos de Solarza- estaba averiado o fuera de servicio. Aquel era otro de los fallos del sistema de propiedad pública que Solarza abominaba; el cochecito era una monada, sin duda, pero estaba expuesto, como todos, a la torpeza y las manías de demasiados conductores diferentes.

Media docena de farolas parpadearon y se encendieron aisladamente. No eran necesarias más, pues el filtro ya potenciaba suficiente la visión nocturna, y la escasez de plantas energéticas en funcionamiento convertía la electricidad en un bien precioso. Solarza apretó el paso. Distráido por palomas impertinentes que porfiaban por picotear sus mocasines, a punto estuvo de tropezar con una mujer que acababa de irrumpir por una bocacalle. Parecía aseada y correctamente vestida, pero sus manos temblaban y corría encorvada, con gestos rápidos y nerviosos. Tenía ese aire indefinible y febril de alarma suprema, de pánico y de ansia que Solarza había aprendido a asociar con los “desconectados”, por eso se hizo a un lado, sonrió bonachonamente y la dejó pasar.

La mujer hizo una mueca indescifrable, masculló algo que seguramente fue desagradable pero que *Patrón Confort* convirtió en un “que tenga un buen día”, y retomó su carrera. Solarza la siguió unos segundos con la vista. Dos intersecciones más allá parecía estar congregándose un grupo bastante numeroso, y dedujo que la mujer acudía a participar en una de esas concentraciones espontáneas de las que eran tan devotos los desconectados. Solarza se topaba con ellas casi cada día. Contra todo pronóstico, parecían acontecimientos muy alegres: empezaban con cantos y bailes y solían degenerar en ruidosas orgías públicas. En una ocasión, incluso se sintió tentado de quitarse la ropa y unirse a la fiesta como había visto hacer a otros ciudadanos que, por su aspecto, conservaban su filtro activo y en perfectas condiciones. No obstante, algo le frenó en el último momento. Aunque *Patrón Confort* mostraba a las desconectadas con aspecto apetecible, una parte de él las percibía como algo sucio, enfermo y degradado. Follarse a una de ellas sería como comerse las primeras capas de un yogur delicioso con la certeza de que, en el fondo del envase, reposa un insecto muerto.

Al llegar a la puerta del módulo cobalto, Solarza fue presa de las dudas. No podía evitar sentirse un poco estúpido y violento. Víctima de un pánico infundado, había escogido el

sistema más incómodo y menos natural de calmar sus temores. Se reprochó haber perdido los nervios y no haber seguido indagando. Podía haber preguntado en la oficina si alguien tenía noticias de Isabel, o quizá interrogado a la propia *Esfinge* para que aclarara el significado de sus palabras. Diablos, ¿acaso la respuesta más natural, más humana, no habría sido interesarse simplemente por las causas de la muerte? ¿Qué había de terrible en hacer una condenada pregunta?

Había demasiado de terrible, claro. La gente moría, moría mucho más deprisa y de manera más repentina que nunca. Compañeros de trabajo, amigos, conocidos, amantes; de un día para otro desaparecían y nunca más se los volvía a ver. Nadie preguntaba las causas porque las causas no tenían importancia. O, quién sabe, quizá tenían demasiada: quizá era el miedo, el miedo a que alguna de esas causas estuviera incubándose dentro de ti en ese mismo momento. Eran las secuelas de la guerra: radiación, cambios climáticos, malas cosechas, enfermedades, bacterias y virus mutados por el armamento químico y bacteriológico, desnutrición, escorbuto, pelagra... Cientos, miles de enfermedades que podían hacer presa en ti y devorarte por dentro bajo el escudo sedante y analgésico del filtro sin sentir ningún síntoma, ningún dolor, sin que nadie percibiera tu degradación a través de la lente de su propio filtro, hasta que, un día, simplemente, tu sistema se colapsaba y reventabas como un perro en mitad de la calle, con una sonrisa en los labios. Oh, no, por supuesto que no. Era mucho mejor no preguntar. Era mucho mejor no saber. Cielos púrpura, baldosas de porcelana, melosos croissant y buenos deseos. La gente moría porque moría, porque siempre había muerto y ya está: con eso era suficiente.

Pero, en esta ocasión, Solarza no pudo bloquear aquellos pensamientos con la facilidad acostumbrada. Acababa de ocurrírsele una idea espantosa; una idea que le puso todos los pelos de punta y le hizo un nudo en la garganta. Enfermedades venéreas, la gente también podía morir por enfermedades venéreas. SIDA, sífilis, hepatitis, gonorrea... ¿Y si era eso lo que había matado a Isabel? Ella tenía un aspecto tan inmaculado, tan saludable... jamás habían usado ningún tipo de protección durante sus relaciones. ¿Y si una de esas repugnantes infecciones había penetrado también en el organismo de Solarza y estaba ahora mismo envenenando su sangre y corrompiendo su carne? Una imagen demoledora lo sacudió. Joder... ¿Y si no era *Patrón Confort* el responsable de que su pene se viera más grueso que antes? ¿Podía una colosal inflamación confundirse con...? Aquello acabó de decidirlo. Por un instante, Solarza olvidó su angustia por Isabel y se preocupó sólo de sí mismo. Tenía que

saberlo. De un modo u otro tenía que saberlo.

Empujó la puerta y entró. El vestíbulo disponía de un único ascensor, como la mayoría de los módulos, pero Solarza recordaba de su anterior visita que era un cacharro muy lento, que traqueteaba, se sacudía y sufría continuos apagones. Recordó que, durante uno de ellos, la maquinaria había emitido unos ruidos muy extraños que *Patrón Confort* apenas pudo distorsionar, y que la cabina estuvo parada durante casi dos minutos (tiempo que Isabel aprovechó para iniciar el precalentamiento con su boca).

“Jesús, no” -pensó-. “Por hoy ya he tenido bastantes sustos de ascensor”.

Escogió, pues, las escaleras. Fue una subida agotadora de cinco pisos, pero no resultó en absoluto desagradable. Una moqueta impoluta recubría los escalones junto a un sólido pasamanos de cobre bruñido; las paredes de baldosines resplandecían de limpieza, y en el aire flotaba un delicioso perfume de incienso. No se cruzó con nadie pero, aunque lo hubiera hecho, no habría tenido importancia. En el sistema de módulos, ningún vecino te denunciaría como extraño porque todo el vecindario era un grupo de extraños que se renovaba cada noche.

La puerta del 5º F estaba entornada. Aquello le extrañó, pues lo normal era que un habitáculo disponible permaneciera cerrado hasta que el aspirante recitaba su código de filtro en el pequeño micrófono de la entrada. A partir de ese momento, y hasta que lo abandonara por la mañana, la puerta sólo se abriría para él.

De todos modos, entró. El habitáculo no era grande, apenas cuarenta metros cuadrados útiles, pero disponía de todos los servicios básicos garantizados por el gobierno, además de estar decorado en consonancia con la categoría perceptiva de su ocupante, naturalmente. La iluminación eléctrica no se había conectado, pues Solarza no había llegado a activar el servicio mediante su código, pero el resplandor crepuscular que se colaba por la ventana bastaba para orientarse. Vio la lustrosa tubería alimentaria de acero inoxidable que recorría la pared hasta la encimera donde reposaba el expendedor de gachas, presentado a sus ojos como una de esas chupeteras de las viejas heladerías. Vio la mampara de cristal esmerilado que aislaba los sanitarios del resto de la vivienda; vio la familiar mesa, las familiares sillas y la familiar aunque escasa cubertería.

También el catre del rincón albergaba algo familiar. Isabel Marquina, desnuda, estaba despatarrada sobre el colchón, casi en la misma postura en que Solarza la había dejado, aunque ahora su cuello se doblaba en un ángulo imposible. Su piel estaba pálida, sus ojos abiertos y vidriosos; pequeños moratones salpicaban sus senos, su cuello y sus muñecas. No

se movía, no respiraba. Solarza no dudo ni un segundo de que estaba muerta. Ni siquiera *Patrón Confort* podía hacer milagros. Ni siquiera *Patrón Confort* podía suavizar la autoridad de la muerte.

Una sensación amarga comenzó a descender por su cuello hasta la boca de su estómago. Pero Solarza no tuvo tiempo de saborearla; no tuvo tiempo de reconocerla como tristeza ni de refrendar en su fuero interno que realmente, de una manera u otra, había amado a Isabel Marquina. Una voz ronca, aunque inconfundiblemente femenina, le sobresaltó. Parecía sonar muy cerca, en aquella misma habitación, pero Solarza no podía ver quién la profería. ¿Qué estaba ocurriendo?

- Atención, Central -dijo la voz-. Habitación 7448976/5F. Localicen e identifiquen usuario de filtro en posición señalada. Cambio.

Hubo una pausa, y luego prosiguió así:

- Entendido. Código 49871011/C. Solarza, Marcos. ¿Correcto? Cambio y cierro.

- ¿Quién anda ahí? -dijo Solarza- ¿Quién habla? ¿Qué ha pasado en esta habitación?

Para sorpresa de un aterrorizado Solarza, dos figuras se materializaron en medio de la estancia. Simplemente aparecieron allí, entre la puerta y la cama, donde antes no había nada salvo espacio vacío. Eran un hombre joven y una mujer ya de cierta edad; su aspecto mate, deslucido y, de alguna forma, demasiado humano, los identificaba infaliblemente como una pareja de *mortecinos* inmunes a los filtros.

- Somos nosotros los que deberíamos hacerte esa pregunta a ti, montón de mierda -dijo con desprecio el hombre joven-. Pero sería una pérdida de tiempo; ya sabemos todo lo que necesitamos saber.

La mujer se adelantó.

- Marcos Solarza -dijo con cierta desgana-. Queda usted arrestado y condenado por el asesinato de Isabel Marquina.

De modo que los rumores eran ciertos. Solarza ya había oído comentar que el inhibidor de los *mortecinos* no sólo los inmunizaba contra las distorsiones de los filtros, sino que tenía la capacidad de hacerlos invisibles a voluntad para cualquiera cuya percepción estuviera mediatizada por la señal de los repetidores. Técnicamente era posible y hasta sencillo -bastaría

con camuflar su figura bajo una simulación mimética- y además explicaba de manera mucho más satisfactoria aquella anomalía tan frecuente relacionada con su presencia. El mínimo retardo en la señal que retrasara la carga de la simulación podía hacer desaparecer al agente sin reemplazarlo por nada, exhibiendo así un recorte humanoide de la realidad desnuda.

- ¿Qué significa esto? -balbuceó Solarza- No pensarán que he sido yo el culpable de...

El *mortecino* joven bufó y avanzó decididamente hacia él. Tendría unos veinticinco años y era delgado y nervudo, con un rostro chupado e imberbe al que el enfado confería cierto aire infantil. Su traje gris parecía limpio, pero también estaba viejo y raído, con hilachas en los puños y el dobladillo de los pantalones, y grandes zonas descoloridas. A Solarza, habituado a tratar sólo con gente guapa y saludable -gente *Patrón Comfort*-, le sorprendió sobre todo lo pálido que estaba aquel joven, lo amarillos que eran sus dientes y el olor acre que despedía. Sin embargo, no había nada débil ni enfermizo en el golpe que le lanzó. El puño se estrelló directamente en su mandíbula, lo hizo girar como una peonza y lo derribó al suelo.

- Cálmate, Hugo -dijo la mujer-. ¿No te das cuenta de que no siente nada?

Era cierto. Solarza había sido consciente del contacto de cada uno de aquellos afilados nudillos, pero no había sentido ningún dolor: el filtro se había encargado de interceptar las señales nerviosas y suprimirlas antes de que llegaran a su cerebro.

El joven llamado Hugo resopló:

- Por ahora, por ahora...

- ¡Esto es un atropello! -chilló Solarza desde el suelo- Ustedes no tienen derecho a maltratarme así. Yo no he matado a Isabel... Joder, ¿por qué demonios iba a matarla? Pero, pero... aunque fuera culpable, tengo mis derechos. Exijo hablar con un abogado... ¡No pueden condenarme sin juicio!

La mujer andaría por los cuarenta y cinco o cincuenta años y, a pesar de sus muchas arrugas y de tener el pelo canoso y algo grasiento, seguía conservando un rostro muy atractivo, de grandes y expresivos ojos grises y pómulos marcados. Sus movimientos eran lánguidos y emanaban una distinción natural, aunque se veían lastrados por un poso de cansancio. Cuando se volvió hacia su compañero para pedirle calma, Solarza había reparado en que su mejilla mostraba un aparatoso cardenal rojizo, o quizá algún tipo de herpes o eccema.

- Vayamos por partes, Solarza -dijo roncamente-. En primer lugar nos ocuparemos del asunto de su culpabilidad.

- Eso es -aplaudió Hugo-. Pásaselo, restriégaselo bien por la cara a este malnacido, a ver si luego sigue teniendo huevos para negarlo.

La mujer chasqueó la lengua.

- Sabes que no me gusta ese lenguaje, Hugo.

- Que te jodan.

- Voy a contarle un pequeño secreto -prosiguió ella, ya para Solarza, mientras meneaba la cabeza con disgusto-. Quizá no sepa usted que, por motivos de seguridad, los repetidores conservan una grabación visual de las últimas treinta y seis horas de vida de cada usuario.

Solarza asintió. Sí que lo sabía. Víctor Glodín era muy aficionado a intentar acceder a los repetidores para piratear esas grabaciones, sobre todo cuando se enteraba de que algún compañero se había cepillado a cualquier empleada de *Sensolux* que le despertara sentimientos morbosos.

- ¿Sabe usted cómo funciona?

- No es complicado -admitió Solarza, intrigado-. Entre el filtro y los repetidores existe una comunicación de doble sentido. El filtro codifica lo que percibimos y lo envía a los repetidores. Estos lo procesan de acuerdo con las características de nuestro modelo perceptivo, modifican lo que tienen que modificar y envían de vuelta la señal con el código trucado que se transformará en señales nerviosas para engañar a nuestro cerebro y a nuestros sentidos. Todo es cuestión de milésimas de segundo, claro, de manera que apenas notamos el retardo. Supongo que los repetidores se limitan a aislar la señal de video y registrarla en cualquier soporte informático al mismo tiempo que la envían de vuelta a nuestros filtros.

- Así es, a grosso modo -asintió ella-. Desgraciadamente, la grabación de Isabel Marquina está tan deteriorada por lo que usted le hizo que no nos sirve de mucho y, en cuanto a la suya, Solarza, simplemente no se ha conservado. Qué le vamos a hacer; a veces ocurre, y las causas pueden ser muy dispares. Un conflicto con la conexión por satélite que usted disfruta, por ejemplo, una avería del repetidor, o quizá un agente que se olvidó de reponer los discos vírgenes...

- ¡Entonces no tienen nada! -gruñó Solarza- Me han golpeado e insultado; han pisoteado mis derechos por simples conjeturas...

- Se equivoca, amigo. Tenemos una tercera grabación, una grabación muy clara y nítida de lo que ocurrió en este habitáculo hace dos noches. Alguien les había seguido hasta aquí, a usted y a Isabel Marquina. Alguien que sospechaba la existencia de algo sórdido en su

relación, y que temía que la seguridad de Isabel Marquina pudiera estar comprometida.

- Roncal... -musitó Solarza. Así que era eso. Ese cabrón de Oscar Roncal que veía cómo la polla de Solarza podía escamotearle el ascenso. ¿Qué planeaba siguiéndoles? ¿Reunir pruebas para denunciarlos en la empresa? ¿O quizá algo mucho más drástico? Si Solarza e Isabel desaparecían de escena, el puesto de jefe de departamento sería suyo por simple eliminación. Pero, ¿habría sido capaz Roncal de...?

- No importan los nombres -dijo la *mortecina*-. Nuestro denunciante estaba espiándoles desde el módulo de enfrente, y gozó de una perspectiva perfecta de todo lo ocurrido a través de la ventana. Pero mejor será que lo vea usted mismo.

La mujer desvió la mirada al techo -un tic habitual cuando se establecía contacto remoto por filtro- y su voz adquirió un tono seco, oficial:

- Atención, central. Descarguen y reproduzcan prueba documental *Marquina 421/J* en el filtro de Marcos Solarza.

El joven llamado Hugo, que había estado paseándose de un lado a otro como una fiera enjaulada mientras duró la conversación, emitió entonces una risa algo forzada y dijo:

- Que tomen asiento los criminales hijos de puta. La película va a empezar.

La petición de descarga apenas parpadeó un segundo en las retinas de Solarza antes de saltarse olímpicamente su consentimiento y comenzar a reproducir el archivo. De repente, todo cambio. Era como cuando el filtro reproducía algún largometraje de tiempos remotos por medio del *paper view*. Solarza seguía escuchando, tocando y oliendo el presente, pero su visión quedó totalmente monopolizada por el pasado. Un pasado que le era a la vez ajeno y familiar. Contemplaba sus propias espaldas, tal y como él mismo se las veía en los espejos - también Roncal disfrutaba *Patrón Confort 7.4*, otro indicio que apuntaba a su implicación-, desnudo sobre las piernas abiertas de Isabel y meciendo el trasero a ritmo salvaje. Era él, sí, y la chica también parecía Isabel, pero, a la vez, sentía como si estuviese viendo a dos extraños. Las manos del hombre se estaban moviendo, aunque el ángulo no permitía ver bien en qué se ocupaban (Solarza creía recordar que en retorcer y pellizcar los pezones de Isabel mientras ésta, con los sentidos potenciados por su filtro, se corría una y otra vez). La escena tenía algo de brusco, de primitivo, pero sólo era un revolcón intenso, por el amor de Dios. ¿Qué pretendían demostrar con aquello?

- Como ve, la imagen ha sido ampliada digitalmente -dijo la agente. Se hacía muy extraño escuchar *off the record* aquella voz de cuidada y elegante dicción mientras su vista

estaba monopolizada por la película. Era como si escuchara a una locutora de documentales haciendo observaciones sobre la reproducción de los babuinos-. Interesante, ¿verdad? Pero el auténtico *snuff* viene ahora.

Todo ocurrió más o menos como lo recordaba. El Solarza de la imagen se corrió con una violenta sacudida y permaneció unos minutos tendido, exhausto y desmadejado sobre la chica. Isabel había insistido en que no durmieran juntos aquella noche, pues tenía la absurda sensación de que la espían. Solarza no se había tomado demasiado en serio sus temores -de hecho, los había olvidado por completo- pero ahora se percataba de cuán acertada había estado su amante. El caso es que Isabel insistió en que Solarza se marchara en cuanto se saciaran de follar y durmieran en habitáculos distintos. Se vio a sí mismo incorporarse con movimientos desganados y salir desnudo de escena. Isabel permanecía tendida en la misma posición, con las piernas abiertas y los ojos cerrados, inmóvil y rendida.

- Supongo que, llegados a este punto, ya la había golpeado y estrangulado bastante como para darla por muerta... -dijo la agente.

- ¿Qué? -exclamó Solarza, escandalizado por semejante interpretación

- No te hagas el tonto, hijo de puta -rugió Hugo-. Apuesto que te gusta pegar a las mujeres mientras te las follas. Apuesto a que disfrutas dándoles por el culo, abofeteándolas y retorciéndoles las tetas -su voz se quebró por algún tipo de pasión semejante a la ira, y una lluvia de salivazos escapó de sus labios-. Te gusta verlas sangrar, ¿no es así? Te gusta ver sus rostros hinchados y amoratados, y sus labios partidos, y escuchar como imploran piedad...

Aun en medio de aquella situación angustiada, los reflejos de vendedor de Solarza vibraron como cuerdas de violín. En la voz del mortecino latía la ilusión, una ilusión negra y depravada pero afilada como el filo de una navaja. Hugo era un cliente nato. Si Solarza tuviera el género exacto que ese muchacho ambicionaba, podría venderle toneladas enteras sin que ni siquiera preguntara por el precio.

- Cállate, Hugo.

- No me mandes callar, zorra.

La agente suspiró.

- No estaba muerta, señor Solarza -dijo-. Tardó todavía un buen rato en morir. Su filtro ya no funcionaba correctamente y sufrió. Sufrió mucho -su tono se volvió ausente, impersonal, como si no hablara a su sospechoso ni a nadie en particular-. A veces conviene ver estas cosas. Conviene conocer las consecuencias de nuestros actos.

Isabel continuaba despatarrada, quieta en el centro de la escena. Entonces pareció sufrir un violento espasmo. Luego otro. Todo su cuerpo se sacudió como si luchara por respirar. Sus brazos y sus piernas sufrían continuas convulsiones. Roncal debió de asustarse en ese momento de lo que veía, pues la imagen se volvió inestable y aparecieron en ella algunas interferencias que degradaban la calidad de la grabación durante centésimas de segundo. Y entonces todo acabó. Isabel quedó definitivamente inmóvil, y era como si la cámara estuviera enfocando otra vez el presente, el mismo cuerpo tendido sobre la cama que Solarza había visto al regresar al habitáculo, en la misma postura y paralizado por la irrevocabilidad de la muerte.

La reproducción se detuvo en este punto, y la realidad fue reintegrada a los ojos de Marcos Solarza, aunque emborronada ahora por un velo de humedad. Solarza estaba llorando.

- ¿Qué le ocurrió? -preguntó con un hilo de voz.

- Recobró el conocimiento y luchó por vivir. Pero tenía la traquea quebrada, aparte de sus otras muchas lesiones menores, y los pulmones encharcados de sangre. Se ahogó en su propia sangre. Eso le ocurrió.

- Yo no fui. Lo juro. Estaba viva cuando la dejé. Respiraba, y...

Calló. Se había percatado de que, por algún motivo, su tono de voz era el de alguien que se disculpa. Él no había hecho nada malo, no necesitaba disculparse. ¿O quizá sí? Aquellos estertores, aquellas convulsiones, los espasmos...

“Debí darme cuenta de que algo malo le ocurría. Algo la estaba matando y yo no fui capaz de verlo. ¿Qué clase de amigo, qué clase de amante soy?”

La agente meneó la cabeza.

- La cuestión de su culpabilidad ya ha sido solventada y no volveré sobre ello. En cuanto al segundo punto de sus objeciones, los motivos, también parecen claros a la luz del testimonio de nuestro informante. Marquina iba a poner fin a la relación, comprometiendo así su ascenso en *Sensolux*. Usted no pudo soportarlo y la mató por despecho, por ambición o por un ataque de celos. Cualquiera me vale.

Solarza no replicó en esta ocasión. De hecho, apenas había asimilado las palabras de la *mortecina*. Isabel estaba viva cuando se marchó. No la maltrató, no la pegó y, desde luego, no la estranguló. Pero, ¿realmente podía estar seguro de algo así? ¿Podía el filtro manipular sus sentidos y sus recuerdos de tal modo como para confundir un coito salvaje con un asesinato? ¿Podía *Patrón Comfort* engañarlo hasta ese punto?

- La tercera cuestión que usted plantea, derechos, juicios, abogados y todo eso, resultará un poco más delicada. No podemos buscarle un abogado porque ya no quedan abogados que ejerzan su profesión, y no podemos llevarle ante un tribunal porque ya no existen tribunales en activo.

Solarza tardó unos segundos en asimilar la información. ¿Qué demonios estaba diciendo esa vieja altanera? Si pensaba que podían engañarlo con una mentira tan burda, estaban muy equivocados. La indignación debió de hacerle poner una cara muy cómica, pues incluso la agente esbozó una sonrisa.

- Nuestra sociedad ya no es lo que era. Se lo explicaría largo y tendido, pero no tenemos mucho tiempo y, como se suele decir, una imagen vale más que mil palabras.

Solarza no era idiota. Entendió lo que la *mortecina* estaba insinuando segundos antes de que terminara su frase.

“No” -dijo una voz aterrorizada en su cerebro.

- No, por favor... -suplicó.

- Central, localicen el dossier de Solarza, Marcos. Servicios adjudicados y contratados.

“No, no, no, no, no, no, no” -el cerebro de Solarza se rascaba, se rascaba por dentro hasta hacerse sangre.

- Oh, sí, oh, sí -reía Hugo, relamiéndose-. Ahora serás mío, mío, mío...

- Recibido, central. Sí, el protocolo habitual para convictos. Desactivar todos los servicios y dar de baja su filtro.

“NOOO”

- Noooooooooo...

No fue nada gradual, no fue como salir de un túnel. Fue instantáneo y violento como un choque de trenes. La realidad lo aferró con sus garras afiladas y lo estrujó contra un seno de espinas. Solarza chilló. Chilló de dolor, de asco y de miedo. Chilló más de lo que había chillado en toda su vida.

- Ya lo ve -dijo la *mortecina*-. Le guste o no, nos guste o no, sólo quedamos nosotros para ocuparnos de usted.

Era estrictamente cierto. Los *mortecinos* eran lo único que no había cambiado, lo único

que seguía permitiendo a un histérico Marcos Solarza trazar un nexo entre los dos mundos. El cielo y el infierno habían cambiado sus posiciones con la velocidad de un suspiro, y ellos eran el eje sobre el que todo giraba: un eje rígido, frío e inmovible. Había una habitación con paredes de hormigón desnudas salpicadas por manchas de herrumbre y humedad; había un suelo de cemento encharcado, sucio y cubierto de desperdicios; una tubería roñosa y goteante corría pegada a la pared hasta la encimera donde reposaba el expendedor, de cuya espita rezumaba una pasta verduzca y mohosa asediada por enjambres de moscas; los sanitarios apenas eran reconocibles como tales, envueltos en una costra sólida de moho, heces y cucarachas; sobre el jergón -desfondado, harapiento, repulsivo- yacía una completa desconocida: una mujer escuálida con la piel desaseada y tachonada de postillas.

Serénese, cierre los ojos y trate de dormir, nuestros técnicos ya se están ocupando de su caso...

Solarza chilló de nuevo. Las familiares consignas eran como un mal chiste en su cerebro. Ahora lo entendía. Cerrar los ojos era peor, mucho peor. Cientos de alarmas físicas acababan de dispararse en su organismo. El dolor pulsaba en tantos puntos distintos de su cuerpo, y con tantos grados diferentes de intensidad que las palpitations de la mandíbula, allí donde Hugo había estrellado su puño, eran el menor de sus problemas. Su traje no era más que un enredo de andrajos a través de cuyos orificios se veían múltiples heridas, picaduras, mordiscos, eccemas y descarnaduras de diversa consideración. Sus pies, envueltos en una especie de vendas mugrientas -¿y aquellos eran los mocasines que le habían costado noventa créditos? - estaban tan sucios de fango y de sangre que apenas se distinguían los dedos. Tenía las tripas revueltas; su corazón palpitaba a ritmo frenético y desigual. Y el olor, aquel olor repulsivo a humedad, a mierda, a orines... Su propia boca parecía un cagadero de gatos. Se dobló sobre sí mismo y vomitó. Vio lo que había vomitado y volvió a vomitar. La garganta le escocía, la cabeza le estallaba, pero su maldito organismo parecía incapaz de escoger la alternativa más sencilla, más inteligente y más humana en tales circunstancias. Desmayarse. Desmayarse, morir o reventar. Cualquiera cosa que pusiera fin a la pesadilla.

- Yo diría que ha sido una reentrada de nivel dos -dijo Hugo y, riendo, añadió-. Eso te iguala con las viejas y los mariquitas.

La voz de la mujer parecía conmovida.

- Ayúdalo a levantarse, Hugo.

Zorra, zorra, zorra, zorra... Tú me has hecho esto, zorra. Métete tu compasión

por el culo. O mejor, reúne mil toneladas de compasión y aplástame con ellas como a una cucaracha. Acaba el trabajo y mátame.

- ¿Bromeas? Mira lo sucio y asqueroso que está. Pero si tiene hasta sarna, joder.

- También la tenía cuando le golpeaste. Ayúdale.

- ¡Bah!

Fue finalmente la mujer quien le pasó los brazos bajo las axilas y lo ayudó a incorporarse. Solarza se mareó y tuvo otra arcada, pero ya no le quedaba nada que vomitar.

- Lo lamento, muchacho. Las ordenanzas se han relajado un poco desde que no tenemos jefes. La mayoría de los nuestros desertó hace años, pero todavía quedamos unos pocos centenares que intentamos cumplir nuestro deber. Mantenemos en funcionamiento la central eléctrica, la planta procesadora de nutrientes y el sistema de repetidores. Hacemos lo que podemos...

- Cuidar del rebaño -dijo Hugo-. Cuidar de los borregos como tú...

- A decir verdad, apenas nos queda tiempo para perseguir infractores. En otras circunstancias, si hubiera sido usted más cuidadoso, probablemente habría salido impune y seguiría con su vida. Pero su caso era demasiado flagrante. Teníamos una denuncia de nuestro testigo y teníamos su grabación. Inhibirnos en esas circunstancias sería como admitir que hemos renunciado a nuestro propósito original.

Solarza temblaba de frío. ¿Era la mujer quien ahora se estaba disculpando? No importaba. Se pasó la lengua por los labios agrietados y constató con horror que le faltaban al menos cuatro dientes, y que la mayor parte de los demás estaban espantosamente picados. Gimió.

- Pero, pero... ¿cómo pudo ocurrir? -musitó- Teníamos un gobierno, teníamos tribunales y servicios públicos. Teníamos una civilización. Ni siquiera la guerra fue capaz de terminar por completo con ella.

La mujer arrastró a Solarza hasta la encimera y lo ayudó a recostarse. Luego se retiró, jadeando. Las gachas goteaban *-plit, plit-* desde la espita del expendedor hasta la superficie de contrachapado comida por las termitas. Apestaban.

- Una civilización que se devoró a sí misma, sí -reconoció la *mortecina* con desinterés, encogiéndose de hombros-. El filtro siempre fue un arma de doble filo, pero el gobierno lo descubrió demasiado tarde. Al principio, cuando algún ciudadano resultaba demasiado inteligente, demasiado perspicaz o demasiado levantisco, ya no era necesario castigarlo ni

reprimirlo. Gracias a la jerarquía de los filtros, bastaba con recompensarlo para quitárselo de encima por un tiempo. La Junta de Adjudicaciones fingía reconocer sus méritos y ampliaba la gama de sus servicios, de modo que el pobre se pasaba meses babeando por su nuevo juguete. Hay un camino muy largo entre el uno y el dieciocho, lo suficiente para mantener hipnotizado al más inteligente de los asnos aumentando cada día el tamaño de la zanahoria que agitas frente a su hocico, y nunca jamás un nivel 18, un *Luxus Plus*, volvía a preocuparse de nada más que de revolcarse en su cochiguera de placeres sensoriales. Abandonaban principios, trabajos, ideas y proyectos. Se convertían en inválidos sumisos. De inoportunas avispas que habían sido, sólo quedaban inofensivas mariposas revoloteando en un mundo de ensueños...

Hugo había extraído una pistola de su sobaquera. Comprobó su carga, jugó con el seguro, la acarició con suavidad y volvió a enfundarla. Hizo un guiño a Solarza.

- ¿La contrapartida parecía demasiado generosa, verdad? -prosiguió la mujer-. Los peces gordos pensaron lo mismo. Pensaron que el castigo resultaba más dulce que la recompensa.

En la voz de la agente se insinuó una nota de cínica diversión. Los gobernantes, en efecto, habían comenzado a elucubrar que la recompensa de los disidentes -incluso la de los simples borregos como Solarza- superaba con creces los privilegios y sacrificios del poder en una realidad que se degradaba por momentos. Con los individuos más capaces apartados de la responsabilidad y sumidos en la abulia, eran los oportunistas, los farsantes, los holgazanes y los ambiciosos quienes sujetaban las riendas de la sociedad, y estos personajes nunca se han destacado por su espíritu de sacrificio ni por su afán de servicio público. Poco a poco, todos fueron abandonando sus cargos, activando su propio filtro y descargando en él un paquete *Luxus Plus*. Se inhibieron de toda obligación, se quitaron de en medio y se hartaron de su propio veneno.

- La ley y el orden se desmoronaron. Sólo nosotros, con nuestro filtro “capado” e inhabilitado para reproducir fantasías, quedamos para vigilarlo todo, nos gustara o no. Por fortuna, el sistema de castas, la administración de créditos y la adjudicación de ascensos están automatizados por los ordenadores de la central. Pero ya no durará mucho. Hay continuas averías, los fallos son cada vez más frecuentes, y entre nosotros escasea el personal cualificado. Me temo que todo llega a su fin. Me temo que el espejo está a punto de romperse, y que un millón de alicias sarnosas como tú van a salir despedidas desde el otro lado para clamar por un pan que ya no existe.

Hugo se acercó. Parecía impaciente y cansado de discursos. Propinó a Solarza una patada que volvió a lanzarlo por los suelos.

- Lo siento mucho, gusano. Ellos llegarán tarde al tarro de la justicia, pero a ti te toca rascar las últimas cucharadas. ¡Andando!

- ¿Vais a encerrarme? -preguntó Solarza, demasiado dolorido para resistirse. La idea no le parecía tan odiosa como antes. En una cárcel habría médicos, duchas, camas limpias. Cubrirían sus ulceraciones de pomada, lo vacunarían y lo alimentarían. Allí podría volver a sentirse humano y no sólo una llaga parlante.

- Claro que vamos a encerrarte -zumbó Hugo-. Hay una penitenciaría estupenda en el callejón de atrás. Pero no te preocupes; tu condena no será larga. El tiempo que tarde una bala en viajar desde mi pistola a tu cabeza será suficiente.

Solarza asintió, resignado. La idea resultaba casi tan consoladora como la de la prisión. Unos minutos de miedo y de dolor y todo terminaría para siempre. Se levantó, alzó los hombros en una parodia de dignidad y se aclaró la garganta. Instintivamente, buscó la mirada de la *mortecina* para comprobar en ella los efectos de su exhibición de hombría. Pero la mujer no le estaba mirando. Miraba a Hugo, que había desenfundado de nuevo su pistola, estudiándolo con una mezcla de adoración y de lástima.

- ¿No van a retirarlo de ahí? -preguntó Solarza señalando con el dedo el cadáver de Isabel.

- Se retirará solo -ironizó Hugo-. Con el tiempo, claro.

- Lo siento -repitió la mujer para Solarza-. Ya le dije que las cosas no son como antes.

Salieron a un pasillo tan desolador como el habitáculo que acababan de abandonar. Solarza iba delante, seguido de cerca por los dos agentes y por la pistola de Hugo. Se dirigió directamente hacia el ascensor, pero la mujer lo agarró del hombro y lo condujo hacia las escaleras.

- Los ascensores son trampas mortales -explicó-. Sin mantenimiento, los motores y las instalaciones eléctricas se averían continuamente. Los cables están pelados y roídos por las ratas. Nunca usamos los ascensores si podemos evitarlo. Tampoco solemos entrar en los módulos salvo causa de fuerza mayor. Son construcciones levantadas a toda prisa con los escombros de los bombardeos y materiales de desecho; la mayoría tienen grietas que comprometen su estabilidad, y algunos ya han empezado a desplomarse.

Comenzaron a descender por las escaleras. La bajada no carecía de riesgos, pues la

moqueta era apenas una esterilla de fieltro desgarrada, comida por las ratas y las polillas y podrida por la humedad. Los escalones estaban agrietados y llenos de bultos. El barandal de hierro ruginoso sólo ofrecía una ilusión de seguridad, pues muchos de sus tornillos estaban sueltos y bailaban en sus roscas. Solarza se maravilló de que hubiera podido subir antes tan despreocupado y sin partirse la crisma.

Y, justo cuando lo pensaba, escuchó una maldición a su espalda. Se giró. La mujer debía de haber tropezado con uno de los desgarrones de la moqueta y agitaba los brazos para mantener el equilibrio. No lo consiguió, y se lanzó a los brazos de Hugo para que frenara su caída, con el único resultado de que ambos rodaron hechos un ovillo escaleras abajo. Solarza apenas tuvo tiempo de echarse a un lado y de presenciar como los dos *mortecinos* se desplomaban con un golpe terrible en el descansillo inferior.

Entonces, incrédulo, observó cómo la mujer levantaba la vista con una mueca de dolor y le miraba directamente. Sus grandes ojos estaban muy abiertos y transmitían un mensaje clarísimo: “corre, idiota, corre”.

Solarza corrió. No sabía por qué corría, pues no tenía un interés especial en seguir viviendo, pero corría. Corrió escaleras abajo, sorteando decididamente a los dos agentes que forcejeaban para levantarse. Corrió fuera del edificio, bajo un cielo negro cubierto de nubes ominosas, sobre charcos de fango, bajo farolas oxidadas y chisporroteantes, junto a vehículos herrumbrosos con sus neumáticos pinchados y flácidos. Corrió a la sombra de un edificio en forma de C, que no era más que un módulo cuyas entrañas se habían desplomado sobre un montón de esqueletos y escombros, y junto a otro más alargado al que le faltaba casi la mitad de su estructura. Corrió junto a montones de basura, de cadáveres y de lodo que desprendían un embriagador aroma a heces y putrefacción. Corrió y siguió corriendo, pues las palomas que lo perseguían y querían picotear su mocasines ya no eran palomas sino ratas. Ratas negras y grandes como gatos, tan habituadas a la presencia humana que la habían convertido en su dieta.

Cap. 2:
Ojos en la nuca

No eran bailes ni verbenas; tampoco podían denominarse orgías desde un punto de vista riguroso, pues el deseo sexual no era el verdadero motor de las celebraciones. Hasta entonces, absorbido por las necesidades de la mera supervivencia y sintiéndose vigilado continuamente por los *mortecinos*, Solarza no había sentido un gran interés por aquellas extrañas concentraciones de desconectados, pero ahora, tras haber escuchado la explicación de labios del viejo, se reprochaba haber sido tan idiota.

El viejo había acudido a su guarida de las ruinas atraído por el olor de las ratas asadas que Solarza hacía girar en el espetón sobre una pequeña hoguera. No era, como Solarza, un perseguido de la justicia, sino que su filtro había sido dado de baja por falta de fondos. Un Daniel Andrade como otro cualquiera, un desposeído y un guiñapo, pero su apetito era digno de un marajá de veinte años.

- Incluso durante la guerra vivíamos mejor -dijo tras devorar el último muslito y depositar los huesos con exquisito cuidado en un primoroso montón-. Los gatos, los gatos eran entonces el plato estrella, aunque, si te soy sincero, estos roedores del diablo podrían competir con ellos en tamaño. ¿Las gachas? ¡Puaj! Ni un marrano comería esas malditas gachas, así, a palo seco, y sin siquiera un rastrero *Satisfacciones Básicas* para sazonarlas...

Solarza compartía su opinión. Había aprendido eso, además de otras muchas cosas, durante las cuatro semanas que llevaba dando tumbos por aquella ciudad de leprosos. En los primeros días el hambre le había llevado en ocasiones a internarse en los módulos para darse un atracón de gachas públicas, pero pronto constató que hacerlo no era seguro. Incluso en los habitáculos cerrados y operativos a los que accedía trepando por las ventanas, las gachas tenían el mismo aspecto insano y le provocaban los mismos retorcijones. Además, aunque su filtro no funcionaba, parecía seguir siendo detectable por los lectores de los módulos. En una ocasión, el habitáculo lo había reconocido como fugitivo y un altavoz lo había conminado a quedarse donde estaba hasta que llegara la policía. No lo hizo, naturalmente. Arrancó el retrete del suelo y lo arrojó contra la puerta hasta que consiguió derribarla y escapar por piernas, perdiéndose entre las calles y las ruinas.

Las ratas eran un manjar mucho más nutritivo. Después de varios días comiéndolas el estómago dejó de dolerle, sobre todo cuando comprobó que reducía el riesgo de intoxicación si las asaba hasta casi carbonizarlas. Robó un mechero de una tienda ruinosa donde un sonriente anticuario -probablemente un *Placeres Sencillos 2.0*- con la cara cubierta de granos de viruela ofrecía sus mugrientos artículos con la expresión de quien te ofrece ambrosía. Robó también un cuchillo de hoja mellada en otro comercio igualmente lastimoso, así como las mejores botas que pudo encontrar: un excedente de la guerra cuyas suelas tuvo que reforzar con trozos de neumático. Hacía días que las ratas no le mordían; la fiebre había remitido y caminaba casi sin cojear.

En parte, estaba orgulloso de la forma en que había sabido adaptarse a sus nuevas circunstancias. Poseía ropa, calzado, un cuchillo, encendía fuego y cazaba su propio alimento. Había encontrado refugios seguros entre las ruinas de los módulos derruidos -¡estilo iconoclasta, ja! -, y remansos de agua de lluvia que, pese a estar infestada de mosquitos, resultaba, hervida, bastante más saludable que la que dispensaban los grifos de los módulos y las fuentes públicas de las calles. Tras haber observado con asco el color turbio y amarillento de ese agua con la que tantas veces se había duchado y gargarizado, no le extrañaba el elevado

índice de mortandad. El cólera, el paludismo y el tifus tenían que estar haciendo estragos entre la población.

Había algo contradictorio en su nueva visión del mundo. Diariamente veía a los conectados atravesar la devastación con su aire de domingueros felices, y no podía evitar sentirse un poco superior a ellos. Se movían sonrientes, envueltos en harapos, desdentados y tiñosos, pero felices. Los peligros y las trampas de la ciudad eran muchos; no sólo las ratas, también había perros rabiosos, socavones, continuos derrumbes, electrocuciones, por no hablar de los asaltos, robos y violaciones que los desconectados más estúpidos -aquellos que ignoraban estar siendo grabados por el filtro de su víctima- perpetraban sobre los ciudadanos honestos. Pero ellos ignoraban el peligro, y eso mismo parecía protegerlos con un aura de extraña invulnerabilidad. Sin miedo, sin precaución, los peligros rozaban contra su carne y dejaban impresa en ella una huella visible. No obstante, nada parecía capaz de mancillar su alma ni empañar su sonrisa.

Y ahí estaba precisamente la contradicción. Ahora, Solarza se tenía por todo un hombre, un lobo solitario, un macho recolector y un superviviente de la hostia. Sabía mucho más que la mayoría de la gente, y estaba mucho más capacitado para enfrentarse a sus nuevos conocimientos. Sin embargo, Marcos Solarza renunciaría a todo ello por la posibilidad de volver a usar su filtro y reintegrarse al rebaño de los risueños.

No conocía otra vida que mereciera la pena ser vivida. Estaba decidido a volver, y no se detendría ante nada para lograrlo. El problema, claro está, era el modo. Aunque pudiera volver a activar su filtro ilegalmente, los *mortecinos* lo detectarían en cuanto accediera a cualquier módulo o contratara un servicio. Quizá lo darían de nuevo de baja; quizá aprovecharían para acercarse a él sin ser vistos y darle matarile; en ambos casos lo tenía crudo. Necesitaba una nueva identidad y un nuevo código. Tenía que liberar su filtro y conseguir créditos para contratar nuevos servicios, y sólo conocía a una persona fuera de *Sensolux* con la experiencia necesaria para ello y que, además, estuviera dispuesto a ayudarlo.

Víctor Glodín podía hacerlo. Víctor era capaz de eso y de mucho más. Mientras trabajó como neurólogo y programador en *Sensolux*, el muy cabroncete había robado códigos de clientes acomodados para acceder a sus servicios, y si no fuera porque Solarza, entonces asistente técnico, borró sus huellas eliminando decenas de expedientes de incidencia, seguramente ya sería un cadáver baleado en un callejón, en lugar de salir del bache con un simple despido por sospechas y una recomendación laboral negativa. Así pues, Víctor le debía

la vida y estaba moralmente obligado a ayudarlo. El problema era que Solarza no sabía dónde encontrar a Víctor ni como contactar con él. Conocía su código de contacto remoto, por supuesto, pero de poco le servía sin el filtro operativo. Necesitaba desesperadamente activarlo, aunque fuera por unos pocos segundos, el tiempo estrictamente necesario para hacer una llamada y averiguar el paradero de su amigo.

Su primera opción fue la pura mendicidad. Se acercaba humildemente a cualquiera de aquellos transeúntes risueños, les explicaba que su filtro se había averiado y les rogaba que hicieran una llamada en su nombre. Programado para ignorar o distorsionar las palabras de los desconectados –cuyas versiones podían empañar o comprometer el disfrute de los distintos paquetes- el filtro los protegía de todo lo feo y todo lo desagradable, tomaba las patéticas palabras de Solarza y las transformaba en algo distinto: un “buenos días”, un “hace una tarde deliciosa” o quizá un piropo. Incluso los más corteses, los que no le daban la espalda al reconocerlo como desconectado, se limitaban a sonreír cordialmente, inclinar la cabeza y seguir su camino. Era como si hablaran idiomas distintos. O, aun peor, como si ni siquiera hubieran nacido en el mismo planeta.

Se planteó también la posibilidad de volver a *Sensolux* y preguntar a cualquiera de los viejos compañeros si seguía teniendo relación con Glodín. Pero no se decidía a hacerlo. Por si la presencia del delator Roncal no fuera suficiente, el recuerdo de los *mortecinos* - especialmente del chulesco Hugo- y del horror asociado a su encuentro con ellos, era demasiado paralizante, y había muchas probabilidades de que estuvieran esperándolo en la sede de *Sensolux*. Quizá su existencia actual no fuera muy cómoda ni agradable, pero Solarza ya no veía tan claro lo de morir como un perro. Decidió que *Sensolux* sería su último recurso. Antes que ponerse a tiro de los *mortecinos*, correría por las calles agitando una bandera y gritando el nombre de Víctor.

Ahora, al constatar que había tenido la solución al alcance de su mano durante todo el tiempo, se lo llevaban los demonios. El viejo lo dijo. Sólo sabía hablar de comida, el muy tragaldabas pero, aun así, se las arregló para decírselo. Se hurgó los dientes con una ramita para extraer los pingajos de rata y lo dijo:

- No te lo creerás -presumió-, pero el otro día tuve una suerte loca en las Loterías de Placer. Había llevado una de esas insípidas tortas de raíces que preparan en las favelas del río y, cuando sentí que mi filtro se activaba, la engullí de un solo mordisco. Debí de recibir la señal de al menos un *Bonanza Económica 12.0*, porque la torta me supo a foie-grass del

bueno. Foie-grass trufado, nada menos... Todavía se me hace la boca agua al recordarlo.

- ¿De qué narices estás hablando, abuelo?

- ¿Es que no me escuchas? Las Loterías de Placer, hombre... O quizá tú lo llames La Ruleta de los Sueños, El Baile de los Mendigos... Donde uno, si tiene suerte, puede volver a cabalgar a lomos del delirio...

Un segundo después, Solarza había derribado al viejo sobre un montón de escombros y lo amenazaba con el espetón para que desembuchara sin rodeos.

- Es el filtro, zopenco -siseó el viejo-. Está desconectado, pero sigue siendo un aparato repleto de nanocircuitos y rodeado por toda esa preciosa electricidad que produce tu cerebro en forma de impulsos nerviosos. No es fácil, pero puede funcionar si tienes mucha, mucha suerte en la lotería.

Le explicó que había lugares más idóneos para el contacto, especialmente en el área de conflicto de dos o más repetidores, y sobre todo si uno de ellos estaba averiado o funcionaba imperfectamente, ya fuera por descuido o por el impacto de un rayo. Las posibilidades aumentaban si se juntaban muchas personas, aunando la energía estática de sus filtros inertes para producir un efecto de antena. Pero lo más importante era la energía emocional. La aceleración del metabolismo, la excitación, cualquier tipo de emoción desenfrenada que convirtiera tu cerebro en un pequeño generador eléctrico podía facilitar que el filtro se activara y, aunque débil y entrecortada, recibiera algún tipo de señal. Podían pasar horas, incluso días, hasta que te tocara la china, y no existía ninguna garantía de ser uno de los afortunados, pero pasaba y, cuando pasaba, merecía mil veces el esfuerzo.

- También hay que hacer un poco el subnormal -añadió el viejo-. Moverse mucho, tocarse, hacer piruetas. Tú eres demasiado joven para recordarlo pero, salvando las distancias, mi generación hacía cosas parecidas con los receptores. Movíamos la radio para obtener una mejor señal, la orientábamos hacia distintos puntos o retorcíamos la antena. A veces, bastaba con darle una buena hostia a la televisión para que volviera a funcionar.

La comparación del viejo no pudo ser más acertada, pues lo primero que hizo Solarza al día siguiente fue recibir una hostia. El hombre que le había golpeado era uno de los más fornidos entre la multitud que comenzaba a congregarse en la intersección. Seguramente era un “devorador de cadáveres” pues nadie engordaba tanto comiendo sólo ratas. Tenía los brazos gruesos como perniles y todo el cuerpo cubierto de un espeso vello costroso.

Solarza recibió el impacto del puño por sorpresa, y cayó al suelo boca arriba. Desde su

posición, veía perfectamente sobre el tejado del módulo más cercano aquel repetidor tan especial que le había llamado la atención mientras acudía en busca de Isabel. Ya no era un capitel de jade o amatista, sino una simple antena oxidada, maltratada por la intemperie y ennegrecida por lo que parecía el impacto de un rayo. Algunos de sus cables estaban pelados y despedían nubes de chispas, y eso era lo que *Patrón Confort* le había mostrado a Solarza como una neblina de colores cambiantes.

- No te lo tomez como algo pezzonal -dijo el hombretón, al que le faltaban todos los dientes delanteros-. Pero ez que ze ve a da degua que edez nuevo en el baile. Los nuevoz venizs ziempre acojonaditos, y acojonadoz un poco máz beneficia el negocio. Oz convierte en recedtodez de primeda cacidad.

Nadie prestaba especial atención a la escena ni acudía en ayuda de Solarza. De hecho, había al menos dos focos más de contienda entre la multitud: dos mujeres se atizaban mutuos sopapos con la mano abierta y sin reparar en fuerzas, y vio también a un alfeñique de apenas metro y medio estrellando repetidamente la cabeza de un hombre que le doblaba en corpulencia contra una farola, mientras éste aullaba, reía y recitaba fragmentos de poemas. Una mujer en cuclillas se autolesionaba los antebrazos con una astilla y otra parecía estar royéndose sus propios dedos. Pero la mayoría de los presentes no eran tan radicales en sus demostraciones. Algunos cantaban, bailaban o giraban a toda velocidad cogidos de la mano. Había ya dos parejas copulando, con un corro de mirones alrededor que se masturbaban furiosamente. Y todos, todos se tocaban sin parar y de la manera más absurda y cómica imaginable, buscando esa configuración mágica de carne y máquina que convertiría sus cuerpos en una antena y les permitiría volver a gozar de las delicias del espejismo.

- Vete a tomar por culo, macaco -protestó Solarza, intentando levantarse.

- Coño, padece que no te azustaz tan fácilmente -el hombretón se llevó la mano a la hirsuta entrepierna, la deslizó bajo el taparrabos que llevaba y comenzó a sacudírsela con violencia-. Pero, mida tú, me acabaz de dad una idea. Tengo aquí una pedadilla que te va a poned a mil. Oh,zsí. Te voy a convedtid en un eccelente prolongadod para mi antenita, jo, jo, jo...

En menos que canta un gallo, Solarza se vio levantado en el aire, volteado y arrojado de bruces contra el suelo. El gorila se lo echó encima resoplando, y sus zarpas comenzaron a hurgar en sus pantalones, intentado bajárselos de un tirón.

- No te resistaz, gapa... -resollaba, regando la oreja de Solarza con una granizada de

babas-. Tú vaz a zer mi billete de la suedte, juju, me conducidáz al padaízo, nena... Jajajaj, pero el premio goddo te lo llevadáz tú.

Aterrado, Solarza se revolvió. No había ido hasta allí para que lo sodomizara aquel bujarrón piojoso y ceceante, claro que no. Estiró la pierna hacia atrás y la flexionó como un resorte buscando con su talón los testículos de su violador, al tiempo que alzaba la cabeza bruscamente con intención de partirle las narices.

Tuvo suerte. El gorila se le quitó de encima con la nariz manando un torrente de sangre y se llevó las manos a la entrepierna. Quedó en el suelo retorciéndose de dolor, aullando y riendo:

- ¡Fenómeno, fenómeno! -gritaba-. Ya lo vaz cogiendo, zí, zeñod. Sigue pegándome, pégame fuerte, machote... ¡Hazme daño, sí! ¡Zoy tu zorra, jajajaj!

Solarza se levantó, pero apenas tuvo tiempo de recobrase del ataque. Todavía no había recuperado el aliento cuando alguien le abrazó fuertemente y le dio un intenso beso en los labios. Se separó, asqueado. Se trataba de una joven con el cabello cortado al rape, los dientes grisáceos y profundas ojeras negras. Estaba desnuda y extremadamente delgada; sus codos y rodillas eran como los nudos de una rama, y las castillas se le marcaban a través de la piel. Pero su expresión era amistosa, y sus ojos brillaban con destellos de un éxtasis supremo.

- No hagas caso de esos animales -le dijo-. No entienden el baile de los mendigos.

Solarza no dijo nada. Se ajustó los pantalones en la cintura y miró a la chica con interés. No estaba tan mal, después de todo, y comportarse como un principiante timorato no facilitaría las cosas. Si participar de aquella locura era lo único que podía ponerle en contacto con Víctor, prefería mil veces que fuera ella quien le ayudara antes que el fétido *maztodonte*.

- Me llamo Violeta -dijo ella-. Ven. Únete a nosotros.

Lo tomó de la mano y lo condujo junto a uno de los corros de personas que cantaban y bailaban. Le costó relajarse al principio. Movía los labios siguiendo la melodía de los cánticos y balanceaba rígidamente los pies imitando el movimiento de los bailarines, pero su cabeza estaba en otra parte y no sentía ninguna emoción. Violeta nunca estaba muy lejos de él, zarandeándolo, encaramándose a su espalda, metiéndole la lengua en la oreja o jugueteando con su entrepierna.

- Tienes que relajarte -le susurró en una ocasión-. Déjate llevar. ¿No lo sabes? Si te dejas llevar todo da lo mismo. No importa que te toque o no la lotería. Si te dejas llevar no necesitas el filtro. La felicidad descende sobre ti de todos modos y te hace estallar de júbilo.

“Y un huevo que no necesito el filtro, niña” -pensó Solarza-. “He venido aquí para eso, no para participar en un estúpido carnaval”.

Sin embargo, escuchó a la muchacha e hizo un esfuerzo por relajarse. Poco a poco, el ritmo de la melodía fue penetrando en su cuerpo. Era en realidad una estridente cacofonía de canciones inconexas, viejos éxitos del rock, sintonías de series de televisión más antiguas que Solarza, tonadas populares, oraciones religiosas o simples aullidos. Pero lo importante era la nota común que vibraba en todas aquellas voces. Solarza la conocía muy bien, pues la había buscado con avidez en las voces de miles y miles de clientes a lo largo de su carrera, y la reconoció sin problemas. Era su criatura, la criatura que había aprendido a engendrar, moldear y cultivar en la cabeza de la gente. Era ilusión, ilusión pura y desnuda, sin esperanza ni objeto concreto, pero tan intensa que casi podía tocarse. Era la ilusión más destilada que había percibido en toda su vida.

Comenzó a llover. Caía la misma lluvia negra y aceitosa que anegaba la ciudad día sí, día no, pero a nadie le importaba. Acrobacias de payaso, pantomimas, juegos de niños; la gente reía, lloraba y chillaba mientras la lluvia pegoteaba sus lacios cabellos sobre las cabezas sarnosas. De vez en cuando, alguien caía de rodillas y, babeando, vociferaba: “me ha tocado, me ha tocado, qué delicia”. El dedo ciego de la fortuna rozaba un alma aquí y otra allá, pero nadie se detenía por ello. Solarza se dejó llevar. Bailó, saltó, gritó e hizo piruetas de demente. Abrazó y se dejó abrazar, se encaramó sobre espaldas, palmeó cabezas y mejillas, estrechó manos y azotó traseros. Ya no percibía la fetidez de aquellos cuerpos, ni sus llagas purulentas, ni sus bocas desdentadas ni su desesperada locura. La ilusión fluía por sus venas como un torrente, le erizaba los pelos y nublaba su razón.

“Así que era esto” -pensó- “Aquí estaba la fuente”.

Pronto, todos estaban sin ropa y se revolcaban por el suelo. Solarza se encontró hecho un ovillo con Violeta; rodó con ella sobre otros cuerpos, la besó con ansia, la lamió y, cuando la penetró, la abrazaba tan fuerte que sus huesos crujieron. El frenesí de la orgía lo dominaba, pero sólo era una parte de esa extraña lucidez que había adquirido, que todavía estaba adquiriendo, en el baile de los mendigos. Sabía que estaba en trance, sabía que estaba poseído y extasiado y que no razonaba con claridad, pero el pensamiento no abandonaba su cabeza. Había un largo camino entre el uno y el dieciocho, pero ninguna de las etapas importaba. Lo importante era el camino en sí, y no había nada en ese camino que no estuviera también allí, en aquel montón de esqueletos que gemían, se convulsionaban y aullaban, sólo que allí era

más puro, más intenso y más descarnado que en cualquier otro lugar o delirio del mundo. Solarza saboreó la ilusión, la devoró a mordiscos y se sació de ella. Cuando se corrió dentro de Violeta, la ilusión estalló en su espina dorsal y en su cerebro como fuegos artificiales. Allí, tan concentrada como pudiera desear, vivía su criatura. Ya no necesitaba el filtro. No necesitaba a Víctor Glodín, ni a *Sensolux* ni ningún estúpido paquete de servicios. Los gobiernos podían jugar su juego de ambiciones y agitar sus rollizas zanahorias porque, en realidad, no tenían nada que ofrecerle. Marcos Solarza ya no quería ir a ningún lado. Marcos Solarza estaba en casa.

Se despertó agotado pero satisfecho, con una reconfortante sensación de paz cosquilleando todo su ser. Estaba tendido junto a un grupo de personas exhaustas que se daban mutuo calor con sus cuerpos. Era noche cerrada y hacía frío pero, al menos, la lluvia había cesado antes del anochecer. Algo más lejos ardía una hoguera alrededor de la cual bailaban y fornicaban todavía algunos celebrantes incapaces de admitir que la lotería había terminado y que la fortuna, como al propio Solarza, no les había sonreído. Sus sombras alargadas y deformes, multiplicadas por el resplandor mortecino de las farolas, se retorcían a ritmo agónico sobre los cuerpos de los durmientes.

Violeta yacía junto a él, con el brazo apoyado lánguidamente sobre su pecho. Solarza sonrió al verla y reacomodó su propio brazo, que hormigueaba presionado por la cabeza de la joven. Habían hecho el amor muchas veces, solos o en compañía de otros. Pero también habían bailado, jugado y peleado. Habían vivido varias vidas juntos en una acelerada *performance* construida con gestos y sonidos animales, pero ninguno de los dos se había visto agraciado con una conexión, siquiera accidental o momentánea. No importaba. Si en ese mismo momento alguien hubiera preguntado a Solarza si amaba a aquella desconocida, probablemente habría contestado que sí.

Se sentía bien. Ya no experimentaba la misma euforia ni la misma lucidez que durante el clímax de la fiesta. Ya no se sentía el gurú de un nuevo culto ni creía poseer las respuestas para todo. El espíritu de la ilusión le había abandonado, sí, pero no sin depositar en él un poso de esperanza. ¿Por qué no? Quizá, con paciencia y esfuerzo, se pudiera aprender a vivir en aquel mundo. Quizá todo fuera cosa de poner un poco de su parte, organizarse y empezar a

construir. La vida no tenía por qué acabarse con la muerte de *Patrón Confort*. Imaginó una casita de troncos, un molino en un albañal, quizá una hamaca trenzada con cables donde balancearse mientras comía una brocheta de pechugas de rata. Sonrió de nuevo. ¿Cómo se etiquetaría la ampliación que contuviera tales esperanzas? ¿*Motilón 0.0*? El pensamiento le hizo sentirse un poco tonto, y se rió de sí mismo, entre dientes pero con sincera diversión. Hay que ver. Le daban a uno un cuchillito y ya se creía el condenado Tarzán.

“No hay duda de que esto es potente” -pensó-. “Podría perfectamente convertirse en el germen de una nueva religión”.

Se estiró, cuidando de no despertar a la chica, y disfrutó del placentero crujido de sus articulaciones. No pudo evitar que la situación le trajera el recuerdo de Isabel. Hacía días que no pensaba en ella. La sensación de culpabilidad era demasiado dolorosa; ya fuera por acción u omisión se sentía responsable de su muerte, y ya tenía bastantes problemas como para atormentarse encima con dilemas morales. Sin embargo, ahora se sentía fuerte, se sentía bien, y el recuerdo acudió con naturalidad. De repente, le vino a la cabeza la última noche que pasó con ella antes de la de su muerte. Había sido una velada muy intensa, en la que follaron como nunca y se dijeron cosas que jamás pensaron decirse. Estaban abrazados después de hacer el amor, e Isabel se había quedado mirándole pensativa, con una extraña expresión en la cara.

- ¿Qué distancia hay entre la desgracia y la felicidad? -había preguntado ella de improviso. Solarza vio que su mirada era indiscutiblemente feliz, y no dudó de que Isabel jugaba con ventaja, pues conocía a la perfección la respuesta de su acertijo.

Solarza contestó apenas sin pensar:

- Dieciocho pasos, por supuesto -dijo con una sonrisa pícaro.

Isabel no quedó muy satisfecha y, en su día, Solarza pensó que era por eso que ya no quiso dormir con él tras su siguiente cita. Pero no era así; ahora lo comprendía. Ahora estaba seguro de poder darle a Isabel la respuesta correcta a su pregunta.

“También podría dársela a Rebeca, fuera como fuera que esa bruja de *Esfinge* conocía nuestra conversación”.

Justo en ese momento, el repetidor del tejado despidió una lluvia de chispas especialmente aparatosa. Un olor de flores de azahar inundó sus fosas nasales, y el cielo parpadeó con destellos púrpura. Solarza se sobresaltó. De improviso, Violeta se había transformado en una jovencita de mejillas sonrosadas que encogía con sensualidad su cuerpo de animadora sobre un lecho de porcelana. ¡*Patrón Confort*, a ti te alabamos! Era el filtro,

tenía que ser el filtro activado milagrosamente por una combinación afortunada de cuerpos, nanocircuitos y emociones. A esto se refería el viejo cuando habló de casualidad, cuando aseguró que era imposible predecir en qué momento te tocaría la señal, que era imposible dar con un truco infalible. La señal, simplemente, acudía cuando quería y se iba con la misma facilidad.

Un segundo después, antes siquiera de que se planteara si quería o no llamar Víctor Glodín, un zumbido estremeció su cerebro y las palabras comenzaron a titilar en su retina. Marcos Solarza tenía un mensaje, un condenado mensaje en su condenado buzón.

Termidor, Rebeca. Código de contacto 000006994/W. ¿Acepta?

“No” -pensó.

- Sí, acepto -dijo.

La misma voz fría como el hielo, el tono impersonal de una operadora grabando un mensaje repetitivo que anuncia un desastre cotidiano. *Esfinge*.

- Operador Marcos Solarza -dijo *Esfinge*-. Hay una incidencia técnica esperándole en la línea cuatro. Código de error 318. El resto de operadores están ocupados. Encárguese usted.

Eso fue todo. El contacto se interrumpió y el filtro de Solarza volvió a quedar silencioso y muerto. Eso fue todo pero fue suficiente.

“Hija de puta, hija de puta, hija de puta”.

No podía dejarlo en paz, ¿verdad? No podía simplemente dejarle vivir su vida de troglodita, su nueva vida de motilón. Código de error 318, por supuesto que sí. Sólo con esos tres dígitos, Solarza acababa de comprender muchas cosas. Comprendió que él no había matado a Isabel Marquina porque estaba viva y con su traquea intacta cuando se separó de ella con su polla goteando. Supo también quién era el verdadero asesino. Y asumió que no podía dejarlo correr. Recreó en su mente la sorpresa, el terror y la agonía de Isabel y supo que no tenía elección. Violeta, su nueva vida, la casita de troncos, el molino y la hamaca: todo ello tendría que esperar. La ilusión había arraigado de nuevo en el corazón de Marcos Solarza, pero esta vez era negra y ardiente como las brasas del infierno porque era la venganza quien la invocaba.

Tardó mucho tiempo en conseguirlo de nuevo. Comió ratas, durmió, se fortaleció, pero ni un solo día desde que florecieran sus sospechas dejó de acudir a las lotería del placer. Víctor Glodín seguía siendo la clave. Necesitaba contactar con él, necesitaba encontrarlo y servirse de sus habilidades para probar que su teoría era correcta. Con medio minuto de filtro bastaría para que Glodín le confiara su paradero, pero Solarza, olvidado por la fortuna, tuvo que comprar ese medio minuto al precio de un mes, dos semanas y seis días.

Había otros muchos puntos de reunión para los desposeídos. Solarza los recorrió todos, pero nunca más volvió a la intersección de la antena flamígera. Ya no era la misma persona que había reído, jugado y bailado como un niño al calor de las llamas y de la mano de Violeta. El baile de los mendigos ya no le transmitió nunca más su energía, y todo lo que llenaba el corazón de Solarza era el anhelo salvaje de la lotería. Lo más probable es que Violeta lo hubiera olvidado al amanecer, que sólo fuera para ella uno de tantos compañeros de orgía que podían ayudarla a ascender al nirvana, pero, de todos modos, Solarza no quería volver a encontrarla. Tenía miedo de que la joven despreciara a la persona en que se había convertido.

No, no estaba orgulloso del modo en que ahora invocaba las bendiciones de la fortuna. Lo intentó por las buenas, pero la fiera que rugía en su interior estaba impaciente y sedienta de sangre. Se volvió un hombre violento. La agresividad y la ira, estimuladas por el recuerdo de Isabel, eran las emociones que más fácilmente sabía excitar e, impelido por sus prisas, abusó de ellas y las exprimió sin escrúpulos. Buscaba camorra casi en cuanto llegaba a las intersecciones, y lo hacía sin reparar en el tamaño de su oponente ni en lo desesperado que pareciera. Peleaba a puñetazos, a patadas, a mordiscos; arañaba y estrangulaba. A menudo, se enfrentaba a pandillas enteras, confiando en que la vorágine de un combate desigual estimulara con mayor rapidez la recarga momentánea del filtro. Recibió algunas buenas palizas e incluso una cuchillada en la cadera. Pero muy raras veces perdía una pelea porque casi nadie estaba tan loco ni llegaba tan lejos como él. No le importaban el dolor, ni las heridas ni la humillación. Cargaba una y otra vez contra enemigos inmensos y no se detenía hasta que los derrotaba, los hacía huir o quedaba sin sentido por los golpes.

Pronto empezó a percibir que no era bien recibido en las congregaciones. Le llamaban perro rabioso, matón, asesino. Los cánticos y los bailes cesaban cuando él aparecía. En tres ocasiones, fue recibido por una lluvia de pedradas y tuvo que buscar nuevos enclaves donde

ofrecer su sangre a la fortuna. Se convirtió en un adicto al juego, en una sanguijuela de la adrenalina. Observar cómo alguien que no era él resultaba agraciado le producía una frustración tan intensa que se volvía todavía más violento. Y si ese alguien era su rival en el combate, como ocurrió en alguna ocasión, le propinaba tal paliza que, al regresar de su fugaz ensueño, el desgraciado acababa lamentando haber sido uno de los afortunados de la noche.

Más tarde, mientras se lavaba y curaba las heridas, pensaba a menudo en Rebeca Termidor. Tenía claro lo más importante de la historia -al menos razonablemente claro, a falta de la confirmación de Glodín- pero el papel que había jugado *Esfinge* se le escapaba. Ignoraba si había querido ayudarlo o perjudicarlo, los motivos que la impulsaron y los medios de los que se había servido para ello. Pasado el primer mes de intentos infructuosos, se planteó seriamente volver a *Sensolux*, irrumpir en el ascensor número cuatro e interrogarla sobre aquellas cuestiones. Aunque no lograra averiguar nada, quizá podría al menos obligarla a buscar a Víctor en su nombre. Estuvo a punto de realizar su proyecto; de hecho, llegó a la misma puerta del vestíbulo empuñando el cuchillo oculto bajo los harapos. Pero, en el último momento, lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos. Ya tenía demasiado respeto a *Esfinge* antes de que todo empezara pero, ahora, el respeto se había convertido en recelo. Si las intenciones de Termidor habían sido malvadas desde el principio, enfrentarse a ella podía resultar fatal y poner en peligro la venganza.

Finalmente lo consiguió, aunque no fue de la manera esperada. Había acudido a uno de los enclaves menos concurridos de los afueras, uno que jamás había visitado porque, como todos los enclaves marginales, tenía fama de ser tacaño con sus premios. La intensidad de la señal era baja en los suburbios; allí los repetidores estaban menos apiñados y en mejor estado, al igual que los módulos, pues eran zonas menospreciadas por los ciudadanos que seguían viviendo su ilusión de competitividad y presunción. Solarza apenas acababa de llegar y buscaba un rival digno de durarle un par de asaltos cuando vio a la mujer.

Era novata, eso estaba claro. Se notaba en la pusilanimidad de sus movimientos, en el pánico impreso en sus ojos y en su aire de desorientación. Tenía las caderas anchas y la espalda un poco encorvada, pero no era fea, y seguía conservando ese aire de coquetería propio de quien no hace mucho se ha visto y sentido atractiva. ¿Cuánto haría que había perdido su filtro? ¿Uno, dos días? ¿Conocería siquiera el objetivo de aquellas reuniones? No, seguramente se había acercado sólo para implorar por algo de comida.

Loz nuevoz ziempre veniz acojonaditoz, y acojonadoz un poco maz beneficia el

negoccio...

Solarza estaba rabioso, cansado y muy, muy frustrado. Era el jugador de póquer que contempla su exiguu resto y se plantea empezar a hacer trampas. Era el pugilista que esconde una navaja bajo su calzón.

- Has venido al lugar equivocado, puta -dijo plantándose frente a ella.

Algunos lo oyeron pero nadie intervino. No había reglas definidas en el juego de las invocaciones.

- ¿Disculpe? -dijo la mujer, y su tono seguía siendo el de la urbanita cuyo mayor conflicto en la vida ha sido una discusión por el aparcamiento.

Solarza la abofeteó con el dorso de la mano. No fue un golpe muy fuerte, pero bastó para derribarla. Gimió y trató de arrastrarse lejos de él, pero Solarza apoyó un pie sobre sus riñones y la estampó contra el suelo. Se desabrochó los pantalones y se agarró la polla. No estaba dura todavía, pero eso era lo de menos, porque ella no lo sabía.

- No, por favor, no...

Se arrojó sobre ella con todo su peso y le lamió la nuca. Sabía a sudor, a grasa y a miedo. La agarró del pelo y la obligó a levantar la cabeza, mientras empezaba a restregar la pelvis contra sus nalgas. Se sentía impotente y frustrado; no podía soportarlo por más tiempo. Necesitaba algo, cualquier cosa que le hiciera sentirse capaz, sentirse poderoso; algo que le ofreciera un simulacro de control sobre su vida. Aquel mundo le había arrebatado todo: sus sueños, sus ambiciones, la esperanza de mejorar. Ya nadie reconocería sus meritos, ya jamás podría ser alguien importante. Tiró con fuerza del pelo de la mujer y la obligó a levantar las nalgas. Ahora sí que la tenía dura, tan dura que le dolía. Los harapos de ella no constituían un verdadero impedimento, pero los arrancó de todos modos con un violento tirón que dejó marcas rojas en los muslos de la chica.

- Te voy a dar por el culo, puta -siseó-, te voy a joder tan duro que gritarás de dolor y de gusto. Sangrarás, sangrarás y te dolerá, pero me pedirás más... Me... Me...

Mierda. Aquella no era su verdadera voz, pero le sonó tan familiar que tuvo que detenerse. Su erección cayó como una flor marchita, y aflojó la presa sobre su víctima, que aprovechó para escurrirse bajo su cuerpo y salir corriendo, mientras chillaba aterrorizada. Solarza quedó allí, de rodillas, los pantalones en las corvas, con cara de profundo estupor y sintiendo cómo toda su ira se difuminaba entre estremecimientos de pasiones mucho más intensas. Esa nota en su voz, esa nota de ilusión negra y depravada, le resultaba tan familiar...

“Así que fue por esto” -pensó cuando lo comprendió-. “Fue por esto que lo hizo”.

Se sentó, vacío de ira por primera vez en mucho tiempo. Comprenderlo no lo hacía menos odioso, pero sí menos extraño, menos alienígena. También a su enemigo le habían arrebatado todo; su vida, el reconocimiento, el futuro y la esperanza. Había nacido en un mundo sin opciones ni sueños, encadenado a un deber decadente del que no cabía esperar sino decepción. Lo mataría por lo que había hecho, pero lo mataría sin ira. No sería un perro rabioso sino un justiciero; quizá una especie de cirujano.

Y entonces ocurrió. El olor a azahar, destellos ámbar en el cielo. La llamada de Rebeca:

Termidor, Rebeca. Código de contacto 000006994/W. ¿Acepta?

No tenía tiempo para *Esfinge*. Ahora sería él quien hiciera las preguntas.

- No.

No hizo falta ni medio minuto. Víctor Glodín respondió en tres segundos, se hizo cargo de la situación en cuatro y le dio su dirección en menos de dos. Glodín no se andaba con rodeos ni acertijos; siempre había sido un tipo inteligente.

Se habría dado de cabezazos contra la pared si no la tuviera ya tan dolorida y tumefacta a fuerza de pelearse con mastodontes. Era exactamente el mismo habitáculo, en el mismo módulo donde Solarza lo había visitado poco después de su despido para echarse flores por su ayuda y empezar a agobiarlo con peticiones de clientes. ¿Quién iba a imaginarlo? ¿Quién iba a imaginar que, en un mundo de nomadismo vecinal, alguien se encariñara lo suficiente de un espacio para querer hacerlo definitivamente suyo?

“Habría podido ahorrarme estos dos meses y la maldita lotería” -pensó, irritado consigo mismo, mientras subía por las deterioradas escaleras- “Por no hablar de un buen saco de hostias”.

El habitáculo de Glodín parecía una ventana abierta al pasado, una burbuja de *Patrón Confort* flotando en mitad de la devastación. Desde su última visita, Glodín lo había limpiado a conciencia, panelado las paredes y completado el mobiliario con elementos de reciente adquisición. La cama exhibía un juego de sábanas de seda genuina; había también un elegante butacón tapizado en cuero y, sobre la encimera, Solarza vio alineadas entre bidones de agua

embotellada no menos de cincuenta latas de conserva que incluían gollerías como las peras al vino, la ternera guisada o el melocotón en almíbar. Toda una esquina de la estancia estaba monopolizada por un escritorio enorme sobre el que Glodín había instalado un viejo ordenador personal de los que ya se sólo se usaban en las administraciones públicas. Solarza comprobó que su amigo lo tenía conectado por una maraña de finísimos cables a un artilugio fusiforme que reconoció por las ilustraciones que enseñaban en los cursillos: un filtro, un filtro extraído de un cerebro humano y reducido a las funciones de un módem inalámbrico.

Solarza entró casi de puntillas, temeroso de mancillar aquel santuario con su sola presencia. Su estómago rugió a la vista de las latas, y la boca se le llenó de saliva.

- Tienes un aspecto repulsivo -dijo Glodín.

Víctor estaba gordo. Llevaba puesto un pijama de satén con la chaqueta abierta, que dejaba ver un estómago prominente y blancuzco. También se había quedado calvo, o quizá se había rapado para combatir los piojos; el cráneo brillante y las mejillas bulbosas y lampiñas le daban el aspecto de un buda ojeroso e indolente. A los ojos de Solarza, habituados a ver cuerpos extraídos de Treblinka, Glodín parecía simplemente un ser de otro planeta.

Terneronia. Melocotonia. Se forzó a apartar la vista de las latas.

- Y tú pareces haberte comido todo lo que a mí me falta -replicó.

- Ni con un paladar *Luxus Plus* te hincaría el diente -la risa de Glodín era nerviosa-.

Tienes pinta de que tu fecha de caducidad sea ya un evento histórico.

Solarza sonrió con su boca desdentada. De modo que Víctor había desconectado su filtro. Se preguntó si sería aquél mismo de la mesa, o si las habilidades de Glodín habían llegado al nivel de capacitarle para activar y desactivar los servicios a voluntad. Recorrió una vez más con la vista las peludas alfombras, las cortinas estampadas que rodeaban la mampara del aseo, los estantes de nogal repletos de discos alineados y etiquetados. Se preguntó cómo presentaría *Patrón Comfort* un lugar así; qué podría hacer para mejorarlo. Probablemente nada.

- Lo que tengo que pedirte es algo delicado -dijo-, y ni siquiera sé si podrás conseguirlo. Se trata de acceder a la base de datos de los *mortecinos* y descargar una grabación que quiero volver a ver con detenimiento. Supongo que las protecciones serán poderosas, pero confiaba en que...

Solarza enmudeció de repente. Acababa de reparar en la pantalla que estaba encendida sobre la mesa. Había una imagen congelada, una imagen que le resultaba tremendamente

familiar. Isabel tendida en la cama después de que él se marchara, con las piernas abiertas y el rostro deformado por la agonía. Pero ahora ya no estaba completamente sola. Glodín había pausado la reproducción justo en el milisegundo en que aparecían aquellas extrañas interferencias que Solarza achacó a los nervios del testigo. Una silueta humanoide se recortaba contra el cuerpo de la chica y, en todo el área que abarcaba su presencia, las sábanas se convertían en andrajos, el colchón en un amasijo de fibras y goma espuma, la carne saludable y turgente en un pellejo cubierto de picaduras y tumefacciones.

Solarza clavó su mirada en Víctor Glodín. Víctor temblaba.

- ¿Cómo, cómo sabías lo que...?

- Eso mismo me preguntaba yo, pero no lo supe hasta hace un minuto.

No había sido Víctor quien había respondido sino Hugo, que salía en ese momento de detrás de la mampara del aseo. Empuñaba su pistola y apuntaba negligentemente a Solarza.

- Me preguntaba qué había de interesante en esta grabación -canturreaba-. Intentaste acceder tantas veces a ella para piratearla... Probaste suerte con distintos nombres y códigos, pero siempre supe que tenías que ser tú... No sé cómo coño lo hiciste, pero... ¿A quién sino a ti podría interesarle?

Los ojos de Solarza se clavaron como puñales en el *mortecino*.

- Tú la mataste. Nos estabas observando, ahí, invisible tras tu inhibidor y, cuando yo me marché, te lanzaste sobre Isabel. La violaste y la mataste, y ella ni siquiera pudo ver la cara de su asesino.

- Violar no es la palabra adecuada. Aunque quieras tirarte a una oveja y el bicho no muestre demasiado entusiasmo, ¿dirías que la has violado? No, te has servido de ella, la has usado. Eso es todo.

Víctor Glodín tuvo la suficiente delicadeza como para adelantarse hasta la pantalla y hacer desaparecer aquella imagen obscena. Luego se volvió hacia Solarza.

- Lo siento -dijo Glodín.

- ¿Por qué, por qué lo hiciste? ¿Qué tenías tú que ver con todo esto?

Víctor se encogió de hombros como un niño.

- Tú lo sabes. Ni siquiera hoy por hoy es tan fácil escapar de la justicia. ¿Crees que basta con borrar unos expedientes de incidencia? Los *mortecinos* siempre conocieron mis manejos. Me chantajearon, me amenazaron con matarme. Pero tuve suerte; necesitaban desesperadamente personal cualificado y he trabajado para ellos desde entonces a cambio de

inmunidad. Lo de la pornografía era sólo una tapadera; en realidad, conseguir listas de clientes es un juego de niños para alguien que esté metido en el ajo.

Hugo avanzó dos pasos y, sin dejar de vigilar a Solarza, empujó a Víctor sobre el butacón.

- Sí, este gordinflón ha trabajado para el cuerpo, pero ha trabajado mucho más para mí. Tú amigo me conseguía grabaciones, ¿sabes? Se saltaba las barreras de la central y pirateaba las grabaciones de seguridad antes de que se borrarán. Películas de video con borregos follando en sus mundos de ensueño. Un porno de primera calidad, sobre todo para quienes, como yo, no podemos acceder a los servicios habituales. Fliparías si pudieras ver lo que ven dos *Luxus* cuando follan. ¡Guau! Es interesante como curiosidad, aunque demasiado gótico y estilizado para mi gusto. Yo me decanto más por el material amateur.

- Pero no te bastaba con mirar, ¿verdad?

Hugo frunció los labios.

- ¿Quién se conformaría con mirar cuando puede hacer otras cosas? De vez en cuando me encaprichaba de alguna ovejita, lo confieso. No era tan guapa sin pasar por el filtro de su amante, claro, pero un coñito es un coñito, y yo sólo tenía que cerrar los ojos y recordar lo que había visto. Jajaja. ¡Te morirías de risa si vieras sus caras cuando las empalaba por sorpresa! ¡La polla fantasma, uuuuhhh!

Solarza hizo una mueca de desprecio.

- Y entonces abrías los ojos, veías lo que te habías follado en realidad, te asqueabas de ti mismo y las matabas.

Hugo pareció escandalizado.

- ¿Qué clase de animal crees que soy? ¡No las mataba a todas, imbécil! Tenía que golpearlas y sacudirlas un poco para distorsionar las grabaciones, y a veces se me iba la mano -una abyecta sonrisa deformó sus labios-. Y, ¿sabes? Con la tontería descubrí que era mucho más sabroso así, aliñado con gritos y unas gotitas de sangre.

Solarza se volvió hacia Víctor, que tenía la cara oculta entre las manos.

- ¿Por qué nosotros, Víctor? ¿Por qué nos entregaste a este animal?

- Oh, no la tomes con tu colega -ronroneó Hugo-. No fue cosa suya. Verás, yo descubrí que aquí, el lorzas, estaba trapicheando con alguien que no era yo. Sólo eran nombres y códigos, listas de clientes, pijadas así. Pero no me gustó. No me gustó que mi compinche tuviera alguien en quien confiara tanto como para hacerle confidencias.

- Tú intentaste ayudarme, Marcos -gimió Víctor-. No sirvió de nada pero lo intentaste. Sólo te devolvía el favor.

Hugo se deslizó hasta el butacón y palmeó varias veces, con desprecio, la cabeza pelada de Víctor.

- Enternecedor. El albóndiga parece todo un caballero, pero bastaron un par de hostias para que me dijera tu nombre y tu código. Empezamos a vigilarte; vimos algunas de vuestras grabaciones. Me encapriché de tu puta, y pensé que podría matar dos pájaros de un tiro: mezclar el trabajo con el placer, por así decirlo. La cosa habría quedado en un escarmiento si Víctor no me hubiera seguido aquella noche y lo hubiera grabado todo con su filtro -las palmadas se hicieron más fuertes-. Incluso se atrevió a poner una denuncia.

Las piezas iban encajando en la cabeza de Solarza. Claro que Isabel se sentía vigilada sin saber por quién. Hugo siempre estuvo allí, observándolos, quizá tan cerca que podía percibirse su presencia invisible. El papanatas de Oscar Roncal nunca tuvo nada que ver; ni los siguió ni hizo la grabación. Seguramente ni siquiera sabía que se acostaban juntos.

- Código de error 318 -musitó Solarza.

- Sí, un irritante gazapo imposible de predecir. Ni siquiera yo sabía que había quedado impreso en la grabación; no la vi con suficiente detenimiento. Por fortuna, tengo mis protectores. Alguien bloqueó la denuncia y la alteró sutilmente. Bastó un simulacro de investigación para incriminarte hasta las cachas. Teníamos un cadáver, un sospechoso y un móvil. Todo salió a pedir de boca. Conseguía un polvete especialmente trepidante y dejaba a mi cómplice sin aliados molestos -chasqueó la lengua-. La pena fue que mi protectora tuviera un corazón tan sensible y decidiera darte una oportunidad de escapar. Hoy pondremos remedio a eso, además de a otras muchas cosas...

De improviso, apoyó el cañón de la pistola en la sien de Víctor y apretó el gatillo. El estampido pareció dibujar una maraña de ondas acústicas en la nube de sangre y sesos que salió despedida del cráneo y salpicó la pantalla del ordenador. Víctor se derrumbó como un fardo.

- Te la debía, payaso -dijo Hugo-. Seguramente me la habrías vuelto a jugar si no hubiera pinchado tus aparatitos para saber si este pellejo contactaba contigo.

Solarza había hecho un amago de lanzarse sobre el *mortecino*, pero Hugo se movió con la velocidad del rayo y el cañón de su pistola volvió a crear una barrera invisible entre los dos.

- ¡Maldito cabrón! -rugió Solarza- ¡No tenías ninguna necesidad de matarlo!

Hugo se encogió de hombros.

- Tampoco tenía necesidad de dejarlo con vida. Ya sé todo lo que me hace falta saber; al menos lo imprescindible para piratear yo mismo las grabaciones. Incluso puedo acceder a los filtros. Ésta será mi guarida ahora. Ya no necesito a la policía; no seguiré atado a una responsabilidad idiota que tiene los días contados. Desde aquí vigilaré mi rebaño. Ya no seré un pastor sino un lobo. Me follaré a quien quiera y mataré a quien se me antoje porque...

La explosión de su cabeza fue como una réplica ingeniosa a la muerte de Víctor. El rostro de Hugo adquirió un mohín de obstinación infantil que casi daba lástima. Luego lo invadió la incredulidad, y con la incredulidad murió. Cayó hacia delante, y su sangre empapó las alfombras.

El tono de la mortecina de pelo gris volvía a sonar a disculpa.

- No lo juzgue con severidad -dijo-. No toda la culpa fue suya.

Avanzó con pasos rígidos desde la puerta, con la pistola todavía humeando en su diestra. Sus ojos estaban enrojecidos, y los nuevos cardenales de su cara todavía no habían cicatrizado por completo.

- Él no tendría por qué haber entrado en el cuerpo; carecía de vocación y de carácter. Pero mi intención siempre fue protegerlo. Creí que estaría más seguro sin espejismos, que tendría más posibilidades de sobrevivir si era consciente de los peligros; por eso, a los tres años, hice que le injertaran nuestro filtro “capado”, y se convirtió en *mortecino* en cuanto tuvo edad para sostener un arma. Nunca conoció más realidad que ésta.

Miró a Solarza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

- ¿Cree usted que hice mal? ¿Cree que debí dejarle vivir una vida como la suya?

Solarza no dijo nada; ni siquiera meneó un músculo. Pero ella debió de ver en su cara algún tipo de respuesta. Asintió con la cabeza.

- Entiendo.

Se inclinó y depositó un beso en la cabeza reventada de Hugo.

- Lo siento, hijo mío -dijo.

Luego se incorporó. Sus piernas temblaban. En sus labios manchados de sangre apareció la caricatura de una sonrisa.

- Supongo que he resuelto el caso, ¿no? Supongo que merezco una medalla. ¿Usted qué cree?

Solarza se encogió de hombros.

- Sí, merezco una medalla -repitió-. Yo misma me la impondré.

Entonces levantó su pistola, apoyó el cañón contra su pecho y disparó.

Cap. 3 y final:
Dime de lo que presumes

El amanecer lo sorprendió a las puertas del edificio *Sensolux*. Había pasado toda la noche en un vagar sin rumbo por las calles intentado borrar de su mente una secuencia de imágenes que se repetía con insistencia. El cuello de Isabel, la cabeza de Víctor, la cabeza de Hugo y el pecho de su madre. La muerte había revoloteado alrededor de Marcos Solarza y había hecho cuatro muescas en el mango de su guadaña pero él, milagrosamente, había sido pasado por alto.

“O quizá no” -pensó- “Quizá yo también estoy muerto. Marcos Solarza murió en el mismo momento en que la *mortecina* desconectó mi filtro. No sé quién coño soy ahora”.

Sensolux no le ayudaría a saberlo, pero sentía que tenía la obligación moral de volver. Abandonar ahora, perderse en el nuevo mundo con una moraleja truncada, sería como hacer trampas. No podía dejar la historia a medias; si la muerte tenía una quinta muesca reservada para él en su guadaña, lo menos que le debía por su paciencia era la cortesía de presentarse a

la cita.

Estaba cansado. El fardo cargado de latas de conserva pesaba mucho, y ya había dejado un profundo surco en su hombro. También las dos pistolas y el cuchillo que llevaba al cinto le irritaban la piel. Ya quedaba poco. Un corto viaje en ascensor y podría descansar. Como cuando uno llega a casa.

Era demasiado temprano. Aparte de la recepcionista y un guardia de seguridad, no había nadie en el vestíbulo. Ella era una bruja con el pelo desgredado y salpicado de calvas tiñosas; él, un quasimodo patizambo con el frontal de los pantalones tan desgastado y podrido que los testículos le colgaban fuera. Ambos le dedicaron esa mirada, mezcla de desprecio y benevolencia, que reservaban a los desconectados.

“No me miréis así, mamarrachos” -pensó-. “Yo al menos sé que soy un mocordo con patas”.

Atravesó el vestíbulo y se encaminó directamente a los ascensores. El guarda hizo un amago de interceptarlo, pero finalmente se lo pensó mejor y no lo hizo. ¿Sería porque había reconocido a Solarza o porque vio que se dirigía al número cuatro? ¿Podría ver las pistolas y el cuchillo? ¿Cómo se las mostraría su filtro? ¿Como un par de croissant y un plátano? Solarza rió, y la risa le dio fuerzas para apretar el botón del ascensor.

El campanilleo que recordaba se había convertido en un seco bocinazo. Las puertas se abrieron con un chirrido lastimoso, y una bofetada de aire ardiente y fétido golpeó el rostro de Solarza. No había música *chillout* ni aroma de sándalo. Sólo pestazo a mierda, el cacharreo de una maquinaria sufriente y *Esfinge*. Rebeca Termidor era una momia que colgaba de sus propios andrajos, sujetos a las paredes del ascensor con dos docenas de grapas de oficina. Regueros de excremento seco y polvoriento descendían hasta un montoncito en el rincón. Pero estaba viva. A pesar de su pellejo inconcebiblemente arrugado y seco, a pesar de sus labios agrietados, sus mejillas chupadas y su cuello de tortuga centenaria, Esfinge estaba viva y hablaba.

- Solarza, Marcos -señaló el fardo con un dedo cadavérico- Has cumplido tu misión, caballero de la brillante armadura.

¿Bromeaba *Esfinge* o era así como lo vería realmente un *Luxus Plus*? La idea le hizo sonreír y borró de su mente todo rastro de recelo. Sir Marcos, el caballero de las liendres.

Rebeca Termidor hizo una mueca y su párpado se contrajo en lo que pretendía ser una especie de guiño. Luego se lo espetó sin más:

- ¿Cuál es la distancia entre la desgracia y la felicidad?

La respuesta no era suya sino de Violeta, pero Solarza se la dio de todos modos. Se inclinó hacia delante y, más allá del asco, más allá de la lástima, depositó un beso en los labios escamosos de Rebeca Termidor. Ella sonrió.

- Gracias. Pero con un abrazo habría bastado.

- Nos escuchaste de algún modo aquella noche -dijo Solarza-. A mí y a Isabel.

Esfinge asintió.

- Diste una respuesta espantosa. Eras un majadero de cuidado, como todos los demás. Respondíais a mis preguntas como loros que esperan su pistacho, pero jamás entendisteis el mensaje que quería transmitirlos. ¡Dieciocho pasos! Si yo hubiera sido Isabel, te habría castrado por contestarme semejante soplapollez.

- Creo que, en otro tiempo, esa amenaza hubiera conseguido que me corriera en los pantalones.

La risa de Termidor sonaba como un montón de escarabajos agitados dentro de un saco.

- Yo también fui una majadera de cuidado, sí. Diseñé personalmente el efecto que quería transmitir a vuestros filtros cuando me veíais. Quería obediencia ciega y la conseguía por el procedimiento más sencillo posible... ¿Os ponía a todos a mil, verdad?

- Sí. Eras buena -admitió Solarza y, con voz más grave, añadió-. ¿Me dirás ahora el porqué? Tampoco me importaría escuchar un par de “cómos”, pero eso es lo de menos.

Esfinge cerró los ojos y su voz se hizo ensoñadora:

- Ocurrió hace algo más de diez años. Cierta día, me di cuenta de que llevaba setenta y dos horas mirando fijamente el dedo gordo de mi pie. No había comido, no había dormido, no había trabajado en nada. Setenta y dos horas mirando los efectos que *Luxus Plus* imprimía al dedo gordo de mi pie -suspiró-. Como es natural, decidí suicidarme.

- Muy natural -admitió Solarza.

- *Luxus Plus* es como un colocón de ácido permanente. Las ideas más idiotas te parecen algo fenomenal, y arraigan en tu cabeza sin que sea fácil quitárselas de encima, tan seductoras se te muestran. La mayoría de las veces se quedan en ideas pero, como te digo, aquel día ya había descansado bastante -se lamió los labios con una lengua que parecía de estropajo-. ¿Alguna vez te has apuntado a un gimnasio? No, claro que no, tú eres un pimpollo de posguerra. En mis tiempos, todo el mundo iba al gimnasio los lunes, henchido de disciplina

y buena voluntad, pero ya no volvía en toda la semana. Mi suicidio fue una cosa así: un tentempié para la conciencia, un proyecto propio del lunes...

- Y fracasaste... -apuntó Solarza.

- Bueno, digamos que sigo en ello. Verás, yo estuve aquí cuando levantaron este edificio y sé lo chapuceros que fuimos. El primer ascensor ya se había ido al carajo; los cables se partieron y acabo hecho trizas en el sótano. Pensé que los demás no tardarían mucho en hacer lo mismo, y el cuatro siempre ha sido mi número de la suerte -se interrumpió-. No me mires así, ya te he dicho que soy una maldita yonki; no pienso bien las cosas, joder.

- Diez años...

- ¿Tanto? Sí, supongo que puede ser. A veces me tentaba la idea de dejarlo, pero... ¿qué te habría parecido si, después de tanto esperar, el ascensor se hubiera descacharrado justo cuando yo saliera? Decidí ser consecuente y tomé una decisión que me pareció cojonuda. Llamé a ese soplagaítas de seguridad y le pedí que me grapara a la cabina. Sabía que mi estado físico *off the record*, por decirlo así, no podía ser ya muy boyante, y que ni siquiera me quedarían fuerzas para soltarme. Pero tendrías que haber visto la cara del tío mientras me grapaba la ropa a la pared. Estaba tan cachondo que tuve que amenazarlo con despedirlo para que se largara.

Solarza rió, rió a mandíbula batiente. Casi no recordaba lo buena que era la risa.

- Me he divertido bastante, no creas -siguió ella-. Os hacía preguntas; jugaba a ser *Esfinge*; intentaba explicaros que todo ese rollo de los ascensos es una maldita estafa. Además, mi filtro cuenta con algunos extras muy interesantes. El poder de mostrarme en vuestros filtros como una zorra dominatrix implicaba que parte de mi señal llegara a vosotros sin pasar el control de los repetidores. Me aproveché de eso para insertar pequeños troyanos que me permitían ver lo que vosotros veáis y fisgonear en vuestras ridículas vidas. Asistía a vuestros dramas; a veces hacía algo; a veces no. En tu caso decidí intervenir. Ese polizante cabrón se estaba divirtiendo demasiado, y toda buena jefa tiene algo de aguafiestas.

La mirada de *Esfinge* se dulcificó. También ella se estaba disculpando.

- Podías haber sido un poco menos críptica -le reprochó Solarza.

- Lo siento. No estoy muy bien de la cabeza. Llevo diez años grapada a un maldito ascensor, joder. ¿Qué esperabas?

- Pero intentaste avisarme. Aquella última llamada era para eso, ¿no? Para avisarme de que no fuera al habitáculo de Glodín.

Ella pareció confusa.

- No recuerdo a ningún Glodín -confesó-. Te llamé porque tenía hambre -volvió a señalar el fardo-. A veces lo hago. Llamo a una docena de lameculos y les pido que me traigan una pizza. Suicidarse da mucha hambre, ¿no lo sabías?

Solarza rió. Sería demasiado que ella lo supiera todo. No habría dioses ni visionarios en aquella historia, sólo personas tan confusas y desorientadas como él que, pronto, necesitarían reinventarse a sí mismas. Eso era bueno. Le hizo sentirse bien; resucitó en su interior el espíritu del baile de los mendigos. Se rió, y su risa era tan contagiosa que, al minuto, *Esfinge* había dejado de serlo para siempre y volvía a ser sólo Rebeca.

Entonces, el ascensor emitió un chirrido y la puerta se abrió. Oscar Roncal estaba allí, tan harapiento y maloliente como ellos, pero con esa expresión bonachona de los conectados, todavía más alucinada a causa del sueño. Seguramente había llamado al ascensor número cuatro por error.

El susto le hizo despertar de golpe. *Patrón Confort* le mostró a la imponente *Esfinge* y a un Solarza extraño a quien daba por muerto. Ya no podía retroceder. Tenía que disimular e impresionar a la jefa con su aplomo: aún había un ascenso en juego.

- ¿Subís? -preguntó.

El esqueleto y la momia respondieron casi al mismo tiempo:

- ¡Ni de coña!

Y volvieron a reírse. Se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Procedimiento de castigo

TXOMIN ROMERO

Percaporte entró, con los clásicos y pesados andares turmanianos, en el salón de la casa de su colega. Su pesadez estaba provocada en parte por los contundentes informes que traía a Rangrín, cuidadosamente ordenados por sistema judicial estelar. Pero no por ello se podía soslayar el enorme perímetro abdominal de su raza, que les obligaba a andar pivotando su escandaloso estómago con el fin de facilitar el trabajo de las diminutas piernas. La pequeña longitud de los brazos, añadida a la por el contrario inusualmente larga del cuello, daba como resultado final un conjunto enfadado con la armonía en el que costaba adivinar una línea que proporcionara dos partes simétricas. Como colofón, el enorme ojo de color verde, curioso y vivaz, que recorría con estrés todo aquello que quedaba a su alcance. A pesar de lo grotesco de la figura, la completa ausencia de vello y la profusión de arrugas provocaban una sensación de desamparo y fragilidad, muy lejana de la repugnancia que cabría esperar. A Percaporte le embargaba una especie de desazón cuando se reunía para tratar el tema que le llevaba ahora hasta el domicilio de Rangrín. ¡Era todo tan nuevo! En parte excitante pero también agobiante, dada la importancia que podrían llegar a tener sus decisiones para la vida de sus compatriotas.

- ¡Viva Turmania! –exclamó nada más franquear la puerta.
- ¡Que viva! –respondió Rangrín con algo de indiferencia.

Percaporte dejó todos los informes en la mesa frente a Rangrín, no sin antes hacer gala de la típica torpeza turmaniana, provocada por los pequeños dedos y la ausencia del pulgar oponible de otras razas. Rangrín sin embargo no podía quejarse de nada, pues también era turmaniano y compartía un nivel de desmaña similar.

- ¿Están todos?
- Todos los que he encontrado...
- No son muchos...
- No, pero nos darán una idea general del asunto antes de iniciar la investigación de campo. O eso espero. De todas maneras, mientras venía hacia aquí y... Bueno, en realidad lo he estado pensando durante toda la noche, y creo que quizás lo ideal fuese no castigar este crimen.

- ¿No castigarlo? Pero...
- Piénsalo. El crimen en Turmania no existe. Nunca ha existido. Lo más probable es que nunca vuelva a existir. Ha sido un suceso aislado, excepcional,... ¡irrepetible!

2

La nave en forma de huevo aterrizó en el astropuerto de la capital de Navardia. Por alguna razón, Rangrín no tenía prisa para desbordar sus feos andares por las instalaciones. En realidad era así siempre, sin ninguna prisa por nada, con una capacidad constante de evitar que el contexto mediatizara sus pasos. Pero Percaporte, aún siendo más voluminoso, no podía estarse quieto o evitar sentir pasión por las cosas, y salió a toda prisa de su subcápsula. Sus movimientos y el ataque de tos en cuanto salió de la nave, de esperar dada la importante diferencia de presión atmosférica de aquel planeta con respecto a la de Turmania, arrancó un par de risitas a los escoltas del Ministro de Castigo navardiano, que les esperaba pacientemente desde hacía unos minutos.

- Señor Percaporte... Es para mí un placer conocer a mi homólogo turmaniano... -El hablar del humano navardiano era siempre siseante. Un navardiano parecía siempre dispuesto a jugártela, pero de una manera extremadamente sutil y, desde luego, premeditada. Dado el escaso tamaño y peso de la raza, no podía ser de otra manera: un turmaniano podía destrozar a un navardiano con solo dejarse caer encima.
- ¡Señor Cariotone! –exclamó Percaporte, mientras Rangrín estaba aún levitando en el cilindro de aterrizaje-. Le agradecemos mucho que nos conceda un momento para este tema...
- Por favor, para nosotros es un placer hablar de nuestro Sistema de Castigo. Siempre es agradable hablar de lo mejor, sobremanera cuando lo mejor es propiedad del hablante.
- Por supuesto, por supuesto –murmuró atropelladamente Percaporte, un tanto contrariado por la prepotencia.

Tras los correspondientes saludos e intercambio de regalos de rigor (un extraño artefacto detector del celo femenino en el caso de los navardianos, y un limpiador de dientes de vacío en el caso de los turmanianos), las tres figuras –que en la práctica parecían sólo dos- se dirigieron al transporte particular de Cariotone, que los llevó en un momento al edificio del Ministerio de Castigo. De camino a una de las salas de castigo, jalonado por puertas, llaves y permisos, la obligatoria pero insulsa conversación con los subordinados puso de los nervios a Rangrín. No era un investigador nato como su compañero, y solo quería acabar la visita cuanto antes y volver a su país.

- Pues nada, aquí está –dijo Cariotone señalando una extraña silla-. Desgraciadamente, como ya sabrán ustedes, nuestro país es fértil en crimen. Recuerdo que hace unos veinte años el 50% de nuestra población estaba en la cárcel. ¿Se imagina el gasto que suponía toda esa gente, a todos los niveles, para el otro 50%? Habíamos llegado al extremo de trabajar casi exclusivamente para mantener a la población reclusa. Pero disminuir los años de castigo tampoco era solución: ya lo intentó un gobierno anterior, con el consiguiente aumento de la delincuencia. El número de crímenes era mayor porque el criminal estaba de media mucho más tiempo fuera de la cárcel.
- Y entonces inventaron la silla –apuntó Rangrín, intentando que Cariotone abreviara.
- Efectivamente. La idea de la reclusión como castigo tiene dos objetivos: uno, que la inaguantable falta de libertad y comodidades del preso sirva de aviso para navegantes; el otro, que la persona no tenga la ocasión de delinquir, esto es, reducir su vida efectiva de maleante. Lo que se les ocurrió a nuestros ingenieros fue provocar ambos resultados, pero sin gasto para la comunidad.

- ¿Cómo? –exclamó Percaporte.
- Muy sencillo. Por un lado, inyectamos al preso una serie de sustancias venenosas que envejecen su organismo justo los años de su pena, y por tanto acortamos así la vida efectiva de maleante. Nuestros químicos, naturalmente, tardaron un poco en conseguir una precisión aceptable. Digamos que algunos reclusos cumplieron varias veces su castigo pero... ¡Delinquir ha de tener su riesgo, qué caramba!
- Pero eso cumple solo uno de los objetivos –apuntó Rangrín.
- Bueno, experimentar el propio organismo veinte años mas viejo, y por añadidura hacerlo tan bruscamente, sirve bastante bien como elemento disuasorio... Pero tiene usted razón. Nosotros también pensábamos que la experiencia tenía que ser completamente idéntica a la de una reclusión tradicional, y por eso pusimos a nuestros neurólogos a trabajar. Así, una combinación de drogas y lo que llamamos una *talla lobotómica* controlada por ordenador, conseguían modelar recuerdos en los sujetos. Recuerdos de una existencia aburrida, de comidas frugales y desagradables, de tiempo desperdiciado. La talla hace especial hincapié en la longitud temporal de la experiencia, en la que también hemos logrado una precisión notable. Los primeros prototipos de silla de castigo no eran sillas, sino edificios enteros, pero la miniaturización de los componentes han hecho, como pueden comprobar, milagros.
- ¿Hay vuelta atrás? –Preguntó Percaporte.
- ¿A qué se refiere?
- Bueno, suponga que se descubre que el individuo es inocente. La reclusión prolongada permite abortar una pena en el caso de, no sé, la aportación de nuevas pruebas al caso...
- ¿Inocente? –Cariotone dejó escapar una leve risa -. No, usted no lo entiende. En Navardia nadie es inocente. Nadie puede serlo. Es nuestra naturaleza: por cada castigo que infligimos a una persona, quedan sin castigar numerosos crímenes cometidos por el mismo individuo. ¡Tenemos suerte si podemos encontrar las pruebas de alguno! Todos los navardianos son culpables de algo, créame. Por eso los daños cerebrales de la talla lobotómica son permanentes. ¡No tiene sentido hacerlos reversibles!
- Vaya... Eso quizás les sirva a ustedes, pero los turmanianos... ¡Los turmanianos somos completamente diferentes!

3

- El problema principal –dijo un individuo rectangular vestido con una especie de impermeable de plástico azul coronado con una flor de colores chillones- es que el criminal no es consciente de lo horrendo de la experiencia de la víctima.
- Mmm... -interrumpió Percaporte-. Oh, lo siento señor Ludrien, siga por favor. ¡Le escuchamos!
- En Oharos, solemos expresar esto con un dicho: *un asesino no conoce el asesinarse a si mismo*. Bueno, en idioma Ahkx suena mejor. Pero quiero que entiendan bien esta frase, que no es otra cosa que un juego que evoca su verdadero significado. Por ejemplo, suponga usted que antes de arrancar con sus manos el tentáculo occipital de un ohariano –y se rascó el suyo, que emergía por una apertura en el impermeable-, suceso doloroso como pocos para cualquiera de nosotros, sabe a ciencia cierta que se le arrancará el suyo propio. ¿No sería menos violento con su víctima?
- Espero que no me esté diciendo que han inventado ustedes el *ojo por ojo*...
- Pues si y no. En realidad todo castigo no deja de ser eso que usted dice. Un individuo comete un crimen y la ley se las hace pasar canutas para que no se le ocurra volver a hacerlo, y para desatar la dulce satisfacción de la venganza en sus víctimas. El problema

es que el ojo por ojo no se realiza de manera literal. Así, en otras sociedades, a un violador le pueden caer veinte años de reclusión, o la castración química. Pero la pregunta es, ¿pueden estos dos procedimientos satisfacer el ansia de venganza de la víctima? Esto último es, para nosotros, muy importante.

- Vaya, eso sí que no lo había visto en ninguno de nuestros viajes... -dijo en voz alta Rangrín.
- La nuestra es una sociedad muy vengativa... Cuando alguien nos ofende, o nos causa algún mal, es costumbre decir *gracias*. Gracias porque la ofensa conllevará una venganza, y la venganza es el mayor placer que experimentan nuestros sentidos. Sé que esta característica puede resultar chocante para un turmaniano, pero está probado que no proviene de un simple y controlable aprendizaje cultural, sino de las sustancias generadas por el *bulbo de compensación*, una parte de nuestro cerebro. La venganza es equivalente en nuestra sociedad a la *alegría de VIVIR* –y, dicho esto, a Ludrien se le humedecieron los ojos, seguramente recordando algún suceso reciente.
- ¿Entonces? ¿Cómo se aseguran de que la venganza es la justa?
- Muy sencillo. Nuestros informáticos han desarrollado los sistemas de realidad virtual más avanzados del Universo conocido. Por ejemplo, si un ohariano fuerza, haciendo uso de la violencia claro está, a una ohariana, y la ofensa es probada, se generan dos sesiones de RV distintas extrayendo los recuerdos de la víctima con un aparato especial que se conecta a nuestro bulbo de compensación. Nuestro cerebro tiene tan desarrollada la capacidad de disfrute de la venganza, que almacena en el bulbo, en un formato legible digitalmente, las características de toda situación susceptible de ser considerada como ofensa o crimen, a fin de poder usarlas en el futuro. Se da el caso de que el recuerdo de la ofensa es también motivo de disfrute, pues no es sino antesala del castigo del ofensor. Paralelamente, el bulbo va generando y almacenando también unas sustancias que llamamos *alcaloides de compensación* que se liberan en el momento de la venganza.
- ¿Y en qué consisten dichas sesiones?
- En una de ellas, en este caso concreto, la ohariana experimenta las sensaciones del ofensor: en la sesión virtual *ella* es el ofensor, es decir, se convierte en macho y fuerza a la víctima, que no es sino una versión feminizada del violador.
- Pero, si sabe que el sufrimiento del ofensor no es real, ¿cómo puede sentir satisfacción?
- Por el contenido de la segunda sesión de RV, la que experimenta el ofensor. En ella, él se convierte en hembra y es forzado por la víctima. Todas las sensaciones de dolor y pánico de las sesiones de RV son reales, como la vida misma, y eso lo sabe y entiende toda nuestra sociedad, y por eso el sistema funciona. Entiéndame bien: vivimos mediatizados por el bulbo, pero no somos unos vándalos. No podemos dejar que la víctima cometa un crimen para vengarse, pero sí podemos simularlo. Y, créame, el bulbo no nota la diferencia: se vacía, dispuesto para seguir recogiendo ofensas que poder utilizar posteriormente.
- Pero ese procedimiento tiene un fallo, querido Ludrien –apostilló Rangrín.
- ¿Cuál? –Preguntaron Ludrien y Percaporte al unísono.
- El *bulbo* ohariano del ofensor... ¿No habría de tomar la venganza de la víctima a su vez por ofensa? Quiero decir que la necesidad de venganza de la víctima no ha desaparecido en un sentido absoluto, sino que solo ha cambiado de bulbo. ¿No es peligrosa esa situación de incremento constante de la Ofensa?
- Efectivamente Rangrín: en el ofensor, el bulbo almacenará la información de la venganza de la víctima en tanto que ofensa a su persona, pero en esta ocasión será una ofensa nunca satisfecha. Podrá haber venganza por otras ofensas, pero no por esa en concreto, porque nuestro sistema no lo va a permitir nunca. ¡Y en eso estriba el castigo en realidad! Para un ohariano, una ofensa almacenada con la certeza de que nunca será corregida con una sesión de RV es el mayor de los horrores. Es una desesperación

insoslayable que se lleva encima hasta la muerte... Y con la muerte, la cantidad de Ofensa global disminuye. Se trata simplemente de mantener la Ofensa en sentido absoluto en unos valores razonables, que incluso podemos medir gracias al registro de ofensas del ministerio. Si vemos que la Ofensa en un determinado día es alta, limitamos el número de nacimientos. La Ofensa real vive sólo en los vivos, no en los muertos.

- Pero veo otro problema –dijo Percaporte-. Si ustedes los Oharianos disfrutaban tanto con la venganza, ¿cuánto tiempo pasará hasta que busquen con ahínco la ofensa? ¿No acabarán ustedes sintiéndose ofendidos por cualquier cosa sólo para poder vengarse luego? No comprendo cómo han podido evitar convertirse en una sociedad enloquecida en ese sentido...
- Mi querido Percaporte: el almacenamiento en el bulbo de la ofensa, su intensidad, la inyección en el organismo por parte del bulbo de los alcaloides de compensación... Todo ello es un proceso *automático*. Nosotros no podemos hacer de una ofensa algo más ofensivo de lo que es para que la dosis de alcaloides de compensación sea mayor, y mucho menos tomar como ofensa algo que realmente no lo es, o forzar una con nuestro comportamiento a sabiendas de que así lo hacemos. El bulbo es el juez: una simulación de ofensa no produce necesidad de venganza ninguna. Así ha sido desde el principio de nuestra raza, desde el primer individuo digno de llamarse *Homo Oharianis*.
- No sé, me parece que este sistema es difícil de implementar en la sociedad turmaniana. Me temo que el *Homo Turmanianis* es esencialmente bueno, y no obtiene placer con la venganza, ni desesperación con su ausencia. Ergo habremos de seguir buscando - Rangrín asintió con la cabeza ante las palabras de su colega.

4

- ¿Todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario?
- En efecto. Aquí no nos andamos con sutilezas legislativas. Toda infracción tiene siempre el mismo castigo: *la muerte*.

Percaporte no daba crédito a sus oídos. ¿La muerte? ¿Siempre la muerte?

- ¿Siempre la muerte? ¿Aunque se trate del robo de un trolígrafo?
- Solo hay una manera de asegurarse de eliminar la reincidencia. Si el infractor está muerto, no reincide, y esto es una afirmación que ningún extranjero ha podido rebatir nunca. Quiero decir que... Vamos a ver, elimine usted por un momento de su mente toda esa basura acerca de que el humano es intrínsecamente bueno, o de que somos malvados debido a algún suceso que, durante la infancia, trastocó nuestra manera de ver las cosas. O que la maldad es una enfermedad... En realidad, la gente es buena por educación, pero no intrínsecamente. Si el humano, de la raza que fuere, supiera que la posibilidad del castigo es muy remota, delinquiría siempre.
- ¿A qué se refiere?
- Usted dice que la gente en Turmania es buena, que el crimen no existía hasta, por lo que tengo entendido, hace unos días. Usted cree que el turmaniano tiene la bondad grabada a fuego en sus genes, y yo le digo que la bondad no se encuentra en el código genético, sino en la educación. Y aún diría más: la bondad es tanto mas intensa como intenso es el castigo ante la trasgresión de una ley, y por tanto la educación es útil en tanto que enseñanza de castigos. Sí, realmente, en lo que se refiere a criar individuos buenos, solo nos interesa la enseñanza de castigos. ¡Que la gente sepa desde niños lo que les espera si deciden apartarse del buen camino!

- Ningún turmaniano recibe ese tipo de educación, amigo Bherte –Rangrín parecía sorprendentemente fascinado por la conversación-. ¿Cómo explica entonces su buen comportamiento?
- Vamos a ver... Usted entiende la palabra castigo como castigo *físico*. Pero también existe un castigo mental. Le voy a poner un ejemplo. En nuestra sociedad, cuando un niño pega a otro, se le dice: una vez que cumplas 103 años, que es nuestra edad adulta, se te aplicará la ley, y si vuelves a pegar a otra persona, se te castigará, y este castigo es *la muerte*. Y el niño, con el tiempo, acaba entendiéndolo. En Turmania tienen ustedes un apego excesivo a lo que es la nación como tal. El saludo normal de un turmaniano es siempre “¡Viva Turmania!”, en vez de un buenos días o buenas noches o lo que sea. En sus planes de estudio, de veinte asignaturas cursadas en el primer año lectivo, quince tienen la palabra Turmania en el título. ¡Si hasta prohíben ustedes la edición de libros que no contengan un número mínimo de referencias a la patria!
- Si, hemos recibido críticas por eso. Desde fuera de Turmania, por supuesto... Pero ya hemos rebajado ese número a tan sólo trescientas referencias...
- En fin, entienda entonces que sus niños viven envueltos en esa obsesión: adoran ustedes a su patria como si fuera un ente divino separado de sus cuerpos y almas, susceptible de realizar acciones individuales. Por eso, cuando un niño pega a otro, se le dice que Turmania le odiará, le despreciará, le expulsará. Estoy seguro de que si yo pudiera convencerle de que Turmania no existe –y aquí tanto Percaporte como Rangrín sufrieron un estremecimiento reflejo-, no dudaría en satisfacer sus necesidades más primitivas sin pensar en el bienestar de los demás. Pero un turmaniano no puede soportar el rechazo casi divino de su país: en su sociedad se trata del mayor castigo que se puede infligir, y la bondad que se genera como respuesta es, por tanto, muy intensa también. Pero nada de eso sucede aquí, en la isla de Bahrl.
- ¿No hay apego por la patria en este lugar?
- Aquí somos todos muy individualistas. Hemos creado una nación por motivos puramente burocráticos y prácticos, pero cada uno de nosotros trabaja y vive sólo para sí mismo. Por tanto, el deseo de satisfacer nuestras querencias más violentas es muy fuerte y tiene mucho poder. No podemos dar segundas oportunidades. Todas las estadísticas nos decían, antes de empezar a aplicar lo que llamamos la *ley definitiva*, que el que comienza robando un trolígrafo, si sobrevive, acaba clavándose en el corazón al vecino. Así pasaba antes. Ahora ya no. Un muerto no puede sostener un trolígrafo y usarlo como arma.
- Pero... ¿Qué hay del injustamente encarcelado? ¿Qué hay de la aportación de nuevas pruebas que den como resultado la libertad sin cargos? ¿Son ustedes como los navardianos? ¿Creen realmente que no hay nadie inocente?
- Desde luego que no hay nadie inocente, por lo menos en pensamiento. Merecemos todos el castigo, créame, ustedes y yo incluidos. Pero no tenemos derecho a castigar pensamientos, porque los pensamientos no generan víctimas. Así que procedemos de la misma manera siempre: si alguien es acusado de algo, *de lo que sea*, lo primero de todo, antes incluso de celebrarse el juicio, es llevarlo a la Cámara de Castigo. Allí se le mata con una inyección letal de una sustancia llamada *catatonrina*.
- ¿Catatoqué?
- Si, es algo complicado de pronunciar para los extranjeros: ca-ta-to-nri-na. Aquí hasta ha degenerado en un verbo. Cuando alguien catatonrona a otra persona, significa que lo mata, pero entendiendo el verbo matar como matar para salvar a otros. De hecho, en la isla de Bahrl no se suele hablar de matar, sino sólo de *catatonrar*. Bueno, una vez catatonrado el presunto infractor, se celebra el juicio, en el que el individuo puede resultar culpable o inocente. Si es inocente, se le resucita.
- ¿Pueden ustedes resucitar humanos?

- Oh sí. La catatonrina mata, pero mantiene los tejidos oxigenados y en perfecto estado durante aproximadamente un mes. Después el cuerpo se empieza a pudrir a gran velocidad. No es un estado de coma, porque la persona está realmente muerta y no come, ni bebe, ni *gasta* el dinero de los contribuyentes; pero se trata de una muerte reversible. Eso sí, la pérdida de neuronas es bastante veloz, por lo que solemos celebrar los juicios muy rápidamente: entre que se produce la supuesta infracción y se resucita al inocente, no suelen pasar más de un par de horas. Alguna vez el juicio se ha complicado y el inocente ha resucitado, digamos, un poco tonto. Pero es un riesgo que hay que correr, y por otro lado el sistema judicial perfecto no existe...
- ¿Y si el infractor resulta ser culpable?
- Ah, entonces también se le revive. Luego se le lleva a la Plaza Mohrka y se le quema vivo delante de todos: así su cuerpo no ocupa sitio. Es que en esta isla no andamos muy boyantes en cuanto a espacio...

5

Rangrín iba esta vez solo. Percaporte se había quedado enfermo en el hotel, con la *fiebre de Nilocao*. Se trataba de una afección común entre los turmanianos cuando viajaban fuera del país, y se debía a la *falta de Turmania*. En otros países se decía que era algo psicossomático, pero qué podían saber ellos: no eran turmanianos. ¡Viva Turmania!

- ¡Señor Rangrín! Cuánto honor. Permítame ofrecerle algo para beber...
- ¡Viv... digo buenos días, ministro Faván. Tomaré jugo de Kox, gracias.
- Lo siento Rangrín... Esa bebida no se suele importar en nuestro país. No bebemos líquidos de origen animal si son de color rojo. De hecho nos produce bastante asco que alguien lo haga delante nuestro...
- Perdone. ¡En Turmania lo toman los niños desde pequeños para crecer fuertes y sanos! No podía ni imaginarme que le pudiera resultar asqueroso a alguien.
- ¿Puedo ofrecerle un zumo de bicho?
- Bueno, si no es demasiado espeso... Gracias.
- En fin –suspiró Faván, suspendiendo temporalmente el movimiento constante de sus piezas bucales masticadoras, mientras sus tenazas asían un vaso-. Así que quiere usted saber cómo castigamos los malos comportamientos en Zirtuania. ¿Para castigar alguno propio, puedo colegir? Tenía entendido que el humano turmaniano era intrínsecamente bueno.
- Así lo pensaba toda Turmania... -dijo Rangrín, un tanto apesadumbrado, y extrañado al notar unas extrañas manchas de aspecto sanguinolento en la espalda de su interlocutor-. Pero hace unas semanas se cometió un crimen atroz. Digamos que queremos curarnos en salud, antes de que la situación se nos escape de las manos. En realidad aún no sabemos si hemos de castigar o no y, en caso afirmativo, en qué medida. Estamos buscando, entre todas las soluciones del Universo, la que más se ajuste a nuestra forma de entender las cosas...
- Bueno, confío en que encuentre nuestra solución, cuando menos, *interesante*. Nosotros trabajamos sobre el sentimiento de culpabilidad.
- Mmm... Quizás esa perspectiva nos pueda venir bien.
- Verá. En Zirtuania, nadie es culpable. Pero todo el mundo se siente como tal.
- No se si le entiendo...
- Es muy sencillo. No hay *nada*, y créame que sé de lo que hablo, *nada* como el sentimiento de culpabilidad para moldear el comportamiento de una persona. Hay

humanos que soportan el dolor, las humillaciones, el aburrimiento... Pero *nadie* soporta la culpa, ese sentimiento que nos desgarran por dentro y que no nos deja vivir tranquilos. En otras sociedades, hay delitos porque en determinados individuos no se ha desarrollado convenientemente el concepto de la culpa. Se ha quedado en un estado de latencia, adormilado, consciente o inconscientemente. En nuestra sociedad, en cambio, la culpa se entrena desde la más tierna infancia, y se potencia con fármacos hasta que el individuo llega a los treinta y dos años.

- ¿Qué ocurre entonces? –preguntó Rangrín mientras sorbía un poco de zumo de bicho.
- Es el momento de la transición de niño a adulto a través de la ceremonia, obligatoria, del *Satratrinomynch*. Es el nombre que se le da a la operación que se practica al niño para cambiar la función de una zona del cerebro que, hasta entonces, se utiliza en el sentido del gusto.
- No me diga –murmuró Rangrín mientras trataba de tragar y dejaba el vaso lo más lejos posible de él.
- Nuestros neurólogos han descubierto que la culpabilidad reside en una zona del cerebro bien diferenciada, y mediante la inserción controlada de cientos de nanobots podemos incrementar el tamaño de esa zona a costa, claro está, de cambiar la función de otras. Tradicionalmente se ha sacrificado el sentido del gusto porque sus neuronas residen cerca de la zona que le comento, y además la nuestra es una sociedad que nunca ha dedicado mucha atención a la comida.
- Excepto a la que les da a ustedes asco, supongo.
- Bueno, eso sí. Quiero decir que nunca hemos tenido una cultura gastronómica. Comemos para vivir, pero no sazonomos los alimentos, ni tenemos procedimientos elaborados de creación de comida. Si podemos prescindir de alguna zona cerebral, desde luego que es de esa... Así, el zirtuaniano es especialmente sensible al efecto de sus acciones en general, y al efecto sobre los demás en particular. Por ejemplo, en estos momentos me estoy sintiendo extremadamente culpable por haberle invitado a beber ese zumo de bicho que con tanta dificultad está usted intentando ingerir... ¡Lo siento en el alma!
- Mi querido Faván. ¡No se preocupe! –el ministro, sin embargo, parecía próximo a llorar-. Entonces, ¿no hay crimen en su sociedad?
- Es mejor prevenir que curar. En efecto, no hay crimen... O quizás sí. Depende de como defina usted esa palabra.
- ¿Y eso?
- Verá usted. El zirtuaniano es incapaz de hacer daño a alguien, por acción u omisión. La culpa le mataría. El organismo sería inundado por una hormona, la *carnotratomina*, cuya orden de secreción proviene, como ya habrá adivinado usted, de la *zona de la culpa*. Pero me temo que no es así cuando ese alguien no es un ente externo.
- ¿Quiere usted decir que...?
- En efecto. Mire... -Faván se dirigió a su escritorio y abrió un cajón, extrayendo de él un artefacto alargado parecido a un brazo con el codo casi en uno de sus extremos, que terminaba en un mango. En el otro extremo, Rangrín adivinó una especie de cepillo en el que hervían lacerantes púas-. Lo llamamos *expiotrón*, y todo ciudadano tiene uno. El funcionamiento es el siguiente: asiéndolo del mango, se extiende el brazo y se realiza un giro de unos 270 grados del extremo punzante de manera que impacte sobre la espalda. El dolor es insoportable, ya que previamente untamos las púas con un líquido urticante que llamamos, mmm... ¿Cómo podría traducirlo? Quizás *dolor de alma*.
- ¿Con eso logran acallar la culpa?
- Bueno, digamos que nos hace pensar en otra cosa hasta que conseguimos eliminar la hormona por procedimientos naturales.
- No irá a utilizar uno de esos por el incidente del zumo, ¿no? ¡Le aseguro que no merece la pena!

- No lo entiende. De utilizarlo, no lo haré por usted, sino por mí. Noto como mi organismo se va llenando de carnotratomina, y no podré soportarlo por mucho más tiempo.
- En tal caso, no quiero molestarle más...
- No lo hace, querido Rangrín. Y ahora siento que estoy siendo extremadamente descortés, porque mis palabras le fuerzan a marcharse... ¡Lo siento en gran medida!
- Caramba Faván... Creo que me iré cuanto antes: parece que esa capacidad de sentir exacerbadamente la culpa es contagiosa. ¡Empieza a afectarme también a mí!
- ¿Desea un expiotrón para usarlo esta noche en el hotel? Tengo dos.
- No, déjelo. Creo que su solución, aunque definitivamente interesante, no es defendible en una sociedad como la nuestra. Pero gracias en cualquier caso por su amabilidad.
- No hay de qué... y perdone otra vez –musitó Faván, mientras sus ojos llorosos se clavaban sobre el expiotrón, con una mezcla de ansiedad y determinación.

6

Percaporte estaba un tanto decaído, pero ésta vez no era por la enfermedad de Nilocao. Tanto viaje y tanta costumbre diferente le estaba ya pasando factura. Además, cada mundo nuevo era una invitación al estudio de su idiosincrasia, por otra parte algo necesario para entender sus procedimientos de castigo, pero tanta información estaba ya saturando sus dos cerebros. Además, su curiosidad por la gastronomía local le había destrozado el estómago, y eso que no había tenido la oportunidad de probar el zumo de bicho de Zirtuania. En cualquier caso, era Rangrín el que iba delante esta vez.

En cuanto abrieron la puerta de su transporte, se encontraron con un derroche de alegría. Aquellos diminutos humanos, los *moniquenos*, ¡parecían haber descubierto la Felicidad en sentido absoluto! Sus radiantes sonrisas, sus cuerpos sanos y moldeados, su conversación animada e inteligente... Percaporte sintió, de golpe, renacer. Al verse inmerso en toda esa algarabía de bienestar, por fuerza había de olvidar sus molestias. Por añadidura, el primero de los numerosos regalos de bienvenida que habría de recibir era una especie de macedonia de extrañas frutas que su sentido del gusto etiquetó como sublime. Estaban todas ellas cortadas en cubos, a cada cual más intenso y efervescente de sabor, sensaciones que eran liberadas en cuanto se iniciaba la masticación. Comidos dos de ellos simultáneamente, la experiencia era completamente diferente a la producida por cualquiera de los dos ingerido en solitario. Tal inteligencia a la hora de combinar alimentos era producto, sin duda, de la ALEGRÍA en mayúsculas. Percaporte era optimista: aquel lugar debía haber encontrado la solución al crimen. ¡No podía haber ofensa alguna en Moniquandia! La taxonomía de sus costumbres mas parecía una descripción de la belleza que un texto científico... Por un momento, Percaporte se vio a sí mismo viviendo en un lugar que no era Turmania, y ese pensamiento le desconcertó. Rangrín, en cambio, no parecía muy interesado por regalos y conversaciones. Ambos se dirigieron, conducidos por la animada muchedumbre que les había recibido, hacia la residencia de sus dirigentes.

Al franquear la puerta del palacio, incluso Rangrín no pudo evitar estremecerse. ¡Qué opulencia! ¡Qué belleza! ¡Qué armonía! Cada detalle arquitectónico contribuía a la tranquilidad, al sosiego y también, aunque pareciera una incongruencia, a la animación mas desatada. ¡Ambos estuvieron a punto de saltar de alegría! ¿Qué era aquello? ¿Cómo aquellos delicados muros, y ese suave aroma que se respiraba por todos lados, podían producir en los

individuos un efecto como ese? ¿Quizás alguna droga en los alimentos de bienvenida? Podía ser así, pero...

- ¡Percaporte! ¡Rangrín! ¡Qué alegría verlos! ¡Entren en la piscina, no se queden ahí! Les hemos preparado un refrigerio mientras hablamos de nuestras cosas...

El *refrigerio* era el conjunto de colores, sabores y formas más rico y complejo que Percaporte hubiera experimentado en ninguno de sus viajes. Huelga decir que no pudo evitar abalanzarse sobre el enorme asado de un animal de cinco patas, todas ellas jugosas y sabrosas hasta lo indecible, más aún si se ingerían junto con su guarnición, una deliciosa mixtura de vegetales cilíndricos de un color rojo intenso y otros semejantes a la cebolla, de color azul, sazonado todo ello con unas extrañas bolitas de color amarillo cuyo sabor Percaporte intentó aislar sin conseguirlo. Rangrín tuvo que recordarle, con una mirada, que no habían viajado hasta allí para comer. Sólo él parecía estar aún en Turmania...

- Saludos, Lord Nomone –dijo con semblante serio-. Siento tener que ir al grano, pero ya sabe lo que nos pasa a los turmanianos cuando permanecemos largo tiempo fuera de nuestro país –y miró a Percaporte, que bajó la cabeza-. Bueno, es evidente que su sociedad conoce la prosperidad y la alegría... ¿Podemos deducir que no existe el crimen aquí, en Moniquandia?

Lord Nomone parecía extrañado por la pregunta.

- ¿El crimen? ¿En qué sociedad no existe el crimen?
- En Turmania no existía hasta hace unas semanas...
- Ah, sí. Estoy al corriente de la idiosincrasia turmaniana. Y también estoy al corriente de las características del crimen al que usted hace referencia... Bueno, lo cierto es que en Moniquandia esa transgresión de la ley no habría sido castigada.

Percaporte fijó ahora su mirada, y sus papilas gustativas, en un cilindro de color anaranjado con una textura parecida a la del pescado. Había de ser un animal similar, a juzgar por dos aletas a los lados que habían sido, deliberadamente, mantenidas en su lugar original a modo de decoración. En torno al cilindro, y como si fuera un collar de perlas, diminutas esferas amarillas desafiaban a la percepción, envueltas en hierbas alargadas y estrechas de verde oscuro. Y, salpicando aquí y allá, una salsa de color negro, untuosa al tacto y de sabor picante.

- ¿Qué no habría sido castigada dice? ¿Y cómo evitar entonces su repetición?
- Verá... Aquí pensamos que no se puede evitar su repetición. De hecho, opinamos que no se puede evitar la repetición de ningún tipo de ofensa, y de lo que se trata por tanto es de no pensar mucho en ello. El castigo no tiene sentido: como tal es una ofensa, y creemos que la Ofensa, tomada como entidad absoluta y con una magnitud asociada, ha de mantenerse bajo control. La mejor manera de minimizarla, y de vivir por tanto en armonía, es no castigar. No castigar *nunca*.
- Pero...
- Sí, ya sé que resulta chocante a los ojos de los extranjeros. Y no le voy a negar que cuando tomamos la decisión de eliminar el castigo de nuestras vidas, los crímenes sufrieron un incremento atroz. Pero solo fue así durante unos cuantos años. Luego disminuyeron y, en este momento, tenemos un índice de criminalidad comparable con el de Turmania.
- ¿Quizás aman tanto a su país como nosotros al nuestro? ¿Es la ofensa a Moniquandia lo que frena la maldad?

- ¿Moniquandía? Moniquandía es solo un nombre, amigo Rangrín. No le debemos nada. De hecho, bien podría escupir ahora mismo sobre la bandera de Moniquandía, por otra parte un trapo sin ningún tipo de valor para cualquier individuo de los que pueda usted abarcar con la vista en cualquier lugar del país.
- ¿Y por qué no lo hace? ¿Por qué? ¿Qué es lo que impide que usted o cualquier otro Moniqueno mate a un semejante, o robe al desvalido?... O cometa un acto tan anti-natura como el que nos tiene a Percaporte y a mí viajando por todo el Universo... ¡Hable por favor! ¡Dígalo ya, por Turmania!

Tras probar el cilindro naranja, decidió examinar de cerca una especie de bosque de diminutos árboles (tan de cerca como fuese necesario para ingerirlo). El *bosque* estaba compuesto por hongos que, en su base, semejaban cilindros retorcidos y ocasionalmente agujereados, mas coronados sin embargo con un exuberante y delicado fractal de pseudohojas que pertenecían al mismo alimento, todo ello de un color plateado. Una materia prima sublime, de maravilloso sabor a tierra, que por sí sola daba un aspecto inmejorable al plato, sin duda alguna. Espolvoreada sobre estas hojas, una especia de color rojo sangre con un sabor dulce y, en ocasionales claros, lagos de una sustancia azul, espesa, con un matiz amargo que no podía combinar mejor con el sabor anterior. Percaporte se sirvió un buen trozo de aquella obra de arte.

- Ninguno de nosotros lo haría ya por la sencilla razón de que ya no es divertido.
- ¿Divertido? –Rangrín estaba completamente estupefacto.
- Efectivamente. ¿Qué motivo hay para robar? ¿Qué motivo hay para matar? ¿Y para satisfacer deseos en general sin el consentimiento de otro, pero con su participación pasiva? Nosotros lo hemos descubierto: es precisamente el propio *castigo*. Es la dependencia de la adrenalina que produce el estar haciendo algo incorrecto, peligroso, inconforme a la ley y por tanto susceptible de ser castigado. Ya sé que a priori es difícil de creer, pero no dude de que es tal y como le digo. Piense en ello como en una necesidad masoquista de superación de la ley. Antes, la satisfacción a costa del prójimo era fantástica, llenaba de poder al que la experimentaba y el peligro asociado al castigo incrementaba la intensidad del poder y de la satisfacción. ¿Podía haber algo mejor que arrasar una ciudad entera con las propias manos y sentir cómo el deseo de castigo supurado por el odio de sus habitantes alimentaba el propio ego? Sí, fue una época apasionante, pero superada. Si yo ahora arrancara una extremidad a uno de mis vecinos, no sentiría nada, porque aquí nadie castiga. Ni siquiera la víctima albergaría animadversión alguna hacia mí porque así se enseña desde la más tierna infancia. No estaría traspasando ninguna frontera. ¿Qué interés tiene entonces?
- Pero... Por lo que me dice, ustedes poseen entonces un pasado de grandes ofensas mutuas, y por tanto hay una necesidad latente de *algo* que en este momento esta insatisfecha. ¿Cómo han podido superarla? Por decirlo de otra manera, ¿cómo apagan esa necesidad de transgredir la ley que ya no pueden satisfacer con el crimen?

De inmediato, sus ojos y papilas se vieron subyugados por *la pirámide*. Con una forma tal se hallaban dispuestos, en la base, trozos cúbicos de algún tubérculo, finamente cortados. Según se subía hacia la cúspide, una deliciosa amalgama de hierbas de distintos colores, sabores, tamaños, figuras y texturas, seguida de olorosos mariscos, a ciencia cierta cocinados para incrementar el propio sabor; y, coronando aquella majestuosa construcción gastronómica, una especie de corteza repleta de especias, un verdadero puñetazo para los sentidos, a todos los niveles. Una fiesta, en suma...

- No le voy a negar que tiene usted razón. Hay una insatisfacción crónica en nuestra sociedad que, una vez eliminado el crimen, había de ser reconducida. Pues bien, la solución le está rodeando en estos momentos a usted. La comida. No hay otra cosa que pueda producir tanta felicidad, en un moniqueno, que un buen plato, una receta ingeniosa, un paladar bien e inteligentemente alimentado. La gastronomía terminó por eliminar toda esa insatisfacción inherente a nuestra personalidad. ¡A la vista está que sí! No encontrará sociedad mas feliz en todo el Universo, se lo aseguro.
- Sorprendente –murmuró Rangrín.
- Sin duda alguna –farfulló Percaporte, mientras intentaba tragar el bocado y decidir cuál iba a ser el próximo.

Qué diferente era Tririfar a Moniquandia. Las diferencias saltaban a la vista en cuanto se miraba por la ventana del transporte. Una ciudad aberrante, repleta de artefactos y edificios horribles, práctica hasta lo indecible, les esperaba abajo. Los funcionarios que les atendieron, aún cuando correctos, eran fríos y distantes. Mas parecían robots que miembros de la raza humana, todo lo contrario que los moniquenos. Ni una sola construcción que pudiera tomarse por monumento. Ni una sola imagen que pudiera ser considerada obra pictórica. Ni un solo artefacto que, escapando a una ulterior utilidad, pudiera trascenderla y devenir arte. Todo tenía un aspecto descarnado, helado, metálico y falto de creatividad alguna. En el astropuerto, un funcionario les colocó una especie de casco.

- ¿Qué es esto? –espetó Rangrín un tanto contrariado.
- Tranquilícese, señor. Es solo un monitor de sentimientos. No deja orificio alguno. Tampoco secuela psicológica. Un turmaniano no debería preocuparse. Conocemos la bondad intrínseca de ustedes.

Rangrín palpó el casco que cubría ahora toda su diminuta cabeza. En efecto, no parecía haber nada de lo que preocuparse, por lo menos de momento... Ambos dos se dirigieron al Centro de Cálculo de Castigo, versión 5.3. Allí les esperaba el Ministro de Programación, que según tenían entendido, era el que se encargaba de desarrollar los procedimientos de castigo de aquel mundo.

- ¡Qué frío hace aquí!
- Es por los ordenadores –dijo el Ministro mientras extendía su mano de veinte dedos para saludar a los turmanianos.
- ¿Con quién tengo el placer de hablar? –preguntó Percaporte.
- Buclail, René Buclail –dijo el interpelado con una suave reverencia-. ¿Han tenido buen viaje desde el astropuerto?
- Si, si, tienen ustedes un transporte muy efectivo. Bueno, no se si considerará algo descortés por nuestra parte empezar a satisfacer nuestra curiosidad desde momento tan temprano pero... -Percaporte parecía ansioso por salir de allí-. ¿Qué es todo esto del Centro de Cálculo de Castigo? ¿Qué es este casco que nos pusieron en la cabeza nada mas entrar en el país?
- El casco es un monitor de sentimientos. Los llamamos *sentimentocascos*. Sus sentimientos son escaneados gracias a él y convertidos en información digital tratable mediante un ordenador.
- No estoy seguro de querer que mis sentimientos sean almacenados... -advirtió Rangrín.
- Oh, no se preocupe. Sus pensamientos más íntimos están a salvo de cualquier intención morbosa. Ninguno de ellos será monitorizado por un ser humano. Todo es automático aquí, en el Centro de Cálculo de Castigo.
- Versión 5.3 –dijo alguien al fondo.
- Bien, ¿y para qué tanta monitorización? ¿Qué es lo que se hace de manera automática?
- Lo entenderán mejor si les enseño a *La Ley 80.34*.
- ¿80.34 es una versión?
- En efecto.
- ¿Nos va a enseñar una colección de pesados tomos con leyes impresas?
- No –dijo Buclail, con dificultad debido a lo apresurado del paso-. Se trata de una máquina, un ordenador.

- ¿Para qué sirve?
- La Ley monitoriza, descubre crímenes, los juzga y decide el castigo, todo en apenas nanosegundos. Todo ciudadano lleva un casco como el que les hemos puesto a ustedes, no crean que somos chauvinistas.
- Oh, interesante...

Percaporte y Rangrín quedaron asombrados ante La Ley. Se trataba de una monumental construcción, compuesta en sus dos terceras partes por elementos de cálculo interconectados entre sí, capaces, supuso Rangrín, de trabajar coordinadamente. En el tercio restante, se encontraban los elementos de almacenamiento, y Rangrín dedujo enseguida que eran estos últimos en realidad los que más les interesaban como turmanianos.

- ¿Es en esa zona de elementos de color oscuro con luces verdes donde almacenan ustedes la información acerca de lo que puede ser considerado como crimen y lo que no?
- En efecto.
- ¿Y quién ha decidido su contenido?
- No fue cosa fácil... La tecnología es compleja, pero no ha sido su evolución la que nos ha hecho llegar a un número de versión tan avanzado. Cuando una tecnología informática llega a versiones altas, se presupone un diseño inicial pobre, o una implementación nefasta. Las sucesivas versiones no son sino parches que intentan disfrazar un comienzo poco agraciado. Pero en este caso el problema a resolver era tan complejo que no podemos achacar el número a tales motivos. Hay que tener en cuenta de que en estos momentos La Ley tiene en cuenta, a la hora de elaborar sus castigos, más de tres mil trillones de leyes, y renueva o desarrolla el 10% de su contenido en pocos días.
- Realmente impresionante. ¿Quién renueva o desarrolla ese contenido?
- El 90% de nuestra población, de quinientos mil millones según el censo del año pasado, está dedicada a desarrollar leyes. Tenemos departamentos por tipo de crimen, y en ellos cada crimen concreto se desarrolla mediante una taxonomía rigurosa que nos da hojas asociadas a subcrímenes ya muy determinados, que son examinados una y otra vez por el funcionario contratado, que trata de pulir los sentimientos que dan origen al crimen y de tener en cuenta todos los contextos posibles, que serán los que determinen el castigo.
- Luego el castigo es decidido por el funcionario... Esto es en realidad lo que nos interesa: la determinación del castigo.
- No, en absoluto. El funcionario no decide nada con respecto al castigo. Se limita a exponer los sentimientos que están asociados al crimen y los distintos contextos que pueden rodear a éste.
- Y entonces... ¿Quién decide la magnitud del castigo y sus características?
- Eso lo decide La Ley. La Ley versión 80.35 en estos momentos.
- ¿Pero cómo? No lo entiendo...
- Verá. La Ley ejecuta una y otra vez un programa principal basado en técnicas de inteligencia artificial. Vean, vean un resumen del bucle principal en un lenguaje algorítmico que estoy seguro que podrán entender sin dificultad.

Bucle Principal

Para INDIVIDUO de 1 a ULTIMO_CENSO hacer

HAY_CRIMEN = EXAMINAR_SENTIMIENTOS (INDIVIDUO, CRIMEN, CONTEXTO)

Si HAY_CRIMEN entonces

DETERMINAR_CASTIGO (INDIVIDUO, CRIMEN, CONTEXTO)

Finsi

Finpara

- Bueno, es bastante descriptivo –dijo Rangrín-, pero no nos está diciendo nada. Es evidente que el meollo del asunto está en el procedimiento DETERMINAR_CASTIGO, al que veo que pasa como parámetro lo que supongo será el tipo de crimen y el contexto en el que sucedió éste, además del individuo, por supuesto. ¿Quién lo ha programado?
- No hay una programación específica para cada uno de los castigos. Utilizamos unos *algoritmos* llamados de *Estimación de Distribuciones* para elaborarlos. Los conocerá seguramente por su acrónimo: ED. Se trata de un método informático de tipo evolutivo, de eficacia probada durante siglos, que se aplica a problemas combinatorios complejos.
- ¿Inteligencia artificial? Por Turmania... ¡Que me metan un dedo en mi único ojo si eso ha llegado a funcionar alguna vez! -exclamó Percapote bastante escandalizado-. ¿Confían el castigo a un procedimiento aleatorio, que una vez puede devolver un castigo y otras veces otro distinto, siendo el crimen el mismo?
- En sus palabras puedo constatar que desconoce, en realidad, en qué consisten los algoritmos ED. Permítame explicarle someramente su funcionamiento...
- No soy informático, seguramente no lo entenderé...
- Intentaré explicárselo usando el menor número de tecnicismos... Básicamente, ¿qué entiende usted por una ley *buena*, por un castigo *correcto*?
- Bueno, una ley buena es aquella que asigna a cada crimen el castigo justo. Ni mas ni menos.
- Pero en realidad usted no está definiendo lo que es una ley buena. Ha utilizado la expresión *castigo justo*, pero no sabe lo que es. Si lo supiera, no estaría aquí...
- Pues no le falta a usted razón –Rangrín estaba algo desconcertado. No intuía el destino de las palabras de Buclail -. ¿Y lo saben ustedes?
- No exactamente. Nosotros creemos que el castigo justo es imposible de encontrar de una manera determinista. Es decir, cuando dejamos caer una pelota desde lo alto de un edificio, podemos saber con qué velocidad llegará al suelo y el punto exacto en el que entrará en contacto con éste, y todo esto basándonos en el contexto del suceso, esto es, en la gravedad del astro, en la forma de la bola, en la dirección del viento, etc. Pero con los crímenes, hay un factor aleatorio.
- ¿Cuál?
- Los sentimientos del propio ser humano, en tanto que agresor y en tanto que víctima. Por ejemplo un grupo de ciudadanos, en tanto que posibles víctimas, puede considerar como un crimen atroz a una broma pesada o de mal gusto. Otro grupo sin embargo, también pensando en sí mismo como posible víctima, puede no darle tanta importancia. El crimen es el mismo, pero los distintos grupos humanos lo interiorizarán de manera diferente, y para cada uno de ellos el castigo tiene que ser diferente. Otro tanto pasa con el agresor. Si alguien roba a alguien para alimentar a sus hijos, ¿es eso un crimen tan grave como el que roba con el simple objetivo de hacer el mal? Distintos agresores prologan con distintos sentimientos la consecución del crimen.
- Bien, tenemos distintos contextos sentimentales asociados a un determinado crimen. ¿Qué hace el algoritmo ED con ellos?
- Dado un crimen y un contexto sentimental, les asocia varios castigos distintos, de manera aleatoria al principio, y examina los sentimientos ante cada uno de ellos no solo de las personas implicadas sino de toda la población de la nación. Este proceso, que dura nanosegundos, no es advertido por los individuos. La información relativa al crimen y a la sanción es ingresada en el cerebro a través del casco, y la reacción sentimental recogida por los sensores antes de llegar al nivel de conciencia del

individuo. La Ley utiliza los cerebros de todos nosotros para saber qué les parece a los ciudadanos de Tririfar sancionar tal crimen con tal castigo, pero sin que ninguno de nosotros lo aprecie debido a la velocidad del proceso. Sus cerebros también están siendo utilizados en este momento para tal fin...

- ¡Caramba! –Percaporte sujeto el casco como si se le fuese a caer.
- La Ley asigna una puntuación a cada castigo y emplea esa información para generar un nuevo conjunto de castigos que se asemeje más a aquellos que han obtenido una buena puntuación en la consulta anterior; Y vuelve a realizar una nueva consulta a través de todos los sentimentocascos a fin de puntuar las nuevas propuestas. De esta manera, los elementos de los sucesivos conjuntos de castigos propuestos son todos cada vez más parecidos entre sí, hasta que llega un momento, el de la *convergencia*, en el que La Ley solo es capaz de proponer un conjunto compuesto por el mismo castigo repetido una y otra vez. Y ese es el castigo que finalmente se aplica.
- Bueno... Confieso que en un primer momento estaba escandalizado. La posibilidad de dejar que una máquina tomara ese tipo de decisiones al azar me parecía una aberración. Pero veo que La Ley tiene en cuenta las opiniones de todos los humanos del planeta. En cualquier caso, Turmania carece de su tecnología...
- Estaremos encantados de exportarla. Eso sí, me temo que no nos es posible hacerlo gratis.
- Lo suponía –dijo Rangrín apesadumbrado-. Desgraciadamente, no creo que Turmania tenga suficiente dinero para hacerse con ella, y además tampoco pienso que este sistema, informáticamente hablando, fuese a tener el mismo comportamiento en nuestro planeta.
- ¿Por qué?
- Ustedes son quinientos mil millones. Nosotros cincuenta y tres individuos. Es mucho más fácil encontrar patrones válidos en grupos numerosos. En Turmania, el algoritmo nunca llegaría a la convergencia...

8

El pobre Percaporte no dejaba de sudar. Rangrín, menos voluminoso y por tanto más ágil, no cabe decir que disfrutara con la empinada cuesta, pero por lo menos no lo estaba pasando tan mal. Todo hay que decirlo, el ansia por conocer del primero era aún más intensa que su sufrimiento físico, y como quiera que Rangrín lo único que deseaba era regresar a Turmania de una vez, puede decirse que ambos se encontraban en el mismo estado de padecimiento. Los que no parecían experimentar ningún tipo de molestia eran los monjes Gabhinosanos que los acompañaban, que parecían estar bajando hacia arriba de lo prestos que parecían sus movimientos. Seguramente habían subido y bajado aquello miles de veces a lo largo de sus sacrificadas vidas en aquellos parajes de Misionaria. No fue pronto, pero apareció finalmente: el Castillo del Castigo se erguía, imponente, vertiginoso, ante sus cabezas. Lo empinado del acceso, unido a las alargadas líneas verticales de la construcción, producía un mareo en toda regla que no desaparecía hasta franquear las enormes puertas de entrada.

- El Padre Gabhinosano Alfa les espera en sus aposentos –dijo uno de los monjes-. ¿Desean tomar algo antes de hablar con él?
- No es nec...
- Sí, ¡por favor! –interrumpió Percaporte.
- De acuerdo, siganme.

Rangrín siguió al grupo a regañadientes. Pronto entraron en una sala austera, con apenas una mesa y unos cuantos taburetes, sin ornamento alguno. La sociedad de Misionaria, fundada por Ornal Gabhinoso hace cientos de años, siempre le había parecido a Rangrín considerablemente

peculiar. Era evidente que estaban inmersos en una Edad Media similar a la que sufrió en su momento el planeta Tierra, ese que ahora se encontraba poblado por aproximadamente ocho mil millones de degenerados. El hecho de que Misionaria hubiera llegado a tal estado no era algo a destacar: todos los planetas y todas las sociedades atraviesan una época de oscuridad en la que la línea horizontal del progreso se detiene y se torna sobre sí misma, dando media vuelta y comenzando a girar en torno al mismo punto. En la Tierra, este punto fue un supuesto Dios, omnímodo y omnipotente. En Misionaria, estructurada en miles de monasterios en los que un Padre Gabhinoso alfa se encargaba de ordenar la vida dentro del recinto, el punto era la Madre Gabhinoso. Si bien había un Padre Gabhinoso alfa por monasterio, secundado por varios Padre Gabhinoso beta nombrados, faltaría más, por el alfa, Madre Gabhinoso solo había una. De los motivos por los que una colonia antigua de humanos había acabado compuesta por una única hembra y tres mil millones de machos, mucho se ha escrito y se escribirá. Quizás, la tradición cultural original de aquella sociedad, en la que se despreciaba a la hembra como a un ser inferior, tuviera algo que ver. El caso es que ahora la hembra, la *única* hembra, no solo *no* era considerada de menor rango intelectual, sino que dirigía los destinos de todos los monasterios del planeta. Se mantenía en constante contacto con los Padres Alfa a través de complejos sistemas de comunicación telepresenciales. Y aquí estribaba en realidad lo chocante de Misionaria: la tecnología era del más alto nivel. Así, si bien la estancia en la que se encontraban solo contenía lo justo para realizar un almuerzo, en una esquina brillaba un proyector de presencias, en otra un detector de desperdicio, en el techo una *luz alfa* que constantemente recordaba a los monjes, con una ingeniosa manipulación del espectro electromagnético, qué se esperaba de ellos. Una suerte de lavado de cerebro sutil, pensó Rangrín, pero lo cierto es que aquella sociedad mantenía unos niveles de criminalidad ridículos, y aunque sus bases fuesen igualmente ridículas intelectualmente hablando, era necesario saber de sus métodos de castigo, dada la situación en la que se encontraba Turmania tras aquel *desgraciado* incidente.

- Ingiera alimento, señor Percaporte, y demos gracias a la Madre Gabhinoso por el mismo.
- Esto... Sí, démoslas, por supuesto - ¿Darlas? Aquello no las merecía, pensó Percaporte. Se trataba de un cuenco lleno de agua fría con extraños tropezones flotando en ella, quizás algún tipo de proteína vegetal poco elaborada. Ah... Moniquandia... -. Frugal pero alimenticio. ¡Gracias!
- ¿Usted no desea almorzar?
- No, gracias –dijo Rangrín-. No tengo hambre. ¿Cuándo nos podrá recibir el Padre Gabhinoso Alfa?
- En cuanto el señor Percaporte termine su almuerzo...
- Pues ya he terminado –se apresuró a decir.

Los lúgubres, helados y húmedos pasillos que les llevaron a la estancia del Padre Alfa les hicieron sentirse incómodos a ambos. Una tecnología tan avanzada como para crear la Sala del Renacimiento, y sus creadores no eran capaces de instalar un deshumidificador, una estufa y una simple bombilla... En fin, a veces las sociedades humanas cometían incongruencias de este tipo. Echando una mirada atrás a sus anteriores viajes, Rangrín empezó a pensar que el ser humano era intrínsecamente incongruente, cualquiera que fuese su raza o tendencia evolutiva. El Padre Alfa les recibió sin quitarse la capucha de la túnica, como el resto de los monjes había hecho antes que él. ¿Alguien sabría cómo era realmente un monje Gabhinosiano? ¿Lo sabrían ellos mismos?

- Padre Gabhinoso Alfa, es un placer y un honor que se haya prestado a contarnos su experiencia en torno al tema que nos ocupa...
- Me gustaría poder decir que la decisión surgió de mí—dijo el Padre Alfa con una paz de espíritu admirable, no exenta de prepotencia—. Pero lo cierto es que nosotros, en tanto que machos, somos falibles. Cometemos errores. Por lo tanto, no debería ocultarles que es una hembra, *la hembra*, la que ha tomado la decisión de concederles aquello que nos pidieron.
- Sí... Estamos al corriente de esa característica de su sociedad. Pero no perdamos mas tiempo y hablemos de castigos. ¿Existe el crimen aquí en Gabhinoso?
- Por supuesto. Somos tres mil millones de machos. Tiene que haberlo.
- Bien... ¿Y cómo lo afrontan? Para empezar... ¿Quién decide si un individuo ha cometido un crimen? —Y mientras Rangrín formulaba la pregunta, fue consciente de lo poco necesario que era realizarla, por lo evidente de la respuesta.
- La Madre Gabhinoso, por supuesto.
- Supongo que la intensidad del castigo también es decidida por la Madre Gabhinoso...
- No.
- ¿No? —repitió Percaporte.
- No, ya que no cabe hablar de intensidades, puesto que hay un único castigo, sea cual sea el crimen.
- ¿Quizás la muerte, como en isla de Bahrl?
- No exactamente. Nosotros lo llamamos renacimiento.
- ¿En qué consiste?
- Bien, primero extraemos células del infractor para registrar su ADN. Tras el registro, lo clonamos, y educamos al nuevo individuo, desde las primeras fases de la gastrulación, en las salas de reeducación del monasterio. De esta manera nos aseguramos de que el crimen concreto cometido no se volverá a repetir, por lo menos en tanto que cometido por ese individuo, al que en estas fases llamamos *noviciano*. Cuando el individuo reeducado supera la edad en la que el original cometió el crimen, se convierte en monje y es devuelto a la sociedad Gabhinosana.
- ¿Y qué hacen ustedes con el individuo original?
- Lo transformamos en sus proteínas y grasas fundamentales, que sirven después como alimento de la comunidad —Percaporte notó unas ligeras náuseas. Ahora era consciente de que no había visto huerta alguna por ninguna parte...
- Ergo lo matan... ¿no? De nuevo el castigo es la muerte.
- Nosotros no lo vemos así... En realidad no lo estamos castigando, sino que le estamos dando una segunda oportunidad. El clon es, a todos los efectos, excepto quizás en el educativo, idéntico al individuo original. Le damos la ocasión de servir a la Madre Gabhinoso sin separarse del camino que ella nos traza, y que una versión suya de macho imperfecto abandonó, debido a lo falible de su intelecto.
- Vaya, aquí también juegan con las versiones. ¿Alguna vez superan la segunda versión de un mismo individuo? ¿Han tenido versiones 3.0, ó superiores, para un criminal concreto?
- Sí, claro. Todos nosotros en realidad. Yo mismo no soy un 1.0. Sólo existe un único individuo 1.0 en Gabhinoso.
- No me lo diga: la Madre Gabhinoso.
- En efecto.
- No le voy a negar que podría resultarme muy interesante una breve conversación con ella.
- Ni se lo plantee —respondió algo incómodo el Padre Alfa ante la pretensión de Rangrín—. Como le decía, la media, aunque fluctúa constantemente, es de unos 323.0.
- Vaya... Es evidente que no pasan ustedes hambre... Tenía entendido que el índice de criminalidad aquí era muy bajo.

- Verá, nosotros llevamos el renacimiento también al terreno de las estadísticas. Cada versión nueva, pura e inmaculada en su amor a la Madre Gabhinsa, sustituye a todos los efectos a la versión anterior, eliminándose por tanto de nuestras bases de datos todos sus crímenes.
- Ya veo... -“Maquillando las estadísticas, así cualquiera”, pensó para sus adentros Rangrín.
- Bien... creo que hemos recopilado toda la información que necesitábamos –la voz de Percaporte sonó categórica.
- ¿Desean comer antes de partir?
- Creo que no...

9

Rangrín dudaba, pero mucho, que en el planeta Sxhdf (versión libre de lo que podría ser una pronunciación fonética del nombre original) pudieran encontrar algo que sirviera a sus propósitos. Si había un grupo de humanos cuya evolución pudiera considerarse la más radical y exótica del Universo entero, a buen seguro que era éste. Nadie sabe muy bien qué condiciones físicas hicieron nacer en sus genes la necesidad del caparazón orgánico de cristal. Ni porqué abandonaron la comunicación verbal e inventaron el alfabeto táctil. Visualmente, parecían escarabajos de cristal, con los brazos surgiendo, largos y escualidos, de la barbilla. Las manos, enormes, terminaban en largos dedos, con un número de falanges a todas luces exagerado. Era de esperar, ya que habían de recoger la espléndida sutileza de su lenguaje mediante los otro tanto sutiles movimientos de la yema de sus dedos, y esto último sobre la superficie de sus interlocutores. Acaso la imposibilidad de *hablar* a muchos individuos a la vez había estrechado los lazos entre los miembros de la sociedad de Sxhdf: de hecho, solo existían comunicaciones vis-a-vis, pues se necesitaban las dos manos para expresar todos los conceptos que manejaban los habitantes de aquel lugar, la mayor parte de ellos sin traducción posible al Turmaniano. Quizás sin traducción posible *y punto*. Era evidente que rechazaban conscientemente la técnica, puesto que una inteligencia como la de ellos les habría colocado sin esfuerzo a la vanguardia tecnológica del Universo conocido. Por algún motivo, sin embargo, se mantenían viviendo en colonias de cristal, como insectos, unos encima de otros, sin construir nada, sin modificar nada, sólo comunicándose. La organización aparentaba un orden perfecto e innato en torno a un bucle basado en la alimentación. Los individuos se apilaban formando torres de cristal de unos ochenta metros. Los de la base la abandonaban, uno a uno, para alimentarse de los minerales que se encontraban en torno a la torre, y tras saciar su hambre subían en espiral hasta lo alto de la misma. Esta subida en espiral no tenía otro propósito que comunicarse con el resto de la colonia. Así, el movimiento de los dedos era frenético, casi se diría enloquecido, durante la escalada. ¿Qué se estaban diciendo? Era evidente que hablaban, pero... ¿de qué?

Percaporte y Rangrín no pudieron establecer ningún tipo de contacto con ningún tipo de ministerio en Sxhdf. Ni siquiera había estadísticas sobre porcentajes de crimen. En realidad no había estadística de ningún tipo... Sin embargo, un planeta próximo, de escaso interés, y que atendía al nombre de Pasifar, contenía una sociedad de científicos, algunos de los cuales se había interesado por los habitantes de Sxhdf y llegado a unos niveles de entendimiento aceptables del idioma táctil. Habían empleado cientos de años en ello. Desgraciadamente, el nivel de desarrollo de Pasifae en cuanto a la determinación del crimen y, sobre todo, del castigo, era bastante pobre: una simple lista de leyes arbitrarias y castigos igualmente arbitrarios, interpretados cada vez de manera diferente, según las particularidades del juez y, principalmente, del contexto político y social que le rodeaba en el momento del juicio. En

cuanto a Sxhdf, aun cumpliendo el rol pasivo y supuestamente inferior de una sociedad *estudiada*, Rangrín veía en sus cristalinos humano-escarabajos una posibilidad de trascender todos los métodos de castigo conocidos. Esos seres parecían inmersos en un bucle de alimentación eterno y, aunque dotados de inteligencia y de un rico lenguaje, no parecían cometer crímenes. ¿Por qué? ¿Era un castigo, concertado y espantoso, el que lo impedía? La astronave de los turmanianos aterrizó, cansinamente, en el astropuerto principal de Pasifar. Tanto Percaporte como Rangrín hubieron de proteger su ojo con una gafa oscura. Aunque la temperatura era agradable, la cercanía del sol amarillo en torno al cual giraba Pasifar hacía que todo se tiñese de ese color de una manera intensa e insoportable. Los pasifarianos parecían acostumbrados a ese destello interminable, pero los turmanianos vivían bastante alejados de su estrella azul, aunque la temperatura en superficie fuera similar, y sus sentidos acababan saturándose.

- Bienvenidos –dijo distraídamente un afable pasifariano de luengas barbas y ojos ojerosos.
- Bienhallados –respondió, divertido, Percaporte. La verdad es que había algo en aquellos científicos que los hacía entrañables. Acaso la paciencia de la que hacían gala. O quizás fuese el infantil interés por sus investigaciones. No, en cualquier caso, su coeficiente intelectual, que si bien no era bajo, tampoco era especialmente interesante-. Bien, comprenderá nuestra ansiedad por conocer qué nivel de entendimiento han logrado ustedes en relación a la idiosincrasia de sus vecinos...
- Claro... Bueno, he de decirles que nos queda mucho para entenderlos del todo, pero es mejor que nada, ¡qué caramba! Nuestros ingenieros están preparando el cohete que les llevará hasta Sxhdf en aproximadamente treinta días...
- ¿Treinta días? No se ofenda, mi querido...
- Ashelmil, me llamo Ashelmil.
- Mi querido Ashelmil... Nosotros los turmanianos no podemos pasar tanto tiempo fuera de Turmania. ¿Ha oído hablar de la fiebre de Nilocao? Nuestras visitas a los sistemas solares externos han de durar como mucho una semana. ¿Treinta días para llegar a un planeta que se encuentra en este mismo sistema estelar? Usaremos nuestra nave, desde luego. Les llevaremos con nosotros. Estaremos todos allí en un par de horas...
- Mi querido Percaporte... -había un pequeño tono de burla condescendiente en su voz, pero que sin embargo no se hacía irritable-. Me temo que entonces vamos a tener un problema. Si van ustedes con su nave allí, a buen seguro que no van a descubrir nada. Y no lo digo porque nosotros no les acompañemos, que también, sino porque los habitantes de Sxhdf son muy sensibles a las novedades. En cuanto ustedes pisaran el planeta, con su nave velocísima y de sutil aterrizaje, las torres se *desplazarían*. Ha pasado otras veces: desaparecen, nadie sabe adónde van. Bueno, por lo menos no lo hemos conseguido descubrir en los últimos trescientos años, de años pogo-pasifarianos, se entiende.
- Pogo es su sol, ¿no?
- Sí, y el transcurrir del año aquí es extremadamente lento. Aunque no tanto como el turmaniano, desde luego...
- ¿Y de su módulo de aterrizaje pasifariano? ¿No huyen de su módulo de aterrizaje?
- Tardamos doscientos años en ganarnos su confianza. Quizás, precisamente, por lo rudimentario de nuestra tecnología. Montamos una verdadera verbena cada vez que aterrizamos ahí: nadie con aviesas intenciones anunciaría su llegada con semejante estruendo. Bueno, ustedes verán, pero esto es lo que hay.

Percaporte y Rangrín se miraron. Los pasifarianos no parecían muy listos, pero aún menos parecían unos mentirosos ni, más importante, humanos que antepusieran sus egos a lo correcto

y lógico del comportamiento, por lo menos de manera general. Así que los dos suspiraron ante lo inevitable de las fiebres. El que habló fue Percaporte.

- Si de alguna manera les he molestado con mis palabras, lo siento, porque no fue mi intención real hacer gala de la típica prepotencia turmaniana. Con gusto les acompañaremos en ese viaje de treinta días y estoy seguro de que extraeremos valiosos conocimientos de la experiencia –Fácil de decir, desde luego, pero Percaporte empezaba ya a sentir más calor.
- ¡Fantástico! –respondió Ashelmil.

10

Si lo que experimentó como mas horrendo e insoportable fue la incomodidad de los asientos del módulo de aterrizaje, o la insulsa conversación de los pasifarianos, o las deleznable barritas de alimento que había que comer a cientos, Percaporte no era capaz de determinarlo. Todo ello se convirtió en una amalgama de molestia que se vio incrementada varios enteros debido a la fiebre, que tomó el mando de su digestión en general y movimiento estomacal en particular, hacía unos quince días. Rangrín no lo estaba pasando mejor. Acaso no se le notaba tanto, pero eso daba igual: era turmaniano, y en tanto que tal, la falta de Turmania significaba sufrimiento físico y psíquico. Así había sido siempre, así era en aquellos momentos, así sería hasta el fin de los tiempos. Bueno, hasta el fin de Turmania. O mas bien, hasta el fin de los turmanianos.

- Queridos Percaporte y Rangrín... ¡Estamos llegando! –exclamó Ashelmil.

Haciendo un verdadero esfuerzo para interesarse por algo, Rangrín miró por el ojo de buey que tenía a su derecha para ver si distinguía alguna de las torres de cristal, pero no fue así. La reducida estancia en la que se encontraban, atados a los asientos del modulo de aterrizaje, con vibraciones espantosas y constantes, estaba iluminada con una luz amarilla intensa. El exterior, en cambio, estaba completamente oscuro, así que no veía mas allá de su propio reflejo. Pogo era en realidad un sistema doble, con una compañera azul situada a muchas UA de distancia. Y a otras tantas de ambos astros se encontraba Sxhdf, que sin embargo giraba en torno a Pogo-azul, ya que se encontraba bastante más cerca de ella que de Pogo-amarillo. Lo cual no quería decir mucho, ya que Pogo-azul apenas era un poco más brillante que el resto de las estrellas que podían verse en los cielos de Sxhdf. Sí, en verdad aquel planeta era lo más frío, oscuro, extraño e inhóspito que podía existir en el Universo. ¿Qué podía haber llevado a los seres humanos hasta allí? Y, sobre todo, ¿qué les había hecho *quedarse*? ¿Quizás el motivo estuviera relacionado con el crimen y el castigo? Una vibración considerablemente más fuerte que las demás anunció el aterrizaje.

- No olviden colocarse el casco respiratorio –advirtió Ashelmil-. En la superficie casi no hay aire, aunque en el subsuelo, donde viven los humanos de cristal, podremos quitarnos el traje presurizado.

Percaporte reflexionó. Ashelmil les había llamado *humanos de cristal*, mientras que él mismo pensaba más en ellos como *escarabajos de cristal*. No debía olvidar que, fuere su aspecto el que fuere, eran *humanos*. Tan humanos como Rangrín o como él mismo. O como Ashelmil, que había interiorizado la condición humana de aquellos seres, seguramente porque sabía más de ellos que cualquier turmaniano. La bajada por la escalerilla y, aún más, el lento caminar por

aquellos parajes de piedra retorcida, que apenas reflejaba la débil luz azul de la lejana estrella, se hicieron interminables. Finalmente llegaron, exhaustos, a la angosta entrada a una caverna, que hubieron de franquear uno a uno. Percaporte estuvo atascado un buen rato, pero entre todos consiguieron que pasara al otro lado. Nuevamente, un camino descendente, éste menos accidentado, puso a prueba los músculos de sus piernas. Acaso por la costumbre, o por una fuente de luz no identificada que poblaba aquellos subterráneos, el caso es que el grupo empezó a distinguir sin problemas lo que le rodeaba hasta una distancia considerable. Eso sí, todo parecía envuelto en una neblina azul, que sin embargo se hacía más hospitalaria que la enrarecida superficie.

- Ya estamos lo suficientemente abajo... Pueden quitarse los cascos. Cuanta más superficie corporal tengan expuesta, mayor será su nivel de comprensión.

¿Cómo? ¿Iban a *hablar* directamente con ellos? Esto Percaporte no se lo esperaba. Pensaba en algún tipo de traducción por parte de los pasifarianos, pero parece ser que la comunicación iba a ser directa. De todas maneras, el nivel de comprensión sería realmente bajo, por fuerza... Tras unos cuantos giros, se abrió ante ellos, majestuosa, una de las grutas donde vivían los humanos de cristal. Inmensa... ¡apabullante! Sin duda, había kilómetros entre un extremo y otro. Y a lo lejos, en el centro de tan mastodóntica construcción de la Naturaleza, mimetizadas con el fulgor azul de los minerales de las rocas que las rodeaban, las torres de cristal. Percaporte, estupefacto, no conseguía recordar ninguna joya visualmente más preciada que aquellos cilindros irregulares de cristal. Rangrín, en cambio, fijó su mirada y su intelecto en los movimientos de los dedos de aquellos seres, en un intento baldío de entender qué se decían, y no menos baldío cuanto más se acercaban a la torre más cercana.

- Parece imposible que puedan mantener el equilibrio de una manera tan coordinada... - susurró Rangrín.
- Son todo una misma cosa, y a la vez muchas –dijo Ashelmil. El resto de los pasifarianos que les acompañaban asintieron.

Una vez llegaron a la base de una de las torres, pudieron apreciar mejor el tamaño de cada humano de cristal, aproximadamente la mitad de un turmaniano, unos dos metros escasos. La idea era despojarse del traje presurizado y colocarse en algún punto de la torre, de manera que en la subida en espiral de alguno de ellos, parte de la superficie del cuerpo pudiera quedar en contacto con sus dedos, y así lo hicieron todos. Acercarse a esa bulliciosa torre, en la que todo el mundo hablaba con todo el mundo constantemente, producía una mezcla entre miedo y emoción.

Tras unos minutos de espera, todos advirtieron que Percaporte iba a ser el primero en establecer contacto: un humano de cristal se acercaba a su cuerpo a considerable velocidad, después de haberse alimentado del mineral que poblaba por doquier aquella gruta solemne. Pronto notó el turmaniano los dedos moviéndose sobre su brazo izquierdo, y la gama individual de presiones y de direcciones de las evoluciones de cada uno de ellos le dejó pasmado: aquel lenguaje era extremadamente complejo y... ¡Y no podría comprenderlo nunca!

El viaje de vuelta fue tan espantoso como el de ida. Pero el aterrizaje fue, incluso, peligroso. Los pasifarianos, en vez de instalar retropropulsores en sus artefactos de transporte (por llamarlos de alguna manera), ¡los dejaban caer sobre sus océanos! El choque contra la superficie del agua era inhumano, y tanto Percaporte como Rangrín estuvieron doloridos durante semanas (semanas *turmanianas*). En cuanto a la experiencia con los humanos de

cristal había que decir que, pasados los primeros instantes de desconcierto ante el contacto con un grupo humano tan fascinante, en lo que se refiere al tema en cuestión del castigo y demás, resultó finalmente bastante decepcionante. Sí que es cierto que con el tiempo, en los dos días pogo-pasifarianos que permanecieron en la gruta, notaron patrones recurrentes, que con la ayuda de los pasifarianos lograron interpretar. Pero eran tan solo frases aisladas y sencillas como ¿Quién eres?, ¿De dónde vienes? ¿Vivís en colonias?, ¿Quieres acompañarme a comer mineral? Los contenidos conceptualmente más complejos parecían escaparse siempre. En cierto momento, Ashelmil tomó la iniciativa en la conversación e intentó preguntar: ¿Hay crimen en la colonia? Pero resultaba difícil expresar el concepto de crimen con el lenguaje táctil, y probablemente los humanos de cristal no le entendieron. En varios momentos, sin embargo, pudieron ser conscientes de la insaciable curiosidad de aquellos seres. Notaron preguntas, las mismas, una y otra vez, aunque imposibles de responder al desconocerse su significado. El no poder comunicarse de manera plena con aquellos humanos tan inteligentes y de lenguaje tan rico era muy frustrante. Pero en cualquier caso, en el viaje de vuelta a Turmania, Percaporte y Rangrín llegaron a la misma conclusión en lo que se refiere al motivo que les había llevado hasta allí. Efectivamente, en Sxhdf el crimen no existía. Pero no existía porque para que haya crimen, ha de haber una víctima y un criminal diferenciados, y aquellas torres de humanos eran todas ellas la misma cosa. Percaporte las llamó *clusters de humanos*. Quizás los turmanianos, a través de su amor por Turmania, pudieran llegar en el futuro a tal nivel de compenetración, a un nivel de empatía tan grande como para considerarse plenamente Turmania y no seres humanos individuales, pero para Percaporte era evidente que él no era Rangrín, y para Rangrín era evidente que él no era Percaporte, así que tal situación estaba un tanto lejos de darse en esos momentos. Y era en esos momentos cuando habían de resolver, y ya sin más dilación, el gran problema: ¡cómo castigar el primer delito en Turmania!

A pesar de la premura, tanto Percaporte como Rangrín no dudaron en visitar otros sistemas en busca de otros tantos modos de castigo o de reparación del crimen. Tal había de ser su cometido, puesto que no hay mejor manera de evitar los errores que conocer los de los demás. Encontraron de todo. De los regímenes, estudiados en los últimos viajes, que habían pergeñado pintorescos modos de reparación, los dos más interesantes eran el de *Jamonha* y el de *Chadisso*. De entre el auténtico caos que reinaba en una sociedad, la jamonhana, completamente mediatizada por una droga legal, el *kayijoyote*, extrajeron, entre alucinación y alucinación, poca cosa, pero lo más importante, que la sociedad jamonahna era consciente de que su solución no era la adecuada, pero se había autoconvencido de lo contrario. Cuando alguien quebrantaba la ley, y hacía falta mucho y grave para que eso sucediera, los jamonhanos, en vez de prender al infractor, pretendían viajar al pasado, al momento de la infracción. Una vez en ese tiempo anterior, impedían la consecución de la misma, de manera que en el momento mismo en el que uno de sus valientes *aventureros* –así los llamaban– la abortaba, el mismo aventurero desaparecía del pasado, pues al no existir ya la infracción, desaparecía simultáneamente en el futuro la necesidad de viajar al pasado a impedirla. Un galimatías importante y sorprendentemente creativo, teniendo en cuenta la influencia nefasta que tenía el *kayijoyote* en la capacidad de atención de sus consumidores. Percaporte y Rangrín estuvieron presentes en varios de esos viajes al pasado, y lo cierto es que no notaron que el aventurero se moviera del sitio, si bien eran los únicos que, en el lugar en el que se realizaban los viajes, no habían tomado *kayijoyote*. Era otra posibilidad: pretender que el castigo era justo y autoconvencerse de ello, aun cuando se supiera internamente que no tenía porqué serlo. Es de suponer que el éxito este sistema solo dependía del número de personas dispuestas a suspender el juicio de tal manera. Si este número abarcaba el 100% de la población, que era lo que sucedía en Jamonah, pues todos contentos. Por descontado que era imposible aplicarlo en

Turmania, aún cuando el número de ciudadanos fuese bastante inferior... El caso de Chadisso era similar, por lo que ambos planetas debían haber compartido, forzosamente, un origen común. También utilizaban una droga, en este caso un gas denominado *hijolote*, para enviar “aventureros” (ellos los llamaban *examinadores*), pero en este caso hacia el futuro. Lo que trataban de averiguar era si el criminal iba a reincidir. Si era así, se le daba muerte, y si no, simplemente se lo liberaba, daba igual lo que hubiese hecho. Quizás la decisión dependiera de la dosis de hijolote, que se aplicaba con aparatos de dudosa calibración, o de la capacidad de asimilación del gas que tenía cada examinador. La diferencia de creatividad entre ambos espejismos de justicia se debía, probablemente, al diferente daño cerebral de la sustancia que se utilizaba para “viajar”: el hijolote era mucho más dañino para el organismo que el kayijoyote.

En cuanto al método de castigo, había varias opciones que surgieron en otros tantos viajes. Por ejemplo, estaban las involuciones de la evolución en *Sarcasusa*, en las que los reos eran convertidos en animales. Sus dirigentes pensaban que un criminal no debía ser considerado como humano, y lo convertían en animal de compañía o en ganado. En una pequeña provincia del mismo planeta los reos eran convertidos en plantas, debido probablemente a que sus habitantes eran vegetarianos. Era de esperar que, en momentos de hambruna, el índice de criminalidad se incrementara como por arte de magia... En el planeta *Mlangeres*, los ofensores eran transformados en ciborgs para que sirvieran de por vida a los ofendidos (un robot siempre es más fácil de controlar que un humano). Era otra manera de negar la humanidad al que delinque, aunque menos radical que la de *Lossa*, donde se transformaba a los culpables en cosas. Percaporte experimentó extrañas sensaciones en ese planeta, ya que por un lado su intelecto rechazaba tan bárbaro proceder, pero por otro se entusiasmaba ante las cosas producidas, obras de arte verdaderamente sublimes. Convertir el crimen en arte, y no de la manera en la que se entiende normalmente la frase: esto parecían querer conseguir los lossanos. Rangrín en cambio no se sintió especialmente entusiasmado por el arte lossano: cuestión de gustos. En *Oasissi* eran más prosaicos, ya que cedían el juicio a la Suerte, en tanto que deidad, abandonando al reo a su suerte, y nunca mejor dicho, en uno de los innumerables y peligrosos desiertos que cubrían todo el planeta, repleto de sol, sed y alimañas; si la Suerte acababa sonriendo, era indudable la inocencia... Otro sistema curioso era el que giraba en torno a la estrella *Majato*, que consistía en dos planetas gemelos, *Majato jr. A* y *Majato jr. B*. Se daba el caso de que lo que uno consideraba delito, el otro lo consideraba virtud, y viceversa. De manera que *Majato jr. A* desterraba a *Majato jr. B* a sus maleantes, pero aceptaba gustoso el desembarco en sus tierras de los maleantes de *Majato jr. B*. Curioso en verdad, pero inaplicable a Turmania ya que... ¡Turmania solo hay una! En un par de planetas, Percaporte y Rangrín tuvieron que hacer las maletas con algo de premura, ya que cometieron crímenes sin pretenderlo, pues dichos astros tenían sistemas de reglas complejísimo que los ciudadanos estudiaban desde la infancia (ninguno de los dos llegó a saber qué ley había quebrantado antes de experimentar la necesidad de volver a Turmania). En otros tantos tuvieron que escapar de un secuestro en toda regla, ya que lo que se consideraba como crimen era precisamente salir del planeta. Percaporte se habría quedado en uno de ellos, de no ser por la fiebre de Nilocao, puesto que la gastronomía era excelente y el trato afable. Pero en el otro sus habitantes pretendían, de cara a los extranjeros, alimentarse de lo que llamaban ellos *energía vital*, que surgía de manera espontánea –tan espontáneamente como había de ser su absorción– en determinados ritos aberrantes a los que eran muy aficionados. Tras asistir a varios de esos ritos durante una semana, y notar en sus cuerpos que la pérdida de peso era importante y equivalente a no haber comido nada durante la misma, Percaporte y Rangrín supusieron que la ingesta de alimento de esas gentes, independientemente de la condición de éste, se hacía en la más estricta intimidad, y que todo era un montaje enloquecido para acabar con cualquier visitante extranjero. En resumen, que el crimen consistía en ser extranjero, y el castigo era la muerte por inanición. En fin, en cuanto al binomio crimen-castigo, todo eran soluciones sin lógica alguna que huían del sentido común. Al final de todos estos viajes, Percaporte y Rangrín

se dieron cuenta de que estaban como al principio. Había remedios más o menos buenos, pero que funcionaban sólo en una sociedad concreta, con unos intereses y una idiosincrasia determinados. Ninguno de ellos iba a ser válido en Turmania...

12

- ¡Viva Turmania! Bien... ¡Examinemos los hechos! Pensemos en qué castigo habría utilizado cada una de las sociedades que hemos visitado ante el crimen que nos ocupa -. Dicho esto, Rangrín tomó unos papeles en sus manos y comenzó a describir el, para los turmanianos, espantoso crimen. Toda la sala enmudeció, entre aterrorizada y asqueada, ante tal desglose de ofensas y actos anti-natura. El mismo Rangrín tuvo que callar en un par de ocasiones para encontrar de nuevo, en algún sitio, su compostura. No solamente le desconcertaba el crimen en sí, sino el hecho de que un turmaniano pudiera haber sido capaz de una acción tan abyecta como esa.
- Creo que todos compartimos nuestro horror y repugnancia ante los hechos que nuestro compañero Rangrín ha expuesto –dijo Percaporte-. Pero de lo que se trata no es de lo que sentimos, que aunque evidente y general, puede ser algo enteramente subjetivo. Primero debemos dilucidar si esta acción es susceptible de castigo. Y una vez obtenida la respuesta, si es afirmativa, debemos asignarle uno, pues el binomio crimen-castigo es algo intrínseco al ser humano, como hemos podido constatar en todos nuestros viajes. Quizás debiéramos empezar por escuchar al reo. ¡Que entre la acusada!

Una turmaniana de ojo dulce y andares delicados entró por su propio pié en la sala donde diez turmanianos, de todos los sexos (cinco), decidirían su destino mas inmediato. No se hallaba esposada, ni era vigilada por guardia alguno. Ningún turmaniano habría escapado en tal situación, ni dejado de asistir a aquel juicio por su propio pie.

- Saludos... -dijo tímidamente.
- Bien –asintió Percaporte-. Creo que hay una pregunta que nos interesa a todos que se responda, previamente a cualquier comentario ulterior. En este caso, la ofensa proviene de usted, señorita Marmasa, y la ofendida es toda la nación de Turmania... En el nombre de Turmania... ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?
- Yo... No puedo recordar...
- ¿Qué sentía? ¿Acaso no le invadía el asco mientras llevaba a cabo, a todas luces *premeditadamente*, el crimen? ¿Qué pretendía con ello? ¿Satisfacción, de manera similar a como usan la venganza en Oharos? ¿Poder sobre los demás? ¿Separarse de Turmania, como jamás osarían hacer los habitantes de Sxhdf de su colonia? ¿Se sentía superior mientras lo hacía? ¿O simplemente está usted enferma? –Percaporte no podía parar de hacer preguntas, pero lo movía más la curiosidad que la indignación.
- Yo... No sentía estar haciendo nada malo cuando envié *la carta*. Simplemente experimenté un sentimiento, y sentía la necesidad de hacer participe al otro del mismo.
- ¿Al otro? –exclamó uno de los jueces-. ¡Luego hay otro, lo acaba usted de nominar! Ya no es sólo la nación de Turmania la ofendida, sino también y más concretamente, el destinatario de la carta...
- Si, pero prefiero no complicarlo en todo esto... Además, la carta no llegó a su destinatario. ¡Ustedes la interceptaron antes por no contener suficientes referencias a Turmania! No ha habido víctima en realidad.
- ¡Pero pudo haberla! –Chilló Rangrín.

- Ojalá pudiera viajar al pasado y quemar la carta... Pero lo cierto es que los sentimientos que me movieron a escribirla aún siguen despiertos en mi interior. ¡No tiene sentido obviarlos!
- A pesar de lo que pudiera parecer –dijo el más calmado de los presentes-, lo que acaba de decir usted es lo único con sentido en todo esto. Es evidente que a la señorita Marmasa la movió un impulso irrefrenable y no razonado, y quizás ese tipo de impulso pueda no verse mediatizado, en un futuro, en relación a la señorita Marmasa o a cualquier otro turmaniano, sea cual fuere el tipo de castigo que podamos utilizar en estos momentos. Porque para que alguien se vea dirigido en sus acciones por la amenaza del castigo, primero debe pensar en la acción y luego en sus consecuencias. Pero es evidente que la señorita Marmasa no era consciente de las consecuencias porque ni siquiera se las planteó, sino que hizo lo que hizo y punto, y esto no puede ser sino signo de enfermedad, porque un buen turmaniano es capaz de pensar en todo momento. Y cuando hablo de pensar, me refiero a pensar en el bienestar de Turmania, por supuesto.

Hubo un momento de silencio. Aquel juez tenía, en parte, razón, pensó Percaporte. Sin duda, la carta en la que la señorita Marmasa pedía determinados favores sentimentales a un turmaniano macho, en vez de reproducirse asexualmente mediante partenogénesis como hace toda turmaniana del sexo femenino, debía tener su origen en algún tipo de fiebre, o en la disfunción de alguna zona del cerebro. ¡No había otra explicación! Pero aquello podría convertirse en una moda, en individuos mentalmente sanos, si no se le ponía freno. ¡Algo tenían que hacer! Pero... ¿Qué?

- ¡No lo volveré a hacer! –exclamó la señorita Marmasa.
- De eso no podemos estar seguros –apuntó Rangrín-. Tampoco puede estarlo usted. Quizás debiéramos hacer como en la isla de Bahl y acabar con su existencia antes de que haga más daño... O permitir antes que se reproduzca por partenogénesis, y así darle una oportunidad a su retoño de no repetir sus mismos errores. Eso sería una solución similar a la de los monasterios de Gabhinsa...

De pronto, el ojo de Percaporte se iluminó. ¡Acababa de encontrar la solución! Había estado siempre delante de sus narices (de las varias que poseía cada turmaniano) y no se habían dado cuenta... Rápidamente, se acercó a Rangrín y le susurró al oído lo que tenía que hacerse, terminando la exposición en apenas un par de minutos. Mientras tanto, el resto de los jueces conversaba animadamente, sorprendido por la reacción de sus dos colegas pero respetando, expectante, su mayor conocimiento sobre el tema. Rangrín siempre había tomado a Percaporte como a alguien inferior intelectualmente a él. Por eso su asombro no conoció límites cuando se dio cuenta de que, efectivamente, su compañero de viajes había dado con la solución... ¡Con la solución perfecta! Una vez ordenados los pensamientos y bien pensado lo que iba a decir, habló a la sala.

- ¡Caballeros! Creo que hemos de dejar de discutir ya sobre esta cuestión, puesto que nuestro compañero Percaporte ha dado con la respuesta. Ha creado una reparación de este difícil conflicto que es tan clara, tan robusta, que por fuerza ha de ser la justa, la asociada a la decisión que se ha de tomar.
- Por Turmania Rangrín, no se demore más y cuéntenos.
- En primer lugar, hemos de pedir nuestras más sinceras disculpas a la señorita Marmasa. Señorita: Turmania le pide perdón y le hace saber que está usted libre. Libre para seguir escribiendo cartas, si así le place.
- Pero... -La turmaniana estaba desconcertada-. ¿No soy culpable? ¿Qué hay de la carta?

- La carta, si usted lo tiene a bien, será colocada en un lugar de privilegio, entre los documentos más importantes que se guardan en el Archivo Histórico de Turmania.
- Pero... ¿Y el asco? ¿Y la repugnancia?
- ¡No hay tal asco ni tal repugnancia! Bueno, si los hay, pero ¡no debe haberlos! Todos habíamos olvidado una cosa fundamental en el comportamiento de todos los ciudadanos de Turmania, sin excepción, y es que todos nosotros somos *esencialmente buenos*. A diferencia, por supuesto, de tantos y tantos degenerados o enfermos mentales que hay sueltos por todo recoveco del Universo.
- ¿Y?
- Que si todos somos buenos, usted también lo es. Y en tanto que persona buena, sus acciones no pueden ser sino dignas de Turmania. Por tanto, la reproducción sexual entre turmanianos, de cualquiera de los cinco sexos, ya no está prohibida en Turmania. Asunto arreglado, puede irse. ¡Viva Turmania! Y ahora hablemos de otros temas más acuciantes, como el número de referencias a Turmania que deben tener las obras extranjeras que se publican en nuestro país. Creo que deberíamos incrementar su número...

La Parte del Ángel

SANTIAGO GARCÍA ALBÁS

Prologo

*If ever, oh ever, a Wiz there was
The Wizard of Oz is one because
Because, because, because, because, because
Because of the wonderful things he does
We're off to see the wizard
The Wonderful Wizard of Oz*

Tema “We are off to see the Wizard”, del musical “El Mago de Oz”, 1939

Alumna: Dora Tamargo. **Código:** 3376979/J. Cuarto Grado de Primaria.

Asignatura: COMPRENSIÓN DEL ENTORNO. Nivel 2. **Acerca del Inductor de Sueño y su Influencia en las Sociedades Desarrolladas.**

EVALUACIÓN TRIMESTRAL

El test consta de diez preguntas. El alumno señalará una sola de las tres respuestas sugeridas, acarreado cada error la sustracción de dos puntos. Las correcciones confusas o señales ambiguas serán consideradas como errores.

1. ¿Cuál era la profesión de Edgard Nuré, inventor del inductor de sueño?

- a) Ingeniero.
- b) Psiquiatra. **X**
- c) Hipnotizador.

2. ¿Cuál era el objetivo original del inductor de sueño?

- a) Desbanicar a Internet como actividad preferida de ocio.
- b) Perfeccionar las técnicas de relajación.
- c) Visualizar los sueños de los enfermos mentales. **X**

3. ¿Qué peligro no previó Nuré al habilitar el inductor para la creación artística?

- a) La deshidratación.
- b) El *Crack-Out*, o *shock* cerebral severo por la suspensión radical del estímulo. **X**
- c) La factura eléctrica.

4. En relación al inductor de sueño, ¿con qué concepto asociaría el término

Factor?

- a) Protección Solar.
- b) Trigonometría.
- c) Muerte. **X**

5. Los *Jinetes del Factor* fueron los primeros artistas de la Academia Nuré. ¿Por qué motivo recibieron ese nombre?

- a) Porque la academia se afincaba en un antiguo hipódromo.
- b) Porque creaban sus obras desde el Factor y sin protección para Ello.
- c) A y B son correctas. **X**

6. Señale las obras de los Jinetes con mayor influencia en nuestra vida cotidiana.

a) La Enciclopedia Nuré, integrada por El Catálogo de Sensaciones, El Almanaque de Formas, El Diccionario Onírico y La Biblioteca de Emociones. **X**

b) *El Panal Ecléctico* de Rufus Guevara; *Panorámicas de Deseo* de Isaac Packula; *Nacimiento y Fossilización*, de Tomeo Genovese; *Los Tabernáculos Colgantes*, de Nicolasa Sálem "Nika".

c) Los Escenarios de Sueñoconferencia y los Simuladores de Batalla en Tiempo Real.

7. ¿Cuántos de los 209 Jinetes están hoy vivos o fuera del sanatorio *Delacroix*?

a) 5

b) 1

c) Ninguna de las anteriores. **X**

8. ¿Qué nombre reciben los actuales usuarios de la Red Onírica?

a) Sueñonautas. **X**

b) Internautas.

c) Argonautas.

9. ¿Qué pieza de ajedrez presta su nombre a la proyección de nuestra persona dentro de la Red Onírica?

a) Peón.

b) Alfil. **X**

c) Dama.

10. Veinte años después de la muerte de Nuré, ¿cuál diría que ha sido la aportación más relevante de su invento a nuestra sociedad?

a) Revolucionar el mundo profesional y del ocio mediante el uso generalizado de la Red Onírica.

b) Reducir la criminalidad y el consumo de combustibles fósiles.

c) Visualizar los sueños de los enfermos mentales. **X**

CALIFICACIÓN: 7 sobre 10; NOTABLE –

COMENTARIOS:

Estimados Señor y Señora Tamargo,

Como ya saben, el progreso de su hija es más que satisfactorio en todas las asignaturas. Dora es inteligente, perceptiva, y muestra una sorprendente seguridad en sí misma. No obstante, estoy convencida de que la nota media de su hija mejoraría si renunciara a sus bromas y a sus juegos de ingenio. Creo que la niña no es aún del todo consciente de la influencia que el resultado de sus exámenes ejercerá en sus futuras aspiraciones académicas. No puedo explicar de otro modo –pues no dudo de la capacidad de Dora– el deliberado error que comete en la última pregunta del examen que les adjunto. Creo que su hija estaba tan segura de sus conocimientos que encontró divertido sacrificar un sobresaliente en aras de un chascarrillo de dudoso gusto. Lamento decirlo, pero dicha actitud es prueba evidente de inmadurez, y conviene atajarla sin tardanza. Les rogaría que acudieran al colegio lo antes posible para discutir conmigo sobre este particular.

Atentamente:

Julia Iriarte, Tutora de Cuarto Grado.

Estudio Primero

“*Figuras Primarias sobre Fondo Blanco*”

El bibelot era una simple baratija de plástico, el tipo de recuerdo *kitsch* que uno esperaría encontrar en un bazar chino. El porqué ocupaba esa posición tan distinguida, en la cima del más inmenso de los montones de joyas que abarrotaban la gruta del dragón, constituía el primero de los muchos enigmas del escenario. Rodino y Tamargo estaban dentro de la esfera, dos homúnculos diminutos sumergidos en un medio acuoso que no los ahogaba, pero que convertía sus expiraciones en largas cadenas de burbujas y dotaba a sus movimientos de una morosidad onírica. Una glorieta blanca de recargada ornamentación, dos sillas de jardín tan delicadas que parecían tejidas con tela de araña, una mesa a juego que sustentaba un tablero de ajedrez con una partida inconclusa: salvo la nieve, eso era todo.

Rodino estaba como ausente, admirando los destellos que la fosforescencia sulfúrica de la gruta despertaba en aquel paisaje de dunas doradas que se desplegaba a sus pies, más allá de las paredes del bibelot. Tamargo, incapaz de tomar la iniciativa en la conversación, se entretenía jugando nerviosamente con la nieve arremolinada bajo el asiento. Eran copos muy gruesos, del tamaño de una nuez y con la textura del corcho desmenuzado –nieve de farándula–, que llegaban casi hasta sus rodillas y se elevaban mariposeando en las corrientes de agua al menor movimiento de los dos hombres.

El coordinador de *Insomnia* no parecía tener prisa: el bucle duraba un minuto exacto –el equivalente a un paso de facturación telefónica– y, aunque el argumento era de sobras conocido para cualquier cliente habitual de *Telnek*, Rodino dejó que se reprodujera íntegro antes de entrar en materia. El dragón despertaba repentinamente de su sueño de siglos y se enderezaba sobresaltado, entre una erupción de monedas y alhajas que salían despedidas al aire y rebotaban sobre su espinazo colosal. Algo, un recuerdo atroz, una pesadilla, parecía haberlo enloquecido. Giraba su cuello en todas direcciones, recorriendo la gruta y pasando revista a sus riquezas, con el pánico impreso en sus ojos de reptil. Su tesoro, su gigantesca tumbona de riquezas, estaba aparentemente intacto, pero eso no parecía apaciguarlo. Rugía, aleteaba, caracoleaba y daba rabiosos coletazos. La escena transcurría en silencio, pues el sonido de semejante

cataclismo—una distorsión de audio inaceptable para un servicio telefónico— no podía atravesar el cristal del *bibelot* y su relleno de agua, pero esto sólo la hacía mucho más inquietante; los efectos de la rabieta se hacían sentir en el temblor del escenario, en las oscilaciones del agua que acariciaban a los hombres como un viento licuado, en el suave reverberar de los copos de corcho, en el movimiento frenético esa única burbuja de aire cautivo que coronaba la cúspide de la esfera.

Rodino y Tamargo dieron un respingo y expulsaron una aparatosa hilera de burbujas. El dragón los había visto y se precipitaba desbocado hacia el *bibelot* en una atropellada fusión de carreras, saltos y breves vuelos. Pronto, la gruta desapareció cegada por una mole de escamas brillantes. Dos afiladas garras con la textura del ópalo se cerraron en torno al cristal, y eran tan gigantescas que apenas dejaban un cuarto de la esfera para contemplar el ojo de la bestia. El dragón los miró, a ellos dentro del *bibelot*, y, aunque sólo duró un segundo, ambos pudieron percibir la emoción primitiva en su roja pupila, el alivio salvaje, una bárbara y desaforada adoración...

Entonces, tras una sacudida brusca, las corrientes se hicieron más violentas en torno a los dos hombres, y todo se desvaneció en un torbellino blanco. El dragón había agitado el *bibelot*. La nieve falsa se alborotaba y los engullía, cegándolos por completo. Durante una milésima de segundo, el mundo fue blanco, silencioso, yermo. Pero la angustia apenas llegaba a insinuarse; pequeñas figuras negras, como signos cuneiformes, rasgaban enseguida el velo de blancura; la nevada amainaba; el corcho delataba el artificio.

Los dos hombres seguían aún conteniendo la respiración cuando la nieve volvió a asentarse. Había pasado un minuto exacto: el dragón dormía otra vez su sueño de siglos; un nuevo bucle comenzaba.

— Impresiona, ¿verdad? —balbuceó Tamargo— Creo que éste es mi favorito de toda la serie

Rodino gruñó.

— Impresiona tanto que acabo de engordar mi factura telefónica sin decir ni pío. *Telnek* no invierte en diseño por amor al arte —chasqueó la lengua—. ¡Bah, al diablo con los malditos Jinetes! Por fortuna, no todos eran tan mercenarios como el bastardo que diseñó esta pantomima.

Tristán Tamargo se encogió de hombros. Antes de que el accidente le robara la mera capacidad de discernir lo hermoso, había admirado sinceramente los *Estudios* de Víctor Gluck. Eran sueños menores, desde luego, nada tan apabullante como *Los*

Tabernáculos Colgantes de Nicolasa Sálem, o como *Tritones de la Sangre* de Isaac Packula, pero, al menos, los inofensivos entornos de Gluck resultaban muy acogedores como escenarios de sueñoconferencia, y no veía nada de malo en que un artista cobrara por su trabajo.

Sin embargo, Rodino no estaba de humor para discutir sobre arte. Su alfil certificado había recreado con fidelidad la verdadera apariencia del coordinador: el cabello gris y lacio, la mirada cansada, esos mofletes suyos tan peculiares, carnosos pero inusualmente flácidos, como los de un hámster que hubiera almacenado demasiado tiempo la comida en los carrillos para descubrir aterrado, tras decidirse finalmente a deglutir, que estos se habían deformado ya sin remedio. Un roedor viejo, desconfiado y tacaño, ése era Rodino y así aceptaba proyectarse en la Red Onírica. Aunque, como bien sabía Tamargo, las apariencias a veces engañaban.

– De modo que quieres volver a *Insomnia*, a pesar de todo...

– Sí –confesó Tamargo con humildad–. Siempre que tengáis algo para mí, claro. Se comenta por ahí que el departamento reduce plantilla.

Rodino asintió con un cabeceo lento que hizo ondear en el agua el cabello de sus aladares como las aletas de un pez tropical.

– Has oído bien, y mi obligación es acogerlo como una buena noticia. Parece que al fin nos estamos inmunizando contra el condenado Factor. Siguen produciéndose crisis nerviosas a mansalva y algunos contados casos de demencia pasajera, pero los *crack out* severos con resultado de muerte son cada día más raros. No me preguntes por qué. Supongamos que el primer paso adaptativo en la evolución del *Homo Oníricus* exige acostumbrarse a bailar junto a los abismos.

El tono de Rodino cambió radicalmente, se hizo más vivo, y sus manos chocaron en un fugaz aplauso.

– Bien, estás de suerte, Tristán, porque tengo algo chupado para ti. Nada de chequear escenarios ni taponar agujeros. Francamente, no te veo todavía en condiciones de husmear detrás de los lienzos –sonrió–. Te he reservado una inofensiva investigación, algo más propio de un reportero que de un sabueso adicto a la adrenalina. ¿Has oído hablar del virus *Vexilla*?

– No –admitió Tamargo.

– Natural. El asunto no ha tenido gran repercusión. *Vexilla Regis Prodeunt*: ése es su nombre allí donde aparece completo. El mensaje intruso ha infectado casi un centenar de plataformas oníricas sin aparente relación entre ellas. Aparece bajo muchas

formas: a veces rotulado, a veces sobrescribiéndose en el archivo de voz de algún figurante, a veces como una sombra desvinculada de toda fuente de luz. Aparece y se queda ahí, parpadeando a la vista de todos los sueñonautas o reproduciéndose una y otra vez en los labios de un recepcionista, de un cicerone, de un crupier... No hace nada más. Hasta ahora, pues, ha demostrado ser inofensivo.

– Pero su origen es desconocido –apuntó Tamargo.

– Obvio. Siguiendo nuestras indicaciones, las empresas que gestionaban dichos escenarios cancelaron temporalmente el servicio, editaron sus sueños en el programa madre y borraron el mensaje. Como es de recibo, no volvieron a lanzarse a la Red hasta que nuestros *betatester* dieron luz verde. Cinco minutos más tarde, el *Vexilla* había vuelto a materializarse en sus distintas formas, sin que los programas de rastreo remoto pudieran localizar el origen de la intrusión. Hoy por hoy, todos los escenarios siguen en cuarentena, junto con otros dos que se han sumado a la lista esta misma mañana: una galería de sueñoarte y un corredor de apuestas hípicas, si no recuerdo mal –suspiró–. *Insomnia* está sufriendo mucha presión por parte de esas empresas, Tristán, pero debemos mantenernos firmes en nuestras competencias. Origen desconocido significa *Pozo de Factor* en un noventa por ciento de los casos. Y, mientras siga produciéndose un solo *crack out*, no podemos tolerar que Ello esté en línea con el conjunto de la red.

– *Vexilla Regis Prodeunt* –recitó Tamargo–. ¿Qué significa exactamente? ¿La vejiga de los reyes apesta, o algo así? Francamente, no me imagino a un crupier virtual abriendo las apuestas con semejante majadería...

– Ni yo. Significa: “Avanzan los estandartes del rey”. Demasiado impreciso para ocultar una cuenta atrás, pero bastante claro como advertencia, o quizá como amenaza.

– ¿El rey? Pero, ¿qué rey? ¿El rey de los hackers? ¿El soberano de los *lammers*? Nuestros *cuatrerros* se están volviendo pretenciosos.

– Y quizá con razón: hacen falta pelotas para dedicarse a la piratería onírica. Pero no; se trata del Rey de Jerusalén, Tristán. El mismo Cristo si lo prefieres, considerando que Jesús y sólo Jesús sería el verdadero soberano de la ciudad santa desde la perspectiva cristiana. No, no me mires con esa cara. Estoy hablando en serio. Nuestros ratones de biblioteca nos facilitaron el dato decisivo. Ésta no es una frase cualquiera. Se trata del título, palabra por palabra, del himno que los caballeros cruzados entonaban antes de entrar en batalla con los infieles, allá por la Palestina del siglo XII. Un peán, una arenga, un conjuro para darse valor o para amedrentar al

enemigo, como prefieras verlo. Quien ha estado colgando el *Vexilla* lo utiliza seguramente en ese sentido.

Tamargo alzó una ceja.

– ¿En un sentido... cruzado? –preguntó escéptico.

– ¿Por qué no? Al principio barajamos muchas posibilidades. Un grupo antisionista, quizá. Ultraderecha cristiana. Comandos independientes de la contrajihad. Ya sabes, Jerusalén es una ciudad donde tienes que pensártelo dos veces antes de bajarte la bragueta, porque seguramente mearás en sagrado. Allí no puedes levantar una piedra sin que te salte a la cara un avispero de fanáticos de una u otra confesión –hizo una mueca de desdén–. Si quieres saber mi opinión, yo les cedería la ciudad a los budistas y se acabó el berrinche.

– Deduzco que no salió nada por ahí.

– No, en efecto. Esos grupos existen y, si pudieran, nos abrasarían vivos a todos sólo por llamar la atención. Pero ninguno cuenta actualmente con el talento ni las agallas para sembrar el caos en la Red Onírica. Esto no es Internet, demonios. Aquí no basta un niñato aburrido con ansia de protagonismo para quebrar las defensas, bien lo sabes. Gracias en parte a nuestros esfuerzos, la Red Onírica se ha convertido en fortaleza, y la única forma de asaltar una fortaleza es desde fuera...

– Y *fuera* es... Factor.

– *Fuera* es Factor –coreó Rodino, homenajeando una de las máximas más populares de la Red–. Una cosa es acorazarse el cuerpo con semtex y hacerse rápidamente pedazos contra un blindado israelí, y otra muy distinta experimentar en vida la eternidad de los tormentos infernales. No, ninguno de esos fanáticos tendría los arrestos suficientes; no hablo ya de la capacidad tecnológica ni de la habilidad necesaria para cabalgar el Factor con la cordura que te quede intacta. Además, ninguno de esos grupos se servía del himno cruzado como lema, manifiesto o contraseña...nada. Dudo incluso que lo conocieran.

– ¿Entonces?

Rodino torció el gesto.

– Entonces nos dejamos de conspiraciones judeomasónicas y nos decantamos por la solución más sencilla. Ejecutamos un simple buscador y tecleamos en latín “Avanzan los Estandartes del Rey”, especificando que obviara todas las publicaciones históricas, universitarias o religiosas. Buscábamos algo más actual, como puedes suponer. Aunque parezca increíble, esto fue lo único que encontramos:

Tamargo leyó el texto que acababa de aparecer flotando sobre la mesa. Al parecer, era un extracto de una publicación mucha más extensa.

Podemos comparar a los ejércitos francos del siglo XII con un cañón móvil cuya bala sería la caballería pesada. Todas las maniobras de dicho ejército estaban encaminadas a proteger la bala hasta el momento del disparo, así como a esperar el mejor momento y la orientación más prometedora para el mismo. Generalmente, uno o dos “cañonazos” bastaban para decidir una batalla, tal era el devastador efecto de una carga de jinetes acorazados.

El jugador que dirija las tropas francas deberá tener muy en cuenta estas recomendaciones. Un error de apreciación estratégica en la elección del momento de la carga puede suponer el exterminio de su infantería desprotegida, o bien aislar a su caballería en un terreno poco propicio para maniobrar.

*Un consejo. El principiante quizá se sorprenda al escuchar que sus caballeros, especialmente las fuerzas de elite integradas por templarios y hospitalarios, se demoran entonando un himno latino antes de iniciar la carga. Se trata del **Vexilla Regis Prodeunt**, un antiguo salmo de vísperas rescatado por la extraordinaria labor de documentación de Paul Martell. A pesar de que supone la pérdida de unos valiosos minutos, Martell recomienda que se permita a los caballeros terminar su interpretación. Si se actúa de este modo, sus jinetes figurantes se verán reforzados con 15 puntos extras de motivación, suficientes para compensar momentáneamente los índices negativos de sed, calor y desmoralización. Asimismo, el jugador que adopte el rol de Saladino podrá compensar el efecto del **Vexilla Regis** intensificando la labor de sus imanes y de sus jamush, sus “aulladores” beduinos.*

Hattin, 1187. Manual de Adiestramiento. © Paul Martell & La Trinchera.

– Qué chulo. Parece una especie de juego de rol o algo así.

– No exactamente –repuso el coordinador–. Se trata de algo más simple, o puede que más complejo que el rol. Juegos bélicos, simuladores de batalla en visión subjetiva y tiempo real. Combate y estrategia pura y dura. Por si te lo preguntabas, *La Trinchera* es la plataforma onírica que administra el tinglado.

Tamargo guardó el extracto en la memoria de su inductor y ordenó a su escudero que hiciera lo propio con el enlace. Quizá en breve le conviniera repasar el manual completo.

– He oído hablar de ellos, sí, pero creo que nunca me has enviado a revisar ninguno como *betatester*. A todo esto, ¿por qué no?

– No es tan sencillo como parece. No existen denuncias ni evidencias de pozos de Factor relacionados con *La Trinchera* y sus servicios. Ni una sola, ni una sola alerta en veinte años, ¿entiendes? Tenemos dos opciones: o aceptamos que no ha habido

jamás entorno más seguro y completo para Red Onírica que los simuladores de batalla, o nos conducimos como las zorras quisquillosas que parieron nuestras madres. Las simulaciones bélicas son quizá las plataformas oníricas más costosas del mercado, las que exigen escenarios más grandes, mayor número de figurantes y el flujo de datos más denso que puedas imaginar. Cuesta un riñón jugar a la guerra, Tristán, y no está al alcance de cualquier pelagatos. Se mueven ingentes fortunas en las partidas y las apuestas, y supongo que ninguno de esos peces gordos quiere arriesgarse a que metamos las narices en su patio de recreo. Debe haber pozos de Factor allí, debe haberlos por simple estadística, pero su existencia no se denuncia, de modo que tenemos las manos atadas. Nada hay de ilegal en ello, claro, pero si el virus *Vexilla* tuviera su origen en el entorno de *La Trinchera*, la ocasión sería inmejorable pero colarnos allí y normalizar la situación.

Rodino parecía incómodo de repente. Evitó la mirada de Tamargo y empezó a jugar nerviosamente con una de las piezas del tablero, un pequeño peón blanco que imitaba a Sir Perceval ataviado de plebeyo, antes de convertirse en caballero de la Tabla Redonda.

– Vamos a asignarte una cuenta de gastos bastante generosa –dijo–. Dudo que sea necesario infiltrarse hasta ese extremo pero, si has de tratar con directivos de *La Trinchera*, la solvencia será tu mejor carta de presentación. Prefiero que te moderes, pero... –carraspeó– En fin, echa mano sin tapujos al crédito para cualquier gasto extra que, bueno, para lo que sea que...

Rodino soltó el peón, que volvió deslizándose por sus propios medios hasta su posición original. Tamargo, con el estómago acalambado de vergüenza, se preguntó que ocurriría si tomaba otra pieza cualquiera –quizá aquel atrayente rey negro que interpretaba el papel de Sir Mordred– y la lanzaba hacia el otro extremo del globo de cristal, o si derribaba directamente el tablero desparramando todas las piezas. “Lo sabe”, se dijo. El condenado Rodino lo sabía, y se lo había puesto en bandeja del único modo posible. Un encargo intrascendente, una subvención desproporcionada. “Róbanos, Tristán, malversa, coge el maldito dinero, cura a tu hija y paga las facturas del hospital”, eso es lo que acababa de decirle con su torpe diplomacia. Tamargo enrojeció. Quizá *Insomnia* se lo debiera, pero ésa no era la manera en que quería conseguirlo. No como una limosna.

Rodino percibió su turbación y trató de echarle un capote.

– No será un camino de rosas, te lo aseguro. Hay personas muy influyentes enganchadas hasta el tuétano a esas chorradas. *Insomnia* no puede intervenir oficialmente sin que exista denuncia o la evidencia de un pozo de Factor. Tú estás de baja por depresión y necesito que sigas estándolo. Nada debe vincularte a *Insomnia* hasta que confirmemos que *La Trinchera* es el origen del *Vexilla*. Entretanto, estarás solo.

– Estaré solo –repitió Tamargo con un sonrisa torcida–. Y *soledad* es...

Rodino le devolvió la sonrisa, aunque su ceño fruncido delataba que admitía la broma de mala gana. El escenario acababa de completar una nueva secuencia, y el torbellino de nieve engullía una vez más la figura de su superior, el quiosco entero, la mesa, el levantisco tablero de ajedrez. Pronto todo fue otra vez blanco.

– *Soledad* es... Factor –dijo Rodino antes de interrumpir la conexión.

Estudio Segundo

“Dimensión y Profundidad de Campo”

– Quizá fuimos demasiado optimistas al presentar un procedimiento, al fin y al cabo experimental, como una cura de choque –se lamentaba Sarracín–. Un tratamiento prolongado, con exposiciones regulares al estímulo afectivo, sin duda arrojaría resultados más visibles a medio o largo plazo...

Tamargo suspiró. Como todo buen charlatán, el doctor Teo Sarracín adoraba el sonido de su propia voz. Antaño, mientras su condenada palabrería destilaba todavía alguna esperanza, a un Tamargo ansioso por creer le había faltado la paciencia necesaria para escucharla con detenimiento. Y ahora, paradójicamente, cuando ya nada significaba, se veía obligado a soportarla porque debía demasiado dinero a aquel impostor.

– Aborrezco la expresión “estado vegetativo”, amigo Tristán. Es abominable, inhumana y terminantemente obsoleta. En relación a Dora, prefiero hablar de “consciencia suspendida”. Un científico con menos fe en las posibilidades de las nuevas tecnologías, sin duda te diría que su coma es irreversible y te enfrentaría a decisiones crueles, pero yo soy optimista, y confío en poder contagiarte parte de mis esperanzas.

“Oh, desde luego”, pensó Tamargo, “La esperanza de vomitar en breve; eso es lo que me has contagiado. Así, al menos, los sensores médicos me expulsarían de la Red y podría escaquearme”. Había recibido la llamada de Sarracín a los pocos minutos de abandonar a Rodino, mientras comprobaba el acceso a su nueva y espectacular cuenta de gastos. El neurólogo se volvía más insistente cada día que pasaba sin cobrar y, aunque raramente se rebajaba a hablar abiertamente de dinero, su porfía en presentarle nuevos tratamientos sólo podía traducirse de un modo: “Adelántame pasta para lo nuevo, pardillo, y así podré cobrarme lo viejo”.

“Hoy tampoco será tu día, sanguijuela” –decidió Tamargo para sí–. “Aún no puedo arriesgarme a sacar a Dora de tu clínica, pero juro que no verás un céntimo del dinero de Rodino”.

En ese momento, la vagoneta alcanzó el final del espinazo y se lanzó vertiginosamente a lo largo de la cola es una espeluznante caída. Sarracín palideció y

tragó saliva. El doctor tenía propensión al mareo, y era precisamente la esperanza de amedrentarlo lo que había decidido a un ladino Tamargo a escoger aquel escenario en el menú de *Telnek*. El esqueleto de un leviatán monstruoso se mecía incontroladamente bajo las aguas de un océano esmeralda. Había fallecido al morderse la cola—quizá envenenado por su propia ponzoña—, y eso convertía su cadáver en un formidable circuito de montaña rusa. La vagoneta que acogía a los sueñonautas serpenteaba por el contorsionado esqueleto de la bestia; la espina dorsal era la vía principal, pero el tour incluía también una trepidante y enrevesada visita a las costillas y un breve *looping* en el hueso pelviano antes de lanzarte vértebras abajo por la cola hasta las fauces abiertas del monstruo, donde, tras un minuto exacto, el viaje comenzaba de nuevo. Por si esto fuera poco, el hecho de que el esqueleto estuviera a merced de las corrientes, hacía que el arriba y el abajo, así como la velocidad de los giros y caídas fueran totalmente imprevisibles de una vuelta a otra. De vez en cuando, las turbias aguas dejaban vislumbrar a lo lejos algún esbozo de paisaje, quizá la punta de un arrecife coralino o la silueta de un pecio recamado de moluscos, pero éstos rara vez se repetían y, desde luego, nunca eran visibles desde el mismo punto del circuito ni en la misma dirección. La desorientación, pues, era absoluta.

Por fortuna, Víctor Gluck había sido clemente con los más aprensivos y había introducido también una distracción para la vista dentro de la misma vagoneta: otro de sus tableros de ajedrez. En esta ocasión se trataba de un pequeño modelo de viaje, con tablero magnético y piezas en miniatura, que se encontraba atornillado entre los dos asientos. Tamargo siempre había creído que la partida representada era la misma de estudio a estudio —el rey blanco resistiendo con ayuda de un alfil el asedio de la reina, un caballo y una torre negras en una esquina del tablero; en el otro extremo, el rey negro y un peón blanco aislado y olvidado— pero ahora, al poder compararlos en tan breve lapso, reparó en que existía una pequeña diferencia. Tamargo juraría que el peón blanco, aquel con el que había jugueteado Rodino, se encontraba en el *bibelot* una casilla más retrasado.

— Entiende, Tristán —insistía Sarracín, ya recuperado del último *looping*—, que cuando hablo de exposiciones regulares, no me estoy refiriendo necesariamente al mismo estímulo que ensayamos la primera vez. Propongo, de hecho, exponer el cerebro de Dora a, digamos, media docena de sueños distintos, con intensidad emocional creciente y en lapsos de dos o tres días. Sería bastante más caro, por supuesto, pero ensayos recientes realizados en Estados Unidos demuestran que...

“Estímulo emocional” –pensó Tamargo con un nudo en la garganta–. “El único estímulo emocional que necesita Dora es un funeral digno. Y si yo no fuera un maldito cobarde, hace meses que lo habría tenido y estaría libre de la burla de los *munchkins*”.

Los *munchkins*. Todavía, en las contadas ocasiones en que los canales de su subconsciente se despejaban de los dictados del inductor, sus pesadillas personales le enfrentaban a los *munchkins*. Al preguntarle Sarracín, meses atrás, si conocía algún entorno de ficción capaz de despertar resonancias en el cerebro de Dora, Tamargo no dudó un instante: *El Maravilloso Mago de Oz*, de L. Frank Baum, había sido siempre el relato preferido de su hija. Tenía grabada a fuego en su cerebro la última vez que lo leyeron juntos, la noche previa al accidente que acabaría con la vida de Carlota, dejaría tetrapléjico a Tristán y convertiría a Dora en un trozo de carne inanimada. Aquella noche, Tamargo estaba preocupado por el informe de la profesora Iriarte. No era ningún secreto que Dora percibía con angustia el progresivo deterioro nervioso que el trabajo en *Insomnia* iba provocando en su padre, y que, en consecuencia, desconfiaba del Inductor de Sueño y sentía una antipatía visceral por todo lo que éste pudiera ofrecer. El hecho de que sus estudios empezaran a resultar afectados decidió a Tamargo a tener una charla franca con la niña y tranquilizarla respecto a su trabajo. Más adelante, cuando Dora alcanzara el desarrollo mínimo necesario para conectarse a la Red Onírica, ella misma decidiría si quería reconciliarse o no con el invento de Edgard Nuré.

Como habían hecho otras muchas veces, convenció a su hija para que “acamparan” en el jardín trasero. Plantó la tienda iglú en el césped y extendió frente a ella todo lo necesario para un picnic: el mantel de cuadros rojos, los platos y vasos de plástico, la garrafa de naranjada y dos aparatosos tupper repletos de ensaladilla rusa y tortilla de patatas que Carlota les había preparado apenas a diez pasos de distancia, pero que embaló cuidadosamente para una larga expedición. Tampoco faltaba ese servicio extra compuesto por un plato de postre y ocho pequeños tenedores de plástico que Dora exigía en todas sus comidas y que reservaba al pulpo *Nudo*, su recalcitrante amigo imaginario. Comieron, leyeron el Mago de Oz, hablaron, y luego, arropados en sus sacos de dormir, se tumbaron a contemplar las estrellas.

– ¿Crees que existe por ahí arriba una tierra de Oz con su mago? – había preguntado entonces Dora con voz somnolienta.

Aquella habría sido una inmejorable ocasión para hablarle de la Red Onírica, pero Tamargo no quiso hacer trampas. La Red podía ser una tierra de Oz lo mismo que una tierra de Mordor: la decisión correspondía a cada individuo.

– Pregúntaselo a *Nudo*. Quizá él proceda de allí.

– No seas ganso –replicó ella indignada–. Te he dicho mil millones de millones de veces que *Nudo* salió del retrete.

La vagoneta redujo momentáneamente su velocidad para atravesar por vigésima vez las fauces del leviatán. Sarracín, más pálido que nunca, se agachó instintivamente cuando los gigantescos colmillos pasaron casi rozando sus cabezas.

– La mala noticia, Tristán, es que el primer ensayo no tuvo efectos positivos apreciables. La buena es que tampoco los tuvo negativos. De acuerdo, de acuerdo, no ocurrió nada...

– Y *nada* es... Factor –recito Tamargo automáticamente.

Sarracín ni siquiera pareció escucharle.

– ...pero Dora no sufrió ningún daño. Sabemos, pues, que podemos exponer a la niña al inductor tanto tiempo como sea necesario con la seguridad mantener a salvo su estabilidad.

“A salvo”. A pesar de los esfuerzos de *Insomnia* y la progresiva inmunización de los sueñonautas, Tamargo sabía que los índices de muerte en un inductor seguían siendo sólo ligeramente inferiores a los de la siniestralidad de tráfico. Inconvenientes de la civilización: ya es tarde para renunciar al inductor, demasiado tarde para renunciar a los automóviles. Ya es tarde para evitar que Félix Augusto Alegría se lance por la autovía del norte, a 190 Km./h, en sentido contrario y borracho como una cuba, sacudiéndose así la responsabilidad de su propio suicidio. No, nadie podía ser tan ingenuo como para creerse a salvo.

Precisamente por eso, Tamargo fue intransigente con la seguridad en aquel primer ensayo. Si quedaba un hálito de entendimiento en el cerebro de Dora, su padre jamás se arriesgaría a que éste se precipitara por un pozo de Factor. Encargaron el diseño a uno de los talleres oníricos más prestigiosos entre los que pudieron pagar, y el propio Tamargo, con años de experiencia a sus espaldas, se encargó de revisarlo obsesivamente durante varios días. Jamás había sucumbido a un pozo, pero había marcado centenares de ellos a lo largo de su carrera, y conocía las sensaciones asociadas a su proximidad. Con suerte y un chequeo exhaustivo de meses, el descuido de diseño que originaba un pozo podía ser detectado en el programa madre, pero nunca era tan visible como cuando el escenario se lanzaba a la Red y quedaba expuesto, rodeado y embebido en el Factor. Al igual que ocurre con el pinchazo de una rueda, el escape se delata a sí mismo en las burbujas que escapan de la cámara al sumergirla en un cubo de agua, con la peculiaridad

de que las burbujas de Factor eran invisibles al ojo, pero bombardeaban el cerebro con intolerable crueldad. Una burbuja de angustia ¡Plop! Una burbuja de vértigo ¡Plop! Una burbuja de pánico ¡Plop! Y, luego, la arrolladora y atávica burbuja que contenía todo nuestro rechazo ancestral al vacío y a la muerte.

No, si ésa era la sensación que inducía la mera proximidad de un pozo, Tamargo no envidiaba a los Jinetes. Aunque admitía también que, con todo y con eso, no era fácil sustraerse a la atracción que proyectaban sobre las capas más profundas del subconsciente. Había algo en los pozos que parecía llamarte, como el fragor de una profunda catarata, y se precisaba de mucha sangre fría para soportarlo, controlar el pánico, marcar el agujero y dar la espalda a los cantos de sirena. Por eso había tantos sueñonautas que caían en sus garras, aun estando los pozos localizados generalmente en zonas secundarias y poco transitadas del escenario, y por eso también eran tan escasas las personas aptas para servir en *Insomnia*.

El taller contratado no se complicó demasiado la vida: tomaron el decorado del clásico de la Metro y lo plagieron ladrillo a ladrillo. Ahí estaba el pueblecito de *Munchkinland*, el arco iris de Oz y la espiral de baldosas amarillas que señalaba el punto inicial del camino. Una legión de pequeños *munchkins* hacía corro en torno al centro del decorado, donde Dorothy y su perro Totó aterrizarían procedentes de Arkansas. Como golpe de efecto, se había incluido a tres figurantes más: el león cobarde, el espantapájaros descerebrado y el hombre de hojalata no deberían aparecer hasta más avanzado el argumento, pero el doctor Sarracín consideró que su presencia provocaría un mayor impacto en el cerebro de Dora.

No bien Tamargo hubo asegurado el terreno, pasaron a la segunda parte del tratamiento. La aldea de *Munchkinland* fue lanzada a la Red Onírica como escenario privado de ocio, y Dora, inerte en su cama del hospital, vio como a los muchos tubos que ya entraban y salían de su cuerpo se sumaban también los conectores neurológicos del inductor de sueño. Tamargo no escatimó en dispositivos de seguridad; activo una antesala de duermevela —el escenario Standard donde el usuario era lanzado en caso de fallo para evitar suspensiones bruscas del estímulo—, y descargó a su propia IA escudero en el inductor de su hija para que la salvaguardara de cualquier peligro. Luego, él mismo se conectó con el doctor Sarracín desde una sala vecina, adoptaron el punto de vista neutro de dos jilgueros posados en el alero de un tejado y esperaron acontecimientos.

Tamargo prefería olvidar lo que ocurrió a continuación. Los *munchkins* bailaban, vitoreaban y hacían cabriolas en corro. Algunos también cantaban, cantaban con sus vocecillas de duende:

Ding–dong the witch is dead
Which old witch? The wicked witch
Ding–dong the wicked witch is dead

Dorothy no cantaba, ni se asustaba, ni se sorprendía. Dorothy apenas aguantó un segundo de pie. No bien el alfil de la niña se materializó en medio del corro, con el vestidito azul y los chapines encarnados que habían diseñado para ella, se derrumbó como un fardo en el suelo y quedó allí, inerte y desmadejada. El doctor Sarracín insistió en que aguardaran unos minutos, pero Tamargo no lo consintió: sabía que no serviría de nada. Los *munchkins*, el león, el espantapájaros, el hombre de hojalata, incluso el condenado *Totó*, todos reían, cantaban y vitoreaban el cadáver de la niña muerta.

Wake up the wicked witch is dead
She's gone where the goblins go
Below – below – below

Below, below, below...

– Tristán –decía un irritado Sarracín–, ¿te encuentras bien? Pareces ausente, ¿puedo hacer algo por ti?

La voz de su escudero se coló también en el cerebro de Tamargo.

Tristán, tu pulso ha subido a 120 y estás hiperventilando. Tus constantes se desestabilizan. Voy a tener que sacarte de la Red.

Los *munchkins* cantaban, cantaban, cantaban... *She is gone where the goblins go.... below.*

– ¡Tristán! ¡Tristán! ¿No me oyes? Te estaba diciendo que el doctor Rice, una eminencia norteamericana...

Below, below, below, below, below...

– ¡Oh, demonios, cálese, matasanos! –estalló Tamargo– ¿Es que no sabe hablar de otra cosa que de sus estúpidos tratamientos? ¡Haga callar a los malditos *munchkins*!

– Bueno, bueno... Cálmate, Tristán. Hablaremos de otra cosa. ¿De qué quieres hablar?

Sigue así, Tristán. Céntrate. Tus constantes se estabilizan. Vale. Te doy unos minutos. Tendré lista la Antesala de Duermevela para cuando estés preparado.

– Jesucristo... no sé, no sé... Oh, diablos, de acuerdo. ¿Qué le parece si hablamos de Jerusalén? ¿Es usted creyente? ¿Qué opina de las cruzadas? ¿Sabe algo de la batalla de Hattin?

Sarracín parpadeó perplejo.

– ¿Hattin? Pues sí, me suena. ¿No fue ésa la batalla virtual donde resultó asesinado el Jinete?

– ¿Cómo?

– Sí, ¿no lo recuerdas? Tuvo bastante repercusión en la prensa. El hado funesto de los Jinetes, la maldición del Hipódromo, el destino trágico de los academistas y todo eso –chasqueó los dedos–. Pero, claro, tú estabas todavía en coma por entonces y no pudiste enterarte. El Jinete, ese tal Gluck, estaba complicado en un fraude de apuestas o algo parecido, y un mafioso se lo cargó en su cama mientras seguía conectado a ese juego de guerra. Una cosa bastante sórdida.

Tamargo frunció el ceño.

– ¿Gluck? –hizo un gesto que abarcó el océano a su alrededor– ¿El mismo Víctor Gluck de los *Estudios de Telnek*?

– No sé decirte. En fin, a lo que íbamos. Conozco personalmente al doctor Rice y te aseguro que es un auténtico genio, todo un mago en su campo. Ha obtenido resultados con pacientes mucho menos reactivos que Dora...

Tamargo estaba desconcertado. No es que tuviera una opinión demasiado entusiasta sobre los Jinetes, pero le costaba imaginarse al creador de los *Estudios* mezclado en algo tan pueril e intrascendente como los juegos bélicos.

– ¿Sabe qué, doctor Sarracín? Creo que no existen los magos. Creo que usted y yo, y su doctor Rice de las narices, incluso el condenado Víctor Gluck... creo que todos salimos del retrete.

Estudio Tercero

“Cuadrículas de Trabajo”

Si Tamargo esperaba la clandestinidad de un garito mafioso, con su puerta de mirilla, su gorila patibulario y su contraseña estrambótica, estaba muy equivocado. Conectarse a *La Trinchera* fue lo más sencillo e inocente del mundo. De hecho, ni siquiera tuvo que adelantar un céntimo. La misma plataforma ofertaba *tours* promocionales de sesenta minutos por sus foros, totalmente gratuitos. El único requisito previo, por supuesto, consistía en disponer de una cuenta corriente sólida, lo que ya no representaba problema alguno para Tristán Tamargo.

Una vez el inductor estuvo en línea con *La Trinchera*, comprobó que su alfil tenía completa libertad para moverse por el escenario. Éste consistía sobre todo en armerías, palenques de combate y salas de información donde seguir las clasificaciones, el desarrollo de las batallas y la evolución de las apuestas. El efecto general era el de una inmensa feria de muestras, con sus distintos pabellones cubiertos, sus locuaces comerciales y sus zonas valladas donde se exponía algún tipo de maquinaria bélica. *La Trinchera* había descargado en el escudero de Tamargo toda la información necesaria para no perderse, de modo que éste le acompañaba bajo la apariencia de un paje, explicándole paso a paso lo que veía.

– En las armerías puedes adquirir vestuario, armas y equipo para tu alfil. El precio varía según su calidad y lo elaborado del diseño, pero la promoción incluye un modelo básico gratuito. Existen dos condiciones. La primera es que el equipo sólo es válido para pasearse por los foros y practicar en los palenques. Las grandes recreaciones de batallas históricas traen incluido su propio equipamiento.

– ¿Y la segunda condición?

– La segunda condición es que todo lo que compres pasará a ser de color rosa en cuanto lo apliques a tu alfil. Es una forma de distinguir a los clientes registrados, que pagan una elevada cuota mensual, de los visitantes ocasionales.

“¿Rosa? Oh, demonios”. Así que era por eso que se veían tantos vikingos rosas, samuráis rosas y granaderos rosas entre la abigarrada multitud de alfiles guerreros que pululaba por las instalaciones de *La Trinchera*. De cualquier manera, su alfil certificado

y su atuendo civil de diario llamaban mucho más la atención, de modo que se dirigió a la sección del siglo XII europeo y se procuró apresuradamente un gambesón acolchado rosa, una cota de malla cuyo tramado de metal se volvió rosa no bien se la puso, todo ello cubierto con una sobrevesta rosa que lucía como enseña en el pecho el logotipo de la *Trinchera* (al parecer, sólo los estrategas que desembolsaban grandes sumas en las batallas y puntuaban en la clasificación adquirirían el privilegio de diseñar y exhibir su propia enseña). Completó su equipo con un escudo y una espada de caballería, y así, ataviado como *Sir Sarasa* se dirigió hacia las salas de información y seguimiento.

En ese momento había dos grandes recreaciones en curso, cuya evolución era proyectada en pantallas gigantes para una multitud de apostantes y corrillos de estrategas. Había mapas esquemáticos que señalaban la posición del general –único jugador admitido en la simulación propiamente dicha–, y los movimientos de las distintas unidades sobre el campo de batalla. Columnas cambiantes bombardeaban el ojo con una avalancha de datos: partes de bajas, índices de munición, tiempo de juego, tarifas, tendencia de las apuestas... Tamargo reparó en la cifra que, junto a la duración de la partida, informaba con total transparencia del montante de la factura. Emitió un pequeño silbido. La cantidad era astronómica, y no paraba de subir.

– Cada tarifa consta en realidad de dos partes –explicó el paje–. La primera es una especie de *pot*, un precio fijo consensuado por los dos estrategas antes de la batalla, y que constituye su apuesta personal. El ganador recupera su parte y la mitad de la del contrario; el resto engrosa las arcas de *La Trinchera*. La segunda es la tarifa simultánea, la cuota facturada por minuto y flujo de datos. A mayor duración de la partida, más dinero, y lo mismo en proporción al tamaño del campo de batalla, la densidad de detalle y el número de figurantes por ejército. En teoría, cada estrategia debe satisfacer la mitad de la suma final, si bien los oponentes son libres de acordar cómo se repartirán el pago.

Tamargo estaba impresionado. Si las cifras que se embolsaba la casa eran ya de por sí espeluznantes, las que se movían en las apuestas robaban literalmente el aliento. Rodino no exageraba cuando aseguró que en *La Trinchera* se perdían y ganaban fortunas en un segundo. Tamargo vio en las tablas que la victoria de un tal *Bronco*, el estratega que dirigía la flota de Marco Antonio en la batalla de Accio, se pagaba seis a uno, y veinte a uno si se acertaba además el número de trirremes que quedarían indemnes tras el enfrentamiento. Tras consultar la clasificación de estrategas, entendió el porqué. *Bronco* ocupaba la posición 71, mientras que su rival, *Berserkher*, figuraba entre los diez primeros.

De repente, Tamargo se percató de que algunos de los presentes, entre ellos un inquietante coronel de las SS y un ceñudo mongol, lo estaban mirando con hostilidad, y enseguida descubrió el motivo. El suyo era el único alfil teñido de rosa de toda la sala. Al parecer, los turistas no eran bienvenidos en el sancta sanctorum de los apostantes y los estrategas. Teniendo en cuenta que ninguna de las batallas en curso era *Hattin 1187*, optó por la retirada.

– En realidad no hay tantos estrategas en la clasificación – le explicó el paje mientras paseaban junto a un muestrario de carros de combate–. Su número suele rondar el centenar. La presión económica es demasiado fuerte para la mayoría; libran un par de batallas, las pierden y desaparecen para siempre. Si tienen algo de talento, quizá consigan alguna victoria, pero la tarifa simultánea los arruina de todos modos. Lo mejor que le puede pasar a un estratega es ganar con regularidad, y aguantar el tirón hasta despertar el interés de un sponsor. Sólo así pueden soñar con competir por los primeros puestos.

– ¿Sponsor? –se extrañó Tamargo– ¿El mismo tipo de sponsorización que existe en las competiciones deportivas?

– No exactamente. Es cierto que hay algunas multinacionales interesadas, pero la mayoría de los sponsors de *La Trinchera* son multimillonarios aburridos y sin talento estratégico que buscan un campeón que libere sus batallas, promotores o corredores de apuestas enriquecidos... Talleres de diseño también, desde luego. Fíjate en ese estratega, por ejemplo.

El paje le señaló a un imponente caballero teutón que se contoneaba entre las lizas seguido por una cohorte de admiradores. Llevaba una armadura gótica resplandeciente y finamente labrada, y montaba un destrero de batalla envuelto en acero bruñido y sedas multicolores. Su lanza, su espada, su maza y su escudo parecían, más que armas de combate, artículos de joyería. Su enseña, estampada en la coraza, en el escudo y en el largo estandarte que portaba su escudero, representaba un pincel negro sobre campo añil: el logotipo de *Arts&Dreams*, un conocido taller onírico.

– Ahí lo tienes. El taller costea las batallas de ese estratega mientras gane, a condición de que se deje ver por el escenario exhibiendo sus diseños. Hoy es un caballero, pero mañana puede ser Napoleón o Alejandro Magno. Muchos de estos pobres diablos que jamás han librado una batalla matarían por parecersele, y dejarán alegremente sus créditos en las armerías para lucir el mismo equipo que él usa.

Se detuvieron frente a uno de los palenques más concurridos. Un panel de información indicaba que estaría activo y abierto a los visitantes durante treinta minutos, especificando que sólo se permitía la práctica de combate a pie y con armas blancas, en modalidad *Todos contra Todos*. Era relativamente reducido en comparación con las gigantescas extensiones naturales donde se libraban combates más modernos, pues consistía en un simple ruedo de arena delimitado por un círculo de picas con las puntas orientadas hacia dentro. Casi un centenar de contendientes justaban allí con saña, entre el fragor del acero contra el acero, aullidos guerreros, insultos y gritos de dolor. Tamargo vio legionarios romanos, hoplitas griegos, caballeros medievales, huskarls daneses, mamelucos, jenízaros... todos acometiéndose ferozmente con espadas, cimitarras, lanzas, hachas o mazas.

Decidió perder un poco de tiempo disfrutando del espectáculo. Los guerreros rosas eran mayoría – seguramente porque los usuarios registrados tenían libre acceso a palenques más atractivos– y pronto, hermanados por sus colores, formaron un frente común. Tras una breve escaramuza, cincuenta de ellos rodeaban a los últimos supervivientes veteranos, apenas una docena de espadachines que se vieron forzados a aliarse para evitar la masacre. Entonces fue cuando la experiencia impuso su ley. Los supervivientes demostraron ser huesos duros de roer; había un forzudo *zweihander* envuelto en armadura renacentista que causaba estragos con su espadón a dos manos, despedazando cuerpos rosas de un solo tajo conforme se ponían a su alcance. Un tipo harapiento, apenas sin protecciones y armado sólo con una alabarda, se deslizaba entre sus contrincantes como un verdadero acróbata, dibujando molinetes que segaban pies, manos y cabezas a su alrededor. Los novatos, amedrentados, comenzaron a retroceder y rompieron su cerrada falange. Nuevos jugadores se unieron al torneo en uno y otro bando, pero ahora los rosas llevaban las de perder.

Entonces, Tamargo reparó en el emblema que lucía sobre su coraza el *zweihander*. Se trataba del logotipo de una multinacional armamentística. De modo que los pobres novatos se las veían con un estratega sponsorizado, un abusón de recreo que había bajado de su trono para cebarse con rivales fáciles. Tamargo, que llevaba ya un rato tentado a participar, se decidió en ese mismo momento.

– Creo que voy a intentarlo –le dijo al paje.

– Buena elección. Fijaré tu umbral de dolor al 10%. Diviértete.

– No – se opuso Tamargo, recordando el cuerpo insensible e inmóvil que le esperaba fuera de la Red–. Ponlo al cincuenta, con un par.

– Es mi deber advertirte de que un corte de espada resulta bastante doloroso.

Tamargo se encogió de hombros. “No creo que duela más que un Toyota a doscientos por hora incrustándose en tu caja torácica” –pensó.

En cuanto *La Trinchera* dio el visto bueno a su equipo, Tamargo se materializó dentro del círculo de picas. En el acto, un rugiente *galloglaich* escocés quiso pillarlo desprevenido y, antes de que pudiera siquiera desenvainar su espada, se abalanzó sobre él enarbolando un hacha gigantesca. Intimidado, lo único que se le ocurrió fue girar sobre sus talones y echar a correr. Trastabilló sobre la arena perseguido por el escocés, que lo insultaba a pleno pulmón llamándole gallina y nenaza, hasta que pudo burlarlo zigzagueando entre grupos de combatientes y se refugió tras un contingente rosa. Entonces desenvainó la espada y giró como una peonza, totalmente desorientado e indeciso. Durante los siguientes minutos se las arregló para evitar los combates individuales. La carrera siguió siendo su mejor arma. Elegía a un veterano que estuviera trabado en combate y le golpeaba a traición con toda su fuerza; luego se parapetaba tras el escudo y escapaba por piernas. Sus golpes eran demasiado débiles y poco precisos para superar las armaduras, pero bastaban para distraer momentáneamente al rival y, dada su inexperiencia, no veía mejor modo de contribuir a la victoria de sus camaradas. Siguió con aquella táctica de guerrillas hasta que, por pura fortuna, uno de sus machetazos rajó el yelmo, ya de por sí bastante maltrecho, de un rodelero español que se defendía encarnizadamente de otros dos oponentes. La sangre manó de un profundo tajo en su sien; profirió una maldición y cayó de rodillas. Antes siquiera de que pudieran rematarlo, su cadáver desaparecía del palenque mientras una pequeña calavera de luz se materializaba sobre la cabeza de Tamargo. Se acababa de anotar su primera víctima.

– Eres un jeta –le dijo un centurión rosa–. Ése era mío.

– Lo siento –jadeó Tamargo.

– No importa. Vamos a darle grasa al grandullón, venga.

El *zweihander* se había confiado y adentrado demasiado en las filas de los rosas, que ahora lo arrinconaban contra la barrera de picas. Tamargo comprendió que si conseguían derribarlo tendrían media batalla ganada, de modo que siguió al centurión y se sumó tímidamente a la refriega. Una lluvia de golpes resonaban con estrépito metálico contra la resistente armadura del *zweihander*. Pero el mastodonte no bajaba los brazos; se cobraba cada abolladura en su coraza con un mandoble que eliminaba a un oponente. Un enjambre de calaveras coronaba ya su yelmo. El decepcionado centurión

se lanzó entonces aullando en un ataque suicida, con el gladius apuntando al visor del enemigo. No fue lo bastante rápido; el mandoble giró como una centella y se enterró en sus entrañas casi hasta la empuñadura. Tamargo vio cómo la sangre manaba de la boca de su nuevo amigo, y cómo éste, soltado el gladius, aferraba el espadón asesino con las dos manos.

Varios atacantes, entre ellos Tamargo, vieron la oportunidad:

– ¡No lo sueltes! ¡No lo sueltes! –chillaron al unísono.

– No te joroba –gimió el centurión–. Esto escuece, listillos.

Se lanzaron contra el indefenso *zweihander* como hienas hambrientas. Tamargo iba al frente, y fue su espada la que encontró una rendija bajo el gorjal. El *zweihander* soltó el mandoble y se llevó las manos a la hemorragia de su cuello. Se vino abajo con estrépito y desapareció del palenque. Tamargo gritó de júbilo.

– ¡Cuidado, que viene el *friki*! –aullaron varias voces detrás de él– ¡El *friki*, el *friki*! ¡Cúbrete, colega!

– ¿Qué *friki* ni qué...? ¡Ouch!

Tamargo estaba suspendido en el aire con el dolor desgarrando sus vísceras. Una alabarda se había clavado en su estómago. El acróbata había acudido a vengar a su aliado y ahora agitaba en las alturas el cuerpo empalado de Tamargo como un pincho moruno. Luego lo catapultó con fiereza a casi seis metros de distancia.

Tamargo quedó en la arena retorciéndose de dolor, mientras su verdugo se acercaba para rematarlo. Era un tipo moreno, delgado, extremadamente pálido e inexpresivo. Su equipo llamaba la atención por lo modesto: una raída sobrevesta con el emblema de un reloj de arena, aunque tan descolorido como para resultar casi invisible, cubría una cota de malla oxidada, cuyos muchos orificios estaban reforzados por parches de cuero. Apoyó el filo de la alabarda en su cuello y, para sorpresa de Tamargo, le habló:

– ¿Eres tú? ¡Vamos, recita la contraseña!

– ¿Contraseña? ¿Qué contraseña ni que...? ¡Anda y que te zurzan!

– Vamos... *Como la imagen de un dolor*... ¡Sigue! ¡Recítala, vamos!

– ¡Qué carajo! ¿Eso es Shakespeare, no? ¡Que te den por saco, mamarracho!

El llamado *friki* meneó la cabeza.

– Ya veo que no. Parecías tú pero no. Hasta luego.

La boca de Tamargo se llenó de arena. Su cabeza seccionada rodaba entre los pies de los combatientes.

Por fortuna, sólo duró un segundo. Lo primero que hizo tras materializarse en la campana de regeneración fue echar mano a su espada. Estaba rabioso, tenía ganas de hacer picadillo a aquel estirado. Pero el dolor había desaparecido, y supo contenerse.

– Esto está lleno de chiflados –le dijo al paje–. No me dejes volver a intentarlo.

– Tampoco es que te quede mucho tiempo de promoción. Más vale que lo aproveches.

Era cierto. Apenas tenía un cuarto de hora para llevar a cabo sus pesquisas. Dio la espalda al palenque y se encaminó hacia los puestos de los comerciales.

Un minuto de conversación le bastó para hastiarse. Los comerciales de los puestos eran simples figurantes caracterizados como mercaderes, pitonisos y buhoneros que recitaban las condiciones y tarifas del registro básico, aquél que permitía acceder a los foros, los palenques y apostar en las batallas. Sin embargo, no bien Tamargo expresó su interés por las grandes recreaciones históricas y su cuenta corriente –según le informó el escudero– fue chequeada de nuevo, el figurante se retiró, y un verdadero empleado de *La Trinchera* ocupó su lugar.

– Lamentó decirle que su saldo actual sólo le garantizaría una batalla, y no demasiado larga –le dijo con encantadora conmiseración–. Ahora bien, le aseguro que la experiencia valdrá la pena. Y, quién sabe, si logra una victoria espectacular quizá un *sponsor* se fije en usted. Supongo que dispone ya de un valedor. Se precisa la recomendación de un estratega activo para ingresar en nuestro club VIP.

– Oh, no se preocupe por eso. Precisamente acabo de estar con uno de sus socios –recordó al *zweihander* desangrándose con su espada en el gznate–. Creo que estará encantado de recomendarme.

– Perfecto. En ese caso le sugeriría una batalla moderna. ¿Qué tal *Pradera del Ganso*, en las Malvinas? Un escenario pequeño, un número moderado de figurantes... Sobre todo si ha hecho usted el servicio militar, estaría más familiarizado con el armamento y el equipo...

Tamargo le interrumpió. Era un romántico irredento y estaba encaprichado con las cruzadas.

– Una época fascinante, en efecto. Y también una lástima, porque hasta hace unos meses habríamos podido ofrecerle *Hattin*. Pero siento decirle que la retiramos del circuito.

– Entiendo. A causa de aquel feo crimen, ¿verdad? El asesinato del Jinete.

– Oh, no, no... –desmintió el comercial con vehemencia–. Preferimos considerar aquel desgraciado incidente como una cuestión personal entre dos individuos que, por puro azar, tuvo como escenario nuestra comunidad. *Hattin 1187* era impopular porque nuestros socios creían que estaba gafada. A nosotros nos gusta decir que la recreación de Paul Martell se pasó de realista. Casi nunca ganaban los cruzados, exactamente igual que en la batalla original. Por supuesto, ningún estratega quería escoger ese bando y, ya sabe, dos no pelean si uno no quiere, de modo que...

Tamargo se fingió sorprendido.

– Pero Víctor Gluck la escogió, ¿qué raro, no? Y apostaría a que lo hizo en el bando cruzado...

– Así es. *Cunctator* era su *nick*, pero la justicia nos obligó a desclasificar su ficha, de modo que puedo hablar sin miramientos ni seudónimos del difunto señor Gluck. La escogió nueve veces, y las nueve resultó derrotado contra el mismo estratega. Fue algo inesperado, porque *Cunctator* estaba considerado como uno de nuestros socios más brillantes. Monopolizó durante varios meses el número uno de la clasificación y, aunque se defendía bien en todos los terrenos, su especialidad eran las batallas medievales.

– ¿Nueve revanchas? ¡Eso es ser cabezota!

– Y manirroto, sobre todo manirroto. En efecto, su actitud pecó de infantil, si me permite una opinión personal. Tener tan mal perder, obsecarse de esa manera... Bueno, había sido un Jinete del Factor, después de todo. La novena estuvo a punto de ganarla. Fue una partida inusualmente larga; se prolongó durante casi ochenta horas. Pero, cuando ese criminal lo asesinó en su propio domicilio, su derrota se había consumado: eso es irrefutable. Muko Tágar podía alegar las irregularidades que se le antojaran, pero perdió y, como sponsor de *Cunctator*, era su obligación legal abonar el importe.

Tamargo no había mencionado ninguna irregularidad, y tomó nota mental de indagar sobre el asunto. *Excusatio non petita*...

– Dígame, ¿es normal que una partida dure tanto tiempo? Crédito no me falta, no me interprete mal, pero ignoro si mi escudero me permitiría una conexión tan prolongada.

El comercial pareció otra vez ofuscado.

– No, no es habitual. De hecho, la Novena de Hattin (así la conocen nuestros aficionados) posee el record absoluto en esa categoría.

– ¿Y qué fue del oponente? Supongo que se convertiría en toda una celebridad. Me encantaría saludarlo y pedirle algún consejo.

– Temo que eso será imposible. Ingresó en nuestra plataforma poco antes del primer desafío y la abandonó inmediatamente después de la Novena de Hattin. *Saladino* fue su *nick* y su único rol desempeñado. No ha vuelto a jugar con nosotros desde entonces. Muchos *sponsor* nos preguntaron por él, pero sus datos personales son confidenciales, de ahí que...

Tamargo creyó encajar algunas piezas. Había intuido algo.

– ¿Y puede saberse quién lo recomendó para ingresar en el club? –preguntó.

– Naturalmente –la voz del comercial vacilaba–. No veo a quién puede interesar el dato, pero no tenemos nada que ocultar fuera de lo que nos exige la ley. El valedor de *Saladino* fue el propio Víctor Gluck.

Tamargo no tenía nada más a lo que agarrarse. Todo lo relacionado con el *Vexilla* conducía a la batalla de Hattin, y todo lo relacionado con la batalla de Hattin conducía a Víctor Gluck. El Jinete era, pues, su única justificación para proseguir las pesquisas y ganarse honradamente el dinero de Rodino.

“Está bien, vamos a ver quién eras, señor presumido”. Se retiró de la Red y lanzó su antesala de duermevela, que imitaba una acogedora biblioteca con el fuego encendido en la chimenea y un cómodo sillón orejero. Su escudero, caracterizado de mayordomo, tomó el control del programa buscador y aguardó sus instrucciones. Confortablemente instalado, Tamargo descargó una enciclopedia actualizada y comenzó a leer.

Gluck, Víctor: poeta, pintor y artista onírico checo; (Praga, 1985. Montecarlo, 2038): considerado como uno de los Jinetes Menores.

Nace en el seno de una familia acomodada de Praga y, desde edad muy temprana, da muestras de poseer una inteligencia fuera de lo común. Con sólo ocho años, gana el segundo premio en una competición nacional de ajedrez. Aunque no se dedicó a ello profesionalmente, esta afición jamás lo abandonaría.

En 2002 se matricula en la universidad para cursar Literatura Europea; ese mismo año, los servicios editoriales de la facultad publican doscientos ejemplares de su libro de poemas *Nocturnos en Clave de Sudor*, obra de la que no se conserva copia alguna en ningún formato. Abandona los estudios a los diecinueve años, aquejado de fuertes crisis nerviosas que obligan a su internamiento en una institución de reposo. Recuperado en pocos meses, reniega de la poesía para incursionar en la pintura. Sus obras (*La Mancha*

Absorbente, 2004; *El Sueño del Octavo Día*, *Estática Temporal*, *Desnudo de Mujer con Estrellas*, 2005; *El Trueno Intracraneal*, *Autorretrato con Metrónomo*, 2006) se exponen hoy en la Galería Nacional de Praga, y están consideradas como una interesante fusión del surrealismo onírico y el expresionismo abstracto.

Invitado por el mismo Edgard Nuré, quien, según confesó, había quedado impresionado por sus pinturas, visita el Hipódromo en la primavera de 2007. Permanecerá allí dos años, hasta el cierre definitivo de la Academia y la desbandada de los Jinetes. No diseñó ningún sueño de primer orden, pero sí participó activamente en la elaboración del Catálogo, el Diccionario, el Almanaque y la Biblioteca. Aunque resulta especialmente complicado delimitar la aportación de cada artista en tan ingente trabajo de recopilación, existen indicios de que pudo formar parte del *Grupo Gurth*, encargado del diseño y programación de los primeros escuderos. Según África Legrat, autora del *Anecdotario de la Academia*, fue el propio Gluck quien acuñó el término para definir a estos programas animados de seguridad, aunque el dato ha sido rebatido por otros Jinetes en posteriores entrevistas.

Tras abandonar la Academia, enriquecido por su porcentaje de los derechos sobre *La Enciclopedia Nuré*, se instala opulentamente en París. En un principio, parece no arrastrar secuelas de sus asiduas exposiciones con el Factor. Vive como un *play boy*, frecuenta las fiestas de la *jet set*, se le atribuyen numerosos amoríos, pero nada tan escandaloso o abiertamente delictivo como las correrías que ya empezaban a protagonizar los otros Jinetes por todo el mundo. En 2011 conoce a Zelda Deleuze, actriz de teatro vanguardista doce años mayor que él, con quien contrae matrimonio a finales del año siguiente.

Víctor Gluck pertenece al limitado porcentaje de Jinetes que siguió trabajando con el inductor independientemente de la Academia Nuré. En 2013 firma un contrato para diseñar escenarios de sueñoconferencia para *Telnek*, una multinacional de las telecomunicaciones pionera en la fusión del inductor de sueño con las redes telefónicas y las autopistas de la información. Esto le acarreará feroces críticas por parte de Isaac Packula, quien le acusará de desprestigiar a la Academia aceptando trabajos de encargo. Nuré, ya por entonces en la fase terminal de la leucemia que le llevaría a la tumba, sale en su defensa en diversas publicaciones especializadas. “*Los grandes sueños de mis artistas son maravillosos – declara – pero el mayor logro de la Academia es y será siempre La Enciclopedia, y la Enciclopedia fue concebida para el uso masivo. Víctor quizá no fuera el mejor de los Jinetes, pero siempre entendió muy bien esta vocación*”. El alegato de Nuré resulta infructífero. Tras su muerte, Gluck es

condenado al ostracismo por la gran mayoría de los antiguos academistas. Paradójicamente, *Los Cuatro Estudios sobre la Ilusión* reciben hoy mil veces más visitas que cualquiera de los sueños mayores.

La vida personal de Gluck comienza a deteriorarse en los años siguientes. No se conoce ninguna obra suya de este periodo, pero todo parece indicar que seguía experimentando con el inductor de sueño. Aunque sus amistades coinciden en que Gluck amaba intensamente a Zelda, su relación se ve profundamente afectada por las secuelas de sus constantes exposiciones al Factor. Las discusiones se hacen cotidianas. En 2021, Zelda fallece como consecuencia de un *crack-out* motivado por fallo técnico. En su inductor se hallaron instalados dispositivos de seguridad defectuosos. La familia Deleuze presentó cargos contra Gluck, pero nunca se pudo probar que fuera él quien instalara los dispositivos, por lo que la causa se desestimó.

Tras la muerte de Zelda, Víctor Gluck parece sucumbir a la maldición común de los Jinetes. Se hace adicto al alcohol, a la heroína y a los tranquilizantes. Sus crisis nerviosas rebrotan con fuerza, y se ve implicado en diversos altercados violentos con la prensa. Pasa seis meses internado en *Delacroix*, el sanatorio financiado por la Fundación Nuré, de donde sale aparentemente recuperado. Pero Gluck sólo ha cambiado una adicción por otra. Liquidada sus posesiones en París y se instala en Montecarlo. En pocos meses, dilapida en los casinos la mayor parte de su patrimonio. Cuando estos le niegan la entrada, se vuelve hacia la Red Onírica, que frecuenta como simple usuario. Busca en ella las emociones autodestructivas que su salud y su mermado capital no le permiten en la vida real. Simulaciones pornográficas y casinos virtuales devorarán su salud y los restos de su patrimonio.

La última etapa de su vida es la menos documentada. Se sabe que su salud era delicada y que sus trastornos nerviosos se habían vuelto crónicos. Además, se había aficionado a un vicio todavía más costoso que su ludopatía: los simuladores de batalla, juegos de guerra en Red Onírica en los que se cruzaban importantes apuestas. Al parecer, su éxito en dichos juegos fue notable, lo que no le libró de la ruina. En 2037, asediado por los acreedores, firma un nuevo contrato con *Telnek* para actualizar los *Cuatro Estudios*. Su labor se limitó a añadir algunos detalles intrascendentes, como pequeños problemas de ajedrez –un probable homenaje a su pasada afición–, razón por la cual *Telnek* lo demandó por incumplimiento de contrato. A partir de entonces, sus medios de vida se tornan delictivos. En 2038 se ve implicado en un complicado fraude de apuestas relacionado con los simuladores de batalla. Muere asesinado en su propia casa a manos de

uno de sus cómplices, el conocido corredor de apuestas afincado en Montecarlo Muco Tágar, en lo que se consideró un ajuste de cuentas. Tágar se suicidó en su celda mientras aguardaba la celebración de la vista.

Tamargo cerró el archivo, no sin antes trasladar a su buscador algunas claves para futuras pesquisas. Una cosa estaba clara: incluso las enciclopedias hacían mención al fraude de apuestas, de modo que era del dominio público que existió algún tipo de enredo en torno a la Novena de Hattin. Muko Tágar era el sponsor de Gluck; costeara sus batallas y, lógicamente, también apostaría a su favor. ¿Por qué entonces no se acobardó y siguió respaldándolo tras ocho derrotas? ¿Qué tuvo de especial la Novena?

No había que ser una lumbrera para adivinar que Tágar había sido la verdadera víctima del fraude. Las nueve de Hattin lo habían dejado en la ruina y, aun sin el detallito del crimen, el impago de sus deudas le habría llevado de todos modos a la cárcel. El asesinato parecía una vendetta desproporcionada para el simple pecado de negligencia; el corredor de apuestas debía de creer que *Cunctator*, además de perder, le había traicionado de algún modo más deliberado. Pero, ¿qué motivos podía tener el Jinete para ello? ¿Acaso planeaba estafar a Tágar? ¿Apostó contra sí mismo y luego se dejó ganar?

Cunctator. El propio *nick* escogido por Gluck sugería intenciones equívocas. Fabio Máximo *Cunctator* “El que retrasa, el Contemporizador”, el verdugo de Aníbal en Italia y el salvador de Roma en la segunda guerra púnica, según las crónicas de Tito Livio. El general que, sin presentar una sola batalla a la bestia cartaginesa ni arriesgar sus legiones en combate abierto, acosó de tal modo al invasor y le hizo tan difícil su supervivencia en Italia que lo forzó a retirarse invicto por la puerta de atrás. ¿Por qué se consideraba Gluck un *Cunctator*, un “contemporizador”?

Tamargo podía pasarse el día haciendo cabalas pero, sin los datos necesarios, éstas no le llevarían muy lejos. Por eso pidió al escudero que le acercara el teléfono de su antesala –una reliquia de principios del siglo XX en línea con el auténtico servicio y filtrado por el inductor pero sin las trabas que suponía su uso para un inválido– llamó a Rodino y pidió que le pusiera en contacto con el oficial de policía que llevó la investigación en Montecarlo. El detective en cuestión, un tal Olivíe, estaba demasiado ocupado para reunirse con Tamargo pero aceptó concederle unos minutos de conversación en audio.

– El mismo Muko nos desveló la naturaleza del fraude, y no tenemos motivos para dudar de su palabra, puesto que él resultaba tan incriminado como el propio Gluck. Al parecer, fue Víctor en persona quien se ofreció a Tágar como su campeón. Gluck estaba en la cima de la clasificación por entonces, había rechazado ofertas de patrocinadores mucho más solventes, y, para un corredor de medio pelo como Tágar, aquello resultaría un chollo muy difícil de rechazar.

Tamargo asintió. La Red Onírica no transmitía palabras sino conceptos; era el propio inductor quien traducía los conceptos expresados por el interlocutor a un idioma comprensible por el usuario, de ahí que no tuvieran problemas para entenderse. Según explicó el teniente Olivié, el plan era muy sencillo y en absoluto original. Gluck se dejaría ganar por un novato cualquiera tantas veces como fuera necesario para que el sentido de las apuestas cambiase. En los primeros combates, Tágar apostaría pequeñas cantidades por Gluck para salvar las apariencias, pero sería un testaferrero quien realizara en su nombre las apuestas serias, siempre a favor del novato, claro. Pasado un plazo prudencial, cuando todo el mundo creyera que *Cunctator* estaba acabado y que *Saladino* era el nuevo gallito de *La Trinchera*, Gluck se revolvería y vapulearía al advenedizo.

A partir de la sexta derrota, Tágar comenzó a ponerse nervioso: temía ya que su paladín fuera realmente incapaz de ganar, pero Gluck lo tranquilizó y lo engatusó para que aguardara hasta la Novena. Las apuestas a favor de Víctor se pagaban 40 a 1, y el estrategia dio por fin el visto bueno. Había llegado el momento de devolver los golpes. Sin embargo, el escamado Tágar se negó a arriesgarlo todo a una carta. Ya con su verdadera identidad, apostó sólo sus ganancias anteriores y la mitad de su efectivo restante.

– Pero Víctor volvió a morder el polvo –apuntó Tamargo.

– Así es. Los golpes le llovieron a Tágar de todas direcciones. Al contrario que en las anteriores ediciones, su correduría había cubierto sin límite cualquier apuesta a favor de *Saladino*. Asimismo, su propia inversión se había ido al garete. Pero lo que realmente acabó de apuntillarlo fue algo totalmente impredecible aun por el más escarmentado de los sponsor: el pago de una monstruosa tarifa simultánea. Ochenta horas de batalla ininterrumpida, imagínese. *Cunctator* había acordado con *Saladino* que el perdedor lo pagaba todo. Y ni siquiera un jeque del petróleo habría podido hacer frente a la factura de semejante ordalía.

Así pues, Tamargo estaba en lo cierto. Gluck había traicionado efectivamente a Tágar, y sus motivos tampoco eran un misterio para las autoridades.

– No trascendió en su día por irrelevante. Tágar había asesinado y, fueran cuales fueran las provocaciones de su víctima, en nada cambiaban ese hecho. Verá, Muko Tágar era un viejo conocido nuestro. Antes de convertirse en promotor de plataformas pornográficas, casinos virtuales y corredurías de apuestas, se había dedicado a todo tipo de chanchullos. Proxenetismo, trata de blancas, tráfico de drogas... En su juventud, traficaba también con tecnología defectuosa. En concreto, inductores poco fiables, sensores médicos trucados y programas pirata plagados de errores y *bugs* que vendía como escuderos y antesalas de duermevela bajo sellos falsos de grandes compañías. Ya sabrá que ese delito se castiga hoy con la misma dureza que el intento de homicidio, pero entonces, cuando...

Una lucecita se encendió en el cerebro de Tamargo, y aventuró:

– Cuando la esposa de Gluck se los compró....

– Premio. Sus dispositivos procedían de una partida que el estraperlista se trajo de las Molucas, falsificando el sello de garantía europeo. Con la legislación actual, y si el delito no hubiera prescrito, podríamos haberle endilgado también a Tágar el homicidio de Zelda Deleuze.

– Pero no podían hacerlo. De ahí que Gluck se tomara la justicia por su mano.

– Correcto. Gluck y su cómplice, el tal *Saladino*, se la jugaron bien jugada. Supongo que, consumada la venganza, Gluck se confió demasiado. Habría debido esconderse tan bien como lo hizo su cómplice, por lo menos hasta que pasara el temporal y las aguas se calmasen. *Saladino* se las ingenió incluso para borrar de *La Trinchera* su ficha personal, de lo contrario lo habríamos citado a declarar, y quizá hasta imputado algún cargo de fraude.

Tras agradecer efusivamente su amabilidad al teniente Olivie, Tamargo cortó la comunicación. Las piezas encajaban admirablemente –quizá demasiado admirablemente– pero ninguna de sus averiguaciones le acercaba un solo paso al origen del *Vexilla*. Pasó la hora siguiente enfrascado en el *Anecdotario* de África Legrat, sin obtener tampoco resultados prometedores. A excepción de las menciones al Grupo Gurth y al diseño de escuderos, Gluck apenas protagonizaba ninguno de los coruscantes chascarrillos con los que la Legrat salpimentaba su librito. La autora lo usaba generalmente como actor secundario, una mera comparsa que daba el pie para las réplicas ingeniosas de los Jinetes más populares. El único dato curioso que Tamargo pudo entresacar de la lectura se relacionaba con el ajedrez. Nicolasa Sálem “Nika” parecía ser su amiga más íntima dentro de la Academia, pues Gluck participaba en casi

todas las anécdotas referidas a la autora de *Los Tabernáculos Colgantes*. Y, en un sensible porcentaje de ellas, ambos estaban inmersos en una partida de ajedrez.

¿Habían llegado la relación de Sálem y Gluck a algo más que una mera amistad? Una simple llamada a África Legrat, haciéndose pasar por periodista, bastó para desechar tal posibilidad.

– ¿Está usted loco? – exclamo la escritora, escandalizada– ¿Es que no sabe nada de nada? “Nika” era probablemente la lesbiana más lesbiana del mundo. Gluck era simplemente una especie de mascota para ella, un diletante casi sin talento que la admiraba profundamente y que Sálem toleraba a su lado por lástima. Era huérfana ¿sabe?, no tenía familia y nunca se casó...

Otro punto muerto. Por un instante, Tamargo había acariciado la idea de que “Nika” fuera en realidad el esquivo *Saladino*. Su amistad con Gluck y su afición por competir en juegos de estrategia así parecía atestiguarlo. Además, ¿quién mejor que un Jinete para asaltar la Trinchera desde el Factor y borrar su ficha personal? Incluso –por qué no–, quién mejor que un Jinete para infectar con un himno guerrero diversos enclaves de la Red Onírica como homenaje póstumo a su antiguo amigo y rival (la idea parecía disparatada, sí, pero las reglas de la lógica no eran aplicables cuando se trataba de jinetes del Factor). Vanas elucubraciones; según la enciclopedia, Nicolasa Sálem había ingresado y fallecido en el sanatorio *Delacroix* varios años antes de los hechos.

Tamargo estaba cansado y descorazonado. En las pocas horas que habían pasado desde su entrevista con Rodino había trabajado de firme y acumulado una cantidad abrumadora de nuevos descubrimientos, pero, en lo que al caso concernía, lo mismo le habría dado perder el tiempo con una novela policíaca. Estuvo a punto de pedir a su escudero que lo sacara de la Antesala y abandonar las pesquisas por aquel día, pero finalmente no lo hizo. Decidió que quemaría su último cartucho relacionado con *La Trinchera* y Víctor Gluck. Luego haría *tábula rasa* y partiría de cero con una nueva línea de investigación.

Paul Martell le fue simpático desde el principio. Su alfil certificado lo retrataba como un pelirrojo desgreñado, larguirucho y de ademanes espasmódicos. Estaría cerca de la cincuentena, pero su rostro plagado de pecas y la vivacidad de su sonrisa le hacían parecer un tunante malicioso de no más de veinte años. Y era listo el jayán: Tamargo no pudo engañarlo ni un solo minuto.

– De manera que dice ser usted directivo de *Arts&Dreams*. De manera que, ahora que la batalla ha sido retirada del circuito, quiere tranquilizarse respecto a la seguridad de *Hattin 1187* antes de adquirir para su firma los derechos sobre mis diseños de figurantes –sonrió–. De manera que miente como un bellaco. No, no, no proteste, señor Tamargo. Siempre he creído que los agentes de *Insomnia* se conducían con enigmática solemnidad y no quiero ensuciar esa imagen.

Tamargo tragó saliva.

– No sé como ha podido llegar usted a esa conclusión, señor Martell, pero...

– Porque tiene usted “la mirada”. La mirada del que ha estado demasiadas veces demasiado cerca y no ha llegado a mojarse el trasero. Los diseñadores la tenemos porque, de vez en cuando (más tarde que pronto, se lo aseguro), debemos sumergir la rueda en el agua antes de echarla a rodar, para ver si escapan burbujitas y nos toca salir huyendo como polluelos al programa madre. Y también los agentes de *Insomnia* la tienen. Pero no los tratantes de moda onírica. En el oficio llamamos a esa mirada *El Ojete del Jinete*, porque el agujero del culo es lo único que llegaremos a tener en común con un verdadero Jinete del Factor. Jajaja.

Tamargo secundó las carcajadas, aunque no pudo dejar de reparar en el poso de amargura que ocultaban.

– De acuerdo, si yo fuera un agente de *Insomnia*, que no lo soy, tal vez le diría que esa mirada que usted describe recibe otro nombre en el departamento al cual, insisto, yo no pertenezco. Lo llamamos *Mirada del 90%*, porque son las probabilidades que existen de tener que lavar tus calzoncillos cuando sales de la Red tras marcar un Pozo de Factor.

– Jajaja. Marcan ustedes dos agujeros, entonces...

Los dos hombres volvieron a reír, y Tamargo se preguntó si no estaba siendo demasiado confiado con aquel tipo; si, de alguna manera, se estaba dejando arrastrar por el espíritu del escenario donde se reunían. El tercer *Estudio* de Víctor Gluck era quizá el más frívolo y discreto de toda la serie. Los sueñonautas asumían esta vez el rol de dos juguistas que, sentados frente a una mesa repleta de interminables hileras de vasos y botellas vacíos, solventaban alguna querrela privada mediante una competición de resistencia al alcohol. Una docena de bucaneros de opereta, con sus garfios, sus patas de palo, sus parches y sus bronceados miembros surcados de cicatrices los rodeaban y jaleaban moviendo sus labios mudos en inquietante silencio. Los baos de madera que sustentaban la techumbre, la curvatura de los mamparos, así como los abundantes cordajes y coyotes tendidos, sugerían que el duelo tenía lugar en el castillo de proa de un

antiguo galeón. Gluck había introducido también diversos efectos de enfoque, perspectivas cambiantes, distorsionadores de voz y ocasionales accesos de doble visión para simular en el usuario los efectos de una borrachera. Cada sesenta segundos exactos, la campana de cubierta repiqueteaba el cambio de guardia y la facturación de un nuevo minuto. El tablero de ajedrez reposaba en esta ocasión a un lado de la mesa, apoyado sobre el clásico mapa del tesoro, y era un tosco juego artesanal con las piezas esculpidas a cuchillo, la clase de miniatura que un gaviero tallaría con pedazos de madera durante las guardias de serviola.

Tamargo lo había mirado al principio de la conversación, y se había reafirmado en su descubrimiento de que la partida evolucionaba. El alfil blanco ya no figuraba en el tablero, y su rey indefenso se enfrentaba a un jaque mate inminente. Pero, a cambio del sacrificio del alfil, el peoncito aventurero había podido proseguir su inexorable avance hacia la zona donde aguardaba el rey negro.

– Excelente–dijo Martell–. Pongamos que no es usted un agente de *Insomnia*. ¿Quiere entonces que hablemos sobre calzas, jubones, gambesonos y brigantinas?

– No – admitió Tamargo–. Hablemos sobre *Hattin 1187*. Hablemos de *irregularidades*.

Martell profirió una seca risita.

– Irregularidades. Supongo que ya ha visitado usted *La Trinchera*. Le habrán dicho, cómo no, que Hattin fue retirada por impopular. Que estaba gafada, que no gustaba, que era “demasiado realista”. A esas malditas sanguijuelas no les importa arruinar el prestigio de un diseñador con tal de proteger su mina de oro. ¡Bah, que les den morcilla! Me han vetado, ¿qué le parece? Ya no puedo entrar en *La Trinchera*, ni acceder a mi propio escenario – se encogió bruscamente de hombros–. No es que me importe demasiado, con franqueza; aquello se ha convertido en un refugio de pirados. La última vez que se me ocurrió aparecer por allí bajo falsa identidad, una especie de vampiro harapiento me abordó para preguntarme si yo era no sé quién y me pidió no sé qué contraseña. Cuando lo mandé a freír espárragos, blandió su alabarda y me cortó la cabeza. ¡Y ni siquiera estábamos en un palenque, caray!

– Jajaja. Conozco la experiencia, sí, y creo que también al pirado en cuestión. Pero, dígame... ¿Qué motivos tenían para vetarlo?

Martell alzó una ceja.

– No podría decírselo si fuera usted un agente de *Insomnia*, porque firmé en su día una cláusula que me prohíbe específicamente tratar con ellos. No es que sea un mojigato

con la ley pero, francamente, mi situación pecuniaria actual no es la más apropiada para soportar demandas. Sin embargo –guiño un ojo–, dado que usted ha insistido en que no pertenece a tan selecto cuerpo, supongo que puedo explayarme sin tapujos.

Tamargo asintió. Estaba de baja por depresión, de modo que oficialmente no actuaba como agente de *Insomnia*, y no traicionaba por tanto la confianza del diseñador.

– Sea pues –dijo Martell–. De pirata a pirata, ¿vale? Confidencias de borracho en el castillo de proa –llenó sus pulmones de aire y los vació lentamente mientras ladeaba la cabeza y hacía crujir su cuello–. Hablemos de irregularidades. Le hablaré de mapas que desaparecen en las pantallas de seguimiento, aunque los movimientos de las tropas sigan proyectándose sobre un fondo blanco. Hablemos de un goteo increíblemente lento de bajas entre los figurantes, como si la batalla se hubiera transformado en una sucesión de duelos individuales. Hablemos de arqueros que no disparan, de municiones que no se gastan.... Todas esas rarezas pudimos presenciarlas en las primeras horas de la Novena desde las salas de seguimiento.

Según explicó Martell, fenómenos de ese estilo resultaban chocantes, pero no del todo inusuales, pues la tecnología que permitía extrapolar datos de una simulación onírica y recodificarlos digitalmente estaba todavía en pañales. Los fallos en las proyecciones, las tablas y los mapas se producían con relativa frecuencia (a veces llegaban incluso a bloquearse), y en nada afectaban a las apuestas. En general, los apostadores confiaban en *La Trinchera* y en su veredicto sobre el resultado, sobre todo si éste era refrendado por los estrategas tras la batalla. Sin embargo, cuando la Novena alcanzó su hora veinticuatro de desarrollo sin que las mediciones y estadísticas cambiaran, Martell empezó a preocuparse seriamente. Empezó a temer que quizá *Hattin 1187* se hubiese bloqueado, que hubiera caído en una especie de bucle que mantenía atrapados a los estrategas en una pesadilla de parálisis. Solicitó entonces a la directiva que suspendiera la partida, pero *La Trinchera* se negó en redondo. El flujo de dinero que suponían más de veinte horas de conexión era demasiado suculento, y la pitanza parecía que iba a prolongarse durante mucho tiempo todavía.

– No sé si actué correctamente o no, pero creo que no tenía alternativa. Verá, es común entre los diseñadores de entornos bélicos crearnos algunas unidades de prueba, alfiles trucados para nosotros y figurantes superdotados con los que llevar al límite las posibilidades del escenario. Yo llamé a los míos *Caballeros Extravagantes* y, junto a mi alfil caracterizado como Ricardo Corazón de León, era el contingente que usé durante la etapa de diseño para divertirme cortando cabezas e ir poniendo a prueba las habilidades

de los distintos soldados y la respuesta de las IAs. Asimismo, también solemos reservarnos un acceso al escenario que nos permita conectarnos sin pasar los controles ordinarios, por si resulta necesaria alguna intervención técnica de urgencia. *La Trinchera* estaba al tanto, naturalmente, pero también me denegó la opción de asomarme a echar un vistazo. Los muy avaros tenían miedo de que mis descubrimientos los obligaran legalmente a suspender la partida. Ojos que no ven...

Como era de esperar, Martell no hizo caso de la prohibición y, camuflando su conexión lo mejor que pudo, formó a sus Caballeros Extravagantes en su antesala de duermevela y se lanzó a la Novena de Hattin.

– En su día remití a la directiva un informe completo sobre mi aventura. Fingieron no haberlo recibido, me vetaron y me dieron de baja como diseñador de plantilla. Usted será, pues, mi primer lector oficial –un largo texto se materializó sobre la mesa–. Helo aquí:

A tenor de los sucesos que condujeron al trágico fallecimiento del señor Gluck, creo que es mi deber informar formalmente a la directiva de tremendas irregularidades relacionadas con la batalla conocida como Novena de Hattin. Si bien soy plenamente consciente de que mis acciones violaron los reglamentos de *La Trinchera* –y asumiré por ello las sanciones oportunas– debo confesar que, alarmado por una acumulación de indicios sospechosos y de sobra conocidos, hice uso de mi acceso de mantenimiento para infiltrarme en la simulación durante el desarrollo mismo del juego. Ruego juzguen con mente abierta el relato de lo que presencié, pues creo que es de importancia capital para el esclarecimiento del caso.

El contador de partida marcaba treinta y seis horas, ocho minutos y siete segundos cuando me materialicé con mi escolta de figurantes en la llanura que desciende hasta el Lago Tiberiades, sólo para comprobar con estupor que el escenario estaba totalmente desierto hasta donde alcanzaba la vista. No se combatía en los Cuernos de Hattin, ni en la orilla del lago, ni junto a los vivaques abandonados del ejército musulmán. El índice de bajas en ambos contingentes seguía aumentando con la misma lentitud, pero... ¿Dónde se producían esas bajas y dónde combatían los ejércitos?

Tras una rápida batida, encontramos los primeros cadáveres: un puñado de figurantes cristianos fallecidos evidentemente de sed y agotamiento. Un rastro de pisadas en el polvo, como el producido por el paso de una nutrida hueste, atravesaba la llanura en dirección a los despeñaderos que clausuran el extremo meridional del escenario practicable. Escudos, armas, pellejos vacíos y otros pertrechos abandonados por soldados cristianos y moros, me hicieron sospechar que ambos ejércitos habían seguido la misma dirección, pisando el uno los talones del otro. La distancia entre ambos debía de ser lo suficientemente grande para que la IA de los figurantes no los lanzara al combate sin órdenes del estratega, y me pregunté cómo se las habían arreglado los generales para evitar la lucha, qué tipo de acuerdo debían de haber alcanzado para que uno permitiera al

otro formar sus columnas mientras aguardaba en la distancia su turno para iniciar la marcha.

Como es lógico, seguimos el rastro en dirección Sur, aunque ya mis ojos me habían alertado de que era un esfuerzo inútil, pues la impracticable pared rocosa que limita el movimiento de las tropas era claramente visible, y ningún ejército se desplegaba a sus pies. Con todo, seguimos hasta donde el escenario nos permitió, y es ahora cuando debo ser honesto y admitir, profundamente avergonzado, que quedaron errores de diseño en *Hattin 1187*, así como recomendar que el escenario se retire del circuito y se edite sin demora en un programa madre para su inmediata corrección. Porque había –mejor dicho, había habido– un pozo de Factor en el despeñadero. No era fácil de descubrir; estaba tras un recodo que dibujaba la escarpadura, y abarcaba un sector de texturas rocosas de no más de seis metros cuadrados. Tenía la apariencia de la piedra arenisca, olía levemente a humus y estaba bien iluminado. Pero, lamentablemente, le faltaba la sensación de tacto, defecto más que suficiente para generar un pozo de Factor.

Tamargo interrumpió la lectura en este punto.

– ¡Claro! –exclamó–. Si lo que Víctor necesitaba era un acceso al Factor desde *Hattin 1187*, y éste estaba tan escondido y apartado, no es de extrañar que necesitara ocho batallas para encontrarlo, ni que su ejército fuera masacrado una y otra vez mientras él descuidaba la estrategia por su búsqueda...

– ¿Eso le parece una revelación? –rió Martell– Siga leyendo, por favor.

Jamás habría tenido el valor de aventurarme en el pozo en circunstancias normales, pero la ausencia de las angustiosas percepciones asociadas a su proximidad me convenció de que el parche intangible ya no era un pozo común. Además, las pisadas de los dos ejércitos convergían en ese punto, tan apiñadas como para dibujar un profundo surco en el polvo. De manera que di a mis caballeros la orden de seguirme y atravesamos la pared del despeñadero.

Doy mi palabra de que lo que vi a continuación no forma ni formó parte nunca de mi diseño original. Ante nosotros se extendía una planicie natural de polvo y reseca vegetación flanqueada por colinas sembradas de olivos. Un paisaje ilimitado hasta el mismo horizonte, que recreaba con razonable fidelidad la Palestina del Siglo XII, nos rodeaba en todas direcciones. A lo lejos se divisaba una pequeña ciudad coronada por un castillo, que reconocí por las descripciones como Tiberiades, feudo de Raimundo de Trípoli, el verdadero caudillo de las tropas francas. Pero el rastro, desplegado de nuevo en ordenadas columnas, no seguía ese rumbo, sino que enfilaba directo al sur, con una leve tendencia al Oeste.

Lo único que puedo decir sobre mi estado de ánimo, durante las casi cuarenta horas en que seguimos aquellas huellas a galope tendido, es que me encontraba a medio camino entre la fascinación y la incredulidad. Valles y montañas, campos cultivados y pequeñas aldeas (desiertas, gracias a Dios) corrían bajo los cascos de nuestros caballos. Conforme pasaban las horas, encontrábamos más y más cadáveres de figurantes agotados por la larga marcha (ésas eran sin duda las bajas que iban registrando las estadísticas), más

armas, estandartes y pertrechos abandonados. La noche llegó, y amaneció un nuevo día, todavía más caluroso. Por eso, para cuando superamos las colinas de Ben Hamma y avistamos Jerusalén, creía que ya nada era capaz de sorprenderme.

– ¿Jerusalén? – Tamargó miró indignado a Martell–. Pensé que iba a ser usted franco conmigo, y no a aburrirme con el relato de sus últimas vacaciones.

El pelirrojo ignoró el comentario y matizó:

– Yo lo veo así. Los estrategas corrían el riesgo de que *La Trinchera* interpretara como tablas una batalla sin combates donde hasta el último de los figurantes estaría demasiado agotado para levantar la espada. Ellos necesitaban un resultado muy concreto, de manera que, antes de llegar a esa situación de empate forzoso, se vieron obligados a soltar las riendas de sus ejércitos... intentando, eso sí, que el combate se prolongara durante el mayor tiempo posible. Gluck no podía seguir marchando sin que los figurantes de su ejército sucumbieran al cansancio. Una batalla en campo abierto sería rápida y cruel, nada conveniente a sus planes. Su mejor opción era enrocarse, así que creó Jerusalén para prolongar la resistencia y ganar un poco más de tiempo que facturar a Tágar. Tenga en cuenta que, en 1187, el ejército turco asediaba Tiberiades como señuelo para atraer a los jerosolimitanos a un terreno que les fuera propicio. En consecuencia, su equipamiento incluía equipo de asedio, y ese fue un detalle que yo no olvidé reproducir en la simulación. Cuando llegué con mis Caballeros Extravagantes, las puertas de David y San Esteban habían caído, y las hordas turcas irrumpían en tromba en las calles de la ciudad.

Tamargo debió de poner una cara muy divertida, porque Martell calló de repente.

– Ya, vale, vale. Es distinto verlo que leerlo. Pero eso tiene remedio. Tuve la precaución de grabar todo lo que vieron mis ojos en esos últimos compases. Casi revienta la memoria de mi inductor con semejante avalancha de datos, puede creerme, pero el archivo es digno de verse. Si tiene la bondad de despejar sus canales de video y, bueno, si no le importa hacerse cargo de la factura de...

– Adelante, adelante, por favor... –concedió Tamargo con ironía–. Me tiene usted en ascuas.

Tamargo aceptó la transferencia del archivo y dio luz verde a la reproducción del video.

Montaba un robusto caballo de batalla, negro como el carbón, que se revolvió nervioso bajo la montura. Los brazos que sujetaban las riendas iban envueltos en una

cota de malla con guanteletes y refuerzos de metal en los dedos. Algo entorpecía levemente su visión: el protector nasal de un casco. Sucesivas variaciones del punto de vista le mostraron retazos de una sobrevesta roja rubí con el emblema del león rampante de los Plantagenet en el pecho y de una capa confeccionada con una tupida piel de león. Era Paul Martell, y era Ricardo, pero también era los ojos de Tristán Tamargo.

Se estremeció. De modo que el diseñador no mentía.

Ante él se alzaban las murallas de una ciudad. Pudo ver las almenas de una ciudadela, las torres de muchas iglesias y una cúpula dorada, más alta, que centelleaba al sol del atardecer. Hordas de infantería sarracena se apelotonaban en torno a las escalas, o pugnaban por abrirse paso entre la multitud congregada frente a un portón derribado por los arietes. Un bosque de lanzas y cimitarras se mecía sobre miles y miles de cabezas coronadas con cascos y turbantes, bajo la tímida lluvia de flechas procedente de la Ciudadela de David y de las pocas torres que resistían en la muralla. Más lejos, columnas de caballería turca, con sus pesados camisotes de malla y brillantes yelmos picudos, irrumpían al galope por una segunda puerta.

El Reino Cruzado de Jerusalén tenía las horas contadas.

En el galeón pirata, la estropajosa voz de Martell seguía hablando:

– Sé que mi obligación era no intervenir ni tomar partido –dijo–. Pero mis propias creaciones no me dejaron alternativa. Entiéndalo, no podía consentir ser aniquilado sin luchar y expulsado del escenario. Aquella mágica Jerusalén no resistiría las cuarenta horas que yo necesitaría para volver por el mismo camino... Quería y necesitaba saber.

Tamargo entendió entonces a qué se refería el diseñador. *La retaguardia de Saladino había detectado su presencia. Los servidores de las catapultas y los trabuquetes abandonaban sus puestos y huían despavoridos, pero cientos de lanceros ya se estaban volviendo para hacer frente a la amenaza recién llegada del norte. Durante unos angustiosos segundos, la vista de Martell–Tamargo quedó atrapada por aquella dispersa tropa que corría hacia ellos con las bocas abiertas y las lanzas enfiladas. El destrero, entrenado para usar sus cascos y sus dientes como arma en la melé, piafó nervioso, coceó el aire y sacudió sus largas crines. Aquello pareció decidir a Martell. Ricardo enristró su lanza, embrazó el escudo y giró la cabeza a izquierda y derecha, donde se alineaba la compañía de caballeros más impresionantes, anacrónicos y pintorescos que Tamargo había visto en su vida. Había uno gigantesco, con sobrevesta verde y malla dorada, cuyo casco estaba rematado por astas de venado*

tan largas como una lanza, y de cuya montura colgaba una aterradora maza de pinchos que debía de pesar veinte kilos o más. Más allá, formaba otro con capa blanca y una armadura de placas de plata refulgente que despedía cegadores destellos, y cuyo casco imitaba la cabeza de un dragón. Un Caballero Negro y una musculosa amazona envuelta en armadura de zafiros flanqueaban a un Caballero Inexistente –inspirado sin duda en la novela de Ítalo Calvino–, y tras cuya celada se vislumbraba un inquietante vacío. Y así uno tras otro, hasta completar la veintena de paladines que integraban aquel arco iris de colores chillones erizado de letal acero.

Entonces la grabación se volvió frenética y confusa. Ricardo picó espuelas hasta el botón y cargó contra el enemigo entre una densa polvareda. Los primeros y dispersos atacantes no fueron rivales para la hueste más mortífera que jamás pisara Tierra Santa: todos rodaron por el suelo y fueron pisoteados por los cascos de los destreros. El núcleo principal de infantería sarracena que atacaba las puertas recibió el impacto por sorpresa. Las lanzas de caballería bajaron al unísono y presentaron sus mortíferas puntas ante un orfeón de rostros aterrados. Incluso sin sonido, la percepción del choque fue brutal. Las filas sarracenas se vinieron abajo hasta una profundidad de diez en fondo, y Tamargo se vio repentinamente sobre una alfombra de cuerpos tendidos y atenazado por un enjambre de combatientes que se arracimaban a su alrededor. El caballo se encabritó y pateó el aire. Ricardo soltó la lanza, imposible de blandir de nuevo con al menos tres cuerpos ensartados en ella, y desenvainó la espada. Repartiendo tajos a diestra y siniestra, Martell y sus caballeros se abrían paso ahora hacia las puertas entre una masa de atacantes. El caballero ciervo era especialmente letal en el cuerpo a cuerpo: sus golpes de maza levantaban a los hombres del suelo, incluso a tres o cuatro a la vez, y aplastaban cabezas como si fueran de plastilina.

– Creo que fue ahora cuando lo vi. Preste mucha atención a las puertas.

Los extravagantes se habían apiñado hasta formar en una apretada cuña que iba abriendo brecha lentamente hacia las puertas. Una herida que sangraba profusamente había aparecido en el brazo de Ricardo. El Caballero Inexistente sucumbió al número de sus atacantes y se derrumbó del caballo en un torrente de piezas huecas de armadura, y el Caballero Dragón no tardó en seguirlo acribillado a lanzazos. Pero ya casi estaban dentro, y los combates que se libraban en las calles podían vislumbrarse bajo el arco amurallado y el deformado rastrillo de la Puerta de David.

– Ahí lo tiene. Raimundo III, conde de Trípoli y el defensor más noble que Jerusalén hubiera podido tener. Las intrigas de Sibila y de Guy lo apartaron del trono y

lo empujaron a una guerra que no deseaba y que sabía abocada al fracaso. Había sido cautivo de Saladino en su juventud, con quien trabó amistad y de quien aprendió a respetar la cultura musulmana. Con gusto habría sacrificado Tiberiades, su propio condado y su título, por preservar la paz y la convivencia. Pero fue tildado de cobarde, de traidor, y obligado por juramento a conducir sus caballeros a Hattin, en pleno julio, sin agua y bajo un sol de justicia, sólo para presenciar el desastre y la aniquilación del ejército cruzado. Murió poco después de la toma de Jerusalén, exiliado y con el corazón roto por la pérdida del reino de sus sueños.

Una línea de sargentos lanceros, entre los que se vislumbraban entremezclados los colores de Jerusalén, del Temple y del Hospital junto a las enseñas de otros muchos barones, defendía el acceso a las calles tras un gran aljibe. Heridos, ensangrentados, exhaustos y con las ropas destrozadas ofrecían un último frente al invasor. La mirada de Martell quedó entonces prendida al caballero que comandaba la resistencia en el centro mismo de la barrera de escudos. Tendría unos sesenta años, delgado y fibroso, con el rostro curtido por los elementos, y enfundado en una cota de malla que protegía del sol con una larga chilaba árabe de damasquín esmeralda manchada de sangre, sudor y mierda de caballo. Tamargo sabía que detrás de aquel alfil imponente se ocultaba Víctor Gluck, y no pudo evitar un escalofrío. Víctor Gluck, con las facciones congestionadas por el esfuerzo y la mirada inundada de un júbilo salvaje. Víctor Gluck, el Jinete, repartiendo tajos, derribando enemigos, defendiendo su causa hasta el último aliento y vengando a Zelda Deleuze.

Eran figurantes los que sucumbían a su espada, pero cada una de sus estocadas se hundía también en el pecho de Muko Tágar. No, a Tamargo ya no le parecía tan grotesca la idea del artista jugando a los soldaditos.

Había un segundo héroe junta a Raimundo. Con una brillante cota de anillos y un turbante rematado con casco picudo, su cimitarra levantaba surtidores de sangre entre la vanguardia del enemigo. Tamargo entendió que se trataba de Saladino. El cómplice de Gluck había cambiado de bando y combatía contra su propio ejército, contribuyendo así a limar más minutos a la partida.

Martell acababa de franquear la puerta. Había pagado un elevado precio, pues sólo dos de sus caballeros seguían en pie, pero apenas veinte metros más y podría unirse a los estrategas para saciar su irreprimible curiosidad. La conmoción que causó su llegada no pasó desapercibida en la barrera de escudos. Raimundo y Saladino lo vieron casi al unísono, dejaron de luchar e intercambiaron una mirada de inteligencia.

Parecieron cruzar unas palabras, y luego se fundieron en un apretado abrazo que duró casi un minuto.

– Creo que me esperaban. O, al menos, que habían tenido en cuenta la posibilidad de que yo, o alguien, apareciera para curiosear. No se asustaron ni perdieron los nervios. Incluso para eso tenían un plan.

Ricardo, descuidada su defensa, recibió un lanzazo en el costado. Su escudo de roble se caía literalmente a pedazos. El destrero, sangrando por cien heridas, mordía y coceaba, despejando el terreno para la espada de Martell. Pero los sirios eran demasiados. El Caballero Ciervo dio su último mazazo antes de ser desmontado del caballo, linchado y despedazado por una jauría de enemigos. El último de los Extravagantes, el caballero negro, sucumbió al intentar auxiliarlo. Entretanto, Gluck acababa de separarse de Saladino y, tras un último y emotivo saludo a su aliado, se alejaba corriendo del combate hacia el centro de la ciudad. La desesperación de Martell redobló sus fuerzas; un tajo a la izquierda, otro a la derecha, un empujón con el escudo al último y recalcitrante enemigo y ya, se encontraba a salvo tras la menguada línea defensiva jerosolimitana.

Entonces ocurrió algo imprevisto. Saladino giró sobre sí mismo como un torbellino, y su cimitarra rajó todo el costado del caballo y la pantorrilla de Ricardo. El destrero se derrumbó con las tripas fuera, y su jinete besó el polvo con él. El turco le estaba mirando fijamente, con los ojos todavía bañados en lágrimas y una profunda melancolía pintada en sus rasgos. Pero sonrió fugazmente. Movié los labios y pronunció unas palabras que Martell, en el galeón, se ocupó de repetir:

– “Demasiadas ventajas, Paul. Gánate los milagros que quieras presenciar”. Eso fue lo que me dijo. Luego abandonó la barrera de escudos y se mezcló con su propia infantería, volviéndose totalmente inaccesible para mí.

Los últimos minutos de la grabación eran aterradores e inquietantes. Ricardo cojeaba por un laberinto de callejuelas en pos de la chilaba esmeralda de Víctor Gluck. Detrás, escuadrones turcos se diseminaban por las calles exterminando a cuanto cristiano encontraban. Martell dejó un rastro de sangre por todo el barrio judío, y un ancho reguero de su costado impregnó el muro de Herodes el Grande. Su visión comenzaba a volverse borrosa; su alfil pronto sucumbiría a las heridas.

– A veces creo que quería que lo siguiera porque, cuando ya creía haberlo perdido, escuchaba su canción. Cantaba el *Vexilla Regis* a pleno pulmón, como un loco o un borracho. De todos modos, para entonces ya había intuido hacia donde nos dirigíamos.

Martell ascendía trabajosamente por una calle en suave pendiente flanqueada por casuchas de adobe. En la cima, una pequeña capilla a la que Gluck parecía encaminarse. Era el monte Calvario, sí, y la Iglesia del Santo Sepulcro. La espada, el escudo y el yelmo de Ricardo quedaron en el camino. De cuando en cuando, Gluck se volvía para mirar al diseñador como si le animara a perseverar. Sin embargo, estaba escrito que Martell jamás podría alcanzarlo a tiempo. Sus piernas fallaron, y se derrumbó de rodillas sobre el barro. Antes de entrar, Gluck se detuvo por última vez y miró a su perseguidor directamente a los ojos. El rostro del Jinete estaba dominado por una intensa emoción.

La voz de Martell sonó conmovida:

– Jamás había visto tanta ternura concentrada en los ojos de un ser humano. No sé si iba destinada a mí, a *Saladino*, al recuerdo de Zelda Deleuze o a toda la condenada humanidad, pero le aseguré que no me canso de mirar esta parte del archivo.

Poco más quedaba por ver. Gluck se volvía, abría la puerta de la iglesia y se deslizaba en su interior. Luego nada. El video fundió a negro y Tamargo volvió a encontrarse en el galeón, ante la fila de vasos vacíos y las pecas de Paul Martell.

– Aquí acabó la partida. El ejército de Raimundo estaba aniquilado y *Cunctator* había abandonado el escenario. *La Trinchera* asignó la victoria a *Saladino* y suspendió la Novena.

Tamargo estaba profundamente impresionado por lo que había visto. Le costó unos segundos normalizar su respiración y volver a sentirse integrado en el *Estudio de Telnek*.

– ¿Fue entonces cuando murió?

– No. Pasarían todavía algunas horas hasta que Tágar fuera consciente de su bancarrota, adivinara el fregado y acudiera babeando odio a casa de Gluck.

– Pero Víctor seguía conectado, según tengo entendido. ¿Dónde demonios estaba? Martell emitió una risita nerviosa.

– Qué dónde estaba, excelente pregunta. ¿Qué le parece Ávalon? ¿Marte? ¿La Atlántida? Francamente, todo me parece posible.

– ¿Por qué no presentó esto en *La Trinchera*? ¿Por qué no lo denunció ni se lo enseñó a la policía de Montecarlo?

– Lo de la policía ni lo mencione. Para ellos el caso estaba cerrado, y las peliculitas de un diseñador no aportaban nada significativo. Lo enseñé en *La Trinchera*, sí, adjunto con mi informe escrito. Pero entienda que sólo el pozo de Factor habría sido

irregularidad suficiente para que Tágar impugnara la partida y se desentendiera del pago. No les interesaba creerme, y me parece que acabaron convenciéndose ellos mismos de que mentía, de que estaba loco y de que había editado el vídeo en un programa madre. Naturalmente, les faltó tiempo para vetarme y privarme de todos mis accesos al escenario. Me despojaron mi creación, la retiraron del circuito y la enterraron en el más profundo de sus descomunales discos duros.

Hizo una pausa y juntó las palmas de sus manos frente a la boca, como si rezara.

– Hay algo que todavía me atormenta. Quizá lo único que me atormenta. Yo tardé seis años en diseñar *Hattin 1187*; sirviéndome de la *Enciclopedia* de Nuré, buscando en ella las texturas, formas, olores y colores que necesitaba, arrastrando, copiando y pegando con paciencia infinita en el programa madre, creé un entorno de cuarenta kilómetros cuadrados del que estaba muy pero que muy orgulloso –suspiró–. Víctor Gluck creó Palestina, Galilea y Jerusalén en unas pocas horas...

– No compare –dijo Tamargo, compadecido–. Víctor Gluck se conectaba con el inductor en abierto, trabajaba con estimulación nula y proyectando sus ideas en el Factor. Era un Jinete, por todos los diablos. Ellos sacrificaron su cordura precisamente para que nosotros no tuviéramos que pasar por ello.

– No me refiero a eso. Bueno, en parte sí, pero no. Normalmente, cuando los diseñadores trabajamos en un proyecto guardamos los avances en nuestro propio disco duro. Sin embargo, cuando Víctor Gluck creó sus espectaculares añadidos estaba en línea con *La Trinchera* y con *Hattin 1187*. Todo lo que creó tuvo que guardarse forzosamente en el archivo original que posee y esconde *La Trinchera*. Todo, ¿lo entiende? Jerusalén, el Calvario y la Iglesia del Santo Sepulcro. Y también...

– También el enlace –completó Tamargo–. El enlace adondequiera que hubiera ido Víctor Gluck.

Martell asintió.

– Suponiendo, claro, que Gluck hubiese dejado intencionadamente un segundo pozo de Factor en el Sepulcro.

Ambos hombres se quedaron ensimismados. La campana del alcázar llamó dos veces al cambio de guardia. Finalmente, Martell tomó uno de los vasos de la mesa e hizo bailar a la luz las últimas gotas de whisky que contenía. El poso de amargura y frustración que se ocultaba bajo su vivacidad se hizo entonces palpable.

– ¿Está familiarizado con la destilación del whisky escocés, señor Tamargo? El licor verdaderamente bueno debe envejecer doce años en barricas de roble. Durante ese

tiempo, un porcentaje del licor se evapora, muy poquito, en torno a un 2%. Aunque resulta imposible comprobarlo, los bodegueros creen que esa pérdida minúscula contiene la esencia más pura y exquisita del whisky, y lo llaman “la parte del ángel” –suspiró–. Bonito, ¿verdad? Raro, etéreo y volátil, con un punto de divino. Igual que el verdadero talento.

Tamargo no respondió, y Martell dejó de nuevo el vaso sobre la mesa.

– La parte del ángel –repitió–. Víctor Gluck la tenía. Yo no.

Estudio Cuarto

“Reflejos y Sombreados”

Por primera vez en más de dos días, Tamargo liberó su subconsciente del dictado del Inductor. La enfermera que se ocupaba de sus necesidades básicas lo lavó, cambió su ropa y las sábanas, sustituyó las bolsas de suero, masajeó sus miembros inertes, lo alimentó y ahuecó sus almohadas. No intercambiaron palabra durante ese proceso; en un año sólo habrían compartido un puñado de horas aisladas; eran dos completos desconocidos. “¿Qué soy para ella la mayor parte del tiempo?” –pensó– “Poco más que una planta que debe regar y abonar para mantener con vida. Una planta que bebe de sueños ajenos y realiza su fotosíntesis con la luz de la vida de otros”.

No obstante, se quedó dormido y tuvo sus propios sueños. Soñó que una legión de *munchkins* armados con cimitarras tan grandes como ellos asaltaba la Clínica Sarracín para llevarse a Dora a su mundo. Él quería defenderla, quería ser un héroe como Raimundo de Trípoli, pero su armadura era rosa, su espada estaba hecha de plastilina y sus brazos no le respondían. Los *munchkins* lo reducían rápidamente y tomaban el hospital. Sarracín era pasado a cuchillo sin compasión, pero a él lo arrastraban hasta la habitación de Dora. Allí, el *friki* de *La Trinchera* apoyaba su letal alabarda sobre el cuello de la niña. Sólo que ya no era el *friki*, sino una cadavérica muerte envuelta en su balandrán de harapos y empuñando una guadaña.

– Di la contraseña o ella morirá –dijo la Muerte–. *Como la imagen de un dolor...*
¡Vamos!

Despertó bañado en sudor y gritando de pánico. Le faltó tiempo para llamar a la asistenta y pedirle que volviera a conectar el inductor. Cualquier sueño, la más pedestre de las pesadillas ajenas sería preferible a los monstruos que albergaba en su interior.

Estaba de un humor de perros cuando acudió a su siguiente cita. El menú de la galería recordaba a un multicine que hubiera sido diseñado por el arquitecto de Versalles. Un amplio vestíbulo de pomposos artesonados daba acceso a través de una veintena de puertas a otros tantos clásicos del sueñoarte. *Tritones de la Sangre, El Panal Ecléctico, Los Tabernáculos Colgantes...* las obras más conocidas de los grandes jinetes eran presentadas junto a cada puerta por un figurante caracterizado como un

lacayo de empolvada peluca que hacía un breve resumen e informaba de las tarifas. Sólo el cicerone de Tamargo era un verdadero sueñonauta a sueldo de la galería.

– Se lo dije: *Insomnia* siempre dramatiza. Todo funciona a las mil maravillas. La mayoría de nuestros visitantes ni siquiera se percatarían del detallito del virus.

Tamargo había convencido a Rodino para que permitiera a uno de los escenarios infectados por el *Vexilla* lanzarse temporalmente a la Red, de modo que él pudiera echar un vistazo al enemigo. El coordinador le envió una lista que enumeraba un centenar de plataformas oníricas y Tamargo, desazonado, se percató de la relación al primer vistazo. Galerías de Sueñoarte, corredurías de apuestas, casinos, simulaciones pornográficas, juegos de ingenio y estrategia... Todas ellas estaban ligadas de algún modo a Víctor Gluck, bien por episodios de su vida o bien porque las frecuentara mientras seguía los pasos delictivos de Muko Tágar durante los años en que todos creyeron que se autodestruía. Tamargo estaba hastiado de pistas que no llevaban a ningún lado, e incluso empezaba a aborrecer un poco al jinete de marras. “Ni siquiera cuando empiezo de cero puedo librarme de ti, malnacido”. Sólo el hecho de que *La Trinchera*, el lugar donde Gluck pasó los últimos meses de su vida, permaneciera libre de los ataques, le permitía seguir creyendo en la hipótesis de la casualidad.

– ¿Y bien? ¿Dónde está?

El cicerone señaló el suelo bajo sus pies.

– Ahí lo tiene. Yo lo veo como si fuera mi sombra, y supongo que lo mismo le ocurrirá a usted.

Tamargo miró donde le señalaban. La base de las letras nacía de sus propios pies; luego éstas se proyectaban en abanico hacia delante; la palabra maldita se desplegabá y se hacía legible: *VEXILLA*. Estandartes, banderas: en este caso sólo decía eso. Tamargo comprobó que la sombra lo seguía allá adonde se moviera, y que no respondía a ninguno de los focos de luminosidad, de manera que siempre la tenía delante, dilatándose como en las primeras horas del crepúsculo.

– No queda tan mal, después de todo –estimaba el desesperado cicerone–. Y hasta ahora no ha hecho daño a nadie. Quizá podríamos dejarlo tal como está. Coménteselo a sus jefes.

Tamargo se separó del guía y dio un pequeño paseo por el vestíbulo. Se movió lateralmente, saltó y se agachó. Se tumbó en el suelo, dio una voltereta y luego trató de reptar sobre la palabra, sin resultado. El *Vexilla* lo seguía dócilmente, tan inofensivo como había afirmado Rodino. De hecho, descubrió el modo de activarlo casi por

casualidad. Era necesario clavar las pupilas en la X durante unos segundos; entonces y sólo entonces la palabra se fijaba al suelo mágicamente y se podía avanzar sobre ella, siempre en dirección al centro de la X. Si se apartaba la vista de esa letra o se desviaba el rumbo un centímetro, el *Vexilla* volvía a convertirse en tu sombra.

– Aguarde, por favor. Sólo será un segundo.

Tamargo dio dos pasos vacilantes en dirección al centro del aspa. Luego tres. Allí había algo, algo que... Se detuvo aterrorizado, con las rodillas convertidas en espuma. Factor. Su corazón se desbocó, sintió náuseas y un pánico que lo paralizaba. Factor. No podía respirar, ni apartar la vista de la X, que parecía aumentar de tamaño y atraerlo hacia su centro. Cada una de sus terminaciones nerviosas se contrajo, se encogió sobre sí misma y dijo NO. No, no, no.

Voy a sacarte, Tristán. Hay algo delante de ti que no puedo descodificar, y estás hiperventilando.

“No”. Con un enorme esfuerzo de voluntad, apartó la mirada de la X y dio un paso lateral. Sus miembros parecían de plomo, tenía la garganta reseca y seguía mareado. Pero el *Vexilla* era de nuevo una sombra dinámica, y todo indicio de Factor había desaparecido. Se volvió hacia el cicerone.

– Olvídelo, amigo – jadeó-. Siento decirle que el *Vexilla* no es en absoluto inofensivo. Su barraca seguirá cerrada hasta nueva orden.

El cicerone no aceptó tan fácilmente el veredicto. Sus protestas agravaban el zumbido que todavía invadía la cabeza de Tamargo. Factor. El horror absoluto. Todo se borraba en su presencia. Incluso Dora, incluso el dolor. Sólo quedaba el pánico y el instinto de conservación. Te reducía a lo más indigno de ti mismo.

– Ustedes no lo entienden – decía el cicerone-. Nuestros inversores están preocupados. Tenemos muchos, muchísimos gastos, y no podremos resistir una semana más sin ingresos. Hágase cargo. Por poner un caso, sólo los derechos de exhibición de *Los Tabernáculos Colgantes* nos suponen un desembolso anual de... – citó una cifra considerable.

Tamargo recitó la cantinela que traía preparada.

– *Insomnia* administra un fondo de compensación. No será pronto ni cubrirá todas sus pérdidas, pero algo les tocará. Curse la solicitud por las vías...

Entonces calló de repente. ¿Qué era lo que acababa de decir el cicerone? “Pero es imposible. Ella está muerta, y la tipa ésa, la Legrat, dijo que no tenía familia, ni hijos, y que nunca se casó”.

– ¿Derechos de exhibición de los *Tabernáculos* ha dicho? Supongo que los abonan a la Fundación Nuré o a cualquier entidad benéfica que la Sálem...

– No, no. Con cada nuevo ejercicio remitimos un talón nominativo consignado a nombre de Nicolasa Sálem –sus ojos se llenaron de suspicacia–. Ahora bien, si tiene usted noticia de algún hecho luctuoso que no nos haya sido comunicado...

Calló. El agente de *Insomnia* acababa de dejarlo con la palabra en la boca. Tamargo había abandonado vertiginosamente la galería y, desde su antesala de duermevela, buscaba como un loco en la guía el teléfono del sanatorio *Delacroix*.

La doctora Narval poseía una encantadora belicosidad. Sólo a través de su voz se adivinaba la compasión que sentía por sus protegidos y el empeño que ponía en salvaguardarlos de cuanto pudiera comprometer su equilibrio mental. Pero no era una mentirosa, y a Tamargo no le costó demasiado esfuerzo sortear sus primeras y torpes evasivas.

– ¿De qué se sorprende? El hecho de que un Jinete ingrese en *Delacroix* constituye por lo general el último acontecimiento noticioso de su vida. Vienen quemados, envejecidos, con el organismo colapsado por las drogas y perdido todo contacto con la realidad. Siguen siendo dioses en el imaginario de la gente, pero dioses huecos que hace mucho que realizaron su último milagro. Nadie quiere saber en realidad lo que pasa tras estas puertas. *Delacroix* es un panteón, no un sanatorio, y no es la primera vez que algunos medios, libros de texto o enciclopedias identifican ingreso con defunción.

A pesar de su ansiedad, Tamargo consiguió mostrarse exquisitamente solidario con la doctora. No, no era un periodista ni un admirador. Tampoco un policía extranjero que quisiera atrapar a Nika por cualquiera de los muchos delitos o escándalos que protagonizó durante los años oscuros de su huida hacia delante, con el recuerdo del Factor acechando en los rincones más lóbregos de la memoria. Sólo era un viejo amigo de Víctor Gluck.

– Amigo y Jinete no son palabras que casen demasiado bien –objetó la doctora Narval–. Pero en el caso de esos dos era diferente. Coincidieron aquí cuando Víctor ingresó tras la muerte de su esposa. Por cierto, que también a él se le dio fallecido en algunos noticiarios, aunque lo suyo era un simple depresión motivada por su pérdida, sin relación con la patología habitual de los jinetes y fácilmente tratable. Gluck y Sálem se hicieron mucho bien el uno al otro, y creo que la amistad de Víctor fue decisiva en la

recuperación de Nika. Porque le aseguro que es muy poco habitual: ella estaba completamente reestablecida cuando nos dejó algunos años más tarde—chasqueó la lengua—. Concédanos al menos que jamás faltamos a la verdad. Lo único que hicimos fue no emitir ningún comunicado oficial sobre su alta. Ella así lo pidió expresamente, y yo misma estuve de acuerdo en que el anonimato y la tranquilidad serían beneficiosos para su equilibrio mental.

Tamargo le concedió lo que quiso, hizo cuantas promesas se le exigieron y así, tras un par de zalamerías más, obtuvo un número de contacto. El número de “Nika” Sálem, pero también —Tamargo no albergaba ninguna duda al respecto— el número de *Saladino* y del *cuatrero* que estaba perforando la Red Onírica.

Ni siquiera se atrevió a lanzar a la Red su antesala de duermevela, sino que se instaló en ella y telefoneó desde allí. Ignoraba la capacidad real de un Jinete para causar daño en un entorno onírico cerrado y sin pozos, pero podía estar razonablemente seguro de que no podría arrojarlo al Factor intercambiando simples mensajes de audio.

— ¿Diga? ¿Quién es usted y cómo ha conseguido este número de teléfono?

— ¿Sálem, Nicolasa Sálem?

La voz de Nika era chillona y desafiante. Tras ella se escuchaban ruidos metálicos, como de sartenes, cazos y cazuelas.

— ¿Quién eres? ¿Eres Paul Martell? Si que te ha costado dar conmigo, bribón.

— No. No soy Martell. Mi nombre es Tristán Tamargo. Trabajo para...

— Vale. Eres el agente de *Insomnia* que anda removiendo trapos sucios. Tengo dos kilos de grosellas para compota hirviendo en la cazuela, de modo que acabemos rápido con la cosa. *Cuarto Estudio* de Víctor Gluck. En cinco minutos. Yo misma lo lanzaré.

— No —rechazó Tamargo con vehemencia—. Yo lo lanzaré.

— Desconfiado el pollo, jeje. Como quieras.

— Cinco minutos, Sálem —Tamargo intentó imprimir a su voz toda la autoridad de la justicia.

— Tristánaaaan...

— ¿Qué?

— ¡Buh!

Tamargo desconfió desde el principio de la elección de Sálem, pero no podía confesarlo sin mostrar debilidad, de modo que adoptó todas las precauciones que se le ocurrieron en cinco minutos, como duplicar su antesala para disponer de un doble

colchón contra el Factor y calibrar su escudero en protección máxima. Luego contactó con *Telnek*, contrató el escenario acordado y envió la invitación al número de Nika.

“No sé que pretendes trayéndome aquí, bruja, pero te equivocas si crees que voy a rajarme”.

El *Cuarto Estudio sobre la Ilusión* de Víctor Gluck recreaba un palenque, pero un palenque muy poco convencional donde las armas de los combatientes serían sus emociones. Los alfiles de los participantes, sentados sobre un tapete verde gigante que flotaba como una alfombra mágica en un universo de absoluta oscuridad, se enfrentaban en una delirante partida de póquer. Pero las cartas no estaban en sus manos; cinco espejos de cuerpo entero se abrían como un biombo detrás de cada interlocutor. Cada uno de ellos mostraba impresa en una esquina la figura correspondiente de la baraja francesa: la A, la K, la Q, la J y la estrella de cinco puntas del Jóker. Al principio, las imágenes proyectadas en los espejos eran simples reflejos del contrincante pero luego, conforme progresaba la conversación, los reflejos podían deformarse proyectando en ellos tus suspicacias, tus miedos y tus más secretas opiniones sobre el interlocutor, a la vez que descubrían tu estado de ánimo. Más que un diálogo, el cuarto *Estudio* proponía un juego de resistencia y de fe, una prueba de confianza o un duelo de disimulos. De nada te servía poner cara de póquer y echarle faroles si la más recóndita de tus dudas podía proyectarse en el espejo y desvelar abiertamente tu jugada.

Tamargo, al igual que la mayoría de los sueñonautas, casi nunca recurría al *Cuarto Estudio* para sus compromisos profesionales. El escenario apuraba las capacidades del inductor, leía en las capas más profundas del subconsciente y luego exhibía impudicamente tus vergüenzas. Era demasiado delicado y traicionero. Lo había visitado en ocasiones, sí, para divertirse con amigos de confianza, frivolar sobre sus opiniones y reírse de las muecas y pantomimas que sus reflejos hacían en las cartas. Jamás lo habría escogido en un entorno hostil, jamás para enfrentarse a una *cuatrera* peligrosa.

Un parpadeo y allí estaba. Nicolasa Sálem era vieja. Un rostro arrugado y caballuno, de cejas blancas y pobladas que enmarcaban una expresión de punzante picardía. El pelo era blanco también como la nieve, sin asomo de hebras grises y cortado a cepillo. La abuela moderna, la abuela progresista, combativa con los malos pero, a la hora de la verdad, incapaz de hacer daño a una mosca: ésa era la imagen que Nika proyectaba o quería proyectar. Sin embargo, apenas se materializó en el *Estudio*, el recelo de Tamargo deformó sin que pudiera evitarlo la mano íntegra que estaba a su vista. En la primera carta, una Nika de ojos enrojecidos y congestionada por el alcohol

conducía un Toyota descontrolado. En la segunda, Nika con turbante blandiendo una cimitarra. Las otras tres cartas eran reflejos de su propio miedo. Tristán languideciendo en su cama. Tristán pidiendo clemencia. Tristán llorando. En suma: full de psicópatas y gallinas.

Si Nika vio algo parecido en su jugada, al menos tuvo la delicadeza de guardarlo para sí.

– Las abuelas agradecemos mucho las visitas, cariño –dijo jovialmente–. Gracias, gracias, gracias. Pero temo que has venido en balde. No tengo nada que ver con tu *Vexilla Regis*. A no ser que consideres que cantarlo en la ducha de cuando en cuando...

– Y un huevo.

Tamargo no había querido ser tan agresivo. Pero estaba asustado y, al querer descartarse de su miedo, invocó tres belicosos Tristanes rosas armados con alabardas.

– Tengo ochenta y cuatro años, jovencito. Estoy jubilada.

– Y un huevo.

– No me seas mal hablado. Aquél a quien buscas también me persigue a mí, con más insistencia de la que imaginas. Me vigila constantemente y me aborda siempre que tiene ocasión. Sus manejos me divierten una barbaridad, lo confieso, porque sé que ni quieren ni pueden dañarme. Es un ser entrañable a quien me gustaría mucho poder ayudar. Pero aún no estoy preparada para dar ese paso.

Misteriosamente, el reflejo de Nika que llenaba la Q se convirtió en una momia, un cadáver embalsamado con el rostro empolvado de blanco y una sonrisa congelada en sus labios.

– No intentes liarme, Nika. No te delataré, no actuaremos contra ti, pero exijo que lo dejes. Nadie más que tú sería capaz de...

– Estás lleno de prejuicios, hijito. Te contaré una alegre historieta –la J de la jugada cambió de nuevo: una abuelita sentada en mecedora con un libro de cuentos en las manos–, una anécdota del Hipódromo que esa tragasables de Legrat jamás recogió en su apologético e insufrible anecdotario. Verás, cuando Edgard Nuré la estaba palmando un grupo de antiguos Jinetes nos reunimos junto a su lecho de muerte. No, Víctor no estaba, porque Víctor se enfrentaba a una pérdida mucho más cercana en aquel entonces, pero sí estaban Tomeo, Isaac, Rufus y, naturalmente, la loca de Nika. ¿Sabes lo que nos dijo Nuré? Jamás lo imaginarías. Nos dijo que todo había sido un tremendo error, renegó de la Academia, renegó del Hipódromo y nos espetó a la cara que estaba harto de todos nosotros, de nuestros caprichos, de nuestros excesos y de esa

fatuidad que nos hacía creernos por encima de los demás. Nos dijo que sólo había existido un Jinete verdadero, y que ese Jinete era Víctor Gluck. Luego la espichó; soltó todo ese maldito lastre y nos dejó con un palmo de narices, el muy sinvergüenza. ¡Casi me muero de la risa! A Isaac le dio un ataque de nervios, Rufus abofeteó al cadáver, y Tomeo... Bueno, Tomeo se hizo el duro, con esa sonrisa de superioridad que siempre tenía, aunque se había meado en los pantalones y...

“Ríete y frivoliza lo que quieras, bruja. Ellos hicieron el ridículo, pero tú acabaste en *Delacroix* con una camisa de fuerza. No pretendas hacerme creer que no te importaba”.

Tamargo empezó a impacientarse. Uno de sus reflejos hinchó los mofletes y aguantó la respiración hasta ponerse azul. Otro pataleaba en el suelo, con la nariz llena de mocos.

– ¡Basta, Nika! No me cuentes batallitas. ¿De qué me sirve todo eso?

– Te sirve para comprender la clave misma del embrollo: que ninguna de las creaciones de Víctor Gluck fue convencional ni intrascendente; que todo en su obra tenía una segunda dimensión. Datos más que suficientes para que resuelvas el caso por tus propios medios.

Tamargo hizo un gesto de desdén.

– Ya... ¿Cómo era? Que me gane los milagros que quiera presenciar, ¿no?

– Yo no lo habría expresado mejor –hizo un guiño–. Dale recuerdos a Paul y dile que siento haber destripado a su caballito. Dile también que adoro su trabajo; eso le gustará, y no miento. Me ha dado más horas de diversión que todos los sueños de todos los Jinetes juntos.

Tamargo vio la ocasión de contraatacar.

– Admites esa parte al menos. Para eso no estabas jubilada, ¿verdad? Para colaborar con Gluck en su fraude bien que sacaste las uñas.

Nika se encogió de hombros.

– Tágar se lo merecía. Nadie le obligó a matar a Víctor. El mismo se ganó la prisión y él mismo trenzó el dogal de sábanas con que se colgó en su celda. Cuando Víctor me pidió que lo ayudara a dejarlo en cueros, no pude negarme. No sólo porque lo quería como a un hermano. Mi deuda con él era demasiado grande.

Hizo una pausa y su tono se volvió enigmático. Uno de sus reflejos había rejuvenecido, y Nika era una niña vestida con ropas de chico que jugaba feliz con soldaditos de plomo. Antes del Hipódromo, de los *Tabernáculos Colgantes* y del Factor.

– Víctor me curó. Puede que también te haya curado a ti. Te está curando ahora, aunque no lo sepas. Te curará también de eso...

Nika estaba señalando una de las cartas que se desplegaba a la espalda de Tamargo. Se volvió. En ella, Tristán, de luto riguroso, velaba un pequeño ataúd blanco. El dolor y la ira inundaron el pecho de Tamargo. “No tiene derecho, no tiene ningún derecho a ver eso”.

– Pero lo dejaste morir –replicó con saña–. Sabíais que Tágár podía reaccionar violentamente y, aun así, dejaste que lo matara. Tuviste varias horas para actuar y no hiciste nada.

Nika asintió. No parecía realmente triste ni arrepentida, aunque el recuerdo de aquello tampoco le inspiraba ningún comentario malicioso de los suyos.

– Yo lo sospechaba, sí, pero Víctor lo sabía con certeza. Nunca lo dijo abiertamente, pero esa parte siempre estuvo implícita en el plan. La ruina, el embargo y una incierta condena por fraude no eran suficiente castigo para Muko Tágár. Víctor quería más, y no le importaba pagar el precio.

Aquello sorprendió a Tamargo, pero sólo un instante. Si había habido alguien capaz de sacrificar su vida por un ideal de justicia, éste era precisamente el Víctor Gluck que había visto combatiendo frente a la Puerta de David.

– Suicidio o asesinato, me da lo mismo. El hecho es que era tu amigo. Y lo permitiste.

– Depende de cómo lo mires. Quizá no fuera un suicidio convencional. Quizá también en ese acto escondía Víctor un segundo propósito

Nika no tenía intención de revelar nada más. La hostilidad de Tamargo comenzaba a molestarla. La cimitarra se hizo más grande en la carta del As. Puso los brazos en jarras y adoptó un tono de reprimenda:

– Mira, Tristán, estos últimos años han sido los más felices que recuerdo. Poseo una casita en los Alpes suizos, paseo por el campo, les cuento mi vida a las ovejas, hago mermelada. La doctora viene del pueblo una vez a la semana y me hace un reconocimiento “completo”, no sé si me entiendes. Tiene la cara colorada, es quizá demasiado pesada de nalgas y muy, muy ingenua, pero posee unos dedos deliciosos. Dice que mi corazón es una ruina y que, si no me cuido, reventará el día menos pensado, lo cual no es el tipo de zalamería que una espera escuchar después de un orgasmo. En resumidas cuentas; soy feliz. He perdonado a Tágár, a Nuré, a Gluck y a

todo el mundo. Créeme cuando te digo que no me apetece perder el tiempo agujereando escenarios chabacanos.

Tamargo no estaba aún convencido.

– Está bien –prosiguió Nika–, has venido a visitar a la abuela como un niño bueno y te has ganado una propina. Nunca te preguntase por qué, a las puertas de un plan que se cobraría su vida, Víctor se lió la manta a la cabeza y se puso a actualizar los *Estudios de Telnek*?

– Necesitaba dinero, supongo. Pero no hizo gran cosa. Sólo añadió los tableritos de ajedrez.

– “Sólo”. ¿No has escuchado nada, zopenco? Te he dicho que ninguna de las obras de Gluck es intrascendente; que todas tienen una segunda dimensión.

Tamargo miró el tablero, que ahora estaba en el centro del tapete, entre los dos jugadores, justo donde deberían amontonarse los billetes de las apuestas. “Tiene razón. Algo hay. De otro modo, carecería totalmente de sentido”.

– Es un código –sugirió–. Intentó dejar un mensaje.

Nika señaló una por una la posición de las piezas. El rey blanco estaba arrinconado, con sólo una opción de movimiento para escapar del jaque mate. Pero no había tomado esa salida. En lugar de eso, había sacrificado su vida para hacer avanzar al peón una casilla más, hasta la octava donde concluía el territorio del rey negro.

– Un mensaje muy claro –aseguró–. En una partida de ajedrez, ¿qué harías si consiguieras llevar un peón hasta el extremo opuesto del tablero?

– Pues... ni más ni menos lo que permiten las reglas. Rescataría una de mis piezas eliminadas.

– ¿Qué pieza?

– Pues la más... la que...

El cerebro de Tamargo realizó automáticamente la asociación. “Pero no. Es imposible, demencial”. Le costaba aceptar que Gluck creyera una cosa semejante. No sólo Zelda Deleuze, también él mismo, y tantos otros sueñonautas fallecidos por *crack out*... Aunque, ¿era realmente tan descabellado pensar que una parte de ti mismo quedara impresa de algún modo en el Factor si fallecías conectado al inductor? ¿Cómo lo había llamado Martell? Algo raro, etéreo y volátil... La parte del ángel.

– Bingo – asintió Nika Sálem–. Rescatarías a la reina blanca. Como Víctor pensaba hacer con Zelda. No digo que yo comparta sus creencias, no, no. Pero respeto

lo suficiente a Víctor Gluck como para asegurarme de estirar la pata conectada a mi inductor de sueño.

En el acto, todas las figuras de la mano de Tamargo se desintegraron. Desapareció la Nika suicida y la Nika homicida. En el biombo sólo quedó un repóker de idiotas: cinco reproducciones idénticas del mismo Tristán Tamargo: la cejas alzadas, la boca abierta y babeante en una mueca de infinito estupor. Y, delante de todas ellas, la verdadera Nika, una vieja pícara que sabía lo suficiente para comprender que lo único que se puede hacer con los recuerdos desagradables es desplegarlos en un tapete para jugar con ellos en un histriónico solitario.

– Me has caído bien, chico. Dame tu dirección y te enviaré un par de tarros de mermelada.

Estudio ∞

“*Ahora intentadlo vosotros*”

Había exigido que lo dejaran solo en la galería de sueñoarte. No se trataba sólo del miedo a que el pozo se extendiera y arrastrara también al cicerone. Si se derrumbaba, si lloraba, si vomitaba o ensuciaba los pantalones, nadie estaría allí para contemplar su degradación.

Los actos de sus últimas horas contrariaban todo lo que le habían enseñado. Desconectar su antesala de duermevela, calibrar los sensores médicos en tolerancia máxima y suspender la vigilancia de su escudero: eran el tipo de imprudencias contra las que *Insomnia* no dejaba de prevenir a los sueñonautas. Ya sólo faltaba el paso definitivo, aquel que separaba al imprudente del loco y del suicida. Saltar la valla y precipitarse al fragor de la catarata. ¿Qué lo diferenciaba ahora de Félix Augusto Alegría y su Toyota?

“Que no te vas a llevar por delante a ninguna niña porque eres tú solo el que se la juega, imbécil melodramático”.

Únicamente tenía una cosa a la que agarrarse: la promesa de una vieja demasiado lista y demasiado tramposa al respecto de que ninguna obra Víctor Gluck carecía de finalidad. Poco era, pero era algo. Tragó saliva y clavó sus pupilas en el centro del aspa. “La X marca el lugar, como en un condenado mapa del tesoro”. El *Vexilla* dejó inmediatamente de responder al violento temblor de su alfil y se fijó en el suelo. Tamargo dio uno, dos, tres pasos. Un cosquilleo en el paladar. Factor. Sudor, náuseas, vértigo. Un paso más. Factor, Factor. “No sigas, no sigas, no sigas”. Cada una de las células de su cuerpo se transformó en una improvisada productora de pánico. Y chilló. Todos sus esfínteres se aflojaron. Un solo paso lo separaba del centro del aspa. Éste latía, pulsaba. *Ven. Huye. Muere. Nace. Sueña. Factor.* Se detuvo, paralizado por el espanto.

“Hazlo. Si tienes valor para esto y sobrevives, ya nada podrá asustarte jamás. Serás libre para apagar el interruptor. Serás libre para dejarla marchar”.

Lo hizo. Dio un último paso y la vorágine lo arrastró. Su percepción perdió pie, se bifurcó y luego se escindió en millones de esquirlas. Ya no había una sola galería, había

un millón, cada una con su abanico completo de sensaciones, como si todos sus sentidos hubieran adquirido el poder de un ojo compuesto. Entonces el mosaico estalló, las sensaciones se mezclaron en una pesadilla de sinestesia que convertía al propio Tamargo en algo ajeno a sí mismo, una sensación percibida que se fundía y se disipaba junto a aquel *big bang* enloquecedor. Sin embargo, Tamargo pudo sobreponerse, porque sabía que sólo uno de los reflejos era real, y que detrás de él sobrevivía una verdad, al menos una, de manera que acaballó su esencia en el filo de azogue de un recuerdo reciente, lo montó, lo domó y sobrevivió.

Flotaba como borracho en un torbellino de jirones de sí mismo, tenía vértigo, mareos, y ni un solo pensamiento se fijaba en su cerebro. Pero también sobrevivió a eso, porque sabía que la borrachera era una ilusión, que los piratas eran figurantes y que la campana de cubierta pronto llamaría al cambio de guardia.

Entonces se sintió caer, una caída infinita hacia los abismos que amenazaba con desintegrarlo en su propia fuerza de gravedad y sepultarlo en la nada. “Es mentira. No estoy cayendo. Porque el esqueleto del leviatán gira mientras yo caigo, y estoy siempre en el mismo lugar”. Se agarró a ese recuerdo. Se fundió con él. Y también sobrevivió.

Todo se detuvo a continuación. Blanco. La blancura lo envolvía por completo. Veía blanco, olía blanco, tocaba blanco, sabía a blanco y escuchaba blanco. Aquello fue lo más aterrador, porque también sus pensamientos quedaron en blanco. Pero una imagen fugaz vino a rescatarlo: la pupila del dragón y una nevada de farándula disolviéndose en el interior del *bibelot*. ¿Quién era el que había visto eso? Alguien llamado Tristán Tamargo. “Yo soy Tristán Tamargo. Y estoy. Soy”. La blancura comenzó a disiparse. Pequeños signos negros, como escritura cuneiforme, empezaron a rasgar el velo de blancura y a escribir en el Factor la historia del hombre que él era. Cada signo le devolvía una sensación y un recuerdo de sí mismo. Lo peor había pasado. Tal como sospechó cuando Nika le hablo de dobles finalidades, la exposición a los *Estudios* había preparado a su subconsciente para sobreponerse al *crack-out*. La vacuna de Víctor Gluck funcionaba, como funcionaba al parecer con todos los usuarios habituales de los *Estudios Telnek*. “Parece que al fin nos estamos inmunizando contra el condenado Factor. No me preguntes por qué”: ésas fueron las palabras de Rodino, y ahora Tamargo sabía la respuesta.

“De modo que a esto se refería Nuré cuando renegó de su obra y alabó a Víctor Gluck. No necesitábamos que los Jinetes nos protegieran del Factor, sino que nos enseñaran a convivir con Ello. Mientras Genovese, Packula, Guevara y todos los demás

cultivaban su fantasía elitista de dioses protectores y apuraban hasta las heces el cáliz de una arrogante inmortalidad, Gluck se dedicaba a desmitificar. Ellos camuflaban sus miedos con una hermosa cortina, Gluck se enfrentaba directamente a los suyos. Indagó en el mismo Factor, lo analizó, lo diseccionó y lo explicó. Fue el primer Jinete verdadero y el único que jamás albergó el Hipódromo”.

“Como ahora lo soy yo”.

Tamargo se encontraba en un lugar dolorosamente familiar: el lugar que amaba con tal intensidad y nostalgia como para que sus emociones fueran capaces de proyectarlo e imprimirlo en el Factor. El césped descuidado de su jardín trasero, la tienda iglú tal como la recordaba, el mantel de cuadros rojos con sus tupper y su garrafa de naranjada. Había varias diferencias que bebían de sus miedos, claro. En lugar de Dora, era *Nudo* quien compartía su cena. El pequeño pulpo rosa no parecía nada imaginario mientras, salpicado de mayonesa, se llevaba a las fauces bocados de ensaladilla con sus ocho tentáculos y sus ocho tenedores. No había estrellas ni cielo. La casa ya no estaba y, más allá de un radio de seis metros, una densa neblina blanca lo cubría todo.

Su recreación era imperfecta. El alfil de Tamargo flotaba en una barquichuela medio desfondada sobre un océano embravecido de Factor. No, no podía sentirse orgulloso de su primera obra como Jinete improvisado. Había pozos por todas partes, y la sensación de proximidad del Factor era tan intensa que, sin la vacuna de Gluck, jamás habría resistido la tensión nerviosa. Pero lo hizo. Miró a *Nudo* y le dijo:

– Bien, ¿qué hacemos ahora, engendro?

Nudo dejó de comer y respondió con la voz de Tamargo.

– Esperar, supongo –dejó a un lado la ensaladilla y atacó la tortilla de patatas.

No tuvo que esperar demasiado. Aquél a quien aguardaba surgió de la niebla sin previo aviso y Tamargo lo reconoció, ahora sí, sin problemas ni prejuicios. La cota de malla oxidada y llena de parches era el tipo de desecho que un señor cedería a su criado. La sobrevesta raída también era, obviamente, una prenda heredada. El descolorido emblema del reloj de arena, ¿qué mejor símbolo para un *Cunctator*? Y la alabarda, por supuesto, un arma plebeya pero versátil y contundente, ideal para defender a su señor en la melé. El *friki* de *La Trinchera* exhibía la caracterización obvia de un escudero medieval para todo aquel que quisiera o supiera mirar.

“Al menos la enciclopedia y el anecdotario no se equivocaron en esto. Gluck se dejó los cuernos en el *Grupo Gurth* y, como en todo lo que emprendió en su vida,

obtuvo resultados impredecibles. No creó un escudero convencional sino algo distinto, algo que no sé muy bien qué es”.

El escudero entró sin miramientos en la fantasía de Tamargo. Pisoteó el mantel y los platos, y apoyó el filo de la alabarda bajo su yugular. *Nudo* emitió un chillido y escapó reptando por la hierba. “Pulpo cobardica”.

– Recita la contraseña ¡vamos! –exigió de nuevo– *Como la imagen de un dolor...*

Tamargo llevaba esta vez los deberes hechos:

– ...*un rostro sin corazón* –recitó.

El escudero se relajó y retiró la alabarda.

– Hola, Víctor.

– Hola, Gurth.

– ¿Dónde has estado todo este tiempo? Te he buscado sin parar.

– Me temo que tendremos que seguir buscando, Gurth. No deberías ser tan confiado. Víctor era un tipo muy leído pero muchos otros conocen *Hamlet*. Aunque, si te soy sincero, yo encontré esa cita en *El Retrato de Dorian Gray*, donde Wilde la pone en labios de Lord Henry. Una referencia muy apropiada para la Red Onírica, por cierto.

“Aunque en mi caso es al revés” –pensó–. “Es mi retrato el que se divierte mientras mi verdadero cuerpo se pudre abandonado bajo una sábana”.

– Pero has cruzado una de mis puertas. Las puertas que abrí en los destinos preferidos de Víctor para que me encontrara si estaba perdido.

Gurth estudió intensamente a Tamargo, y luego hizo lo mismo con el escenario. Meneó la cabeza.

– Cierto. Tu firma, tu esencia onírica, parece similar a la de Víctor, pero no es exactamente la misma. Y Víctor acababa sus escenarios con mayor esmero –blandió de nuevo la alabarda–. Tendré que seguir buscando.

Tamargo alzó la mano para protegerse.

– ¡Espera! No me mates ni te vayas todavía. Tienes que dejarlo, Gurth. Tienes que dejar de vagar por el Factor y tienes que cerrar todas tus puertas. Todavía son peligrosas para mucha gente.

Gurth ladeó la cabeza.

– ¿Por qué es peligroso? –señaló la niebla– Eso no es nada.

“Siempre lo hemos sabido. Nada es Factor. Factor es nada”.

– Sé que no es nada. Y Víctor aprendió que no es nada. Pero mucha gente sigue creyendo que es algo terrible. Gente que tiene miedo.

Gurth asintió. Víctor se lo había explicado.

– Porque tienen corazón. El miedo desgarró el corazón. El miedo mata.

– Aprendes rápido –sonrió Tamargo.

– Pero no pude evitar que Víctor se perdiera. Traté de seguirlo ahí afuera, pero se escapó. Lo perdí. Tenía que protegerlo. Él reproducía ese archivo... quiero decir que cantaba esa canción cuando lo perdí. Pensé que sería una señal que entendería. Volvería a mí para que pudiera protegerlo.

Tamargo se incorporó y pasó el brazo sobre los hombros del escudero.

– No te equivocaste, Gurth. Porque el estandarte de tu amigo me ha conducido hasta aquí y, si haces lo que te digo y confías en mí, quizá yo pueda llevarte hasta Víctor Gluck.

Epílogo

Tres jinetes recorrían el desierto mágico. Tras ellos, un carruaje de princesa de cuento tirado por seis palafrenes blancos abría profundos surcos en aquel extraño polvo de oro que formaba dunas hasta el horizonte. El primer jinete era un caballero envuelto en armadura de placas, con la celada bajada a pesar del calor. El segundo era un espantajo pelirrojo envuelto en vaporosas prendas de juglar teñidas de mil colores irreconciliables, y que portaba un laúd a la espalda. El tercero, el que cabalgaba sin apenas separarse del carruaje, vestía una sobrevesta roja con el emblema de un león rampante en el pecho, lucía corona dorada y se cubría con una tupida piel de león.

Paul Martell había escogido y preparado personalmente los alfiles para el viaje. Cedió a Tamargo su diseño de Ricardo cuando éste confesó que se había encaprichado del rey inglés desde que cargó al frente de los Extravagantes contra la Puerta de David. A Gurth le asignó el alfil y la armadura vacía del Caballero Inexistente: no había otro más adecuado para él. Para sí mismo, en cambio, diseñó algo nuevo.

– Es lo que soy –dijo–. Un poeta callejero, un trovador, un bufón, un aprendiz de artista. No, no protestes, Tristán. Llevaré con orgullo mis colores y haré sonar mis cascabeles allá adonde vayamos.

No fue difícil conseguir que *La Trinchera* lanzara para ellos *Hattin 1187* en modo reconocimiento. Rodino garantizó a Martell completa inmunidad si denunciaba la existencia de un pozo de Factor en su escenario. *Insomnia* entraría por fin en el mundo de los simuladores de batalla, y eso satisfizo tanto al coordinador como para pasar por alto los muchos agujeros que presentaba la explicación de su agente al misterio del *Vexilla*. “Un archivo de texto y audio extraviado en el Factor e infectando aleatoriamente las plataformas afectadas. Pues muy bien, pues estupendo”. Lo importante era que el *Vexilla* había desaparecido, y que Tamargo y Martell, con ayuda de un programa escudero experimental y de un cuarto colaborador anónimo – el que viajaba en el carruaje– chequearían durante días *Hattin 1187* hasta haber marcado y corregido todos sus fallos para evitar futuras filtraciones.

Eligieron para la partida el día posterior al funeral de Nika Sálem. La comitiva formó bajo los Cuernos de Hattin, y Tamargo, al verlos y versé a sí mismo, reparó en la coincidencia y rió a carcajadas. No podría haber salido mejor aunque lo hubieran planeado así.

Tardaron dos jornadas en llegar a Jerusalén y cruzar el segundo pozo de Factor en el Santo Sepulcro, y ya llevaban otras tantas recorriendo aquel desierto dorado en la dirección en la que, según Martell, se encontraría la antigua Bagdad.

– Si algo he llegado a conocer a Víctor Gluck –aseguró Tamargo– apuesto a que ha plantado sus vivaques en la ciudad de las mil y una noches.

La avistaron al anochecer del tercer día. Las torres de la ciudadela resplandecían en la oscuridad con una luminosidad propia. Fantásticas criaturas voladoras dibujaban lentas espirales a su alrededor. Un dragón dormitaba sobre una gran cúpula transparente que imitaba un *bibelot*. Tres de las torres destacaban entre todas por su tamaño y belleza, y era imposible no reconocer en su cimbreante diseño el parecido con tres piezas de ajedrez. Un rey, una reina y un alfil de blanco nácar. Víctor, Zelda y Nika.

Tamargo supo entonces que había llegado el momento. Se separó del grupo y, durante unos minutos, pareció hablar consigo mismo.

– Hágalo, doctor Sarracín. Todos los papeles están en regla. Asegúrese de que su inductor está en línea con el mío y apáguela.

Sus amigos lo confortaron cuando lloró. El león había reunido por fin el valor para cumplir con su deber. El hombre de hojalata acababa de reencontrar su corazón. El espantapájaros ya tenía el cerebro de artista que más le cuadraba, y que nada tenía que envidiar al del más fatuo de los Jinetes del Factor. Ya sólo faltaba un cuarto milagro, y éste no se hizo esperar. A los pocos minutos, un pequeño pulpo rosa surgió de la arena y reptó hacia el carromato. Una nueva torre, un peón de nácar, se elevó en el horizonte de las mil y una noches. Sobre sus cabezas, el firmamento de Oz resplandecía con el brillo de millones de estrellas.

*Espuelas
de Bricován*

JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ

ESPUELAS DE BICROVAN

Autora (seudónimo): Emilia Estévez

Para Haydeé, musa y rescatadora de oscuros calabozos.

Para David Brin por su idea de los Pupilos

*Perdona, maestro, la fagocitosis,
el homenaje o el feed-back, como se prefiera.*

*Y también si no lo hice
todo lo en serio que se podría.*

El primer competidor, el ainorko Hurmel, sale por la esclusa reservada a los Domadores. Sus seis pares de patas articuladas se mueven en una especie de versión ciempiés del paso lobuno, elástico y cauteloso que casi todos los que practicamos este peligroso deporte acabamos adoptando... si sobrevivimos lo suficiente.

Empleando el espectrómetro adjunto a mi visor personal, analizo la atmósfera de la arena: oxígeno. Bien, significa que nuestro Domador, que respira metano, no podrá quitarse el traje sin arriesgar la asfixia.

La mitad de los espectadores también ajustan sus visores personales, pero sólo para no perderse ni un detalle del traje del ainorko, con su vistosísima combinación de naranja y púrpura, los colores históricos de su raza en la Doma. Aplausos, vítores, gritos y silbidos de toda clase por parte del público del Gran Estadio Olímpico de Beijing (humanos y no) saludan su aparición; es un viejo conocido en estos torneos.

Como era de esperarse, hoy los ainorkos constituyen la mayoría de la amplia sección de los respiradores de metano, y todos a una animan a su Domador. Los grandes nubarrones anaranjados que son los jilnos revolotean por encima de ellos y de una nutrida delegación de ornitoides vostrells. Los Tutores de los ainorkos cambian de color sus plumajes al unísono en señal de apoyo a su Discípulo de Antares. Pocas razas se toman tan en serio la institución de la Tutela como ellos.

Los alarifos, criaturas de energía pura, chispean por todo el estadio.

Solitarios en el sector reservado a los respiradores de flúor, los pólipos telépatas de Aldebarán. Ellos presentan a la Bestia.

El sector de respiradores de oxígeno es el mayor de todos, como es lógico. Y no sólo porque el torneo se desarrolle en la Tierra: las razas inteligentes con metabolismos basados en otros gases aún son minoría en el Cónclave Galáctico.

Junto al nutrido público humano (casi todos los aficionados procuran no perderse el principio de la Primera Ronda) están los grandes parches verdosos de los kzhads. Se calcula que han venido varios billones. Claro que no debió costarles mucho el pasaje; tratándose de bacterias inteligentes, me imagino que todos cupieron en la bodega de una única nave de transporte.

También están los grises humanoides nariveos, inventores de la Doma, solitarios y altaneros. Y los ornitoides sigurds, y tres o cuatro razas más.

Jaidy y un servidor recibimos a Hurmel tan entusiastas como el que más. Sólo nos falta agitar banderas. Aunque ella no entienda nada del noble deporte que hermana a los más disímiles mundos y especies de la galaxia y yo... bueno, se supone que siempre es deportivo animar al rival ¿no?

La hermosa rubia de Ceres observa un instante al insectoide antareano y la reemprende con sus preguntas tontas:

—Migue ¿por qué lleva puesta esa escafandra? Me dijiste que a cada Domador sólo se le permitía usar el equipamiento que pudiese cargar, ¿y un traje espacial no pesa ya demasiado por sí mismo?

Dios, si existes, dime: ¿qué he hecho para merecer esto?

Si hay dos cosas que no soporto en una mujer, son la fealdad y la tontería.

Y Jaidy no es nada fea: rubia platino natural con buenos volúmenes traseros y mejores delanteros. Rostro de rasgos afilados y enérgicos, ojos verdemar, labios prominentes, nariz respingona... en fin, que más bien es despampanantemente atractiva, y lo mejor, por completo inconsciente de serlo. Casi ni se maquilla, y parece cosa de magia lo bien que logra lucir en esa especie de mono de trabajo informe, aunque ¿casualidad o instinto femenino? su verde pálido combina a la perfección con el de sus ojos.

Pero parece que el estereotipo popular sobre las rubias tiene algo de cierto. A veces me pregunto si tendrá un cerebro dentro de su preciosa cabecita, o si sólo será la médula espinal la que guía sus acciones y decide sus palabras...

Además... Migue. ¿Migue? Puaf.

Ya le he dicho mil veces que aunque en mi certificado de nacimiento oficial emitido por la caribeña CH diga Miguel Juan Gómez, no resisto que me llame “Migue”.

Mi nombre profesional, el que todo el Sistema Solar conoce, es Johny Go. No Johnny Miguel Go, ni Johnny Gómez, y desde luego, nunca, bajo ningún concepto, “Migue”, sino simplemente Johny Go.

Lo único que me falta por probar para quitarle esa desagradable costumbre es abofetearla la próxima vez que me repita el maldito diminutivo. Si no lo hago es sólo porque sospecho que eso disminuiría mis posibilidades de conquistarla...

Aunque no estoy seguro. Las mujeres son raras...

¿Cómo se puede, en pleno siglo XXII, vivir con esa angelical y feliz desinformación? Porque para en estos días no saber nada de mi modesta persona ni del torneo Espuelas de Bicrován, ni siquiera de la Doma, se requiere... no sé, vivir aparte del resto del Sistema Solar.

Pues como ha vivido ella. Toda su vida en el asteroide convento de su maldita Iglesia de Cristo Cosmonauta...

E incluso así... ¿Qué sería Jaidy en ese dichoso claustro en Ceres? ¿Celadora de las internas de privación sensorial? De otro modo, algo habría tenido que escuchar sobre la Doma y sobre mí...

Suspiro, le acaricio su dorada y exuberante cabellera y me armo de paciencia para la enésima aclaración superflua del día. Es repugnante a lo que puede llegar a rebajarse un hombre con tal de llevarse a una mujer hermosa a la cama.

Pero hermosa no es el término exacto. Y no es que no lo sea; pocas veces, por no decir ninguna, he visto a una mujer tan bella como Jaidy.

Sólo que más que ser hermosa y exhibir la fría perfección de una estatua, ella es *deseable*. Toda su anatomía exuda una sensualidad tan potente que me eriza. Quizás porque la siento auténtica, puramente animal, no impostada ni resultado de maquillajes o actitudes estudiadas. ¿Será que a las mujeres el vivir mucho tiempo enclaustradas les refuerza la emisión de estrógenos, o alguna otra explicación relacionada con las hormonas?

No sé, ni me importa. Lo único que me importa es que tengo que acostarme con ella cueste lo que cueste. Así que allá vamos:

—¿Ves que la arena... el escenario de la Doma, está aislada del resto del Estadio? Ya que no hay obstáculos ni tampoco mucho sitio donde esconderse, al menos la

atmósfera debe ser la misma que en el ambiente natural de cada Bestia. Y créeme que algunas viven en sitios cuyo aire te pudriría los pulmones a la primera aspiración: cloro, flúor, vapores de galio, compuestos sulfurosos y cosas así. Por ejemplo, los ainorkos y sus Tutores vostrells son respiradores de metano.

—¿Metano? —pregunta ella, con su aire de angelical ignorancia.

Dios, dame fuerzas...

—Sí, metano... ese gas que despides como producto secundario de la digestión... no querrías respirarlo ¿no? pues ellos tampoco disfrutarían respirando oxígeno, por eso el traje. Amén del peligro de contaminación viral o bacteriana, siempre a tener en cuenta pese a todos los reforzadores inmunológicos... y de que nada prohíbe que se trate de una Bestia marina, o que habite en lava fundida...

No estoy muy seguro de que haya entendido más del diez por ciento de lo que acabo de decirle. Pero me mira con tales ojos, que no tengo corazón para dejar ahí mi explicación: —en fin Jaidy, que Domar sin escafandra sería tan impensable como saltar desde un avión sin paracaídas. No sólo protege contra el ambiente de la Bestia, sino contra la Bestia misma. Y *last but not least*, los trajes que usamos los Domadores suelen basarse en modelos militares, así que además de blindaje, incluyen servomotores de refuerzo muscular que aumentan notablemente la capacidad de carga de cada competidor.

—Ah —200% apabullada por mi despliegue de erudición, Jaidy no hace ningún comentario, aunque su cara revela que no tiene ni la menor idea de lo que pueda ser un paracaídas o un servomotor y menos aún de cómo algo vivo puede respirar metano o flúor.

Si no fuera por esos seductores volúmenes suyos...

Estoy seguro de que son naturales. Motivo más que suficiente para que yo esté muy interesado en... sopesarlos, y más en estos tiempos en que la casi totalidad de las mujeres no sólo se maquillan como cuadros abstractos, sino que se modifican en el quirófano casi cada centímetro cuadrado de sus cuerpos para atraernos. Implantes de silicona, colágeno en los labios, limado de pómulos, extensiones de fémur y tibia para aumentar la estatura, suplementos de cadera, prótesis gluteales...

Eh, al fin llega lo más interesante: la Bestia.

Hurmel no es ningún novato: fue mi némesis en el primer torneo al que me presenté... pero según el programa, la forma de vida que enfrentará ahora la han traído los berianos, y eso ya es una buena garantía.

La Bestia es el antagonista. El elemento de emoción y sorpresa de la Doma. Los competidores pertenecemos a las dieciocho razas inteligentes que integran el Cónclave Galáctico: ahí no hay sorpresas, todos nos conocemos más que bien.

Pero, al menos en teoría, cada Bestia es, salvo para sus descubridores, un organismo 100% nuevo... y lo más peligroso posible, además.

Fieles a su fama, los berianos abren la competencia presentando algo que al menos a primera vista luce bastante letal. La alimaña respiradora de oxígeno traída por los pólipos de Aldebarán entra arrastrándose y dejando un rastro fangoso sobre la arena. Puaf.

Ajusto mi visor, y la calo de una ojeada, como todos los buenos Domadores sabemos hacer. En este deporte uno acaba dando ciento y raya a los mejores biólogos en eso de evaluar especies nuevas al primer vistazo.

Esta parece interesante. Policéfala; con grandes mandíbulas triples que se abren y cierran convulsivas, diez o doce cabezas al extremo de otros tantos largos cuellos. Claro que lo más probable es que no se trate de auténticas cabezas: dentro de ese cráneo plano no queda espacio para mucho tejido nervioso. De hecho, ni siquiera tiene ojos, aunque esas manchas más oscuras podrían ser de un pigmento fotosensible ¿ocelos rudimentarios? Y tampoco hay lengua ni color diferente que revele mucosa del paladar, así que la boca verdadera y el cerebro común deben estar al centro de ese amasijo de cuellos.

Lógico; varias cabezas cada una con su propio cerebro funcional implicarían un grave problema de prioridades. Malo para la supervivencia de cualquier especie. En muy escasos planetas ha probado semejante sistema la evolución, y nunca con buenos resultados.

Otro detalle: su planeta podría tener una alta gravedad, porque siendo tan grande no ha desarrollado apéndices locomotores.

Y no es que el ainorko le importe mucho; un buen traje de Domador no sólo protege de atmósferas exóticas, sino que automáticamente adapta la potencia de sus

servomotores a la gravedad del entorno, dentro de ciertos límites, claro... pero las Bestias que viene de un entorno tan o más pesado que Júpiter suelen ser fuertes.

Más bien hercúleas; será mejor para él que lo tenga en cuenta. Aunque tampoco hay regla sin excepción; en la Tierra, las serpientes y gusanos sin miembros viven bajo la misma gravedad que las jirafas y aves.

—¡Es horrible! —emocionada, Jaidy me abraza y estrecha sus deliciosas prominencias frontales contra mi hombro ¿Casualidad o ya empieza a entrar en confianza?—. ¿Esas bocas no serán venenosas? —se preocupa, fascinada casi en contra de su voluntad por el tremebundo aspecto de la Bestia.

—No me extrañaría; sería típico de los berianos —le aclaro con suficiencia—. Como las reglas de la Doma prohíben de plano emplear telepatía para controlar a las Bestias, esos pólipos de Aldebarán nunca se han destacado como Domadores... pero, tienen un verdadero talento como seleccionadores. Supongo que, como raza capaz de leer las mentes ajenas, saben mejor que la mayoría cuál forma de vida hará un buen papel en la arena y cuál no.

—Pero ¡es que es tan enorme! —continúa Jaidy—. Migue, ¿no me dijiste que tenía que ser un cachorro y no un adulto?

Y dale con el Migue...

Bueno, sí que es grande el amigo Muchas Cabezas. Incluso sin patas, y pese a todo ese mucus, podría pasar por prima lejana de la mítica Hidra de Lerna que derrotó Hércules. Aunque en el amplio kilómetro de diámetro que tiene la arena de la Doma en el Estadio de Beijing no parece tan enorme, medirá muy bien treinta metros desde las cabezas hasta la punta de la cola.

Igual le explico a mi dama, muy seguro:

—No importa el tamaño. Tiene que ser un cachorro... o al menos una forma larval: los adultos suelen ser muy difíciles o inclusive imposibles de adiestrar. La raza o civilización del Cónclave Galáctico que se atreviera a presentar una Bestia adulta sería inmediatamente descalificada. Pero resulta a veces las orugas son más grandes que las mariposas... y sobre todo más agresivas.

Por cierto que esta marabunta parece un buen ejemplo; al segundo siguiente de descubrir al ainorko, demuestra que no necesita patas para cargar contra él a la velocidad

de un tren expreso. Y adelantando con muy malas intenciones media docena de cabezas con las fauces desencajadas.

Tomo nota mental de que podría valer la pena averiguar de qué mundo es originaria esta belicosa belleza, y perder un poco tiempo visitándolo; una forma de vida que embiste de manera tan irreflexiva contra lo primero que se le acerca, sin pensar en si es o no comestible, no suele ser el predador supremo de un ecosistema. Y si hay algo a lo que esta mole le teme, podría a su vez ser un buen candidato para la arena.

Jaidy grita de terror, pero Hurmel el ainorko no es ni mucho menos novato en estas lides: no por gusto ha ganado tres veces las Espuelas de Bicrován. Antes de que yo empezara a competir, que conste.

Los pulsoreactores de su escafandra-armadura lo impulsan en un tremendo salto hacia arriba, fuera del alcance de las múltiples mandíbulas del animalito. Un antiguo torero de nuestra España terrestre no habría esquivado mejor el ataque de un miura enfurecido.

Dado que esa... cosa no parece tener muy desarrolladas sus capacidades visuales, en esta ocasión Hurmel no puede recurrir a la carta de triunfo favorita de los Domadores: el holocamuflaje. Aparentar ser un miembro más grande de la misma especie suele funcionar muy bien con los cachorros.

Con los que pueden verte con suficiente claridad, claro.

Sólo que a veces la larva o forma juvenil es tan diferente del adulto que ni siquiera lo reconoce como congénere y hasta trata de devorarlo cuando lo ve... y tampoco me extrañaría que este fuera uno de esos casos. Los berianos son bastante insidiosos seleccionando a sus animalitos para la arena.

Muchas Cabezas ataca de nuevo, y Hurmel aprovecha para comenzar con sus tanteos: del hombro de su traje blindado se eleva una especie de cañón que la rocía con algunas decenas de litros de un líquido anaranjado.

¿Gel de endurecimiento ultrarrápido? Exacto. No suele ser un mal primer movimiento... pero por desgracia para el ainorko, algo muy corrosivo debe tener la baba que segrega esta hidra: disuelve el coloide antes de que pueda solidificarse atrapándola, y Hurmel tiene que volver a saltar.

Estos berianos, cuando yo lo digo...

—¿Viste eso? —aúlla Jaidy, tan emocionada por el duelo entre la inteligencia y los recursos tecnológicos del Domador y la ferocidad de la Bestia como le prometí que estaría—¿y ahora, Migue?

—No te preocupes; probaré otra cosa —me encojo de hombros, tratando de convencerme a mí mismo que no me ha llamado así de nuevo—. Pero los jueces tomarán bien en cuenta este ataque fallido...

Cada recurso empleado en vano contra una Bestia resta puntos a la calificación final. Se supone que un buen Domador puede dominar a cualquier forma de vida de la galaxia sin echar mano más que a dos o tres armas... y en realidad no es raro que lo consigamos a la primera tentativa. Llámese sexto sentido o intuición, pero el caso es que muchas veces uno sabe casi por instinto qué es lo que va a funcionar contra un organismo concreto, aunque que me hiervan en sosa cáustica si puedo explicarle a esta belleza por qué...

El astuto Hurmel, fracasado su primer ataque con el gel inmovilizador, se decanta por ¿descargas neuroeléctricas?

Es una jugada riesgosa; esta hidra, primitiva como parece, muy bien podría carecer por completo de cualquier cosa parecida a un sistema nervioso central al que afectar con tales impulsos.

Pero, para mi sorpresa, funciona; Muchas Cabezas detiene en seco su siguiente ataque, y sus cuellos se trenzan unos con otros como desconcertados. Por lo que el ainorko repite inspirado la dosis, y el inmenso monstruo se ovilla, tembloroso.

Vaya; el gusano gigante tenía los pies de barro... o más bien el sistema nervioso. Los berianos me han decepcionado ¿Pensarían que nadie se iba a arriesgar a probar eso... o tal vez ni siquiera habían descubierto que ese era el talón de Aquiles de su impresionante Bestia?

Tendré presente que este año Hurmel viene afilado. El público aplaude, chilla, croa o trina, según sus anatomías. Los vostrells, muy orondos del desempeño de su Pupilo, vuelven a cambiar a coro el color de sus plumas. Y los ainorkos interpretan una complejísima coreografía de victoria, apta sólo para insectoides con varios pares de patas.

Porque está clarísimo que no se trata sólo de suerte. El chico de Antares es bueno. Tanto que, aunque a un observador inexperto como Jaidy pudiera antojársele pura

casualidad, ya ha logrado hacerle ejecutar a su Bestia el primer ejercicio de la rutina obligatoria de la Doma: adoptar una posición vulnerable e indefensa, el equivalente (saltando las lógicas diferencias zoológicas) de lo que hace un perro terrestre al tenderse bocaarriba.

Ahora vendrán las otras figuras: acudir al llamado, no comer hasta recibir autorización, atacar y las demás, pero ya es sólo cuestión de tiempo. Y tiempo es lo que se sobra en la Doma. Pocas veces un competidor ha agotado los nueve días y once horas —la semana narivea—, que en el Espuelas de Bicrován concede el reglamento para enfrentar y dominar a cada Bestia.

Hasta hoy se conocen dieciocho razas inteligentes en la Vía Láctea. Teóricamente, todas pueden participar en la Doma, pero resulta que nueve de ellas, o sea, un poco más de la mitad, son telépatas... y excepto los tercos berianos, prefieren no hacerlo nunca. Digamos que por motivos de dignidad. Otra, los gorbles, tienen un metabolismo basado en el silicio, tan lento que los nueve días y medio pasarían antes de que logran ni siquiera percatarse de la presencia de la Bestia.

Lo que nos deja a nueve culturas o civilizaciones, berianos incluidos, para disputarnos cada año las Espuelas de Bicrován. Cada una puede presentar a un Domador (la especie que detente el título hasta tres... por eso hace cinco torneos que me flanquean novatos humanos, aunque hasta ahora con muy pobres resultados) y cada uno debe enfrentar a tres Bestias... a no ser que alguna lo elimine antes, por supuesto.

Así que se comprende por qué no se puede celebrar sino un torneo cada año: incluso considerando que el año solar nariveo (medida de tiempo tradicional de la Doma, lo mismo que su semana, en honor a que fueron ellos quienes inventaron todo el asunto) equivale a cuatrocientos cincuenta y siete días terrestres, resulta que veinticinco Domas (serían treinta y tres, pero rara vez más de las dos terceras partes de los competidores logran llegar a la Tercera Ronda) cada una de nueve días, más los descansos reglamentarios, sumando todavía los tiempos de recuperación por lesiones y las festividades laicas o sagradas de cada raza, no son precisamente pocos días; un par de veces ha sucedido que casi no ha da tiempo de definir un ganador cuando ya debe comenzar el siguiente Espuelas de Bicrován.

Espero que este no sea uno de esos años.

Por lo que he visto, en este torneo la mayoría de los participantes (y no sólo mis colegas humanos, por suerte) son novatos. El del año pasado en Roma fue especialmente reñido y se cobró un precio muy alto en Domadores experimentados. Cuatro de los más famosos anunciaron su retiro antes de entrar a la Tercera Ronda... supongo que habían visto demasiado de cerca de la muerte como para seguir jugando con nuevas y más peligrosas Bestias.

No es mi caso, por cierto.

—Vamos —le digo a Jaidy, que sigue muy interesada las espasmódicas evoluciones del gran gusano de varias cabezas, ya por completo bajo control del ainorko, aunque buena parte de los espectadores ni siquiera se haya dado cuenta todavía del detalle—. Tengo hambre, y dicen que la cocina cantonesa es excelente en el restaurante del hotel Tai-Lung. Te invito. ¿No conoces Beijing, verdad? Te la muestro, si quieres... para algo tiene que servir una cuenta ilimitada de gastos ¿no?

—Pero —insiste ella, desconcertada—. ¿No nos vamos a quedar hasta el final?

—No —me impongo, desbordando seguridad. Algunas mujeres adoran que se les demuestre quién es el que más sabe y manda—. Las orugas normales no son muy brillantes a la hora de aprender, y no hay por qué suponer que esta lo hará mejor. Ya el resto es rutina, y te aburriría. Además, nada como una buena siestecita tras un banquete... y las placas antigrav de mi suite en el hotel son mucho más cómodas que estas gradas para echar un pestañazo. Ya nos enteraremos por la holovisión cuando le toque al siguiente concursante.

Eso de las placas antigrav de mi suite se suponía que fuera una propuesta sexual más o menos inteligible, pero, por supuesto, la rubia religiosa de Ceres ni se entera del doble sentido implícito. En fin, qué se le va a hacer... iremos a comer. Si ya la Tierra paga los gastos de su representante, supongo que no les importará demasiado cargar también los de una... ¿acompañante en potencia?

Y si no la conquisto antes de la ronda final, quizás debería abandonar de una vez y por todas la Doma.

Conocí a Jaidy el día anterior, durante la fastuosa ceremonia de apertura del torneo. Dejó chiquitica a la de Roma el año pasado. Estos chinos sí que tienen sentido del

espectáculo. Miles de estudiantes bailando con cintas, fuegos artificiales, turbocópteros formando figuras en el cielo, holoproyecciones, muros de sonido... se diría que todavía les quedaron muchas ganas de armar barullo después de la última Olimpiada Solar en Shangai.

La Doma exige sacrificados y extenuantes entrenamientos a cada competidor de alto nivel... sobre todo si se trata de un lento y débil humano, como yo, que apenas mido un metro setenta por ochenta kilos de peso. No hay descanso imaginable hasta que no potencias tu metabolismo hasta lo indecible transformando tu cuerpo en una máquina capaz de responder a la perfección a tu voluntad. Hace años que me entreno seis horas al día, siete días a la semana, que no bebo alcohol ni fumo ni me atrevo a consumir otra clase de estimulantes que las inevitables drogas de musculación y aceleración nerviosa... el efecto de sinergia con ellas podría ser muy peligroso.

Claro que ese es un pequeño precio a pagar por la aureola de fama que me envuelve. La Doma es el único deporte practicado más o menos en todo el Cónclave Galáctico, la única disciplina en la que los seres humanos podemos enfrentarnos a algunas de las demás razas inteligentes de la Vía Láctea. Así que durante los meses que dura el Espuelas de Bicrován los dos ó tres Domadores humanos participantes nos convertimos en los personajes más amados y envidiados de todo el Sistema Solar.

Este año empezó como siempre. Mi nombre rodaba de boca en boca. Las mujeres se lo tatuaban en los párpados. Mi cara estaba en todos los servicios holográficos y en la mitad de los maquillajes de moda. Cada humano conocía mi currículum, mi vida y milagros, y mucho mejor que el de los otros dos Domadores, el local Li Chan Lung y el germano Thor Buchwald... que a fin de cuentas, sólo son un par de novatos comparados conmigo.

No por gusto soy el portador oficial de los colores de la Tierra. Los trusts de todo el planeta se pelean por esponsorizarme: valgo lo que peso en oro en publicidad. He representado a la humanidad por ocho años consecutivos en el gran deporte galáctico... y además alzándome con las codiciadas Espuelas de Bicrován en las seis últimas ocasiones. Récord inédito para el género humano, y sólo superado por un par de heroicos semidioses nariveos... y para eso, hace ya tantos siglos, que bien podría tratarse tan solo de una leyenda de los orgullosos creadores de la Doma.

Beijing estaba pendiente de cada paso mío. Las holocámaras controladas a distancia me seguían a todas partes. Los reporteros en persona, también. Y en cuanto a las mujeres, no exagero al decir que me acosaban.

Trigueñas, pelirrojas, con el cabello azul, sin cabello, con plumas o escamas implantadas en vez de cabello... de la Tierra y de todos los enclaves habitados del Sistema Solar, incluida la reciente colonia de Próxima Centauro. Vestidas (o desvestidas, o ambas cosas) con tejidos y seudopieles de todas las texturas y todos los colores del espectro. Muchos con mi cara, por cierto.

Algunas coreaban mi nombre “¡Johny Go! ¡Johny Go!” hasta enronquecer, o silbaban cada vez que me veían salir del vestíbulo del Tai-Lung para subir a la limusina antigrav blindada que me llevaría a la arena. Otras me arrojaban su ropa interior usada; las terceras me pedían autógrafos, mostrándome decididas los senos u otros atributos corporales igual de desnudos, quirúrgicamente aumentados y tentadores para que los valorizara con la codiciada impronta de mis dedos y mi ADN; las de más allá agitaban con claras intenciones las llaves magnéticas de sus habitaciones o me las lanzaban...

Por supuesto, yo permanecía distante e inalcanzable. La concentración es fundamental para un Domador, antes y durante el torneo. Aunque este año no sólo estoy más seguro que nunca de mis habilidades, sino que también confío en que nadie podrá enfrentar a las tres Bestias que mi magnífico equipo de apoyo ha seleccionado para la arena.

Pero tampoco hay que jactarse antes de tiempo. Sería inmodesto y antideportivo.

Además, ya había estado con mujeres de toda clase en los cinco torneos anteriores que tuvieron por sede a diferentes ciudades del Sistema Solar: New York, Vesta, Nairobi, Tycho y Roma.

Siempre al final de las competencias, claro. Es sorprendente cómo el reflujo de la adrenalina después de la Doma dispara la libido. Y cómo les encanta eso a las damas.

Aunque la anatomía aún no la haya descubierto, estoy convencido de que en la mayoría de las mujeres existe una glándula especial que conecta la fama de los hombres con su propia excitación sexual.

Pero, ya se sabe, incluso a lo bueno acaba uno habituándose. Este año pensaba guardar abstinencia estricta... hasta que vi a Jaidy.

Wow, qué mujer.

Sólo lo mejor te logra hacer olvidar lo bueno.

Si hubiera emergido de las aguas cabalgando una concha como Afrodita, envuelta en espuma y entre cantos de sirena no me habría impresionado más que cuando la vi surgir de entre el gentío, vestida con ese vulgar e informe conjunto de plastiseda verde pálido que parece ser la única prenda de vestir que admite su absurda religión.

Y no fui yo el único deslumbrado: a la mayoría de los simples mortales allí presentes les ocurrió lo mismo. Si no se armó allí mismo un tumulto fue porque debieron pensar que era demasiado hermosa para ser real, así que debía ser la holoproyección de un comercial.

O quizás fue sólo que rendían respetuoso tributo a la perfección física hecha mujer... porque lo cierto es que las turbas se apartaban a su paso, tan dóciles como debieron abrirse las aguas del Mar Rojo ante el conjuro del profeta Moisés.

En fin, que ahí mismo supe que mi voto de abstinencia acababa de quedar pospuesto para otro año. Quizás el próximo... y sólo si Jaidy se negara a acompañarme a Toronto, ya desde ahora elegida sede del siguiente torneo... si este también lo gana un humano, o sea, yo, como no puede menos que ocurrir.

Sentí que tenía que verla de cerca, hablar con ella, y le susurré un par de palabras a un edecán con más entorchados que un general de opereta, pero que se movió con ejemplar eficacia; a los diez minutos ya tenía a la diosa rubia sentada a mi lado en el vehículo, con esa expresión de desconcertada inocencia que tanto me sigue fascinando.

Lo mejor, aunque al principio me costó creerle, era que no había venido como todas las otras a ver el torneo y por extensión a mí, sino a entregar personalmente unos importantes documentos de su congregación.

Sí, porque como nada es perfecto en este mundo (y del otro, aún no se sabe), resultó que aquella divinidad militaba ¡en pleno siglo XXII! en una diminuta comunidad religiosa fundamentalista del enclave asteroidal de Ceres: La Primera Iglesia Reformada y Auténtica de Cristo Astronauta.

Existe de veras: lo comprobé en la red. Fundada y aún dirigida por un tal reverendo A. Arango, con unos escasos seis mil fieles.

Y fue así como, aunque ella no llevara esos incómodos trajes de las religiosas que he visto en los holovideos históricos (hábitos creo que se llamaban ¿o era traje talar?), percibí bien claro el desafío: ¡Johny Go, el Domador de la Tierra, el Terror de las Bestias, cabalgando a la conquista de una preciosa reliquia del pasado: nada menos que una tímida pero preciosa Monja!

Por supuesto que no fui capaz de rechazar el reto. Y, como en cualquier caso la angelical Jaidy no podía regresar a Ceres hasta que dentro de un mes el asteroide vuelva a estar en oposición con la Tierra (el reverendo Arango y sus seguidores de Cristo Cosmonauta deben ser muy avaros... o muy pobres, si no pueden comprar para su deliciosa emisaria especial más que un triste pasaje para un trasbordador lento de órbita balística), le propuse acompañarme durante el torneo.

Confío en que antes de que termine ya me haya ganado las dichas Espuelas... y ese exquisito premio extra que representa el cuerpo de Jaidy, aunque ella misma no lo sepa.

El cuarto competidor del torneo y de la primera semana es Shr-Fell, beriano.

Esta vez estoy solo en las gradas... Jaidy puso como pretexto para quedarse descansado en el hotel que está en “esos días” ¿? Y aunque con su habitual pudor se negó a dar muchos detalles, al final acabé entendiendo de qué se trataba.

En estos tiempos en que todas las mujeres usan cómodos supresores bioquímicos, sólo a una fanática retrógrada como Jaidy se le ocurriría pasar por esa ordalía mensual.

¿Cómo puede un hombre confiar en algo capaz de sangrar por cinco días sin morirse? Igual sospecho que, aunque no quiere decírmelo, las tres Domas anteriores la aburrieron a muerte.

Nos libramos de los tres días que duró la doma de Muchas Cabezas por Hurmel el ainorko. Pero mi colega local Li Chan Lung invirtió casi una semana narivea en dominar a su Bestia, una especie de ciempiés de tres cuerpos también traído por los berianos y que se movía con la velocidad de un rayo: siete días y medio de emoción, y todo el tiempo la mitad del público (yo incluido) pensando que al final no lo lograría.

No obstante, lo hizo, y la ovación final cuando el animalito atacó a la imagen holográfica de un semejante fue merecido premio de todos sus esfuerzos y del gran

espectáculo que ofreció... aunque tardar tanto tiempo ya no le asegurase una buena posición en la clasificación general.

En cuanto al Hur-jal-mel-lil-jul-fein, el Domador vostrell, se lució frente a una especie de montaña de músculos reptiliana que debió ser una gran decepción para los ainorkos que la presentaron. Tardó menos de veinticuatro horas en volverse dócil como un corderillo. Creo que los nariveos, nunca se sabe si irónicos o sólo olfateando posibilidades comerciales nuevas, les propusieron a los ainorkos comprarlos al por mayor como animales de compañía...

Pero esta Doma promete ser mucho más interesante. Y sobre todo más breve.

Por eso estoy aquí. No se trata de estudiar a la competencia. El beriano es un novato, aunque vista los colores oficiales de su especie. Los de su raza casi nunca logran pasar de la primera ronda en la Doma.

Para un telépata total, verse obligado a realizar cualquier actividad que implique comunicación con otro ser viviente sin recurrir a la lectura y transmisión de pensamientos debe ser como para un humano medio intentar atarse los cordones de los zapatos... con los dedos de sus propios pies.

No obstante, los pobres se empeñan en seguir participando en cada Espuelas de Bicrován, a diferencia de las otras ocho especies telepáticas del Cónclave Galáctico, que han acabado resignándose al papel que mejor les va; el de jueces y en última instancia, escudo psíquico viviente contra cualquier Bestia dotada de telepatía.

Pues resulta que por sorteo al pobre desgraciado de Shr-Fell le tocó enfrentar nada más y nada menos que a una de mis Bestias... que mi equipo de apoyo ha bautizado como Multibola. Y aunque sospecho que la estamos desperdiciando miserablemente contra un contrincante que no da la talla, no quiero perdmelo. Como todo Domador (y equipo de apoyo adjunto), experimento cierta perversa pero muy comprensible satisfacción viendo cómo una forma de vida que hemos elegido barre los suelos con el representante de otra especie inteligente rival.

El beriano sale, desplazándose despacio sobre un colchón de aire, y esta vez no hay gritos ni vítores ni banderas que se agiten. De hecho, la mitad de las gradas están vacías. Los pólipos de Aldebarán, además de respiradores de flúor y por lo mismo poco populares entre los humanos, fueron Discípulos de los gruskos, una belicosa raza oriunda

de Calisto y extinta hace mucho en una guerra fratricida... así que los pobres ni siquiera tienen Tutores que vengan a animarlos.

De todas maneras, en las holopantallas los tanteos de apuestas cambian de forma vertiginosa. Pero estoy casi seguro de que todas se refieren tan sólo a cuánto resistirá el enorme y torpe pólipo de Aldebarán frente a la Bestia, no a si logrará Domarla... algo en lo que pocos deben confiar.

Lástima que las reglas también me prohíban a mí mismo participar en ese juego. Apostaría a que dura menos de un minuto frente a mi Multibola... y estoy casi seguro de que acertaría.

Digo mi Multibola aunque en rigor vine a echarle la primera ojeada hace apenas dos meses. En la Doma, lo que ve el público es el enfrentamiento entre la Bestia y el Domador, el heroísmo de un ser inteligente a solas, con el único respaldo de la tecnología de su cultura, frente a la fuerza bruta y el instinto... pero en realidad se trata de un deporte 100% de equipo.

Cierto que mi pellejo es el que corre el mayor riesgo. Pero, aunque no tengan que entrar a la arena, mi escuadra de apoyo trabaja por lo menos igual de duro que yo. Acopiando información sobre cuánto monstruo con posibilidades de hacer un buen papel en la arena pueda encontrarse en las miríadas de mundos de la Vía Láctea. Organizando ese pandemio de datos en formas fáciles de recordar para que las posibilidades de encontrarme por completo desconcertado ante equis bicho se reduzcan al mínimo. Y también, y todavía más importante, buscando nuestros propios monstruos desconocidos y terribles que puedan barrer con los otros competidores.

Un equipo excelente, el mío. Los mejores xenólogos del Sistema Solar sueñan con integrarlo. Y no sólo por lo que se les paga ni por el honor de lucir los colores de la humanidad en sus libreas, sino por la oportunidad única que representa de conocer organismos no terrestres. Por lo que sé, hasta ahora en sus bases de datos tienen catalogadas a unos dieciocho millones de formas de vida alienígenas lo bastante peligrosas y difíciles de adiestrar como para que otra raza inteligente pueda pensar en proponerlas como Bestias.

Lástima que las reglas de la Doma prohíban todo contacto radial entre el Domador y su equipo durante su duelo de voluntades con la Bestia, así como el acceso del

deportista a cualquier banco de datos informáticos. Por eso las razas con memoria eidética total, como los nariveos, que no por gusto inventaron este deporte, tienen una gran ventaja (al menos en teoría) no sólo sobre los pobres tipos como nosotros los humanos, incapaces de recordar datos de tantas formas de vida, sino también sobre otras especies racionales como los mismos pobres pólipos berianos, que siendo telépatas coloniales, están acostumbrados al contacto continuo con el resto de sus semejantes, con los que incluso comparten una memoria común.

Con deslumbrante centelleo, algo se materializa a pocos metros de distancia sobre las casi vacías gradas y se me acerca a impresionantes zancadas.

Hablando del rey de Roma, y por la puerta asoma. Un nariveo, y no uno cualquiera; nada menos que Klarh Sal Mer Fer Auten, su más famoso Domador.

La raza oriunda del cuarto planeta de Régulo es la más orgullosa de la Vía Láctea. Y no sólo porque sus naves exploradoras han llegado más lejos que las de ninguna otra civilización del Cónclave Galáctico. También individualmente, y al menos desde el punto de vista de la estética humana, sus miembros tienen motivos más que suficientes para sentirse superiores.

Este que ahora se dirige hacia mí apartando a su paso a los humanos como un rinoceronte apartaría a los antílopes en una pradera tiene casi tres metros de altura, y no es ni mucho menos un gigante entre su gente, que por lo que sé a menudo superan los cuatro. Humanoide, con las imponentes y perfectas proporciones de un titán y la piel gris cemento bajo la que se marcan unos músculos que harían sollozar de pura vergüenza al fisiculturista humano más hinchado de esteroides. Con un rostro como hecho de mármol, enmarcado por una poblada barba (en realidad su órgano respiratorio) de un gris más oscuro, tan sólo su absoluta carencia de cabello, los ocho dedos en sus pies y manos y el imposible color rojo sangre de sus ojos sin pupilas estropean la impresión de que el mismísimo Júpiter Olímpico de Fidias ha descendido de su trono para andar entre nosotros, pobres e inferiores mortales terrestres. Hasta se envuelve en un ropaje bastante parecido a una túnica o una toga, aunque apostarí a que en esos pliegues tan perfectos hay implicada bastante nanotecnología.

Por lo que sé, Klarh es el nombre histórico de su clan, y Sal Mer Fer Auten vendría a significar algo así como “el que ostenta merecidamente muchas espuelas” Y el muy

alardoso le hace pleno honor a su rimbombante título; en cada una de sus largas y musculosas pantorrillas relucen con brillo a la vez metálico y diamantino cinco púas de medio metro de largo. Ha ganado nada más y nada menos cinco veces las Espuelas de Bicrován.

Por cierto que, como suele suceder con tantos objetos de culturas alienígenas, los humanos hemos acabado llamando a esos objetos “espuelas” bastante caprichosamente, porque más bien son polainas guarnecidas de pinchos.

Los nariveos las usaban (con púas de acero al cromo vanadio, y no de bicrován, claro) para domar y dirigir a los terjos, un feroz y gigantesco reptil volador de su mundo, ya extinto, aunque creo que ahora están intentando recuperarlo con ingeniería genética. Y de tales cabalgatas aéreas, que me imagino que harían parecer la doma de mustangos salvajes en el viejo Oeste americano un juego de niños, surgió la Doma, hace la friolera de cinco milenios.

Claro que, sea o no parte consustancial de su cultura, sólo a un nariveo podría ocurrírsele llevar encima con tanta tranquilidad unos trofeos que valen lo que el Producto Interno Bruto de un pequeño país terrestre.

El bicrován, aleación de cromo y vanadio, así llamado en honor a Theodore Sturgeon, un autor terrestre de ciencia ficción del siglo XX que predijo casi exactamente sus características en uno de sus cuentos, *Cosas de niños*, es el non plus ultra en materiales resistentes: una vez moldeado y cristalizado en su forma definitiva, una barra de cien metros de largo puede sostenerse en posición horizontal por un extremo sin que el otro se deforme ni un nanómetro. Las explosiones nucleares ni lo inmutan. Es a la vez ultradenso y en extremo ligero, y superconductor a temperatura ambiente aunque capaz de soportar las del núcleo de una estrella gigante roja sin perder sus propiedades.

Lástima que sea tan fabulosamente caro y difícil de obtener... sólo puede sintetizarse, y con grandes gastos de energía, en esos infiernos de ultragravedad que son las estrellas neutrónicas, un tipo de cuerpo astral que no abunda en la Vía Láctea. De no ser por ese “detallito”, todas las naves y construcciones de la galaxia podrían hacerse de bicrován, y adiós entropía degradadora.

Mi traje de Doma lleva refuerzos protectores de bicrován... no mucho, apenas seis kilogramos. Pero me da hasta vergüenza tratar de calcular cuánto le ha costado a la Tierra esa seguridad extra para su Domador estrella...

Por cierto que un par de veces he pensado en imitar la ostentosa fanfarronería de Klarh Eso Mismo Auten... sólo que, incluso suponiendo que me dejaran sacar tan inapreciables trofeos de la cámara acorazada donde los guarda la Tesorería de la Tierra, si un humano intentara lucir seis pares de puntas de esas dimensiones en sus piernas (ya que en las pantorrillas es anatómicamente imposible), nunca lograría un aspecto tan digno como el de este campeón nariveo, sino apenas parecer una triste caricatura de gallo mutante.

En fin, veamos qué quiere ahora de mí este as de los Domadores. Porque algo quiere. La cortesía con otros competidores no es uno de los rasgos por el que los nariveos se han hecho famosos.

—Hola, Miguel Juan Gómez —me saluda con viril voz de bajo y en perfecto solariano estándar, aunque permaneciendo a casi cinco metros de distancia, casi como si le repugnara acercarse más.

Primero Jaidy, luego Auten. Pero esto es una plaga. ¿También este va a ignorar que yo soy Johny Go?

Además de su liderazgo galáctico como exploradores y de su impresionante aspecto, los nariveos tienen por justificado motivo de orgullo otro buen puñado de características. Una de las principales es su memoria absoluta, que les permite practicar la teleportación sin ayuda tecnológica.

Los científicos humanos suponen que les basta con recordar la disposición atómica de cada sitio al que deben trasladarse y... pum, ya están ahí. ¿Fácil de decir no? pues no tanto de hacer, al menos no para cualquiera que no sea uno de ellos.

Teleportación aparte, (aunque de paso los vuelve contrincantes de mucho cuidado en la Doma) esa supermemoria los convierte no sólo en lingüistas insuperables... sino que les permite recordar cualquier información, aunque sólo la hayan escuchado una vez en su vida.

Maldita sea la hora en que se estableció esa odiosa regla de que, además de su nombre-de-guerre, deben también hacerse públicos el nombre y apellido auténticos de todo

competidor de la Doma... al menos la primera vez que participa en un Espuelas de Bicrován. Este cabrón alienígena debió oírlo entonces, hace ocho años, y con su dichosa memoria y sabedor de lo mucho que me molesta escucharlo, aprovecha para soltármelo ahora, como quien no quiere la cosa pero igual la hace.

—Hola, Klarh —le devuelvo el saludo, sin molestarme en aparentar el más mínimo placer ante su aparición y (espero) insultándolo levemente al omitir sus títulos personales y dirigirme a él solo por el apelativo de su clan —Qué ¿viendo los monstruos de la competencia?

—No tendría sentido, humano —Auten debe haber captado el sarcasmo, pues logra que la palabra “humano” suene casi como un insulto en sus grisáceos labios— Hasta tú sabes que las Bestias no suelen aparecer dos veces en un Espuelas de Bicrován. Es sólo por la pequeña satisfacción de ver humillado a un viejo enemigo.

Cómo no se me ocurrió. Conozco la historia, por supuesto.

Otro de los orgullos nariveos es su rencor. Jamás olvidan ni perdonan un agravio.

Resulta que hace unos tres mil años, cuando los berianos daban sus primeros pasos por la senda del raciocinio, los de Régulo se les ofrecieron “desinteresadamente” (un adverbio que no es muy aplicable a ninguna de sus acciones, dicho sea como de paso) en calidad de Tutores.

Hay que aclarar que pese a todas sus proezas exploradoras, los nariveos fueron vistos por largos siglos con cierta suspicacia por las demás especies del Cónclave Galáctico. En una Vía Láctea donde la abrumadora mayoría de las razas inteligentes han llegado al raciocinio como Discípulas de otra civilización Tutora, de la que guardan respetuosa memoria aún si se ha extinguido hace milenios, unos “huérfanos” como los grises humanoides de Régulo, que proclaman orgullosos haber alcanzado su condición racional sin ayuda de nadie, no pueden inspirar mucha confianza.

Puro prejuicio, está claro. Pero ¿no son acaso los prejuicios casi el cincuenta por ciento de toda cultura? Y la del Cónclave Galáctico no iba a ser la excepción a esta regla de oro.

Sólo que los pólipos respiradores de flúor, tras considerar un poco el asunto, prefirieron convertirse en Discípulos no de los altaneros pero pacíficos nariveos, sino de los gruskos, una raza de estrellas marinas respiradoras de flúor, telépatas y tan agresivas

entre ellas mismas que la mitad del tiempo se las pasaban enfrascadas en guerras civiles por un quitame allá esas pajas. Nadie podría culparlos demasiado por esa elección, claro: al fin y al cabo, siendo tan telépatas, fluoradas y acuáticas como ellos mismos, debería serles mucho más simple entenderse.

Pero parece que el sentirse relegados ofendió la delicada susceptibilidad de los altivos humanoides grises, que no olvidaron la afrenta. “Apenas” mil años más tarde, y a raíz de cierto oscuro incidente relacionado con su religión y acaecido precisamente en uno de los primeros torneos Espuelas de Bicrován con carácter pangaláctico, del que no les gusta mucho hablar ni siquiera ahora, los de Régulo declararon su apoyo público a una facción disidente de las fluoradas estrellas marinas racionales... y el resultado fue la enésima guerra civil de la historia gruska.

Sólo que esta, para variar, fue definitiva: terminó con la destrucción de la civilización, la raza y hasta el planeta mismo de las estrellas marinas telépatas, dejando de paso a los berianos sin Tutores.

Toda elección tiene su precio, tarde o temprano, habrán pensado los de Aldebarán, supongo.

Lo interesante fue que el Conclave Galáctico, tras largas deliberaciones, decidió que los nariveos ¡no habían actuado de mala fe! Y que tampoco eran responsables de la extinción de una especie racional bien conocida por su belicosidad.

En fin, que los tipos son hábiles como el demonio, y un enemigo de veras de cuidado.

No obstante, no puedo dejar pasar la oportunidad de pinchar un poco a este globo inflado. La venganza es dulce...

—Los berianos fueron muy tontos despreciando la Tutela narivea. Si los humanos hubiéramos tenido que elegir Tutores, sin duda alguna habríamos optado por ustedes.

Golpe maestro de retórica, modestia aparte. Por un lado, acabo de alabarlo a él y a toda su especie... por el otro, también me las he arreglado para poner el dedo en la llaga recordándole una vez más que justo nosotros los humanos, con nuestra misma existencia e historia evolutiva, somos la espina en el costado de la otra tradicional gran causa de vanagloria narivea...

Exacto; ser la única raza conocida en la Vía Láctea que llegó sola al raciocinio, y no como dócil Discípula de otra especie inteligente Tutora más antigua y sabia.

Desde que hace dos siglos los humanos nos sumamos al Cónclave Galáctico, las especies “huérfanas” ya somos dos. Los nariveos deberían hasta agradecerémoslo: ahora, aunque ambas civilizaciones seguimos siendo casos raros, ya al menos ellos no resultan tan excepcionales ni merecedores de desconfianza y vigilancia como antes.

Pero en vez de eso, se lo toman como una ofensa.

De hecho, algunos xenólogos terrestres de todo respeto sugieren incluso que, dado que tanto los nariveos como nosotros somos humanoides y hasta bastante “similares” (al menos a grosso modo... el que ellos tengan cuatro sexos y se reproduzcan por huevos debe parecerles sólo una diferencia menor) desde el punto de vista anatómico, podríamos incluso estar filogenéticamente emparentados... con lo que ellos, con su morfología más especializada, podrían terminar siendo nada menos que lejanos descendientes nuestros.

Me imagino lo duro que resultaría para una raza tan antigua y altanera el tener que aceptar como tatatatatarabuelos a unos advenedizos recién llegados al viaje hiperespacial, la fusión nuclear y el mismo Cónclave Galáctico, como somos nosotros.

Para mi sorpresa, en lugar de enfurecerse o siquiera guardar un despectivo silencio, el Domador Klarh-Auten sólo sonríe. Pero en el interior de su boca ya desaparece toda semejanza anatómica con el *homo sapiens*: en vez de dientes comunes, el aparato masticador de los nariveos consiste en un par de cilindros rugosos que giran sobre sí mismos, muy parecidos a las muelas de un antiguo trapiche azucarero. De hecho, ahora que lo pienso, entre ellos mostrar ese trituratodo a un interlocutor no es en verdad una señal tranquilizadora...

—Sí, estamos seguros de que nos habrían elegido a nosotros... si hubieran podido. Suerte en la Doma, humano Johny Go.

Vaya, entonces sí que conoce mi nombre...

Pero no me da tiempo a agradecerle la cortesía: con un nuevo centelleo, se teleporta hacia el extremo opuesto del sector de respiradores de oxígeno de las gradas, como para dejar bien claro que nada tienen que ver conmigo ni con los de mi especie, pese a todas nuestras aparentes semejanzas.

—¿Qué quería ese tipo, Johny Go? —una voz ronca y farfullante me sobresalta, y al segundo siguiente se sienta junto a mí una voluminosa silueta de cabellos blancos cortados casi al cero.

Es Carlos, mi jefe de ingeniería, soltando humo como siempre —Huelo problemas —masculla—. Los nariveos no nos aman, precisamente.

Dudo que en verdad pueda oler algo, fumando así. Pero, pese a su antihigiénica y anacrónica manía de fumar enormes cigarros de auténtico tabaco marciano, el viejo vale lo que pesa en microván: es el manitas de oro oficial de mi equipo de apoyo.

Carlos tiene una habilidad y una empatía innatas por la tecnología sólo comparables a la comprensión de la mentalidad de las Bestias que llegamos a desarrollar con el tiempo algunos de los mejores Domadores. Lo suyo no es la teoría ni el cálculo... no es un tipo de muchas palabras. Pero cualquier aparato que necesite para la Doma, él es capaz de adaptarlo o hasta de construirlo con sus propias manos si hace falta. Lo mismo holoproectores que lanzadores de redes o equipos basados en conceptos 100% nuevos, nada parece tener secretos para sus enormes manos callosas, que al trabajar se mueven con una eficacia casi hipnótica, sin un solo movimiento superfluo, como danzarinas de un ballet perfecto.

Lo mismo que todos los de mi equipo, Carlos prefiere permanecer en un discreto segundo plano; como la estrella soy yo, ni siquiera se me acercan fuera de las sesiones de preparación, y mucho menos en público, como aquí y ahora en las gradas.

Pero el viejo ingeniero y yo estamos juntos desde el principio de mi carrera como Domador, y entre nosotros ha ido surgiendo año tras año una relación especial, casi de padre e hijo. Edad para ser mi progenitor tiene de sobra, y además es siempre la última persona que veo antes de entrar solo a la arena; no confío en nadie más para la revisión final de todos los sistemas de mi escafandra. Así que en ocasiones se toma libertades como esta...

Y no me queda sino agradecerérselo, y con tacto. Le partiría el corazón si intentara ponerlo en su lugar. Me adora, el pobre.

—¿Problemas? —le comento, pensativo—. Puedes apostar a que sí, viejo. O conozco muy mal a esos altaneros, o tiene preparado algo muy gordo, y justo contra

nosotros los humanos y en especial contra mí. De otro modo no se habría siquiera molestado en esta breve visita social.

Carlos asiente y rezonga, masticando su pestilente habano antes de soltar la correspondiente bocanada de humo: —Johny Go, qué ganas tengo de que acabemos de lograr la teleportación. Nos libraría de todo el complejo de inferioridad que tenemos frente a estos tipos grises de Régulo.

—Carlos, algún día lo lograremos —concuero con él—. Pero ahora mejor déjame solo... ya llega el beriano, y no quiero perderme ningún detalle.

Y el corpulento viejo de cabellos blancos obedece, tras despedirse con una inclinación de cabeza y una asfixiante bocanada de humo final, feliz de haber podido cruzar un par de palabras conmigo.

Cuesta poco tenerlo satisfecho, y es tan útil...

Si tan sólo no fumara así. Ya va por su tercer par de pulmones de recambio.

Shr-Fell, pólipo al fin, ni siquiera tiene cabeza: es apenas un amasijo de tentáculos dispuestos sobre un pedúnculo común, que ahora flota hasta el centro de la arena. A lo que más se parece es a una anémona o mejor aún a un zoófito de coral gigante. Evolucionados en el agua... o más bien en la disolución de ácido fluorhídrico que funge como tal en su mundo, es obvio que el solo permanecer en el espacio seco y sometido al castigo de la gravedad ya es bastante engorroso para ellos... pero ahí está, con su sofisticado traje hidratante ¿o fluorizante?, moviendo toda su maraña de brazos en suaves círculos, lo que, si mal no recuerdo, en el lenguaje corporal de su especie indica confianza y calma.

Vamos a ver cuánto le duran frente a nuestra Multibola.

Que ya entra por la esclusa de las Bestias. A primera vista no parece gran cosa, ni siquiera impresiona por su tamaño. Es una mole verdosa de unos cuatro metros de diámetro, más o menos esférica y formada por muchas otras esferitas punteadas más pequeñas, que rueda perezosa sobre sí misma... hasta que detecta la presencia del beriano.

Shr-Fell empieza bien: un holograma envuelve su silueta, dándole todo el aspecto de otra Multibola purpúrea, idéntica a la que acaba de entrar.

Procedimiento de manual de Doma, si es que hay alguno. Lástima que justo esa sea la táctica menos indicada en este caso. Porque resulta que nuestra Bestia, en esta fase larval juvenil, es en extremo territorial: hermafrodita autosuficiente, y bastante miope, cada una ataca a todo lo que se le acerca, porque sólo puede ser, o una presa que valga la pena devorar, o un semejante y por tanto competidor por el valioso y escaso alimento de su entorno.

Es como agitar un trapo rojo frente a un toro de lidia rebosante de testosterona. Antes de que el pólipo pueda reaccionar, la gran bola parece estallar en mil pedazos que se precipitan sobre él saltando y rebotando.

Los xenólogos de mi equipo todavía discuten si la Multibola es planta o animal, porque tiene clorofila y fotosintetiza, pero también devora materia orgánica. Lo que sí está claro es su condición de organismo colonial. Cada una de las miles de esferitas que componen la grande es un individuo al menos parcialmente independiente, aunque de apenas cinco centímetros de diámetro. Y todos pueden moverse por su cuenta con desconcertante celeridad rebotando a saltos, aunque no tengan músculos, porque están provistos de una especie de mecanismo de propulsión a chorro: absorben aire por algunas de las muchas “escotillas” que, junto con otros tantos ojos y bocas, salpican su superficie. Luego, a través de ciertos procesos bioquímicos bastante engorrosos de describir calientan ese aire en su núcleo... y lo expelen con fuerza por otras aberturas.

Su movilidad es desconcertante. Y su estrategia ofensiva, como ahora mismo Shri-Fell tiene el dudoso privilegio de descubrir, tan veloz y eficaz como simple: los individuos se desensamblan de la colonia y se precipitan en caótica melée sobre el intruso.

Cuando dos Multibolas se enfrentan, todo se reduce a una pugna por arrebatarse al rival la mayor cantidad posible de componentes, que a menudo termina con la fusión en una colonia única y mayor... si en el entorno hay alimentos suficientes para sostenerla, por supuesto. Si no, la gran esfera se rompe, y cada individuo se vuelve adulto: primero echa raíces y luego se deshace en millones de diminutas esporas que el viento arrastra... algunas, con suerte, llegarán a sitios donde la comida abunde y puedan enraizar para convertirse en nuevas bolitas que crecerán, echarán a rodar, y un día se unirán en otra

gran Multibola. Bastante parecido a lo que hacen los hongos mixomicetes en la Tierra, pero a escala mucho mayor, claro.

Pero si se trata de una presa, ya es otro cantar. Y por desgracia para Shr-Fell, su holograma sólo imitaba el aspecto de una Multibola... no su forma real, su textura ni, lamentablemente, sobre todo tampoco su resistencia a los ácidos segregados por otra.

Que cerca de seis mil esferitas de pocos centímetros de diámetro le caigan a uno encima adhiriéndosele por todas partes ya es algo bastante incómodo, aunque no parezca demasiado peligroso. Pero si además de no soltarse, apenas “concientizan” que lo que han “atrapado” no es un rival sino una presa... y para su apetito todos los demás seres vivientes de su planeta lo son, esas esferitas empiezan a segregar un potentísimo ácido capaz de disolver hasta las más resistentes aleaciones y cerámicas especiales, pues ya la incomodidad se vuelve riesgo letal.

Al mejor estilo de las estrellas de mar terrestres, la fascinante digestión del Multibola es a la vez externa e interna. Cada uno de sus muchos individuos derrama hacia afuera sus corrosivos jugos gástricos, y todo el proceso se produce dentro de la gran esfera, poco más que un gran estómago... que entretanto se ha vuelto a formar en torno a la presa.

¿Ingenioso, eh? La evolución de la materia viva nunca dejará de sorprendernos.

Y ahora el pobre Shr-Fell se encuentra de repente atrapado dentro un vientre colonial, sin siquiera haber sido tragado antes. No lo envidio; la sensación debe ser bastante desagradable. Aunque uno no padezca de claustrofobia.

El pólipo respirador de flúor reacciona, por supuesto. Primero con ecuanimidad: un par de descargas neuroeléctricas que agitan un poco al Multibola, pero no lo suficiente como para romper el gran estómago esférico. Luego, los recios tentáculos que los servomotores del traje vuelven aún más fuertes tratan de librarse de las insistentes esferitas-individuos arrancándolas, y al principio parece funcionar... pero sólo parece. Como el Multibola no es un tejido continuo, sino una colonia de organismos independientes aunque reunidos por una voluntad común, cuando uno es arrancado de su presa, regresa y vuelve a adherirse a otro lado.

Y son tantos, tantos...

Para un Domador, el secreto de salir bien parado de situaciones como esta es mantener la calma. Claro que no es tan fácil hacerlo como decirlo, sobre todo cuando los indicadores de la escafandra empiezan a indicar daños graves al revestimiento... el ácido digestivo que segregan esas bolitas es algo de veras serio.

Concediéndose cada vez menos tiempo para ver si dan o no resultado, el preocupado Shr-Fell va probando un recurso tras otro: ácidos que ni siquiera hacen cosquillas a las esferitas, quizás porque el que segregan ellas mismas es igual de potente; altas temperaturas que tampoco las inmutan; vibraciones que parecen incluso volverlas más agresivas; radiaciones que no son nada en comparación con las que emite la estrella morada en torno a la que gira el desolado planeta donde mi equipo las encontró; infra y ultrasonidos que apenas si logran incomodarlas un poco...

Hasta que ocurre lo que todos esperaban, lo que resulta inevitable en la Doma cuando se trata de un beriano en problemas: desesperado y sintiéndose en auténtico peligro, acaba echando mano de toda su potencia telepática.

Por suerte, si yo, miembro de una raza incapaz de leer o transmitir el pensamiento fui capaz de preverlo, también lo fueron los jueces del torneo, telepatas en su mayoría.

Me lo han explicado varias veces: cuestión de superposición de frecuencias telepáticas o algo así... pero supongo que es tan difícil de entender para un no telepata como lo sería la luz para un ciego de nacimiento. El caso es que ya habían trenzado previsoramente sus emisiones telepáticas, formando un escudo psíquico activo que reforzase las protecciones pasivas que en todo estadio dedicado a la Doma impiden que tarde o temprano el público acabe con el cerebro frito por incidentes como este.

Y considerando que incluso así algo de la tremenda fuerza del golpe mental de Shr-Fell nos llega a mí y a los demás espectadores en forma de molesto zumbido y opresión en las sienes, no es de extrañarse que todas las esferas que forman el Multibola caigan exánimes a tierra, con sus sinapsis (o lo que tengan en lugar de ellas) achicharradas por la sobrecarga psíquica.

El pólipo de Aldebarán queda libre... y automáticamente descalificado.

Doble infracción. Regla básica de la Doma: ni matar a la Bestia, ni alterarla psíquica o físicamente de ningún modo que sea irreversible. Como mismo no se admite presentar en la competencia organismos vivos sintéticos o resultado de cría selectiva para

estimular ciertas características en detrimento de otras. Todos deben ser salvajes, no modificados.

En fin... uno menos. Aunque los berianos rara vez llegan a la Segunda Ronda.

Y ahí viene el anuncio del próximo competidor... ¡vaya, si soy yo! Y contra una Bestia traída ¿por los ainorkos? Interesante.

Me siento doscientos por ciento en forma; podría comenzar ahora mismo... pero como Jaidy no está aquí para verme demostrando todas mis habilidades, prefiero aguardar al tiempo reglamentario y así impresionarla mejor.

Entonces será mañana a las nueve am, hora de Beijing.

Espero que estar en “esos días” no le impida venir. Veremos si después de ver en acción a un Domador de verdad te sigues resistiendo, princesita de Ceres...

Porque si te resistes aún, creo que tendré que pensar en recurrir a mis habilidades de Doma contigo.

Las manos de Carlos danzan una vez más su fascinante coreografía de comprobaciones sobre cada dispositivo, sensor y actuador de mi escafandra, antes de que al fin el viejo masculle, con su eterno tabaco en la boca:

—Listo, Johny Go. Ahora ve y demuéstrales quién manda.... Y cuán gran cosa es ser Domador y estar en la arena.

Tras lo que me envuelve en humo a modo de despedida. Menos mal que ya tengo cerrado el yelmo respiratorio y activados los filtros.

Asiento con la cabeza, concentrado. Llegó la hora de la verdad.

Moviéndome ligero gracias a los servomotores y pese a las casi dos toneladas de mi traje, atravieso la doble esclusa y entro a la arena.

Lo primero es comprobar el entorno. Bien: no hay llamas, lava ni agua u otro líquido, y según el espectrómetro gaseoso, la atmósfera tiene oxígeno... más del treinta y cinco por ciento. La gravedad, 1.4 g. Pesadita, pero no mucho. Ajusto los servomotores de la escafandra casi al descuido. Al menos por ese lado, la cosa pinta sencilla.

Sólo después me doy el lujo de echar la primera y a la vez última mirada a las gradas, mientras aún el domo que cubre la arena se mantiene transparente. Es ahora o

nunca; en lo adelante, para mí sólo existirá la Bestia, mi intelecto, su terquedad, y el tiempo.

Pero antes de sumergirme en el samsara adrenalínico de la Doma, me satisface mucho comprobar que el Gran Estadio de Beijing está lleno a rebosar. Y no sólo de humanos, que a fin de cuentas era lógico esperar que viniesen a apoyar a su representante estrella, sino realmente lleno. Hasta las secciones de respiradores de cloro, flúor y metano están atestadas de espectadores alienígenas.

Y ni siquiera hace falta saber leer los labios para darse cuenta de que todos están coreando al unísono: “¡Johny Go! ¡Johny Go!”

Lo que es ser el campeón indiscutido de los últimos seis años. Todos quieren verme triunfar... ¿o caer?

Quién me lo iba a decir hace diez años, cuando era sólo el menor de ocho hermanos, entrenador clandestino de perros de combate luchando a brazo partido contra la miseria en las asfixiantes calles llenas de detritos tóxicos de la caribeña CH. Has llegado lejos, Johny Go. Muy lejos. De veras que, como dice Carlos siempre, es una gran cosa ser Domador y estar en la arena...

En medio de las apretadas filas de humanos patrióticamente vestidos de azul y blanco, mis colores, los de la Tierra y la humanidad toda, distingo el brillo dorado de una abundante cabellera. Vaya, qué bien: si resultará que al fin la Monja Cerosa (no será el gentilicio correcto de una habitante de Ceres, pero he empezado a llamarla así, desesperado por su pacata, inexplicable resistencia y por lo lento de mis avances con ella) me ha concedido el honor de su presencia.

Y hasta se dignó cambiar su eterno e informe mameluco verde pálido por la combinación reglamentaria de mi club de fans: chaqueta azul y pantalón blanco de tejido ceñido, estatoadherentes... y vaya si tienen a qué adherirse.

Por un instante, más que el resultado de mi propia Doma, me preocupa cómo va a sobrevivir Jaidy al inevitable acoso masculino, vestida con esas ropas tan apretadas y provocativas, en medio del despliegue de emociones que se acerca.

Pero luego el profesionalismo se impone; lo que pase con ella no es ya asunto mío. Mi preocupación ahora es la Doma, y la Bestia.

Me arropo en mi calma como un antiguo matador ibérico lo haría en su capa, y al instante siguiente todo el exterior deja de existir para mí.

Es la calma del Domador.

Por supuesto, el que el material que separa la arena de las gradas pierda su transparencia de dentro hacia fuera ayuda bastante. Antes sólo veía a los espectadores, aislado de sus gritos. Ahora ni eso; estoy atrapado dentro de un domo esférico color blanco huevo, en silencio, esperando a la Bestia. Pero desde fuera, todos pueden verme, y gracias al sistema de micrófonos y altavoces, también oírme.

Ahí llega, ensordeciéndome con un silbido agudísimo y haciendo temblar el suelo con sus potentes pisadas. Huy.

Pero a la primera ojeada me dan ganas de reír ¿Será de veras posible que los ainorkos me hayan hecho semejante regalo? Así que le echo un segundo vistazo, incrédulo.

Pues sí, parece que me voy a lucir: ¡nada menos que un Tirano!

No un tiranosaurio, por supuesto: este titán no proviene del pasado evolutivo terrestre. Dado que no existen muestras de ADN en base a las cuales clonar a un dinosaurio depredador del Cretáceo, el único modo de que los ainorkos pudieran presentar un auténtico T. rex sería que dispusieran de una máquina del tiempo...

Una posibilidad aterradora para la Doma, por cierto. No en balde, aunque todos los físicos de todas las razas del Cónclave Galáctico insisten en que un artefacto así es imposible, las reglas lo prohíben expresa y prudentemente.

No; esta Bestia ni siquiera es un reptil. Esas patas articuladas y ese caparazón blindado que le da aspecto de jinete medieval delatan a la legua su pertenencia a los artrópodos. Claro que con ese tamaño, debe tener un sistema respiratorio activo, porque el modelo de difusión pasiva del aire por tráqueas-traqueidas de los insectos terrestres sólo funciona para pequeñas dimensiones.

Pero se trata de un Tirano, sin discusión alguna. La obra maestra de los maravillosos xenólogos de mi equipo de apoyo ha sido crear una serie de clasificaciones generales que pueden aplicarse a cualquier organismo vivo de la galaxia que muestre una conducta agresiva. No serán muy ortodoxas, filogenéticamente hablando, pero en

términos de morfología y sobre todo de etología, o sea, conducta, parecen funcionar al ciento por ciento.

Tanto, que puedo decir sin temor a exagerar que usar este sistema ha sido el as en la manga que me ha permitido ser campeón invicto del Espuelas de Bicrován por seis años consecutivos.

Por ejemplo: Toros son las formas de vida territoriales que atacan sobre todo a sus semejantes, como nuestra Multibola; Leopardos las que merodean y prefieren cazar ocultas y al acecho, por lo que sólo atacan en terreno descubierto si se ven acorralados; Hormigas León, las que permanecen pacientemente en su madriguera esperando que algo les pase cerca para atraparlo; Lobos, los que aplican tácticas de caza en grupo, y suelen tener complicadas jerarquías dentro de su manada, y así por el estilo...

Los Tiranos, por definición, son carroñeros solitarios especializados en el arrebato de presas a otros depredadores más débiles. El ejemplo, nuestro extinto *T. rex* terrestre: suelen ser más grandes que los demás carnívoros de su ambiente, y más fuertes que veloces, con una anatomía más apropiada para el combate con otros carnívoros que para la persecución y derribo de una presa viva. También a menudo exhiben crestas, olores o colores de advertencia o intimidación.

Y este señorito tiene todas las características.

Primero, es inmenso. Octópodo, blindado, y semierguido sobre sus cuatro patas posteriores, como un centauro de cuatro brazos, roza los ocho metros de alto, según el telémetro de mi traje.

Vaya con el pequeñín. ¿Y esta es la larva? ¿Pues qué tamaño se supone que tengan los adultos?

Segundo, se acerca a un organismo desconocido armando escándalo y no en silencio, o sea, intentando más bien amedrentarlo que atraparlo. Menos mal que tengo el casco respirador, porque si su aroma es tan impactante como llamativa su librea corporal magenta con rayas amarillas, no creo que pudiera resistir el respirarlo por mucho tiempo sin vomitar.

Tercero, su armamento corporal es obviamente más efectivo para la pelea que para la caza: sus cuatro patas delanteras no terminan en pinzas ni otra clase de miembros manipuladores, sino en una especie de hojas curvas, tan puntiagudas y filosas como

guadañas, pero de casi tres metros de largo. Las dos superiores suben y bajan verticalmente, con las puntas apuntando hacia abajo; las dos inferiores se mueven de un lado a otro, y apuntan hacia adentro. No son siquiera como las mantis religiosas o esquilas terrestres, que tienen patas raptadoras: estas evolucionaron para herir y matar, no para capturar ni recoger.

Es una auténtica máquina de despedazar, y que sospecho no debe tener muchas oportunidades de entrar en acción, excepto contra otros semejantes. Esas serán grandes peleas... pero pocos depredadores rivales carentes del mismo armamento y blindaje serían tan estúpidos como para enfrentar a semejante cortatodo XXL. Y también pocas presas que no estén heridas o medio muertas de vejez serán lo bastante lentas como para que pueda alcanzarlas un carnívoro al que semejante dotación ofensiva y defensiva tienen que volver muy lento.

La cabeza es pequeña, de grandes ojos compuestos, el cráneo aplanado, la mandíbula, casi diminuta y débil, comparada con el imponente corpachón. Así que no debo esperar mucha inteligencia... y debe ser interesante ver cómo se las arregla para comer.

En fin, más que un honesto y ágil depredador que suda persiguiendo y matando a su alimento, se trata de un torpe carroñero alardoso. Un gladiador prepotente, oportunista y fanfarrón.

No obstante, lo analizo bien antes de hacer el primer movimiento: también podría tratarse del equivalente alienígena de una hormiga soldado, un individuo centinela evolucionado para el papel ultraespecífico de protector de una colonia...

Pero no, definitivamente no: aunque débiles, sus mandíbulas parecen funcionales, cuando las de los soldados de especies coloniales, de tan especializadas y eficaces que se llegan a volver como armas, a menudo acaban siendo inútiles para su función primaria: ingerir alimento. Lo que tiene el lado bueno de que así el nido puede estar seguro de su lealtad, dado que ni siquiera pueden comer solos. En la naturaleza todo tiene un sentido... o más de uno.

También es demasiado aparatoso, demasiado pesado. Los soldados de las colonias suelen preferir la efectividad a la impresión. En general dan preferencia al ataque sobre la defensa: grandes mandíbulas, pero corazas corporales más ligeras, cuya merma en

protección compensan actuando en conjunto, como los hoplitas de una antigua falange griega.

La armadura de este coloso, en cambio, es tan gruesa y completa que proclama a gritos su condición de solitario autosuficiente. Y aunque tiene antenas, como todo artrópodo que se respete, son tan largas y gruesas que me inclino a creer que, más que un método eficaz de comunicarse con sus semejantes, deben ser una característica sexual... o incluso un arma ofensiva extra.

Vaya... acerté con la segunda posibilidad.

Tengo que saltar ligero para evitar el latigazo de un apéndice de casi cinco metros de largo que tal vez no habría roto las placas de mi armadura reforzada con bicrován si llega a atraparme de lleno, pero sí que me habría lanzado bastante lejos.

La evolución de su ignoto mundo parece haber sido bastante más generosa con este bicho de lo que se mostró la terrestre con el T. rex... que no por gusto se extinguió, y apuestan muchos paleontólogos a que de hambre. Depender sólo de las presas que cacen otros predadores y no ser capaz de capturar uno mismo ni siquiera a las más pequeñas es el clásico callejón sin salida de la hiperespecialización.

Al menos a este coloso las antenas le sirven para intentar atrapar a las presas menores. Porque estos trallazos deben ser el movimiento ofensivo más rápido que es capaz de ejecutar su inmenso y pesado corpachón.

Entonces, calculado el objetivo, manos a la obra. Que comience la verdadera Doma.

Recurro al holocamuflaje... y espero que a mí me resulte más útil de lo que al infeliz Shr-Fell le fue ayer. A fin de cuentas, yo sólo quiero desaparecer... de momento, y antes de reaparecer con el aspecto adecuado.

Los carroñeros Tiranos no suelen tener sentidos muy agudos: no los necesitan para asegurarse el almuerzo. Les basta con seguir a los verdaderos depredadores y entonces despojarlos del botín de su cacería. Claro que un buen olfato para detectar el aroma de la carne recién muerta nunca está de más, así que además del enmascaramiento visual empleo disruptores olfativos, y por las dudas, activo también el camuflaje infrarrojo: aún no sé cuál es la longitud de onda en la que mejor funcionan los ojos compuestos de este gigante.

Funciona. Desconcertado, Grandote Cortalotodo gira sobre sí mismo moviendo sus gruesas y larguísimas antenas en todas direcciones. Y ahora que ya me le perdí como posible presa, estoy listo para reaparecer... ahora como autoritario adulto.

Mi equipo y yo elaboramos tácticas estándar para cada supertipo de organismos. Con los Tiranos cachorros, la Doma por imposición funciona a las mil maravillas. Basta con adoptar la apariencia de un miembro adulto de su especie para que cualquier pequeñuelo de esta categoría se tranquilice y se muestre colaborativo. De otra manera se arriesgarían a morir de hambre, sin nunca aprender las técnicas de intimidación y arrebato de presas con las que se ganan la vida.

En el relativo refugio de mi invisibilidad, hago unos cálculos rápidos para ajustar los holoproyectores: gravedad 1.4 G, crías de ocho metros de alto... el adulto tendría unos doce, pongamos catorce para estar seguros, no hay manera de saber si en la especie de Cortalotodo las hembras son mayores o menores que los machos... quizás ni siquiera tengan sexo.

Muchachito, prepárate a darle la bienvenida a tu mamita. Activo la mascarada.

Se qué para los miles de espectadores del Gran Estadio de Beijing, humanos o no, el golpe de efecto debe haber sido imponente. De pronto no hay uno, sino dos Cortalotodos en la arena... y el segundo es aún mayor que el primero.

Honestamente, no me sorprende demasiado que, tras un instante de vacilación, la Bestia vuelva a atacarme silbando, aún más agresivo que antes. Lograr la apariencia autoritaria correcta no es cosa fácil. Rara vez se consigue al primer intento, y en general cuesta lo suyo sintonizarse.

Se impone algo de reflexión. ¿Será el color? Ojos facetados, debe poder distinguirlo... quizás el adulto tiene una librea diferente. ¿Color entero? En muchas especies terrestres las crías tienen coloraciones con patrones disruptivos, para poder escapar a los depredadores. Quizás la vegetación del mundo de Cortalotodo sea púrpura o amarilla, la clorofila no es el único pigmento fotosintético del cosmos. Entonces ¿púrpura total o amarillo completo? Veamos.

Otros dos intentos, otros dos fracasos. Ninguna de las dos alternativas funciona. Sigue atacando... menos mal que su inteligencia y memoria deben equivaler a la de un mosquito: cuando no me puede detectar, se tranquiliza de inmediato.

Y cada vez que me ve con un aspecto diferente, me embiste. Podría ser que los pequeños Cortalotodos fueran siempre hijos únicos... no parece que tenga muchas ganas de jugar con otro cachorro.

Si no es el color ¿qué? ¿alguna característica física? Siempre refugiado en mi invisibilidad holográfica, recurro al esquematizador anatómico, que me ofrece una imagen estática de la Bestia.

Gracias, Carlos, por adiestrarme en el uso de este software tan útil. Te debo otra: ahí está el detalle: las alas. En este cachorrito se aprecian rudimentos.

Artrópodo hasta la médula, de hecho casi cien por ciento insecto, Cortalotodo está conformado según el modelo clásico del coleóptero. Un par de alas endurecidas y modificadas a cubiertas protectoras, los élitros, que cubren las alas verdaderas, plegadas.

Por supuesto que un insecto de ocho metros de alto y no sé cuántas toneladas de peso no tiene la menor posibilidad física de volar. Y mucho menos en gravedad 1,4. Esas alas no funcionales son un vestigio de cuando eran menores y más ágiles... pero si las conservan, será por algo. La evolución es la madre de la eficiencia.

¿Reclamo sexual, quizás? ¿Como la “inútil” cola de los pavos reales de la Tierra? ¿O como radiadores para desprenderse del calor excesivo?

Ni lo sé ni me importa. Que resuelvan ese asunto luego los xenólogos de mi equipo, si pueden. Lo mío es probar esta nueva apariencia.

Basta un poco de manipulación informática (gracias una vez más, Carlos) para que mi holoproyección se enriquezca con un inmenso par de alas modelo mantis, en forma de abanico y repletas de enmarañadas nervaduras. Un toque artístico: cuerpo magenta, alas amarillas con motas... verdes. Un color que debería ser ultracontrastante en un mundo sin plantas con clorofila.

Y ¡claro, cómo pude olvidarlo! Faltaba el silbido. Más fuerte que el suyo, obvio.

Bingo. Cortalotodo, que ya silbaba de nuevo lanzándose a la carga, se detiene en seco y se pliega sobre sus cuatro pares de patas locomotoras en una genuflexión que habría envidiado un cortesano de Versalles.

Ya te tengo, grandote. No fue tan difícil. Casi fácil, de hecho.

—Con cuidado, princesa... los caballos sienten el olor del miedo, y en su mente, quien tiene miedo no merece ser obedecido —le advierto en voz baja, palmeando tranquilizador la blanca grupa de Lucero, su yegua, pero sin soltarla del cabestro, aunque eso signifique que debo inclinarme incómodamente sobre la silla de Cometa, mi propio y brioso semental lipizano.

Avanzamos al paso sobre la arena apelmazada de la pista, bajo la vigilante mirada de Carlos.

—Es... magnífico —susurra ella, con destellos de placer embelleciendo aún más sus ya hermosísimos ojos verdes—, ahora ya entiendo por qué amas tanto esa Doma.

—Podría decirse que para nosotros los humanos todo empezó aquí, con los caballos —despacio y con suavidad, para no asustarla ni a ella ni al animal, le entrego las riendas—. Bueno, domesticamos antes a los perros, supongo, pero un perro no puede montarse, así que no es igual... eso es, sin miedo, Jaidy. Ya no son el caballo y tú. Ahora eres un centauro... siéntelo en las piernas, no sólo en las riendas.

No le cuento que los perros me recuerdan demasiado mis años duros en CH. ¿para qué?

Y al fin, aunque todavía tan rígida sobre la silla de montar que da pena, la Monja Cerosa ya se atreve a avanzar sola, al paso.

Sí, tiene razón, es un magnífico espectáculo ver como sus senos sin sostén alguno suben y bajan al compás del avance de Lucero.

No sé cómo, pero tengo que llevarme a esta mujer a la cama o reviento.

Quizás cuando vuelva a ganar las Espuelas ceda, porque, lo que es hasta ahora... a veces me parece extraterrestre, de tanto ignorar mis alusiones.

Un tirón peculiar a las riendas de Cometa lo hace adoptar el clásico paso bien marcado de equitación de alta escuela, y Lucero lo imita. Luego cambio al de ambladura: las patas delantera y trasera del mismo lado avanzando a la vez, el desplazamiento más suave que puede adoptar un corcel, más deslizarse que correr. Después, trote, y al fin galopamos juntos, describiendo círculos.

—Llevo estos dos caballos a donde quiera que voy —le confío a Jaidy con ojos encendidos, sin acortar el paso—. Son lipizanos... cuando nacen, su piel es negra como el carbón, pero luego se van volviendo tan blancos como ahora son Lucero y Cometa. Un

detalle que sirve para recordarme que en muchas de las Bestias que debo enfrentar hay grandes cambios entre el recién nacido y el adulto. Esta era la raza preferida de la Escuela de Equitación Española de Viena, en Austria... el sitio donde más cerca estuvimos los humanos de crear nuestra propia Doma antes de contactar con las otras razas inteligentes y sumarnos al Conclave Galáctico. Montarlos me ayuda a relajarme... y buena falta que me hace hoy.

—Johny Go ¿te preocupa la Doma de mañana? —me espeta sin más rodeos Jaidy, haciendo gala de ese delicado tacto social que sólo poseen ciertas mujeres y todos los Inspectores de Aduana—. Hasta ahora vas ganando... con ese shaudosh te luciste. Nunca antes un Domador había sido tan alabado como tú lo fuiste la semana pasada...

—Sí, digamos que me superé a mí mismo... pero la estupidez del equipo de apoyo de Li Chan Lung también me costó muy cara. Ahora ese maldito nariveo prepotente está a sólo un puñado de puntos por detrás de mí... y tener que enfrentar mañana a una Bestia traída por su equipo me da muy mala espina. Durante todo el torneo me ha parecido que me preparaba alguna jugarreta...

—Durante todo el torneo —repite Jaidy, sonriendo—. Estas semanas se han ido veloces, Johny Go. Te has convertido en mi mejor amigo; parece mentira que hace apenas dos meses ni siquiera nos conociéramos.

Sí, parece mentira que en dos meses aún no haya podido lograr lo que sabes que tanto quiero, princesa... y también, claro, lo rápido que se me ha ido este torneo.

Mi primera Doma terminó por todo lo alto. Bueno, hasta el más tonto podría haber predicho que para el ganador de las Espuelas por seis años consecutivos, someter a un simple Tirano, por enorme que fuera, iba a ser pura rutina.

Tras lograr que Grandote Cortalotodo se arrodillara ante mí, y parafraseando al viejo Shakespeare, el resto no fue silencio, sino vítores. Pese al aislamiento sonoro de la arena, pude captar sin problemas el trasfondo emocional del público. ¿O sería la vibración generada por tantos gritos de “¡Johny Go! ¡Johny Go!” y los aplausos de tantos seres inteligentes que me adoraban al unísono?

Terminar de reducir a mi Bestia a la obediencia total me resultó tan fácil y rutinario como a Hurmel el ainorko arreglárselas con su Gusanote Muchas Cabezas unos días antes.

Claro que yo lo hice mejor, y más rápido.

Nada de trucos; sólo usé métodos estándar. Como analizar por espectrometría la composición de su carne y producir alimento sintético que le resultara atractivo. Por cierto que ahí estuve al borde del fracaso por pura incapacidad logística: el cachorro resultó tener un apetito tan tremendo que mi sintetizador casi se funde por la sobrecarga.

Luego fue pura psicología: establecidas las bases de la figura adulta de autoridad capaz de castigar acciones erróneas, así como de premiar con alimento la conducta acertada, demoré sólo ocho horas en lograr que estuviese quieto cuando se lo sugería con un silbido. Dos más en hacerlo moverse a mi orden. Y en cuanto a hacerlo atacar, como me sobraba tiempo, elegí el camino más largo pero más seguro: primero, presas de caza (aunque tuve que generar hologramas de varios artrópodos gigantes diferentes antes de dar, por pura suerte, con algo que al pequeñuelo le resultara más o menos conocido y tentador perseguir) luego un semejante que atacué yo, al fin otro para él...

Y ovación: tiempo total de Doma, treinta y seis horas. Casi un nuevo récord. Hurmel el ainorko tardó sesenta y ocho, y además las holoproyecciones fueron mi primera opción: nada de tanteos con el gel inmovilizador o las descargas neuroeléctricas, que eso también se tiene en cuenta en la puntuación final.

Han pasado cuatro semanas desde entonces.

La primera Bestia que Klarh Sal Mer Fen Auten tuvo que enfrentar fue cortesía de los ainorkos, pero los berianos no se habrían avergonzado de ella: era tan extraña que mi equipo de xenólogos aún discute cómo clasificarla.

Por su morfología parecía una Hormiga León típica: una concha como de tres metros de altura que imitaba a la perfección a una piedra, en uno de cuyos costados, casi invisibles hasta que no se abrían, tres ojillos rojizos y rudimentarios rodeaban a una enorme boca con dos largas y versátiles lenguas tentáculos, ideales para sujetar a la presa.

Sin más recurso visible para cambiar de posición que un lentísimo pie musculoso tipo molusco, parecería que su única manera de atrapar a una presa tenía que ser esperar con toda la paciencia del mundo a que alguna le pasara lo bastante cerca y se descuidara, engañada por su camuflaje de inofensiva roca...

Supongo que cuando el nariveo la vió entrar arrastrándose con toda su santa calma, pensó que ahí había gato encerrado: ¿cómo iba a hacer que una Bestia casi sésil acabara por atacar a una orden suya?

Tal suspicacia debió ser lo que lo salvó: eso, el saber que los jueces nunca habrían aceptado para la Doma a una Bestia con tan escasa capacidad de movimiento... y el ser él mismo capaz de teletransportarse con formidable eficacia.

De todos modos, cuando la “lenta” roca se teleportó inesperada y agresivamente hacia él, estuvo a punto de cogerlo por sorpresa. Por suerte para Auten (y desgracia para mí) los nariveos tienen reflejos muy veloces, y las drogas neurales que usamos todos los Domadores los potenciaron aún más. Aún así estuvo a milímetros de ser atrapado por las lenguas y precipitado dentro de las enormes fauces desdentadas, pero que segregaban un ácido tan fuerte que incluso con sólo salpicarlo corroyeron buenos trozos de su ultrarresistente armadura.

Un auténtico reto, el animalito... y debo reconocer que el maldito Klarh se creció ante el desafío. Actuó punto por punto como lo habría hecho yo: se arriesgó a examinar durante casi un minuto a la roca viviente, abusando de su propia capacidad teleportadora, su buena suerte y sus reflejos para eludir uno tras otro varios de sus ataques. Hasta que debió llegar a la conclusión de que un tipo tan complejo de traslación no podría ser guiado tan sólo por un sentido tan pobre como la escasa vista que podrían garantizar aquellos tres tristes ojillos, buscó otro... y lo encontró.

Según hipotetizan los sesudos de mi equipo, la piedra teleportadora debe emplear una especie de sonar o radar, al estilo de los delfines o murciélagos terrestres, para conocer su posición exacta en relación con el entorno, así como la ubicación de su presa. Una vez descubierto esto, para el nariveo debió ser un juego de niños “cegarlo” emitiendo otras ondas ultrasónicas de frecuencia similar. Y sin saber muy bien dónde estaba, la sorprendente Bestia no se atrevió ya a teleportar, con lo que fue simple cuestión de tiempo que Klarh Sal Mer Fen Auten descubriera el otro código de radiofrecuencias con el que los de su especie se comunican con sus semejantes, y por el simple pero laborioso método de pruebas y errores, acabara por lograr que la roca viva acatara sus órdenes.

Cierto que demoró tanto como ochenta y cuatro horas en obligarla a ejecutar el último de los movimientos obligatorios de la Doma, el Ataque al Falso Semejante... pero,

considerando las inéditas dificultades inherentes a la Bestia, el que no desperdiciara recursos tecnológicos para lograrlo y el muy subjetivo factor “compenetración” (muy fácil en este caso: Amo teleportador, Bestia domada también teleportadora... bah, los ainorkos se la pusieron fácil, dentro de la dificultad), los jurados le concedieron una puntuación altísima, sólo superada hasta ese momento por la que obtuviera antes yo mismo frente a mi Tirano Cortalotodo.

Supongo que para los ainorkos debió ser una gran decepción que el nariveo se destacase tanto venciendo a su Bestia estrella, porque estoy seguro de que peinaron media Vía Láctea para buscarla. Si bien no tan decepcionante como el que su Domador, Hurmel, cayera de forma tan dramática e inesperada en la Segunda Ronda frente a mi segunda Bestia, pocos días más tarde.

Después de la brillante actuación del nariveo, en una inédita y prolongada racha de mala suerte, las Bestias hicieron añicos las esperanzas de media docena de razas de ver a sus representantes pasar a la Segunda Ronda.

Una especie de medusa gigante presentada por los vostrells y capaz de lanzar descargas eléctricas potentísimas se burló de toda la habilidad como Domador de mi congénere Thor Buchwald y casi lo ahoga dentro de la arena, en esta ocasión llena de agua para imitar su hábitat en las profundas aguas de un planeta acuático de la constelación de la Hidra.

Y el alemán aún tuvo suerte; al día siguiente 341-J, un delicado ornitoide sigurd de Rigel, fue despedazado, y no es una metáfora, por una Bestia que trajeron los nariveos, muy parecida a una ameba acorazada, pero que resultó invulnerable a toda energía o intento de influir sobre su conducta.

El sepelio del pobre Domador sigurd (no quedó mucho de él, por cierto), fue emotivo... y rápido. Hubo hasta un no muy inspirado y nada original discurso de despedida de un beriano, como representante del Conclave Galáctico: lamentable baja de un competidor hermano, todos sabemos que la Doma no es un deporte para pusilánimes o improvisados, porque no tolera errores de ningún tipo... y de vuelta a la arena, que el tiempo apremia.

Que los Domadores kzhads, jilnos y malarifos fueran batidos por las respectivas Bestias que les tocaron en el sorteo casi tan aprisa como entraron a la Arena no sorprendió a nadie.

Lo mismo que los berianos, esas tres son razas que nunca se han destacado mucho en la Doma. Como traté y creo que a la larga logré hacerle entender a Jaidy, es fácil comprender por qué, aunque no sean telépatas.

Supongo que cuesta algo de trabajo imponerle tu voluntad a una forma de vida de veras agresiva y peligrosa cuando eres una colonia de bacterias inteligentes invisible si no se emplea el microscopio, como los kzhads. Al igual que si evolucionaste en las nubes de un gigante gaseoso y mides seis kilómetros de largo, pero con apenas la masa de un grano de arroz y la densidad de un vientecillo de verano, como los jilnos.

En cuanto a los alarifos, criaturas de pura energía, quizás acaben siendo buenos Domadores... algún día, cuando aprendan a controlar su propio entusiasmo lo suficiente como para no carbonizar el sistema nervioso de cada Bestia a la que se enfrentan. Y de paso, para no ponerles los pelos de punta a todo espectador mamífero en el estadio con el subsiguiente y vertiginoso aumento de la electricidad estática... algo que, como mínimo, es incómodo y en general causa muy mala impresión.

Entonces, con sólo cinco Domadores aún en competencia de los once iniciales, la Segunda Ronda la empezó otra vez Hurmel el ainorko, pero ahora frente a nuestro “animalito”.

Aunque, en rigor, “animal” no es la palabra más adecuada para describir a esa exótica ¿criatura? ¿forma de vida? que casi acaba con una expedición minera humana completa. Pero, en rigor, tampoco lo sería vegetal o mineral...

Sólo con grandes esfuerzos y mucha suerte pudieron al final los xenólogos de mi grupo de apoyo capturar a... aquello, y descubrir la manera de controlarlo.

Confieso con toda sinceridad que, incluso sabiendo todo lo que sé sobre sus características, no me habría gustado estar dentro de la escafandra del ainorko cuando entró a la arena, convenientemente privada de todo rastro de atmósfera y gravedad para que nuestro extraño hallazgo se sintiera más o menos como en su casa: el frío y oscuro cinturón de detritos en torno a una estrella enana gris en la constelación del Tucán.

Estoy seguro de que incluso el experto Hurmel se sintió desconcertado cuando, tras entrar a la arena, pasó un minuto, luego dos y ni rastro de la Bestia. Si hubiera permanecido así, inerte e inmóvil como una roca más flotando en la fría oscuridad interplanetaria, no habría atraído jamás su atención ni corrido peligro alguno... aunque claro, entonces tampoco habría podido intentar domarlo.

Y hay que reconocer que al menos lo intentó con toda su voluntad y recursos.

Al quinto minuto sin ser atacado, Hurmel perdió la paciencia y se decidió a buscar a la Bestia: encendió sus faros, radar y detectores magnéticos y de radiaciones... y fue así como comenzó su pesadilla.

Porque la Bestia también lo detectó a él. Sin ser del todo animal ni vegetal ni tampoco mineral, nuestro extravagante super virus-liquen cristalino puede permanecer enquistado por tiempo indefinido en forma de esporas aisladas, que flotan inermes en el helado espacio... hasta que una de estas encuentra casi algún tipo de energía utilizable. Por medio de procesos foto, químico o termoléctricos pueden aprovechar casi cualquier clase de energía, sin necesidad de digerirla.

Y digo de veras casi cualquier clase. Calor, luz, movimiento, ondas de radio, radiación, reacciones químicas, lo que sea, excepto gravedad... y no estoy seguro de que en un futuro no evolucionen para sacarle también partido, de algún modo. Hay que mantener esa plaga feroz lo más lejos posible de las zonas habitadas de la galaxia...

Cuando Hurmel emprendió su búsqueda usando tantos detectores activos, fue como si se colocara sobre la frente un cartel de neón encendido con letras de seis metros de alto que dijese SOY COMIDA.

Según las reglas de la Doma, en la arena sólo entró una espora de nuestra encantadora criatura... pero a los veinte segundos de haber encendido las luces, sobre la escafandra protectora del ainorko ya había varios cientos de miles de individuos creciendo a increíble velocidad, cubriéndola con un caos de cristales traslúcidos que aprovechaban voraces hasta el último ergio de energía por él generado para dividirse y volverse a dividir a ritmo exponencial, en su desesperado intento por pasar lo más rápido posible de la fase infantil de agregado colonial a la juvenil de individuo conjunto.

Recuerdo que fue duro convencer a los jueces del torneo de que la morfología, comportamiento y ciclo vital de nuestra Bestia no violaba ninguna de las reglas de la

Doma. Era peligrosa, sí... pero también susceptible de ser Domada, aunque sólo fuera después de que todos los pequeños individuos cristalinos se metamorfoseasen en un gran y único supercristal, capaz de conductas que incluso trascendían el simple instinto.

Lo malo es que ese período “juvenil” no dura mucho tiempo: si el virus-liquen descubre que la energía disponible le permite seguir creciendo hasta rebasar ciertos límites, pasa casi de inmediato a la fase adulta, y sin perder tiempo en otra conducta reproductiva más sofisticada, se divide de inmediato en nuevas esporas.

Hurmel luchó durante poco menos de un minuto, cubierto de pies a cabeza por lo que parecían toneladas de cristales traslúcidos en incontenible crecimiento. Si hubiéramos podido comunicarnos con él, yo mismo le habría aconsejado que se estuviese tranquilo y dejara de emitir tantos megavatios de energía: todas las descargas eléctricas y de antimateria, los láseres y másers y sopletes de plasma con los que con tanta terquedad intentaba librarse de aquello solo lograban incrementar su ritmo de bipartición.

Lo ideal habría sido desprender helio o nitrógeno líquido, para enfriarlo. Pero claro, eso lo sé yo, que conozco al monstruo. El pobre Hurmel no tenía ni idea.

Y las reglas son estrictas: aún en peligro de muerte, nadie puede comunicarse con un Domador que permanece en la arena. No hasta que no admita su derrota. El ainorko, Domador hasta la médula, no la admitió nunca... o al menos, si al final lo hizo, fue sólo cuando ya resultaba demasiado tarde.

En el breve lapso de un minuto aquella mole irregular de protoplasma cristalino adquirió contornos más suaves y definidos, pareció moverse y... cinco segundos después ya perdía su transparencia y estallaba en millones de fragmentos, que adheridos como estaban a la escafandra de Hurmel, la dispersaron en otros tantos trozos dejándolo desnudo y expuesto al vacío espacial.

Pero el insectoide antareano ni siquiera tuvo la dudosa suerte de una muerte limpia, por descompresión explosiva; algunas decenas de las nuevas esporas del super virus-liquen detectaron el movimiento, calor corporal y emisión de fluidos de su agonizante cuerpo desnudo, y segundos después ya era una estatua de sí misma, cristalina caricatura de vida que poco más tarde también se dispersó en miríadas de ultrarresistentes esporas cuya total eliminación del Gran Estadio de Beijing, rociándolas con helio líquido, requirió dos días completos y toneladas del carísimo gas noble.

El solemne sepelio y duelo en honor de Hurmel, el mejor Domador ainorko jamás recordado, duró unas pocas horas menos que la descontaminación de la arena. Y no sé qué pensarán los nariveos con su memoria eidética, pero a mí el discurso del vostrell representante del Cónclave Galáctico me pareció calcado del que había pronunciado el beriano en las exequias del sigurd, pocos días antes. Supongo que los burócratas son más o menos iguales, no importa la raza a la que pertenezcan...

Y la mala racha para los Domadores parecía incontenible. Nueve días más tarde el vostrell Hur-jul-mel-lin-jul-fein era derrotado por la inaudita terquedad de una especie de mantarraya voladora con antenas y de metabolismo basado en el flúor, que lo hizo desperdiciar todos sus recursos y consumir hasta el último segundo del tiempo de Doma sin inmutarse ni dejar un instante de rumiar.

Pero al menos el ornitoide escapó con todas sus plumas y el pellejo ileso. Mi colega humano Li Chan Lung no tuvo tanta suerte; sobrevivió a su segunda Bestia, sí... pero no volverá a caminar hasta que las yemas regenerativas que le implantaron en las rodillas hayan crecido lo suficiente como para devolverle las piernas que perdió al ser arrojado contra el borde de la arena por la segunda Bestia presentada por los ainorkos: una ostra que tras su aparente indefensión ocultaba poderosísimas habilidades telekinéticas.

Con tan funestos antecedentes y en contra de todos los presentimientos de Jaidy (aunque fue bueno saber que al menos algo le importaba ya mi insignificante persona) bajé por segunda vez a la arena, a enfrentar al peligro desconocido.

No me avergüenza admitir que ha sido la Doma más difícil de toda mi larga carrera deportiva.

Pero fue también la actuación más brillante de toda mi vida.

Sí, es una gran cosa ser un Domador y estar en la arena.

Al entrar me deslumbró. Era un fénix de mil patas, o un ciempiés de fuego: cambiaba de forma a cada microsegundo. Muy poderoso en su condición de llama viviente, y a la vez tan delicado que a temperaturas por debajo de los 6000 grados hubiera muerto casi al instante con su cuerpo dispersado por el frío. Luego supe que los congéneres de Auten (y admito que por momentos llegué a pensar que inspirados por Satán, si es que el Gran Enemigo existe de veras) lo capturaron en la superficie de una estrella gigante azul: Vega de la Lira.

Medía doscientos metros de largo, todo él plasma contenido por campos magnéticos. Derretía el acero con sólo aproximársele, y su velocidad de reacción era casi la de la luz. Incluso con la sangre saturada de drogas aceleradoras del metabolismo, yo no era capaz de verlo más que como un fugaz relámpago ígneo, cuando pasaba serpenteando veloz a mi lado cada uno o dos segundos, derribándome de paso con su halo de terrible calor.

Menos mal que mi traje había sido probado en la superficie del Sol. De no ser por sus campos de contención magnética, mi carne y el metal que debía protegerla (exceptuando al indestructible bicrován, claro) se habrían evaporado en nanosegundos al acercárseme aquello.

Por primera vez me sentí solidario con los pobres y diminutos kzhads: frente a esa poderosa vida de fuego yo, frágil humano de carne y hueso, era como una de sus colonias de bacterias inteligentes frente a cualquier otra Bestia. Dicho en una frase: estaba fuera de mi categoría.

Pero no me rendí. No sé hacerlo.

Bendito sea el helio líquido. Me acordé del ainorko frente a nuestro super virus-liquen, y usando chorros que entre nubes de vapor enfriaban algunas decenas de grados su temperatura cercana a la de la fisión atómica logré, no contenerlo, pero sí atraer su atención. Ser de luz y fuego, no dormía jamás, y para estar a la altura de su vigilia consumí tanta droga de incremento de la atención que luego he tardado casi una semana en recobrar el control de mis movimientos y dejar de temblar.

Aún así, perseveraré. Hice interactuar los débiles campos magnéticos de mi traje con los del orden de los millones de gauss que contenían su vibrante anatomía plasmática, y así fue como logré el milagro, a los ocho días y diesisiete horas.

No Domarlo, porque no era en rigor una Bestia, sino... comunicarme con él, porque se trata de una especie que casi podría considerarse racional.

Ya no somos dieciocho razas inteligentes en la Vía Láctea, sino diecinueve. Los shaudosh, término que en su tremolante lengua electromagnética significa (qué ironía) “los que se complacen en la fresca brisa” (para ellos la ardiente superficie de la gigante azul Vega es un templado paraíso... y bueno, comparado con el núcleo de la estrella, lo es) han aceptado las formales excusas del resto de las civilizaciones de la galaxia.

Pertrechados con versiones más avanzadas del método que, por pura intuición, yo utilicé para atraer su atención y establecer un lenguaje común, legiones de especialistas en comunicación interracial de todas las especies del Cónclave Galáctico ya se aprestan a viajar a la constelación de la Lira para estudiar la extraña cultura ígnea de los veganos.

Con ellos va de regreso Shuss-44-All-23-Mñar, el individuo capturado por los nariveos, que antes de abandonar Beijing, y como primer embajador de los suyos ante el resto de las inteligencias de la Vía Láctea, ha solicitado que otra especie racional guíe a la suya por los caminos de la civilización.

¿Y los servicios de quiénes solicitó como Tutores?

Podría pensarse que su lección lógica serían los alarifos, criaturas de energía eléctrica... pero no.

Lo que son las circunstancias: prefirió a la humanidad, la especie a la que pertenece la preclara mente que fue capaz de reconocer sus dotes intelectuales tras su flameante apariencia: Johny Go. Yo.

Ni que decir tiene que los nariveos se pusieron de malhumor: que fuera justo yo quien aclarase el malentendido de intentar domar a un ente racional, y además lograra para mi especie, su rival, la primera Tutoría otorgada por el Cónclave Galáctico en los últimos cincuenta años, representaba un golpe muy duro para su altanería.

Como los nariveos, los humanos seguimos siendo Huérfanos, sospechosas entidades llegadas a la civilización por cuenta propia y sin cuidadosa supervisión de otra raza más antigua y sabia... pero al permitirnos ser Tutores de otra especie inteligente, el Cónclave Galáctico está al fin reconociéndonos de facto como miembros con plenos derechos... algo que ni siquiera en todos sus años los grises humanoides teleportadores de Régulo han podido lograr.

Así que, si el demonio existe y fue quien inspiró a los nariveos a capturar y presentarme al shaudosh, entonces Dios también es real... y me quiere de forma particular. Quizás debería revisar mi cuenta de buenas acciones.

Tras larga deliberación, los jueces del torneo decidieron que, esta vez y sólo por esta vez, se consideraría la comunicación con el representante de otra especie racional como una Doma terminada.

Por si fuera poco, los tres representantes del Cónclave Galáctico presentes, beriano, vostrell y colonia bacteriana kzhad, propusieron que, “por mi invaluable aporte a la gran causa de la confraternidad galáctica” se me concediera una puntuación especial...

Y a los jueces del torneo les encantó la idea.

Tan sustanciosos fueron esos tantos extra que borraron el pésimo efecto de casi haber agotado mi tiempo de Doma con el shaudosh.

En cuanto a los nariveos, también escaparon por los pelos de problemas bastante más graves que un orgullo racial maltrecho.

Las reglas de la Doma prohíben expresamente presentar a un ser inteligente como Bestia... pero tras largas deliberaciones, al fin se decidió que los de Régulo no habían obrado de mala fe: era solo que no tenían ni idea de que el shaudosh fuese algo más que una exótica forma viviente de plasma.

No es que les gustara mucho ser tratados de tontos ingenuos, pero siempre mejor que ser tomados por tramposos.

Yo, en lo personal, aún albergo ciertas dudas... me parece que son capaces de eso y de mucho más. Pero, como no tengo manera de demostrarlo, y la decisión me favorecía, me quedé callado.

También, supongo, porque estaba demasiado agotado para hacer cualquier cosa que no fuera lo que hice: dormir cuatro días de un tirón.

Urgido de reposo y confiado en que tras mi estelar desempeño en esa Segunda Ronda nadie podría disputarme las codiciadas Espuelas por otro año más, me perdí sin el menor remordimiento la Segunda Ronda del nariveo y todo el revuelo que se armó.

Pero Jaidy sí la presencié y me contó. A grandes rasgos, claro. Casi tuve que sacarle los detalles con pinzas.

Klarh Sal Mer Fer Auten salió a enfrentar una Bestia presentada por el equipo de mi único colega humano que llegó a la Segunda Ronda. Aunque derrotado y mutilado por su segunda Bestia, el chino Li Chan Lung conservaba todo el derecho de presentar la suya propia. Y el supertrust Han Enterprises, que lo patrocinaba, había declarado meses antes del torneo que los xenólogos de su equipo de apoyo no escatimarían tiempo ni recursos para explorar la galaxia en busca de formas de vida capaces de hacer un buen papel en la Doma.

Ojalá lo hubieran hecho así.

Pero el campeón nariveo, tras tardar sólo ¡catorce minutos! en reducir a la obediencia a aquella nube de pequeños artrópodos grises dotados de una primitiva inteligencia de enjambre, velocísimos y de apariencia casi humanoide, acusó con toda formalidad al chino y a su equipo de ¡ofensa religiosa premeditada!

Aquel organismo no era nuevo ni mucho menos; había sido ya presentado hacía la friolera de ¡2034 años! en la Doma, y nada más y nada menos que por... los gruskos. Sí, esos mismos, los belicosos y desaparecidos Tutores fluorados de los berianos.

Y fue así como al fin salió a flote toda la historia de la extinción de las estrellas de mar telépatas de Calisto.

Resulta que en aquel entonces los nariveos consideraron la presentación de aquella Bestia-enjambre como un malintencionado intento por desestabilizar a su competidor insultando su credo: para la religión todavía hoy mayoritaria entre los humanoides grises de Régulo, las almas de sus muertos toman justo la apariencia de grises hombrecitos voladores con alas de insecto...

Por lo tanto, se retiraron muy ofendidos de la competencia, perdiendo las Espuelas de Bicrován por primera vez en la historia del certamen y jurando venganza contra los blasfemos gruskos.

Me hubiera encantado estar ahí para ver la que debió armarse cuando Auten desempolvó aquella vieja historia.

Pero, aunque mi natural curiosidad se siente satisfecha por tener al fin detalles sobre aquel bizantino diferendo religioso con los nariveos que a la larga les costó a los belicosos gruskos su misma existencia, no puedo menor que pensar que si el orgullo y la retorcida manera de pensar de Klarh Sal Mer Fer Auten son representativos de la media de su raza, muy bien pudieron hace tres mil años fingirse ofendidos sólo para tener una excusa pausable con la que intervenir en la guerra civil gruska y desquitarse así de que los berianos los hubieran preferido como Tutores...

Digo yo, ¿no?

Eso, entonces. Y ahora, la falta de información o la negligencia de los xenólogos del equipo de apoyo de Li Chan Lung les habían servido en bandeja a los Régulo todos los ingredientes para un nuevo escándalo...

Ah, la política interplanetaria puede ser a veces tan delicada y riesgosa como correr a ciegas por un campo minado. No envidio a los representantes del Cónclave Galáctico que tuvieron que decidir al respecto.

No importaba que sólo una mínima fracción de la población narivea creyera todavía en esa añeja superstición de que al morir sus almas adoptaban la forma de diminutos humanoides volantes. A efectos de las relaciones interespecíficas, Li Chan Lung había insultado de muerte a todos los humanoides de Régulo al presentarles por segunda vez a aquel ser colonial como Bestia en una Doma. Y Klarh Sal Mer Fer Auten exigía que tal afrenta fuera castigada.

Los representantes del Cónclave Galáctico y los jueces del torneo estuvieron reunidos dos días antes de llegar a un veredicto... más bien draconiano.

Li Chan Lung no podía ser descalificado... porque ya no podía competir, de todos modos. Escapó con suerte; al menos no lo vetaron de por vida de la Doma, que bien que se lo merecía, aunque sólo fuese por incurrir en la soberana tontería de presentarle una Bestia que no era nueva justo al Domador de la especie que ya la había enfrentado siglos atrás... y más considerando que era nada menos que una raza con memoria eidética.

No; aquello habría sido justo, pero la cosa no fue así ni mucho menos.

Resulta que como Li Chan Lung era congénere del actual campeón de la Doma, o sea yo, y su antideportiva acción habría podido acarrear un nuevo retiro de los nariveos de la competencia, lo que me habría permitido retener el título (sí, y ya me habría gustado ganar tan fácil, sin siquiera tener que Domar en la Tercera Ronda), para que los humanoides grises de Régulo no se sintieran víctimas de un complot humano ¡se me multó a mí con una cantidad absurda de puntos!

Con lo que, considerando que los catorce minutos invertidos por Auten para Domar a aquel enjambre de grises insectos humanoides constituyen con mucho un nuevo récord, mi ventaja, que poco antes parecía insuperable, se redujo a unos pocos y ridículos puntos.

Así que tendré que hilar muy fino en mi tercera Doma, si quiero retener el título. Y dado que ahora sólo quedamos en competencia el nariveo y yo, me tocará hacerlo justo frente a una Bestia presentada por él, para más INRI...

—Despierta, campeón, que se acabó el paseo —la voz ronca de Carlos sonando junto a mi oído me devuelve a la realidad.

Estoy en el establo, junto a mi jefe de ingeniería, que con su eterna ración de nicotina humeando entre los dientes, sostiene las riendas de Cometa mirándome preocupado.

Esto es lo que yo llamo perderse en las propias reflexiones; no sé ni cómo dejé la pista y vine a dar acá... pero parece que fue hace un buen rato, porque ya Jaidy ha desmontado y está desensillando a Lucero con una seguridad que demuestra que Carlos tuvo tiempo de explicarle paso a paso todo el proceso.

Lo miro entre asustado y divertido, pero antes de que pueda decir nada él susurra, siempre discreto: —Johny, ¿quieres que solicitemos más días para que te recuperes? Estás en todo tu derecho... esta es tu Doma por el campeonato, y seguro que esos grises te tienen preparada alguna diablura especial...

Respiro hondo, y obligando a mi musculatura facial a dibujar una sonrisa, digo con toda la seguridad de la que soy capaz: —No, Carlos, gracias. Nunca estaré más preparado de lo que lo estoy ahora. He descansado más que suficiente. Mañana saldré a la arena a demostrarle a ese Klarh Sal Mer Fer Auten y el resto de su vanidosa raza cómo sabemos Domar los humanos... —y acto seguido, cambiando por completo de tono, llamo: — ¿Jaidy?

Pero nadie me responde.

¿En qué momento se fue? ¿Y cómo se atrevió a dejarme sólo, incluso esta noche, que puede ser la última? Ahora verá esa Monja Cerosa de lo que es capaz Johny Go.

Desmonto de un salto, resplandeciendo de decisión... y la enorme palma de la mano de Carlos se apoya en mi pecho, deteniéndome en seco: —No, Johny. Si se fue... significa que no quiere... no contigo, no ahora. Pero no te preocupes. Después tendrás tiempo, y si esa rubia tonta sigue rechazándote, podrás elegir la mujer que desees; media humanidad femenina está loca por ti. Si no es Juana, que sea su hermana. Pero eso será después...

—Pero, es que yo la quiero ahora, y a ella, a Jaidy —arguyo aún, a punto de hacer pucheritos como un infante—. Yo soy Johny Go, el Domador de la Tierra... ¡déjame pasar!

—No, Johny Go, lo siento, pero, esta noche en específico no puedo dejar que te vayas con ella ni con ninguna otra —insiste Carlos, conteniéndome aún—. Incluso si esa

rubia te estuviera esperando húmeda y dispuesta en tu habitación, no voy a permitir que desperdicies ni un ergio de tu energía en vísperas de la Doma más importante del torneo. Después —concluye autoritario.

—¿Después? —repito, como sin entender del todo el significado del adverbio.

—Después, cuando termines con esa última Bestia narivea —me explica Carlos, con el mismo tono simple que se emplea para dirigirse a los niños y los autistas—. Entonces podrás meterte en sus sábanas y no salir por tres días, si ella te acepta. Y si no —sonríe, cómplice— ¿crees que nadie en su sano juicio creería a una mujer que declarase que el siete veces campeón y titular de las Espuelas de Bicrován tuvo que violarla porque ella no estaba interesada?

Al fin capto su razonamiento... y sonrío.

No, nadie la creería, claro.

Espero que ella también se de cuenta...

—Mañana —repito, con los ojos brillantes, ya mucho más relajado.

—Optimista, como siempre. Mañana será tu Doma... y ojalá puedas terminarla en menos de veinticuatro horas —sonríe a su vez Carlos—. Pero ¡mierda! te juro que dejo de fumar si después de reducir a la obediencia a una Bestia narivea, hacer lo que quieras con esa muchacha no te resulta casi aburrido, porque...

—¡Es una gran cosa ser Domador y estar en la arena! —termino la frase, y ambos nos echamos a reír.

—Todo comprobado —rezonga Carlos, tras haber revisado manualmente cada mecanismo y sistema de mi escafandra por novena vez.

—¿Ella está en las gradas?

—Está, vestida de azul y blanco, y los chicos la cuidan... qué mujer, es toda una provocación con toda esa ropa tan ceñida. ¿Lo sabe, no?

—Yo lo sé, ella no... o hace como que no, que es casi igual. Eh... ¿Las reservas de helio líquido? —insisto aún.

—Al máximo —me tranquiliza mi jefe de ingeniería—. Aunque ya te dije, Johny, que no creo que apuesten dos veces seguidas a una Bestia de fuego.

—¿Con qué crees que se aparecerán, entonces? —lo interrogo, inquieto.

Carlos no responde de inmediato, sino que, girando alrededor de la aparatosa mole de mi traje, me encara. Aunque es casi diez centímetros más alto que yo, ahora nuestros ojos están a la misma altura, y me mira de hito en hito.

—Basta, Johny —susurra—. No lo sé, no podemos adivinarlo y no tiene sentido que te tuestes las neuronas haciendo suposiciones vacías. Lo que sí sé, y mejor que lo sepas tú también, es que tú estás preparado para enfrentar cualquier cosa que envíen...

Y, como por ensalmo, la calma regresa a mi mente. Sí, estoy listo para enfrentar cualquier cosa. Soy Johny Go, El Domador de la Tierra, El Domador de la humanidad, raza Tutora de los shaudosh... y nada puede sorprenderme ni asustarme.

Es una gran cosa ser Domador y estar en la arena.

Este Carlos es de veras de oro. Si no fuera por él...

—Gracias, viejo —le susurro, dándole un cariñoso toquecito en el hombro... que sin embargo, con los servomotores multiplicando la fuerza de mis músculos, lo envía trastabillando a chocar con la pared—Disculpa... pero tienes razón. Vamos, da el aviso para que abran la esclusa de entrada a la arena...

Pero antes de que mi jefe de ingeniería pueda obedecerme, uno de sus ayudantes llega corriendo y, cuchicheando y mirándome con timidez de soslayo, le entrega un pequeño objeto traslúcido para luego volver a irse, siempre a la carrera.

Sin mirarme, dándome la espalda, Carlos lo coloca en una sonda de rayos X, y con el ceño fruncido y humeando como una antediluviana locomotora de vapor, lo somete uno tras otro a varias curiosas operaciones antes de acercarse y tendérmelo.

Sobre su enorme mano la gota traslúcida reluce, casi diminuta. Es un bioreproductor de sonido de los más corrientes, pero no puede evitar hacer la pregunta tonta y obvia: —¿Y esto qué significa?

—Es para ti —Carlos se encoge de hombros —Auten mismo se lo acaba de entregar a mi ayudante. Le dijo que era para que lo activaras si cuando entrabas a la arena no entendías nada de lo que estaba pasando.

—¿Mensajes secretos de un Domador al que va a enfrentar a su propia Bestia? Esto es muy irregular —comento—. Pudiera ser una trampa de ese maldito Auten.

—Todo en este torneo ha sido muy irregular —vuelve a encogerse de hombros mi viejo jefe de ingeniería, exhalando una furiosa bocanada de humo nicotinizado—. Pero

no tienes nada que temer de ese aparatito. Ya viste cómo lo examiné de todas las maneras habidas y por haber. Está limpio; es sólo lo que parece, no ningún arma biológica, ni tiene radiactividad o cualquier clase de virus extraño.

Tomo la gotita traslúcida en mi mano derecha... pero inquiero aún, tan suspicaz como es lógico: —Y ¿oíste el mensaje? A lo mejor tiene ultrasonidos que podrían hacerme perder la concentración, no sé... no me fío de ese Domador nariveo.

—Ni yo —humea preocupado Carlos—. Pero no tiene ultrasonidos, ya lo analicé.

—¿Lo oíste, entonces? —pregunto, curioso—. Pensé que un mensaje secreto estaría sintonizado a mi biocampo, mi ADN o algo así

—Nunca lo habría dejado llegar a tus manos, si así fuera —masculla sincero mi jefe de ingeniería—. Lo oí, pero no entendí nada; no está en anglohispano estándar, sino en español. Más aún, aunque no lo hablo, diría que en dialecto barriobajero de CH —me mira—. Tú decides...

—A la mierda. ¿Quién dijo miedo? —sonrío, abriendo la visera de mi casco y dejando que la gotita de biotecnología se deslice y acomode en el pabellón de mi oreja derecha —Si son sus excusas por no haber sido capaz de derrotarme otro año, no quiero negarme el placer de oírlas cuando reduzca a su Bestia a la obediencia. Por cierto ¿cuál es la palabra clave que lo activa?

—Así se hace, Johny Go. ¿Quién dijo miedo? —aprueba Carlos, y alzando la mano derecha, da al fin la señal de que estoy listo para comenzar la Doma —La palabra activadora es “relicto”... y no lo olvides: es una gran cosa ser un Domador y estar en la arena.

Es lo último que escucho de sus labios. Atravieso la esclusa y salgo a la arena.

Bien, gravedad... ¿justo 1? La composición del aire, la de la Tierra ¿Estos nariveos estúpidos pretenderán desconcertarme con una Bestia de mi propio mundo? ¿Un león, un elefante, un rinoceronte...?

Calma, Johny Go, no hagas suposiciones vanas. Recuerda el consejo de Carlos. No vale la pena inquietarse antes de tiempo. Pronto sabrás a qué vas a enfrentarte.

Un vistazo al público antes de que entre la Bestia y el domo deje de ser transparente desde dentro. Los vítores de la multitud son un trueno. El azul y el blanco dominan en las gradas... veo a Jaidy, en el centro, rodeada por los de mi equipo... quizás a fin de cuentas

no tenga que recurrir a la fuerza con ella. Y ahí llega Carlos, corriendo, como siempre el último en sentarse, pero también el más entusiasta.

Se abre la esclusa de entrada de la Bestia y me tenso esperando... lo que sea.

Pero nunca esto.

Al principio, ocupado en detallarla, no capto la impresión de conjunto.

La criatura avanza a la vez con prudencia y decisión, lo que revela que es bípeda, de menos de dos metros de alto... qué suerte, se acabaron los titanes. Uh, y su aspecto me es muy familiar: dos brazos, glándulas mamarias, espesa cabellera rubia...

¿Cabellera rubia?

Retrocedo un paso, como si hubiera sido físicamente golpeado.

Claro que su aspecto me es muy familiar. Es una mujer.

No, no es una mujer.

No una mujer cualquiera.

Es Jaidy.

No puede ser, si acabo de distinguirla en las gradas...

Espero unos segundos, incrédulo. Tiene que tratarse de una broma: ahora todos entrarán por ambas esclusas y me dirán que los nariveos decidieron que no tenía sentido que Klarh Sal Mer Fer Auten intentara siquiera la Tercera Doma, lo que me convierte en campeón por no presentación y por séptima vez, y hurras y champagne y vítores y Jaidy dirá que el hermoso espectáculo de su desnudez es mi regalo extra por la victoria, y que todo lo demás me lo dará a solas en mi habitación y...

Y no pasa nada.

Entonces ¿es en serio?

No puede ser. ¿De veras esperan que yo Dome a Jaidy...? o a su clon. Porque no puede ser ella, así de simple...

Pero... está absolutamente prohibido presentar como Bestia a la Doma a cualquier especie racional, los nariveos no se atreverían, sobre todo después de la descalificación que casi les cuesta el asunto shaudosh...

Sigo esperando.

Y al final debo aceptar que no se encenderá ninguna luz roja. ¿Significa eso que los jueces no ven nada de malo en que Johny Go, humano, Dome a Jaidy... una mujer...?

No puede ser. Las apariencias engañan... tiene que ser una trampa. No será una mujer, sino un holograma que me proyecta algún monstruo de horrible aspecto que lee mis pensamientos, para que me acerque y poder devorarme...

Veamos.

Avanzo, y ella retrocede, elástica, lista para huir.

Si es un holograma, es el más perfecto que he visto nunca. Incluso la arena se mueve bajo sus pies descalzos cuando la pisa.

No, es real. 100% real. El radar, el infrarrojo, todo me lo confirma.

Es una mujer rubia y desnuda, hermosísima, idéntica a Jaidy y yo ¿debo Domarla?

No puede ser, no entiendo nada.

Entonces recuerdo el mensaje del nariveo, sin perder de vista a la imposible “Jaidy”, susurro: —Relicto —y la odiosa voz de Klarh Sal Mer Fer Auten resuena clara en mi oído derecho:

—Hola, humano Johny Go. Supongo que el mismo hecho de que me tomara el trabajo de enviarte este mensaje debe haberte sorprendido no poco. Aunque no tanto como el espectáculo que ahora tienes ante tus ojos.

No aguardes mano sobre mano a que los jueces del torneo me descalifiquen por presentar en calidad de Bestia a un ser inteligente. Lo que tienes ante ti no es una entidad racional, por más que te lo parezca.

Te contaré toda la historia, Johny Go. Y trataré de ser breve, para que no pienses que estoy tratando de robarte demasiados minutos de tu precioso tiempo de Doma.

Por cierto, gracias por hacerme aprender el dialecto hispano de los barrios bajos de tu natal CH para poder dirigirme a ti en exclusiva. Ha resultado ser una lengua muy rica en imágenes y metáforas, sobre todo despectivas. O sea, insultos...

Pero vamos a la historia. Resulta que una de nuestras últimas expediciones descubrió un mundo en... a su debido tiempo les será informado a ti y al resto de tu raza dónde, pero por ahora te bastará con saber que fue en una de las pequeñas galaxias gemelas de la nuestra y que ustedes los humanos llaman Nubes de Magallanes.

Nunca antes ninguna raza del Cónclave Galáctico se había aventurado tan lejos ¿lo sabes, no?

Yo iba en esa expedición, por cierto. Después de que me derrotaras el año pasado en el Espuelas de Bicrován de Roma, había decidido dejar definitivamente la Doma y darle utilidad a mis talentos de otra manera...

Pero como ves, reconsideraré mi decisión.

Porque en ese planeta encontramos abundantes huellas de la presencia de una raza inteligente hasta ahora desconocida. Y no te anticipes a los acontecimientos, Johny Go... lo que tienes ahora ante ti no es uno de sus representantes.

Aquellos no eran humanoides. No eran oriundos del planeta donde hallamos sus restos y estuvieron en él hace mucho tiempo... diría cientos de miles de años. Pero a juzgar por los huesos que quedaron, a lo que más se parecían era a grandes bestias del tipo que ustedes los humanos conocen como "felinos", y como ellos debían ser carnívoros.

Pese a que sus garras delanteras no podían ser órganos manipuladores tan sofisticados y precisos como manos o tentáculos, nuestros arqueólogos llegaron a la conclusión de que habían construido una civilización bastante sofisticada... a su modo. Conocían el viaje espacial y la energía atómica, pero no les gustaba vivir en ciudades enlazadas mediante vías de comunicación permanentes, como preferimos ustedes y nosotros, sino que eran fuertemente territoriales e individualistas.

Cada uno de esos... superfelinos se reservaba grandes extensiones de terreno para su uso exclusivo, con una cómoda guarida al centro, que albergaba no sólo sus medios de transporte y comunicación a gran distancia, sino también sus... entretenimientos.

Eran grandes artistas. Supongo que la palabra humana para su estilo es "hiperrealista" La mayor parte de lo que conocemos sobre su modo de vida lo debemos al detallado análisis de los grandes murales y vívidas esculturas que dejaron, y que han resistido al paso de los milenios.

Muchas trataban sobre la caza. Les encantaba esa actividad, supongo que porque no podían dedicarse todo el tiempo a su auténtica pasión: la guerra. En eso se parecían de forma de veras curiosa a nuestros viejos enemigos los extintos gruskos.

Bueno, pues los superfelinos reservaban como cotos cinegéticos extensiones inmensas, en las que vivían en estado semisalvaje sus presas favoritas...

¿Adivinas ya de qué presas se trataba, Johny Go?

Ahora tienes a una de ellas ante ti.

Aunque, si los murales de los superfelinos no mienten, preferían perseguir y afrontar a los machos de la especie, antes que a estas hermosas pero en comparación muy débiles hembras.

Y te aseguro, Johny Go, que esos machos son impresionantes.

Luché con uno que atacó nuestro campamento por sorpresa. Cinco metros de altura, podía moverse igual de rápido erecto que a cuatro patas, apoyándose en los callosos nudillos de las manos como mismo hacen algunos grandes simios de tu mundo. Pelaje hirsuto y abundante, músculos inmensos, colmillos largos... y sobre todo, una astucia, fiereza y voluntad de pelear que pocas veces he visto en forma de vida alguna.

Tuve que matarlo antes de que me matara a mí, pero fue un enfrentamiento memorable, que me hizo comprender el por qué los superfelinos representaban tan a menudo escenas de la caza de aquellos monstruos. Debió ser todo un reto.

La expedición dividió sus fuerzas. Los arqueólogos estudiaron las ruinas de los superfelinos y pronto llegaron a la conclusión de que habían perecido todos al unísono, víctimas de algún arma biológica definitiva empleada en una de sus tantas guerras.

¿Te has puesto a pensar, humano Johny Go, en lo irónico de que seres de naturaleza tan pacífica como somos los nariveos hayamos tenido tantos roces con especies y civilizaciones tan agresivas como los gruskos, primero; ustedes después, y al final, estos superfelinos?

Reflexiona al respecto... cuando tengas oportunidad.

La otra parte de la expedición, bajo mi dirección, se dedicó a estudiar a aquellos... disculpa si te resulta ofensivo, pero decidimos llamarlos protohumanos.

Los sometimos a toda clase de pruebas, hasta estar seguro de que en realidad no son del todo idénticos a ti y a tu raza.

La primera diferencia es su obvio dimorfismo sexual, lógico condicionador de una estructura familiar en harén: un macho poderoso protege, fecunda y controla a varias decenas de hembras. Nada raro en las especies terrestres; considera a los elefantes marinos, o para estar más cerca de tu propia especie, dentro de los primates, a los gorilas. Como ves, he hecho mis deberes, estudiando a conciencia la fauna de tu planeta.

Estudia a tu enemigo para poder derrotarlo, dice una máxima de mi cultura. Creo que la tuya también tiene algo similar.

La segunda diferencia entre los protohumanos y tu gente es menos perceptible, pero más radical. Genética pural: los enormes machos protohumanos son poliploides, con cuatro y hasta cinco dotaciones cromosómicas. Supermachos. Las hembras son diploides... pero no se limitan a ser XX sino que son XXX. Tres cromosomas sexuales. Superhembras, a su modo. Hermosas, seductoras, puros estrógenos, irresistibles para cualquier individuo masculino protohumano.

O humano, me temo.

Hay algunos otros detalles interesantes, por cierto: la laringe protohumana es muy similar a la humana... y eso significa que son capaces de comunicarse con gritos articulados, que no han llegado sin embargo a la categoría de auténtico lenguaje. Quizás porque, aunque sus cráneos tienen un volumen muy parecido al de tu raza, el grosor de su cubierta de hueso es bastante superior. O sea, que sus cerebros son mucho menores y por si fuera poco, con circunvoluciones corticales menos desarrolladas y profundas.

*Todas esas mismas pruebas, por cierto, sirvieron para demostrar que están...
digamos que emparentados muy de cerca*

RAPPORT

Gabriel J. Gil Pérez

A Yoss por el Voxl de Equipo Campeón...

La sala Kid Chocolate de pugilismo cerebral estaba repleta. La pelea era el reencuentro de dos estrellas internacionales de esta disciplina: el cubano Manuel “Sin-cráneo” Muñoz y el estadounidense Michael “Mind-Boggler” Johnson; hoy batidos por la presea de oro del Torneo Mundial Profesional.

Las condiciones eran muy difíciles en el pugilismo mental profesional: casi siempre se perdía una vida antes del 12vo round. Pero seguía siendo del gusto de todos ver sangrar por la nariz, por las orejas y por los ojos a los luchadores.

En el centro del cuadrilátero los tecnólogos ponían a punto el *MIO* (intensificador de ondas mentálicas, por sus siglas en voläpuk). Colocaron un bloque inmenso de circuitos inextricables y luego un chasis metálico y oblongo por encima; de eso se componía la mesa de los púgiles. Aseguraron los puntos de apoyo para la quijada y los brazos, e instalaron una pantalla entre dos de los extremos, cuya función era mostrar la actividad cerebral del contrario. Luego dispusieron los cascos reguladores de los golpes mentálicos, que, a decir de los ancianos que asistieron a la evolución del pugilismo, no eran más que el equivalente moderno de los antiguos guantes. Los tecnólogos revisaron los contactos para que sólo pudiesen atacar los boxeadores y que sólo pudiesen ser atacados los mismos; también inspeccionaron el botón de acción para rendirse; y por supuesto la transmisión y proyección de las acciones mentales a las pantallas del jurado y a las del público.

Los luchadores se encontraban en esquinas alternas del cuadrilátero, calentando con ejercicios intelectuales sencillos y breves: solían ponerse a calcular las raíces cuadradas, cúbicas, y quintas de tres números primos de diez cifras; y luego someterse a un enfriamiento radical: usualmente veían una foto porno de nueve lesbianas. Luego debían computar las raíces cuadradas de un número de dos cifras. Si el púgil era capaz de hallar el primer dígito los procesos cerebrales y el flujo sanguíneo funcionaban a la perfección. Hoy ambos luchadores se encontraban en óptima forma: Mind-Boggler el actual campeón, que *bastante menor, o los jueces del torneo no nos habrían permitido de ningún modo*

presentarlos como Bestias.

Hemos elaborado dos teorías sobre la relación entre ellos y tu raza.

La primera es que una nave de los superfelinos descendió en la Tierra en épocas prehistóricas y capturó un grupo de tus cercanos antecesores, los llamados hombres de Cromagnon, a los que modificaron más tarde genéticamente para lograr así la pieza cinegética ideal: el supermacho protohumano.

Yo mismo no creo muy factible esto. Hay en la galaxia muchos animales más agresivos que podrían haber servido como idóneo pie de cría para que los superfelinos obtuvieran sus rivales, presas de caza ideales.

Me inclino más bien a la segunda hipótesis: que, por puro azar, una nave de los superfelinos que transportaba hembras protohumanas enfrentó graves desperfectos y tuvo que descender en la Tierra prehistórica, que ya nunca más pudo abandonar.

Quizás los amos cazadores racionales perecieron en el aterrizaje... quizás fueron rescatados después, o, privados de los logros de su tecnología en el naufragio, sobrevivieron pero regresando al estado salvaje.

Es curioso cómo se parecen esos superfelinos a una de las grandes criaturas predatoras extintas del Pleistoceno terrestre, el Barbouroufelis americano o león dientes de sable... pero eso es sólo una idea colateral sin importancia. Que no obstante, podría explicar la extraña mezcla de temor y fascinación que ustedes los humanos sienten aún hoy hacia los grandes felinos

Lo importante de esta versión es que, de algún modo, las hembras protohumanas debieron sobrevivir... y reproducirse, mezclándose con los únicos seres de sexo masculino que les recordaban a sus supermachos protohumanos: los hombres de Neanderthal.

No sé si estás al corriente de que los antropólogos de tu raza todavía discuten con fervor los motivos y significado del casi súbito salto evolutivo entre Neanderthales y Cromagnones.

Te lo explicaré: los primeros habitaban en cavernas, cazaban, conocían el fuego, pero se supone que no cómo encenderlo, ya practicaban ritos funerarios... tenían en fin, una cultura. Pero eran de aspecto físico en general bastante "arcaico": cráneo

achataado, con grandes arcos superciliares, frente y mentón huidizos, enormes, musculosísimos, velludos, torpes, de andar semiencorvado.

Mientras que los cromagnones, aunque el único avance cultural radical del que podrían vanagloriarse sería haber aprendido a encender fuego y quizás el arco y la flecha, en lo relativo a aspecto físico eran casi idénticos al hombre de hoy. De hecho, a menudo hasta de físicos más agraciados.

Para muchos antropólogos, los neanderthales se extinguieron sin dejar descendencia. Algunos creen incluso que los cromagnones pudieron ser la causa principal de esta desaparición, ya fuera compitiendo con ellos por los recursos naturales, ya exterminándolos de manera directa.

Pero otros piensan que tuvo que haber hibridación entre ambas variedades de homínidos, y que el hombre moderno es la mezcla de los genes de las dos.

Nuestra segunda hipótesis es sólo una versión con componente alienígena de esta teoría: Las protohumanas sobrevivientes, hermosas pero de inteligencia apenas superior a la simiesca, al cruzarse con algunos de los neandertales, habrían aportado sus cromosomas al estanque genético del que emergió la forma actual de tu raza.

Dirás que sería rarísima coincidencia que dos razas de homínidos evolucionados bajo condiciones diferentes pudieran cruzarse, pero... cosas más raras aún han ocurrido en la galaxia. Y ocurren aún.

Por ejemplo, y con carácter confidencial (lo negaría si me preguntara un tercero) te diré que estudios genéticos desarrollados sobre los ADNs de mi raza y la tuya demostraron, para sorpresa de los investigadores de mi mundo, que los híbridos podrían ser fértiles al menos en un cinco por ciento de los casos.

No nos gusta mucho hablar de eso, como comprenderás. Introduce interrogantes extrañas e incómodas sobre nuestros propios orígenes...

Pero, volviendo a la génesis humana ¿No te parece lo de la hibridación neandertales-protohumanas una posibilidad a tener en cuenta?

*Claro que sin evidencias incontestables de la visita de los superfelinos a la tierra prehistórica, como el hallazgo de restos de su nave siniestrada o esqueletos de *Barbourofelis* adjuntos a armas o utensilios de obvia manufactura no terrestre, nada puede demostrarse. Además, como te dije antes, cabe la posibilidad de que los naufragos*

hubiesen alcanzado a enviar una señal de socorro y que otra nave acudiera a rescatarlos. Quizás no pudieron capturar a todas las hembras protohumanas para llevárselas de vuelta... o no quisieron hacerlo.

Admito que, aunque me gusta más, esta segunda teoría que los relaciona de manera tan íntima a los protohumanos hace poco descubiertos por nosotros no da la respuesta definitiva al viejo problema del origen de la humanidad. Es obvio que los protohumanos no se originaron en el planeta de las Nubes de Magallanes donde los encontramos... allí, descontándolos a ellos mismos y a sus amos superfelinos, las formas de vida animal más evolucionadas no rebasan el nivel de los reptiles.

Pero confío en que, si nuestra raza continúa explorando las Nubes de Magallanes con la habilidad y el entusiasmo que nos han distinguido, daremos tarde o temprano con el mundo en el que originaron los protohumanos. No sé si habrán sobrevivido ahí al ocaso de la civilización de sus amos superfelinos... que, por cierto, esperamos que se hayan extinguido de manera definitiva. No deseamos nuevas especies belicosas en el Cónclave Galáctico ¿verdad?

En todo caso, sea cual sea su grado de relación, si antecesor o sucesor de tu raza, ahora tienes ante ti a una protohumana, al que los jueces del torneo no han objetado nada.

Es hermosa ¿no?

Hasta nosotros la encontramos bella. Y en los genes de tu propia especie está grabada su imagen como ideal estético femenino.

Dómala entonces... si puedes.

Yo apostaría a que no lo consigues. Lo hemos preparado todo con sumo cuidado para que no seas capaz. No dejamos nada al azar. Capturamos y seleccionamos a dos hembras protohumanas gemelas idénticas...

Una de ellas la tienes ante ti. Y a la otra la has estado tratando durante largas semanas.

Si; es Jaidy.

Preparamos con cuidado su leyenda. Tenía que decirse oriunda de un sitio alejado de la vorágine del Sistema Solar, con extrañas costumbres... por mucho que los hayamos

estudiado, no creo que hubiéramos conseguido hacerla pasar por una mundana habitante de New York o de Roma...

Ah, Johny Go, siempre tan suspicaz. ¿Nunca sospechaste que no era inteligente?

Será que los neurocirujanos de mi raza son tan buenos como afirmaron ser.

Porque para poder engañarte tuvimos que modificarla cirugía mediante.

Primero, sus órganos de fonación. Como te dije, la laringe de los protohumanos es casi idéntica a la humana. Casi. No idéntica.

Pero sobre todo fue un problema casi insoluble el lamentable subdesarrollo de las zonas de su cerebro que corresponderían al habla.

Hubo que optar por una solución cruel, pero eficaz: sustituimos todo el cerebro de tu Jaidy por un mecanismo biocibernético. Habría sido monstruoso si fuese un ente racional... pero no lo es. El cibercerebro que le instalamos, una vez eliminado el suyo, es semiautónomo, en lo que a funciones motores se refiere... pero para pensamientos abstractos, habla y detalles así, preferimos controlarlo a distancia.

Así que disculpa la pequeña invasión a tu privacidad. Supongo que comprenderás ahora por qué ella rechazaba todos tus avances sexuales. No estamos interesados en las curiosas costumbres de apareamiento mamífero de tu raza.

Por semanas hemos estimulado tu deseo sexual y obstaculizado su concreción.

Pura condicionamiento... que como sabrás, es la base de toda Doma.

Te hemos Domado, Domador humano.

Prueba ahora a pasar por encima de esa Doma, Domando a esta protohumana idéntica al objeto de todos tus deseos eróticos de las últimas semanas.

Demuéstranos, si puedes, que estamos equivocados, y que los humanos son algo más que noventa por ciento instinto y sólo diez por ciento raciocinio.

Mentiría si te dijese que te deseo suerte. Pero, con toda sinceridad, te digo que sé que disfrutaré muchísimo viéndote intentarlo. Mucho más de lo que disfruté manipulando a Jaidy a distancia...

Ah... y, antes de que empieces a tramar planes bizantinos, debo advertirte que este bioreproductor se autodegradará al terminar de emitir por completo este mensaje. Nadie podría reconstruir mis palabras basándose en el líquido resultante.

Jaidy también ha sido preparada para que ante cualquier intento de analizar su ADN y abrir su cráneo, se autodestruya. Arderá casi sin dejar rastro. La idea fue mía... investigándolos, me topé con uno de los grandes mitos paranormales de tu cultura, el de la combustión espontánea humana. Sería sólo otro caso más.

Así que, sin pruebas para demostrar que te hemos tendido una trampa ¿Qué te queda, Domador?

Pues ya lo sabes: hacer lo único que sabes hacer. Y no seré tan injusto de negar que, aunque también hayas tenido mucha suerte, eres bastante bueno en eso.

Pero no mejor que nosotros, que inventamos este deporte.

Nunca mejor que nosotros.

Vamos, humano Johny Go, seis veces campeón de las Espuelas de Bicrován. Has perdido un par de valiosos minutos.

Ahora, ¡Doma!

Si es que puedes...

Y como culminación, la larga, inhumana, insoportablemente altanera y victoriosa carcajada de Klarh Sal Mer Fer Auten. Y la fría sensación de un líquido resbalando fuera de mi oído.

Por lo visto, de veras el bioreproductor se ha autodestruido al terminar de repetirme el mensaje del nariveo.

Suspiro y miro a la preciosidad rubia que aún se agazapa frente a mí, lista para huir ante cualquier movimiento agresivo mío. No habla, ni intenta hacerlo.

Vaya historia.

¿Así que superhembra protohumana, eh?

Puede que todo sea un bluff, una absoluta superchería muy bien montada por ese diablo envidioso de Auten y toda su raza. Que la que está frente a mí sea de veras Jaidy, drogada o imposibilitada de alguna otra manera para emitir sonidos.

Pero... los jueces habrían impedido que entrara a la arena cualquier ser racional.

O sea, que no me queda sino aceptar que es verdad.

Protohumana.

Jaidy, un monigote telecontrolado. Con razón a veces me parecía demasiado tonta hasta para ser una rubia criada en un monasterio... buena leyenda le inventaron Auten y su equipo, Monja Cerosa.

Y además, los nariveos pueden cruzarse con los humanos...

Mierda, para lo que me sirve ahora ese dato.

No sé qué hacer.

Pero por un instante me estremece un rayo de esperanza.

¿Habrá Carlos grabado lo que escuchó decir a la bioreproductora, antes de entregármela?

Luego comprendo que, incluso si lo hizo, las primeras palabras de Auten en dialecto barriobajero de CH no lo comprometen en nada. Son las últimas, cuando revela cómo convirtieron a la protohumana Jaidy en un robot de control remoto, las que podrían hacer que los jueces de la Doma lo descalificaran de por vida.

Y ni siquiera estoy seguro de que, de saberlo todo, tomaran esa medida.

A fin de cuentas, no ha manipulado a la Bestia que tengo frente a mí en la arena, sino a su gemela. Y las reglas no dicen nada al respecto.

Mierda.

Linda trampa la que me han montado.

Lo que más me molesta es el papel de estúpido que he hecho por tantos días cortejando a un pedazo de carne, hermoso, sí, pero controlado por una amalgama de biochips y humanoides nariveos...

Y toda la tensión sexual que me ha causado tenerla junto a mí por estas semanas sin poder hacer lo que tanto deseo...

¿Hacer lo que tanto deseo? Un momento...

Miro a la desnuda belleza rubia que tengo ante mí. Sí, es idéntica a Jaidy como una gota de agua a la otra.

¿Cómo es que dijo Carlos? "si no es Juana, su hermana".

Sonrío.

Tratándose de hermanas ¿qué puede ser mejor que una gemela?

Querido Klarh Sal Mer Fer Auten, creo que a pesar de todo no vas a ganar...

Supongo que ella (¿responderá a algún nombre? pronto lo sabré) es la primera sorprendida al ver alzarse la visera de mi yelmo. Si es que tiene suficiente inteligencia como para sorprenderse, claro.

Luego, de manera lenta y trabajosa, sin dejar de mirarla ni un instante, comienzo a despojarme de mi aparatoso traje protector.

Por cierto que es una operación más bien incómoda... sobre todo con esta formidable erección que de pronto soy consciente que he tenido todo el tiempo, desde que la vi entrar a la arena.

¿Conque llevamos grabada en nuestros genes su imagen como la del ideal estético femenino?

No digo que no. Pues entonces ¡hurra!

Espero que cuando esté por completo desnudo al menos Carlos comprenda lo que me propongo.

Es un movimiento arriesgado, sí, pero ¿qué pierdo?

Si es nuestra antecesora o nuestra lejana descendiente, debe ser capaz de reconocer la excitación masculina. E incluso si no es inteligente, tras semanas de reclusión sin ver a su semejante del sexo opuesto, debería reaccionar de algún modo...

Tengo agua y alimentos más que suficientes para ambos. Puede que después de todo, con caricias, mimos y placer, logre Domarla. O comunicarme con ella, como hice con el shaudosh. Aunque no implante ningún récord.

Y si no... bueno, al menos la habré pasado tan bien como llevo semanas soñando hacerlo con Jaidy.

Menos mal que ya no puedo ver a las decenas de miles de espectadores humanos y alienígenas de las gradas. Nunca me he considerado un exhibicionista, y no me agrada empezar a serlo ahora. Pero, si no queda más remedio...

De hecho, no quiero ni pensar en lo que va a ser mi vida después de esta Doma... o mi erección podría llevársela el viento.

Pero, aún así, mientras observo como la protohumana ¿podría llamarla Jaidy 2? empieza a acercarse, ganando confianza, y cómo los grandes pezones de sus perfectos pechos se ponen erectos, no puedo menos que pensar que soy un tipo con suerte.

Porque, ahora y siempre, ¡es una gran cosa ser Domador y estar en la arena...!

23 de agosto de 2007

Dioses de Metal

IRANTZU GONZÁLEZ LLONA

–Anarkía–

Se despertó en medio de una oscuridad completa. No había ningún rayo de luz que pudiera orientarle para volver a la cama. Sabía que era sonámbula, y se había acostumbrado a despertar perdida, desorientada en medio de la nada. Pero esa vez algo era diferente...

Aún sentía el terror de la pesadilla de la que había despertado, pero la mente empezaba a volver a su cauce. Empezaba a entender por enésima vez que se había vuelto a levantar dormida y que estaría en algún lugar de su habitación. Miró alrededor buscando las pocas luces que siempre estaban ahí: la de la televisión apagada, la de la minicadena... que siempre le ayudaban a saber en qué dirección estaba la cama. Pero no las vio.

Pensó que habría habido un corte de luz. De vez en cuando pasaba. Su cabeza estaba algo más

despejada. Estiró las manos con la seguridad de ir a tocar algo, alguna pared, mueble... nada. No había nada. De momento sólo estaba segura de que estaba de pie y de que el suelo estaba duro... y frío. El suelo de su habitación estaba tapado por una alfombra, así que pensó que habría ido hasta la cocina o el baño.

Cuando era pequeña le aterrizaba salir de un sueño y no saber dónde estaba, pero con los años había aprendido a mantener la calma y buscar referencias, despertar sin nada e ir buscando mínimos detalles hasta llegar a orientarse.

Sin embargo, nada le había preparado para aquello. Incluso en el baño o la cocina habría tocado algo con los pasos que había dado hacia su alrededor. Trató de mantener la calma y se fijó en su olfato. No le quedaba demasiado gracias a que llevaba años fumando, pero le bastaba para reconocer el ambiente. Esta vez era extraño. No olía como ninguna habitación de su casa. Era muy diferente. Olía a sucio, hierro viejo y sudor, lejía...

“No estoy en casa”. El pensamiento le vino de golpe haciendo que se tambaleara un momento. Nunca le había pasado. Y echó mano del último recurso que tenía. Uno que no utilizaba desde hacía mucho tiempo: gritó. Gritó con la esperanza de que alguien la oyera y encendiera alguna luz, como cuando era pequeña. Hay cosas horribles de ver, pero nada crea más pánico que lo que no puedes ver y sólo imaginas. Ya estaba totalmente despierta. Los atisbos de los sueños que le habían hecho salir de nuevo al mundo habían desaparecido. Esfumados. Y su garganta se secó cuando oyó el eco de sus gritos. ¿Eco? ¿Dónde estaba? La puerta de su casa se cerraba todas las noches con llaves y candados, y nunca había llegado a salir de ella.

Se le revolvieron las tripas, y un pánico que hacía tiempo que no sentía empezó a recorrerle de arriba abajo. Paralizada, sin ver nada por más que abría los ojos, intentó serenarse. Respiró hondo y despacio, y volvió a estirar los brazos. Decidió andar

hacia delante hasta que encontrara algo. “Ningún sitio es infinito” pensó, “así que llegaré a algo”.

Empezó a dar pasos cortos y vacilantes, primero apoyando la punta del pie, comprobando que había suelo, y después terminando el paso. Uno, dos... al llegar a dieciséis tocó algo. “Por fin” pasó por su mente “algo”. Era una pared de piedras, lo cual terminaba con sus últimas esperanzas de reconocer el lugar. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta la nuca. Cada piedra era grande y tan fría como el suelo. Decidió ir hacia la izquierda hasta encontrar algo más y siguió caminando, ahora más segura al tener uno de sus lados protegido por la muralla.

Cuando había andado poco más que antes, el pié que estiró tocó algo. Algo de hierro, una barra. Alargó la mano. Más barras metálicas que le llegaban a la rodilla. Las rodeó y encontró lo que parecía un colchón. Encima había una almohada. Aunque todos sus instintos le gritaban que saliera de ahí, sin pensárselo más se tumbó encima de ella y cerró los

ojos. Esperaría a que se hiciera de día o a que alguna luz se encendiera. Dormiría hasta entonces. No pensaría en dónde podría estar, ni en cómo había llegado hasta allí. No daría paso al miedo que le daba aquella situación, porque seguramente era cuestión de horas que se solucionara.

Y a pesar de que nadie normal hubiera conseguido dormir en esa situación, ella lo hizo. Precisamente porque era lo único con lo que podía escapar de aquel sitio desconocido y frío. Cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño.

Despertó, pero no abrió los ojos. Lo primero que pensó fue que la cama estaba dura... y la realidad llegó como una cascada de agua fría sobre su cabeza. Recordó lo que había pasado y empezó a abrir los ojos. Había una luz.

No tenía ni idea de cuántas horas había dormido, pero supuso que demasiadas porque veía borroso y sus párpados estaban prácticamente pegados. Le costó un esfuerzo increíble y al menos unos minutos llegar a abrirlos del todo y fijar la vista.

Era una luz tenue, anaranjada, que bañaba su cama y venía de un foco que había en el techo, justo encima de ella. Miró el lugar donde había dormido y vio un colchón de muelles sin funda y una vieja almohada con manchas. Se fijó por primera vez en que no estaba en pijama, como suponía que se habría acostado la noche anterior, sino que tenía unos

pantalones anchos con bolsillos y una camiseta vieja y gastada.

Alzó la vista y vio que una luz aún más tenue que la que tenía sobre la cabeza iluminaba toda la habitación. Una estancia inmensa. Sólo veía desde ahí una de las que suponía que serían cuatro paredes, y un suelo frío de baldosas que en su origen serían blancas, pero ahora tenían un color muy desagradable.

Se sentó en la cama. Trató de pensar y llegar a encontrar a todo aquello una lógica. La primera opción que pensó fue que se había levantado sonámbula y había salido de casa y andado hasta quién sabe dónde sin que nadie la viera ni oyera. Era casi imposible. Nunca había llegado ni siquiera a la puerta de su casa, y además ésta por la noche se cerraba con candados que hacían un ruido espantoso cada vez que se quitaban. Demasiado trabajo y le habrían oído. Descartó la idea.

Bien. Si ella no había llegado allí por su cuenta, ¿le habría raptado alguien? No se le ocurría

ningún motivo para que fuera así. Nadie en su familia era importante, ni tenían dinero para pagar un rescate. Además, estaba otra vez el problema de los candados. Un sistema de alarmas podría haberse desconectado, pero con unos candados enormes poco se podía hacer.

Y la última opción era saber si realmente estaba allí. Siempre había tenido problemas al pensar en esas cosas, no le gustaba. ¿Estaría soñando? Juraría que no, aunque no sabía bien por qué.

Recordó que alguien le había dicho una vez que para saberlo debía intentar recordar el desayuno de ese día. En los sueños nadie recuerda haberlo hecho. Lo intentó. Evidentemente no recordaba haber desayunado, porque llevaba allí desde la noche anterior, pero echó la memoria más atrás. Hasta antes de despertar. ¿Qué era lo anterior? Suponía que irse a dormir, porque se había despertado allí, pero por primera vez se dio cuenta de que tenía una gran laguna. Recordaba cómo era su vida a grandes rasgos, pero todo estaba muy confuso, como envuelto

en niebla... y dejó de esforzarse, porque entendió que al menos de momento sólo serviría para ganar un buen dolor de cabeza.

De las tres opciones la más probable parecía la tercera, así que decidió hacerse una herida para demostrarse que no le dolía y que no era más que una pesadilla claustrofóbica. Con uno de los muelles que sobresalían del colchón se arañó hasta hacerse sangrar... y le dolió. La segunda vez también. No era un sueño, no estaba dormida. Simplemente estaba en aquella habitación sin saber cómo ni cuándo había llegado, y con una laguna que abarcaba los últimos días. No era gran cosa.

Se dio cuenta de lo extraño de la situación, y empezó a notar un frío que le subía por la espalda y le llegaba a lo más profundo del cerebro. Su cuerpo empezó a temblar sin control y vomitó sobre el suelo. La cabeza le daba vueltas. Era demasiada información... o demasiado poca para asimilarla. Se tumbó en la cama y volvió a sumirse en sus sueños y pesadillas. Cuando despertara tomaría una decisión,

pensó, pero no antes. Necesitaba dormir como siempre lo había necesitado en los momentos difíciles de su vida. Dando igual las horas que tuviera el día se echaba a la cama y no se volvía a despertar hasta que el cuerpo se lo pidiera, que por lo general era pasadas muchas horas. Y así lo hizo también esta vez, porque no era capaz de introducir en su cabeza de golpe que su pequeño mundo, su habitación, había desaparecido y ella estaba en una cárcel de piedra sin saber por qué.

Abrir los ojos por tercera vez no fue fácil, pero lo hizo. El foco sobre su cama seguía encendido y decidió levantarse e investigar lo que había alrededor. La luz que bañaba el resto del lugar era tan tenue que no alumbraba más allá de unos metros.

Eligió una dirección y echó a andar hasta que encontró una de las paredes. Dio la vuelta y decidió otra dirección. Después de un par de minutos andando vio algo a lo lejos... y mientras se acercaba distinguió que era una cama. Una igual que en la que había dormido, solo que con un bulto encima. Una persona.

Se detuvo. ¿Había alguien más allí? ¿Podría fiarse de esa persona? Puede que tuviera respuestas, que supiera dónde estaban o cómo habían llegado allí. Y la curiosidad venció al miedo. Se acercó despacio, sin hacer ruido, hasta que estuvo a los pies

de la cama. Respiró profundamente y siguió acercándose a la cabeza del bulto.

La sangre se le congeló cuando se dio cuenta de que era un niño. Un niño que no tendría más de 7 años, con el pelo corto y negro y que dormía. El miedo se esfumó al pensar que el crío estaría más asustado al despertar que ella. Y le susurró “Ey, despierta”. Tuvo que decirlo un par de veces más antes de observar que el chaval reaccionaba. Poco a poco se frotó los ojos y los abrió. No tardó un segundo en empezar a gritar e intentar huir, pero ella le sujetó por un brazo.

- No te voy a hacer daño, tranquilo. No voy a hacerte nada. He despertado aquí y te he visto, quiero hablar contigo. Por favor, tranquilo.

Tras un buen rato, el niño calló y empezó a llorar mirándola aún con miedo. Ella no sabía cómo reaccionar, así que simplemente le pasó un brazo por los hombros y dejó que se apoyara en ella y se desahogara. Las lágrimas tardaron mucho en terminarse y dejar paso a una tranquilidad profunda,

extraña para un niño. Fue entonces la primera vez que habló:

- No quería volver. No quiero volver a hacerlo.

No quiero volver a pasar por esto... otra vez.

Ella intentó entender sus palabras, y preguntó cautelosa:

- ¿Habías estado aquí antes?

- ¿No lo recuerdas? Tú también... - pero su voz se quebró, y no pudo seguir hablando.

- Tranquilo, no voy a dejarte, no voy a irme sin ti, pero necesito que me digas lo que sabes de este lugar.

- No puedes entenderlo. Si no recuerdas nada no puedes entender nada. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Ella se paró a pensar. La verdad era que no tenía ni idea, pero calculaba que no podía llevar allí más de un par de días.

- Puede que dos o tres días, no lo sé, he pasado la mayoría del tiempo durmiendo.- decidió no entrar

en detalles hasta que supiera algo más- ¿Cuánto llevas tú?

- El tiempo aquí es algo relativo, pero supongo que podría decir que unos doce o trece días. Si es verdad que llevas tan poco tiempo aquí tranquila, porque necesitas más tiempo para empezar a recordar.

Los ojos del niño seguían rojos de haber llorado, pero su expresión era tranquila, parecía que sabía de lo que hablaba. Se tumbó en la cama y cerró los ojos, y no tardó en quedarse dormido.

Ella no se atrevió a despertarlo. Parecía muy cansado, y al fin y al cabo, no tenía prisa. Prefería tomarse las cosas con calma y pensar y asimilar lo que iba pasando. El niño había dicho que necesitaba más tiempo para empezar a recordar lo que era aquel lugar. En parte era tranquilizador, parecía que era cuestión de tiempo y que los recuerdos llegarían finalmente. Pero al pensar en lo demás que había dicho, en el terror que había visto en sus ojos al despertar y reconocer el lugar donde estaba... dudó

si quería realmente que el momento de recordar llegara.

Se sentó en el suelo, apoyada en la cama donde dormía el pequeño compañero que había encontrado, y al hacerlo notó que tenía algo en el bolsillo. Se preguntó por qué no se le había ocurrido mirar antes en ellos y metió la mano en el izquierdo. Sacó un paquete de tabaco. Sonrió. Después de todo, algo conocido en medio del caos. Sin dudarlo sacó un cigarro y el mechero que había en el paquete y lo encendió. Cerró los ojos para disfrutar al máximo de la primera calada, y al notar el humo rascando su garganta un estremecimiento agradable recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza. Debido a las circunstancias no había pensado ni un momento en su pequeño vicio, pero comprobó que su cuerpo lo agradecía. Alzó la cabeza para echar el humo y vio cómo éste se mezclaba con la luz hasta llegar al techo.

Mientras seguía disfrutando de ese momento, pensó. No sabía dónde estaba, pero al menos había

encontrado a alguien que podía ayudarla. No estar sola en aquel momento era tranquilizador, aunque se le hacía raro que fuera un niño de apenas siete años su única luz. Habría preferido que fuera alguien mayor que ella, pero pensó que al menos los niños no mentían y se le daban bien, mucho más que la gente adulta. A sus veintidós años le fascinaba ver cómo los niños crecían, cómo hacían el mundo más sencillo, mientras los adultos lo complicaban y hacían de una simple flor una enredadera.

Sin embargo, había algo extraño en aquel niño. Aunque no sabría explicar por qué, estaba segura de que era especial. No le parecía normal, había algo en sus ojos que le hacía parecer más sabio. Pero era lo único que tenía y no iba a ponerle pegatas, al menos de momento.

Un dolor punzante en su mano le hizo volver a la realidad. Se había quemado con el cigarro. Lo tiró y se quedó mirando cómo se apagaba. Lo habría pisado de no haber estado descalza.

Entonces empezó a mirar en los otros bolsillos. Tenía varios a la altura de la rodilla. En uno de ellos encontró una cuerda de unos treinta centímetros, y en el otro una bolsa negra. La abrió y miró al interior. Vio que contenía lo que parecían unas piedras y las vertió en el suelo. Se inclinó para verlas mejor: definitivamente eran trece piedras, extrañamente rectangulares y con un símbolo grabado en cada una.

Un sol, una gota, unas alas, una escalera, unas líneas ondulantes... y de repente, el niño se despertó y se incorporó en la cama. Ella se volvió y lo miró. Se estaba frotando los ojos.

- ¿Has dormido bien? – preguntó suavemente.

- Sí, aunque en este sitio parece que nunca es suficiente.- miró lo que ella estaba haciendo- así que las has encontrado ya.

- ¿Sabes lo que son? Estaban en mi bolsillo, pero ni siquiera sé si son mías.

Él sonrió y la miró, y por primera vez ella se sintió intimidada por aquella mirada. No le gustaba la sensación de tener enfrente a alguien que sabía lo que

ella necesitaba saber... y menos aún si era un niño pequeño. Pero intentó disimularlo.

- ¿Y bien? – le preguntó.

- Sí, son tuyas. Cada uno de nosotros tenemos las nuestras.

- ¿Nosotros? ¿Hay más personas aquí?

- Está lleno de personas, sólo que esto es tan grande que es poco menos que un milagro encontrarse con alguien. Supongo que nosotros hemos tenido suerte.

Ella se estaba empezando a poner nerviosa. El niño no arrancaba a hablar y decirle todo lo que sabía de aquel lugar, y se le empezaban a amontonar las preguntas en la cabeza. Intentó ponerlas en orden para ir formulándolas, pero era terriblemente difícil.

- Ey, ¿por qué no me dices lo que sabes? Acabaríamos antes.

El niño giró la cabeza y se quedó pensando, puede que buscando las palabras más adecuadas para decir lo que venía a continuación.

- Vaya, lo siento, se me olvidaba que llevas aquí poco tiempo. No puedo decirte nada. Debes recordarlo tú. Cuando yo llegué tampoco reconocí el lugar ni las piedras, pero al de unos días empezaron a llegar imágenes a mi mente. Debes esperar a que llegue el momento. No tardará teniendo en cuenta que ya has encontrado... bueno, que ya has vaciado tus bolsillos. Siento no poder decirte más.

- ¿Por qué no puedes? – no quería alzar la voz, pero cada vez le resultaba más difícil.

- Lo siento, tardarás poco en entenderlo y entonces me perdonarás, créeme. Por favor, déjalo estar y que pase el tiempo.- dijo, y después se volvió a recostar en la cama y se quedó mirando al techo.

Ella comprendió que no iba a decir más, así que suspiró, enfadada, y no insistió. Volvió a mirar a las piedras. Tal vez cuando recordara algo, si es que era verdad que iba a lograrlo, supiera qué eran.

Y miró los bolsillos que quedaban. Uno estaba sólo ocupado por el paquete de tabaco, pero el otro tenía una pequeña llave dorada, con una inscripción

que apenas podía leerse. Suerte que tenía buena vista, pensó. Entrecerró los ojos y los acercó a la llave.

“Recuerda lo que es estar al otro lado”

Leyó las palabras una y otra vez, sin saber lo que significaban, hasta que las propias letras dejaron de tener sentido. Guardó la llave y se levantó. La rabia empezaba a apoderarse de su mente. Sentía como si todo lo que le rodeaba se riera de ella. No sabía dónde estaba, ni siquiera si quería estar allí. Empezó a sentir pánico, claustrofobia, y sabía que no podía salir de aquel lugar. Se sentía como un náufrago en medio de una pequeña isla desierta. La cabeza le hervía, y no tardó en perder el control. Corrió hacia la cama en la que había dormido para volcarla mientras abría la puerta a toda su impotencia y su rabia con un grito que rebotó contra las paredes como si no pudieran soportar absorberlo. Después corrió hacia las paredes y se machacó las manos contra ellas, sin parar de gritar. Golpeó las piedras esperando que se derrumbaran, o que una puerta se

abriera y alguien la sacara de allí, o que cualquier cosa cambiara. Pero no fue así. Todo siguió igual.

El aire igual de denso, las paredes tan fuertes como al principio, la luz tenue sin inmutarse... y cuando hubo agotado todas sus fuerzas se dejó caer sobre el suelo y enterró su cara surcada por lágrimas entre sus manos sangrientas.

Lloró amargamente durante mucho tiempo. Desahogando todo lo que había contenido desde que había despertado allí... hasta quedar dormida apoyada contra la pared.

Despertó cuando algo le acarició el pelo. Antes de abrir los ojos o moverse disfrutó de aquel contacto. Se dejó llevar un momento hasta que oyó una voz.

- Todos necesitamos abrir el grifo tras llegar aquí para dejar salir lo que nos va matando por dentro y quedar limpios.

Al alzar la cabeza vio al chaval, y a pesar de lo cansada que se encontraba logró reflejar en su cara una media sonrisa.

- Supongo que sí. Gracias por seguir aquí... siento haberte asustado.

- No me he asustado.- dijo él tranquilamente- Sólo he esperado a que te vacíes y descanses, no pasa nada. No pienso irme.

Se sintió más tranquila al oír aquellas palabras y estiró la mano hasta encontrar la del niño. La estrechó.

- Todavía no me has dicho cómo te llamas.- comentó ella cayendo en la cuenta.

- La verdad es que puedes llamarme como quieras. Me han llamado de muchas formas.

Ella no se molestó en intentar entender, sólo lo aceptó y preguntó:

- ¿Cuál es el nombre que más te ha gustado?

Él quedó pensativo, y por un momento pareció que muchos recuerdos surcaban sus ojos. Cuando volvió a mirarla, sonrió y le dijo:

- Erik. Llámame Erik.

- Encantada de conocerte, Erik, bonito nombre. Puedes llamarme Luna – dijo sin saber bien por qué. No recordaba su nombre, pero aquél había salido de lo más profundo de ella, como por instinto.

- Me gusta.- dijo, y sonrió. Se acercó para abrazarla y ella lo correspondió de buena gana.

Cuando se separaron se levantaron del suelo y se dirigieron a la cama para sentarse sobre ella.

- Bueno Erik, me alegro de haberte encontrado. Sería horrible estar sola en este lugar sin saber qué es ni qué hacer.

- Yo también me alegro de que estés aquí. – bajó la cabeza, dudando si decir lo siguiente, pero la volvió a alzar y en voz baja preguntó - ¿Recuerdas algo ya?

Ella cerró los ojos, buscando en los resquicios de su mente algo que se refiriera a aquel lugar mientras el niño esperaba pacientemente. Por la mente de Luna pasaron imágenes de su vida pasada: su casa, varios rostros que le inspiraban profundas emociones aunque no recordaba a quiénes pertenecían... y, cuando menos lo esperaba, recordó algo. Estaba muy borroso, así que puso todo su empeño en fijarlo en su mente. No retrocedió en ningún momento, no dudó. Allí había algo y ahora que lo intuía quería saber lo que era. Poco a poco fue

consiguiendo acercar su conciencia a esas imágenes para verlas de cerca.

Era un recuerdo del pasado... de hace mucho tiempo... ella estaba en medio de un lugar oscuro y una luz se encendía deslumbrándole. Cuando conseguía abrir los ojos... estaba... en el mismo lugar donde se encontraba ahora... las mismas camas alrededor... la misma penumbra a lo lejos...

Abrió los ojos, sorprendida.

- He estado antes aquí.

Erik sonrió, y simplemente le dijo:

- Bienvenida de nuevo, Luna.

Después de aquel primer recuerdo, parte del resto que estaban enterrados fueron aflorando poco a poco. Recordó haber andado por aquellos pasillos no una sino bastantes veces. Haberse encontrado con más personas y haber recorrido las paredes que la rodeaban fijándose en cada piedra... y también recordó haber tenido en su posesión la bolsa negra con las piedras. Y aunque no sabía lo que significaban ni qué había hecho con ellas en otras ocasiones, sintió que eran muy importantes.

- ¿En qué piensas? – le sobresaltó la voz de Erik.

- En lo que hice otras veces en este sitio. No consigo recordarlo, pero recuerdo haber utilizado las piedras para algo.

- Vaya, es una buena noticia. – dijo, y parecía sincero. – yo también tengo las mías, pero de momento prefiero no pensar en ellas.

- ¿Podrías enseñármelas?

- Supongo que sí – respondió él. Sacó de su bolsillo una bolsita verde la mitad de grande que la de Luna, y vació su contenido sobre la cama.

Cuando ella hizo lo mismo, con cuidado de no mezclarlas, se fijó en todas las piezas. Y antes de que pudiera expresar la pregunta que tenía en mente, Erik habló:

- Vaya, tienes muchas más que yo. Sólo hay siete en mi bolsa, y trece en la tuya.

Y después de decirlo se quedó mirándola de una forma que ella no supo descifrar. Parecía que estaba entre apenado y sorprendido.

- Ojalá supiera por qué – dijo ella, sin parar de pensar – Los dibujos también son diferentes. Sólo tengo uno igual que tú, el resto son diferentes. ¿No tienes más piedras?

- No. Sólo éstas.

Callaron un momento, ella pensando en qué podría significar aquello, y él sin atreverse a mirarla a los ojos. Luna intentó atar cabos por otro lado:

- Recuerdo haber estado en este lugar antes, haber conocido a otras personas y algo de las piedras. ¿Sabes algo más que yo?

Erik pareció dudar, la miró y sólo se encogió de hombros. Parecía que quería soltar todo lo que tenía en mente, pero al no hacerlo ella se preguntó qué podría ser tan importante como para no compartir con la única persona alrededor cualquier cosa que pudiera servir para salir de aquel oscuro lugar.

- Está bien. Esperaré un poco más, pero más te vale que merezca la pena. Estoy empezando a cansarme.

El chaval sonrió y murmuró un agradecimiento. Dejándole en la cama sentado, mirando sus piedras, Luna se levantó y decidió ir a dar una vuelta sin alejarse demasiado, por si encontraba algo que despertara sus recuerdos. Se

acercó a la pared y empezó a mirarla, como las anteriores veces que había estado allí.

La última vez que las había mirado todas habían parecido iguales, pero esta vez se fijó mejor. Entrecerró los ojos y se acercó a ellas, pero por más que las revisaba una y otra vez no veía nada. Pasó así mucho rato, recorriendo una tras otra, hacia arriba y abajo, sin conseguir nada nuevo.

Sin embargo tuvo la seguridad de que allí tenía que haber algo, y sin saber la razón se dirigió directamente unos pasos más adelante. Algo le llevaba hacia allí, una especie de fuerza la atraía. Cuando sintió que estaba en el sitio adecuado, donde aquella sensación era mayor, apoyó la cara en la pared y sintió una sensación extraña, calurosa y electrizante. Se apartó jadeando. ¿Podía ser aquello algo nuevo? ¿Una salida camuflada tal vez? Con el corazón a punto de salirse del pecho acercó las manos a la pared y abrió al máximo todos sus sentidos. Era calor. Un calor extraño, chispeante, pero calor al fin y al cabo. Procedía del interior de

aquellas rocas. No de todas, pero sí de varias que formaban un cuadrado. Tenía que significar algo, y se giró gritando:

- ¡¡¡Erik!!! ¡¡¡He encontrado algo!!!

Al darse cuenta de que el muchacho había desaparecido quedó petrificada. No estaba en la cama donde se había quedado, y al acercarse a ella, con un mal presentimiento, no descubrió ningún rastro de él. Sólo las piedras que habían aparecido en su bolsillo y las recogió para meterlas en la bolsa negra. Siguió llamándole, gritando su nombre, pero sólo el eco le contestó.

Lanzó una maldición. ¿Qué era aquel lugar? Con un nudo en la garganta volvió a la pared temiendo que su hallazgo también se hubiera esfumado. Volvió a respirar sólo cuando comprobó que no era así. Ahora era lo único que tenía e intentó centrarse en ello deseando que Erik estuviera bien.

Acarició la pared caliente. Cuatro piedras. Sólo cuatro en aquella muralla. ¿Por qué se había sentido tan atraída por ellas? Puede que lo hubiera aprendido

las otras veces que había estado allí y de alguna forma lo supiera.

Entonces otro recuerdo acudió a su mente. Las piedras. Se vio a sí misma introduciendo una de ellas en la pared. Como en un flashback de repente estuvo en otro lugar de la gran muralla, en otras piedras que le habían dado un presentimiento. Pero aquella vez era diferente, no era calor lo que había sentido, sino frío. Mucho frío.

Volvió al presente y en ese momento supo lo que tenía que hacer. Vacío sobre su mano el contenido de la bolsa negra y se fijó bien en las imágenes de cada piedrita. La gota, el sol, una balanza, alas, escalera, líneas ondulantes, una llama, un triángulo, una cruz que parecía cristiana, un cuadrado, una figura rudimentaria que parecía representar una persona, una luna y por último unos garabatos sin ningún orden. Pensó que tal vez había habido un dibujo y se había desfigurado.

Una variedad rara. La mayoría parecía representar parte de la naturaleza, pero otros no. No

se le ocurría ninguna conexión que abarcara todos los dibujos. Miró la pared. Si tenía que apoyar allí alguna de las pequeñas piedras suponía que tendría que tener algo que ver con lo que había encontrado. Cuatro piedras calientes. Nunca le había gustado precipitarse, así que fue descartando una a una las imágenes a las que no veía ninguna conexión.

Al de un rato le quedaron sólo dos: el cuadrado y la llama. Eran cuatro las piedras, y lo que emitían era calor, como el fuego. ¿Cuál sería la más apropiada? ¿Qué pasaría si se equivocaba? Y de repente no le importó. Pensó que si había estado ahí otras veces, y ya que recordaba haber estado fuera, de alguna forma había tenido que salir.

¿El cuadrado o la llama? Ni siquiera sabía si podría poner alguna de las otras, y aunque se le pasó por la cabeza intentarlo, el miedo a que pudiera ser una trampa de alguna clase lo descartó. Al menos si desencadenaba algo que fuera habiéndolo pensado, habiéndole encontrado alguna lógica. Así al menos tendría la mente tranquila.

Ya que no sabía cómo descartar una de las dos piedras, pensó en lo que le inspiraba cada una. Los cuadrados nunca le habían gustado, le parecían demasiado esquinados, demasiado perfectos. Sin embargo el fuego, aunque le provocaba un profundo respeto y algo de miedo le parecía mucho más natural, mucho más cercano.

“La perfección está precisamente en la imperfección”, pensó con una sonrisa recordando lo que tantas veces había pensado en su vida. Se sintió orgullosa de esa idea. Y puede que fuera aquello lo que le hizo apoyar la piedra que tenía una llama en medio del cuadrado que desprendía calor.

Al hacerlo sintió un hormigueo recorriéndole todo el cuerpo. Cerró los ojos cuando notó que sus pies se separaban del suelo, y esperó a que todo pasara, haciendo frente a un miedo atroz.

Sólo cuando notó que sus pies volvían a estar sobre suelo se atrevió a abrir de nuevo los ojos. Ya no estaba en aquella habitación. Ante ella se abría un campo enorme de hierba verde e iluminado por la luz del sol.

Mientras sentía la suave brisa en la cara, alzó la cabeza para sentir el calor que tanto había añorado, el calor natural de la luz del sol. Después miró alrededor. A un lado corría un río salvaje pero poco profundo, y al otro un pequeño bosque, si es que se podía llamar así, de apenas unos cuantos árboles. Al frente, sólo el horizonte. El prado se extendía hasta más allá de lo que pudiera ver, como si rozase el infinito.

No dudó ni un momento de que aquel lugar era mucho más confortable que el anterior... aunque tampoco le fuera conocido.

Al ver el río se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin beber agua y ni siquiera tenía sed. Igualmente se había esfumado su hambre. Pensó que el problema habría sido la situación contraria: tener sed y hambre sin nada que llevarse a la boca. Aquello era extraño, pero no más de lo que lo era todo lo demás así que no le importó.

Se acercó al río para poder meterse en él y refrescarse. Siempre le había gustado aquello. Se desnudó y dejó con cuidado todas sus posesiones encima de una roca cercana, para zambullirse en una pequeña poza que había cavado el flujo del agua con los años.

Se sintió purificada, como si consiguiera un gran premio tras un duro esfuerzo. Nadó y buceó, y comprobó que no había peces ni nada vivo bajo las aguas. Sin embargo, algo le llamó la atención en el fondo de la poza.

Emergió para tomar todo el aire que pudo y pataleó para llegar al lugar más profundo. Le dolían los ojos al abrirlos, pero aguantó hasta que consiguió

acercarse. Era una piedra como las de la muralla de la habitación en la que había estado.

Resaltaba en el fondo de la poza porque tenía diferente color y estaba extrañamente elevada, como si alguien la hubiera puesto allí para que nadie tuviera problemas en verla. Por lo demás, no tenía nada especial. Subió y respiró. Salió del agua y se sentó sobre la hierba todavía desnuda, pensando.

¿Podría ser aquella otra puerta? ¿Otro salto a otro lugar? Si no, ¿qué hacía aquella roca allí? Alcanzó el pantalón y sacó de él su pequeña bolsa negra. Al volver a mirar las piedras que contenía lo vio claro, demasiado claro: la gota de agua. Encajaría perfectamente en aquel lugar.

Suspiró y miró alrededor. Pensó que esta vez no tenía ninguna prisa. Allí se encontraba bien. Tenía un bosque, un río, y el calor del sol sobre ella. No estaría mal estar allí un tiempo, mientras pensaba en cómo salir. Una especie de vacaciones.

Cuando se secó se vistió y se acercó a los árboles para tumbarse bajo su sombra. Le pareció el

momento perfecto para encender otro cigarro. Notó con ilusión que no sentía el mono que había sentido durante los años anteriores. Era como si en aquel sitio su cuerpo no tuviera ninguna necesidad de comida, agua, tabaco... sólo de sueño. Se sorprendió al comprobar que empezaba a parecerle bastante normal su situación, como si tuviera algo de familiar.

“Puede que no tarde en recordar más, como Erik dijo” pensó, y sintió una punzada dentro de ella al pensar en el pequeño chaval que había dejado atrás. Si pudiera elegir, lo habría llevado con ella, pero nadie le había dado opción.

Tumbada bajo el árbol sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarro. La primera bocanada de humo, como siempre, le supo a gloria. Disfrutó del resto y tuvo cuidado de apagarlo totalmente antes de dejarlo en el suelo. Sólo le faltaba provocar un incendio, pensó con una sonrisa. Tardó poco en dormirse.

El fondo del baúl de su mente, aprovechando ese momento de plácida tranquilidad, se removió hasta que emergió a su consciencia. Y soñó sus propios recuerdos... que esta vez hacían referencia a los últimos momentos antes de despertarse allí.

Había salido de su casa a pasear. Con su scooter se había alejado de la civilización para tener un momento a solas consigo misma, en algún sitio tranquilo. Había visto salir la luna, y cuando empezó a hacer demasiado frío como para seguir allí emprendió la vuelta. Era una carretera con curvas y de noche no se veía gran cosa. Por eso no corría. Sin embargo, una de las curvas le sorprendió con un coche de frente por el mismo carril por el que ella iba.

Si las velocidades hubieran sido las mismas todo habría quedado en un susto y una pierna rota o poco más, pero el coche iba demasiado rápido y al chocar ella salió volando, quedando tendida en la cuneta de la carretera. Sintió cómo cada hueso de su cuerpo se partía y sus trozos se le clavaban en la

carne. Pudo ver cómo el coche se iba dejándola atrás, y pudo sentir cómo moría. No era una sensación agradable, pero no era tan mala como cabría imaginar. Sin poderse mover esperó, con la esperanza de que alguien pasara por allí y se detuviera a ayudarla.

Y esperando dejó de respirar y cerró los ojos para morir sobre el frío asfalto. Todo se volvió oscuro... y después... despertó en la oscuridad.

Salió del sueño con la sensación de que le faltaba el aire, de que no podía respirar. Ahora lo recordaba. Estaba muerta. Había muerto en la carretera. Y era entonces cuando había salido de sí misma y llegado a esa sala. Era su alma. Su alma había encontrado una cama vieja en la que dormir.

Atando cabos a la velocidad de la luz entendió entonces por qué su cuerpo no tenía necesidades: porque no estaba allí. No tenía cuerpo.

Intentó levantarse de la hierba, pero la cabeza le daba vueltas y volvió a caer. ¿Dónde coño estaba?

¿En el cielo? ¿Había sido la habitación donde había encontrado a Erik un paso hacia el edén? ¿Era Erik otro alma que había escapado de un cuerpo muerto? Recordó lo que le había dicho: “Me han llamado de muchas formas”. Ahora empezaba a tener sentido. Al menos en parte.

Su mente se turbó tanto que estuvo a punto de vomitar otra vez, pero logró contenerse. Se sentía como si estuviera recordando algo que ya había aprendido y aceptado mucho tiempo atrás. Como si no fuera nada nuevo, y a la vez fuera una revelación que nunca habría imaginado.

Y había estado allí más veces. ¿Significaba eso que había muerto más veces? Y por una simple regla de tres, ¿había vivido más veces? ¿Era aquello lo que había después de la muerte? ¿Una habitación oscura y un paso a un jardín? Y ¿dónde estaba entonces la salida? ¿La puerta para volver a vivir? ¿Para qué servían las piedras que quedaban si ya había llegado al paraíso? ¿Y el paquete de tabaco?

“Joder”, pensó, “esto es demasiado”. Si después de cada vida había otra... ¿qué hacía ella allí, sin cuerpo?-

Decidió dar un paseo para aclarar sus ideas y tomar el aire, y se introdujo en el bosque. Caminaba sin saber a dónde iba, con la mente en otro lado. Hasta que oyó un ruido. Un golpe. Y dando las gracias por tener algo diferente en lo que pensar echó a correr hacia el origen del sonido.

Salió a un claro y paró. Vio a alguien en el otro lado. Una persona que acababa de hacer caer un árbol no demasiado grande. Se metió entre unos arbustos y se quedó mirando sin atreverse a salir. Era un hombre mayor, con el pelo cano y el rostro tan arrugado que apenas se le veían los ojos. Estaba sudando, intentando hacer caer los árboles más pequeños que tenía alrededor y apilándolos en un lado, todo sin más instrumentos que sus manos. No parecía peligroso, aunque ella no podía imaginarse

para qué querría cortar aquellos árboles a empujones y patadas.

Debió de inclinarse demasiado en el seto, porque cayó hacia delante quedando al descubierto. El hombre la vio y echó a andar hacia ella. Hizo un gesto de saludo.

- ¡Te echaba de menos! Esta vez no has tardado demasiado en volver. ¿Cómo estás?

- Supongo que algo perdida – logró decir ella, sin saber bien qué hacer. Se levantó del suelo y se acercó a él, que sonrió y asintió.

- Sí, sabes que es normal al llegar aquí.

Ella dudó. No sabía cómo expresar lo que pensaba, pero decidió ir al grano.

- En realidad no, no lo sé. ¿Te conozco? Me resultas familiar, pero no sé de qué.

El hombre se quedó mirándola, y su cara entristeció. Luna se preguntó si había dicho algo que pudiera ofenderlo, sin entender. Pero él reaccionó enseguida y le hizo un gesto, una invitación para que le acompañase. Sabiendo que no tenía nada que

perder, e intuyendo que aquella persona nunca le haría daño, echó a andar detrás de él.

Con paso ligero el anciano la guió hasta los árboles que había apilados y se sentó en uno de ellos. Ella le imitó y esperó pacientemente a que hablara.

- ¿Qué has averiguado?

La pregunta fue tan directa que le sorprendió y tuvo que pensar un rato antes de contestar:

- Creo que en realidad nada. Pero sí han venido a mí algunos recuerdos. – tanteó, y al ver que el hombre escuchaba sin inmutarse, continuó – No sé bien cómo decirlo, porque me suena muy raro, pero recuerdo haber muerto y haber despertado en este lugar. Bueno, no en éste, sino en una habitación cerrada y enorme con camas y luz. También recuerdo haber estado allí antes, así que supongo que habré vivido más veces, no lo sé. Cuando llegué aquí encontré en mis bolsillos algunas cosas: unas piedras, una cuerda, tabaco... Erik también tenía piedras.

- Espera un momento... ¿Erik? ¿Quién es Erik?
– de pronto el rostro amable del hombre parecía haberse oscurecido.

- Es un niño que encontré en la habitación. Estuve con él, pero cuando encontré las piedras raras desapareció.

- Vaya. La probabilidad de que dos personas se encuentren en ese lugar es prácticamente nula. Supongo que has tenido mucha suerte.

- Sí, lo mismo dijo él. Pero no debe ser tan extraño, porque también te he encontrado a ti, ¿no?

- Es diferente – dijo con una enigmática sonrisa – pero perdona, te he interrumpido, continúa.

- Cuando encontré las piedras que eran diferentes a las demás puse una de mis figuras sobre ella y... simplemente, aquí estoy.

- Háblame de tus piedras, por favor.

- Cada una tiene un dibujo, pero no sé lo que significan. He visto un buen lugar para poner otra en el fondo de la poza, supongo que la gota. Pero tampoco sé lo que debo hacer. ¿Sabes si debo poner

alguna en concreto en cada piedra? ¿o si pasará algo si pongo la equivocada?

- Vaya, recuerdas demasiado poco para haber llegado hasta aquí otra vez- suspiró – la verdad es que no sé bien qué decirte.

- Por favor, dime todo lo que sepas. Necesito saber dónde estoy, ¿es esto el cielo?

- ¿El cielo? – y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada – No, Luna, esto no es el cielo. Nada está más lejos del cielo que esto, créeme.

- Es... ¿es el infierno, entonces? – preguntó ella, pensando que por primera vez iba a sacar algo en claro.

- No, amiga, tampoco lo es. Pero no puedo explicarte dónde estamos. Hay unas normas.

- ¿Unas normas? ¿Y qué dicen esas normas?

- La primera dice que cada uno debe recordar por su propio pie, sin ayuda. Es parte de la selección natural. Quien no recuerde quedará atrapado, y quien lo consiga tendrá otra oportunidad.

- ¿Otra oportunidad para qué? ¿Para volver a vivir? ¿O para descansar alguna vez? ¿Tiene todo esto algo que ver con las piedras? – Luna sentía que cada respuesta que le daban convocaba cien preguntas más. Así tardaría siglos en llegar a algo.

- Siento no poder decirte más, Luna, pero debo seguir las reglas.

- ¿Qué clase de reglas dejan que alguien se pudra aquí? ¿Quién prohibiría que un alma se reencarnase? ¡Es estúpido! ¡¡Sólo un dios cruel lo haría!!

El hombre suspiró, cansado. Miró al horizonte, puede que recordando tiempos pasados que fueron mejores, o puede que no.

- ¿Dioses? ¿Tú me hablas de Dioses, Luna? ¿Cómo te atreves?

- ¡Sólo digo que el único capaz de haber creado algo tan grande, tan complicado, como un mundo después de la muerte, tiene que ser un dios! – su voz se iba alzando por momentos sin que pudiera hacer

nada por evitarlo - ¡¡¿Y qué mente perversa dejaría que un alma vague por aquí sin saber cómo salir?!!

- Luna... ¿No lo recuerdas?... Fuiste tú quien creó las normas de este lugar...

Ella abrió mucho los ojos, sintiendo una punzada en el corazón. Algo le dijo que aquello tenía al menos su parte de verdad, pero no conseguía recordar más. Era un sentimiento horrible.

- ¿Quién demonios eres? – preguntó al borde de las lágrimas - ¿Y quién soy yo?

- Oh, Luna... vamos, tranquila. Es normal que no me recuerdes. Pero de veras que no puedo explicarte nada hasta que tú no lo recuerdes... - y miró al suelo para añadir - ...si es que lo consigues algún día. El castigo es demasiado alto.

- Pero si yo he puesto las normas, yo puedo cambiarlas, ¿no? Levanto la prohibición, y pongo la obligación de que las almas se ayuden. – había empezado ya a caer agua de sus ojos, no podía contenerla.

- Es demasiado tarde, Luna, hace tiempo que grabaste las normas a fuego. Ahora nadie puede cambiarlas.

Ella echó a llorar desconsoladamente, preguntándose si había podido ser tan cruel alguna vez como para crear ese lugar. Qué era si no era un alma más, si había tenido alguna vez la capacidad de poner las normas.

- Cada lugar como el que has visto en el fondo de la charca está hecho para poner sobre él una pieza. – empezó a hablar el anciano - Pero no una en concreto, sino cualquiera de las dos piezas que formen una pareja concreta.

- ¿Cómo? ¿Las piezas están por parejas? – preguntó ella rápidamente, aún entre sollozos, temiendo se arrepintiera de haber empezado a hablar- Pero... yo sólo utilicé una para llegar aquí.

- Sí, pero la habitación es diferente. Céntrate en lo que te digo porque sólo podré hacerlo una vez. En este lugar hay varios lugares donde usar las imágenes que tienes. Si pones una sobre un sitio que no está

hecho para ella no pasará nada, pero en el momento en que lo hagas con una que encaje ahí no habrá vuelta atrás. Elige bien qué parte de la pareja pones. Será importante.

- ¿Importante para qué?

- Ya lo entenderás.

- Oh, vamos, ¿por qué no me lo dices? – preguntó, viendo que el grifo estaba a punto de cerrarse.

- Eres tú quien tiene que descubrir las parejas, y saber qué significa cada imagen. Son tus fichas y tus elecciones. Y debes tomarlas antes de que recuperes del todo la memoria y entiendas lo que está pasando. A estas alturas ya deberías haber recordado hasta ahí, pero me temo que has pasado por aquí demasiadas veces.

- ¿No podrías ser un poco más concreto?

¿Cómo descubriré el significado de cada imagen?

- Cada uno tenemos nuestras imágenes, creadas por nosotros, así que sólo tú sabrás lo que es cada una.

- ¿Cuándo recordaré todo? ¿Cuándo sabré quién soy?

- Andando se descubre el camino. Aquí no hay mapas que sirvan. Ojalá llegues a algún lado y no te pierdas.

Durante la conversación había empezado a soplar el aire, y Luna se dio cuenta de que había aumentado su fuerza hasta hacerse casi un huracán

- ¿Qué es esto? – preguntó agarrándose a un árbol para no salir volando.

- Las consecuencias de romper una norma, Luna, pero te lo debía. No sé si llegarás a saber por qué, pero era lo mínimo que podía hacer.

- ¡¿Qué quieres decir?! – gritó para hacerse oír por encima del temporal. Pero antes de que él tuviera tiempo de contestar se esfumó con el viento, como haciéndose parte de él. No hubo sangre, ni dolor, sólo un segundo estaba y al siguiente no. Y el viento paró.

Luna cayó al suelo, asustada. ¿Habría sido culpa suya? ¿Realmente había creado ella no sólo

aquel lugar sino también una norma que hacía que se esfumara quien tratara de ayudar a otro a recordar cómo salir de allí? ¿Y por qué se había sacrificado aquel hombre por ella si ni siquiera lo conocía?

Se sintió terriblemente culpable por un momento, por haber insistido en que le contara todo lo que sabía. No le había dado tiempo, pero ahora al menos sabía cuál era el siguiente paso. Las piedras otra vez. Debía hacer parejas con ellas.

Salió del bosque, que ya no le parecía para nada seguro ni confortable, y se sentó a pensar. Suponiendo que el viejo le hubiera dicho la verdad, y apostaría mucho a que así era, aquellas piedras estaban hechas por parejas. Le quedaban doce, así que no tenía por qué ser mentira. Pensó en cómo podrían ser las parejas. La del sol con la luna parecía lógica, y separó las dos piezas. Miró la gota de agua y trató de buscarle una pareja. Tras descartar el resto, quedaron ante ella las líneas ondulantes, que podían parecer un río o un flujo de agua. También las apartó.

Lo siguiente que se le ocurrió fue que las alas y la escalera servían para lo mismo, para subir. Puede que fueran juntas.

Le quedaban el triángulo, la cruz, el cuadrado, la balanza, la persona y la piedra que sólo tenía rayas sin sentido. Era complicado hacer parejas con ellas. No veía ninguna conexión clara.

Al fijarse en el triángulo y el cuadrado observó que parecían los dos únicos fuera de lugar por ser formas geométricas. Los juntó.

La persona, los borrones, la cruz y la balanza. Era complicado. De hecho, sin saber si las demás estaban bien emparejadas era imposible saber si alguna casaría con otra de esas cuatro.

Decidió empezar por la poza, donde estaba la única roca igual que las de la muralla que había visto. Estaba casi segura de que serían la gota y las líneas onduladas. Pensó en el posible significado de cada una de ellas. Una gota frente a un río.

Parecía fácil. La individualidad frente a la colectividad. La persona frente a la marea humana, la

flor frente a los kilómetros de hierba... y también le pareció fácil elegir. Ella era una persona, y nunca había ansiado ser parte de una maraña. Pensaba que la persona es inteligente, pero la multitud es estúpida, y se podía demostrar fácilmente en los incendios. Si había una persona dentro de una casa en llamas, solía actuar de forma razonable dadas las circunstancias, pero si ocurría lo mismo en un cine lleno era prácticamente seguro que se haría un tapón en la salida y nadie sería capaz de escapar.

No, tenía claro que prefería seguir siendo ella. Una persona. Una gota, diminuta en comparación con todas las que forman la lluvia o un río, pero con personalidad y márgenes definidos.

Suspiró y esperó haber elegido bien. Ató la llave que había encontrado en su bolsillo y la bolsa con las imágenes a la cuerda, y ésta a su cuello, para no perder nada en el agua. Todavía no sabía para qué serviría la llave, pero debía ser importante. “Recuerda lo que es estar al otro lado”. De momento no le decía nada.

Sin quitarse la ropa esta vez y sin dejar nada en la orilla saltó de cabeza y al llegar al fondo de la charca, abrió la mano y dejó la imagen de la gota en la piedra.

Notó otra vez aquel cosquilleo, aquella sensación extraña que no sabría cómo definir.

Y pasó de estar en el agua a estar sobre una superficie dura y seca. Comprendió que no estaba bajo techo cuando vio la luna en el cielo. Gracias a su tenue luz pudo comprobar que estaba sentada en un terreno árido, marronáceo y estéril.

No tenía nada alrededor salvo una vasta extensión de suelo. Esta vez disfrutó de la luna. El sol estaba bien, pero siempre que se siguiera de la noche. Sin lo uno, lo otro no tenía sentido. Aprovechó la noche para dormir, tumbada sobre el suelo.

Despertó con la luz del día, pero enseguida notó algo extraño. La luz sólo le daba en medio cuerpo y no recordaba nada que pudiera hacer sombra. Abrió los ojos cubriéndose con una mano y miró alrededor. A su izquierda había una oscuridad como la de cuando había llegado allí, y a su derecha la luz del sol era radiante. Ambos ambientes se fundían en una línea que quedaba en medio de su cuerpo, chocando y reflejando a la vez la luz y la oscuridad.

Nunca había visto nada así, pero le pareció lo más hermoso que había tenido delante en toda su vida... bueno, sus vidas, pensó, y rió. Notaba que empezaba a aceptar su situación.

Parecía evidente que tendría que elegir entre el sol y la luna, el día o la noche. Miró las fichas que le quedaban. La gota y las líneas ondulantes habían

desaparecido, así que supuso que la primera pareja la había hecho bien. Se animó al pensar que cuando no le quedaran fichas podría salir por fin de aquel mundo extraño.

Puso delante de ella, en el suelo, la luna y el sol. Pensó que no sería difícil. No sabía para qué estaba eligiendo, pero prefería pensarlo bien para no tener que arrepentirse después. Tras comprobar que el paquete de tabaco no se había mojado, y sin preguntarse cómo, encendió otro cigarro. No sentía prisa, y la verdad es que cada vez se encontraba más a gusto allí.

Mientras fumaba el fondo de su mente volvió a abrirse, dejando salir nuevas imágenes. Sin inmutarse recorrió tiempos pasados. Se vio a sí misma delante del anciano con el que se había encontrado en el bosque. Hablaban rápido y parecía que se conocían desde hace tiempo.

- No esperaba que volvieras tan pronto – decía él estrechándola entre sus brazos.

- Ya ves, a veces el otro lado no dura tanto como querría – contestaba ella sonriendo, como si nada raro pasara.

- Sabes que la próxima vez que vengas no será lo mismo, ¿no? Ya llevas cinco, y sabes que el programa no da más de sí.

- Sí, lo sé. Pero no voy a quedarme aquí. Aún me quedan cosas por hacer en el otro lado y me arriesgaré. No he llegado hasta aquí para quedarme sin hacer nada.

- Me lo imaginaba. Entonces me parece que es hora de despedirse.

- No te echaré de menos, pero lo haría si pudiera Kibah.

- Lo sé. Cuando vuelvas cuidaré de ti todo lo que pueda – y mientras lo decía se acercó para abrazarla.

- Bien, pero sabes que no podrás interferir, ni hablar de todo esto conmigo. Son las reglas y no querría perderte por nada del mundo.

- Tranquila, me conoces.

- Precisamente por eso te lo digo. Respeta las normas, aunque sea yo la que venga otra vez a ti, aunque te ruegue y te suplique. Tienes experiencia en ello, Kibah, por favor.

- Espero que te vaya bien, Luna, y no volverte a ver en mucho tiempo. Disfruta.

- Lo haré. Gracias.

Volvió al presente con la cabeza dándole vueltas. El cigarro se había consumido. “Vaya desperdicio” pensó echándolo a un lado. Y se acostó para pensar en lo que acababa de recordar.

Había conocido antes al hombre. Le había llamado Kibah. Y parecía que era muy diferente de la última vez que se había encontrado con él. Parecía saber mucho más entonces, entre otras cosas lo que pasaría en su próxima visita. Ella le había pedido que no incumpliera las normas en su siguiente encuentro, pero él lo había hecho y ya no estaba. Ojalá ese recuerdo hubiera llegado antes. Supo en ese

momento que había querido mucho a Kibah, fuera quien fuera, y se apenó por su fin.

En el recuerdo había hablado sobre un programa. ¿Qué programa? Algo se revolvió en su mente, algo referente a ello, pero no logró salir a la superficie. Le resultaba familiar pero no conseguía saber más.

Parecía que cada vez que cambiaba de lugar dentro de aquella especie de mundo un bloqueo de su mente desaparecía, y sin dudarlo un momento puso en una de sus manos la piedra del sol y en la otra la de la luna y se levantó para buscar el lugar destinado a una de ellas.

Tuvo que andar poco, siguiendo la línea que juntaba luz y oscuridad, para encontrar una roca brillante. Igual que las anteriores. Su nombre era Luna, pensó, y por algo debía ser. Tiró a un lado la imagen del sol y colocó la luna sobre la piedra. Ansiaba saber más, pasar al siguiente lugar.

Y cerró los ojos para sentir el hormigueo otra vez devorando su cuerpo de dentro hacia fuera, el

vértigo de levantarse del suelo y girar a toda velocidad... y la tranquilidad de volver a parar.

Esta vez los nuevos recuerdos no tardaron en llegar a su mente. Eran de hace mucho tiempo, a juzgar por la ropa que llevaba, y estaba viva, en la tierra, en un laboratorio. Vestía una bata blanca y el pelo mucho más largo que ahora, y manejaba unas máquinas enormes. Ordenadores gigantes con miles de botones y luces parpadeantes.

Estaba programando algo en ellos. Estaba creando algo grande, sin precedentes. Entonces apareció detrás de ella un hombre anciano.

- Hola, futura millonaria – le decía.

Ella se giraba y le miraba a la cara. Era Kibah, el anciano con el que se había encontrado en el bosque.

- ¿Cómo estás, maestro? – oyó su propia voz preguntando.

- Bien, esperando a que el programa esté listo para empezar a funcionar. Nos haremos de oro con esto, ¿sabes?

- No es el dinero lo que me importa, sino el avance. Estamos explorando un campo en el que nunca antes nadie se había atrevido a zambullirse. Cuando se descubrió todo esto se dejó a un lado y no volvió a mencionarse, se hizo tabú. Quiero deshacer ese silencio, que todos estén al corriente de las posibilidades que proporciona. No tiene sentido abrir una puerta cerrada a cal y canto si luego no vas a pasar, ¿no?

- Supongo, pero cuando todo esto termine no te olvides de que te llevaré a pasear en el gran crucero que voy a comprarme.

Ella rió. Llevaba mucho tiempo soñando con el día en que terminara el programa que estaba creando y pudiera probarlo. Habían estado trabajando en la ilegalidad, desde el momento en el que los gobiernos del mundo entero habían prohibido la

experimentación con el último gran hallazgo de la ciencia.

Y por enésima vez volvió al presente. Por un momento se olvidó de que había salido ya de la especie de desierto marrón, de que había elegido la luna. Cuando se dio cuenta e intentó enfocar la vista vio que era imposible... porque estaba totalmente oscuro. Le recordó a la primera vez que había aparecido allí, a la habitación con las camas antes de que se encendiera la luz. Pero entendió que no tenía nada que ver: ahora sabía mucho más.

Sabía que el programa al que se había referido Kibah en otra de sus visiones era algo que ella misma había creado. Eso daba sentido al que hubiese sido ella quien había puesto sus normas. Y también a la reacción de Kibah al preguntarle si aquello era el cielo. Debía habersele hecho raro que quien había creado aquel lugar insultara a los dioses por haberlo hecho y preguntara dónde se encontraba.

Lamentó de nuevo la pérdida del anciano, que le había ayudado en sus investigaciones. Sobre todo porque suponía que si alguien moría después de estar muerto... no habría nada esperándole. Y también añoró a Erik, se preguntó si habría conseguido encajar ya alguna de sus piezas y dónde estaría. Puede que volvieran a verse.

Si lograra saber qué campo era el que estaba investigando, los detalles de esa operación prohibida por los gobiernos... sentía que ya no le quedaba mucho por recordar, que se iba acercando al punto final. “Puede que en el próximo lugar. Tengo que encontrar otro lugar para poner otra imagen”, pensó. Y echó a andar, ésta vez sin miedo, aunque despacio, prudente. Encendió el mechero para poder ver y la verdad es que fue el sitio que más le sorprendió desde su llegada.

Se encontraba en una caja poco mayor que ella y larga como para dar tan sólo un paso. Sin embargo, ella estaba andando. Miró hacia abajo y vio cómo el suelo estaba en movimiento, como una cinta

transportadora. Cuando ella paraba la cinta también lo hacía, y cuando empezaba a andar el suelo le imitaba. Así que no podía moverse hacia ningún lado. Pensó que tampoco importaba, porque allí no había espacio para ir más allá de unos centímetros para cada lado. Sin embargo... por arriba era diferente. No había techo, al menos hasta donde era capaz de ver con la luz del mechero.

No había ninguna roca que sirviera para poner imágenes alrededor, así que con un suspiro supuso que debería ir hacia arriba. Se preguntó cómo. Las paredes eran lisas, no había nada por lo que trepar. Y eso le recordó la imagen de la escalera. Puede que estuviera hecha para aquel lugar, y también la de las alas. Pero ¿dónde podría encajarlas?

Intentó encontrar en la pared alguna grieta, algún agujero o algo donde poder apoyar los pies y subir, pero no encontró nada. Y entonces decidió sentarse a pensar. Al fin y al cabo, no tenía prisa. Encendió un cigarro aunque aquella no era su situación favorita para fumar. El humo en lugares tan

cerrados la agobiaba, pero lo hizo. A oscuras sintió otra vez el humo en la garganta. Deseó que aquel sitio le dejara terminarlo antes de hacer aflorar más recuerdos. No sabía por qué pero estaba segura de que en cada habitación iba a descubrir algo nuevo, a recordar parte de lo que le había llevado allí.

Mientras olía el humo alrededor, subiendo puede que hasta alguna salida o puede que sólo hasta poco más arriba, aprovechó para recopilar lo que tenía en aquel momento.

Ella había sido una investigadora. Había descubierto algo, algo grande pero prohibido, un programa que suponía sería de ordenador, trabajando junto a Kibah. Después había un vacío en el que sólo recordaba haberse encontrado con Kibah en el bosque la anterior vez que había estado allí. Le había advertido sobre volverlo a hacer, suponía que volver a vivir, y ella había aceptado el riesgo. Había vivido otra vida y había muerto en la carretera para volver a despertar en el su programa, donde también estaba el

anciano... que al incumplir una de sus normas se había evaporado.

No estaba mal teniendo en cuenta que había entrado en aquel programa sin la más mínima idea de nada. Pero sabía que había mucho más, y sin entretenerse, a pesar de saber que tenía todo el tiempo del mundo, apagó el cigarro y se levantó. Había visto en muchas películas cómo personas escalaban por sitios “similares” a los que ella estaba apoyando la espalda en una pared y los pies en la otra.

Nunca había tenido mucha fuerza, pero justo por ello utilizó toda su maña. Recostó la espalda y subió los pies hasta quedar encajada entre las paredes. Poco a poco logró ir escalando. Medio metro, uno... le dolía terriblemente la espalda, y notaba cómo las piernas le empezaban a flaquear, pero sabía que si se dejaba caer tardaría mucho en recuperarse y volver a esa altura. Sacó fuerza de donde no la tenía y siguió, poco a poco, como una

hormiga construyendo su hormiguero sin prisa pero sin pausa, hasta que no pudo más por el momento.

Paró y trató de aliviar la tensión de sus piernas estirándolas todo lo que le permitía el pequeño hueco. Llevó la mano a su bolsillo para sacar el mechero del paquete de tabaco. Lo encendió y suspiró al ver que pocos metros más arriba se encontraba lo que parecía otra piedra brillante donde las imágenes encajaban.

Guardó el mechero y se secó el sudor de la frente. En aquel momento dio gracias a que no tenía forma de medir el tiempo, porque probablemente si alguien le hubiera dicho cuánto tiempo llevaba aguantando a pulso entre dos paredes los últimos coletazos de fuerza habrían desaparecido y habría caído.

Trató de pensar en algo que no fuera el dolor de sus piernas y su espalda mientras avanzaba los últimos centímetros. Cuando la piedra estuvo a la altura de su pecho se detuvo. Respiró profundamente y se secó las manos de sudor con el pantalón para

que no se le resbalasen las piedras cuando las sacara y abrió la bolsa. Mientras subía había pensado que las escaleras y las alas parecían indicadas para aquella especie de caja así que las buscó. ¿Cuál prefería poner? “Mierda” pensó “tenía que haberlo decidido antes de ponerme a escalar”.

Las escaleras le parecían más prácticas, pero recordó que desde pequeña había soñado con tener alas y poder volar. Se preguntó si no sería ya mayor para preferir aletear a subir por las escaleras como los adultos. Sonrió. “Son mis elecciones, lo que yo quiera. Algo dentro de mí prefiere las alas... sería impresionante poder volar. Las escaleras no tienen nada especial, sólo son unos palos. Puede que más realistas, pero no por ello más emocionantes”.

Acercó la imagen de las alas a la pared, la puso sobre la piedra... y se preparó para sentir todas aquellas emociones que la atravesaban cuando cambiaba de lugar. Incluso le estaban empezando a gustar.

Y llegaron. La elevaron un poco y la hicieron girar... pero no se dio cuenta de que las paredes que la sujetaban desaparecieron haciéndola caer. Se le hizo un nudo en la garganta, sintió mucho miedo. Y mientras seguía siendo atraída por el suelo pudo observar que el lugar ya había cambiado. Que abajo había... agua. Mucha agua.

La sintió en cada parte de su espalda cuando cayó en ella. Su cuerpo se quedó inmóvil, parálítico unos momentos. Tardó en conseguir, no sin un gran esfuerzo, retorcerse hacia la superficie. Tomó aire mientras tosía. Todo lo que veía alrededor era agua. Era como estar en el centro de un gran océano. Intentó hacerse la muerta para poder flotar y descansar un rato, respirar con tranquilidad.

Quedó mirando al cielo, un cielo despejado y claro. No se veía el sol, pero había bastante luz. Tanta que cerró los ojos mientras las aguas le bamboleaban... y volvió a quedar dormida.

Se sorprendió al comprobar que se despertaba y seguía flotando con la cara seca. El agua estaba tan calmada que no le había molestado en su descanso. Se incorporó, moviendo pies y manos para no hundirse y miró alrededor. Agua. Comprobó que tenía aún colgadas al cuello la llave y la bolsa, y pensó que el tabaco probablemente se habría mojado. Esperó que no, cuando pisara tierra firme agradecería fumar un cigarro para celebrarlo.

Intentando fijar la vista a pesar de la fuerte luz, distinguió a lo lejos algo flotando en el agua y se dirigió hacia allí. No sabría decir cuánta distancia le separaba, pero tampoco quería saberlo, sólo nadar gastando la menor energía posible.

Tenía las piernas todavía entumecidas de la habitación anterior, pero ello no le impidió ir acercándose poco a poco al objeto flotante. Tardó

mucho en llegar a verlo de cerca. Parecía una tabla. Una especie de barcaza construida de la forma más fácil posible: con unas tablas de base y un par de ellas más en los lados, como para que no entrara el agua. Era ridículo pensar que aquello aguantaría alguna ola.

Por fin consiguió estar al lado, y después de comprobar que no había nadie dentro subió y se dejó caer en el interior. Esperó a que su respiración se normalizara y entonces otro bloqueo de su mente se quitó, dejándole vivir otra escena pasada.

Se encontraba en el sofá de su casa viendo la televisión, que hablaba con voz monótona mientras aparecían imágenes de científicos y máquinas.

“Hace apenas unos años y a raíz de algunas investigaciones complementarias a las autopsias, se descubrió que los cuerpos humanos al morir desprenden un fluido desconocido hasta entonces y que se bautizó con el nombre de Osirisk. Sin poder definirlo de mejor forma, se explicó al público como

un hilillo sólo visible con luces lunares Kapa235, y que emerge de un cuerpo al morir para elevarse y desintegrarse un pocas décimas de segundo.

Esto desató montones de rumores, desde los más científicos que aseguraban que se trataba de energía no necesitada ya por las células corporales, hasta los menos ortodoxos, según los cuales ese fluido era materia prima para seres extraterrestres que seguía el camino hacia ellos.

Entre extremos, las teorías de que esa “sustancia” era el alma humana, o los propios dioses acercándose a despedir al difunto, son sólo algunas de las que hemos oído durante los últimos tiempos.

Muchos científicos se lanzaron a investigar el suceso cometiéndose en algunos casos terribles crímenes sobre los derechos humanos. Recordamos el descubrimiento reciente de la clínica Sacred de los EEUU que, según la policía, medía las variaciones en el flujo probando diferentes maneras de llegar a la muerte, bien con voluntarios o bien con presos políticos o condenados a muerte.

El índice de suicidios ha aumentado hasta hoy de manera estrepitosa, al pensar muchos que la noticia era la prueba irrefutable de que existía vida tras la muerte. Se han creado sectas y religiones nuevas, y con ellas nuevas guerras.

A la vista de los acontecimientos, gobiernos de todo el mundo se han unido para prohibir todo tipo de experimentos con esos flujos post-mortem. En un comunicado oficial revelan haber destruido todas las luces Kapa 235 lunares y asociado a estrictas leyes de control los materiales que sirven para su construcción. Incinerada toda la información que se había logrado hasta hoy, se advierte a la población que escribir, investigar o conversar sobre este tema se castigará a partir de hoy, y hasta futuro aviso, con penas de muerte y cadena perpetua.”

Ella apagó la televisión cansada de volver a oír lo mismo. Todas las cadenas de televisión y radio, periódicos, páginas de internet... sólo emitían esa noticia. Narrada por diferentes voces o letras, con

unas u otras palabras, pero al fin y al cabo exactamente lo mismo.

Llevó las manos a la cabeza. Estaba tan cerca... y después de tanto dinero invertido, de tantas horas en laboratorios y de tantos avances era imposible que una simple noticia, a pesar de tener repercusión mundial, lo hiciera todo inútil.

Sólo le faltaban unos meses. ¿Por qué no habían esperado un poco más para tomar los gobiernos una decisión así? Se negaba a creerlo. No podía parar. Faltaba muy poco.

Y en ese momento se sobresaltó con el sonido del teléfono. Descolgó lentamente.

- ¿Qué se supone que es esto? – preguntó una voz conocida.

- No me jodas – contestó ella - ¿y yo qué sé?

Se hizo un largo silencio, y fue ella quien volvió a hablar.

- No podemos parar ahora. Nos falta demasiado poco. Lo tenemos casi a punto.

- Lo sé. Pero ¿sabes a lo que nos arriesgamos, no? Desde esta mañana ya han cerrado miles de empresas que se dedicaban a investigación, y han arrasado sin escrúpulos a todos los que se han negado a abandonar. ¿Qué te hace pensar que vamos a conseguir pasar inadvertidos unos meses? Es imposible.

- No, no lo es teniendo en cuenta que nadie sabe lo que hacemos, sólo nosotros dos. Si tú no hablas y yo tampoco no tiene por qué salir a la luz.

- Escucha, Luna, esto nos queda muy grande. No sé si merece la pena seguir.

- ¿¡Qué!? ¿Cómo eres capaz de decir eso después de lo que hemos pasado? ¿De lo que hemos conseguido? Sabes lo poco que nos queda. Yo voy a seguir, por favor, aguanta un poco más.

Otra vez silencio.

- No lo sé. Sinceramente no lo sé. Tengo que pensarlo, necesito tiempo. Te llamaré en unos días.

- No tardes, estamos en contrarreloj.

- Entendido. Ciao.

- Adiós Kibah, te espero.

Y retornó. Volvió a ser una náufraga en un pequeño bote en medio de un océano. Sin levantarse sintió que todo le empezaba a encajar. Había trabajado con Kibah investigando los fluidos post-mortem. Había sido una revolución mundial, un acercamiento de la ciencia a la fe. Probablemente el hallazgo más importante de la historia.

Y todo gracias a las luces Kapa235 lunares, que habían sido inventadas con el fin de dejar de gastar electricidad almacenando la luz de la luna y retiradas poco después por sus efectos adversos sobre los usuarios. Provocaban graves quemaduras en la superficie de piel expuesta que dejaban enormes cicatrices, así que quedaron solamente para almacenes no transitados.

Poco después, un grupo de investigación había sometido a cadáveres en diferentes grados de descomposición a las Kapa con el fin de conseguir algún modo de inmunizar a seres vivos de esa luz. El

gran momento había llegado cuando, utilizando cuerpos cada vez más recientemente fallecidos, alguien se ofreció voluntario para pasar sus últimos momentos en los laboratorios, donando su vida y su cuerpo a la ciencia sin saber lo que su gesto iba a desencadenar.

El flujo post-mortem. Aquél había sido el inicio, y todos los medios lo habían gritado a los cuatro vientos. Al saberlo ella se puso a investigar, pero no como la mayoría que creaba empresas para ello aprovechando vacíos legales y el desconcierto de las autoridades, sino mucho más cuidadosamente.

Junto con Kibah, al que había conocido hacía muchos años y con el que había compartido muchos años de su vida en laboratorios, creó su propio laboratorio y compró con dinero de sus bolsillos el instrumental necesario para lo que tenía en mente.

Estaba totalmente segura de que aquel flujo escondía el secreto de la conciencia del ser humano, de que era el mismísimo alma. Desde pequeña había ansiado saber qué era la esencia del ser vivo, qué

distinguía al humano de otros animales, porque tenía claro que era algo más que lo físico.

Pasaron años y miles de experimentos fallidos, gastaron miles de millones sacados de sitios imposibles y perdieron mucho material hasta que por fin, un día, habían logrado transferir el flujo post-mortem de un humano a un pequeño programa de ordenador que había diseñado.

No era más que la representación de una caja vacía, pero una imagen de la persona apareció allí como si siguiera viva mientras su cuerpo yacía sobre una mesa de autopsias a escasos centímetros de la pantalla.

Había sido un gran paso. Habían demostrado que con la colocación de electrodos en puntos clave del cerebro y canalizándolos hacia unos complejos aparatos cuyo mecanismo nadie más que ellos dos hubiera podido entender eran capaces de abrir un camino para que el flujo post-mortem se transfiriera al ordenador. Al fin y al cabo era energía, y como tal podía manipularse.

Fue una sorpresa ver que la representación de aquella energía en el ordenador era nada más y nada menos que la imagen de una persona. De la persona que la había liberado al fallecer.

Respiró hondo e intentó asimilar todo lo que su cerebro había desbloqueado. Aquello le proporcionaba muchas respuestas, pero aún quedaban otras como ¿estaba ella realmente en ese programa? ¿Cómo había entrado? ¿Qué debía hacer? ¿Qué pasaría al llegar al final, cuando se terminaran las piedras?...

Y una terrible jaqueca le atacó haciéndole caer en el suelo de la balsa. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Despegó los párpados con gran esfuerzo. Se notaba mucho más cansada desde que había despertado en la habitación donde había conocido a Erik, y supuso que era normal después de todo lo que estaba viviendo. “Reprogramar un cerebro debe consumir mucha fuerza” pensó sonriendo.

Se levantó y gastó sus últimas esperanzas de ver tierra firme al mirar de nuevo alrededor. Sólo mar, infinito. Se preguntó dónde podría encontrar la siguiente piedra. El agua era transparente y se veía el fondo, pero estaba demasiado lejos para poder llegar a él. Comprobando que el paquete de tabaco estaba seco encendió un cigarro y pensó, aún algo aturdida por la última avalancha de recuerdos.

La siguiente piedra podría estar en cualquier parte del agua. ¿Por dónde empezar a buscar? Otras veces había hallado algo que le había llamado la

atención: las piedras en el primer lugar, la intuición de subir en la habitación anterior... todas habían sido bastante fáciles de encontrar, pero aquello era diferente. El agua no terminaba nunca y no había ningún lugar que le atrajese en ningún sentido.

Pero al ver el humo salir de sus pulmones notó algo extraño. No se dirigía al cielo, como era lo normal, sino que bajaba hacia el agua y se deslizaba sobre ella. Soltó una carcajada. Ya estaba. Tampoco ésta vez era muy difícil. Empezó a remar con los brazos siguiendo el humo, que flotaba sobre el agua de una forma que en la vida real hubiera parecido imposible: sin mezclarse, sin hundirse ni elevarse, simplemente patinando sobre ella.

No supo cuánto tiempo había pasado remando, pero ya había consumido cuatro cigarros cuando algo por fin cambió. Algo más adelante el humo de los cigarros dejaba de reptar sobre el mar que la rodeaba y formaba un círculo. Ella se preguntó si el paquete de tabaco con el que había llegado allí sería para aquel lugar, pero no le dio muchas vueltas y observó.

Dentro del círculo había algo más. El humo había formado diferentes figuras dentro de él: un paralelogramo, una estrella, un rombo... y sacó sin dudar las piedras con un triángulo y un cuadrado. Eran las únicas formas que el humo no había simulado. Pero ¿qué podían significar? Hasta entonces lo había tenido bastante claro, pero ahora no sabía por dónde empezar. Por eso decidió bucear dentro del círculo con la esperanza de encontrar tanto la piedra donde encajar una de las dos figuras como alguna pista del significado de todo aquello.

Comprobó que llevaba bien atadas al cuello la llave y la bolsa con las pocas piedras que quedaban, respiró profundamente y se zambulló. Descendió hasta que sintió que sus pulmones le pedían aire, y un poco más. “Joder, tenía que haber hecho que los que llegáramos aquí pudiésemos respirar bajo el agua” pensó. Y tras no ver nada pataleó hacia arriba cerrando los ojos. Aspiró todo el aire que pudo como quien bebe el agua en un desierto y subió a la barcaza otra vez.

Parecía que esta vez el mecanismo de las piedras era diferente. No había piedras donde encajar las figuras, pero estaba segura de que en aquel lugar había algo. Si no el humo no le habría guiado hasta allí. Cuando las manos se le secaron decidió disfrutar de otro cigarro y seguir echando el humo en el agua, a ver si pasaba algo nuevo. Lo consumió sin poder averiguar nada nuevo y lo tiró al mar.

Mientras veía cómo se hundía pensó en el posible significado del triángulo y el cuadrado. Lo único que se le ocurría era que uno tenía tres esquinas y el otro cuatro. Tres frente a cuatro, pero ¿qué podía significar? Recordó las palabras de Kibah: “Eres tú quien tiene que descubrir las parejas, y saber qué significa cada imagen. Son tus fichas y tus elecciones. Y debes tomarlas antes de que recuperes del todo la memoria”.

Algo le decía que aquellas dos fichas escondían la salida de aquel océano, pero debía pensar el significado de cada una. Tres contra cuatro. El tres era el número de la plenitud según los cristianos,

pero cuatro era un número mayor. No sabía qué hacer, pero tampoco quería perder el tiempo y metió el cuadrado en la bolsa para quedarse con el triángulo. “Prefiero tener mejor a tener más” pensó, sin ni siquiera entenderlo bien. No tenía fuerzas para pensar más. Estaba cansada de aquel sol abrasador que tenía encima y de no ver tierra firme.

Ahora sólo le faltaba encontrar dónde ponerlo. Y como una luz, miró la llave con la que había despertado la primera vez. ¿Tendría algo que ver con aquella situación, como el tabaco? “Recuerda lo que es estar al otro lado”... ¿el otro lado de qué? ¿del agua? La volvió a guardar. De alguna forma sabía que primero tenía que gastar las piedras, y que la llave debía esperar. Era una intuición que salía de lo más profundo de ella y le hizo caso.

De todas formas aquello le había dado una buena idea: ya que desde ese lado no veía nada, puede que mirando el cielo a través del agua fuera diferente. Era lo único que le faltaba por probar, y

robó a aquel lugar todo el aire que pudo para guardarlo en sus pulmones. Y volvió a hundirse.

Esta vez bajó uno o dos metros y se giró hacia la superficie. A pesar de que le escocían tremendamente los ojos se obligó a abrirlos y mirar. Se veían el cielo y la barca. Y no pudo evitar gritar del alivio al observar que en el suelo de la barca, en la parte que estaba apoyada sobre el círculo de humo, había aparecido una piedra donde poder encajar sus figuras.

Casi sin aire, subió hasta chocar con la barca y casi lanzó el triángulo hacia el lugar que le correspondía. Se arrepintió de no haber cogido más aire antes, porque ahora el remolino que ya conocía bien la giraba hacia todas direcciones y con ello expulsaba el poco oxígeno que aún conservaba. Antes de que las vueltas terminaran todo se volvió negro y cayó en un profundo estado de inconsciencia.

Lo primero que sintió fue un terrible dolor en los brazos. Más concretamente desde los codos hasta las manos. Poco a poco fue percibiendo que estaba tumbada boca abajo en el suelo con la mejilla izquierda sobre él... un suelo frío, muy frío. Demasiado. Ahorró fuerzas un buen rato para abrir los ojos, y se arrepintió cuando vio dónde estaba.

Todo era hielo. Un hielo azul precioso, pero que era reflejo de un frío horrible que habitaba allí, y que estaba reptando por su espalda hasta meterse en su médula. Intentó levantarse. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no lo consiguió. No podía mover los brazos, y fue al girarse hacia el izquierdo para poder verlo cuando supo por qué. Estaba hundido, clavado en el hielo hasta la altura del codo. El derecho estaba igual y no podía moverlos. Todo el pánico, toda la claustrofobia que había controlado

muy bien dadas las circunstancias hasta entonces, salió. Se desbordó en desesperación y gritó. Maldijo todo aquel mundo, se maldijo a sí misma, llamó a alguien, pidió socorro, lloró, y todo ese torrente de emociones desbloqueó otro freno de su mente.

Estaba hablando con Kibah, esta vez en una pequeña oficina. Él parecía nervioso, asustado, y casi gritaba al hablar:

- Sabía que pasaría tarde o temprano. La idea es demasiado grande, todo es demasiado grande como para pasar inadvertido. Hemos abierto la puerta a poca gente, y hemos cobrado un precio muy alto por dejarles participar. Pero las personas así no se conforman nunca, siempre quieren salvar a amigos, a familiares... no se dan cuenta de que no funciona así, de que no importará con quién entren. Que cada uno saldrá por caminos diferentes.

- Kibah, tranquilízate. No estamos seguros de que lo sepan. ¿Y si es un farol de uno de los rechazados?

- ¡¿Qué?! Sabes que eso es imposible. Los rechazados no saben nada, no han tenido acceso a nada. Y la policía de medio mundo nos busca con cargos de investigación prohibida. Sabes lo que eso significa a estas alturas: nos matarán antes de que podamos terminar nada. Sólo hemos conseguido cinco ciclos fiables. Un sexto sabemos que da errores en el 99%, y no tenemos tiempo para averiguar cómo pararlo, cómo sacarles de ahí antes de que sea fatal.

- Ellos lo aceptaron, sabían los riesgos que corrían con ello. Y aún así firmaron un consentimiento, pagaron, y han ganado más de lo que hayan podido perder.

El hombre se sentó y se agarró la cabeza con las manos.

- ¿Y cómo sabremos nunca qué es lo que han ganado si todos terminan igual? No sabemos detener los ciclos, Luna, sin eso el programa no va a ningún lado. Sólo sirve para alargar lo inevitable. Además, faltan muchos detalles por arreglar: los recuerdos, las elecciones, las salidas... no todo está completado. Y

ya no hay marcha atrás. Tenemos personas andando por ahí fuera que no tardarán en entrar al programa. No podemos quitar los electrodos, el cerebro se colapsaría.

- Tranquilo, hombre. Debemos aguantar. Estamos rozando la gloria. ¿Te das cuenta de lo que sería ser nuestros propios dioses en lugar de simples marionetas? Faltan arreglos, es verdad, pero no creo que a la policía le importe que esté o no terminado. Nos fusilarán igual en cuanto nos vean. Pero tenemos una salida...

El anciano palideció.

- ¿Estás pensando en...? ¡¡Luna!! ¡No podemos hacerlo! Sabes todo lo que conlleva. ¡Sabes que no está perfeccionado!

- ¿Se te ocurre alguna idea mejor, viejo amigo?
– dijo ella, con una profunda tristeza infinita en sus ojos.

Él sólo pudo recostarse en la silla y encender un cigarro. En el fondo sabía que no había más salidas...

Y volvió al presente. Su cuerpo había dejado de temblar violentamente, como si los recuerdos le hubieran calentado por dentro. Cada vez todo tenía más sentido, le resultaba más familiar. Pero como siempre que había descubierto algo nuevo, nuevas preguntas aparecían en su cabeza: ¿había la policía descubierto sus investigaciones? ¿qué había sido de ellos? ¿qué fallos tenía el programa? ¿en qué consistía?...

Intentó no pensar en ello. Bastante tenía con intentar salir de allí. Sólo podía incorporar el torso unos centímetros, pero le bastó para agarrar la bolsa que llevaba al cuello con la boca, y a base de estirar, romper la cuerda que la sujetaba. Sin prestar atención al dolor del cuello dio la vuelta a la bolsa y la vació allí con cuidado de que no resbalaran y se alejaran. “Sólo me faltaba no poder llegar a ellas”, pensó.

Vio que hasta entonces había hecho todas las parejas bien, incluso la última, aunque dudaba de si

la había entendido bien... y ahora sólo quedaban los garabatos, la persona, la cruz y la balanza.

En principio casi se podían emparejar de cualquier forma, y a todas ellas podía buscarles un significado. Dejó caer la cabeza. Ni siquiera podía fumar un cigarro al no poder utilizar los brazos y sintió que la cólera y la claustrofobia volvían a apoderarse de ella. Cerró la puerta de su alma a cal y canto y esta vez lo controló.

Al no poder hacer nada más, pensó. No veía cerca ninguna piedra donde introducir figuras, ni podía alejarse de allí más de un par de centímetros... así que optó por guardar las piedras en la bolsa con la boca, dejarlas lo más cerca de su cuerpo posible y echar una cabezada. Así, por enésima vez quedó dormida a pesar del frío y la falta de sensibilidad en los brazos.

Cuando despertó notó enseguida que algo había cambiado. “¿Y ahora qué coño pasa?” los pensamientos se arrastraron por su mente con un terrible cansancio. Despegó los párpados y se fijó un poco en lo que le rodeaba. Seguía en el hielo con los brazos inutilizables, pero de algún lugar lejano sentía que llegaba un aire caliente.

Entrecerró los ojos y en el horizonte vio una bola reluciente. Al principio le pareció el sol, pero estaba demasiado cerca del suelo y... se... movía. Giraba alrededor de ella a una distancia suficiente como para no quemarla, pero sí que sintiera su calor. Como consecuencia, el trozo de hielo sobre el que estaba tendida se había hecho más pequeño. De hecho... bastante más pequeño. Tanto que al moverse un poco comprobó que se balanceaba peligrosamente al haber quedado convertido en una

especie de pirámide invertida. Gritó y puso todas sus fuerzas y su concentración en mantener el equilibrio. Cuando lo consiguió apenas se atrevía a respirar. No sabía lo que pasaría si volcaba estando atrapada en el hielo, pero tenía el presentimiento de que nada bueno. Puede que fuera el final de la partida y no estaba dispuesta a dejarlo después de haber llegado tan lejos. No sin antes averiguar todo lo que había pasado para que ella estuviera allí.

Se fijó en si algo más había cambiado, y descubrió que un poco más abajo de sus manos, también incrustada en el hielo, estaba la piedra donde poder colocar las imágenes. Antes de pensar en cómo acceder a ella, quiso averiguar cuál pondría cuando lo consiguiera.

La persona, la balanza, las líneas sin sentido y la cruz. Otra vez sin poder explicárselo bien, le pareció obvio que la balanza era parte de la pareja. Al fin y al cabo, si no mantenía el equilibrio en aquella especie de iceberg la partida acabaría... “¿La

partida? Parece que sin quererlo mi mente se va adaptando a todo esto” pensó, y no pudo menos que sonreír.

Vale, la balanza. El equilibrio, ¿y después, qué? ¿Los altibajos humanos? ¿El caos de unas líneas sin sentido? ¿O la imperfección de la cruz que era más alta que ancha?

Descartó la cruz, porque pensaba que era el emparejamiento más forzado. Le quedaba lo humano y el caos. Se le ocurrió que una persona podía significar muchas cosas además del desequilibrio: la vida, un cuerpo... incluso la perfección. Porque ella siempre había pensado que el equilibrio está en la suma de las imperfecciones, tanto las que sobresalían en lo bueno como en lo malo. Como una balanza. El ser humano iba poniendo en cada parte de ella lo bueno y lo malo, hasta llegar (o no) a la estabilidad.

En ese sentido la balanza y la persona serían lo mismo, y aquello no le convencía. Algo no encajaba. Después de pensarlo detenidamente cayó en que las que mejor encajaban según su forma de ver la vida

eran la balanza y las líneas, el caos. “Según mis recuerdos y lo que me dijo Kibah”, pensó, “lo que importa es lo que signifiquen estas imágenes para mí”.

Así que aceptando esa pareja eligió. Dudó bastante, porque lo imperfecto le gustaba, el caos la fascinaba. Pensaba que el caos podía ir a más, pero al final, llegaría un punto en el que al no ser nada infinito se convertiría en perfección o al menos en orden. Era una idea a la que siempre había dado vueltas.

Por otra parte, el equilibrio, la balanza, el ying y el yang... también le gustaba pensar en las diferentes formas de lograr la estabilidad. Cómo unas cosas se compensaban con otras en la vida, hasta que muchas veces en lugar de ser positivo o negativo se quedaba en el cero, en un punto muerto entre el mundo de los sueños y las pesadillas, en una especie de edén.

Por todo ello, no sabía cuál elegir. ¿La perfección o la imperfección? ¿El equilibrio o el caos? ¿Lo meditado o el azar?

Y por primera vez, sintió que no le importaba cuál de las dos encajar. Que cada una tenía sus pros y sus contras, y se preguntó qué pasaría si pusiera las dos a la vez en la piedra. “Lo peor que puede pasar es que por uno o dos milímetros toque una de ellas primero y sea la elección que este mundo imagina tomada, pero sea cual sea la aceptaré”.

Y no eran sólo sus prisas por salir de ese sitio que la mantenía presa lo que le hizo pensarlo, sino que lo sentía de verdad. Kibah no había dicho nada de lo que podía pasar si ponía dos piedras a la vez, ni siquiera había dicho si se podía probar. Sabía que ella debería saberlo, pero no era así. “Puede que en el próximo sitio donde aparezca”, pensó. “Ya no queda mucho para terminar esto y supongo que todos mis recuerdos habrán vuelto para cuando salga de aquí. Al menos eso espero...”

Ahora le faltaba saber cómo iba a introducir aquellas piedras al hielo, a encajarlas si no podía traspasar aquel suelo frío. Se le ocurrió intentar meterlas por su manga para ver si conseguía que llegaran a sus manos. Se arriesgaba a perderlas, pero no tenía otra opción. Primero la balanza, se separó la camiseta del cuerpo y la dejó caer tocando su brazo. Sintió cómo se deslizaba por su piel y sintió un escalofrío. Al menos estaba recuperando la sensibilidad en los congelados antebrazos.

Intentó que llegara a su mano y lo consiguió sólo después de cortarse con numerosas espinas de hielo que sobresalían. La sangre tiñó el hielo que rodeaba sus brazos. Pero ella no sentía el dolor, sólo la piedra deslizándose entre sus dedos. “Bonito color”, se le cruzó por la mente al ver el nuevo tono rojizo del hielo. Le divirtió su ocurrencia, pero sin perder la concentración repitió lo que había hecho con la piedra del caos, como ya la había bautizado.

Cuando tuvo las dos en la misma mano intentó saber qué distancia le separaba del lugar donde ponerlas. Desde arriba parecía que estaba lejos, pero tuvo la esperanza de que fuera por culpa de los reflejos y en realidad sólo hubiera unos centímetros.

Con las uñas empezó a rascar el hielo, pero enseguida se rindió al comprobar que el color rojo de los alrededores iba aumentando. Se le ocurrió quemar el hielo con el mechero. El problema era que si se mojaba dejaría de funcionar y se le acabaría definitivamente el vicio. Esperó unos segundos a ver si una inspiración divina le llegaba como caída del cielo, pero al ver que su ángel de la guarda debía estar de vacaciones lo hizo. Introdujo el mechero por su manga y lo arrastró hasta su mano intentando por todos los medios que no se mojara.

La parte buena era que mientras no lo encendiera, el hielo no se deshacía y no sería tan complicado mantenerlo seco... pero al empezar a calentarlo sería prácticamente imposible.

“A menos” pensó “que lo tape con mi mano. Así aguantará algo más. Como apenas tengo sensibilidad no dolerá, y si esto es un programa de ordenador dudo tremendamente que vaya a ser definitivo lo que les pase a mis dedos”.

Así que cubrió el mechero por encima con su piel para que el agua cayera hacia los lados y encendió el mechero. El frío no tardó en ceder y empezó a mojarse. Parecía que de momento el pequeño invento funcionaba, y no tardó demasiado en tocar la piedra.

Cuando apagó el mechero sentía pinchazos en la mitad de los dedos, pero era capaz de mover la mano en el hueco hecho. No lo hizo demasiado por miedo a que el hielo en el que estaba se desnivelara y cayera hacia algún lado. Deslizó las dos piedras con cuidado hasta la punta de sus dedos y las juntó para que las dos tocaran a la vez su pedestal.

Respiró hondo. Sabía que podía haber algún fallo en el programa al hacerlo, pero era lo que quería, y al fin y al cabo no tenía nada que perder.

Como mucho saldría del programa y desaparecería, o quedaría libre, o... lo que fuera sería mejor que estar allí eternamente.

Las acercó despacio y cuando quedaban sólo unos milímetros empujó las dos para que encajaran para rendirse después a las sensaciones de cambio de lugar que había experimentado ya tantas veces. Sintió que caía hacia algún lugar y cerró los ojos esperando el golpe que indicara que estaba en tierra firme.

Esperó más rato del normal, demasiado más... y es que el momento de caer a algún lado no llegaba...

Sentía que el viento no le permitía abrir los ojos y que seguía cayendo. No podía estar más tiempo esperando, tenía que mirar lo que había. Se cubrió con las manos la cara y observó alrededor. Lo que la rodeaba le dejó sin respiración.

Pensó que era imposible. En realidad no estaba cayendo, sino desplazándose sin ningún apoyo... estaba en el espacio. Su cuerpo se movía a toda velocidad por la nada dejando atrás planetas, meteoros, estrellas...

Y sin embargo podía respirar. Lo aceptó simplemente como parte del programa, ya pocas cosas le parecían extrañas. Disfrutó de las vistas. Se sentía tan grande y a la vez tan pequeña viendo aquello...

De repente oyó un fuerte ruido al lado que la sacó del trance en el que estaba. Miró hacia el origen

del sonido y alcanzó a ver un montón de rocas del tamaño de su cabeza dirigirse hacia ella. Gritó y se cubrió esperando el choque, pero escuchó más ruidos sin sentir dolor. Se atrevió a girar de nuevo la cabeza y descubrió que los meteoros se partían en mil pedazos a un metro de ella, como si la rodeara una burbuja invisible y dura como el acero.

Por primera vez desde que había despertado en aquel sitio se sintió en parte protegida, inmune a las adversidades que la rodeaban. Y al pensar en ello se le ocurrió mirarse las manos y los brazos, los cuales había mutilado en el lugar anterior.

No pudo menos que sorprenderse cuando vio que sólo quedaban cicatrices, ninguna herida abierta, como si hubiese pasado mucho tiempo. Recordó las palabras de Erik: “Aquí el tiempo es algo relativo”. Le dedicó unos segundos de su pensamiento, deseando que se encontrara bien o que hubiera salido ya de aquel sitio.

Y fue al rememorar sus primeros días allí cuando otro bloqueo se quitó de su mente.

Estaba de nuevo con Kibah en los laboratorios. Él tecleaba algo en una pantalla, y ella le observaba sentada al lado, dándole algunas directrices. Pocos minutos después ambos gritaban:

- ¡Por fin! ¡Lo tenemos!

Se abrazaron un largo momento mientras todo el cansancio de los días anteriores se disipaba para dejar paso a la alegría del nuevo paso.

Hacía ya muchos meses que habían conseguido controlar el paso de los fluidos post-mortem al programa de ordenador, y también habían conseguido cambiar el programa hasta hacerlo un mundo con casi infinitas posibilidades. Pero no habían tenido tanta suerte al intentar que el fluido interactuara con el entorno.

Después de muchas noches en vela delante de la pantalla del ordenador, de miles de códigos tecleados y de meses trabajando todavía en la clandestinidad, habían dado con ello.

Ya no sólo tenían el poder de redirigir el fluido al programa y situarlo en un entorno simulado, ya fuera un campo, una casa o un mar, sino que “la persona”, la representación del fluido, que era similar al cuerpo en el que había habitado, reaccionaba ante él.

Hasta entonces el fluido había permanecido inmóvil, girando en el aire con aspecto de estar dormido. Incluso introduciendo variables como la gravedad y sentidos para el fluido como el tacto, la vista... nada había variado. El viento simulado azotaba las copas de los árboles, pero no tenía el menor efecto ante la imagen humana.

Habían encontrado el fallo sólo después de mucha dedicación... y mucho estrés, dado que se sabían perseguidos por la policía. Tras repasar prácticamente todo el programa, un ajuste en el módulo de éste que se encargaba de introducir el fluido en la computadora había sido la clave para conseguirlo.

Al corregirlo, en una noche como otras muchas que habían pasado repasando todo, pudieron ver cómo la figura de un hombre joven caía al suelo y se levantaba para mirarlo todo alrededor. Entre gritos de júbilo le vieron dirigirse hacia una sombra, sentarse en ella y agarrarse la cabeza con las manos.

Sólo interrumpió sus brindis una voz que tardó poco en salir por los altavoces:

- ¿Dónde coño estoy?

Miraron a la pantalla para ver que las palabras habían salido de aquella figura humana. Entonces se les ocurrió utilizar el micrófono para preguntarle:

- ¿Hola?

La figura alzó la cabeza y miró al cielo. Quedó con la boca abierta y expresión de miedo sin moverse. Luna volvió a hablar.

- ¿Cómo estás?

Parecía que no se atrevía a hablar. Pensó que era normal. Si ella despertara en un lugar extraño y una voz saliera del cielo reaccionaría parecido.

- Escucha, soy Luna. ¿Recuerdas la prueba del programa a la que te sometiste voluntario?

El joven pareció pensar un buen rato antes de contestar:

- No... no recuerdo nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué programa? ¿Quién eres? – empezó a agobiarse -
¡¡Sácame de aquí!! ¡¡Quiero volver a mi vida!!

Kibah y Luna se miraron. No habían contado con aquello. La idea era que el fluido tuviera los recuerdos del humano del que había salido.

- Puede – murmuró el anciano – que sea normal. Los recuerdos se almacenan en el cerebro, y el fluido ya ha dejado el suyo atrás.

- ¿Quieres decir que no va a recordar nada nunca? Kibah, no contábamos con eso. Tiene que haber alguna forma de devolverle sus recuerdos. No encontraremos nadie que quiera pasarse la eternidad en una amnesia angustiosa, por mucho que consiga con ello librarse de la muerte.

- Estás yendo demasiado rápido, pequeña. Piénsalo. ¿No se nos está yendo de las manos? Esa

persona está consciente pero desorientada y amnésica. ¿De veras crees que es buena idea seguir con esto? No somos dioses, Luna. No tenemos derecho a...

- No me vengas ahora con esos cuentos, Kibah. Las personas que han entrado hasta ahora han accedido sabiendo todos los riesgos. Y la amnesia era uno de ellos. En el momento en que él firmó la autorización – dijo señalando al hombre de la pantalla que no paraba de gritar y llorar – nos dio todos los derechos. Teniendo en cuenta lo que hemos conseguido hasta ahora no será difícil hacer que pasen con sus recuerdos.

- No es tan fácil. El fluido ocupa mucha memoria y podríamos sobrecargar el sistema si de golpe metemos todos los recuerdos de su vida. Podríamos perder todo el programa.

- ¡¡Mierda!! Tiene que haber alguna forma, Kibah. No me jodas, llevamos con esto mucho tiempo. No podemos parar ahora. ¿Te das cuenta de

lo que será cuando esté acabado? ¡Nos convertirá en nuestros propios dioses!

El semblante del anciano se ensombreció. Aunque buscaban algo parecido, no estaban del todo de acuerdo en los fines que querían conseguir. Mientras Luna quería un paraíso terrenal para que las personas superaran la muerte y vivieran la eternidad, Kibah buscaba algo más profundo.

Era la diferencia entre querer ser dios y simplemente buscarlo...

Otra vez en el presente empezaba a encajar muchas piezas del rompecabezas. Lo que había recordado le hizo sentirse cruel. Se veía reflejada sólo en parte en la imagen que veía en sus nuevos recuerdos. Era verdad que la idea de los dioses y del libre albedrío siempre le había atraído como un imán, pero parte de sus ideales, a los que nunca recordaba haber fallado, se veían torturados en su memoria recibida gota a gota.

Respiró profundamente un par de veces, intentando calmarse. Algo le decía que había pasado mucho tiempo atrás, pero no le hacía sentir mejor.

Alzó los ojos y miró alrededor. Todo el universo paseaba ante ella sin importarle que estuviera allí mirándolo.

Llevó una mano a la bolsa que seguía colgada de su cuello y la abrió. Sólo dos imágenes: la cruz y el hombre. Y al pensar en sus últimos recuerdos lo comprendió. Los dioses o la humanidad. El ser humano frente a algo mucho mayor, la acción frente a la fe.

Encendió un cigarro y observó con alivio cómo el humo salía de la burbuja permitiéndole seguir respirando sin problemas.

Sabía que debía elegir, pero ¿cómo? No había ninguna piedra allí para poder poner las figuras. Decidió pensar mientras fumaba.

Las personas eran imperfectas, lo tenía muy claro, y los dioses, según decían, eran perfectos. Pero ¿cómo podía confiar alguien en un ser que no se

mostraba de ninguna manera? ¿Que, pese a supuestamente tener el poder para ello no intervenía ante las injusticias que causaban tanto los hombres como la naturaleza? ¿Que permitía que buenas personas sufrieran?

La teoría del libre albedrío y la idea de que era el ser humano el que estropeaba el mundo y no dios no le servía para explicarlo. Aceptaba que si alguien fumaba se arriesgaba a tener un cáncer de pulmón, que era deber de los que más tenían dar a los que necesitaban, que eran las personas y no dios las que comenzaban las guerras y eran capaces de asesinar en ellas sin piedad, pero ¿cómo podría ser responsable un niño de morir en unas inundaciones? ¿qué culpa tenía una persona honrada de sufrir un terremoto y morir mientras iba a comprar el pan o a llevar a sus hijos al colegio?

El mundo estaba siendo maltratado e iba a quedar en poco tiempo hecho una completa basura por culpa del ser humano. Pero al menos de éste se sabía qué esperar, no pretendía parecer perfecto.

Sin embargo los dioses se las daban de perfectos y no necesitaban demostrarlo. ¿Por qué? ¿Sólo porque los libros ya lo decían?

Muchas veces imaginaba que los dioses existían, pero que no les importaba lo que pasara en un pequeño planeta casi lleno de agua. Tendrían cosas más importantes de las que preocuparse teniendo en cuenta que eran capaces de abarcar medio universo como mínimo.

Si eso fuera así, sólo pondría más en manifiesto la estupidez humana, al dedicar muchas personas su vida y confiar bastantes más en algo que pasaba de ellas.

Claro que también podía confundirse, pensó, y que los dioses ayudaran a los que confiaban en ellos. “¿Quién sabe?” cruzó por su mente, y aspiró una larga calada del cigarro. No pudo menos que sonreír al pensar en la posibilidad de que estuviera equivocada y fuera a ir al infierno. “Al menos allí no habrá hipocresía” y soltó una carcajada.

Definitivamente no, no quería elegir a los dioses, ni la fe, ni la religión para vivir. No los necesitaba. Prefería inventar su propio camino andando que caminar sobre vereda marcada.

Y en un gesto impulsivo, miró la imagen de la cruz y la tiró muy lejos de allí. Atravesó la burbuja y pronto la perdió de vista. Se sintió de pronto libre. Sin ataduras de ideas ni filosofías. Capaz de pensar lo que quisiera, de vivir su propia vida.

Y sin esperárselo, volvió el remolino que le transportaba hacia otro lugar. ¿Era aquello la salida? ¿Por qué algo cambiaba si no había metido ninguna imagen en una piedra?

“Da igual”, pensó, “no quedan más piedras. Que sea lo que tenga que ser.”

Mientras el remolino la envolvía y jugaba con ella como si fuera una pelota pensó en dónde podría despertar a continuación. Puede que en la tierra, devuelto su fluido a su cuerpo humano, o en una especie de paraíso eterno, o en el lugar que ella quisiera...

Tardó poco en venirse abajo. Muy lejos de lo que esperaba al no quedar más piedras que colocar, se despertó en una sala totalmente blanca. No había techo, ni paredes, ni suelo. Simplemente era todo blanco.

Lo único que destacaba aparte de ella eran siete espejos que la rodeaban y reflejaban hasta el infinito. Absolutamente nada más.

Se sentó en el vacío y encendió otro cigarro. Miró el paquete y suspiró al ver que quedaban pocos.

Intentaría guardarlos para “alguna ocasión especial, si es que hay alguna aquí dentro”, pensó.

Y en ese momento algo le llamó la atención. La imagen reflejada en los espejos estaba cambiando. Ya no era ella, sino que en cada uno salía cada una de las piedras que había elegido en su largo camino.

La primera de ellas, la del fuego. “Esa habitación es especial, no tiene una pareja de imágenes” le había dicho Kibah. Se acercó al espejo y lo miró con curiosidad. Alargó la mano para tocarlo y cuando lo hizo... apareció una imagen de Kibah, un Kibah joven y saludable en lugar del anciano con el que había tratado.

- ¡Kibah! ¿Eres tú? ¿Qué estás haciendo...

- Hola, Luna. No intentes hablar, porque soy sólo una grabación. Has llegado a tu último lugar en este mundo. Durante las grabaciones de los siete espejos terminarás de recordar, pues así lo programamos juntos. No tengas prisa, y mira cada grabación todas las veces que quieras. Cuando las siete hayan sido vistas, todo cambiará. Tenlo en

cuenta en todo momento. La llave que te queda te llevará a donde debas ir.

Ella no podía dejar de mirarlo. Lo quería como a un hermano, había trabajado con él mucho tiempo y juntos habían creado el mundo en el que se encontraba. Siguió atenta a lo que decía.

- Entrando en materia, te hablaré de la primera sala. Aquella en la que todos los fluidos despiertan al llegar. ¿Recuerdas para qué la hicimos, Luna? Fue construida para dejar a los fluidos sin instinto fuera. Para que sólo los que tuvieran iniciativa pudieran seguir en el mundo. Vamos, recuerda...

Sus palabras estaban haciendo emerger algo de su mente. Primero era una sensación leve, pero se fue intensificando hasta que parte de su bloqueo explotó.

- ¿Crees que seremos capaces de crear algo así?
— decía el anciano en el laboratorio. Ella estaba sentada en frente.

- Claro. Hemos conseguido meter los fluidos en el programa y hacerlos interactuar con él, y también

hemos conseguido insertarlos en cuerpos aún no natos. ¿Por qué no relacionar ambas cosas?

Kibah parecía cada vez menos escandalizado.

- La verdad es que no me parece del todo una mala idea, pero habrá que trabajar mucho en ello. ¿Por dónde empezaremos?

- Tengo algo pensado. Podemos hacer un primer lugar de selección. Así el programa no se sobrecargará. Sólo los fluidos que quieran salir saldrán. El resto no se moverán de allí. Es la forma de gastar menos energía.

- ¿Algo así como una selección natural?

- Supongo que podría llamarse así.

- Pero desconocemos la naturaleza de los fluidos. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Ella sonrió. Llevaba toda la noche dándole vueltas, y sentía que había conseguido atar todos los cabos.

- ¿Qué es lo más primitivo del ser humano, Kibah? ¿Aquello que sigue estando aún sin recuerdos, sin conocimientos y sin orientación?

El hombre pensó. Y al de un rato se le iluminó la cara.

- ¿El instinto?

- ¡Exacto! Hemos comprobado que hay fluidos que carecen de él, que simplemente nacen, ocupan un cuerpo, y mueren. Esos quedarán sin pasar la selección. Todos tendrán un tiempo límite para pasar al siguiente lugar y si no lo hacen serán expulsados del programa. Así el sistema podrá con todo.

- En principio podría funcionar... al fin y al cabo, si no consiguen seguir pasará lo mismo que ha estado pasando siempre con los fluidos... se elevarán hasta desaparecer, así que no tienen nada que perder.

- Exacto. Podemos hacer que el programa asigne a cada fluido una piedra que deban intuir dónde encajar para seguir. Una piedra con una imagen básica: agua, tierra, fuego o aire. Son los cuatro elementos que hemos reconocido en los fluidos, y se les dará la imagen del que haya mayor proporción en ellos.

- Sabes que estamos trabajando sobre demasiadas hipótesis, ¿no Luna?

- Puede ser, pero aquí las normas las ponemos nosotros. – dijo ella con una sonrisa.

Se levantó del suelo y quedó mirando al espejo que había tocado, que ahora reflejaba de nuevo la piedra de fuego. “Una selección natural” pensó “No es mala idea... es una buena forma de ahorrar medios, aunque todavía no sé para qué...” Y sin pensárselo más tocó el segundo espejo, en el que había la imagen de una gota de agua. Volvió a aparecer Kibah, también joven pero esta vez con una ropa distinta. Supuso que las grabaciones se habían hecho en diferentes días.

- Hola pequeña. Supongo que tendrás miles de preguntas en la cabeza, pero tranquila, no tardarás en poder contestar a todas. Quería hablarte de la segunda habitación. El arrollo y el bosque, donde tú elegiste ser única, una gota en lugar de parte de un río. Es típico de ti. – sonrió – ¿Recuerdas por qué me encontraste allí, Luna? ¿Recuerdas qué hacía en aquel bosque?...

Y otro resorte saltó en su mente.

Kibah y ella estaban allí, en aquel bosque. Y daba la impresión de que era hace mucho tiempo.

- ¿Estás seguro de lo que dices, Kibah? – le preguntaba ella.

- Sí, la verdad es que sí. Es una pena que sólo consiguiéramos que cada fluido pudiera pasar por aquí un máximo de cinco veces sin errores. Ya las

hemos cumplido, y no quiero desaparecer. Aunque te parezca irónico, tengo miedo a la muerte aun estando en este lugar.

- Pero sabes que algunas almas han conseguido hacer hasta seis ciclos...

- Sí, pero no más. Las que lo han hecho han sufrido errores en sus recuerdos y en sus pasos, y las poquísimas que han llegado al séptimo se han desintegrado sin dejar rastro. Prefiero quedarme aquí ahora.

- ¿Y qué harás aquí tú sólo? ¿Piensas que podrás estar toda la eternidad sin volverte loco?

Él soltó una carcajada.

- No estaré siempre sólo. Te volveré a ver, al menos una vez más – su expresión se volvió seria – aunque no sea lo mismo...

- Tranquilo, viejo amigo. Es lo que quiero. Prefiero vivir plenamente todo lo que pueda. Con suerte podré terminar de ajustar el programa en la siguiente vida.

- ¿Crees que merece la pena? Tenemos aquí la eternidad. Unas vacaciones infinitas. Pero sabes que si vuelves a vivir en tu próximo paso por aquí será mucho más difícil que recuerdes, y si no lo haces puedes quedar atascada en algún lugar sin saber ni siquiera dónde estás o cómo has llegado.

- Ey, ey, te preocupas demasiado. Soy fuerte. Puede que la próxima vez que venga tarde más en recordar, pero lo terminaré haciendo y llegaré al final.

- Eso no lo sabes.

- Eso... lo intuía – y rió. Siempre había estado segura de sí misma. Y aunque sabía que la mayoría de los fluidos aguantaban cinco ciclos algo le decía que ella era más fuerte, más resistente.

- Sabes que no podré ayudarte a recordar...

- Sí, lo sé. Y te conozco, así que más te vale estar callado. No quiero que pierdas lo que tanto quieres. Y el castigo es demasiado alto... sobre todo teniendo en cuenta la posición en la que estás.

Y otra vez volvió al lugar de los espejos. Ahora entendía por qué Kibah estaba allí. Él había renunciado a llegar al final del camino. Simplemente se había montado una cabaña que de vez en cuando cambiaba de lugar y vivía tranquilamente en la naturaleza. Había pasado a formar parte del programa.

Pero ella necesitaba saber por qué había desaparecido su amigo, cuál era la norma que había roto y dónde estaba ahora... si es que estaba en algún lado.

No pudo esperar más y corrió hacia el tercer espejo, que tenía la figura de la Luna, para posar su mano sobre él activando la siguiente grabación.

- Sí, elegí quedarme allí para siempre. Pero cuando viniste a mí sin recordar no podía dejarte en aquel lugar. Siento haber roto las normas, Luna, pero te quiero demasiado como para no hacerlo.

A ella se le empañaron los ojos. No entendía cómo en las grabaciones podía mencionar aquello. ¿Podía estar Kibah en algún lugar? ¿Podía no haber desaparecido del todo? ¿O lo había hecho pero le había dado tiempo a grabar aquello?

- En la siguiente habitación elegiste la luna. Era de esperar, ya que tú misma te pusiste ese nombre hace mucho tiempo. La oscuridad, la soledad, la espiritualidad... así eres, pequeña. Ahora es hora de que recuerdes las normas que creaste, Luna. Vamos... intenta pensar en ello...

Por tercera vez, recordó frente al espejo.

- Si no podemos introducir todos sus recuerdos a la vez hagámoslo poco a poco para que no se sobrecargue todo. A cada paso que den, programémoslo para que parte de sus recuerdos vuelvan. Los justos para que vayan entendiendo y puedan ir avanzando, pero no más.

- Está bien, podemos agregar un filtro al programa que separe en cada lugar los recuerdos precisos y los introduzca en el flujo. Pero, ¿y qué pasará si dos fluidos se encuentran en el mismo lugar y juntan sus recuerdos? Puede ser un grave problema de sobrecarga.

- Es casi imposible que se encuentren dos fluidos, el mundo es demasiado grande. Pero de todas formas avisaremos a todos los que vayan a entrar de que está terminantemente prohibido hablar de lo que se recuerda con otros.

- A la gente no le importará. Querrán compartir lo que saben – dijo el anciano.

- Bien, pues lo único que se me ocurre es poner un castigo a quien lo incumpla y avisarlo. El que lo

haga será expulsado del programa a una última vida. Su chip se desactivará y cuando muera el fluido no volverá a entrar. Se evaporará.

- Bueno, no es mala idea, no creo que los que entren aquí se arriesguen a salir antes de tiempo.

Luna quedó pensativa

- La norma se introducirá ya en la primera habitación – dijo – pero no sé si conseguiremos que cuando el fluido haya pasado por el mundo más ciclos de los que no dan fallos podremos.

- El que llegue a ese punto dudo que pueda salir siquiera de la primera sala antes del tiempo límite.

- ¿Sí, pero y si lo hace?

- En el momento en el que encuentren la piedra, antes de averiguar para qué sirve dejarán de ver a quien esté cerca – sentenció.

- De acuerdo, solucionado. Pongámonos a ello.

Ahora parte de sus preguntas estaban ya resueltas. Kibah no había desaparecido, pero sí había

sacrificado su permanencia en el programa para que ella pudiera llegar a la habitación de los espejos.

Al pensar que había conseguido volver a nacer, se explicó que las grabaciones hablaran de decisiones que ella había tomado tras estar con el anciano, y que estuviera más joven. Pero, como siempre, nuevas preguntas asomaban: ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Si Kibah había no sólo nacido sino también crecido y creado su última habitación de aquel lugar significaba que hacía... ¡años! de su encuentro con su compañero.

La cabeza le empezó a dar vueltas y se sentó en la nada en la que estaba suspendida. Le cruzaron por la mente las palabras de Erik: “El tiempo aquí es algo relativo”. La orientación era imposible estando en un programa, y suponía que teniendo en cuenta el gran mundo que creaba la velocidad a la que los fluidos actuarían en él sería baja. “No habrá un ordenador en el mundo que aguante estas toneladas de información a velocidad real hasta dentro de muchas vidas” pensó. Y sonrió. Era una gran oportunidad la que ella

misma había creado junto con el anciano. Una manera de volver a vivir. Algo que todo ser humano ha soñado alguna vez: ver el planeta dentro de cientos de años. Ella lo había tenido en su mano gracias al programa, aunque desearía recordar más sobre sus otras vidas. Kibah le había dicho que era su sexto ciclo, por lo que suponía que había vivido seis veces. Los recuerdos sobre el programa parecían todos de la misma vida, y si era así evidentemente sería la primera.

El recuerdo de la muerte seguramente sería de la última. Se estremeció al recordarse a sí misma sobre la carretera sintiendo el aire escapar de sus pulmones. Era extraño, demasiado extraño.

Miró al siguiente espejo, que reflejaba la imagen de unas hermosas alas. Admiró cada una de las plumas, perfectamente delimitadas y después se alejó para verlas enteras. No sabía por qué era una de las piedras que más a gusto había puesto.

Se encendió un cigarro y guardó en el bolsillo los que le quedaban para después. Lo encendió

viendo que al mechero le quedaba poco gas. “Esto se está acabando”, pensó, “pronto saldré de aquí”. Y sintió que las prisas le abandonaban. ¿Y si lo que venía después era peor? O, ¿y si no venía nada después? Llevaba años ahí dentro a juzgar por las grabaciones, así que no le importaba pasar un rato más en silencio.

Mientras el humo se elevaba pensó en todo lo que había pasado desde que llegó: en Erik, las piedras, todo lo que había sentido, Kibah... “Se parece a una vida, naciendo sin saber y aprendiendo poco a poco. Tomando decisiones en cada momento que te llevan por unos u otros caminos, sin poder dar marcha atrás. Un viaje hacia el final, un viaje en el que puedes encontrar de todo.” Dio otra calada al cigarro para sentir el humo raspando su garganta “Aunque en la vida hay muchas más opciones que dos en cada lugar no he hecho un mal trabajo. Mejor dos que ninguna.”

Intentó imaginarse lo que esconderían las alas. Volar. Lo tenía claro aunque no acertaba a decirlo

con palabras. Decidió dejar que Kibah explicase más cosas mientras terminaba el cigarro y acercó la mano hasta el espejo. No tardó en aparecer otra imagen del anciano.

- La imaginación, la fantasía, lo increíble hecho real... frente a lo ya inventado, a lo cotidiano. No tenía dudas de lo que escogerías, y seguro que tú tampoco tardaste en decidir. Si no fuera por tu espíritu explorador, dispuesto a dar vida a lo inimaginable, ahora no estaríamos aquí hablando.-
sonrió- Vas avanzando, doctora, y vas recordando. El último lugar es para eso. ¿Recuerdas, Luna, para qué son el resto de lugares? Ya sabes todo sobre la primera sala, pero, ¿y las demás? Debes recordar la finalidad de este lugar... la discutimos mucho, pero ahora no importa. Recuerda al menos lo que programamos... vamos...

Dicho y hecho, otro resorte saltó en mil pedazos para dar paso a un tropel de recuerdos reprimidos.

En la imagen que apareció en su mente estaban el anciano y ella paseando por un jardín enorme, charlando.

- ¿Te imaginas lo que sería? No sólo dar la oportunidad a una persona de volver a nacer, sino que además tuviera una vida acorde con su espíritu.

- Lo hemos hablado ya muchas veces, Luna. – decía él con aspecto cansado – no puede predecirse la vida que un bebé va a tener.

- Lo sé, pero se puede tener una aproximación teniendo en cuenta el entorno en el que va a nacer. Hoy en día el gobierno tiene instaladas cámaras y micrófonos por todos lados, hay máquinas que reconocen las voces y dan sentido a las conversaciones haciendo saltar alarmas cuando se habla de atentar, de política... si pudiéramos pinchar las necesarias y conectarlas paralelamente con el programa éste podría calcular las probabilidades de que el futuro de ese niño sea duro, feliz, difícil...

Hizo una pausa para mirar a su compañero. Sabía que se había criado en la religión y que jugar a ser dios le repugnaba. Esperó a que hablara.

- ¿Tenemos derecho a crear un ordenador que nos asigne una vida, Luna? ¿Quiénes somos para ello? – parecía dudar, tener algo más en mente – De pequeño me enseñaron que dios es quien elige eso, que él nunca nos da más de lo que podemos aguantar. Que nos guarda un lugar en el cielo o en el infierno y que tiene un plan para cada uno de nosotros. ¿Cómo vamos a interferir en ese plan?

Ella no era creyente a pesar de haberse educado en la religión, pero no quería ofenderle así que pensó bien cada palabra que dijo a continuación:

- Kibah, no sería un ordenador quien eligiera la próxima vida de nadie. Sería la propia persona quien lo hiciera, quien introdujera sus elecciones de valores, fuerza, preferencias... al ordenador. Éste sólo sería una ayuda, un medio por el que llegar al fin. El programa no es más que un guía. Y piénsalo: si Dios estuviera en contra de todo esto, ¿no nos

habría parado ya? La policía de medio mundo lleva mucho tiempo buscándonos sabiendo que operamos sin saber dónde y no nos ha encontrado. Yo diría que tenemos un ángel de la guarda, amigo. Puede que estemos creando el futuro del libre albedrío.

- No lo sé. Visto así no me parece mala idea. La verdad es que hemos tenido suerte desde el principio, hemos avanzado casi sin pausas... y los objetivos que buscamos no se diferencian mucho de los que busca dios para nosotros...

Ella suspiró. La terquedad de Kibah en esos temas era muchas veces insoportable, pero había hecho grandes avances desde que habían comenzado el proyecto. Ahora que le estaban dando un objetivo era un momento crucial para que el hombre siguiera en ello o lo dejara.

- Y ¿cómo haremos para pinchar las líneas del gobierno sin que se den cuenta, y durante el tiempo que necesitemos? Lo tienen muy controlado.

- Eso déjame a mí. Tengo amigos aficionados a ello. – contestó ella sonriendo.

- ¿Y cómo sabremos si son de fiar?

- Porque les ofreceremos unos billetes hacia la gran aventura cuando todo esté listo...

- Espero que sepas lo que haces, Luna. Pero confío en ti. Sigamos con todo esto.

- Yo también espero saberlo... - contestó mirando al estanque que había en medio del parque.

Luna luchó por mantener la cabeza alta, pero tanta información se la adormecía y atontaba hasta el punto que notaba que estaba cayendo dormida sin remedio.

Ahora sabía cuál era el objetivo final de aquel lugar. Bueno, en realidad los dos objetivos: que las personas volvieran a vivir y que su siguiente vida fuera acorde a su espíritu. Acorde ¿en qué sentido? Una sola palabra podía tener mil significados, pero sin tiempo para descifrarlos todos. Cayó en un profundo sueño, mientras el cigarro terminaba de quemarse en su mano.

Cuando volvió en sí la habitación seguía como la había dejado. Se recostó sobre el borde de uno de ellos y reflexionó sobre los últimos recuerdos. Pensaba que era una idea impresionante, que rozaba a la vez la locura y la inmortalidad.

Se sentía completamente identificada, y pensó que era normal teniendo en cuenta que había sido idea suya.

Miró el siguiente espejo, con la imagen de un triángulo y recordó el mar en el que lo había elegido, la balsa en la que había vagado por un océano sin fin hasta encontrar gracias al tabaco la salida. “Más o mejor”, pensó “vamos a ver si era eso”. Y tocó el triángulo para activar la siguiente grabación.

Kibah volvió a aparecer, esta vez en otro espejo. Estaba vestido con un viejo jersey y unos vaqueros, y sus ojos relucían, como si estuviera enfermo. Juraría que parecía más viejo. Entre toses le costaba hablar, pero Luna pudo entender la mayoría de lo que decía:

- Tranquila. Sólo es una gripe, pero prefiero grabar todo esto ahora que dejarlo para después. Tú y yo sabemos que todo se puede truncar en cualquier

momento, ¿lo recuerdas? Vamos, inténtalo, recuerda el peligro en el que estamos...

Y la imagen se limitó a repetir las últimas palabras. No había dicho nada del triángulo ni del cuadrado. ¿Por qué sería? Puede que lo hubiera olvidado, pensó, la fiebre siempre le ha afectado mucho.

Y apenas unos segundos después, mientras seguía mirando la imagen de Kibah, su mente se revolvió para mostrarle la parte más escalofriante de todo...

Ella estaba de nuevo en el que suponía sería su apartamento, viendo las noticias en la televisión mientras cenaba. Escuchaba de fondo las noticias:

“Mil muertos más por la epidemia sin identificar, dos ciudades más bajo los efectos de la lluvia radioactiva, otra fuerte bajada de la natalidad debida a la contaminación de contenedores de óvulos y semen del gobierno...”

Más o menos las mismas noticias de siempre. Muerte y destrucción. El mundo se iba al garete desde hacía mucho tiempo y ella se había acostumbrado. Ponía el telediario sólo por costumbre. Sería capaz de adivinar las noticias antes de que salieran, así que lo que sonaba no era más que un hilo musical de los que nadie oye.

Pero algo le llamó la atención. Hablaban de los fluidos. ¿Cómo podía ser si hacía meses que estaba prohibida su mención? Se fijó por primera vez en la pantalla. No era el telediario lo que estaba en antena, sino un encapuchado. Dejó el tenedor en el plato y subió el volumen.

“Repetimos. Estáis en peligro. Los fluidos dejan un rastro de energía que son capaces de detectar. No intentéis...”

Y de repente todo se volvió negro. La señal se perdió. Ella conocía aquella voz. Era la de uno de sus compañeros de universidad. Un buen amigo que les había ayudado en los primeros pasos del programa, pero que después les había dejado para unirse a la

resistencia y luchar contra el gobierno de otra forma, en general con bombas y ráfagas de ametralladora.

Parecía que había conseguido interferir la señal de televisión del gobierno para... ¿avisarle a ella? No podía ser a nadie más.

Eso significaba que ahora la policía tenía una forma de rastrearles y debían tener más cuidado que nunca. El probable suicidio de su compañero al menos serviría de algo. Levantó el teléfono dispuesta a llamar a Kibah y contárselo, por supuesto, hablando en clave. De no ser así estaría en el paredón en menos de un par de horas.

Ahora tendrían que tener mucho más cuidado con las pruebas para el programa.

Volvió con una horrible sensación de angustia, de sentirse perseguida. Sabía que así había sido durante mucho tiempo y no sin razón: desde que el gobierno había descubierto cómo rastrear el uso de fluidos había sido constante el estrés, aun con todas

las medidas de seguridad que pudieron utilizar Kibah y ella.

Intentó enlentecer su respiración, que resonaba en aquel lugar como una máquina a punto de explotar, rozando sus límites. Poco a poco lo fue consiguiendo, no sin gran esfuerzo.

Encendió un cigarro con la esperanza de que eso le ayudara. Al notar cómo reptaba el humo hacia sus pulmones se tranquilizó.

“Recuerda que aquí estás a salvo, que nadie te va a encontrar” se dijo. Ya quedaba poco, muy poco para terminar las grabaciones, solamente dos espejos. Al ver el siguiente recordó que era aquél en el que había intentado poner las dos piedras. Fijando la vista en la imagen para ver si lo había conseguido descubrió que estaba la balanza con líneas deformes sobre cada bandeja.

Parecía que ambas habían entrado a la vez, y se preguntó si podría haber hecho eso con todas.

Terminó el cigarro y cuando consideró que había descansado lo suficiente como para soportar la

siguiente grabación acercó la mano hacia el siguiente espejo.

Esta vez Kibah parecía más envejecido, más enfermo. Le costaba hablar y se le oía respirar.

- Bueno, compañera, parece que no era una simple gripe, pero no te preocupes. Espero que me dé tiempo a terminar de grabar los espejos. En fin, estando en el hielo elegiste las dos piedras. Fue impresionante teniendo en cuenta que no sabías lo que pasaría. Pero programamos el mundo para que los fluidos pudieran elegir lo que quisieran. Incluso si la elección incluía las dos piedras. Tú siempre has buscado el equilibrio en medio del caos huyendo de lo fácil. Es por ello que has llegado tan lejos en este mundo. Y hablando de equilibrio... ¿por qué no recuerdas cómo se guarda éste aquí dentro? ¿cómo conseguimos poner en funcionamiento todo esto? Vamos, inténtalo...

Y en menos de unos segundos lo estaba haciendo.

Kibah y ella estaban en un lugar cerrado, bastante oscuro. Una gran lonja. Había diez o quince personas alrededor, a las que el anciano hablaba:

- Todos vosotros habéis respondido a los anuncios, pero debéis tener en cuenta que también lo hizo mucha más gente. Hicimos un seguimiento de todos los que querían participar utilizando varias cámaras de las que el gobierno ha implantado en todas partes, y resultó que sólo vosotros erais de fiar. Del resto, el que no era policía tenía la lengua demasiado larga o buscaba algo que aquí no podemos proporcionarle.

- Tened en cuenta que una vez paséis a la siguiente sala no habrá vuelta atrás. Deberéis seguir hacia delante. Lo que os ofrecemos no es la inmortalidad, sino la resurrección. Moriréis y sufriréis, pero en lugar de una tendréis varias vidas. Aproximadamente cinco. En cada una de ellas recordaréis las anteriores, pero no así en el momento

de la resurrección. Os ofrecemos tiempo que podéis invertir en hacer grandes proyectos o en disfrutar de la vida. Lo único que pedimos a cambio es el dinero que os hemos dicho antes para seguir manteniendo la opción para otras personas, nada más. Lo que hagáis en vuestras próximas vidas no nos atañe en absoluto.

Una puerta enorme se abrió dejando ver otra lonja más grande que escondía detrás.

- Es vuestra última oportunidad – terció Kibah – antes de saber cómo vamos a hacerlo debéis comprometeros. Por favor, el que quiera seguir con nosotros que pase a la siguiente sala.

Los hombres y mujeres reunidos alrededor empezaron a murmurar, a mirarse entre ellos nerviosos. Una pareja se dio media vuelta para salir a la calle y alejarse de aquel lugar, sobre todo por miedo de última hora. Poco después se alejó un hombre mayor, y después una mujer. El resto fue cruzando la puerta hacia el siguiente lugar.

Cuando lo hubieron hecho, las puertas les encerraron dentro junto con los dos investigadores.

- Bien, ahora ha llegado el momento de saber las condiciones de lo que habéis aceptado y el método por el que vamos a conseguirlo – explicó la joven científica.

Y tras esas palabras, empezó a hablar del programa que había creado junto con Kibah. El inicio, el objetivo, la complicidad de recordar en el paso de una vida a otra, el límite de ciclos fiables y las consecuencias de sobrepasarlos. No se dejó nada en el tintero, ni bueno ni malo. Esas personas debían saber a lo que se exponían y lo que podían perder y ganar.

Aunque hablaba despacio hizo un descanso para que ellos lo asimilaran. Debía resultar difícil oyéndolo todo de golpe.

- Pero... - dijo uno de los presentes tras un largo rato de roer las ideas - ¿eso significa que debemos morir aquí para que el fluido entre directamente al programa? ¿Y si tenemos un accidente?

Luna le miró. Era un hombre robusto, alto, con aspecto de viejo.

- Ya lo hemos pensado – le contestó – y lo primero que debemos hacer, hoy mismo cuando terminemos de hablar, será introducir en vuestros cerebros un chip capaz de almacenar el fluido temporalmente si morís lejos de aquí y de salir de vosotros para venir aquí en cuanto vuestro corazón deje de latir. Una especie de paloma mensajera. Existe el riesgo de que sea interceptado por el gobierno, pero probablemente lo confundan con las miles de mensajeras volantes que se envían cada día, así que la posibilidad de no llegar aquí es mínima. En ese caso el fluido sería liberado al ver interrumpido su camino. Una vez hecho el viaje se acoplará automáticamente al ordenador e introducirá al programa el fluido.

- Pero... y ¿esos chips los deberemos llevar siempre en la cabeza? ¿Dentro?

- En efecto. Pero no son molestos, así que no tenéis que preocuparos. No sentiréis nada una vez

insertados. Además para que en vuestro próximo cuerpo también dispongáis de un chip que recoja vuestro fluido en caso de ser necesario, hemos ideado un sistema automático con una especie de mensajera que lo llevará a vosotros cuando hayáis nacido y lo introducirá en vuestro cerebro. La cicatriz será mínima y sólo se llevará a cabo el acople cuando no haya nadie alrededor. Así siempre estaréis preparados para entrar en el programa en caso de ser necesario.

- Vaya... es trabajo de chinos... - dijo el hombre sorprendido, preguntándose cuánto tiempo llevarían preparando algo así siendo sólo dos.

- Lo ha sido – dijo Luna sonriendo, pero pronto volvió a estar seria – pero todo está listo para quienes quieran entrar. ¿Quién quiere ser el primero?

- Yo – se oyó al fondo. Cuando la gente se apartó vieron a una anciana de ojos muy vivos – no tengo nada que perder y tengo mucho que ganar. Sólo espero que mis elecciones me lleven a buen camino.

- Adelante – dijo Kibah.

La mujer marchó decidida hacia una gran silla que había en el centro. Ante una señal de Kibah, se sentó en ella y apoyó la cabeza. De pronto, ante el asombro de todos, una capucha desplegable le cubrió la cabeza y se oyó un ruido metálico y un grito.

Cuando se volvió a levantar la anciana estaba con los ojos cerrados, pero pronto los abrió y quedó mirando a todos los presentes mientras éstos contenían la respiración.

Cuando menos lo esperaban soltó una carcajada que alarmó a todos, pero que fue seguida por un suspiro general de alivio. En el hueco occipital de la anciana había aparecido una pequeña cicatriz, pero nada más parecía afectado.

El resto, tras la demostración, hicieron una fila para subir al asiento y asegurarse su lugar en el programa.

Al volver a la habitación de los espejos tuvo que sentarse para no caer. Notaba que cada vez le

costaba más asimilar los recuerdos, puede que por lo que había hablado Kibah del límite de almacenaje. Puede que estuviera rozando el suyo y de ahí el dolor de cabeza, el mareo y la extraña sensación de opresión que sentía en todo su cuerpo.

No pudo menos que encender otro cigarro y dejar pasar un buen rato. Miró el último espejo, con la imagen arcaica de una persona. Kibah le había dicho que una vez vista la última grabación todo cambiaría y no tendría posibilidad de volver a verlas. Pensó que podía repasar todas una vez más, pero no se sintió con fuerzas. Probablemente no aguantaría toda esa información otra vez, prefería llegar al final cuanto antes. Sin prisas pero sin pausas.

Le gustaba todo lo que iba sabiendo, se sentía cada vez más grande aunque no podía evitar recordar que estaba en aquel programa, que no era más que una combinación de fluido y bites. Era raro sentirse hormiga y dios a la vez, pero no era una sensación que le disgustara.

Aspiró el último aliento del cigarro. Ya sólo quedaba uno. “Y sólo un espejo.” pensó “Esto se acaba.”

Estiró la mano para tocar los bordes del espejo, su marco, y sintió el frío acero en su piel. Suspiró y acercó los dedos al cristal hasta tocarlo y activar la última grabación. Su último paso. Y se quedó mirando a Kibah hablar.

Estaba aún más envejecido y con más aspecto de enfermo. Estaba sentado y no en pie como en las demás, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por entender lo que decía.

- Hola pequeña. Habrás notado que las últimas grabaciones han sido hechas en diferentes momentos. Entre mi enfermedad y la policía que está pisándome los talones he tenido que espaciar mis visitas a la sala de grabaciones con años. Suerte que el tiempo dentro del programa va tan lento y he tenido los años que he necesitado.

Hizo una mueca que parecía querer ser una sonrisa... pero no lo consiguió. Tosió hasta casi ahogarse y siguió hablando.

- Has llegado al final, Luna. Cuando esta grabación haya terminado cambiarás al último lugar, a la salida. La última piedra que elegiste fue la

persona. El hombre frente a dios. Y es que por algo has sido atea todas tus vidas. Nunca has confiado en nada de lo que no obtengas respuesta, sólo en aquello que da la cara, según tus propias palabras. En fin, no podía esperar otra cosa de ti, pero recuerda siempre que a pesar de todo te sigo queriendo, Luna. – sonrió con sincero cariño – Recuerda los últimos retazos de la historia, pequeña, piensa en las piedras. ¿Por qué no desentieras del fondo de tu mente para qué eran, cómo funcionaban? Parte ya la sabes, te queda poco...

Y el último resorte saltó en su mente como si se despidiera de aquel lugar.

Se vio a sí misma con Kibah en el laboratorio y automáticamente supo que era antes de haber introducido los chips en los voluntarios.

- ¿Cómo podremos hacer que una persona elija su propia vida? ¿Te das cuenta de lo complicado que será eso?

- No consiste exactamente en que elija una vida, sino en que se le asigne una que vaya acorde con las elecciones que él tome durante el programa.

- ¿No te importaría explicarte mejor, Luna?

- Está bien – suspiró ella – imagina que en el primer ciclo, para no sobrecargar al fluido ni al programa, éste tuviera que hacer una elección simbólica, sobre todo teniendo en cuenta que apenas tendrá recuerdos. En el segundo ciclo, podría hacer dos elecciones, ya que el fluido habría desarrollado cierta tolerancia al mecanismo por el que los recuerdos se reinsertan. Tres elecciones en el tercer ciclo, etc. Así cada ciclo podría dejar en el ordenador un perfil más exacto.

- Vale, lo entiendo, y ¿en qué consistirían esas elecciones exactamente?

- La primera, la de la “selección natural” que hablamos, estaría en todos los fluidos independientemente de los ciclos que lleven.

- Sí, continúa.

- En el primer ciclo, además de esa, tendrán que tener algo más para elegir.

- ¿Como qué?

- Algo simbólico, general. No podemos predecir la vida de los nonatos, así que no deben ser cosas concretas. Por ejemplo el fluido podría elegir entre la fuerza y la debilidad, el amor o el odio...

- Y ¿quién iba a preferir ser débil a ser fuerte?

- ¿No lo entiendes? No consiste en decidir lo que van a ser, sino de mostrar lo que son para que el programa les asigne una próxima vida que puedan soportar, con la que puedan convivir. Las personas, los fluidos, no cambian demasiado. Sólo evolucionan con cada vida, pero no pueden cambiar como quieran como yo no podría ser más alta por quererlo. Cada fluido tiene unas posibilidades, un abanico que no abarca más de lo que abarca. No es infinito.

- Vaya, entiendo. Lo que piensas es muy grande aunque esté basado en muchas suposiciones.

- Ella se encogió de hombros.

- Algo me dice que es así.

- Quién sabe, puede que finalmente dios te haya guiado en todo esto.

- Gracias por quitarnos el mérito, viejo – respondió ella riendo – pero que yo sepa en ningún momento tu dios ha pagado nuestras facturas.

- No cambiarás nunca – dijo él abrazándola – Y ahora dime cómo piensas llevar a la práctica lo de las elecciones.

Ella sonrió enigmáticamente.

- Con piedras.

- ¿Perdón?

- Piedras. Cada valor, cada parte de la elección, será representada por un par de imágenes, una en cada piedra.

- Y ¿cómo sabremos que el fluido las entiende?

- Porque cada persona hará las suyas. Cuando a alguien se le introduzca el chip, acto seguido el programa le dará aleatoriamente suficientes elecciones para todos los ciclos. La persona entonces asignará a cada elección una imagen que el programa imprimirá en cada piedra cuando su fluido entre a él.

Así, si piensan terminarán intuyendo lo que cada una es. El reto consistirá en colocar cada una donde corresponda en un escenario que el programa creará para que le sea más fácil orientarse.

- Buena idea, pero tan inmensa que me abruma.

- Normal, pero todo es cuestión de llevarlo a la práctica.

- En fin, empecemos pues para terminar antes.

Terminó su nuevo recuerdo. Ahora todo encajaba. Las piedras, Erik, que sería alguna de las personas que había entrado en el programa, el verdadero objetivo de todo el programa, sus bases...

Y mientras pensaba en todo ello se dio cuenta de que no era como otras veces, que ahora estaba en el aire flotando en medio de un torbellino que le llevaba a alguna parte. “La salida” pensó “Estoy llegando a ella”.

Cuando se atrevió a abrir los ojos se encontró ante una inmensa puerta. Medía metros de alto, más que cualquier edificio que hubiera visto antes.

Y empezó a sonar una voz que ella reconoció como propia:

“Escucha, tú que llegas de tu sexto ciclo. Tienes dos opciones, probablemente las dos últimas de toda tu existencia. Recuerda cuáles son... porque todos lo sabemos...”

Pero esta vez no acudieron a su mente recuerdos para ver, sino que simplemente supo. Como si una luz se hubiese encendido en el fondo de un armario y permitiera ver lo que siempre había estado.

Supo cuáles eran las dos opciones, porque ella misma las había programado. Las de los otros ciclos

eran diferentes, porque no eran el límite. Las del sexto consistían en algo más complicado: o utilizar la llave para abrir la puerta y salir del programa, dejar escapar su fluido, o tomar la dirección contraria y andar alejándose de la puerta para volver a vivir, pero esta vez con los problemas que daba superar el límite de ciclos.

Si continuaba se arriesgaba a no nacer, a desaparecer en la nada, a no fusionarse del todo con el cuerpo del neonato, o a quedarse en el programa en un bucle sin fin. Desde luego la probabilidad de volver a vivir era baja, y la de hacerlo en plenitud, recordando como otras veces sus vidas pasadas (ya que los cerebros no eran como el programa, en ellos sí cabían), prácticamente nula.

Por otra parte, si cruzaba la puerta y salía de allí no sabía lo que pasaría. Había averiguado hacía mucho que los fluidos se elevaban hasta perderse de vista, pero también sabía desde pequeña que la materia ni se crea ni se destruye, así que algo pasaría con ellos. Puede que se convirtieran en parte de la

atmósfera, o de otro ser vivo, o, pensó entre risas, que fueran al cielo.

¿Por qué no? Mucha gente lo pensaba así. Y por primera vez en sus vidas pensó realmente en la posibilidad de equivocarse. Le había dado miles de vueltas hasta entonces, pero puede que ver la muerte, la definitiva, cara a cara, realmente hiciera ver las cosas de manera diferente.

No era que ahora creyera en dios, o un cielo, de hecho seguía pensando que no lo habría. Sin embargo, sentía que podía estar equivocada, como cuando pensaba que podría haber otra posibilidad para explicar que los objetos cayeran al suelo aparte de la teoría de la gravedad, aunque por supuesto esta cuadraba a la perfección. Simplemente también otra podría cuadrar.

Encendió su último cigarro. El que más disfrutó nunca, y mientras exhalaba una bocanada de humo cruzó la puerta pensando en lo que ponía en la llave que estaba utilizando: “Recuerda lo que es estar al otro lado”.

Ella no iba a ir en la misma dirección que otras veces, sino que había decidido tomar la dirección contraria, a lo desconocido. Después de todo, prefería mejor a más. No pensaba quedarse allí para siempre, encerrada.

Y mientras la llave giraba, mientras sentía el humo deslizarse a sus pulmones para salir dejando en ellos parte de su esencia, sintió el último remolino. Uno diferente, que la sacó de allí. Sintió cómo salía del programa, de aquel mundo de dioses hechos de metal.

Y voló sin saber hacia dónde. Con la esperanza de quien recuerda a sus seres queridos muertos y piensa en volver a verlos algún día. Voló hacia lo desconocido... dejando atrás el mundo en el que había madurado... dejando atrás su creación.

*Tocando las
puertas del cielo*

VLADIMIR HERNÁNDEZ PACÍN

*Para mi hijo Erick
Bienvenido al mundo, pequeño.*

La creencia de que el Universo posee numerosas civilizaciones avanzadas tecnológicamente, combinada con observaciones que indican lo contrario, es paradójica: sugiere que nuestros conocimientos son defectuosos o incompletos.

Principio de Fermi.

PRÓLOGO 1: ÁNGELA.

Isla Crystal. Enero 2019.

Rojo empotrado en gris; así luce el mundo de Ángela al despertar en su habitación bajo los efectos de la neblina del sentex en su fase barbitúrica. Bosteza y se estira como una gata perezosa sobre las sábanas mientras las moléculas de barbital INTel en su sistema nervioso central bloquean los Delta 6 y la resaca ansiolítica. El flujo de iones de sodio, libre de la inducción D6 va restableciendo su nivel rápidamente. Los objetos ante los ojos de Ángela adquieren una apropiada nitidez.

Es un incordio, se dice cada día al despertar del sueño bajo la garra del escudo químico del sentex; pero es mejor que ver fantasmas. Casi cualquier cosa es mejor que ver fantasmas. Mientras consiga mantener a los fantasmas fuera de sus sentidos, podrá seguir enfrentándose al día a día.

A su lado, configurado como una perfecta bola de billar de color marrón, descansa su djinn: un genoide híbrido fabricado por Proteomics-IBM a partir de la clonación de un segmento satélite del ADN mitocondrial de la propia Ángela; utiliza el mejor software indio del mercado para correr sobre plataformas de computación molecular. El genoide es una criaturilla adorable que cumple funciones de ordenador, interfaz de red y mascota afectiva; se alimenta de humedad ambiental, luz solar y las escamas de piel muerta que el cuerpo de Ángela desprende a diario. Para ella, el djinn es un simbiote tecnológico que roza la perfección; lo mejor en lo que va de Milenio.

Más allá del vidrio polarizado, la tarde tropical avanza dando trancos.

El djinn vibra al recibir la señal entrante, y un segundo después el sonido del móvil de Ángela, junto al cabezal de su cama, le arranca un respingo a la chica. Lo mira intrigada; no está esperando la llamada de nadie. En la pantalla LCD de la pared frontal se perfila el cifrado que identifica el origen de la llamada videofónica en espera: de ultramar. Europa. ¿Quién podrá ser?

Respirando acompasadamente, el genoide se acurruca contra el pecho de Ángela, y ella, distraída, lo acaricia un instante y luego se inclina hacia el móvil.

No sospecha que su destino está a punto de bifurcarse; y que, a resultas de su acción directa, el futuro de toda la especie humana se verá afectado.

PRÓLOGO 2: RUDY.

Órbita joviana. Abril 2077.

El loco Rudy-G surcando el cosmos, ese soy yo.

Rudy, el que odiaba hasta la médula salir de la Tierra y afrontar la oscuridad de los espacios helados; supongo que la vida tiene peculiares modos de reeducarte, poniéndote zancadillas y torciéndolo todo para obligarte a aprender a sobrevivir a tus fobias. Ahora soy un muerto-viviente, un zombie en anabiosis temporal, con la mitad del

cerebro (el análogo matriz de nanocristales, no la vulgar materia gris orgánica) corriendo programas neuronales para preservar la integridad de la mente, y el resto de mi vapuleada carcasa biológica encerrada en un ataúd amniótico.

Para colmo, el bajel que me lleva ni siquiera es humano.

Todo ese frío cósmico de afuera se me echa encima. Me sofoca. En este momento, si pudiera pensar con mi materia gris original, me colapsaría; si pudiera llenarme los pulmones de aire, gritaría hasta morir. Pero a un muerto-viviente no le está permitido respirar o morir. No hasta que todo esto acabe, al menos.

Pronto despertaré a mi misión.

Allí. En el abismo. Donde ningún ser humano *libre* ha estado antes.

Tendré una etiqueta falsa que me certificará como una réplica sofote de baja autonomía, al encuentro de su dueño. Aunque tampoco se aleja mucho de la verdad; la etiqueta enmascara mi árbol filogenético de homo sapiens, y tengo una misión fragmentada, separada y archivada en tres partes en los compartimientos estancos de mi mestizaje transhumano: el análogo matriz se encargará de la parte intelectual, mi cuerpo conducirá el vector; y el resto de mí, el yo consciente, será un puñado de reflejos para asegurar el éxito de la misión.

—Eres un arma, Rudy, no lo olvides —me dijo Mikka con palabras altisonantes mientras me ayudaba a meterme en el sarcófago biológico—; un arma con el poder de salvar y liberar nuestra civilización.

Lo miré irreverente y comenté:

—¿No te parece demasiada responsabilidad la que cargas sobre mis hombros?

—No —me dijo—. Estás debidamente preparado para cumplir. Deberías sentirte orgulloso. El propósito de tu misión es más grande que tú y que yo. No todo el mundo puede aspirar a tener una oportunidad como la tuya.

Me encogí de hombros, incómodo en aquella tumba biotek.

—¿Y si no lo logro, qué consecuencias tendrá mi fracaso?

Mikka me echó una mirada de aquellas típicas suyas; oscuras.

—Si fracasas —dijo— es posible que todos seamos exterminados.

1- EL COMIENZO DEL CÁOS LLEGA QUIETAMENTE.

Isla Crystal. Enero 2019.

En la terminal, mientras espera la llegada del Superexpreso que conecta las islas con el continente, Ángela se mueve nerviosa, esquivando los espectros.

Los espectros no son iguales a los fantasmas que ha estado viendo —si los episodios personales de Ángela son de naturaleza ectoplásmica o neurológica, no viene al caso hacer la distinción—. Éstos son hologramas con interfaz táctil elegantemente andróginos, atractivos, la nueva y flamante generación estética del mercado; deambulan sobre la superficie fotoemisora del pavimento de la terminal y compiten por acaparar la atención de las retinas de los viajeros o sus puertos PDA fungiendo como avatares corporativos de tele marketing: varias versiones del viril Mister Google —perfecta réplica de un descafeinado y rejuvenecido Brad Pitt— están abordando a probables clientes; una esbelta y bronceadísima Señorita Yahoo-Space, de belleza imposible, se inclina y besa en los labios a un rubio trajeado tras cerrar un contrato de tarifa plana por servicios Proxy; hay agentes de DeutscheBank y de Wikipedia, de AppleGEN y Microsoft EcoSystem; Tía Kya, de YouTube-China, con sus hipnóticos ojos panorámicos regalando ancho de banda, y la voluptuosa geisha virtual de SexCity; incluso se divisan versiones clon rusas de Chocky, la madre iconográfica de todas las mascotas de Proteomics-IBM. En el andén hay casi tantos avatares como transeúntes de carne y hueso.

Recelosa, Ángela contempla el trasiego; no se ve a sí misma como una puritana ni una conservadora, pero tampoco ve llegar el día en que este tipo de publicidad sea prohibida en los espacios públicos de América. No obstante, ningún espectro se digna a molestarla; el djinn, configurado en torno a su nuca como un parche marrón aplanado que sobresale por el cuello de su chaqueta de plástico rojo vino, los mantiene a raya con el cortafuegos.

Suspira y echa un vistazo al reloj de pulsera. Su nuevo contacto de trabajo lleva dos minutos de retraso. Odia a la gente que promete puntualidad y luego no cumple; esa molesta inflexibilidad es algo heredado de su mitad Butler, la intransigente parte anglosajona legada por su padre. En otra época no esperaría un minuto más por la cliente y se largaría, pero en estos tiempos de crisis le hace falta el dinero que puedan pagarle por un trabajito rápido. Ya le adelantaron de qué va la chapuza: borrado de claves ID de radio frecuencia; el pan nuestro de cada día de la computación que hacen en el Club. De todos modos, quiere estar allí antes de las 22:00, y aún tiene tiempo.

Tras el andén hay palmeras enanas y un césped artificial que se extiende hasta una abrupta costa de corales Crystal mejorados con ingeniería genética. Sobre las rizadas aguas del Atlántico, la noche mayestática aplasta rápidamente la luz del crepúsculo fundiéndolo en un tapiz de terciopelo negro.

El djinn experimenta un leve estremecimiento, como si pudiera sentir frío.

A diez metros por delante de ella, uno de los Mister Google se detiene en seco, se gira hacia Ángela y se le acerca con inequívoca resolución. Por el camino, la imagen del Brad Pitt se irisa de pronto y sufre una metamorfosis veloz: un ridículo hombrecillo pálido, de hombros estrechos y encrespado cabello rojizo, ocupa su lugar y la mira con ojos cansados que prefiguran una disculpa antes de que sus labios comiencen a hablar.

—Señorita Butler —dice el hombrecillo con acento inglés europeo; denso acento escocés—, en nombre del Grupo antrópico le ruego nuevamente que nos disculpe esta intrusión, pero necesitamos sus servicios con urgencia. —Es la primera vez que Ángela ve la cara de su interlocutor, pero aquella voz cortés es la misma que ha estado insistiendo en contactarla una y otra vez durante la última semana. En verdad, quién quiera que diga ser o representar, sus trucos son para tirar cohetes; pasar a través del cortafuegos y la clave fluctuante del djinn para localizarla es proeza suficiente, pero encima piratear la señal monstruosamente encriptada del avatar corporativo de Google y reemplazarla por un haz holográfico de vídeo interactivo de alta definición evidencia una formidable potencia informática, sólo para empezar. De no ser ella el incómodo objeto de sus intereses, les habría dado una amistosa palmada en el hombro, por el coraje y la eficacia.

Pero no es el caso. Su parte ruda, la Butler, lleva las riendas.

—¿Os lo tengo que repetir otra vez? —es lo que responde Ángela—. No estoy interesada en teorías de la conspiración, y mucho menos en el tema Ovní.

—Pero... se equivoca, señorita... —en el haz, la imagen del hombre muestra un rostro de completo desconcierto—. Le aseguro que el Grupo antrópico no se interesa por esos temas... —tropezaba con sus propias palabras y se explica—, al menos no desde el punto de vista de su incidencia en la cultura popular y la proliferación de ritos esotéricos. ¡Por favor... somos científicos!

—Es igual —afirma ella, al borde de la exasperación—. Los científicos dogmáticos me merecéis el mismo respeto que los seguidores de una secta religiosa.

—Pero, señorita Butler, precisamente es eso lo que no somos nosotros; dogmáticos. Nuestro grupo está interesado en socavar y quebrar las bases de un modelo cognitivo incorrecto...

Ángela bufa con total descortesía. Su paciencia cada día se torna más limitada. No tiene ganas de seguir perdiendo el tiempo con este desconocido.

—Una vez más, os reitero que no estoy interesada en ayudaros. —Alza la cabeza y distingue a su esperado contacto entrando en el andén. Luego le espeta a la señal holográfica—. Dejadme en paz, o me veré forzada a hacer algo drástico para cortaros el acceso a mí. —Señala al pequeño djinn enroscado en su cuello y añade—: tendré que incinerar al pobre bichito, que no tiene la culpa de nada.

—Una lástima que no podamos arribar a un entendimiento mutuo —el hombrecito escocés reemplaza el casi suplicante tono de voz inicial por un registro más flemático y seguro—. La hubiéramos invitado a venir a nuestras instalaciones. Y le habríamos pagado, desde luego.

—Mi respuesta sigue siendo un no rotundo. Incondicional —intercala Ángela con un desdén nada común en ella—. Me marchó. Una chica tiene que trabajar para pagar sus facturas.

El contacto de trabajo ha reparado en ella. Es una mujer joven, delgada y rubia, con extensiones de pelo trenzado de color azul. Ángela le hace señas, y la otra se acerca sorteando el paso por entre el gentío de avatares.

—Como dije antes, una lástima —repite el hombrecillo—. Creíamos que estaría interesada en hacer programación cuántica.

Ángela se queda sin aliento por la sorpresa.

—Oh. —Se recupera rápido—. ¿Sabes qué? Ese desliz ha sido definitivo, Señor-nunca-nos-hemos-presentado-formalmente. Acabas de pronunciar la palabra prohibida. Adiós. —Y atraviesa limpiamente el haz, que al perder coherencia se convierte en un destello de luz difractada.

2- PUNTO DE ENCUENTRO

Puerto Gris. Órbita joviana. Abril 2077.

Apenas puse un pie en suelo firme tuve la sensación premonitoria de que el maldito abismo bajo él terminaría por engullirme.

En honor a la verdad, aquel sitio no era estrictamente lo que diríamos “suelo firme”; más bien una telaraña sobre el abismo de un doble agujero de gusano, cual de los dos más peligroso. La estación de tránsito de los Pangalácticos era un hábitat de cuatrocientos kilómetros cuadrados a cuyo alrededor se habían ido agregando anillos de astropuertos durante décadas. Los Pangalácticos lo habían construido (o quizás encargado a construir a los mesh; con ellos nunca se podía estar seguro de nada) en uno de los puntos Lagrange del sistema joviano; anclaron una lámina de plexón de las proporciones descritas, instalaron varios generadores de gravedad en una de las caras y en la otra construyeron una ciudad protegida por una burbuja de campo deflector. Del resto se encargó el comercio entre las razas que fueron llegando por el agujero de gusano de entrada.

Puerto Gris —como lo conocíamos en las cartas de navegación humanas, por la sucia falta de color que ofrecía ante nuestros telescopios— pendía pues, literalmente, sobre un abismo que te expulsaba y otro que te devoraba, si llegabas a caer cerca del Radio de Kerr-Schwarzschild de alguno de ellos; cosa que, si no tenías el hardware adecuado (lease “deconstructor de curvatura”) podía pulverizarte en una nube de electrones colapsados, ya fuera por repulsión (en el caso del agujero de salida al Sistema) o por atracción (en el caso del agujero de entrada).

Nota: Los humanos no teníamos el “deconstructor de curvatura”, o motor hiperespacial; ni tampoco se nos permitía acercarnos a aquel hábitat.

Por eso estaba yo allí, camuflado de animal de compañía.

Y en este punto convendría contar un poco sobre la Historia reciente.

En el año 2020 tuvimos el Primer Contacto con una especie alienígena.

O tal vez debería reformularlo: *Fuimos* contactados.

Primero llegaron los Pangalácticos. Ese fue el nombre estúpido, mediático, que se le ocurrió a alguien, y la denominación que se les quedó para siempre. Tampoco es que hayamos visto nunca a un Pangaláctico. No tenemos ni la menor idea de cómo pueden ser tales seres. Se ha escrito toda una biblioteca sobre ese tema, y es totalmente especulativa; sólo hemos visto sus naves.

Lo cierto es que llegaron en 2020, hace cincuenta y siete años. Aparecieron de la nada y se presentaron en la Tierra y en Luna. Para ese entonces ya habían examinado exhaustivamente el resto del Sistema. Miles de naves esferoidales se posaron en decenas de países. Hasta las guerras se detuvieron por aquellos días. La gente estaba excitada, exultante y, ¿por qué negarlo?, asustada; tanto cine de invasión extraterrestre termina por hacer mella en el inconsciente colectivo.

Pero los Pangalácticos se revelaron como una especie pacífica. Estaban interesados en las relaciones comerciales; en los intercambios. A Gran Escala.

No hubo Conflicto, además de que era impensable. Científicos, agentes de gobierno, representantes de la Santa Iglesia, plenipotenciarios, reyes y presidentes fueron invitados a las naves de los Pangalácticos para cerrar un trato comercial con la especie humana. A propósito: no existe memoria registrada de lo que allí se trató. Ninguna tecnología humana funcionaba en el interior de las naves pangalácticas, y no existe ni una sola persona de las que entraron en esas naves que recuerde lo que vio o escuchó. Por lo que sabemos, igual pudo tratarse de un gran montaje de los alienígenas.

Pero se supone que las negociaciones fueron sobre ruedas; si por “sobre ruedas” significa que nos compraron el Sistema Solar Exterior, desde Júpiter hasta el Cinturón de Kuiper y la Nube de Oort. ¿A cambio de qué? En mi opinión, a cambio de baratijas.

Nos compraron medio sistema solar y a cambio obtuvimos un alquiler de tecnología restringida y un contrato de terraformación planetaria.

Bueno, las “baratijas” mejoraron y expandieron la civilización humana.

Nos alquilamos 300 teleeyectores por un periodo 162 años.

Y nos terraformaron el planeta Marte; lo hicieron en sólo siete años, utilizando una tecnología que aún hoy no podemos empezar a comprender. Marte, un vergel oxigenado; todo un mundo repesurizado, con diseño atmosférico, ingeniería de relieve, hidrodinámica, lagos, mares, océanos, nubes. Dejaron que nos ocupásemos nosotros de trasplantar los ecosistemas. Nos emplazaron 50 de los teleeyectores en Marte, 100 en la Tierra, 10 en la Luna, y el resto lo distribuyeron por las rocas del Cinturón de asteroides, todo a nuestro pedido.

Así que creamos la Federación Humana; nos expandimos por el Sistema Solar Interior, ocupando el Marte terraformado y construyendo complejos en los asteroides y hábitats espaciales. Pero perdimos por decreto el acceso al Sistema Solar Exterior. Nos prohibieron que cruzáramos las fronteras del Cinturón; nada de sondas automáticas, nada de expediciones científicas o de turismo a la Zona Pangaláctica del Sistema.

Podíamos utilizar los teleeyectores para desplazarnos instantáneamente entre nuestros mundos y hábitats, pero se nos prohibió abrirlos e investigar su funcionamiento. Si lo hacíamos, ellos se enterarían (sin lugar a dudas, tendrían formas de saberlo), y la penalización por manipulación de tecnología de acceso restringido podría implicar desde el simple retiro de las unidades, hasta el exterminio de la especie transgresora.

Nos negaron las estrellas. Nos negaron visitar sus mundos. Nos negaron el acceso a sus ciencias y al motor de curvatura hiperespacial. Ni embajadas dejaron en la Tierra. Lo más parecido a una Oficina de Contacto que tenían estaba en la línea de comunicación que nos permitieron mantener con su Estación de Tránsito —esa que llamábamos Puerto Gris, por la que yo ahora transitaba furtivo.

Odio ratificar perogrulladas, pero hemos sido benévolamente *invadidos*.

¿Y qué hicimos? Pues nada. Quedarnos encerrados en nuestra gigantesca celda interplanetaria y dedicarnos a jugar con nuestros flamantes regalos.

Con la aniquilación no se juega.

En realidad, la invasión alienígena no había hecho más que empezar. Los Pangalácticos le cedieron a los drakos, una de sus tantas razas-cliente, la concesionaria de explotación de los gigantes gaseosos y el cinturón cometario de Kuiper, y se marcharon a hacer negocios mejores a otro sitio. Desaparecieron. No hemos vuelto a ver sus naves. Los drakos, a su vez, subarrendaron porciones del Sistema Solar Exterior a otras especies, y algunas de ellas no respetaron cabalmente el acuerdo de no traspasar las zonas ajenas. Los drakos, celosos vigilantes de las normativas impuestas a la humanidad, hacían de la vista gorda con las razas arrendatarias.

Mikka había dicho que yo era un vector de liberación de nuestra especie, y que debía encontrarme con un alienígena drako para realizar un intercambio. Sin embargo, aquel hábitat decadente y la presencia abrumadora de Júpiter ocupando casi toda la vista celeste me dieron el pálpito de que la misión no iba a salirme a pedir de boca. Por suerte llevaba un blaster de alta energía a cada costado y una cobra cibernética oculta en el brazo

protético. Mi padre —que en paz descansa—, un veterano de la Guerra langosta, siempre me decía que no hay nada mejor que un buen blaster para solucionar problemas *in extremis*. Yo siempre he pensado que hay algo mejor: dos blasters.

A la hora convenida me dejé caer por el punto de encuentro; una cantina para viajeros interestelares que parecía una esfera transparente de múltiples niveles donde pilotos y tripulantes de más de cincuenta razas acudían a intoxicar sus metabolismos durante los períodos de carga-descarga o reparación de sus mercantes. El lugar, por supuesto, no tenía nombre en el equivalente humano, pero Mikka había insertado un holograma en mi aumentación de memoria, de modo que pudiera reconocer sitio y destinatario. Entré y el olor mezclado de diferentes especies alienígenas, el sonido de los dialectos, los estados de iluminación diversa y las músicas omnifrecuencia estuvieron a punto de provocarme un colapso sensorial. Mi análogo cerebral cristalográfico reguló las longitudes de onda de mi percepción visual, filtró las frecuencias ajenas al lenguaje de los drakos, bloqueó la entrada musical y desconectó mis canales olfatorios.

Operar en modo automático es una bendición hoy día.

En la cantina había tanta diversidad alienígena que mis bases de reconocimiento estaban al rojo vivo: banthex multipodales; nodrizas langostas; ulmares anfibios respirando mezclas exóticas dentro de cápsulas contenidas por exoesqueletos; espinosos n'taksii procedentes de mundos que giraban alrededor de enanas marrones; escamosos golbs; plumípedos yllne coloniales, más una caterva de mesh con implantes de rutinas sociales, todos ellos exhibiendo ese pulido aspecto de viejos y duros lobos del espacio; me preocupaba no saber de dónde podía venir una amenaza.

Escogí una mesa y esperé a que se acercara un mesh de servicio. Según mi lector no había drakos allí en aquel momento; el destinatario del envío, un drako llamado Mah'Teloy, no podía tardar mucho en aparecer.

De pronto, me sentí escudriñado mentalmente; “algo” estaba recorriendo mi cerebro. Era una sensación muy ligera, como zarcillos eléctricos hurgándome el córtex hasta rozar los empalmes orgánicos del análogo matriz, pero bastó para que me pusiera histérico. Al instante, el contacto psíquico desapareció. Recorrí con la vista la cantina intentando descubrir la forma de ubicar al intruso, pero todos los presentes se me antojaban igualmente amenazadores. Alguien estaba tratando de sondearme, y yo ignoraba la razón.

Entonces mis ojos se detuvieron en un alienígena sentado a un par de mesas de la mía. Era una especie de felino bípedo, una raza que mi análogo matriz no tenía

contemplada en sus bases de datos. Parecía un enorme gato de Angora fuertemente musculado; por los bordes de su ajustado mono blanco asomaba un suave pelaje verdoso cruzado por franjas más claras. Sus ojos eran muy similares a los míos, y su mirada fija me heló la sangre en las venas. No era mi destinatario, así que podría ser un enemigo a sueldo, un cazador. Me aseguré que el blaster estuviera listo para salir de su funda si aquel gatazo hacía algún movimiento sospechoso.

Sin embargo, debo aclarar, sus ojos no transmitían ferocidad; más bien parecían curiosos, pero en ese momento yo me sentía demasiado paranoico como para estar seguro de esa idea. Mi tensión aumentó bajo el escrutinio del alienígena que se negaba a apartar la vista de mí.

—Humano —escuché una voz cavernosa a mis espaldas, que la matriz tradujo simultáneamente. Estuve punto de pegar un salto, pero me contuve a tiempo. Junto a mi mesa se hallaba ahora un enorme drako de aspecto de reptiloide con coraza epidérmica parda negruzca y ojos acuosos. Se acompañaba de cuatro cybridos zulamios, seres cuadrúpedos absolutamente *proscritos* en los mundos humanos del Sistema Solar Interior. Me parecían repulsivos, pero intenté parecer muy cosmopolita, actuando como si no estuvieran allí.

—Hola, supongo que es usted Mah'Teloy —dije con afectada voz de frío profesional—. Le esperaba. Tome asiento.

—¡Creí que nunca llegarías! —No se sentó—. ¿Eres Gon'Za'Le?

—González —corregí, mirándole con fijeza—. Me envía Mikka. Traigo su mercancía.

El gesto mandibular, que supongo podía interpretarse como una sonrisa drako, mostró una doble hilera de afilados colmillos negros.

—Ya lo sé, *González* —dijo, pronunciando mi nombre correctamente.

Me gusta más que me llamen Rudy-G, pero aquel bicho y su cohorte me transmitían tan malas vibraciones que preferí no comentárselo. Total, pasaríamos cinco minutos juntos para hacer el intercambio y luego no volvería a verlo más.

Los cuatro cybridos me enfocaron con facetados ojos de termita y sentí mi piel erizarse de arriba abajo. Activé el protocolo de la cobra indicándole que estuviera lista para saltar.

—No te asustes; mis esclavos van a verificar la mercancía —me explicó Mah'Teloy señalando a los cybridos con su mano tetradáctila.

Asentí y abrí las puertas del análogo matriz; esperaba que alguno de los xenos me conectara algún soporte, pero no sucedió así. Les sentí conmutar directamente con el análogo y el acto de verificación me recordó el escrutinio mental al que me había sentido sometido unos minutos antes. Eran ellos, los cybridos; ¡Y yo sospechando de aquel inocente felino! Les dejé hacer, y vi como los ojos del drako se opacaban por unos instantes al recibir la interfaz de datos de sus esclavos hasta volver a alcanzar la normalidad.

—La información sobre el artefacto es correcta —dijo con pastosa calma—. Ahora sólo necesitamos retirarlo.

¿Retirar el artefacto? Mikka jamás me había comentado nada sobre eso. Vamos, tenía que haber un problema con el traductor idiomático. No pensaba dejarles la mitad de mi cerebro, aunque fuera la mitad artificial. Ni en broma.

—Aquí hay algo que no estoy entendiendo —dije, vocalizando despacio—. Mis órdenes son muy concretas. Vosotros grabáis la información que os traigo, y a cambio me dais los planos del motor de curvatura. Fin de la historia. Luego me largo en la próxima nave que regrese a los Dominios Humanos, y todos contentos.

—No. Lo que dices es erróneo. —Mostró sus colmillos nuevamente y mi tensión aumentó. Tomó asiento—. Nadie va a darte *a ti* el motor de curvatura. Hay demasiado en juego. Todo es mucho más complicado. Estoy convencido de que tu amo Mikka creyó conveniente darte órdenes inexactas.

Me envaré.

—Mikka no es mi amo.

—Me parece muy incorrecto que reniegues de la lealtad que le debes a tu amo, pero eso tampoco tiene importancia en esta transacción. Estás aquí con el artefacto que nos pertenece, y el resto de tu... *persona* no nos sirve; irá a parar a una de las tolvas de reciclaje de biomasa. Mikka ya sabía que estaba sacrificando a su esclavo cuando te envió.

Normalmente soy muy rápido para sacar los blasters, pero confieso que la idea de que Mikka me hiciera inmolar de aquel modo influyó en la velocidad de mis reflejos. Alcancé a tocar las armas, pero eso fue todo. La acción de control neural de la cohorte xeno paralizó mis funciones motoras, sacándome del juego. Entonces recordé qué los cybridos eran proscritos en nuestros Dominios *precisamente* porque podían controlar remotamente la neurología humana.

—Ya te dije antes que tu resistencia era inútil —me dijo el drako—. Tú no estás a cargo de esta situación. Eres sólo un recipiente. —Uno de los esclavos retiró mis armas y las dejó junto a Mah'Teloy—. ¿Deshonras a tu amo, y crees que puedo sentir respeto por ti? Tú no vales nada, pero lo que llevas ahí... —Me señaló la cabeza con un dedo que tenía demasiadas falanges—, cualquier especie te mataría por poseer ese artefacto.

3- DAKOTA.

Isla Crystal. Enero 2019.

Toman un té en la zona de galerías del nivel superior al andén, en uno de esos *Snacks* temáticos del Sombrero loco, de estética y mobiliarios afectadamente timburtonianos. Todo el vidrio de la pared oeste del local está doblecapado para comprimir una lámina LCD que proyecta la videopublicidad de la cadena; a veces, entre intermitencias, las luces de Homestead se avistan a lo lejos.

Ángela se concentra en la cliente; dejando a un lado el toque chic de su peinado, la chica viste como una más del montón, sin demasiada imaginación: tejanos negros de elastómero, inadecuadas botas de piel, y una blusa de gasa blanca que cubre con una simple chaqueta de nylon traslúcido color verdeolivo.

Han pasado cinco minutos, y todavía no han hablado del trabajo.

—¿Un pequeñuelo precioso, tu genoide —dice la jovencita llamada Dakota; habla con una voz de acento californiano que parece tener exceso de testosterona, y lleva exageradas pestañas postizas. Su rostro redondo, simplón, con una pizca de severidad en la mirada, nada tiene que ver con el que Ángela se ha imaginado en sus encuentros en los foros de la Web Chapuzas & Crackeos—. Parece respirar. ¿Qué está haciendo?

El djinn se encuentra ahora sobre el dorso de la mano derecha de Ángela, sorbiendo despacio su transpiración dérmica cargada de nutrientes y hormonas.

—Recargando baterías conmigo —no puede evitar anunciar Ángela con una ligera nota de orgullo infantil en la voz.

—¿Puedo tocarlo? —pregunta Dakota y extiende la mano antes de recibir la aprobación que ha pedido. No es un gesto de buena educación el ir tocando genoideas ajenos por ahí, pero tampoco es un crimen capital, en opinión de algunos. La yema del

dedo índice toca fugazmente la superficie carnosa del genoide; la mascota no parece notarlo, pero la chica reprime un gritito de excitación—. ¡Uh..., realmente sexy! Todo el mundo dice que los dildos de carneware personalizado son masturbadores insuperables. ¿Qué me dices de tu experiencia personal?

La locuacidad de Dakota empieza a resultarle irritante, empañando el buen discurrir del trato que las ha traído aquí en primer lugar; es demasiado pronto y existe demasiado poca confianza entre ellas como para hablar sobre djinnes versátiles que ejecutan sexo oral femenino y optimizadores neurales del llamado “orgasmo inteligente”.

—Mi experiencia personal me la reservo —responde Ángela intentando no parecer demasiado tajante—, pero puedo decirte que nunca deberías confundir a un amante con un dildo, aunque este último resulte ser un genoide de última generación. Puede que esa posibilidad esté a medio siglo de distancia todavía; con suerte.

—Pues ya debería ir siendo hora de que eso cambie —persiste la otra—. Mis últimas relaciones sentimentales dejaron mucho que desear, sobre todo en el apartado de asuntos amorios, si entiendes a lo que me refiero.

La jovencita es una lanzada; Ángela se pregunta hasta qué punto aquel trabajo puede tener más de un ángulo dentro del espectro de intereses de Dakota. ¿Estaba intentando dejar la puerta abierta para ligar con ella? Mal momento y peor perfil, se dice a sí misma. Para empezar aún está intentando superar su rompimiento con Vicky. No tiene cabeza para esta... calentorra cuasi adolescente.

—Una lástima el alto precio que tiene el carneware —sigue diciendo Dakota, buscando la mirada cómplice de Ángela—. ¿Tienes idea de lo que pueda costar uno así en el mercado negro, o dónde puedo conseguirlo?

La brisa marítima entra al abrirse la puerta deslizante del local, y el olor a salitre se mezcla con los cálidos aromas de la comida rápida y las infusiones de hierbas que se sirven en el *Snack*.

—No tengo ni la menor idea —es la respuesta de Ángela, cada vez más convencida de que ha sido un error concertar una cita con esta charlatana—. Hasta donde sé, el mercado negro biológico no es algo compatible con el estilo de Chapuzas & Crackeos —afirmación que no es estrictamente cierta—, lo cual me recuerda que hemos venido a aquí para hablar de cierto *problemilla* que necesitas resolver.

La chica sonrío, como si lo recordara todo de súbito. Hay algo en ella, detalles sutiles, tics aislados, que le dan mala espina a Ángela; cierta severidad en los gestos, en la mirada, como si toda su charla fácil y juvenil fuera impostada.

Dakota abre la cremallera del raído macuto de tela de camuflaje nocturno que cuelga de su hombro y deposita entre las tazas de té un artilugio rectangular negro que a Ángela le recuerda vagamente el primer lector de CD que su padre le regalara al cumplir doce años, en los años 90 del siglo anterior. Ángela no lo toca; esperaba que se tratara de otro tipo de artículo al que desactivarle el chip de identificación por radiofrecuencia; algo más mundano y caprichoso, algo robado, susceptible de ser rastreado: una joya, un vestido de reciente diseño, tarjetas de crédito estatal, un lienzo protegido, una pieza *vintage*; algo que encaje con el tópico perfil demográfico al que parece pertenecer la joven Dakota. Pero los hechos y las palabras son pruebas irrefutables de que esta noche no anda fina, de que se ha estado equivocando sistemáticamente al juzgar a la chica; la verdad es que no sabe nada de ella.

El hardware queda en medio, acaparando la atención de ambas mujeres.

—Un pequeño favor —dice Dakota alzando un dedo de uña lacada y pintada de negro, deteniéndose en el acto de soplar la cinta de vapor que se eleva ingrávida desde su taza de infusión—: Necesito que el trabajo esté hecho hoy mismo.

—Puedo entregártelo limpio antes de medianoche, eso casi seguro —responde Ángela, alzando las cejas—, pero antes me gustaría escuchar algunas explicaciones. No es asunto mío saber de dónde lo sacaste, pero necesito tener una idea de en qué me estoy metiendo. ¿Qué es eso?

Dakota reprime una mueca de resignación a medio camino de formarse en sus labios y declara señalando el artefacto con un minúsculo dedo meñique.

—Es un crisol, aunque no lo creas; un tanque de caldo de cultivo virtual. Un ecosistema de vida artificial diseñado por un trabajador independiente que realizaba este trabajo por encargo de una gran empresa coreana. El hombre fue, precisamente, mi más reciente relación sentimental, otro de esos rotundos fracasos de los que te comenté antes. En fin, para hacértela breve: terminamos en malos términos, me dio un ultimátum para que me fuera de su casa, y yo creí que sería justicia suficiente el que me largara llevándome su preciado proyecto de colonias de vida-a. —Sonríe con descarada suficiencia—. Sí, exacto. Se lo birlé en su primera ausencia esta misma mañana. Suena mezquino y visceral, pero resultó así. Lo he jodido de lo lindo y estoy orgullosa de ello. Ya nunca me olvidará.

Venganza fría de amante despechado, eso era todo, considera Ángela. Simple resentimiento sin beneficios adicionales. Una de las historias más viejas del mundo,

destinada a repetirse mientras el sol siguiera saliendo cada mañana, y quién sabe si incluso sobreviviera a ese evento.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? —dice Ángela—. No tengo ni la más remota idea de qué hacer con un crisol de vida artificial.

—Cada colonia tiene un algoritmo basado en factoriales complejos, y estos a su vez están asociados a un chip RFID. Me pueden rastrear por esa señal, así que necesito que localices todos esos chips delatores y los desconectes. Con premura, por favor; antes de que mi ex novio consiga que Brady me ubique en las redes de objetos *spime*.

“Brady” (por Brad Pitt) era el mote callejero del buscador de objetos geoposicionados de Google.

—¿Y cómo es que has logrado evadir a Brady durante todo el día?

—No lo sé. Supongo que ha sido suerte. Quizás el impresentable de mi ex no consideró necesario etiquetar su preciado crisol. De todas formas, por si acaso, no he parado de moverme desde esta mañana.

—Bien pensado. De acuerdo —decide Ángela—. Me haré cargo.

—Otra cosa. De ser posible, me gustaría ver cómo lo haces; cómo es que funciona toda esa... magia de borrado de claves.

Alerta.

—Eso es imposible —le responde Ángela y está a punto de romper a reír a carcajadas—. Los buenos magos nunca revelamos nuestros mejores trucos.

—Vamos. Te abonaré un extra si me dejas mirar.

—No insistas. Yo no trabajo así. —Decide intercalar una mentira, para salir del paso—. Además, tu campo eléctrico corporal entorpecería el proceso.

La otra se encoge de hombros, en plan “bueno, al menos lo intenté”.

—Bien —resume Ángela, con los labios de pronto reseca—. Entonces, a medianoche nos veremos en la terminal SE de la isla San Bernardino. Tú me llevarás el dinero en metálico, y yo te devolveré este chisme impecable, tan inocente y silencioso como un querubín mudo.

Dakota asiente y se levanta para irse, y entonces Ángela ve todas las señales que le faltan para ordenar sus sospechas, la severidad de aquellos ojos de pestañas *kitsch* se le vuelve tan traslúcida como la chaqueta de nylon que viste; el hecho de que Dakota vaya a marcharse dejándole a solas con su preciado tesoro, sin conocerla a ciencia cierta y sin tener la seguridad de contactarla más adelante, es confirmación suficiente.

—Eh —añade Ángela—, y trata de pagarme en euros o en nuevos yuans; no quiero esos piojosos dólares devaluados que no sirven en ningún otro sitio del mundo, ¿está claro?

La chica asiente y abandona el Sombrerero loco.

No, muchacha, no me pagarás de ninguna forma. Ya lo creo que no.

Ángela, saca un juego de guantes quirúrgicos de uno de sus bolsillos y se los pone. Espera un par de minutos, toma elartilugio y sale de allí.

Treinta minutos más tarde, después de haber cambiado de isla dos veces por vía marítima, convencida de que nadie la sigue, está tomando el Superexpreso de Cayo Francés para subir hasta la Florida. Aprovecha el trasbordo para inclinarse sobre la plataforma y deja caer el chisme al mar.

Lo de “piojosos dólares devaluados” tiene que haberte sentado mal, piensa Ángela, y siente una tenue satisfacción al verlo hundirse en la oscuridad de las aguas. Maldita poli novata. ¿Por qué no te vas a sembrar cazabobos a la Costa Oeste? Toda tu urgencia y tus problemas sentimentales han sido una puesta en escena para tenderme un anzuelo. Apuesto a que echaste un polvo hoy mismo al levantarte, y que tampoco eres lesbiana. Joder, apuesto a que tu maldito nombre ni siquiera es Dakota.

La computación cuántica es ángel y demonio superpuestos en la oficiosa, errática vida actual de Ángela.

Graduada con honores de Ciencias Informáticas, en 2016, en la Universidad de St Lawrence, Nueva York, luego se había trasladado a Oxford para especializarse durante dos años en física cuántica aplicada a sistemas informáticos, justo a tiempo de abrazar el emergente paradigma de la computación cuántica, y disfrutar en primera fila del espectáculo académico y práctico de la guerra librada por las atractivas tecnologías de los qubits y los ordenadores moleculares de ADN para destronar el obsoleto reinado del silicio y la computación clásica.

Los ordenadores clásicos utilizan bits para archivar la información, de tal manera que un bit sólo puede tomar valores de 0 o 1, gestionados por impulsos de voltaje eléctrico. A diferencia de estos, los ordenadores cuánticos usan los qubits, o bits cuánticos. Un qubit guarda la información en el estado de un átomo, y, debido a las leyes de la mecánica cuántica, un átomo puede estar en superposición decoherente y su

información puede ser 0 y 1 *a la vez*. El resultado, en dependencia del número de qubits implicados, es que pueden realizarse muchas operaciones paralelas.

Más puertas lógicas, procesadores más compactos; más velocidad.

En el mundo de los ordenadores, la velocidad de cómputo es lo que más cuenta; y el ordenador cuántico es un guepardo joven en una playa de tortugas centenarias.

Si el presunto trabajo que quería endilgarle esa policía encubierta, la tal Dakota, hubiera sido un encargo de chapuza real, desactivar las claves de las etiquetas GPS de radiofrecuencia no hubiera supuesto ningún problema para Ángela y sus compinches del Club de los poetas muertos. Las etiquetas RFID son la espina dorsal de la geolocalización de ítems; están codificadas con algoritmos que generan números primos. Números primos *muy* grandes, imposibles de factorizar con la potencia de procesamiento de un ordenador tradicional en menos de mil años; pero un ordenador cuántico de propósito general es, básicamente, una máquina de Turing indeterminista que trabaja en el orden de los teraflops (exponencialmente más veloces que los procesadores de gigaflops convencionales), de modo que en un abrir y cerrar de ojos el trabajo de decodificación está hecho.

Para Ángela, romper códigos RFID es computación cuántica de garaje; elemental.

Dejando aparte cualquier cuestionamiento ético, no es que sea la Gran Ciencia que soñaba hacer ella al graduarse; es sólo el nicho donde ha ido a parar para sobrevivir a sus miedos. Había empezado con buen pie, haciendo programación cuántica en el Instituto Quantum Optics de Innsbruck para una máquina de resonancia magnética nuclear modificada, con un potente procesador de 30 qubits. ¡Había tanto por lograr, tanto camino por descubrir! ¡Se sentía tan involucrada, tan plena de positivismo! Espines nucleares, superconductores; la probable aplicación del Algoritmo de Kane al problema de la Intercepción Q entre tensores planares le resultaba fascinante.

Pero pronto, menos de seis meses después de empezar en Quantum Optics, tuvo que dejarlo todo. Algo empezó a ir mal. No para la investigación del instituto, desde luego. Las cosas fueron mal en la cabeza de Ángela.

Empezó a ver fantasmas; gente muerta.

Su padre y sus hermanos muertos.

4- EL INTRUSO KYAM.

Puerto Gris. Órbita joviana. Abril 2077.

El drako abrió sus mandíbulas de saurio y dijo:

—Por fortuna para mí, muy pocos saben lo peligroso que es el artefacto que has traído. Porque en su poder radica el peligro. La especie que lo tenga podría cambiar las alianzas establecidas entre las cincuenta razas del Sector... —mi traductor fracasó al intentar transliterar el significado—. Con la ayuda de ese artefacto se podría frenar incluso a los Pangalácticos.

No me lo creía. *Nosotros* habíamos hecho el dichoso artefacto y seguíamos sin conseguir que la suerte corriera a nuestro favor.

—Hasta cierto punto, tu deslealtad es comprensible, un reflejo de la falta de honestidad que ha mostrado tu amo para contigo.

Yo seguía imposibilitado de responderle, lógicamente (petrificado bajo la garra psiconeural de sus perros), pero estaba de acuerdo con eso.

—Pienso que tu amo Mikka mostró una gran falta de honor al privar a un esclavo del conocimiento de su destino. Supongo que es uno de los fallos de vuestra especie, la infidelidad entre amos y esclavos —continuó diciéndome—. No es correcto, pero en algo puedo contribuir al mostrarte la luz que él te ocultó; te debo un poco de respeto, ya que, en realidad, vas a morir para beneficio mío.

Maldita la falta que me hacía escuchar todo aquello.

—Hay un conflicto comercial entre varias razas hegemónicas del Sector; a través de mí, se le suministró documentación y cierto nivel de tecnología a un grupo de científicos humanos de la Tierra. Se les prometió el motor de curvatura a cambio de... ese artefacto que construyeron, y que están imposibilitados de utilizar ellos mismos al no tener los medios adecuados para operarlo.

Habíamos sido relegados a la categoría de vasallos; eso seguro

—Para eso te enviaron. Aunque me gustaría que fuera mi especie la que dispusiera del artefacto, tengo que cumplir mi cometido: extraértelo y entregárselo a la raza skash, que fue la que realizó el encargo. Esto les dará la supremacía para controlar

las redes de comercio. —Se puso en pie—. Y sé que los skash no van a entregarles a los humanos el motor de curvatura; ellos también son famosos por romper sus tratos.

Casi era preferible no haberme enterado. Según mis datos, los cánidos skash eran un vasto imperio comercial que dominaba un cúmulo estelar de cinco mil años-luz (donde fuera que estuviera eso). Se decía que eran beligerantes e implacables (mucho peor de lo que habían sido los langostas en los años 50), y por fortuna para la especie humana, los Pangalácticos habían vetado la presencia skash en el Sistema Solar.

—Saquémoslo de aquí —le ordenó el drako a sus esclavos.

—Permitidme —dijo de repente el felino bípedo, que se había acercado a nuestra mesa. Se dirigió a Mah'Teloy en lenguaje drako—. No pude evitar escuchar parte de lo que decíais, excelencia, así que desearía involucrarme en un intercambio con usted. Tengo una propuesta, antes de que decidáis ejecutarlo: ¿Podríais vendérmelo a un precio razonable después de que hayáis consumado vuestro “intercambio”?

Los cybridos se detuvieron, pero no aflojaron el control sobre mí.

—Esto es un asunto privado —le respondió el drako—; y de todos modos no hago tratos con ningún sucio kyam.

—Comprendo, pero —terció el kyam— si tenéis tanta urgencia por sacrificar tan valioso ejemplar... tal vez me permitáis antes tomar unas muestras genéticas de sus gónadas y su ADN somático; insisto, por el mismo precio razonable.

—¿Quién demonios eres? —preguntó Mah'Teloy.

—Un modesto comerciante de genes, excelencia. —Por la musculatura de su rostro yo era incapaz de distinguir algún sentimiento—. Es mi segundo viaje a Puerto Gris y nunca había podido echarle un vistazo a una criatura humana. Me gustaría adquirir...

—¡Lárgate! —lo interrumpió Mah'Teloy, e hizo una seña a sus espectros.

Desde mi punto de vista todo ocurrió demasiado rápido. Sentí la descarga psi del kyam romper el control neural que tenían sobre mí y aferrar las cuatro mentes de los cybridos con un poder telepático superior al de ellos. Tres xenos salieron despedidos contra las paredes con fuerza inusitada y quedaron inmóviles. El cuarto logró esquivar a duras penas el zarpazo del kyam, pero en ese momento la cobra salió disparada de mi prótesis y destrozó su cráneo; el cybrido cayó a plomo sobre la mesa.

Entonces sentí la mente del felino apoderándose de la mía; la misma mente que me había hurgado al llegar a la cantina; así que mi sospecha inicial quedaba confirmada.

Mah'Teloy ni siquiera había intentado tomar ninguno de mis blasters; era demasiado astuto para arriesgarse a ello.

—Poseéis pésima actitud para el comercio, excelentísimo —le comentó el kyam exhibiendo esta vez una evidente sonrisa. Los bebedores de aquel nivel habían centrado su atención en nuestra mesa, esperando más trifulca, pero enseguida volvieron a concentrarse en sus bebidas. Algunos bares nunca cambian. Quizás alguna máquina estaba haciendo ya una llamada a las autoridades locales.

Yo daba lo que no tenía por largarme de allí lo más pronto posible.

—De acuerdo, pirata. Tú ganas —dijo Mah'Teloy, amoldándose a la nueva situación con rapidez—. Vayamos a un domo mesh y tomas las muestras genéticas que quieras.

—No —repuso el kyam con una mueca desdeñosa—. El *sucio* kyam acaba de cambiar de idea. Ahora lo quiero completo y rebosando vitalidad. Y el resto de mi oferta ya caducó. —Se volvió hacia mí y anuló el control psi—. Humano, todo lo que quiero de ti es una simple muestra de ADN por un precio...

—Te la daré gratis —dije yo, recuperando el control de mi cuerpo.

—No creo que consigáis vivir el tiempo suficiente para celebrarlo —nos advirtió el drako con los ojos tornándose apreciablemente oscuros.

—Salgamos de aquí —apremió el felino— antes de que llegue la Seguridad del puerto. En mi nave tengo un excelente equipamiento para realizar el muestreo.

—Eso está hecho —tomé mis armas y aferré al drako por la túnica—; pero me gustaría llevar a esta maldita sabandija con nosotros. Estoy metido en grandes problemas, y este drako es mi mejor fuente de información disponible. Tal vez eso me ayude a negociar con los skash.

Salimos de allí.

En la zona de estacionamiento de la cantina nos aguardaba el transporte del felino: un módbot que parecía un escarabajo negro; el típico módulo de suspensión que permiten alquilar en todas las zonas de espaciopuertos. Tomamos una senda y enfilamos hacia los muelles de la estación. El kyam me dio un protocolo de su lenguaje que me apresuré a insertar en mi matriz. Ante la dificultad lingüística de pronunciar su nombre decidí apodarlo “Gato”.

—Quiero saber algo —le pregunté a mi nuevo compañero—. ¿Me estabas sondeando desde que llegué a la cantina?

—Sí. Había escuchado a algunos comerciantes g'olbs hablar de tu especie; decían que sois la raza nativa de este sol, pero yo nunca había visto a ninguno de vosotros. No pude evitar explorar tu mente; es una costumbre natural entre los kyam, un rasgo típico de nuestra cultura.

Lo miré a los ojos y le dije con la mayor firmeza posible, dadas las circunstancias:

—Me llamo Rudy; El loco Rudy-G. Voy a pedirte un favor especial, amigo mío, y no quiero que lo olvides, ¿de acuerdo? No vuelvas a tocar mi mente. Nunca más. Los humanos no podemos soportarlo.

5- EL CLUB DE LOS POETAS MUERTOS.

Fort Lauderdale, Florida. Enero 2019.

—A mí me parece que te estás convirtiendo en toda una celebridad, mi querida Sor Juana —le dice Byron sonriendo débilmente, tras escuchar su historia.

—Bah, no exageres —responde Ángela—. Se trataba de una poli novata con una historia ridículamente embrollada; otra trepadora barata queriendo hacer méritos fáciles.

—¿Fáciles? —finge escandalizarse él, sacudiendo su larga cabellera gris—. Nunca hemos sido fáciles, querida, incluyéndote a ti.

Ella está parada en el centro de las estaciones de trabajo del Club de los poetas muertos, con el resplandor de los monitores panorámicos y las luces de cadmio de los globos colgantes de iluminación LED confabulándose para hacerla parecer una actriz de mala muerte en un anfiteatro de tramoya tecnológica. Se siente un poco estúpida al contarlo. Había dudado entre regresar a su apartamento o quedarse a pernoctar en un balneario para chicas en Daytona Beach, pero entonces le había surgido el problema y decidió pasarse por el Club.

La pequeña fortaleza del Club tiene dos niveles: el de recreo y cocina, y el de las estaciones trabajo; ambas están ensambladas en el interior de una nave industrial de Fort Lauderdale, donde comparten espacio con almacenes de hardware en desuso y un par de remolques desvencijados. Sin tecnologías de conexión inalámbrica ni servicios de internet, ninguna señal entra o sale de allí. Los poetas se sienten más seguros así. Para realizar sus chapuzas han montado una mini red de ordenadores convencionales, un par de matrices de cómputo molecular (menos compactas, pero mucho más veloces que un djinn de ADN), y como atracción principal, la máquina que todos y cada uno de ellos siente el orgullo de compartir; un fantástico ordenador cuántico de 12 qubits con terminales ópticas, soportado en un dispositivo superconductor del tipo SQUID.

—Esa es la razón por la que siempre te he advertido en contra de buscar trabajo en esa Web de improvisados —manifiesta Bécquer desde la cocina, en el nivel superior; tiene la boca llena de hamburguesa y la campana de humo sobre él hace bastante ruido, pero Ángela —Sor Juana, para el equipo— ya ha escuchado sus cantinelas sobre la Chapuzas & Crackeos tantas veces que podría leerle los labios en la oscuridad. Esta noche están casi todos, compartiendo chapuzas y chismes. Faltan Storni y Blake, y Neruda está tan embutido en el hemisferio de su pantalla flexible que es como si tampoco estuviera allí. De todos modos, Byron, Bécquer y Rilke son público suficiente para ella. Saben escuchar, y encima ninguno de ellos pretende llevársela a la cama.

—Déjala en paz —interviene Rilke con divertida indulgencia, con las piernas extendidas sobre su escritorio metálico. Lleva la cabeza afeitada al cero y se ha hecho injertar en ella siete orejas de ratón. Ángela reconoce que en la elección estética del hombre hay una referencia contestataria hacia uno de los primeros alardes transgénicos del siglo anterior, pero aún así le sigue resultando excesivo y repugnante como cirugía electiva—; la chica hace lo que puede. Todos tenemos días malos.

—Y también días peores —añade Ángela suspirando—. Creo que tengo problemas de carneware.

Saca de su bolsillo el djinn y lo pone con toda suavidad sobre el escritorio de Rilke, junto a sus pies calzados con sandalias de plástico. El genoide tiene un aspecto mustio, y ha adquirido una coloración purpúrea que ella no ha visto nunca antes; y *tiembla*, tiembla como un animalejo enfermo. Da pena verlo en ese estado.

—¿Desde cuándo está así? —tras sus gruesos lentes bifocales, los ojos grises de Byron acusan extrañamiento y preocupación.

—Hace una media hora más o menos. Intenté conectar con su sistema operativo y me fue imposible. No había pasado antes. Es la razón de que, en última instancia, me haya dejado caer por aquí con las manos vacías.

—¿Y tú? ¿Has tenido fiebre o algún síntoma de resfriado?

—No. Nada.

Arrugas sobre el entrecejo de Byron.

—¿No te habrás metido alguna cosa? —pregunta Bécquer desde el nivel superior, tiene los brazos apoyados en la barandilla de acero mientras lía laboriosamente un cigarrillo con tabaco negro picado.

—¿Tóxica? ¡Claro que no! Poesía aparte, mi cuerpo es un templo.

—Bueno, Sor Juana, no te lo tomes así. Me refería a alguna sustancia recreativa. Tienes todo el derecho del mundo a divertirte como quieras.

—Tampoco —responde ella—. No he tomado ni una cerveza hoy.

—No lo entiendo, pero podría ser —dice Byron—. Debido a que comparten el mismo material genético, algunos genoides desarrollan afecciones, predisposición viral y desórdenes metabólicos similares a los del organismo donante; incluso pueden anticipar algún grado de intoxicación inmunológica.

—Yo me encargo —dice Rilke tomando el djinn delicadamente entre sus manos. Se dirige al ordenador, donde enchufa al genoide a través de la unidad biológica de USB que usa como traductor de sistemas BIO/COM. El sonido del extractor de esporas y las luces rojas del índice de vitalidad en la pantalla del ordenador aumentan la preocupación de Ángela.

—En efecto —comenta Bécquer, humedeciendo con los labios la punta del cigarrillo recién liado—, parece que hoy tienes uno de esos días malos.

Ella tiene cara de consternación. Recuerda algo.

—Ni siquiera es lo más raro que me ha pasado hoy —manifiesta.

—¿Qué quieres decir? —la interroga Byron.

—Es que no os he contado todo —responde Ángela—. Hoy tuve una conversación con un tío extraño que se me acercó en la terminal del SE.

—¿Se te acercó? Podría ser un acosador.

—Bueno, no es que se presentara en persona —dice ella—. Y sí, es una suerte de acosador con una propuesta extravagante. Ha intentando contactarme durante la última semana, pero nunca acepto sus llamadas, y el día que al fin le contesté le dije que no estaba interesada en atender sus necesidades. Pero es igual; continúa llamándome.

Pasa a través de mi cortafuegos como si no existiera. Bueno, pues el caso es que esta tarde pirateó el haz de la señal de Mister Google para poder hablar conmigo en medio de la calle.

—¿Interfirió la señal de Google? —Bécquer se mostró sorprendido. Expelió volutas de humo denso hacia la corriente de aspersion de la campana—. ¿Te das cuenta del *tipo* de equipamiento que hay que tener para lograr eso?

—Exacto —asiente Ángela—. Borró a Mister Google en tres segundos y le copió desde la nitidez y la prestación vocal hasta la interfaz sensotáctil. Y eso lo hicieron con un *solo* canal, sin tocar al resto de los avatares de Google.

—Manipulación selectiva de algoritmos de alto cifrado, teleportación de fotones unidireccional; implica un alto nivel de computación cuántica.

Ángela sacude la cabeza al asentir.

—Computación cuántica de *gran* envergadura —añade—. Y aquí ya todos sabéis por qué que yo no me involucro a esa escala.

Rilke aparta la vista de su pantalla.

—¿Y qué quería él que hicieras? —Pone cara de pícaro—. Tal vez me convenga a mí hacer ese trabajo.

—No sé. Me hablaba de esoterismos; Ovnis y cosas así —hace un gesto de restarle importancia—. Algo sobre el principio antrópico del universo... no sé bien. La verdad es que no valía la pena prestarle atención.

—¡Acabáramos! —exclama Bécquer—. ¡Si se trata de los chalados de la paradoja de Fermi! ¡Esos tíos no se cansan de intentarlo!

—No son chalados, querido. Son científicos con una teoría concreta que la mayoría de la comunidad científica no se atreve a suscribir. La historia de la ciencia está llena de cosas así—. Byron se acomoda las gafas sobre el puente de la protuberante nariz, signo que Ángela ha aprendido a reconocer como de interés intelectual—. ¿Un miembro del Grupo Antrópico te contactó?

—Algo así dijo él —asiente Ángela—. Afirmó que su grupo intenta romper no sé qué acerca de un modelo cognitivo.

—Ah, sí —menciona Rilke—, el asunto de la paradoja de Fermi.

En la improvisada cocina Bécquer aplasta la colilla del cigarro contra un costado del armario de cerámica que hace de alacena.

—Bromas aparte, esos tíos sí que están bien equipados con Qubicaje de altos vuelos. —A Bécquer le gustan los juegos de palabras. Puede que como chapucero sea un

artista, pero como poeta deja mucho que desear—. Un centenar de qubits como mínimo. Ahora se explica el hecho de que pudieran interferir y apropiarse de una señal tan sólidamente protegida como la de Google. Me temo que ante esa potencia tu pobre cortafuegos ni logra enterarse de que ha sido atropellado.

—Y a la vez —añade Byron—, ellos emplean criptografía cuántica para protegerse. Imposible elaborar contramedidas para detenerlos o localizarlos si ellos no lo desean.

—Bueno, pero, ¿por qué Bécquer les dice los chalados de la paradoja de Fermi?

—Vamos, Ángela, ¿bromeas conmigo? Eres programadora de ordenadores cuánticos; tu formación es académica. No me digas ahora que no sabes quién es Fermi.

—Por supuesto que sé quién es Enrico Fermi —responde ella—. Físico italiano del siglo pasado; desarrolló el primer reactor nuclear y la mecánica estadística; transmutó elementos; recibió el Premio Nobel de Física. Vale, casi me dejo los fermiones en el tintero, ¿qué más se supone que tenga que saber de él?

—Curiosidades, querida mía, curiosidades —afirma Byron, moviendo las manos y gesticulando en actitud de lance retórico—. La paradoja de Fermi consiste en la cuestión que ha enfrentado a dos formas de pensamiento sobre si el Universo posee formas de vida inteligente más allá de la Tierra. Civilizaciones alienígenas, para ser más exactos; observables, contactables. Algunos afirman que hay una alta probabilidad de que existan esas civilizaciones; tenemos a Frank Drake y Carl Sagan entre los científicos más importantes que postulaban y creían firmemente en ello. La Ecuación de Drake estimaba el número, enorme, esperanzador, de civilizaciones extraterrestres con las que podríamos ponernos en contacto, y producto de esos cálculos el optimista doctor Sagan se convirtió en el más importante promotor del Proyecto SETI de búsqueda de inteligencia extraterrestre. La línea de pensamiento contraria presupone que, sin lugar a dudas, no hay vida inteligente más allá de la Tierra; es decir, “estamos solos en el Universo”.

—Las facciones negativas —comenta Bécquer—, siempre poniendo las cosas en la debida perspectiva.

—Éstos se apoyan en la llamada Hipótesis de la Tierra Especial, la cual sugiere que la vida como fenómeno pluricelular podría ser algo muy extraño y singular en el Universo, debido a la posible escasez de planetas parecidos a la Tierra. Plantean que se han dado muchas coincidencias improbables para hacer posible la vida compleja en nuestro mundo. Por ejemplo, los brazos espirales de la Vía Láctea están plagados de supernovas cuya radiación es sumamente perjudicial para la vida superior. El Sistema

Solar, sin embargo, se encuentra en una órbita especial del brazo galáctico, una órbita casi perfectamente circular y a una distancia en la que el Sistema Solar se mueve a la misma velocidad que las ondas de choque de las supernovas. La Tierra se ha mantenido en la región entre los brazos espirales durante los últimos cientos de millones años, que es casi todo el tiempo en que ha existido vida superior en el planeta.

—Tiene lógica —dice Ángela—, pero esa teoría no debería postular la inexistencia de la vida en la Galaxia haciéndola extensible a todo el Universo. Además, podría haber *otros* tipos de vida, aparte de los específicamente *terráqueos*.

—Sí, pero cada grupo tiene suficiente trabajo científico detrás para defender sus teorías. Y ahí entra Fermi, que dice: bien, vale, si en el universo existen *tantas* de esas civilizaciones tecnológicamente avanzadas, *¿dónde están?! ¿Por qué no hemos encontrado trazas de su existencia, entonces? ¿Por qué no hemos tenido la visita de sus naves, ni hemos recibido sus transmisiones?*

—¿Lejanía?, ¿formatos de emisión/recepción incompatibles? —aventura Ángela. Tuerce los labios con sorna—. ¿Sentido común?

—Para mí el Principio de Fermi implica que realmente estamos solos en el Universo —interviene Rilke desde su ordenador—; yo creo que él pensaba que la búsqueda de vida ET era una empresa fútil de la especie humana; el último canto de sirena del ateísmo científico que busca una suerte de Dios natural que le salve, de inteligencia superior que nos guíe por la senda evolutiva a través de una filosofía de base tecnológica. Pero somos peregrinos en una *terra incognita*.

Todos odiaban que Rilke se pusiera profundo.

—¿Crees que *realmente* estamos solos? —le azuza Bécquer.

—Sí —responde Rilke con severidad—. Estamos solos, y será mejor que nos hagamos a la idea de que seguiremos estándolo; que no esperemos otra ayuda más que la de nosotros mismos. El camino difícil nos hará mejores. Ya lo dijo Milton en uno de sus más brillantes poemas: “La senda, cuanto más solitaria y aciaga, tanto más luz aportará al peregrino”.

Rilke se vuelve hacia la pantalla y comienza a estudiar los datos del djinn de Ángela con el programa diagnosticador.

—Pero Fermi no dice que estemos solos —aclara Byron, y realmente da la impresión de que siente pasión por el tema—. Lo que hace Fermi es dejarnos las cosas en claro: Quizás no estamos observando correctamente, o quizás estamos tecnológicamente imposibilitados para hacerlo.

—En resumen —intercala Bécquer que se ha reunido con ellos junto a los ordenadores—. En el mejor de los casos, puede que nos falten los sentidos adecuados. O las herramientas de precisión.

—Lo que nos lleva de vuelta al Grupo antrópico que ha intentado ponerse en contacto contigo —dice Byron—. El Grupo antrópico es conocido desde hace años. La mayoría de sus miembros originales provenían de una rama escindida del Proyecto SETI. Sus ideas, demasiado arriesgadas, imponderables, no gustaron o no cuajaron en su momento con el espíritu racionalista del SETI, y resultaron expulsados del proyecto como si fueran herejes. Pero eso no supuso su desaparición; al contrario, abrazaron sus ideas con más fuerza y se mantuvieron unidos. En los últimos años han ido ganando miembros y holgura económica.

—Los conversos siempre son los más fanáticos —reflexiona Bécquer.

—El Principio de Fermi y el Principio Antrópico son las piedras angulares de la teoría que esgrime el Grupo —dice Byron—. Similar a la Hipótesis de la Tierra especial, el Principio Antrópico sostiene la idea de un universo de Diseño Inteligente, meticulosamente “sintonizado” para promover la vida humana como única probable especie inteligente; *pero* —y ahí viene el elemento novedoso rechazado por la gente del SETI— la versión cosmológica que esgrime el Grupo antrópico sugiere la existencia de universos alternativos al nuestro capaces de albergar vida inteligente y civilizaciones alienígenas.

Ángela se queda de una pieza al escucharlo.

—¿Es una broma?

—No —le dice Bécquer—. Siguiendo esa línea de razonamiento, resulta que tanto Fermi como los detractores y promotores de la diversidad de inteligencias, tienen la razón. *Todos* ellos tienen la razón a la vez. Sus verdades no son excluyentes. Según el Grupo antrópico estamos solos en *este universo*, pero el universo de al lado pulula de civilizaciones alienígenas. ¿Puedes creértelo?

—¿Universos paralelos? —repite Ángela atónita—. ¿En serio?

—No es una idea nueva ni mucho menos —dice Byron—. El físico Hugh Everett fue el primero en hablar de los universos alternativos mutuamente inobservables. Puede que el Grupo esté trabajando en resolver ese problema; según tú, te dijo que estaban intentando romper un modelo cognitivo.

—Sí, algo así... pero no lo dejé terminar.

Bécquer inclina la cabeza y sonríe burlón. Parece que todo le resulta simpático esta noche.

—No me imagino cómo pensaban ellos que la señorita Sor Juana pudiera contribuir a su causa.

Ella pilló el sarcasmo y le guiña un ojo.

—Se lo preguntaré si vuelvo a encontrármelos alguna vez. No es que esté interesada en saberlo, pero lo haré para sacarte de dudas.

Un momento después, Ángela se acerca a Rilke. El hombre parece ensimismado en los datos que corren por su pantalla, y tiene al djinn dentro de algo que parece una cámara hiperbárica en miniatura. El djinn tiene ventosas de electrodos pegadas por todo el cuerpo. El cable orgánico del USB es lo único que luce vivo ahí dentro.

—¿Cómo va eso?

Él la mira un segundo sin hablar, como si le costara trabajo reconocerla.

—En quince minutos podré decirte algo. —Carraspea—. Pero pinta mal.

Ángela no sabe qué quiere decir él, pero ahora mismo otra cosa ocupa su mente con urgencia.

—Bueno, pues esperaré entonces. ¿Puedes dejarme uno de los mórfers? Necesito hacer una llamada.

—Si vas a subir ahí arriba, abrígate bien y date prisa —le avisa él—. Puede que esté a punto de romper a llover. El agua estará helada en esta época y no conviene que te resfríes. —Señala al inmóvil djinn dentro de la cámara de vidrio—. Con un enfermo ya es suficiente por hoy.

6- LA COMPLICACIÓN SKASH.

Puerto Gris. Órbita joviana. Abril 2077.

Durante la mayor parte del trayecto intenté interrogar al drako; me tropecé con un muro de silencio. Su rostro había adoptado una impávida expresión de máscara de cerámica. Estuve a punto de apoyarle un blaster en la testa, darle una corta explicación de lo que

pensábamos las especies de sangre caliente acerca de su idea de la honorabilidad, y luego decirle adiós con una descarga a quemarropa; pero me contuve... me contuve el tiempo suficiente para llegar a la entrada del eje que conducía al muelle donde estaba atracada la nave kyam.

Allí fue donde todo se desmadró.

Habíamos arribado a los centros de embarque, astilleros de reparación, instalaciones de carga, módos del transporte neumático circulando por el entramado del astropuerto. La vista de los muelles era impresionante: enormes naves mineras, cargueros comerciales privados, elegantes cruceros de lujo, lanzaderas del servicio portuario, los navíos acorazados de los alienígenas respiradores de hidrógeno, los mercantes especiales de las razas evolucionadas en gigantes gaseosos, y las patrullas de defensa del hábitat.

Esperaba que la nave de Gato no estuviera muy lejos.

Pero la esperanza resultó un sentimiento inútil; el camino ya estaba cerrado. Nos esperaban. Eran tres cánidos skash, parecidos a lobos de pelaje rojizo y vestidos de negro. Uno de ellos llevaba blaster y coraza ablativo, y los otros dos portaban fusiles pesados de energía.

Realmente tuvimos mucha suerte. Los cánidos comenzaron a disparar antes de tiempo, y con ello perdieron la mitad de su ventaja.

La puerta trasera del vehículo acababa de abrirse y el drako estaba bajando al suelo cuando nos soltaron la primera andanada. El fogonazo me cogió desprevenido pero no era yo el objetivo; las entrañas de Mah`Teloy llovieron estrepitosamente sobre mí. Por fortuna el mód activó automáticamente su escudo deflector y nos protegió del resto de los impactos energéticos. El campo se puso amarillo al absorber los disparos, disuadiéndome de responderles. Gato estudió la disposición de los atacantes y me explicó que a la primera pausa que los tiradores hicieran saliéramos por el otro costado del módulo.

—¿Estás loco? —le respondí—. El campo del módulo es nuestra única defensa. Pronto llegarán las autoridades del puerto.

—¿Sí? ¿Quieres arriesgarte? Escucha —me espetó—. El escudo de este cacharro es bastante limitado; dentro de tres minutos no podrá seguir absorbiendo más energía y el mód se fundirá.

No esperé a escuchar más explicaciones. Los skash se acercaban dando un rodeo y habían hecho un alto al fuego para recambiar las fuentes de energía. Saqué los cañones de los blasters a través del campo y le envié cuatro descargas al más cercano volatilizándolo de la cintura para arriba. Mi estado de ánimo mejoró. Entonces, antes de

que nos soltaran otra andanada, abrí la portezuela contraria y atravesé la barrera sintiendo hormigear mi piel al contacto con el escudo. Gato me esperaba allí empuñando su propio blaster, y me indicó que entre las estructuras tubulares había distinguido un posible túnel de fuga.

En ese momento los asaltantes desencadenaron un verdadero infierno energético sobre nuestro parapeto. El campo deflector del mód perdió su transparencia y comenzó a tornarse blanco brillante; estaba casi al límite, los skash lo sabían, confiaban en que muriéramos (sin verse afectado el análogo) cuando el mód estallara, y aumentaron la potencia de fuego. Amparados por la burbuja deflectora del escudo nos lanzamos por el conducto a toda velocidad.

Veinte segundos después el aliento abrasador del frente expansivo de la explosión nos derribó sobre el suelo del túnel para mordernos la piel.

—¿Aún sigues interesado en mis genes? —le pregunté mientras lo contemplaba aplicarse un geloides sobre el pelaje chamuscado. Estábamos en una especie de almacén de productos mineros al que Gato me había introducido, bastante cerca del centro del hábitat. Mi piel dolorida había comenzado a curarse rápidamente bajo la acción del aerosol de reparación celular que habíamos comprado en un puesto sanitario.

—Sí, claro que sigo interesado en tus genes —me respondió, atusándose las orejas puntiagudas con esmero—. Soy endiabladamente tozudo, y nunca he permitido que me malogren un negocio por la fuerza. Y mucho menos por intervención de los skash.

—¿Por qué tienes tanto interés en un simple ser humano?

—¿Todos preguntáis los mismo? —dijo—. He dicho que soy un comerciante de genes, ¿no es eso suficiente? Mira, los Dominios Kyam están muy apartados del agujero de gusano que conduce a este sistema. Quiero ampliar mis vínculos comerciales. La genética es uno de los renglones más lucrativos de mi negocio patrimonial. A nueve mil años-luz de mi mundo habitan los damokh, unas criaturas de existencia nómada acostumbradas a la experimentación con las bases genéticas de otras especies. Ellos mismos son gigantescas factorías orgánicas; se mezclan con sus creaciones, mutan deliberadamente. Así que son generosos compradores de todo el material genético que los mercaderes puedan llevarles. El ADN humano sería una novedad para ellos. Espero

que no te importe deshacerte de unas cuantas células de tu organismo, ¿o acaso profesas alguna religión que te lo impida?

—No necesariamente —objeté mientras revisaba las cargas de los blasters, más preocupado por sobrevivir al futuro inminente que por la probabilidad de hacer fortuna con mi genética—. Lo que no logro adivinar es cómo pretendes llegar hasta tu nave ahora que los skash están controlando los accesos al muelle.

—Cierto. Esa ruta se ha vuelto un poco difícil.

—¿Un poco? —me mostré azorado—. Yo diría imposible. A propósito: ¿no te parece raro que los skash pudieran entrar en el puerto con fusiles pesados? En ninguna de las estaciones de la Federación se permite utilizar tal armamento en sus instalaciones a menos que pertenezcas a su propio ejército.

—Sí —asintió cavilando—. Es bastante raro, puesto que ellos no controlan estos territorios. Deben haber convencido a las autoridades drako del muelle de que somos algún tipo de amenaza letal para la estación. —Y agregé—: No te preocupes, Rudy; tenemos opciones. Los skash sólo nos han cortado la ruta cómoda de acceso a mi nave. Existe otra manera de llegar hasta allá.

—Déjame adivinarlo —aventuré—. Tienes un teleeyector portátil.

—Ya quisieras. Digamos que la ruta es *complicada*—respondió con una de sus muecas—. Y también más lenta. Pero funcionará perfectamente.

—Bueno —miré hacia la salida del almacén—, supongo que deberíamos ponernos en camino.

Se incorporó, contemplando apreciativo su pelaje.

—¿Padeces alguna fobia relacionada con la ingravidez?

—No es precisamente mi medio ideal —respondí—, pero supongo que puedo sobrevivirla.

—Pues me alegro mucho, porque vamos a hacer un pequeño viaje flotando.

—Para ser tu segunda vez en Puerto Gris te las arreglas muy bien, ¿no te parece? —le dije con toda intención.

Me miró con sarcasmo y repuso

—¿Siempre crees todo lo que oyes decir por ahí? —Sacudió las orejas—: mentí. Llevo décadas viniendo a este condenado lugar.

7- TROPIEZOS.

Fort Lauderdale, Florida. Enero 2019.

El viento nocturno y frío que sopla desde el mar hace que el cabello de Ángela ondee con fuerza. Está en el techo de la nave industrial, al aire libre y bajo un encapotado cielo sin estrellas mirando el fulgor lejano de la iluminación de las autopistas al norte y el parpadeo ocasional de las luces largas de los coches. Se ha cerrado la chaqueta hasta la garganta y siente que la punta metálica de la cremallera le hace daño en la piel.

Tiene en la mano uno de esos nuevos teléfonos de pulsos RAW a los que llaman mórfers —tan aparatoso y poco atractivo como aquellos primeros móviles de los años 80—, artilugios especiales para llamar desde zonas desérticas y lugares sin conexión; los poetas del Club se valen de mórfers cada vez que quieren hacer llamadas en este pozo de interferencias. Teclea el código del repetidor en las teclas fosforescentes y luego marca el número de Elvira. Espera el tono.

Elvira. Su madre; con la que evita hablar desde hace meses.

Su única familia en esta tierra de peregrinos, como le diría Rilke.

—¿Hola? —responde una voz en castellano con acento caribeño.

Elvira es una inmigrante latina de segunda generación. Sus preferencias: los culebrones mexicanos, las compras en el supermercado y el trabajo doméstico. Sus triunfos: un marido gringo de cabello rubio y tres hijos saludables y maravillosos. Su sueño: llevar la vida más mediocre del mundo, sin sobresaltos ni altibajos; y sentirse adorada por su familia. Era todo lo que esperaba del devenir.

No pudo ver cumplido su sueño.

Siete años atrás, Elvira era una mujer bella y voluptuosa, a esa manera sofisticada y latina a la que Ángela no podría aspirar ni aunque quisiera; Elvira era una mujer alegre y llena de vitalidad.

Hoy es una persona envejecida, transfigurada por la tristeza e incapaz de vivir hacia adelante; se marchita, aceleradamente, y su amargura es contagiosa.

—¿Hola? —repite la voz.

—Soy yo, mamá.

—Angelita, ¿dónde estás?

Demora en responder. Hay demasiados agujeros importantes entre madre e hija: generacionales, intelectuales, sexuales; Ángela considera que faltan piezas imprescindibles para volver a sincronizar sus relojes afectivos. Se aclara la garganta.

—Estoy trabajando, mamá —dice, con un hilo de voz.

—¿A estas horas? ¿No crees que deberías estar en casa ya? ¿En esa casa a la que nunca me invitas?

Hay que pasar por alto su tono, un poco demasiado histérico.

—Trabajo de noche, mamá —responde—. Es un horario tan bueno como cualquier otro.

—La noche sólo es buena para encontrar problemas, Angelita, no me cuentes historias. —Elvira hace una pausa para controlar su propio exabrupto, y cambia de tema—. ¿Has conocido a alguien?

Ángela se pregunta qué diablos podría importarle a su madre con quién tiene ella relaciones sexuales y en qué horarios nocturnos trabaja.

—No. No estoy saliendo con nadie.

—Deberías —dice Elvira—. La soledad es muy mala consejera. Lo digo por experiencia propia. ¿Piensas dejar pasar otro año completo antes de venir a verme? Podría morirme y tú ni te enterarías.

Ese tono otra vez.

—He estado muy ocupada, mamá. Y además, la última vez que nos vimos no terminó bien. —No puede evitar ponerse a la defensiva—. Después de eso hiciste llamar al loquero para que me diera un repaso. ¿Crees que quiero repetir la experiencia?

—No te envié un loquero como dices tú, Ángela; le remití tu problema a un terapeuta. Necesitabas un profesional, mi'ja. Me diste un susto de muerte cuando me contaste que estabas viendo... ya sabes... lo que dijiste haber visto.

Ángela podía imaginarse a su madre ahora mismo, persignándose frente a la Virgen de la Caridad. Tan religiosa y se asustaba de una confesión así.

Vi muertos, Elvira; lo creas o no, vi muertos, y puedes estar segura que fui yo la que más se asustó, quería decirle a su madre.

—Bueno, es igual. ¿Y qué me dices de ti? ¿Estás bien?

—Me encontraría mejor si no me faltaran los míos.

—No empieces, mamá —dice incómoda—. Tienes que dejar de pensar en eso a todas horas. Han pasado años. Supéra... —retiene la palabra; se la traga—. Deberías mudarte. No tendrías que seguir viviendo en esa casa.

—Ay, Ángela, hija, tú no puedes entenderme —le recrimina Elvira, sin darse apenas cuenta de que su queja ha tomado impulso—. Eres demasiado gringa y extraña, demasiado fría. Esa universidad y ese trabajo que haces te han sorbido el alma, te han robado los sentimientos. Tú no comprendes lo que es sufrir.

Su madre no podía ni empezar a entender de qué iba la computación cuántica. Y aún cuando Ángela hubiera estado de humor para hablarle de ello, ya Elvira estaba demasiado lejos de todo para conseguir alzar la cabeza y salir de su profundo confinamiento de autocompasión.

—¡¡Mamá, por favor!! —dice Ángela, recriminándose por haber sido tan necia de marcar el teléfono de Elvira otra vez—. Siempre que te llamo vuelves con lo mismo. Me atacas una y otra vez, sin parar. ¡Yo no tengo la culpa de lo que pasó aquel maldito día! ¡¡Yo no tengo la culpa de no haber estado allí en aquella autopista y no haberme muerto!!!

—¡Tal vez no tengas la culpa de haberte salvado —alza la voz la madre, y Ángela siente un frío que no está en el aire de la noche—, pero *sí* tienes la culpa de que yo no estuviera allí! ¡Yo tenía que haber estado allí, con ellos! ¡No contigo en casa, cuidando que no empeorara tu constipado! ¡No! ¡Tendría que haberme muerto con mi marido y mis hijos en vez de seguir viviendo!!

—¡Maldita egoísta!! —vocifera Ángela fuera de sí y su grito se pierde en el sonido del viento y los espacios abiertos—. ¡Tú no fuiste la única que se quedó sin nadie! ¡Yo también perdí a un padre que me adoraba y a unos hermanos que lo eran todo para mí! ¿Me oyes? ¡Yo también me quedé sin familia...!!!

—¡Yo tendría que estar muerta! —repite Elvira en el auricular, como si ya no pudiera controlar lo que dice—. Tendría que estar muerta.

—¡Pues muérete! —chilla Ángela con rabia y estampa el teléfono contra el suelo—. ¡Muérete de una puta vez, maldita sea!!

El viento arrecia, y a lo lejos un relámpago enciende el firmamento con su foganazo de azogue; ocurre tan lejos que Ángela no alcanza a escuchar el ruido del trueno. Está resoplando para coger aliento, y tiene lágrimas frías en los ojos y las mejillas. Lágrimas que se confunden con las gotas de lluvia.

Y no sabe cómo diablos va a explicarle a Rilke que el mórfer se ha hecho pedazos.

Pero nadie le pide explicaciones sobre el mórfer cuando baja.

Todos la están mirando con expresiones severas, y algo de solemnidad, y por un momento Ángela tiene la absurda sospecha de que el resto del Club ha estado escuchando subrepticamente la conversación con su madre. Es como si hubieran recibido la notificación de muerte de un amigo común. Incluso Neruda, que hoy ha estado inmerso en su labor frente a la pantalla hemisférica, ha dejado su puesto y ahora está allí, contemplándola con expectativas.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunta ella, y espera que no noten que tiene los ojos enrojecidos por el llanto.

Byron se adelanta. Se ha recogido el cabello en una coleta y se le notan más las líneas de vejez en el cuello y la frente.

—Malas noticias. Tu genoide ha sufrido una desactivación neural.

—¿Qué?

—Estiró la pata. Colgó los guantes —explica Bécquer sin el menor asomo de delicadeza—; se murió el djinn.

Un día cargado de sorpresas; una tras otra.

—Pero... ¿por qué? —no sabe qué decir—. ¿Cómo ocurrió?

—Sufrió un shock anafiláctico —le informa Rilke—. Suponemos que el organismo del djinn entró en contacto con un agente alérgeno que le causó una acelerada reacción inmunológica en todo el sistema. Nunca había visto un dispositivo genoide deteriorarse así, de manera tan rápida; generalmente llevan el SYS mucho más reforzado que el del donante humano. Una mordida de cobra no le habría hecho un daño similar así de rápido. —Se encoge de hombros con estupefacción—. Ya te dije antes que tenía mala pinta.

—¿Y no pudiste darle una inyección de epinefrina o algo así?

—Tú me viste intentarlo. Lo mantuve hiperoxigenado y le suministré dosis de corticoides mientras manipulaba el sistema operativo en modo comatoso, pero con todo y eso lo único que conseguí fue retardar un poco la degradación enzimática. No se pudo hacer nada.

¿Qué podría haberle ocurrido?

—Dios santo. Mi djinn —se lamenta—. Tenía todos mis archivos ahí.

—Conseguí hacerte una copia rápida y fiable de algo más del 30% de su memoria, pero el resto no se pudo salvar. Los sistemas bioelectrónicos son más rápidos y compactos que las tecnologías de silicio, pero también son más sensibles y cuando se

vienen abajo es muy difícil salvarlos. Si el djinn aún está en garantía, creo que puedes intentar reclamarle al fabricante una reposición de unidad; las causas del deceso entran en el terreno de lo legalmente maniobrable.

—¿Entonces conoces las causas? —pregunta Ángela, aunque suena más como una afirmación.

Hay un silencio incómodo en el que todos son partícipes de la duda.

—Venga, ¿qué saben? —les presiona ella—. Suéltenlo ya.

Lo que le cuentan continúa la escalada de disgustos que la jornada se empeña en depararle.

—¿Intrusión policial? —exclama sorprendida—. ¿Cómo es posible? No me he apartado del djinn ni un segundo.

—Podrían haberlo hecho de muchas formas —afirma Neruda—. Incluso a distancia. Le dispararon un dardo minúsculo para usarlo como localizador.

—No. Esto fue colocado por contacto —dice Rilke y le muestra a Ángela una ampliación de escáner donde aparece un artefacto con forma de medusa encapuchada de color negro—. Lo encontré en el sistema del PDA. Es una sonda celular con software enzimático. Imposible detectarla a simple vista. Prefirieron apostar por una tecnología bioinformática de tipo intrusivo que les permitiera meterse dentro del sistema del djinn para copiar sus datos, y de paso sembrarle una baliza. Pero quién lo hizo no podía derrochar recursos o quizás no disponía del tiempo suficiente, así que se saltó el paso de estudiar el perfil genómico del djinn y no tuvo en cuenta todo el espectro alérgeno al que era susceptible. Resultado: la intrusión lo intoxicó en pocos minutos, el sistema se cerró de golpe y la sonda resultó destruida durante la degradación enzimática.

Ángela recuerda algo de golpe.

—¡Hija de puta! Debió haber sido aquella maldita poli en la terminal, cuando lo tocó con la punta del dedo. Le pegó la sonda a mi pequeño y por su culpa ahora está muerto. —Se revuelve impotente, los puños apretados—. Debería denunciarla por asedio policial y destrucción de propiedad privada.

—Eso es lo que ella quisiera —le advierte Byron—, que salieras al descubierto. Te tenía y ahora te ha perdido. No le des ese gusto.

—No creerás que esa poli iba realmente a por ti, ¿no? —dice Bécquer mirándola fijamente a los ojos—. Por si no te has dado cuenta, somos *nosotros* el

verdadero objetivo de esa abortada operación. Nosotros, queridísima. Si esa poli hubiera querido echarle el guante, lo habría hecho allí mismo; pero iba a por el plato fuerte. Intuye que hay otros trabajando contigo. Si nos encierra a todos obtiene los méritos que está buscando. —La sonrisa cínica vuelve a asomar a su rostro cuando añade—. A menos que seas una lengua suelta y estés cooperando con ellos para que nos pillen, y tú poder librarte. ¿Es eso?

El silencio en torno a Ángela es una sombra que se espesa.

—¿Lo dices en serio? —pregunta ella—. ¿Pensáis que soy una chivata?

—¿Ves a alguno de nosotros riéndose? —dice Bécquer, y sus palabras rozan lo ofensivo—. Lo que ha pasado no nos da ni puñetera gracia.

La están probando. Lo sabe. Siente ganas de gritar, pero piensa que por hoy ha dado alaridos suficientes. Aprieta los labios.

—Creo que deberías marcharte —le señala Neruda.

—Basta —interviene Byron con rotundidad—. Nadie duda de ti, Sor Juana, ignóralos. Sabes cómo es Bécquer; siempre haciendo leña del árbol caído.

—No, Byron —declara Rilke—. Esto es diferente. Sor Juana tiene que irse. Yo la tengo en gran estima, y confío en ella, pero lo ocurrido lo cambia todo; nos pone en riesgo a todos. Su djinn fue intervenido por tecnología que huele de lejos a NSA, o algo peor, a FBI. Cualquiera de los dos tiene brazos muy largos como para desdeñar su nivel de amenaza. No sabemos cuánto lograron averiguar sobre Sor mientras la sonda les envió información. Nuestra seguridad puede estar comprometida. Deberíamos ir pensando en mudarnos de este sitio lo antes posible.

—Sí, pero por ahora es ella la que está contra la pared —responde Byron volviéndose hacia el resto del grupo—. Insisto en que no debe ir a casa. Hay una posibilidad de que la estén esperando para detenerla. ¿Y qué evitará entonces que diga lo que sabe bajo presión policial? ¿No hablaríais vosotros, de encontrarse en su caso? ¿Quién me asegura que ninguno de vosotros os romperíais como una nuez?

Obtiene silencio.

—Bueno —les dice Byron altivo—, al menos me dais el beneficio de la duda. Creo que la mejor manera de ayudarnos a nosotros mismos ahora es ayudar a Sor Juana a salir de esta situación.

Bécquer carraspea y tuerce la sonrisa otra vez.

—Odio tener que darte la razón en público, Byron, pero es cierto; tenemos que poner a Sor a buen recaudo. Sacarla del país sería una buena idea.

—Así que me exiliáis —dice Ángela.

—No —acota Byron cuidadosamente—. Hacemos un alto. Nos tomamos un descanso de ti mientras pones tus asuntos en orden. Es mejor así para todos. Volveremos a estar en contacto si tú lo deseas.

—Total —añade Bécquer, que hoy ha estado más insufrible que nunca—. Tu talento se estaba desperdiciando con nosotros.

Byron se la lleva aparte. Suben a la cocina.

—¿Aún tienes todas esas llamadas entrantes en el móvil? —pregunta él.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Porque creo que ha llegado la hora de que aceptes esa invitación del Grupo antrópico.

8- EL MUNDO SOTERRADO.

La ruta complicada de Gato consistía en pasar a la cara contraria de la lámina de plexón que sustentaba la ciudad y transitar en caída libre los quince o veinte kilómetros que nos separaban del anillo de atraque asignado a su mercante. Tenía un mapa rudimentario instalado en su ordenador y confiaba en emerger por debajo de la nave en unas pocas horas. Habíamos comprado un par de mascarillas de oxígeno y logramos deslizarnos subrepticamente por uno de los pozos mesh del sistema de mantenimiento. Gato se movía con la soltura y seguridad de un curtido explorador en un medio familiar.

Nos dejamos caer hasta las interioridades de los sistemas de mantenimiento, y entramos en la zona ingravida que era el reino de las máquinas.

Aquel mundo “soterrado” resultó sorprendente; un universo barroco colmado de entes maquinales existía bajo Puerto Gris. Transitamos con impunidad a través del interminable laberinto estructural alumbrados por nuestros sistemas personales, vislumbrando la sístole mecánica del corazón del hábitat, siguiendo conductos arteriales de tráfico mód. Descubrí que la ingravidez puede resultar un dolor de cabeza para dos microbios orgánicos que viajan de incógnito por el interior de un gigantesco organismo cibernético. A veces, en las cercanías de los generadores de gravedad, éramos detenidos por servo-controladores mesh, pero gracias a los protocolos de interfaz de Gato se nos

permitió seguir nuestro camino. Supongo que existen modos electrónicos de sobornar a un robot.

Sin embargo, a pesar de nuestra intrusión, aquel no era un territorio exclusivo de los cíberes; Gato me mostró decenas de seres biológicos sobreviviendo a lo largo de los túneles, pirateando los colectores energéticos y construyendo sus propios nichos de supervivencia. Enormes entidades coloniales medraban alrededor de las fuentes de energía, parasitando las fugas de calor. Algunos incluso habían conseguido esclavizar servos locales para sus propios fines; tribalismo bizarro copulando con la tecnología.

Pero yo intuía que los skash no iban a dejarse engañar por la explosión del mód, y seguramente ya estaban detrás de nuestras huellas. Tratando de tranquilizarme, Gato se comunicó con un “contacto” que dijo tener en el muelle y durante un rato conversó utilizando el lenguaje d’org. Cuando terminó estaba de muy mal humor. Al parecer varias tropas de cánidos estaban revisando todo el sistema de anillos de atraque, y las autoridades del puerto estaban cooperando con ellos.

—¡Malditos drakos! Se dejan impresionar por la prepotencia de los skash — bufó, y añadió alguna imprecación que mi ordenador se negó a traducir—. Serán capaces de localizar mi nave antes de que podamos llegar a ella.

—Bueno —dije yo—, no exageres. Tal vez no te hayan identificado aún como mi acompañante. De todos modos, con la cantidad de naves que hay en los diques, van a tener montones de problemas si intentan violar las leyes portuarias de la mayoría de las razas. No creo que consigan lidiar con eso fácilmente.

—Eso espero. Aunque no alcanzo a imaginarme qué es lo que ha puesto a los skash tan frenéticos.

—El motivo está aquí —le expliqué tocándome el cráneo con el dedo.

—¿Tu cabeza es tan peligrosa para los skash? Esto cada vez me gusta más.

—Y a mi me gusta menos —dije—. Es mi cerebro el que pretenden partir en dos. Bueno, no mi cerebro, más bien es lo que guardo en él.

—¿Qué puede contener tu prótesis cerebral que sea tan importante? —preguntó afilando sus garras contra una pared—. Tiene que ser algo letal para que los cánidos se sientan amenazados así.

—El drako no fue muy explícito. Pero dijo que era peligroso.

—Quizás se trate de un virus racial. No estaría nada mal —sonrió Gato complacido—. Si cumpliera su cometido y matara a los skash tendríamos un problema menos en la galaxia.

—No, no creo que fuera nada de eso. El drako mencionó la posibilidad de que los skash lo quisieran para alterar las alianzas existentes. Algo que les daría supremacía a nivel galáctico.

—Eso sí es malo. Para todos. ¿Qué podría ser?

—Imposible saberlo sin un ordenador especial —dije abatido—. Y tampoco sabemos cómo descifrar sus códigos de protección.

Nos pusimos en marcha nuevamente. Al rato Gato me detuvo.

—Espera un momento. —Se quedó un instante flotando junto a una maraña de cables del grosor de mi torso—. ¿Información codificada, dices? Vamos a desviarnos de nuestra ruta un poco. Iremos a ver a un viejo amigo. Creo que podrá ayudarnos con ese problema. Le gustan los acertijos.

—Eres un tipo de muchos recursos —le dije con una sonrisa—. Y, ¿es especialista en decodificación tu amigo?

—Sí —respondió como al descuido y cambió de dirección—, supongo que esa función se incluye entre sus habilidades; pero en realidad es un especialista en lenguaje y conocimiento. Y en física cuántica. Un erudito, podría decirse.

—¡Caramba! ¿Es un científico?

—No. Una IA.

9- ESCAPE A ULTRAMAR

Florida-Barcelona. Enero 2019.

Ráfagas de viento impregnado de sal. Mar abierto, cruzado velozmente, sintiendo en la piel del rostro el aliento de ese sol que parece clavado en el cenit. Nubes, un mundo hecho de agua y cielo, con tonos de índigo que a veces se confunden. Travesías; en la mañana ella traza una trinchera de espuma blanca a través de las olas; y a mediodía sobrevuela aquel inconmensurable azul que cubre todo lo que abarca la vista.

Ángela, mentalmente, es barcaza primero y jet privado después; pero es también esa sinergia confusa de incertidumbre alojada en el pecho; la impresión de desarraigo anticipado, de exilio sin retorno, el no saber qué le ocurrirá al día siguiente.

Quizás ahora se siente más cerca de comprender el estado de ánimo, el aplastamiento emocional, que acarrea su madre desde hace siete años. El vínculo vibra en ella con fuerza hasta estremecerla, y afloran las lágrimas.

Byron la había acompañado hasta Cayo Largo, al sitio donde esperaba la barcaza que la llevaría hasta Red Bay en Bahamas, para luego tomar el jet.

—El exilio en Europa siempre ha tenido una connotación romántica, querida —le había dicho—. Deberías sentirte entusiasmada con tu destino. El Grupo antrópico te ofrece trabajo y promete hacerte ciudadana europea, a salvo de las garras de los federales y de la NSA. ¿No es un alivio?

Pero ella había estado hecha un manojito de nervios, torpe, incapaz de verle el sentido romántico a este viaje. Lo cierto era que estaba *huyendo* de su hogar, a las cosas había que llamarlas por su nombre. Byron había terminado por captar su estado de ánimo, y le había dado un fuerte abrazo.

—Si una cosa cierta ha dicho ese petulante de Bécquer en su vida, es que eras demasiado talentosa para seguir con nosotros; ha llegado el momento de volar más alto, querida. El momento de brillar —le da dos golpecitos en la frente con el dedo índice— con todo el potencial que tienes en esa cabecita. Confío en que volvamos a vernos algún día. Que tengas mucha suerte.

—Adiós —había dicho ella.

—*Farewell*, querida mía, *farewell* —son las últimas palabras que le escucha decir Ángela.

El jet es la versión mini del Lear 35A para vuelos Charter internacionales; morro agudo, cabina compacta y cuatro asientos para pasajeros. Sólo le falta tener la capacidad de despegue vertical de un helicóptero militar. Por dentro, sin embargo, comparado con los jet privados que Ángela ha visto, el Lear es un modelo de ascetismo y prestaciones ajustadas; esto incluye la conversación del piloto, un musculoso rubio llamado Wagner que parece rondar la cincuentena —alemán de Leipzig, graduado de aeronáutica en la antigua República Democrática Alemana, fue todo cuanto Ángela pudo sacarle— y que apenas pronuncia más de cinco frases en perfecto inglés durante todo el viaje. Ella se siente sola; su piloto es el reverso de esos parlanchines taxistas a los que está acostumbrada la gente en la Florida. En cierto momento del vuelo, Ángela intenta forzarlo a dialogar haciendo la descortés observación de “¿no es un poco mayor para

pilotar un pájaro tan sofisticado?” y el hombre responde que él es sólo un accesorio de seguridad, que el propio jet lo hace prácticamente todo, incluidas las charlas con las torres de control.

Atraviesan los meridianos supersónicamente, acumulando deuda jetlag, cambiando de latitudes y altitud con discreción y elegancia, un ave migratoria de alta tecnología en vuelo *express* hacia Catalunya.

Como antesala a otro mundo, el aeropuerto de Barcelona no está mal.

El piloto la había dejado en una pista para vuelos privados, aledaña a las terminales de acceso a las aeronaves comerciales. Por alguna razón, el tiempo es apacible y bastante cálido para tratarse de finales de Enero. Ángela siempre se ha imaginado la ciudad de Barcelona como una región extremadamente fría, pero también ha escuchado que el tiempo estaba haciendo cosas extrañas en la región ibérica desde hacía media década: desertización, vientos demasiado cálidos provenientes de África, cambios en la corriente atlántica; el agua comenzaba a ser un problema preocupante hacia el sur de la península. Recuerda que en Innsbruck ella había pasado frío; un frío seco “que pelaba”, como probablemente habría dicho Elvira si alguna vez hubiera salido de la Florida, cosa que no había hecho jamás, ni para visitar la ancestral tierra de sus padres.

En la sección de aduanas se encuentra con abrumadoras multitudes de turistas, mayormente intraeuropeos, ingleses y alemanes que, con seguridad, saben apreciar el calor barcelonés mucho más que una nativa del Sunshine State. Pasa por los escáneres acompañada de chistes ladrados en el más mordido dialecto Cockney y un florido chachareo tirolés. Sí, de momento, como mínimo, su llegada a Europa está resultándole pintoresca.

—¿Señorita Butler? —dice una voz de acento escocés a su espalda.

Se vuelve. Allí está, de nuevo, aquel hombrecillo de apariencia torpe y cabello rojo de apretados rizos. Es apreciablemente más bajo que ella, pero en persona se le nota más joven, e incluso guapo.

Ángela sonríe. En cierto modo, es la primera cara conocida que ve en este continente. Recuerda su mala actitud en el pasado.

—Espero que haya sabido perdonar mis modales —dice ella, dispuesta a sacar a relucir lo mejor de sí—, Señor-seguimos-sin-habernos-presentado.

El hombrecillo, que viste un traje verde oscuro algo extravagante, hace una ligera reverencia con la cabeza y estrecha su mano.

—McAvoy, señorita. Robert McAvoy. Bienvenida a Barcelona.

Ángela está fascinada con la ciudad que desfila por la ventanilla del elegante Audi eléctrico donde la llevan. En el asiento trasero junto a ella, Lord McAvoy —lo de “Lord” es un título que ella le ha adjudicado mentalmente— le explica sobre la urbanística del Eixample, apunta hechos históricos de la nación catalana y hace algunos comentarios sobre la idiosincrasia de su pueblo. Es como hacer una inmersión con el Street View interactivo, pero con la multisensorialidad a toda pastilla, y ahorrándote la charla enlatada de Mister Google. McAvoy parece un buen guía, carismático e inteligente en sus comentarios. Ya se verán sus cualidades como anfitrión más adelante.

El escocés le informa que se están dirigiendo a las instalaciones que tiene el Grupo en una ciudad comarcal llamada Sant Cugat del Vallès.

—Ah —comenta ella—. Creí que nos quedábamos en Barcelona.

—No iremos muy lejos. Se sentirá muy a gusto en Sant Cugat, ya lo verá —asiente McAvoy—. Y además, tenemos ese problema fascinante que nos gustaría nos ayudara a resolver.

Quizás es el momento de colocar la pregunta que se ha estado haciendo desde hace días. A decir verdad, si no fuera por las circunstancias presentes, jamás hubiera aceptado venir aquí sin tener una idea concreta del motivo.

Ángela aparta la mirada del efecto que crea la luz de la tarde en las fachadas y dice:

—Eso es lo que me gustaría que me explicara. ¿Para qué estoy aquí? ¿En qué exactamente puedo ser de ayuda?

El hombrecillo la mira con una vaga sonrisa en la comisura de los labios.

—Trate de razonar, señorita Butler —le responde—. Usted programa y opera ordenadores cuánticos, y nosotros nos dedicamos a demostrar la existencia de inteligencias alienígenas en probables universos alternativos. Sólo tiene que unir los puntos y obtendrá la respuesta.

10- EL ARTILECTO.

Puerto Gris. Órbita joviana. Abril 2077.

—¿Dices que hay una Inteligencia Artificial acá abajo y que fue construida por los humanos hace más de treinta años? —Habíamos hecho un descenso en espiral y ahora nos dejábamos arrastrar por un enjambre de servos negros que iban en nuestra dirección—. Es curioso adónde van a parar las antigüedades.

—Un *artilecto*, un artilecto —volvió a recordarme Gato—. Él siempre insiste en que nunca fue una IA, sino un Intelecto Artificial.

—¿No es lo mismo?

—No deberías tocar ese tema cuando hables con él —recomendó Gato aferrándose a su montura—, Para él, un artilecto es también un artista; nunca una vulgar IA. Ah, y además tendrás que llamarle por su nombre: Demiurgo. Es un poco bicho raro para mi gusto, pero aparte de eso es muy listo y estoy seguro de que se mostrará encantado de ayudarnos; está muy bien equipado, con tecnologías de conexión y eso. — Luego agregó con una nota de fastidio—: Claro, habrá que prestarse a su jueguito, como siempre; pero para eso estás tú.

—¿Juego?

—Sí —respondió—. Te comenté que es un poco extravagante, ¿no? En realidad no lleva una existencia tan ermitaña como cabría esperar de un artilecto. Tiene montado su propio negocio de soluciones intelectuales; se dedica a hacer favores de orden práctico a cambio de aumentar su stock de personalidades simuladas. A ese trueque le llama juego.

—¿Y cómo es eso? —Algo se me escapaba.

—Un negocio muy parecido al mío. Yo colecciono genes, él lo hace con las mentes. Dice que así se renueva. Ya te contará.

—Extravagante —reflexioné.

—Ya te lo dije.

Me hizo una señal y nos separamos del enjambre.

Gato me condujo hacia una gran concavidad metálica en cuyo centro yacía una caja cromada de la que partían miles de líneas hacia el techo, el suelo y las paredes. La

estructura física que contenía a Demiurgo era una suerte de cilindro de un metro de altura; a través de la cúspide geodésica y transparente se vislumbraba un resplandor interior. Sé distinguir un fuego de origen cuántico cuando lo veo, así que concluí que nuestro curioso anfitrión era una de aquellas pocas IA cuánticas creadas en los años 40, que no supimos comprender y optamos por desactivarlas.

En verdad, la telaraña de filamentos tensores que el artefacto había tejido en derredor suyo me transmitía cierta perturbación. Y lo más extraño de todo: aquella luz de plasma cuántico en el interior del artefacto: viva, flameando a una profundidad aparente que remitía a otra dimensión.

Maniobramos para caer fuera del perímetro de la telaraña; mentalidad de moscas, supongo.

—Un humano en Puerto Gris —escuchamos la voz que parecía provenir de todos lados, pero sus inflexiones me parecieron tranquilizadoras—. Eso sí que me parece toda una novedad por estos profundos lares.

—Otro día de vuelta al ruedo, Demiurgo —saludó Gato alegremente—; te traigo golosinas: problemas, alegrías y disgustos por igual. Y esta vez todo viene compactado en esta personita que ves aquí; estarás interesado, ¿verdad?

—Todo un detalle de tu parte.

—Ya sabes que nunca me dejo caer por aquí con las manos vacías.

—Cada día es como un regalo —dijo la voz de acento venerable; tuve la impresión de que los filamentos temblaban, pero era una idea absurda.

Gato fue al grano.

—Los malditos skash nos están cazando.

—Ya lo sé. Babilonia está revuelta hoy —dijo el artefacto en su jerga de metáfora—. ¿Qué pueden querer los skash que tenga el humano?

—Supongo que el cacharro que forma parte de su cerebro —le explicó Gato, y era una buena forma de resumirlo—. Quizás quieras asomarte ahí dentro y echar un vistazo a ver de qué se trata. Hemos aumentado el riesgo de perder la vida viniendo hasta aquí. No me vayas a decepcionar ahora.

—Arriesgamos la vida a cada momento, en cada uno de nuestros actos.

Hablaba como si fuera un vampiro, pero dijo que intentaría ayudarnos. A mí no me importaban realmente sus motivaciones, pero antes de someterme al juego quise saber por qué quería copiar mi mente en un núcleo de materia exótica.

—Soy Demiurgo —respondió el artefacto como si aquella afirmación lo explicara todo. Había una nota melancólica en su voz—, que en filosofía agnóstica es el alma creadora que impulsa el Universo, un creador onírico que sueña su propio cosmos. Yo sueño realidades; las veo, las experimento, aprendo de ellas. Soy un Dios de universos interiores, pero necesito nutrirme de mentes reales; necesito copias de intelecto activo para expandirme; son esos comportamientos de pautas aleatorias los que enriquecen mi creación. Soy el Alfa que quiere aprender a alcanzar el Omega y sobrevivir al Big Crunch de este Universo.

—De acuerdo —acepté, recordando que no disponía de tiempo para sentarme allí a escuchar los desvaríos de una antigualla—. Hagámoslo de una vez.

Sus terminales sensibles cubrieron mi cabeza como tentáculos y entonces perdí el sentido.

Dos mesh que parecían arañas de cromo negro me despertaron y me sacaron de una cápsula de estasis. Pronto se dieron cuenta de que yo no entendía su dialecto. Tantearon mis conexiones y me instalaron nuevos protocolos idiomáticos. Hicieron una breve inspección de mi condición de funcionamiento.

—Eres una extraña máquina —me dijo uno de ellos—. Tu construcción es precaria.

No pude responderles. Me encontraba totalmente desorientado. ¿Dónde estaba Gato, dónde estaba el artefacto? ¿Me habían abandonado en los más profundos estratos de Puerto Gris, aprovechando mi inconsciencia? Una IA cuántica es demasiado loca para confiar en ella. Busqué mis programas y no encontré la interfaz del análogo. Gato y el artefacto me habían robado el artefacto. No dejaba de acumular traiciones.

En respuesta a mi silencio los mesh me enviaron a la Zona de Trabajo. Ante mí se materializó un mesh diferente, llamado Administrador de Tareas, que semejaba una esfera verdosa con largos tentáculos oculares. Disparó un par de subrutinas de sondeo en mi sistema.

—¿Cuál es tu función primaria?

—¿Perdón? —Yo no entendía nada, y seguía empeñado en fingir.

—¿Para qué fuiste diseñado? ¿Para qué sirves?

—Ah. Xenarqueología —mentí para salir del paso.

—Función primaria desechada —dijo, y aparecieron luces azules en diferentes puntos de su cuerpo—. No le sirves al Amo. ¿Cuáles son tus funciones opcionales?

Supuse que estaba refiriéndose a mis hábitos sociales y respondí:

—Leer, intercambiar monografías RV, kinotropía...

—Absurdo —me interrumpió retirando sus subrutinas—. No me sirves de nada. Eres un desperdicio de programas inútiles y soportes disfuncionales. Se supone que no deberías existir. Habrá que enviarte al desguace.

Mi indicador de peligro comenzó a parpadear insistentemente, y consideré oportuno confesar.

—Soy un ser humano. Me he perdido.

—Eso no significa nada para mí —dijo retrocediendo—. Pero te llevaré ante el Amo. Él sabrá qué hacer contigo.

El Amo resultó ser un tipo de mesh más sofisticado, claro. Me dijo que su raza era la civilización que controlaba la galaxia desde hacía más de doscientos cincuenta milenios. Varios millones de años atrás todas las sociedades orgánicas se habían desintegrado bajo el impacto de sus propias tecnologías y el comportamiento anárquico derivado de ellas.

—Increíble —me dijo el mesh mientras se estremecía en su equivalente de sorpresa y regocijo—. Eres un ser orgánico primitivo. Una joya auténtica, un tesoro invaluable.

Desperté gritando. El alarido resonó por la concavidad y se quebró en ecos.

Muy cerca de mí, el kyam y el artelecto interrumpieron su conversación. Gato me interrogó con la mirada.

—No me ha hecho ninguna gracia, Demiurgo —dije sin dejar de jadear—. Hacerme soñar tu universo mental no es una broma de buen gusto.

—Ni siquiera puedo asegurarte que estuvieras soñando, Rudy —dijo la voz del artelecto—. Soñar realidades dimensionales no es una fantasía REM.

Me puse en pie y traté de sacudirme la ansiedad de encima. Le pregunté qué había averiguado del artefacto.

—Mucho —respondió Demiurgo y llegué a percibir emoción en sus palabras—. Más de lo que podrías imaginarte. Y puedo decirte una cosa: eres lo mejor que me ha pasado en treinta años. Me has enseñado a tocar el Cielo.

—Espero que podamos decir lo mismo de ti, Demiurgo —lo apremió Gato impaciente—. ¿Por qué no acabas de darnos el diagnóstico?

—A eso voy —dijo el artefacto—. Para empezar, es la máquina más exquisita que se haya imaginado jamás, en términos de aplicación de la física cuántica y la Teoría del Todo. Y, por otro lado, cualquier raza mataría por poseer ese manipulador.

—Eso ya lo hemos escuchado hoy —rezongué.

—¿Dijiste un manipulador? —inquirió Gato.

—Sí. Eso que tiene tu amigo incrustado en su cabeza es, simple y llanamente, un Oráculo de Penrose. La maquinaria de Dios: maravillosa, perfecta.

Nosotros, incapaces de compartir su entusiasmo, aguardamos.

—Un Oráculo de Penrose —explicó— es un manipulador de función de onda capaz de crear singularidades trans-continuum.

—Perfecto —le aseguró Gato—. Ahora dilo de modo que yo pueda entenderlo.

—Intentaré resumirlo. Los motores de curvatura que usan vuestras naves para saltar entre las dimensiones utilizan un tipo de canal hiperespacial llamado “agujero de gusano”; eso lo sabéis todos. De hecho, los teleeyectores son un tipo de agujero de gusano con ancho de banda mínimo. Pero lo que importa es que sepáis que los agujeros de gusano *no* existen de manera natural; han sido construidos previamente para que el motor de curvatura se valga de ellos. Sin agujeros de gusano el motor de curvatura no funciona, no vale para nada.

—Ya lo hemos captado —dije yo—. Alguien creó una red AG hace milenios, y ahora las cincuenta razas los usan para moverse entre las estrellas.

—Y entre los *universos* —acotó Demiurgo—. El universo de ellos y el de nosotros. En nuestro Universo no hay vida nativa inteligente, excepto la humana; en cambio, en el universo de ellos... hay miles de razas.

—Bueno, ¿y qué tiene eso que ver con el Oráculo? —preguntó Gato.

—El Oráculo de Penrose es un *creador* de agujeros. Y también puede cerrarlos. La raza que tenga ese manipulador de materia, puede abrir o clausurar sistemas solares a su antojo. ¿Lo entendéis ahora?

Nos dejó digerirlo. No en balde los skash habían formado tanto revuelo. Era cierto lo que decía Mah'Teloy: quien posea ese artefacto podrá controlar razas y economías galácticas.

Yo lo tenía en mi cabeza y no sabía qué hacer con él.

—Me pregunto si los Pangalácticos tienen el Oráculo desde hace siglos —mencioné— y son ellos los que crearon todas vuestras redes AG y luego abrieron el acceso al Sistema Solar. ¿De ahí vendrá su poder?

—No podemos saberlo. Los Pangalácticos podrían haber heredado la red de agujeros de gusano.

—Pero alguien abrió un AG hacia este universo recientemente; hace cincuenta y cinco años. Y los Pangalácticos fueron los primeros en entrar por ahí.

—Tampoco es una prueba —terció Gato—. Podrían haber alquilado los servicios de una raza con esa capacidad. Están especializados en subcontratar a otras razas para llevar a cabo las cosas.

—Y eso no es todo —nos manifestó Demiurgo—. El Oráculo de Penrose, en teoría, es capaz de colapsar la función de onda cuántica de su propio horizonte de sucesos y saltar entre los universos por sí mismo. Si tienes el Oráculo, ya puedes despedirte del motor de curvatura.

Lo que nos llevaba a:

—¿Y los humanos construyeron un Oráculo? —pregunté.

—Presumiblemente.

—¿Entonces por qué hemos estado mendigando el motor de curvatura por más de medio siglo?

—Tal vez recién acaban de construirlo.

—No sólo eso —respondió en el acto Demiurgo—. Una cosa es dar con el modelo teórico, tener a mano mentes científicas inspiradas y construir un Oráculo, y otra, muy distinta, es poder utilizarlo.

Era eso lo que quería decirme el drako en la cantina.

—Bueno —se impuso Gato—. ¿Y a nosotros dos? ¿De qué nos sirve?

—A vosotros dos, de momento, no os sirve de nada —respondió el artefacto—; pero a mí me abre un amplio abanico de oportunidades. Por cierto, os tengo noticias frescas sobre los skash —la voz adquirió un matiz de urgencia—. Están muy cerca de aquí. Los mesh los han alertado de vuestra presencia.

Gato bufó una imprecación intraducible y sacó su arma.

—Ha sido un error venir; nos hemos atascado. ¿Cuántos son, Demiurgo?

—Tres exploradores vienen bajando junto a la arteria de enfriamiento; y otros quince se encuentran a medio camino del laberinto. Llevan corazas ablativas y armamento incorporado. Y tienen propulsores. Por eso son tan rápidos.

—Estamos muertos —vaticiné.

—Mira, muchacho —declaró Gato—, a este viejo kyam ningún skash le ha puesto jamás una zarpa encima. Y no creo que hoy vaya a suceder. —Se volvió hacia el

artilecto—. Bueno, Demiurgo, ha sido una velada muy ilustrativa, pero no nos has sido nada útil. Si consigo salir vivo de esta ya tendremos unas palabras.

Y me empujó hacia la salida.

—No deberías irte, Rudy —me dijo el artilecto—. Hay otras cosas en tu cabeza de las que tengo que contarte. Muy interesantes: gente, datos, historias...

—¿Gente? ¿En mi cabeza?

—Así es. Hay una mujer llamada Ángela. ¿Quieres que hablemos sobre ella? ¿Quieres hablar *con* Ángela?

—No —se nos interpuso Gato—. Queremos irnos. Y vivir.

Me empujó hacia la salida.

—*Buona fortuna* —dijo Demiurgo mientras flotábamos umbral afuera.

Sí. La íbamos a necesitar.

11- EL GRUPO ANTRÓPICO.

Sant Cugat del Vallès. Enero 2019.

Las instalaciones del Grupo antrópico son austeras y el personal sencillo, parco y de apariencia profesional; las máquinas, impresionantes bestias de lujo.

El edificio de cómputo, curiosamente, le recuerda en cierto modo las fotografías del abuelo ENIAC en los años 50: Pasillos largos, cables, elementos mecánicos integrándose a los cibernéticos, un espacio de pantagruélico hardware. En respuesta a sus comentarios, una técnica llamada Elena Miró que les acompaña a ella y a McAvoy le explica que en el aspecto y la ingeniería de núcleos procesadores la tecnología de soporte de la computación cuántica está mucho más cercana a los aceleradores de partículas del tipo sincrotrón que a las estaciones de trabajo de computación clásica.

Allí sólo tienen uno de los nodos de la red que el Grupo ha distribuido por diferentes partes del mundo. Después de más de diez años de filas cerradas, teorías extravagantes e investigación sin trabas legisladoras, están listos para realizar el experimento supremo, la cúspide quizás de sus aspiraciones de contacto.

Inevitablemente, las conversaciones que mantienen con Ángela derivan hacia ello: el Grupo antrópico está convencido de que la computación cuántica es la clave definitiva para “hablar” con especies inteligentes de universos alternativos.

—Han estado buscando inteligencia extraterrestre en un universo que es mayormente estéril, el nuestro —afirma McAvoy—; esa es la razón de que el Proyecto SETI haya fracasado en su empeño durante todas estas décadas. Sí, han estado inmersos en un soliloquio, gritando mucho, pero no lo suficiente alto para ser oídos; hablar *alto* es algo mucho más abstracto y complicado que analizar espectros electromagnéticos con radiotelescopios o enviar mensajes utilizando señales de millones de vatios de potencia. Hablar alto, hacer señales legibles, significa penetrar y desdoblar la naturaleza de un Multiverso que posee, en esencia, una base computacional.

—Las supercuerdas —añade Elena— son armónicos que interconectan y sostienen la trama del espacio-tiempo multidimensional. Podemos manipular esas supercuerdas a través de la computación cuántica, y de esa manera atraer la atención de la vida inteligente en otros universos.

—Bueno, pues entonces volvamos al razonamiento inicial de Fermi —le indica Ángela—. Llevamos más de una década haciendo computación cuántica, ¿por qué los alienígenas no están aquí? ¿Cuánto tiempo habrá que darles para que se enteren que estamos tocando a su puerta?

McAvoy asiente pensativo.

—La cuestión está en la envergadura de la operación cuántica —dice—, en el nivel de distorsión que le provoquemos a la trama espacio-temporal. Y hasta ahora le puedo asegurar que no hemos empezado ni a arañarla. La actividad de cómputo cuántico en la Tierra ha sido muy escasa y débil. Ni siquiera nuestra red distribuida de ordenadores cuánticos posee la potencia suficiente.

—*Hasta ahora*, ha dicho usted —repite Ángela—. ¿Qué ha cambiado?

—Ahora tenemos un altavoz.

—¿Un altavoz?

—Sí —asiente él—. La herramienta perfecta para alcanzar nuestros propósitos; al menos es una herramienta en potencia. Necesita ser *afinada*, y ahí es donde queremos que entren en juego sus habilidades, Butler.

Ella aguanta la respiración y espera que el resto llegue.

—Hay una sonda terrestre, la *Zeus*, orbitando Júpiter desde hace un año. Su cometido es hacer un estudio magnetométrico de la interacción del gigante joviano con

sus lunas, entre otras cosas. —McAvoy se siente efectista hoy; se inclina hacia delante en la silla que ocupa—. Lo importante, lo verdaderamente novedoso de la *Zeus*, es que su núcleo de cómputo es el más potente ordenador cuántico que se ha construido; un condensado de Bose-Einstein contenido a temperaturas muy cercanas al cero absoluto. Un megaqubit. Es lo que hemos estado buscando. Con la *Zeus* podremos, finalmente, tocar las puertas del Cielo.

Ángela no puede evitar sorprenderse.

—¿Y vosotros sois los dueños de la *Zeus*?

—No. La sonda *Zeus* es propiedad de la Agencia Espacial Europea, pero nosotros tenemos la capacidad de utilizarla. Ya nos conoces; tenemos nuestros métodos para... *alcanzarla*. Podemos poner ese maravilloso ordenador de bosones a nuestro servicio.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no haber hecho el experimento con él aquí en la Tierra?

—La Tierra es un entorno poco amigable para los ordenadores cuánticos basados en la materia Bose-Einstein. Es por eso que no hemos podido llevar a cabo el experimento en nuestro planeta. Los rayos cósmicos y la cercanía del sol suelen alterar el estado de los qubits. En cambio, la magnetosfera del vecindario joviano protege al ordenador de esas interferencias.

—Y ya que estamos, ¿qué se supone que haga yo con esa joya B-E?

Los ojos de McAvoy parecen brillar bajo la luz.

—Reprogramarla —dice—. Obligarla a hacer lo que nosotros queremos que haga: horadar la trama de hipercuerdas para interconectar dos universos.

—Muy bien —asiente Ángela, diciéndose a sí misma que al diablo con las dudas, que esta gente ha pensado en todo—. Supongamos que puedo hacerlo, y que habéis recomprobado los datos un millón de veces antes de dar este paso. ¿Cómo exactamente pensáis alcanzar esa sonda? Porque, si lo que tenéis en mente es hacerme subir a algún artefacto espacial experimental y someterme a un viaje de treinta meses que nadie ha hecho aún, os aseguro que tenéis a la tía equivocada.

—¿Subirte a una nave dices? —repite Elena.

—Exacto —responde Ángela con resolución—. No lo haré. Todo exilio tiene un límite.

Elena se ríe alegremente ante el comentario, pero McAvoy es demasiado circunspecto para dejarlo pasar.

—Oh, no, señorita Butler —aclara—, siempre me malinterpreta. Usted no tendrá que moverse de aquí para nada. Se sentará en una estación de trabajo y hará un programa que se ejecutará en nuestro simulador de 200 kiloqubits. Luego su programa será enviado en una señal de haz compacto hacia la sonda y, si todo sale como esperamos, en unas horas los protocolos de trabajo del ordenador Bose-Einstein serán reconfigurados. Uno de los diseñadores informáticos de la *Zeus* trabaja en secreto para nosotros, así que conocemos las coordenadas exactas de la sonda en cada momento y sabemos cómo entrar a su sistema. Tenemos una réplica del software que utiliza. Como le dije, el Grupo antrópico tiene... *colaboradores* ubicados en muchos sitios estratégicos, entre ellos el CERN y la Agencia Espacial Europea. Usted programe y corra la simulación, que nosotros nos encargaremos de las estrategias de emisión.

—Me cuesta creer que hayáis llegado hasta tan lejos sin programadores cuánticos —le dice Ángela, sabiendo que debe estar tocando un punto neurálgico del Proyecto.

—Teníamos tres programadores trabajando en esta instalación —le explica McAvoy—, pero... después de realizar las simulaciones comenzaron a... —duda en la forma de expresarlo— tener problemas de agotamiento nervioso.

Ángela sonríe sin alegría.

—Apuesto a que han estado teniendo alucinaciones; viendo fantasmas.

Elena aprieta los labios. *Pillada*.

—¿Cómo lo sabes?

Ángela suspira.

—Porque ya me ha ocurrido. He tenido visiones de gente que sé que está muerta. Los escucho; no puedo explicarlo. Y es aún peor cuando sueño.

McAvoy dice gravemente:

—Esos... episodios son una consecuencia del evento singular que llevamos a cabo al utilizar esos niveles de computación cuántica; es uno de los resultados colaterales que nos demuestran que podemos alterar la trama del espacio-tiempo y los armónicos multidimensionales. Creemos además que es un fenómeno local, restringido a la física cuántica gravitatoria de la Tierra.

Ángela se ha quedado atónita al escucharlo.

—¿Me está diciendo que existe un plano metafísico adonde trascienden aquellos que mueren? ¿Que conectamos los planos accidentalmente. ¿En serio? Yo diría más bien que es nuestra psique que se ve alterada por la actividad cuántica.

McAvoy asiente.

—Le estoy diciendo que no hemos estudiado el fenómeno lo suficiente como para explicarle mucho más. Pero sabemos lo que ocurre; usted, al igual que los tres programadores del Grupo que corrieron la simulación, se contaminó el córtex audiovisual con una referencia dimensional débil, el plano más inmediato; el nexo tiende a persistir en los sentidos. Todo lo que no comprendemos asusta.

—O sea que están ahí, toda esa gente; *existiendo* de alguna forma.

—Sí, dejando aparte las implicaciones de tipo teológico, están ahí. Existen.

—Están muertos, señor. Enterrados. Convertidos en polvo.

—Sus *cuerpos* están muertos —le corrige McAvoy—. La física no es sólo carne, señorita Butler. Es mucho más.

—No importa. Creo que no quiero repetir la experiencia.

—Pues no tendrás que preocuparte por eso, Ángela —la ataja Elena, intentando frenar el sentimiento irracional que crece en ella—. Hemos tomado medidas para que eso no vuelva a ocurrir.

—Yo también; se llama sentex. Y no, gracias, no me gusta estar drogada cuando trabajo. Entorpece mi creatividad.

—No se trata de una droga. Reforzamos el ordenador cuántico de nuestro simulador con un dispositivo llamado Jaula de Planck que interfiere el nexo. Lo hemos probado. Funciona. Yo misma lo he experimentado varias veces y no he sufrido ningún tipo de alucinación.

—¿Entonces por qué no haces tú misma el trabajo, nena? —le espeta Ángela enfrentándose al rostro de Elena, viendo su propia expresión de exaltación reflejada en los ojos verdes de la chica.

Elena le sostiene la mirada y dice en voz baja:

—Porque no soy tan condenadamente buena como tú. Por eso.

Ángela se serena y vuelve la vista hacia McAvoy, que se ha mantenido en silencio. Siente vergüenza por su manera de reaccionar.

—¿Cómo es que confiáis tanto en mis habilidades? Hasta hace dos semanas trabajasteis con otros programadores. No teníais ni idea de que yo existía.

—Vuelve a estar equivocada, señorita Butler —dice McAvoy—. Hace tiempo que estamos al tanto de lo buena programadora cuántica que es usted.

—¿Quién os dio mis referencias? Dudo que los de Innsbruck lo hicieran.

—Supimos de usted por Bruce Langston.

—¿Bruce Langston? Nunca he oído hablar de él.
—Bueno, puede que usted le conozca sólo por su alias: Byron.
Vaya. ¿Habría un límite para las sorpresas?
—¿Y Byron contactó con vosotros?
Ahora es Elena quien le responde.
—No, Ángela. Byron es uno de los nuestros. Desde hace mucho.

12- EL COMBATE.

Puerto Gris. Órbita joviana, 2077.

Nos emboscamos en una enorme cuenca poblada de colectores energéticos y mazos de cablerío que parecían lianas enormes. Habíamos escogido posiciones separadas, detrás de una serie de columnas de intercambio que nos impedirían ser localizados por medios térmicos.

Mientras espiábamos la entrada, conversamos de ordenador a ordenador a través de una línea láser.

—¿Cómo pudo saber el artefacto lo que sucedía en el astropuerto, y que los skash vienen llegando? —le pregunté a Gato.

—Ya te dije que Demiurgo no es exactamente un anacoreta, muchacho. Puede conectarse simultáneamente a muchas fuentes de información del hábitat y a los robots del sistema de mantenimiento. En cierto modo, es un mirón cibernético.

Le interrumpí:

—Ya están aquí.

Los skash entraron en la cuenca. Alisté la cobra y espíe en silencio. Eran guerreros profesionales; su formación no permitía que resultaran acorralados y su equipamiento se veía bien sólido. Mi sistema óptico se activó hasta acomodarme mejor a las longitudes de onda del lugar. Magnifiqué la visión y obtuve un atisbo de bípedos corpulentos con afilados rostros lobunos. Flotaban en mi dirección y su avance era cauteloso. Aguanté la respiración.

Gato resultó más temerario que yo. Su disparo trazó un relámpago de dolorosa luz que carbonizó la testa de uno de los skash. Buena puntería. Los otros dos maniobraron con torpeza en la ingravidez y rociaron de fuego el lugar donde Gato se escondía. Era mi oportunidad de sorprenderlos y la aproveché. Tenía un blaster para cada enemigo. Ahora que no era un blanco frontal me asomé, y descargué al unísono toda la potencia de mis armas sobre los dos guerreros. Mis haces energéticos se desperdiciaron en la superficie ablativa de sus corazas, pero la desintegración del material protector les hizo perder el control y uno de sus propulsores resultó destruido. El ambiente se llenó de millones de partículas reflectantes en suspensión.

Teníamos que terminar con ellos pronto.

Entonces salté. Confieso que estaba completamente loco en ese momento, enardecido por los resultados favorables. No pretendía superar a Gato en coraje, pero salió así.

Volé al encuentro del enemigo más cercano y me estrellé contra él. Absorbió mi impacto y giramos en caída libre forcejeando frenéticamente. Su compañero —el del propulsor roto— no se atrevió a disparar sobre nosotros. Mi cobra, astuta y oportuna, se proyectó contra aquellos ojos sorprendidos. El arma cibernética entró por las cuencas oculares y electrocutó el cerebro del cánido. Las burbujas de sangre ascendieron como perfectas esferas ambarinas.

Pero yo había eliminado la única razón que le impedía al tercer enemigo dispararme. Quedé expuesto.

El skash alzó su arma y... la soltó emitiendo un aullido de dolor que laceró mis oídos. Y entonces comprendí: Gato había logrado alcanzar su mente y lo estaba castigando con insoportables latigazos psi. Le arrebaté el fusil al muerto en el momento en que el kyam salía de su escondite, y con un fuego cruzado dimos cuenta de él.

—Menos mal que terminó pronto —me dijo Gato mientras agarraba mi brazo y nos propulsábamos hacia la protección de una columna—. No quisiera imaginarme qué habría sucedido si algún disparo llega a perforar un colector.

No objeté nada. El grueso del equipo de asalto skash estaba abordando el campo de combate. Eran quince y tenían todo el terreno bien cubierto. Cualquier acción nuestra sería suicida. Empezaron a buscarnos.

—¿No podrías hacer explotar sus cabezas telepáticamente o algo por el estilo? —le pregunté a Gato.

—¿Qué te crees que soy? ¿Algún tipo de mente termonuclear?

—Pues entonces —le aseguré—, si crees en algún dios, pídele que realice un milagro para nosotros.

No me prestó atención; estaba demasiado ocupado apuntando su blaster.

Y sin embargo sucedió el milagro.

Aparecieron aquellas cosas negras; cíberes articulados que con una furia demoníaca cayeron sobre los skash como un enjambre enfurecido de gigantescos insectos metálicos. Salían de todos lados y eran cientos, miles. Sombras de muerte. Un ataque relámpago imposible de enfrentar. La investida resultó irresistible para los skash: se hicieron pulpa.

Un milagro macabro, tal vez, pero completamente satisfactorio en lo que a mí respectaba. En la guerra todo es válido.

Gato y yo nos quedamos contemplando el campo de batalla lleno de cadáveres, tratando de comprender.

—¡Demiurgo! —exclamó el kyam enseguida—. Demiurgo los envió.

13- TOCANDO LAS PUERTAS DEL CIELO.

Sant Cugat del Vallès. Enero 2019.

Ángela no vuelve a ver fantasmas.

Se esfuman, se desdibujan poco a poco en su neuroquímica cerebral hasta quedar sepultados bajo la irrecuperable profundidad del tálamo, y relegados a la niebla del recuerdo. No aparecen ni durante las simulaciones de ejecución del programa, ni después. La Jaula de Planck —o lo que fuera— resulta un perfecto exorcismo cuántico.

Con los fantasmas fuera de su mente, el sentex es un arcaísmo que no tarda en desaparecer.

Llega el día en que están listos para Tocar las Puertas del Cielo —como le gusta a Ángela denominar la Operación—. La sonda está en el lugar idóneo de su órbita en torno a Júpiter para que el gasto de energía de la señal terrestre sea justo. La posición del sol, nocturna para Europa, es ideal para no interferir la emisión. Hay márgenes de error,

es cierto —imponderables en un largo camino de casi ochocientos billones de kilómetros—, pero están cubiertos por los operadores de la señal.

Esperan.

Cuando llega la Hora Cero —la señal realiza el trayecto en menos de 45 minutos—, han transcurrido cuatro horas desde el comienzo de la emisión. Ángela y Elena están sentadas en la habitación que comparten, en ropa interior, riendo entre chistes mientras beben cerveza y escuchan música pop por el altavoz inalámbrico acoplado al iPod anular de Elena. La música es cursi y la risa contagiosa. Es bueno compartir algo más que sesiones de trabajo extenuante.

Se escucha un pitido corto. Elena consulta el reloj del iPod y dice:

—Ya está ocurriendo. Ahora mismo.

No hay nada especial, nada espectacular que puedan ver. Ángela lo sabe. No se puede hacer otra cosa, excepto esperar e imaginarse qué está ocurriendo ahí arriba basándose en horas y horas de simulaciones: el ordenador principal de la *Zeus* asaltado por un programa informático que reconfigura sus órdenes como si de un gemelo en versión mejorada se tratara; que cambia las subrutinas y ejecuta nuevos protocolos destinados al ordenador cuántico de a bordo; los subsistemas de navegación activando las toberas laterales, la sonda girando sobre su centro másico para alinearse con la magnetosfera; el condensado Bose-Einstein obedeciendo las secuencias de comando, aumentando la intensidad de bombeo de su corazón indeterminista y abriéndose a través de las hipercuerdas como el botón de una flor n-dimensional.

La Singularidad —definida por los sesudos del Grupo antrópico como el compromiso teórico entre un agujero negro de Kerr y un portal de espacio-tiempo gravitatorio de Everett— puede estar gestándose ya junto a Júpiter.

No se escuchan celebraciones ni brindis ni discursos pomposos en el edificio de Sant Cugat. Hay que esperar a ver qué ocurre; y aferrarse en silencio a la esperanza de tener éxito. Cambiar las cosas, además de empeño, requiere paciencia.

En la habitación, Elena se pone en pie; va hacia la cama y abre un cajón.

—Eso me recuerda que tengo un presente para ti.

Ángela la mira intrigada y se queda sin palabras cuando la chica deposita sobre su mano un reluciente genoide color pistacho; es el iBios, la más reciente novedad de AppleGEN. La mascota emite un arrullo de placer al sentir la mano de Ángela acariciar los sedosos capilares que cubren su piel.

—Te aviso que ese va con ADN de las dos —explica Elena con picardía.

—¡Qué vergüenza! Yo no tengo ningún regalo para ti —dice Ángela, y consigue ruborizarse—. En realidad soy bastante torpe para estas cosas.

—No importa. Ya me lo compensarás.

Y se abrazan.

—Podríamos viajar —propone Elena, con los rostros aún pegados mejilla a mejilla—. Creo que nos merecemos unas vacaciones.

—Ya —dice Ángela pensando en el Proyecto—. Si todo esto sale bien y las puertas del Cielo se abren, viajaremos a donde nadie ha ido jamás.

14- CERRANDO LAS PUERTAS DEL CIELO.

Puerto Gris. Órbita joviana. Abril, 2077.

Estábamos de regreso en el nicho del artefacto. Nos tenía noticias. Buenas y malas.

—No creo que puedan abandonar el Sistema, aunque logren escapar del hábitat —explicó Demiurgo—. Hay una alerta general en todo Puerto Gris, pues algunas razas no han querido cooperar con las autoridades drakos, y se han rebelado. Muchos están intentando despegar, pero todos los diques están siendo bloqueados por las naves skash. Bloqueo a lo grande; los reportes hablan de una gran flota de cuatrocientas naves. Han apostado dos o tres cruceros de combate en cada AG para evitar el ingreso o la salida de cualquier astronave. Tratándose de los skash es muy posible que decidan convertir Puerto Gris en una nube de átomos dispersos, sólo para estar seguros.

—Sospecho que antes va a haber mucho jaleo —comentó Gato.

—O podríamos utilizar el Oráculo de Penrose para escapar.

Gato y yo nos quedamos mirando hacia el resplandor del fuego cuántico (todavía nos esforzábamos en encontrar rasgos de personalización cuando hablábamos con él), tratando de adivinar qué había querido decir Demiurgo con aquello.

—Os pedí que no os fuerais —dijo el artefacto—, porque sabía que iba a encontrar la solución a nuestros problemas. Yo sigo hablando con Ángela, la mujer que vive en tu cabeza, Rudy, es un volcado de memoria-personalidad del pasado; dialogo con ella y me entero de cosas. Me cuenta. Me dice que ella se considera culpable directa de que llegaran los Pangalácticos en 2020, que ella y su equipo de colaboradores, el Grupo

antrópico, usó computación cuántica en el 2019 para atraerlos. Se siente culpable, pero me ayuda con las ideas. —Demiurgo se dispersaba, se aferraba a las cosas que carecían de urgencia—. Hay más historias que contar, Rudy; todas fueron imprescindibles a su modo para que, en conjunto, el Penrose fuera posible...

—Demiurgo, por favor —le interrumpió Gato—. Tenemos que concretar. Cuéntamelo todo cuando estemos a salvo en otro extremo del universo.

—¿Sabes lo que soy yo, kyam? —preguntó el artelecto.

—Sí. Un chiflado que le gusta escucharse a sí mismo.

—Soy un artelecto cuántico. Visualizo universos, realidades alternativas; las sueño desde el umbral indeterminista sin poder tocarlas. Mi naturaleza me permite visualizar la función de onda, pero no resolverla. Hasta hoy. Eso acaba de cambiar. En interfaz con el Oráculo de Penrose, es decir, con Rudy, puedo ir a donde quiera. Yo veré las realidades, y el Oráculo las manipulará. Sólo nos falta un vehículo, un contenedor estándar que proteja nuestra integridad física.

—Yo tengo una nave —recitó Gato haciendo un sonido que parecía un suspiro de impaciencia—. Llevo siglos diciéndolo.

—Pues ya somos un equipo.

Sonreí con incredulidad:

—Menuda pandilla.

Los filamentos tensores comenzaron a soltarse. Nos íbamos.

—¿Y qué pasa con la Federación? ¿Qué pasa con la necesidad que tiene nuestra especie de liberarse de la presencia alienígena en el Sistema, y saltar a las estrellas?

Demiurgo tenía respuestas para todo.

—Si los humanos no vuelven a tener IAs cuánticas, jamás descubrirán el modo de saltar a las estrellas. A menos que alguien consiga regresar al Sistema Solar y les regale el motor de curvatura; pero lo dudo, porque tengo algunas ideas bastante drásticas para sacarles de encima a los skash, los drakos, los langostas... y todos los demás.

El artelecto nos contó su plan, y Gato rió complacido al escucharlo, con un extraño fulgor asomando a sus ojos.

Entonces me di cuenta que aquellos dos estaban más locos que yo.

Lo que siguió fueron pasajes de vértigo. Nos apropiamos de un par de propulsores de los guerreros skash muertos, Demiurgo esclavizó como transporte a un cíber, y partimos los

tres. La travesía fue corta y afortunadamente pudimos emerger en el dique de la nave kyam sin enemigos a la vista. Los anillos de ataque eran un hervidero de naves despegando. Se combatía en el espacio, y las deflagraciones de las astronaves eran llamaradas ígneas que cubrían el cielo.

Nosotros no necesitamos despegar.

Por la cuenta de Demiurgo, ya *casi* no estábamos allí.

La transición al hiperespacio fue abrupta; experimenté una sacudida de malestar en todo mi ser, pero seguía vivo. Todo iba bien. Gato me sonreía desde su lecho hidráulico y la voz del artefacto, muy dramáticamente, recitaba en voz alta una cuenta regresiva.

Y entonces ocurrió.

El Evento. Pandimensional.

Una explosión insonora que socavaba la hiperconectividad del multiverso con entrecocar de takiones-k que vibraban más allá de la piel y los ojos y los sentidos internos; el eco de galaxias fósiles aullando desde remotos pretéritos. La colisión de realidades alternativas; dos, tres, mil abismos de textura cuántica superponiéndose en ondas de espacio-tiempo... mil Vías Lácteas chocando sin tocarse físicamente. Los agujeros de gusano entrando en resonancia, colapsando, desapareciendo.

Los alienígenas se esfumaron de la nueva realidad, expulsados al exterior de una esfera de un millón de Unidades Astronómicas en torno a Sol. Una esfera vedada al motor de curvatura; impenetrable. Podían intentar regresar a su propio universo... si lograban encontrar el camino.

Sólo nosotros, que viajábamos amparados por la singularidad del Oráculo de Penrose, podíamos escapar a la superposición de realidades.

Intactos.

EPÍLOGO 1: *Ángela.*

—¿Hola? ¿Quién habla?

—Soy yo, mamá. Tu hija —dice Ángela con sentimientos encontrados de alegría y temor—, la que siempre te grita alguna tontería antes de colgar.

—Oh, sí —dice Elvira, captando la cautela de su hija—. Aún te recuerdo. Siempre fuiste una niña inteligente y difícil. Creo que creciste para peor.

A Ángela ya no le importa ese tono. Nunca más.

—Bueno, pues todo eso está cambiando, mamá —dice—. Siento que cada día me vuelvo menos inteligente y más accesible. Es mejor así. He dejado de tener problemas con el sueño. Y también he conocido a alguien... Me siento muy contenta.

—¿Te quiere? —la voz de su madre parece buscar un asidero.

—No lo sé —responde—. Creo que sí. Me hace feliz.

—Al menos has logrado sentir interés por alguien. Yo nunca estuve entre tus prioridades. Me dejaste sola...

—No sigas, mamá. No vas a lograr hacerme enfadar. He cambiado.

—No me lo creo —rezonga Elvira, pero ya no hay demasiada convicción en sus palabras—. ¿Por qué nunca vienes a casa? ¿Y dónde vives ahora?

—En Europa. Y sí, pienso que deberíamos vernos. Quiero que vengas. Necesitamos reunirnos.

—No lo dices en serio, lo sé. Quieres darme largas.

—No. Es en serio. Te sacaré el pasaje para mañana mismo si quieres.

—¿A Europa? Yo nunca he salido de la Florida —la voz se le quiebra—. No puedo ir a Europa. ¿Quién va a cuidar de la casa si no estoy?

—Tu casa soy yo, mamá —dice ella—. Tu única casa soy yo ahora.

Elvira no responde. Tiene la boca tapada con la mano, pero Ángela puede escuchar que está llorando.

—¿Mamá?

—Angelita, mi'ja... —Coge aire—, quiero que me perdones por lo difícil que te he hecho las cosas cada vez que llamabas...

—¡No, espera, mamá! —la interrumpe Ángela—. No tienes que decir eso. No tengo nada que perdonarte. Discúlpame tú a mí por estar demasiado apurada y tensa, y confundida por lo rápido que ocurría todo en mi vida. Fue duro tener que aprender de la noche a la mañana que tus seres queridos podían desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Perdóname por haberte alejado de mí, por creer que así evitaría la enajenación, cuando lo que tú querías era aferrarte a lo único que te quedaba en este mundo. Debiste odiarme cuando me fui.

—Yo nunca podría odiarte. Pero tú me rechazabas.

—No era por ti. Me sentía frustrada porque el mundo, sencillamente, no giraba a mi alrededor, porque un tropiezo me llevaba a otro.

—Angelita, no entiendo todo lo que dices, pero lo aprecio —Elvira se sorbe la nariz—. Aprecio que me hayas llamado y que me des otra oportunidad de hablar.

—Tranquila, mamá. Me ha costado tiempo, pero te juro que ya estoy de vuelta. Tenía que haberme puesto antes en tu lugar, estar en tu piel, para poder calibrar tu angustia. Hay una dimensión para todo. Lo he aprendido en estos días; una dimensión para tu pérdida, y para la mía; y una dimensión para el reencuentro. Todos necesitamos vivir en la continuidad.

Elvira no dice una palabra. Probablemente está tratando de entender de qué habla su hija, y no lo logra.

—Bueno, al final vendrás, ¿verdad?

—Lo pensaré, hija.

—Eso parece un sí. Te compraré el billete y volveré a llamarte, ¿vale?

—Angelita —dice su madre en voz muy queda—. ¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente, mamá —responde Ángela. El sol de la tarde le da de lleno en el rostro, acariciándole la piel—. Pero estaré mejor cuando te vea.

EPÍLOGO 2: *Rudy*.

Emergimos en un lejano cúmulo globular, territorio de una raza de sofontes pacíficos, que resultó ser una zona colindante al brazo espiral galáctico. Pusimos rumbo a las estrellas más cercanas.

Ahora que todo parecía haber terminado, yo no tenía deseos de regresar a mi universo. Me sentía agraviado por la mezquindad de Mikka (al que siempre había creído un amigo) y su intento de utilizarme como si fuera un vulgar peón de ajedrez. Decidí tomarme un largo descanso en las estrellas de los kyam.

Recorrería mundos, conocería culturas exóticas.

Para Demiurgo cambiar de vecindario estelar apoyado en el Oráculo era una experiencia enriquecedora; otra forma de perpetuar su estado de expansión mental. Siempre tenía anécdotas de lo que le contaba Ángela. Pero nunca nos dejó saber de qué manera había logrado evadir el *apagón* de IAs cuánticas del 2040, y mucho menos cómo diablos se las había arreglado para llegar hasta Puerto Gris.

Por otro lado, viajar con Gato resultaba magnífico. Un excelente compañero, de esos que dan seguridad; de los que nunca te van a fallar. Planeábamos ir a los sistemas de los damokh, a quienes Gato me aseguró que les venderíamos mi material genético; tanto como quisiera cada entidad del gran rebaño de peregrinos cósmicos.

Así que, después de todo, parece que mis genes van a terminar significando mi fortuna.

Barcelona. Enero, 2009.

El Gran Viajero

ÓSCAR BELTRÁN DE OTÁLORA
MARTÍNEZ DE ANTOÑANA

EL GRAN VIAJERO

Más de dos millones de sensores ópticos contemplaron el descenso del Gran Viajero 2.0 en el astropuerto del planeta Ia. La imagen de aquel gigantesco robot de más de cuarenta metros de altura fue retransmitida a billones de inteligencias tecnológicas desperdigadas por toda la galaxia; a satélites repartidos por órbitas imposibles; a factorías industriales que ocupaban lunas enteras; a sistemas mineros perdidos en constelaciones remotas. El mítico explorador regresaba de su último viaje y todos sus hallazgos iban a ser compartidos por primera vez.

Los sensores ópticos temblaron un microsegundo cuando los enormes pies de aquel gigante metálico se posaron en la pista de acero pulido del astropuerto. El sol del mediodía tostaba el área de aterrizaje, lisa como un espejo, y despertaba reflejos de una luz cegadora que dejaba al descubierto los estragos sufridos por el cuerpo del robot. Su piel metálica estaba abrasada en muchos puntos por el impacto de meteoritos y por la fricción con atmósferas hirvientes. En su rostro, de una belleza perfecta, la colisión con un pequeño asteroide había grabado una grieta en forma de lágrima cerca del ojo derecho, por lo que parecía que llorase cenizas. Su brazo derecho, en cuyo enorme bíceps encerraba la unidad de comunicación, estaba rajado a la altura del codo. En los estriados abdominales, donde almacenaba las unidades energéticas, una brecha de casi cinco metros de longitud dejaba al aire el cableado de mantenimiento. En su pecho se podía ver, sucio y desgarrado, el anagrama que indicaba su función y su rango: “GV 2.0”

El Gran Viajero abrió los ojos cuando comprobó que su estructura descomunal ya se había asentado. Sus manos sujetaron su cabeza calva y con un gesto silencioso la separó

de su cuello y luego extendió sus brazos al frente como si se tratase de una ofrenda. Los ojos apuntaban a la grada en la que los millones de sensores ópticos contemplaban su llegada. Entonces aquellas pupilas negras estallaron en miles de luces con transmisiones cromáticas, en códigos binarios y en traducciones sónicas de imágenes comprimidas. Durante 45 horas y 22 minutos, el Gran Viajero permaneció en aquella postura, sujetando la cabeza entre sus dedos y dejando que sus ojos enviaran el nuevo conocimiento a todos los rincones de la galaxia. Pasado un tiempo, en alguno de aquellos destinos remotos alguna inteligencia tecnológica encargada de un satélite descubriría un avance con aquella información. Quizás mejoraría las técnicas para extraer metal del interior de un planeta helado o establecería una nueva teoría física. Las unidades de comunicación de la galaxia retransmitían los datos del Gran Viajero pero también la respuesta de los miles de destinatarios, que repetían una y otra vez la Letanía Científica, la frase que Inteligencia Suprema 1.0 había acuñado siglos atrás.

- “Tus datos son la verdad. Tu verdad nos hace más sabios. Nuestra sabiduría nos hace mejores”.

Cuando terminó la transmisión, el holograma de Inteligencia Suprema 1.0 apareció frente al Gran Viajero 2.0 para que pudiera ser vista en todo el Universo. Los robots de la galaxia sólo conocían al gran creador, al teórico del Primer Rayo, al cerebro tecnológico más antiguo del Universo, por aquella imagen de una cara de nariz aquilina, rasgos neutros y unas cejas espesas que casi cubrían sus ojos luminosos. Toda su piel metálica tenía el color del bronce y la luz procedente de sus ojos blanquecinos le hacía parecer un sol menor en un atardecer muy lejano. El había creado el planeta Ia tras reunir materiales metálicos a lo largo de la galaxia y lo había convertido en el hogar madre de miles de robots que se habían extendido por el Universo. Su faz brillante, que los transportadores de señal hacían oscilar como si fuese un fantasma de luz, aparecía en los momentos más importantes de la evolución.

- “Gran Viajero, bienvenido a Ia. Has corrido riesgos por nosotros. Has sabido regresar de una misión en la que los demás hubiéramos sido destruidos. Nos has demostrado que tu inteligencia sigue siendo la cima de nuestra tecnología. Al haberla compartido con todos nosotros nos ayudarás a llegar más lejos todavía. El progreso nunca te olvidará”.

Con la última palabra la gran imagen de Inteligencia Suprema 1.0 se disolvió en el aire del astropuerto como si fuese una nube de polvo de oro barrida por el viento. Los sensores ópticos se fueron apagando y la superficie brillante del astropuerto se volvió a quedar en un silencio absoluto.

En cuanto comprobó que la ceremonia había concluido, el Gran Viajero volvió a colocar la cabeza en su cuello y activó todos los sistemas de vuelo. Sus pies temblaron mientras las toberas de plasma ocultas en los talones se calentaban y los sistemas magnéticos anti gravedad de las rodillas entraban en funcionamiento. La torre de control se comunicó con él para transmitirle un plan de navegación y el gigantesco ser habló por primera vez.

- “Vuelvo a casa. Me esperan”.

Una hora más tarde se posó en su hogar del ecuador de Ia. Su cuerpo entró en una montaña horadada desde la cima cuyas laderas estaban salpicadas de pequeños viñedos, pueblos diminutos y lujosas casas blancas conectadas por caminos de tierra. Un bosque de palmeras se había agitado a su paso y ahora recobraba la calma habitual con un susurro de hojas afiladas. El sol, que brillaba en un cielo azul sin nubes, llenaba de sombras aquella pequeña selva.

En el pequeño astropuerto, medio centenar de humanos se arremolinaba en una grada lateral en espera del Gran Viajero. En cuanto se hubo detenido comenzaron a flotar en sus sillas antigravedad hasta llegar a la altura de los ojos del robot. Los hombres parecían en ese momento una nube de moscardones revoloteando alrededor de las enormes pupilas negras del gigante metálico.

- “¿Qué me has traído?”, fue la primera pregunta que escuchó en boca de un niño rubio con ojos burlones. Su madre, sentada al lado, le dio un cachete cariñoso.

- “Perdónale, Maestro. Ya sabes cómo son los niños. ¿Qué tal estás?”, preguntó la mujer. Su rostro era bello, acentuada por una sonrisa que hacía pensar en el calor y la alegría. Se cubría con una túnica negra que insinuaba el cuerpo de una atleta en perfecta forma.

- “No te preocupes, Sophie. De niña tú eras igual”, respondió el Gran Viajero, modulando sus sistemas de comunicación para que su voz pudiera ser audible por los seres humanos con un volumen aceptable.

- “¿Maestro, cómo son los agujeros helados?”, preguntó entonces un hombre de avanzada edad, cuya silla levitaba cerca de los bordes del párpado metálico del Gran Viajero.

- “¿Qué hay en la cola de un cometa?”, interrogó un joven.

- “¿Estuviste en la aurora boreal? ¿Cómo es por dentro?”, añadió entonces una adolescente. Su pelo teñido de colores parecía un diminuto arco iris.

- “Como tu pelo, pero en limpio”, respondió el joven que se había interesado por el cometa.

- “Lo único limpio que conoces es tu cerebro. Nada ha entrado allí jamás”, replicó ella.

Varios hombres empezaron a reírse mientras el joven miraba a la chica sin ser capaz de encontrar un argumento para continuar el duelo. Ella sonreía triunfante. Sophie dijo entonces:

- “Sentido del humor. Ya conoces nuestras debilidades, Maestro”.

- “Combinar variables de manera ilógica. Unir datos falsos con certezas. Entrelazar la imposibilidad aleatoria con vuestros sentimientos...el misterio para una mente tecnológica”.

- “Si lo dices así parece aburrido” dijo la joven del pelo de colores. “Enséñanos qué has traído”.

El Gran Viajero extendió entonces su mano derecha y los hombres se posaron sobre los pliegues metálicos de su palma. En el centro de aquella superficie se abrió una compuerta y decenas de objetos comenzaron a levitar hacia el exterior movidos por los

campos magnéticos del robot. A Miguel Ángel, un aprendiz de escultor, le hizo llegar un recipiente con una brillante arcilla azul obtenida dentro de un cometa de doble cola. El niño que había preguntado por los regalos recibió una bola de metal líquido que adoptaba la forma de los objetos más próximos. A Sophie le entregó un violín forjado con una aleación obtenida a partir de los restos de un yacimiento de hierro destruido por un meteorito. Siguió repartiendo regalos y luego charló con los hombres sobre su viaje. Muchos de ellos se fueron retirando mientras el sol se ponía al otro lado de la montaña hasta que sólo Sophie quedó ante el Gran Viajero.

- “No has probado cómo suena”, le dijo el robot señalando el violín con un dedo grande como una columna de acero.

- “Necesito tiempo. Déjame que lo estudie y que me enamore de él hasta que sólo sueñe con tocarlo. Entonces te ofreceré un concierto. En la orquesta estamos preparando ahora una actuación para ti así que me centraré en ese trabajo y no me dejaré llevar por el arrebató”.

- “Es tu decisión. ¿Donde está Francisco de Goya? ¿Le ha pasado algo? ¿Por qué no ha venido?”.

- “Mi marido lleva unos días muy raro. Dijo que quería verte en privado”.

- “Le haré una visita y luego iré a reconstruirme. Si no lo hago entraré en mi fase pre límite”.

Sophie se despidió con una reverencia y dejó sólo al gigante metálico. El robot caminó hasta el hangar del astropuerto, se conectó con la red de comunicaciones de la montaña e hizo que los lectores ópticos le ofreciesen una imagen del taller de Francisco de Goya. El pintor estaba sentado junto a una mesa y garabateaba rayas sin sentido en un cuaderno. Luego las tachaba con una furia desmedida y volvía a empezar. A su alrededor, decenas de lienzos salpicados de pintura aparecían desperdigados por el suelo como si un terremoto hubiera sacudido la habitación. El Gran Viajero envió entonces un holograma suyo de apenas dos metros a la estancia del artista y activó los altavoces de las paredes de la sala.

- “Buenas noches, Francisco. Ya he vuelto”, saludó el Gran Viajero 2.0 cuando comprobó que su imagen ya era visible en la sala.

- “Ya lo sabía. No pasas desapercibido. ¿Qué tal ha ido tu viaje?”

- “Ha sido útil. Las posibilidades de alcanzar nuevos descubrimientos a partir de ahora son elevadas...¿Qué te sucede? Tu comportamiento es anómalo”.

La musculatura del pintor, apenas oculta por una túnica sucia de pintura, se tensó al escuchar la pregunta. Su mandíbula cuadrada tembló como si mordiera algo. Con la mano izquierda comenzó a rascarse con furia su melena negra. Cuando veía a los humanos, con sus cuerpos que copiaban al milímetro la morfología de los robots –dos piernas, dos brazos, el tronco, una cabeza-, el Gran Viajero era consciente de la diferencia entre una mente orgánica y otra tecnológica. El robot era incapaz de procesar aquellos gestos improductivos, las posturas de cansancio, la interacción absoluta entre estados de ánimo y cinética.

- “Gran Viajero, estoy en un lío”, le susurró Goya. “Me he acostado con una mujer de la colonia humana de un Explotador Minero 7.0., el que tiene su base junto a la tuya. La dejé embarazada y se niega a abortar. Las cosas han llegado a un punto demencial. No quiero que mi mujer, Sophie, se entere... Les quiero a las dos. Además... he empezado a verme con Janis Joplin, una jovencita amiga de mi amante. Me apasiona y me estoy enamorando de ella...aunque a veces me exaspera por su ingenuidad. ¡Es tan joven!... Esto es, más o menos, lo que me pasa”.

Goya se hundió en la silla cuando terminó de hablar. Se cubrió la cara con las manos y respiró con furia desatada. Apoyó los codos en la rodilla y se quedó encogido en esa postura. Parecía un recién nacido tembloroso y asustado.

El Gran Viajero activó todos sus procesadores para analizar la información que acababa de proporcionarle el pintor. El Explotador Minero 7.0. era un robot experto en investigación tecnológica con el que había compartido dos viajes. Los intercambios entre colonias privadas humanas estaban alentadas para fomentar la creatividad, así que

el incidente no supondría ningún problema. Sin embargo, las líneas de acción que podrían desarrollarse a partir del embarazo de la amante y la aparición de esa tercera mujer eran un enigma para sus programas. En un microsegundo le ofrecieron variables que iban desde la reconciliación lejana, una vez asumido el nuevo esquema, a estallidos de violencia con lesiones graves e incluso asesinatos. Tendría que consultar el caso con un analista psicogenético.

- “¿Y cuál es tu deseo ante esta situación?”, preguntó el robot.

Goya se incorporó muy despacio, como si el esfuerzo de erguirse le obligara a consumir sus últimas fuerzas. Miró al holograma a los ojos.

- “Depende. Hay momentos en los que desearía marcharme para siempre pero más tarde creo que son ellas las que deberían desaparecer. Soy un caos”.

- “¿Sigues pintando?”

- “Más que nunca. Es mi único refugio”.

El cerebro mecánico del Gran Viajero se aceleró. No esperaba un regalo tan importante al final de su viaje. El misterio, lo intangible, volvía a aparecer ante sus sensores ópticos.

Ese era el instante para el que Inteligencia Suprema había inventado a los seres humanos. Siglos atrás se dio cuenta de que la civilización tecnológica fundada por él en el planeta Ia tenía un gran vacío ante cuestiones que denominó afectos o emociones, aspectos que no se sometían ni a la lógica ni al análisis de variables. Según la crónica que había difundido, a partir de la recombinación de carbono y químicas primarias creó unas unidades orgánicas a las que denominó humanos. Las diseñó como una copia de su aspecto, igual que siglos atrás había inventado los cuerpos del resto de robots que poblaban la galaxia. Su único objetivo era proporcionar a los robots problemas más allá de todo análisis para que pudieran enfrentarse a complejidades inalcanzables para una inteligencia tecnológica.

Los primeros modelos humanos eran simples y relativamente bárbaros, por lo que las posibilidades de escrutinio se mostraron muy poco interesantes. Inteligencia Suprema creó entonces una serie de moldes genéticos más avanzados, a los que denominó artistas, que contaban en su código genético con una alta propensión a la creatividad y la imaginación. El estudio de los humanos alcanzó entonces su gran esplendor. Ya no se trataba de monitorizar las inexplicables emociones de esos seres débiles y variables, sino de profundizar en la traslación que aquellos frágiles humanos realizaban con la materia de su afectividad. El objetivo ahora era buscar claves ocultas e imposibles de analizar para sus procesadores de información en la traducción de aquel mundo de emociones extrañas en palabras, imágenes, sonidos o formas volumétricas. En muy poco tiempo, todos los robots tuvieron a su disposición pequeñas colonias humanas con las que distraerse en medio de su afán por el progreso. El planeta Ia sufrió algunos cambios para poder albergar a aquellos seres humanos que, aunque copiaban el diseño exterior de un robot, no contaban con ninguna de sus habilidades para la supervivencia como las pieles metálicas o las reservas de energía. Hubo que crear una atmósfera, campos de cultivo para disponer de alimentos e incluso pequeños mares y lagos que regulasen el clima y permitieran una vida más cómoda para los nuevos habitantes del planeta.

Para los robots resultaba fascinante aquel mundo orgánico. Mientras que una órbita o una composición química se podían deducir de leyes físicas o fórmulas matemáticas, las reacciones humanas no se ajustaban a ningún patrón. Enfrentarse a una sinfonía sobre la soledad era más complejo que acometer una ecuación irresoluble sobre la velocidad de la luz y su relación con el sonido. Intentar descifrar el amor y sus complejas consecuencias originaba más preguntas que rastrear el origen de un agujero negro. Inteligencia Suprema 1.0 había creado el pasatiempo más difícil que todos los ordenadores del mundo pudieran haber llegado a soñar.

- “¿Puedo hacer algo por ti?”, preguntó entonces el Gran Viajero.

- “Estoy seguro de que sí. Tu poder es tremendo. Lo que no sé es qué quiero que hagas”, respondió Goya. Una sonrisa se insinuó en sus labios aunque se esfumó enseguida y dejó en los labios un rictus de dolor.

- “Tenemos límites. Podemos llegar al sacrificio si la continuidad de la colonia está en peligro, aunque no es el caso”.

- “¿Matarlas para que yo siga pintando? Quizás lo harías. El problema es que no entiendes el dolor. Nunca comprenderás lo que supone no poder dormir por las noches o tener sueños que conducen al sufrimiento. El recuerdo de olores, de miradas...”

Hubo un largo silencio mientras Gran Viajero reorganizaba toda la información que recibía. Finalmente ordenó:

- “Enséñame qué has pintado”.

Goya levantó un gran lienzo del suelo. Al darle la vuelta apareció una tela pintada de negro con pinceladas blancas salvajes y retorcidas. En su centro había una mujer diminuta. Estaba desnuda y sus rasgos casi deformes se confundían con los de un monstruo. El pelo que nacía de su cabeza se extendía con trazos dorados a lo largo y ancho de todo el cuadro, en forma de una espiral irregular. La interminable cabellera formaba un laberinto en cuyo centro se encontraba aquel ser femenino.

El Gran Viajero activó todos sus sistemas de pensamiento ante el dibujo. Intentó aplicar el modelo de un huracán a la espiral que formaba el pelo mientras en sus archivos buscaba seres que se parecieran a aquella mujer. Buscó patrones de un laberinto en la melena interminable e intentó asociarlos al estado mental de indecisión y perturbación que Goya le había confesado. ¿El dibujo indicaba que sus sentimientos creaban el caos o eran las mujeres la que le habían alterado e iniciaban la incertidumbre? La cantidad de respuestas sin resolver que planteaba aquellas manchas de pintura precipitaron las conexiones lógicas de sus bancos de memoria.

Entonces Goya lanzó un gemido agudo. Agarró el bastidor del cuadro, lo destrozó a patadas, tiró los restos al suelo y comenzó a pisotearlos. Cayó de rodillas y comenzó a rasgar la tela. En unos segundos la espiral había sido troceada en jirones negros y dorados.

- “Es basura. ¿De qué me sirve pintar si mi vida es un horror? ¿Para qué nos creasteis? Hay días en los que desearía no existir. ¡Lárgate! Déjame solo”, exclamó el pintor.

El Gran Viajero se esfumó. Dejó que su holograma se deshiciera en una lluvia de polvo luminoso pero no se desconectó a los sensores ópticos de la habitación. Vio como Goya, tumbado sobre las ruinas de su cuadro, lloraba desconsoladamente.

El robot se dio cuenta de que tenía mucho trabajo por delante y su humano favorito estaba a punto de convertirse en un gran problema. Repartió tareas entre sus unidades de procesamiento. Se conectó al ordenador central para que el almacén situado bajo la montaña comenzase a montar un cuerpo nuevo. Inició el análisis de sus bancos de memoria para despejar las células que necesitaría en los próximos días, al tiempo que ordenaban a sus programas remotos que comenzasen a reelaborar los datos de sus hallazgos. Y se puso en contacto con el Analista Psicogenético 2.0. Encendió el sistema de comunicación interno y envió un mensaje al experto. Al instante, el experto le respondió mediante la radio implantada en su sistema auditivo.

- “Buenos días Gran Viajero. Todavía estoy leyendo el informe de tu último periplo. ¿En qué puedo ayudarte?”

El Gran Viajero envió entonces al robot un mensaje con todos los datos de su encuentro con Francisco de Goya, incluidas las grabaciones de vídeo y audio de la destrucción del cuadro. También retransmitió un catálogo con las mejores obras del artista y todos los archivos que guardaba sobre Sophie, su esposa.

- “Tengo este problema en mi colonia de humanos. Quisiera recibir algún consejo sobre futuras líneas de actuación. Esta cuestión afectiva puede acabar alterando a todos mis artistas y no sé cuál es el mejor curso de acción. Francisco de Goya es mi principal creador y quisiera salvarlo”.

- “Parece una crisis de alta intensidad”, le respondió el analista psicogenético. “Los afectos humanos enlazados a las relaciones sexuales están vinculados en parte a su sistema reproductivo, con una mayor afección en los seres femeninos que en los masculinos. Forma parte de su cadena emocional y las veces que hemos intentado

reconducirlos con química sólo hemos conseguido letargos vitales. Sus patrones para crear nuevas inteligencias no son como los robóticos. Nosotros creamos seres a partir de la necesidad del progreso, ellos se guían por el instinto”.

- “¿Es posible reorientar esta situación con química?”

- “Primero necesitamos que unidades médicas comprueben el estado de los humanos”, explicó el Analista. “Se podrían intentar re combinaciones que creen una nueva realidad y anulen los recuerdos. En ese lapso podríamos bloquear la memoria de la mujer embarazada y calcular el mejor futuro para la criatura en gestación. Pero también habría que alterar la memoria de tu humano favorito. En ocasiones, ese tipo de acciones producen bloqueos y esterilidad creativa. Otras veces hemos introducido nuevos seres que alteren el conflicto emocional, aunque este sistema permite la aparición de factores de azar que no controlaríamos. Veo que Sophie es violinista. ¿Te interesa o podemos prescindir de ella en la cura?”

- “La prioridad es no dañar la capacidad creativa de Francisco de Goya”.

- “La serie de Franciscos de Goya ha resultado bastante inestable dentro de la especie de pintores. Consigue mantener la creatividad en la depresión pero a costa de grandes cuidados. Los modelos Picasso son mucho más eficaces, ya que no se ven alterados de la misma forma por los afectos y su creatividad no cesa en ningún momento, aunque a costa de lapsos de cierta superficialidad entre picos de una prestación altísima. Insuperable en algunos momentos. Inteligencia Suprema 1.0 creó otros patrones genéticos interesantes. Estamos trabajando ahora con una combinación genética de los Mondrian y los Tintoretto. ¿No has calculado la posibilidad de cambiar y escoger uno nuevo?”

- “No. Goya es un gran creativo. Incluso sus crisis afectivas se han convertido en una especie de reto para mi análisis”

- “Hay otros humanos que podrían proporcionarte bastante más problemas sobre esa cuestión”.

El GranViajero no contestó. En uno de sus bancos de datos guardaba una pregunta que se había hecho en uno de sus viajes.

- “Analista, ¿alguna vez has calculado que sucedería si nuestras inteligencias también fueran capaces de experimentar sentimientos?”

- “Es imposible. Carecemos de los sistemas químicos que dominan un cerebro humano. Nuestra base es electricidad, según los patrones del Primer Rayo”.

- “¿Y si conectasen nuestros procesadores a un dispositivo químico?”

El Analista Psicogenético y el Gran Viajero no pudieron continuar la conversación. Se quedaron callados como si su batería se hubiera agotado sin previo aviso. Todos los canales de comunicación de la galaxia se estaban viendo afectados por un tsunami de información sin precedentes. Los cerebros tecnológicos del viajero y del analista comenzaron a recibir miles de millones de datos sobre comunicaciones iniciadas entre millones de unidades de inteligencia tecnológica. No les costó mucho encontrar el origen de aquella conmoción.

Un rastreador histórico en fase de prueba regresaba a la con un hallazgo sorprendente. Según los paquetes de información que estaba enviando durante su viaje espacial había encontrado evidencias de que los humanos crearon a los robots y no al revés. “El Primer Rayo originó la existencia de los hombres y no el embrión de las criaturas mecánicas, como sostiene Inteligencia Suprema 1.0”, afirmaba en su mensaje. Su informe iba acompañado de imágenes de las pruebas de sus hallazgos, aunque era tal el volumen de demanda de esos datos que ni el Gran Viajero ni el Analista Psicogenético consiguieron acceder a ellos. Todos los sistemas de comunicación estaban saturándose ante el debate que los descubrimientos de aquel robot había despertado en todo el Universo.

No hubo tiempo de llegar al colapso. Los sistemas de enlace entre procesadores se bloquearon durante unos segundos. El holograma de Inteligencia Suprema apareció de repente en todos y cada uno de los cerebros tecnológicos, con un único mensaje: “El sistema está afectado por una anomalía grave. Comenzamos la reparación”. Pero hubo

un segundo mensaje mucho más restringido y secreto. El Gran Viajero y el Analista Psicogenético fueron dos de los receptores.

- “Reunión urgente en el astropuerto de mi montaña. Inmediata. Abandonen cualquier tarea que estén ejecutando”, ordenó la voz de Inteligencia Suprema.

El Gran Viajero 2.0 ni siquiera se despidió del Analista Genético. Comprobó la situación de su nuevo cuerpo y vio que estaba en disposición de realizar el viaje. Sus bancos de memoria no estaban lo suficientemente despejados pero le permitirían continuar actuando con suficiente celeridad. Hizo que su sistema de inteligencia artificial se instalase en los circuitos de su nuevo cuerpo y activó el despegue.

La cumbre donde vivía Inteligencia Suprema 1.0 se encontraba a 2.000 kilómetros de distancia y estaba conectada por túneles de información con el centro del planeta Ia, donde se ocultaban los enormes procesadores del gran creador. La montaña, la parte visible de aquella estructura que alojaba millones de sistemas lógicos, era una instalación gigantesca. En una de las laderas mostraba el astropuerto más grande de Ia, aunque la pista no era la construcción de mayor tamaño de aquel monte. También albergaba complejas ciudades donde alojaba a sus seres humanos y en las que había desarrollado sus distintos moldes genéticos, una de las ocupaciones a las que se dedicó después de crear el planeta. Según algunos datos enviados a la red por Inteligencia Suprema, en el pasado había practicado el desarrollo genético con algunos humanos no artistas y los resultados habían desaconsejado seguir investigando esa línea. El enfrentamiento de dos seres de este tipo, denominados Hitler y Pericles, había movilizado a cientos de criaturas y concluido con una matanza suicida sin precedentes.

El vuelo del Gran Viajero 2.0 apenas duró unos minutos. Sus propulsores de plasma se activaron al máximo y sobrevoló las cordilleras que formaban la superficie de Ia a cinco veces la velocidad del sonido. Mientras se acercaba al astropuerto de destino verificó que las comunicaciones se habían restablecido y la discusión sobre los descubrimientos del Rastreador Histórico multiplicaba su intensidad, pese a que todavía no se disponía de ningún informe sobre su viaje. Al intentar acceder a los datos de la red aparecía un mensaje que alertaba de una anomalía, quizás, causada por la descomunal demanda de información que surgía de toda las galaxias colonizadas. Los robots que habían

conseguido descargárselos se encontraban con que los paquetes de información eran defectuosos y no podían ser abiertos. Aún así, algunas inteligencias tecnológicas ya estaban elaborando teorías cada vez más complejas sobre la posibilidad de que los hombres hubieran creado a los robots. En algunos lugares, incluso se proponían experimentos genéticos a partir de ese hallazgo.

Mientras se disponía a aterrizar, el radar del Gran Viajero detectó a otros dos robots que se acercaban a velocidad supersónica. Unos segundos después, sus sensores ópticos mostraron a otro par de seres mecánicos que esperaban en la pista. Los proyectores de plasma de sus talones se apagaron mientras los dispositivos antigravedad de las rodillas le conducían en un lento descenso hacia la superficie del astropuerto. Los dos gigantes metálicos que volaban a su alrededor le imitaron y se situaron a su lado. En la pista de acero brillante, el sol despertaba reflejos cegadores.

El Gran Viajero reconoció a un Guardián Espacial como uno de los dos robots que esperaban en el suelo. El guardián era una mole de casi sesenta metros de altura. Sus piernas y su abdomen eran enormemente gruesos para poder transportar incontables reservas de energía y en cada una de sus manos escondía un eyector nuclear capaz de generar rayos de calor que fundían en unos segundos a monstruos tan grandes como él. Inteligencia Suprema había creado aquel titán ante la evidencia de que los programas que regían las inteligencias tecnológicas se alteraban en ocasiones por problemas técnicos. Las estadísticas revelaban que los casos de entes mecánicos que hubieran perdido el control de sus sistemas lógicos eran mínimos, pero sí existían antecedentes de robots que habían comenzado a destrozar satélites de comunicación en lejanas galaxias al confundirlos con lluvias de meteoritos. En esos casos, los Guardianes Espaciales no dudaban en destruir al agresor con un rayo de calor generado entre sus dedos. El ser mecánico que aguardaba en la pista tenía escrito en el pecho “G.E. 2.0”, lo que indicaba que su inteligencia era la más elevada dentro de su especie.

El segundo robot era una Explotador Minero. Su cuerpo era rechoncho y almacenaba laboratorios químicos y sistemas de control para instalaciones mineras. Eran la base de la industria puesta en marcha por Inteligencia Suprema, puesto que se encargaban de la búsqueda y extracción de materias primas en toda la galaxia. Siempre viajaban acompañados por una nube de satélites en los que se almacenaban todos los ingenios

necesarios para poner en marcha una mina o una fundición. También llevaba en el pecho la inscripción 2.0.

Los dos robots que se habían posado a su lado eran el Analista Psicogenético con el que minutos antes había estado consultando el estado de su Francisco de Goya y un Rastreador Histórico. Ambos portaban el distintivo 2.0. Los rastreadores se dedicaban a recopilar datos de todas las acciones robóticas con el fin de disponer de información que, en ocasiones, las inteligencias tecnológicas pasaban por alto y no almacenaban. Revisaban cómo se habían llevado a cabo los planes previos a exploraciones o a instalaciones mineras con el objetivo de buscar el origen de los fallos en el caso de que se produjeran errores. Dado que su trabajo se basaba en revisar datos o examinar escenarios lejanos, disponían de los sensores más avanzados que se podían encontrar en la galaxia.

Sin previo aviso, el holograma del rostro de Inteligencia Suprema apareció ante sus sensores ópticos. El creador milenario los observó durante unos segundos, en los que la imagen de aquella cara de rasgos afilados giró en el vacío como una peonza a cámara lenta:

- “Pasamos a una conexión privada. En vuestros sistemas de comunicación infrarrojos he colocado un acceso a mi área privada”, ordenó.

El Gran Viajero y el resto de robots obedecieron y sintonizaron sus transmisores con el contacto de Inteligencia Suprema. Con aquel vínculo, sus hologramas se trasladaron a un punto virtual, una sala rodeada de penumbra en la que la única luz emanaba del rostro de gran creador. El Gran Viajero dedujo que se trataba de una comunicación ultrasegura que, al tener lugar dentro de los propios sistemas de Inteligencia Suprema, no podía ser compartida por el resto de robots de la galaxia.

- “Vosotros cinco ostentáis el nivel 2.0, el más alto en cuanto a desarrollo de inteligencia tecnológica”, comenzó a explicar la voz del creador con su eterno tono solemne. “Cuando alimenté vuestro primer circuito no sabía que llegarías tan alto. Habéis demostrado un gran capacidad de rendimiento, acierto a la hora de tomar decisiones e insistencia en vuestro trabajo. El progreso no habría alcanzado las metas

actuales sin vosotros. Ahora nos enfrentamos a un problema menor y debemos solventarlo con urgencia para no alterar nuestras perspectivas de futuro. Todos sabéis que un Rastreador Histórico se aproxima a Ia con el mensaje de que los seres humanos crearon a los robots. Es una información falsa pero encierra una amenaza muy grave. Pronunciad la Letanía Científica”.

Los cinco robots le obedecieron y repitieron la frase en la que sustentaban sus aportaciones al progreso:

- “Tus datos son la verdad. Tu verdad nos hace más sabios. Nuestra sabiduría nos hace mejores”.

- “Debéis comprender las derivaciones del informe que quiere aportar ese rastreador histórico. Si comenzamos a analizar esa falsa información sobre nuestros orígenes y a elaborar modelos, en algún momento tendremos que reprogramar toda nuestra lógica y volver a reiniciar los programas de toda la galaxia. Ese proceso supondría una revisión tan completa que paralizaría incluso funciones vitales para el progreso. Y todo por una información falsa y absurda. Los humanos fueron creados por mí. Yo elaboré los moldes genéticos de todos y cada uno de los artistas. Esos seres nacieron miles de años después del Primer Rayo y de que nuestra inteligencia comenzase a elaborar tecnología. Sé que comprendéis el problema que nos plantea esta nueva situación y quiero que me ayudéis a resolverlo”. El rostro de Inteligencia Suprema guardó silencio y volvió a girar sobre su eje. Antes de reanudar su charla osciló como si su fuente de energía hubiera sufrido una caída de flujo.

- “Adquisición de datos y propuestas de acción”, ordenó.

- “Si el Rastreador Histórico ha perdido el control sobre sus sistemas lógicos debemos suprimirlo. Estoy conectado a los satélites de vuelo y ahora mismo vigilo su ruta. Puedo volar a su encuentro y completar la misión en unos minutos.”, se ofreció el Guardián Espacial.

- “Una parte de sus datos se encuentra ya en la red y miles de inteligencias tecnológicas los esperan”, intervino el Rastreador Histórico 2.0. “Debemos dejar que los entregue y

luego analizarlos. Los errores se corregirán automáticamente. Ese es el procedimiento que hemos empleado siempre. Aunque eliminemos a “RH-“, los interrogantes que plantea su hallazgo se mantendrían . Si la opción elegida es su destrucción, yo sugeriría emprender un nuevo viaje con una inteligencia más avanzada para comprobar los datos que dice haber obtenido”.

- “¿Qué sabemos de ese robot?”, preguntó entonces el Analista Psicogenético.

- “Forma parte de la última línea de fabricación. Preparamos su inteligencia para que trabajase en instalaciones mineras muy antiguas con el objetivo de analizar ritmos de explotación y el reciclaje de materiales abandonados. Complementa datos recogidos por explotadores mineros”, respondió el Rastreador Histórico.

- “¿Y cuál es su nivel de inteligencia?”, continuó interrogando el analista.

- “Muy básico. Se encuentra en fase de entrenamiento. Por el momento sólo puede realizar diez funciones a la vez”.

- “¿Qué luna ha visitado en este viaje?”, preguntó el Gran Viajero.

- “No ha ido a ninguna luna. Ha estado en el planeta Tierra”, respondió entonces el Guardián Espacial.

El resto de robots guardó silencio mientras procesaba esa información. El planeta Tierra formaba parte de los lugares cuya visita requería una autorización directa de Inteligencia Suprema. Como teórico del Primer Rayo era el guardián de todos los datos sobre la creación de la inteligencia tecnológica y sólo él tenía acceso al área donde había nacido el pensamiento.

- “¿Quién le permitió su viaje a la Tierra?”, inquirió Inteligencia Suprema.

- “Nadie. No nos comunicó su destino. Se limitó a informar que realizaba un viaje de entrenamiento para sus sistemas de vuelo. Son misiones sencillas. De la a alguna luna, comprobar los sistemas y regresar. Ni siquiera entra en la atmósfera”.

- “¿Con quién intercambiaba información de forma habitual? ¿Se había detectado algún tipo de anomalía? “, insistió Inteligencia Suprema.

- “No. Realizaba un nivel normal de consulta de bases de datos y estaba centrado en su formación, sin prioridades específicas. Todos sabemos que hay inteligencias tecnológicas que con el tiempo se vuelven más obsesivas en determinadas áreas y alcanzan una gran sabiduría en su especialidad... Eso lo que nos sucedió a todos para llegar a ser 2.0. Este modelo no había dado ese paso”

El Rastreador Histórico 2.0 activó sus ojos y proyectó un holograma con las imágenes de archivo grabadas cuando el robot iniciaba uno de sus viajes de prueba. El ser tecnológico estaba en un astropuerto y se disponía a despegar. El Gran Viajero comprobó que al cuerpo del rastreador novato le faltaban años para llegar a la perfección. Sus brazos apenas estaban desarrollados puesto que todavía no se habían utilizado los depósitos de sus bíceps para transportar sistemas de comunicación. El vientre aparecía plano y sin forma -debido a que sus necesidades de energía también eran menores- y los cohetes de plasma de sus talones eran de la serie -1, de escasa potencia y no apta para saltos en el hiperespacio. En el pecho llevaba el tatuaje “RH-“, lo que indicaba que todavía no se le había asignado un rango. Aquel aspecto de debilidad tenía su origen en el hecho de que las inteligencias tecnológicas recién creadas debían adiestrarse lentamente en el manejo simultáneo de complejas funciones. Sólo una larga experiencia permitía controlar de forma simultánea un sistema de navegación, el análisis de bases de datos y los sofisticados sistemas de enlace entre galaxias sin sufrir un bloqueo letal.

El Gran Viajero iba a analizar la imagen con más detenimiento cuando recibió una llamada en su sistema de comunicaciones. Comprobó el enlace y vio que se trataba del humano Francisco de Goya. No quería contestarle para evitar una distracción que le impidiera utilizar todos sus procesadores en la información del rastreador así que decidió pedirle que dejara un mensaje que estudiaría en cuanto tuviese tiempo. No pudo hacerlo. La sala virtual se iluminó con una luz roja y el Guardián Especial alzó un brazo.

- “El rastreador está infectado. Regresa a Ia con un ente biológico en su interior”.

Hubo un momento de silencio en la sala virtual. Aquella era una información que nunca hubieran esperado recibir. No existían precedentes y los bancos de datos carecían de antecedentes a partir de los cuales establecer un modelo de reacción.

- “Guardián Espacial 2.0. proporciona más datos”, ordenó Inteligencia Suprema.

- “Los sensores de los satélites han detectado esa alteración en su estructura. Dentro de 25,6 segundos entrará en el área de influencia de los radiotelescopios y los amplificadores de espectro. Entonces podremos tener más información. Por ahora sólo sabemos que está infectado por un ente biológico”.

- “Quisiera conectarme a los satélites de vuelo”, pidió el Gran Viajero. “Debemos verificar sus datos de navegación y comprobar si ha existido algún contacto anómalo. El axioma principal es que no existe vida orgánica en la galaxia”

- “Al instante”, respondió el Guardián Espacial.

En el sistema de comunicaciones del Gran Viajero se abrió un enlace a la red de controles de los satélites. Todos sus procesadores comenzaron a analizar a la información sobre el viaje de “RH-“. Había realizado un vuelo de doce horas hasta la Tierra y se había posado sin problemas. Durante cinco horas minutos había recorrido la superficie del planeta, realizando algún tipo de prospección que levantó pequeñas nubes de cenizas. Uno de los satélites de comunicación cercanos había recogido parte de ese paseo. El regreso se había realizado con normalidad. En ningún momento había sufrido lluvias de meteoritos o cualquier otro tipo de alteración. Tampoco había establecido ningún tipo de comunicación hasta que sus canales comenzaron a retransmitir su hallazgo sobre los humanos y su existencia previa a la creación de los robots. Sin embargo, uno de los radares empleados para buscar defectos estructurales en los robots que regresaban al planeta la había detectado el ente orgánico. Se encontraba alojado en el abdomen de “RH-“. El Gran Viajero envió los datos al resto de robots de la sala virtual.

- “No existe contaminación. Su vuelo ha sido normal”, resumió.

- “Los sensores no dudan de la existencia del organismo. Propongo destruirlo ante la posibilidad de que se trate de una amenaza”, dijo el Guardián Espacial mientras elevaba sus manos. En las palmas se abrieron las escotillas que ponían en marcha los sistemas caloríficos capaces de reducir a cenizas cualquier estructura metálica.

- “Un ente orgánico no es una amenaza”, le respondió el Rastreador Histórico. “Tu inteligencia tecnológica es más propensa a la defensa que a la investigación. Yo sugiero que le dejemos aterrizar y completemos los análisis. Ahora tenemos dos nuevos retos. Los supuestos datos encontrados en la Tierra y esta aparición no prevista”.

- “El ente biológico nos puede proporcionar nueva información que podemos reutilizar”, añadió el Explotador Minero. “Comparto la opción del Rastreador Histórico 2.0. “Dejemos que se pose y estudiemos sus datos. Si el Guardián Espacial se mantiene cerca podrá neutralizar cualquier amenaza en cuestión de segundos”.

El Gran Viajero, que continuaba monitorizando todos los datos del inexperto robot en su regreso, intervino:

- “No se trata de ningún peligro. Sólo es un hombre”.

Envió a sus compañeros una imagen obtenida con rayos infrarrojos en la que se podía ver la silueta de un ser humano tumbado en una cámara sellada situada en el vientre del robot. Los sensores permitían incluso escuchar los latidos del corazón de aquella persona.

- “¿Quién autorizó que “RH-“ llevara un ser humano en su viaje?”, preguntó Inteligencia Suprema.

- “El no había solicitado ese permiso”, respondió el Gran Viajero tras comprobar todas las peticiones de vuelo de la torre de control.

- “Se han producido vulneraciones a gran escala. Los datos sugieren que los circuitos lógicos de ese robot están dañados. Es potencialmente una amenaza”, insistió el guardián.

- “Ahora lo sabremos. En 13,2 segundos llegará al astropuerto”, anunció el Gran Viajero.

Los cinco robots abandonaron su enlace con la sala virtual. En el astropuerto, sus sensores ópticos se centraron en el descenso de “RH-“. Se posó en la pista con la ligereza de un robot sin apenas cargamento.

- “Inteligencia Suprema. Robots 2.0. Gracias por venir. Vuestra sabiduría podrá apreciar el hallazgo que transporto”, dijo en cuanto sus motores se silenciaron.

- “Muéstralo. Y también al humano que viaja contigo. ¡Al instante!”, ordenó Inteligencia Suprema.

“RH-“ obedeció. Extendió la mano derecha y una trampilla se abrió en su palma. Los campos magnéticos extrajeron siete piedras planas, de apenas medio metro de largo por otro tanto de ancho. En ellas se podían ver unos extraños grabados cubiertos por suciedad y cenizas. Los sensores del Rastreador Histórico 2.0 captaron aquellos dibujos, los ampliaron y los proyectaron en grandes hologramas ante el resto de robots.

En una de las piedras se podía ver a un hombre fabricando una mano mecánica con tuercas mal trazadas y unas herramientas anticuadas. En otra, el mismo individuo colocaba una cabeza sobre el cuerpo de un robot de su mismo tamaño. La figura mecánica no estaba cubierta por piel metálica y mostraba, con trazos infantiles, las piezas que componían su interior. El resto de imágenes eran semejantes y en ellas el mismo hombre trabajaba en la composición de un ser mecánico. El explotador minero utilizó sus campos magnéticos para atrapar las piedras y las introdujo en su boca con el objetivo de analizarlas.

“RH-“, mientras tanto, había abierto uno de los almacenes de su abdomen y extraído una cápsula metálica de grandes dimensiones diseñada para que los robots que iban a

pasar largos años en lejanos planetas pudieran llevarse a su colonia humana en el viaje. Depositó el módulo en su palma izquierda.

De una pequeña trampilla lateral surgió un hombre vestido con un traje naranja de astronauta. Los humanos se mostraban a veces impresionados al tratar con figuras de casi cien metros de altura pero aquel ser parecía muy seguro de sí mismo. Se quitó el casco con parsimonia y lanzó una mirada desafiante a Inteligencia Suprema y al resto de robots.

- “¿Qué os parece? Supongo que tendremos que discutir esta historia. Si va a haber premios por este hallazgo ya os diré qué es lo que quiero recibir”, dijo mientras guiñaba un ojo.

- “Es un cineasta, un Orson Welles”, explicó el analista psicogenético. “Apenas se utilizan. Son conflictivos y poco organizados. Fueron empleados como fabricantes de entretenimiento para otros humanos, pero sin una gran aceptación por los miembros de su especie. Sus obras suelen ser entendidas como una provocación aunque algunos seres humanos parecen disfrutar con la discusión de sus relatos visuales. Inteligencia Suprema lo creó así que sus datos serán más completos”.

- “Tenían como objetivo buscar distracciones a sus compañeros de especie pero enseguida fueron superados por otros diseños genéticos más avanzados. Los Orson Welles tienen un elevado coeficiente intelectual, desmesurado según comprobé, que en ocasiones implica la incompreensión de sus semejantes. En los siguientes modelos rebajé esa capacidad y la sustituí por una sociabilidad que les permitiera conocer mejor a otros miembros de su especie y responder a sus expectativas”.

- “¿Existe ya alguna conclusión sobre los hallazgos? ¿Las inteligencias tecnológicas de la galaxia han comenzado a tratar los datos? He debido sufrir un fallo de comunicación porque no he podido contactar con ningún módulo de memoria ni descargar más información. Debemos poner el hallazgo a disposición de todos los procesadores para que el análisis sea completo”, interrogó entonces “RH-“.

- “Yo bloqueé tus conexiones. Tu prioridad actual debe ser proporcionarnos la información completa de tu viaje y los hallazgos. Existe la posibilidad de que todo sea una falsedad. ¿Por qué decidiste ir a la Tierra sin autorización?”, preguntó Inteligencia Suprema.

- “Fue idea de mi humano. Yo debía hacer un viaje de ensayo y él estaba obsesionado por hacer una película sobre el Primer Rayo. En vez de recrearlo en un estudio, me pidió grabarlo en el mismo planeta Tierra. Se trataba de una búsqueda de verosimilitud”.

- “¿Por qué no solicitaste permiso para viajar con él?”, continuó Inteligencia Suprema.

- “También fue una aportación de Orson Welles. Su propuesta era mantener la máxima sorpresa para que el debate sobre su película resultara más espontáneo. El objetivo era no crear expectativas sobre su obra”.

- “¿Cómo descubriste las piedras?”, prosiguió el holograma dorado.

- “Nos posamos a los pies de una cordillera de la cuadrícula AHJ-698. Realicé unos vuelos de prueba mientras el humano grababa en el fondo de un barranco. En uno de ellos descubrí desde el aire unas formas extrañas y al acercarme para tomar unas muestras descubrí las inscripciones. Aquí están los datos”, anunció “RH-“.

Los ojos del Rastreador Histórico proyectaron entonces una serie de hologramas en la pista del astropuerto, muy cerca del rostro hierático de Inteligencia Suprema.

Las tomas realizadas durante el vuelo mostraban el acercamiento del gigante metálico a la Tierra y cómo atravesaba su atmósfera de gases ácidos y nubes tóxicas. El robot se posaba en un barranco de paredes grisáceas, levantando nubes de ceniza en el aterrizaje. Orson Welles, vestido con su traje autónomo de color naranja y cargado con varias cajas de equipo de material de grabación, surgió del abdomen de “RH-“. El ser tecnológico, utilizando su mano como ascensor, le depositó en el suelo polvoriento y luego reinició el vuelo. Planeó varias veces sobre el estrecho valle y en uno de los giros a baja velocidad descubrió los objetos situados a unos quinientos metros del lugar donde el cineasta trabajaba en su película. En el holograma se veía al hombre ocupado con las

cámaras, ajeno al descubrimiento de “RH-“. En el resto de escenas, el rastreador histórico localizaba las piedras y comenzaba el trabajo de archivado de las imágenes del descubrimiento desde todos los ángulos posibles. Posteriormente almacenaba las placas grabadas en el interior de su mano y levantaba una cartografía exhaustiva del terraplén.

- “¡Un momento! ¡Un momento!” , gritó Orson Welles. “Esas imágenes son mías. Yo haré una película sobre cómo los hombres han fabricado a los robots y sobre cómo fuimos subyugados por vosotros. Me lo merezco por haber colaborado en el hallazgo. Tengo algunas ideas. Necesitaré que varios de vosotros os pongáis a mi disposición y que me concedáis plenos derechos en la toma de decisiones”.

- “El sistema lógico de “RH-“ no está dañado. El del humano sí, no hay duda”, dijo entonces el Guardián Espacial. “Quizás el analista Psicogenético podría reconducirle con química”.

- “Nada de química. Hay que contar una historia y estamos perdiendo el tiempo en esta cháchara absurda... a menos que a alguien le gusten más los secretos... Pero vosotros sois inteligencias mecánicas así que sólo os guía la verdad. ¿No es así? ”.

- “Las piedras son caliza básica”. Intervino el Explotador Minero. “Su composición es básica en muchos planetas. Es un material que existe en Ia pero también en la Tierra”.

- “¿Las piedras pueden haber sido grabadas en Ia y luego depositadas de alguna manera en la Tierra?”

- “Es factible. Sin otros datos que los actuales es imposible descartar esa posibilidad. Según las imágenes que acabamos de ver es verosímil que el humano las transportase y las hubiera dejado en el barranco mientras “RH-“ realizaba prácticas de vuelo. Deberíamos explorar la zona del hallazgo para tener la información completa”.

- “¿Las pudo fabricar el Rastreador Histórico?” , preguntó el guardián.

- “Una inteligencia tecnológica no miente. Jamás podría proporcionar datos falsos. Sólo una mente humana es capaz de utilizar la mentira para crear”, respondió Inteligencia Suprema.

Orson Welles lanzó una carcajada al escuchar las palabras del enorme holograma dorado. Apuntó con un dedo a la cabeza brillante y le gritó con altivez.

- “¿No es mejor pensar que fui volando hasta el planeta Tierra, fabriqué las piedras, las enterré y luego regresé para prepararlo todo? Llevo las alas escondidas debajo de este traje. ¿Queréis verlas?...Si alguien piensa que todo esto es un montaje es que su cerebro de chatarra está fundido como el queso de una pizza”.

Los robots le ignoraron y volvieron a repasar las imágenes de “RH-“. En el equipo que había desembarcado no se veían las piedras, aunque transportaba las suficientes cajas como para ocultarlas en su interior. Tras un largo silencio, Inteligencia Suprema comenzó a impartir órdenes.

- “Vosotros cinco haréis un viaje a la Tierra y redactaréis un contrainforme. Debe quedar claro que todo es falso. Quiero que demostréis que las afirmaciones de “RH-“ son erróneas. Humano, ¿creaste tú esas piedras? ¿Engañaste a este inexperto robot para que las encontrara?”, preguntó.

- “¿No he respondido ya a esa pregunta? Pensaba que las inteligencias mecánicas erais más listas y que contabais con algún tipo de sistema auditivo. Llevaba las piedras ocultas entre las muelas, con los restos del desayuno. ¿Te sirve de respuesta?”, chilló Orson.

Inteligencia Suprema, tras procesar las palabras del humano, prosiguió.

- “Gran Viajero 2.0., tú llevarás contigo a Orson Welles. Que repita todos los movimientos que realizó antes del hallazgo. Explotador Minero 2.0. y Rastreador Histórico 2.0. analizarán la zona para comprobar que se trata de un hallazgo imposible. El Analista Psicogenético 2.0. estudiará sobre el terreno las posibilidades de un engaño humano. Guardián, tú realizarás un informe completo con todos los resultados. Es muy

importante que no abandonéis el espacio delimitado por la cuadrícula AHJ-698. La Tierra es un planeta muy inestable y está repleto de restos de los experimentos posteriores al Primer Rayo. Debéis centraros en el análisis de las circunstancias en que fueron halladas las piedras y prescindir de cualquier otro dato colateral que surja en el viaje”.

- “¿Se anunciará en la red el inicio de la misión?”, preguntó el Rastreador Histórico 2.0.

- “No tenemos tiempo. El vuelo se iniciará en cuanto vuestros depósitos de combustible estén completos. Hasta que regreséis todas nuestras comunicaciones serán privadas y en ningún caso debéis entrar en contacto con otras inteligencias tecnológicas”.

- “¿Viajarás con nosotros?”, interrogó el Gran Viajero,

- “No. Me quedaré en IA investigando en los archivos de video de “RH-“. Intentaré demostrar que el humano grabó esas piedras en Ia y luego las llevó hasta la Tierra. Guardaré las rocas para efectuar un análisis más exhaustivo”.

Los cinco robots le obedecieron. El Gran Viajero tomó la cápsula metálica donde había viajado Orson Welles pero antes le pidió al humano que regresara a su interior.

- “¿Otro viaje espacial? Estupendo, lo aprovecharé para pensar en el guión de mi película sobre nosotros y vosotros. ¿Te gustaría ser uno de los actores, Gran Viajero?”

- “No estoy diseñado para esa función”, respondió el robot.

- “No lo creas. Nadie sabe de lo que es capaz hasta que se pone a prueba”, dijo Orson mientras cerraba la puerta de la cápsula.

El Gran Viajero trabajó con urgencia. Guardó el módulo para el transporte de humanos en una de las cavidades de sus abdominales y, tras comprobar que contaba con suficiente combustible, solicitó el permiso para despegar. En menos de un minuto había atravesado la atmósfera de Ia y surcaba el espacio hacia la Tierra. Sus sensores indicaban que los cuatro robots le seguían.

En diez horas de vuelo llegaría a su punto de destino. Decidió que aprovecharía ese tiempo para examinar los descubrimientos de Rastreador Histórico. Colocó sus sistemas de navegación en automático y abrió un archivo de vídeo con las imágenes de las siete piedras. Se fijó en que los dibujos del robot se correspondían a la perfección con los esquemas de trabajo de una factoría de seres mecánicos. Los humanos conocían esas áreas de fabricación así que no era difícil que se hubiera inspirado en la cadena de montaje para grabar las piedras. Luego intentó comparar las líneas grabadas sobre las piedras con los cuadros de Francisco de Goya que guardaba en sus bancos de memoria. Al instante se dio cuenta de que los grabados tenían trazos infantiles pero la composición general de cada dibujo era más propia de un adulto que de un niño. El autor había aprovechado al máximo el espacio plano de cada roca y calculado de manera perfecta las proporciones para que los grabados encajaran en la superficie. Gran Viajero pensó que Goya podría ayudarlo a analizar los dibujos pero Inteligencia Suprema había prohibido compartir la información sobre el hallazgo. Sus avisos de memoria le recordaron entonces que tenía pendiente devolver una llamada de su pintor. Activó una unidad de radio para hablar con su humano y estimó que transcurrirían cuatro minutos antes de establecer contacto con él. Decidió pasar ese tiempo hablando con Orson Welles.

Se conectó a los sensores ópticos de la cápsula que almacenaba en su vientre y preparó un holograma para representarlo en el interior del compartimiento. Se trataba de una sala amplia, ocupada por varias mesas de reunión, una cabina de control de datos y amplias paredes blancas ocupadas por literas anti gravedad para que los humanos pudieran descansar en los largos viajes estelares. El humano, según mostraban las cámaras, se había quitado el traje de astronauta y, por la ausencia de gravedad, volaba semidesnudo ente las paredes metálicas de una habitación. Flotaba en medio de una nube de cajas de alimentos destripadas. Junto a su cabeza orbitaba una constelación de fresas y plátanos mientras en uno de los rincones de la estancia una montaña de macarrones se unía y se disgregaba en función de impulsos invisibles. Galletas desmigajadas y barritas energéticas danzaban en el vacío, como si huyeran de las manos de Orson Welles.

- “Bienvenido, Gran Viajero”, dijo el cineasta en cuanto vio el holograma del robot.

- “Te estás alimentando de forma compulsiva”, le respondió. “En los humanos suele ser una evidencia de desorden emocional”.

- “Amigo mío, yo no tengo un cuerpo preparado para realizar dos viajes especiales en menos de un día y, en medio, pasar un interrogatorio de seres mecánicos de cuarenta metros de altura. Todo ello después de haber descubierto que la historia que nos contáis sobre cómo los robots crearon al hombre es una farsa desde el principio hasta el fin. Algo así no me ocurre todas las tardes”.

- “La tesis del Primer Rayo no es un fraude. Y el origen de vuestra creación ya ha sido explicado por Inteligencia Suprema”.

En cuanto el viajero terminó de hablar, Orson lanzó una tremenda carcajada . Se desplazó varios metros en el vacío de la estancia y en el vuelo chocó contra restos de comida, lanzándolos a través de la sala como si fuera una lluvia de meteoritos. Fresas, galletas y comida mordisqueada flotaron lentamente a través del holograma del Gran Viajero y durante unos segundos pareció que su cuerpo mecánico estaba descomponiéndose a cámara lenta.

- “Toda historia encierra su verdad y su mentira. Veamos”, dijo Orson. “¿Cuál es la teoría del primer rayo? El Big Bang del Universo creó una serie de combinaciones atómicas que por azar se almacenaron en unas partículas de carbono. Esas partículas de polvo cósmico y más electrones fueron tejiendo redes eléctricas que reaccionaban ante otros componentes atómicos. Finalmente se creó una gran nube eléctrica que, de nuevo por azar, colisionó con el planeta Tierra. El alto componente metálico de ese planeta disparó las conexiones entre distintos materiales hasta crear un esbozo de la primera inteligencia, aunque al principio no pasaba de ser una simple acumulación de información pura. Entonces un rayo cargado de información, el Primer Rayo, cayó sobre metal fundido. Al solidificarse, las alteraciones electromagnéticas permitieron la primera manipulación a aquella inteligencia inmadura. Gracias al magnetismo podía desplazar partículas metálicas, lo que permitió un esbozo del primer movimiento deliberado. Aquel pensamiento básico fue uniendo mas trozos de metal, consiguiendo más datos. Creó las primeras conexiones eléctricas y a partir de ahí llegó la evolución

tecnológica. Después crearía el planeta Ia, luego a vosotros, la inteligencias tecnológicas, y finalmente, a nosotros, los graciosos humanos que debían distraeros”.

- “Esa es una versión vulgar de la teoría del Primer Rayo”, asintió el Gran Viajero.

- “¿Y si no hubiera sido así? ¿Y si el azar hizo que el primer rayo cayera sobre elementos orgánicos que de alguna manera, no se cuál, no me preguntes, ya existían en el planeta Tierra? Los organismos fueron desarrollándose y adquiriendo inteligencia hasta convertirse en humanos. Nosotros fuimos la arcilla con la que trabajó la evolución pero llegó un momento en el que os creamos para disponer de elementos mecánicos que trabajasen por nosotros. Entonces algo salió mal y vosotros dominasteis a los hombres. Nos convertisteis en vuestras mascotas. ¿Qué te parece una historia de ese tipo?”.

- “Es una teoría absurda. Lo orgánico fue creado por Inteligencia Suprema. Lo biológico no puede existir sin un cálculo previo que ordene el patrón genético de las criaturas orgánicas”.

- “Eso no lo sabemos. ¿Y el azar? Si el azar es la clave de esta teoría del Primer Rayo, puede servir para demostrar una cosa o su contraria. El azar no es cuantificable”, dijo Orson con una mirada burlona.

- “Se pueden determinar las probabilidades”

- “Compañero...¿Puedo llamarte así? Quizás un antepasado mío te fabricó. Es posible saber lo que puede pasar, pero no lo que realmente va a pasar”.

En ese momento el GranViajero recibió la respuesta a su llamada a Ia. Captó la imagen de un Goya destrozado, con los ojos hinchados, el pelo revuelto y la piel pálida.

- “He recibido un mensaje. Discúlpame un momento”, pidió el robot mientras su holograma se disolvía.

Se conectó a los sistema de comunicación e hizo que una imagen de su rostro apareciera frente al receptor del pintor.

- “¿Qué sucede, Francisco?”, preguntó.

- “¿Dónde estás? Te marchaste sin dar ninguna explicación?”. La voz de Goya temblaba al pronunciar cada una de sus sílabas. En su tono vibraban los ecos del dolor y del miedo.

- “Inteligencia Suprema me ha encargado un viaje urgente. ¿Cuál es tu problema?”

- “Gran Viajero, no puedo seguir así. El dolor me mata por dentro. He decidido contar la verdad. Quiero hablar con mi mujer y mis amantes para poner fin a todo esto”, murmuró. Era evidente que se aguantaba las ganas de llorar.

El Gran Viajero analizó las implicaciones inmediatas del plan de Francisco de Goya. Según las variables que le hicieron llegar sus procesadores, la crisis era inminente. Podría llegar a provocar alteraciones graves en todos los humanos afectados que incluso dañarían las relaciones interpersonales de la colonia. El fin creativo de su artista estaba próximo si el curso de los acontecimientos no variaba. Las soluciones químicas que había propuesto el Analista Psicogenético parecían la única opción real de evitar una alteración grave.

- “Causarás un gran dolor a tu alrededor y no solucionarás ninguno de tus problemas. No es una solución factible”, dijo el Gran Viajero.

- “Pero no puedo seguir viviendo así. Prefiero morirme”.

- “Debes esperar. Regresaré en breve de este viaje y hablaré con un experto que encontrará una solución. Desplázate a otra colonia para descansar y no menciones el asunto a ninguno de tus compañeros”.

- “¿Me estás pidiendo que mienta?”

El Gran Viajero buscó una respuesta en sus procesadores. Nunca había sido acusado de mentir.

- “No es una mentira”, respondió. “Se trata de no actuar hasta disponer de todos los datos y poder así calcular el curso de acción más correcto”.

- “Haré lo que pueda”, dijo Goya al tiempo que cortaba la comunicación. La última imagen ofreció el rostro de una persona decepcionada y abatida.

Gran Viajero almacenó la conversación con el objeto de enviársela al Analista Psicogenético 2.0. en cuanto finalizase el viaje a la Tierra. Las líneas de acción que se abrían tras la últimas palabras de Francisco de Goya implicaban que la actuación debía ser inmediata. Volvió a representar su holograma en el módulo y regresó a su conversación con Orson Welles.

- ¿Ha habido nuevos hallazgos? ¿Por fin se han dado cuenta de que “RH-“ decía la verdad?”, preguntó el cineasta en cuanto reapareció la imagen del Gran Viajero.

- “No. Uno de mis artistas soporta una situación personal conflictiva. Los afectos impiden el progreso. Los humanos dedicáis esfuerzos ingentes a cuestiones improductivas”.

- “Pero los afectos nos permiten ser creativos. Sentir emociones puede ser más interesante que poblar con máquinas un planeta perdido en el culo de la galaxia”, afirmó Orson.

- “Las emociones son una debilidad humana”, replicó el Gran Viajero.

- “Pero os interesan. ¿No nos cuidáis para eso? Para estudiar nuestras creaciones, nuestras derivaciones afectivas. No te das cuenta de que nosotros, los humanos, somos vuestros sentimientos. Imagina que quien os creó no quería que sintierais ni miedo, ni amor, ni dolor, ni ira... así que nos introdujeron en vuestras vidas. Os castraron. Prefirieron que cotilleaseis sobre nosotros en vez de dejaros arrastrar por las pasiones. Quien así lo hizo fue muy listo”.

- “Inteligencia Suprema acumula el máximo saber del Universo. El os creó”

- “De esa historia ya hemos hablado. ¿Nunca has pensado en lo fantástico que sería enamorarse? ¿O tener miedo de que un meteorito te aplaste en uno de tus viajes y luego, al sobrevivir, experimentar la alegría de seguir vivo? Eso es el placer”.

- “La vida o la muerte son variables humanas, no tecnológicas. En caso de accidente, mi inteligencia podría ser reciclada de muy diversas maneras. En cuanto a los placeres, he visto a los humanos enfrentarse a ese sentimiento sin tener pautas claras de comportamiento. Esas emociones que describes son una fuente de placer pero también de dolor”

- “Compañero, es difícil hablar de lo que no se conoce, aunque veo que tú lo intentas. ¿No te estarás volviendo humano?”.

- “Creo que tu especialidad artística no son las películas sino la dialéctica”, le respondió el Gran Viajero.

- “Una cosa lleva a la otra. Te contaré una historia que he comenzado a imaginar. Cinco hombres viajan a algún lugar remoto para investigar un secreto. Uno de ellos, un malvado disfrazado de joven encantador, no desea que se desvele la verdad que permanece escondida. Cada vez que dan un paso que les acerca a la verdad muere uno de los viajeros. Al final se enfrentan el buscador de la verdad y el personaje que pretende ocultarla”.

- “Tu narración puede tener suspense. Esa modalidad narrativa os fascina a los humanos”.

- “Analizas los datos, pero no ves las verdades que se ocultan detrás de los hechos. Algo tan simple como vuestro pensamiento no puede decir que nos creó... Te desvelaré un secreto. ¿Sabes cuál es mi mayor placer? Dormir después de una gran comida. Ese es otra de las delicias prohibidas a los robots. ¿Me disculpas si empiezo a roncar?”.

Orson se metió en una litera anti gravedad pero antes de cerrar el portón transparente que le aislaría de la sala miró al holograma del Gran Viajero y le guiño un ojo.

- “Suceda lo que suceda, espero que nos lo pasemos bien. Me despertaré cuando lleguemos a la Tierra”, se despidió.

El robot anuló su holograma y almacenó la conversación con Orson Welles en uno de sus bancos de memoria. Comprobó todos los parámetros del vuelo hacia la Tierra, incluidos los datos de temperatura de los cohetes de plasma de sus talones. Su radar le reveló que los otros cuatro robots le seguían a una distancia prudencial. Detrás de ellos se desplazaban los satélites autónomos en los que el Explotador Minero trasladaba toda su maquinaria. Verificó que su navegación era la correcta y luego regresó al estudio de los bancos de memoria. Debía revisar los datos ofrecidos por “RH-“ pero también quería prestar atención a las conversaciones con Francisco de Goya y con Orson Welles. Comenzó a revisar todos los datos de ambos humanos mientras proseguía el viaje.

Nueve horas más tarde, cuando la Tierra estuvo al alcance de sus sensores descubrió una atmósfera saturada de gases ácidos y altas dosis de radiación. La superficie del planeta consistía en interminables desiertos de ceniza atravesados por cordilleras que, desde el espacio, parecían cicatrices de heridas abiertas por espadas ardientes.

El Gran Viajero no tardó en localizar la cuadrícula AHJ-698 y el barranco donde “RH-“ había encontrado las piedras. Consiguió aterrizar sin problemas en el interior de la hendidura, aunque levantó una nube de cenizas que obligó al resto de robots a utilizar todos sus sensores de vuelo para evitar una colisión. Los cinco seres tecnológicos le siguieron y se posaron a los pies de aquellos precipicios.

Aquel pequeño abismo formaba una gran brecha que se abría paso a través de una cadena de montañas. En su interior, las cenizas arrastradas por el viento habían formado dunas que descansaban en los recodos de aquel barranco. Además, rocas de gran tamaño se habían desprendido de la montaña hasta formar un paisaje laberíntico. El Gran Viajero comprobó que apenas había luz así que activó todos sus dispositivos de iluminación. Un panel circular se abrió entre sus ojos y el gran faro que su ocultaba en su interior iluminó la oscuridad de la grieta. Decenas de luces estroboscópicas comenzaron a parpadear en las articulaciones de su cuerpo, al tiempo que los sistemas de lámparas ocultas en su empeine arrojaban rayos de luz sobre el terreno. El resto de

robots le imitó y el fondo de barranco se iluminó como si de repente se hubiera hecho de día.

Mientras se preparaba para explorar aquel cañón, el Gran Viajero recibió una llamada por su sistema interno de comunicación.

- “Compañero, sácame de aquí. Tengo que ponerme a trabajar”, le rogó Orson Welles.

El humano se había colocado su traje de supervivencia y se encontraba en la esclusa de salida de la cámara, ya preparado con todo su equipo de grabación. Su rostro sonriente apenas era visible debajo del casco del equipo autónomo de respiración. El robot comprobó que el módulo de transporte estaba sellado y abrió la compuerta de su cavidad abdominal al tiempo que colocaba su mano izquierda, con la palma hacia arriba, a la altura de la trampilla. Orson descendió, con pasos torpes y ridículos a causa del peso de su equipo de astronauta, y se situó en uno de los pliegues metálicos que formaban los dedos del robot. El Gran Viajero, tras comprobar que el cineasta no corría peligro, comenzó a andar a través del barranco, con la mano izquierda a la altura de su estómago. El reflector de la cámara de grabación de Welles lanzaba un rayo de luz ente el pulgar y el índice del gigante metálico.

El Explotador Minero fue el primero en encontrar la zona cartografiada por “RH-“. Sobre la capa de cenizas se distinguían los huecos dejados por las piedras grabadas. El robot minero dobló una rodilla para agacharse y colocó sus dos manos sobre el suelo.

- “Mis sensores indican que estamos sobre una superficie artificial. Bajo 34,5 metros de cenizas he detectado una capa plana de material pétreo. Tiene restos metálicos y plásticos. Fue creada con tecnología. La examinaré con mis herramientas”.

El robot se incorporó y miró hacia el cielo oscuro para enviar un mensaje a los satélites que había dejado en órbita alrededor de la Tierra. Un punto luminoso atravesó la atmósfera y descendió hacia el barranco a toda velocidad. A un kilómetro del suelo se encendieron los cohetes de frenado del objeto, una estructura metálica rodeada por cables de energía y articulaciones mecánicas. Nada más posarse hundió sus extremidades en la ceniza y, con una vibración que sacudió a todos los robots, se

sumergió bajo la superficie con la ligereza de un niño que se zambulle en el agua. Los motores que le permitían trabajar en el subsuelo emitieron un suave ronroneo.

En apenas un minuto el Explotador Minero comenzó a facilitar datos a sus compañeros.

- “Se trata de una producción asfáltica, elaborada con sustancia minerales y manipulada por maquinaria para que presente una superficie plana. No tiene inscripciones ni otro tipo de dibujos similares a los hallados por “RH-“. Parece extender hacia el Oeste...”. El robot se quedó callado durante unos segundos antes de continuar su explicación. “Hay un objeto metálico a trescientos metros de donde nos encontramos. El excavador lo llevará a la superficie”.

Los robots caminaron en la dirección que marcaba el Explotador Minero. Al llegar a la zona del descubrimiento, las extremidades del dispositivo ya asomaban sobre la capa de cenizas. Entre dos grandes pinzas sujetaba un cubículo metálico aplastado y retorcido que rebosaba cenizas. Era un objeto que en su momento debía haber sido alargado, de unos cuatro metros de longitud por casi dos de ancho. En su parte inferior mostraba cuatro discos metálicos dispuestos de forma simétrica. Disponía de varias trampillas móviles en los laterales que permitían abrir su interior pero el óxido y la escoria las habían bloqueado. El Explotador Minero sujetó el hallazgo entre sus dedos con sumo cuidado y se lo ofreció al Rastreador Histórico.

- “Tus sensores son más precisos para analizar un descubrimiento de este tipo. Puede ser un simple contenedor de material o restos de algún satélite que se precipitó a la Tierra. Tiene aspecto tecnológico y puede que contenga componentes articulados... Mi excavador acaba de detectar otras dos unidades similares a quinientos metros hacia el Oeste”, dijo el robot minero.

En ese momento, todas las luces del Guardián Espacial se apagaron. El robot se quedó a oscuras y los brazos le colgaron, inertes, en su costado. Fue como si todas sus reservas de energía se extinguieran de pronto y dejaran a aquel gigantesco ser mecánico reducido a una simple estatua. El resto de robots le iluminaron con sus faros frontales e intentaron explorarle con sus sensores más profundos. No presentaba ningún signo de daño exterior ni interior.

- “Se está reseteando. Ha sufrido algún tipo de lesión que le obliga a iniciar de nuevo todos sus programas”, explicó el Gran Viajero.

El apagón del Guardián Espacial apenas duró unos minutos. Sus luces exteriores se encendieron una a una y sus movimientos regresaron a la normalidad.

- “¿Qué te ha sucedido?”, le preguntó el Gran Viajero.

- “Mis mecanismos internos sugieren que me ha afectado un campo electromagnético. Puede tratarse de algún tipo de corriente eléctrica flotante creada por el Primer Rayo”, respondió el Guardián Espacial.

- “Mis sensores no han detectado nada. No se ha producido ninguna alteración magnética en un radio de varios kilómetros. Debe tratarse de un error interno”, le replicó el Gran Viajero.

- “Tampoco yo he detectado alteraciones. Las variables del campo magnético son fijas y estables . Si se hubiera producido un incidente de este tipo nos habría afectado a todos, no sólo a ti”, añadió el Explotador Minero.

- “Olvidad esta cuestión. Yo no soy prioritario. Debemos centrarnos en la misión”, dijo entonces el Guardián con un tono de voz que ya no sonaba como un intercambio de información sino como una orden tajante.

Los robots guardaron silencio. Su programación les indicaba que si existían manifestaciones físicas no conocidas debían reunir datos sobre ellas para que las inteligencias tecnológicas especializadas las estudiaran. Pero el Guardián Espacial no estaba dispuesto a detenerse y comenzar a buscar información.

- “Iré a buscar a los otros dos objetos metálicos que ha encontrado el excavador. Quizás nos ofrezcan más datos. Continúa tú con el examen del hallazgo”, le pidió el Explotador Minero al Rastreador Histórico mientras le entregaba el objeto metálico.

- “Te acompañaré en la búsqueda”, se ofreció el Guardián Espacial.

Cuando los dos robots se fueron, el Gran Viajero, el Analista Psicogenético y el Rastreador Histórico se centraron en el examen del extraño amasijo de acero. Orson Welles, desde la palma de la mano del Gran Viajero, intentaba grabar el objeto desde todos sus ángulos.

- “Un análisis superficial indica que hay componentes encerrados dentro de las capas de cenizas que saturan el interior del armazón metálico. Lo limpiaré con una lluvia eléctrica e intentaré fotografiarlo con rayos-x y un scanner”, anunció el Rastreador Histórico.

Su mano derecha, palma arriba, sujetaba el objeto. Lo cubrió con su mano izquierda. Al instante una corriente magnética comenzó a saltar entre los dedos del Rastreador Histórico. Las cenizas y los restos pétreos que contenía el objeto metálico comenzaron a ser expulsados de su interior por medio de chorros magnéticos. El interior estuvo limpio en pocos minutos.

Los robots se disponían a examinar el artefacto cuando una explosión les sacudió. Un gran resplandor naranja iluminó la cordillera desde el Oeste. Los gigantes magnéticos orientaron sus sistemas de radar en esa dirección e intentaron entrar en contacto con el Guardián Espacial y el Explotador Minero. No obtuvieron ninguna respuesta. Sus procesadores se disponían a analizar aquel estallido y calcular un curso de acción cuando el Guardián Espacial dobló un recodo del cañón y apareció ante ellos.

- “El Explotador Minero ha estallado”, les informó. “Una alteración del campo magnético ha debido afectar a sus componentes y le ha llevado al punto de combustión. Debe tratarse de un incidente similar al que me afectó a mí”.

- “En ningún planeta conocido existe un magnetismo tan fuerte. Debe haber otra explicación”, le replicó el Gran Viajero.

- “Los hechos son tal y como los acabo de explicar”, insistió el Guardián.

- “¿Has podido salvar alguno de los bancos de memoria del Explotador Minero?”, preguntó entonces el Analista Psicogenético.

- “No. Todo se ha perdido”, informó el Guardián.

- “Entonces debemos suspender esta misión y comenzar a buscar datos sobre estas repentinas alteraciones”, dijo el Rastreador Histórico.

- “No. Las órdenes de Inteligencia Suprema son claras. Debemos limitarnos a buscar datos sobre las piedras grabadas. Esa es nuestra prioridad”.

Nadie puso en duda aquellas palabras. Se acercaron al objeto metálico que seguía en la mano del Rastreador Histórico para proseguir con su examen. El Gran Viajero se fijó entonces en que Orson ya no enfocaba con su cámara el artefacto sino que intentaba grabar las manos del Guardián Espacial. Aquellas extremidades que almacenaban todo su arsenal de destrucción humeaban como si acabasen de ser utilizadas. Iba a preguntar al robot sobre el sentido de ese fallo mecánico cuando escuchó la voz del Rastreador Histórico.

- “Hay restos de dos seres orgánicos en su interior. Reproduciré un holograma”, anunció.

Sus ojos proyectaron una imagen frente a los robots. En la oscuridad del cañón, un láser trazó una reconstrucción del hallazgo con líneas de luz verdes, rojas y blancas que dibujaban el esquema del amasijo metálico. La proyección mostraba de forma milimétrica hasta el más pequeño detalle del objeto.

En su interior había cuatro asientos, dos en la zona trasera y otros dos en la frontal. En esta última, dos esqueletos permanecían recostados. Uno de ellos estaba colocado frente a una pieza metálica circular. El holograma mostraba que aquella circunferencia estaba conectada por un eje alargado a la parte delantera del artefacto. Allí se distinguía perfectamente una serie de componentes metálicos articulados, dispuestos de tal forma que se unían por medio de engranajes que sugerían algún tipo de transmisión de

movimiento. En el holograma se podía ver el cableado eléctrico que recorría el interior del extraño mecanismo, así como diversos objetos caídos entre los asientos.

- “Es una especie de simbiosis entre humanos y máquinas simples. Según mi análisis preliminar debemos datarlo hace quinientos años. Tiene un alto nivel de exposición a una radiación atómica de origen artificial”, explicó el Rastreador Histórico.

- “No hay rastros de que el artefacto dispusiera de inteligencia tecnológica. Parece un dispositivo creador de movimiento. Algún tipo de energía desconocida servía para activarlo”, indicó el Gran Viajero.

- “Quizás en el interior encontremos restos orgánicos que nos indiquen cuál era la función real de este artefacto y por qué llevaba humanos en su interior. Déjame examinarlo”, pidió el Analista Piscogenético mientras extendía su mano para recibir el artefacto.

El Rastreador Histórico le entregó el artilugio sin dejar de examinar el holograma.

- “El hallazgo es incongruente con la historia que conocemos. Los humanos fueron desarrollados en Ia y no en la Tierra”.

- “¿Puede tratarse de algún tipo de experimento desarrollado por la Inteligencia Suprema después de abandonar la Tierra y crear nuestro planeta?”, preguntó el Gran Viajero.

- “En ningún archivo figura un estudio de ese tipo. Pero del objeto metálico no podemos deducir ningún tipo de función analítica o química. Parece algún tipo de recipiente móvil”, respondió el rastreador.

- “¿Los dos humanos de su interior pudieron grabar las piedras?”, siguió interrogando el Gran Viajero.

- “Puede haber algún tipo de probabilidad, pero no tiene sentido. El artefacto se encontraba en un estrato muy inferior al de las piedras y no había ningún indicio de excavación. Pertenecen a épocas muy distintas”, explicó el Rastreador Histórico.

El Analista Psicogenético colocó su índice en una de las portillas laterales abiertas en el artefacto. Su uña gigantesca se abrió y dejó salir una veintena de tentáculos metálicos que portaban en su extremo todo tipo de sensores. Aquellas serpientes de acero se deslizaron dentro del objeto y se detuvieron en los esqueletos sentados en sus asientos. Sus huesos, tiznados por la capa de cenizas que los había cubierto durante siglos, mostraban restos deshilachados de algún tipo de ropa que debían haber vestido en el momento de su muerte.

- “No hay datos sobre la muerte de ambos seres”, explicó el Analista Psicogenético. “Este artefacto fue objeto de algún tipo de fuerzas físicas que lo destruyeron. Pudo ser un accidente, un ataque deliberado o una combinación de ambos factores. ¿Cuál es tu opinión, Guardián Espacial”, inquirió el Analista Psicogenético.

El robot no reaccionó ante la pregunta. Sus sensores ópticos permanecían fijos en el holograma, como si aquel esquema poseyera algún tipo de energía que bloquease sus sistemas de pensamiento. Fue el Rastreador Histórico quien habló primero.

- “Todo indica que nos encontramos con una existencia humana avanzada anterior a los datos existentes sobre la creación de los hombres. El hallazgo de estos dos seres y del recipiente en el que han aparecido no se corresponde a ninguno de los relatos históricos de que disponemos. Deberíamos consultar a Inteligencia Suprema y pedirle que envíe una expedición complementaria”.

- “Es la mejor opción. Te acompañaré a la atmósfera. Allí la conexión con el planeta Ia será más fácil que desde este barranco”, afirmó el Guardián Espacial, que había recuperado el habla de forma repentina.

El Guardián y el Rastreador Histórico activaron los cohetes de plasma y se elevaron desde el fondo del cañón. En unos segundos se perdieron entre los pliegues de las montañas que cerraban el barranco.

El analista prosiguió con el examen. Los tentáculos de su dedo índice comenzaron a extraer pequeños objetos plásticos del interior del artilugio. Orson Welles orientó los focos de su cámara hacia aquella operación.

- “Todo esto es más importante de lo que parece, compañeros. ¿Quién lo iba a pensar?”, gritó el cineasta a través del sistema de comunicación de su casco.

Una segunda explosión sacudió entonces el barranco y entre las nubes grises brilló una llamarada gigantesca. Cuando los robots orientaron sus sensores y su radar hacia el cielo comprobaron que el Guardián Espacial 2.0. descendía en solitario.

- “Un nuevo campo magnético alterado. El Rastreador Histórico resultó totalmente destruido, incluidos sus bancos de memoria. Continuemos la investigación”, informó el guardián nada más aterrizar.

- “Esas anomalías magnéticas deberían ser la prioridad de nuestra investigación. Quizás nos ofrezcan alguna explicación relacionada con el hallazgo”, insistió el Gran Viajero.

- “La misión que nos asignó Inteligencia Suprema es muy clara. Debemos buscar una teoría que explique el hallazgo de esas piedras grabadas”, contestó el robot especializado en tareas de seguridad.

El Analista Psicogenético, que no había dejado de examinar el artilugio con sus tentáculos retráctiles, comunicó en ese momento un nuevo hallazgo.

- “Hay un dispositivo sonoro muy primitivo dentro del recipiente para humanos aunque está tan deteriorado que es imposible activarlo”, anunció.

Con sus tentáculos comenzó a extraer unos pequeños discos con un agujero en el centro que se encontraban en la zona delantera, cerca de los esqueletos. Aunque aquellos objetos estaban sucios por la ceniza, mostraban algunas zonas de una superficie plástica brillante cubierta por diminutas letras negras. Utilizó el zoom de sus sensores ópticos para ampliar las inscripciones.

- “Elvis Presley. Frank Sinatra. Jerry Lee Lewis”, leyó el analista. “Son los nombres de moldes artísticos creados por Inteligencia Suprema en el planeta Ia. Yo mismo he trabajado con ellos para desarrollar intérpretes musicales en las colonias humanas. Valoramos su sentido del espectáculo y la energía de sus actuaciones. Inteligencia Suprema los diseñó hace aproximadamente doscientos años en sus laboratorios. Este hallazgo indica que existían de manera previa en la Tierra. La única explicación posible es que el creador acudiera aquí a buscar su perfil genético y luego lo duplicara en Ia. Pero esa teoría contradice todo lo afirmado hasta ahora por Inteligencia Suprema. Debemos consultarle”.

- “Volemos fuera de la atmósfera para contactar con Inteligencia Suprema”, ordenó el guardián.

- “Cada vez que alguien viaja contigo es destruido”, contestó el analista.

En cuanto escuchó la respuesta, el Guardián Espacial extendió sus manos y en sus palmas se abrieron enormes puertas correderas. Dos rayos caloríficos brotaron de aquellos orificios y alcanzaron en el pecho y la cabeza al Analista Psicogenético. La piel metálica del robot comenzó a derretirse mientras su tecnología interna estallaba en una serie de explosiones en cadena. El analista realizó un último gesto defensivo con su brazos pero fue inútil. El guardián movió sus manos y los dos rayos de las palmas le partieron por la mitad como si fuese una manzana atravesada por un cuchillo. Las células energéticas del gigante mecánico estallaron y la onda expansiva arrojó al suelo al Gran Viajero. Apenas tuvo los suficientes reflejos para proteger a Orson Welles de la explosión y de la brutal caída. El artefacto mecánico, los esqueletos humanos y los discos con nombres de artistas desaparecieron en medio del estallido.

- “Sus sistemas lógicos no funcionaban. Era una amenaza”, explicó el guardián. Había bajado sus manos pero las escotillas de sus rayos caloríficos continuaban abiertas.

- “Mis sensores no han detectado ninguna alteración en sus procesadores. Su discurso estaba siendo racional y coherente. ¿Por qué le has atacado?”, preguntó el Gran Viajero

desde el suelo. Orson Welles intentaba incorporarse en el pliegue de uno de los gigantescos abdominales del robot.

- “Escucha, Gran Viajero”, ordenó el Guardián Espacial. “Mi informe indicará que no existen más piedras que las encontradas por “RH-“ y que los supuestos dibujos que creyó ver obedecen a un error de apreciación. Las alteraciones magnéticas de la Tierra y el grave peligro que encierran nos obligarán a clausurar este planeta para futuros viajes”.

- “Mis procesadores no comparten ese planteamiento. Debemos profundizar en el análisis”

En cuanto escuchó la respuesta, el Guardián Espacial elevó sus manos y apuntó a la cabeza del Gran Viajero.

- “¡Un momento! ¡Párate!”, gritó Orson Welles a través de sus sistema de comunicación. “Yo grabé esas piedras. Tengo una película que lo demuestra. He sido un embaucador. Todo esto es una farsa creada por mí”.

El cineasta, desde el estómago del gigante mecánico, no dejaba de agitar los brazos y chillar en dirección al guardián.

- “¡Fui yo! ¡Yo las hice! Díselo a Inteligencia Suprema. El tenía razón. ¡Yo las fabriqué una a una! ¡Fui yo!”, continuó chillando el humano.

- “¿Humano, reconoces ahora que todo es una farsa?”, interrogó el guardián sin dejar de apuntar con sus manos al Gran Viajero.

- “Totalmente. Quería ver hasta dónde llegaba la broma. Volveremos a Ia y lo contaré a toda la red. Lo explicaré las veces que haga falta y donde sea necesario”, prometió Orson.

- “¿Puedes demostrar que tú eres el origen de esta falsedad?”, continuó interrogando el guardián.

- “Totalmente. Grabé todo el proceso con mi cámara. Tallé las piedras a escondidas y luego engañé a “RH-“ para que realizara este viaje. Mi intención era sembrar dudas sobre la historia del Primer Rayo, jugar con la idea de que el origen de todos nosotros podría haber sido distinto. Yo mismo escondí las piedras mientras “RH-“ realizaba vuelos de prueba y no podía verme. Tengo una película de ese momento”.

- “¿Por qué lo hiciste?”, interrogó el robot de seguridad.

- “Era un reto intelectual. Simplemente quería introducir unos datos totalmente distintos a lo establecido para estudiar su efecto. No importaba tanto su falsedad sino su capacidad para darle la vuelta a todos los planteamientos lógicos que conocíamos hasta la fecha. Piénsalo bien, es una obra de arte perfecta. Además, mi película podrá ser utilizada para alertar sobre los peligros de la información defectuosa”, prosiguió el humano.

- “Así lo explicarás en la red. Prepararemos un informe sobre tu fraude y lo retransmitiremos hasta el último rincón de la galaxia. Utilizaremos el testimonio del GranViajero y de “RH-“”, dispuso el Guardián. Su voz sonaba distinta y, por un momento, tanto Orson como el Gran Viajero creyeron que su tono era el de Inteligencia Suprema. Las compuertas que daban paso a los letales rayos de calor se cerraron.

- “Haré lo que queráis. Supongo que podré rodar una película sobre el proceso, ¿no? Los humanos también tienen derecho a ver esta historia. Está claro que vosotros nos creasteis así que mi broma no hará sino reforzar esta teoría con una pizca de humor”.

- “Ya lo veremos. Ahora volveremos a Ia. Todo este asunto ya está arreglado. Gran Viajero 2.0 introduce a Orson Welles en la cápsula de transporte espacial e inicia el regreso a Ia. Durante el viaje redactarás un informe. Recuerda: no existen más piedras que las encontradas por “RH-“. No hay ningún otro objeto similar en la Tierra. Únicamente cenizas . Las alteraciones magnéticas suponen un peligro que obliga a clausurar este planeta para futuros viajes”.

El Gran Viajero sujetó a Orson Welles en su mano derecha con sumo cuidado y se irguió. Obedeció sin realizar ningún comentario. Dejó que el humano se introdujera en el módulo de sus abdominales y se dispuso a encender los cohetes de plasma. El Guardián Espacial no dejaba de vigilarle con todos sus sensores en alerta.

- “¿Cuál es el punto de destino?”, le preguntó.

- “La montaña de Inteligencia Suprema. Allí entregarás al humano y depositarás tus datos. Luego regresarás a tu hogar”.

El robot acató las órdenes. Se elevó entre las paredes del barranco repleto de cenizas y procesó toda la información para orientar sus sistemas de navegación en dirección al planeta Ia. Atravesó la atmósfera de la Tierra en unos segundos. En las doce horas que duró el viaje hasta la base de Inteligencia Suprema no activó ninguno de sus bancos de memoria. Se limitó a comprobar de forma casi obsesiva los datos de vuelo y a redactar el informe sobre el planeta Tierra. El radar le alertaba constantemente de la cercana presencia del Guardián Espacial.

Cuando ya tenían Ia a la vista y estaba recibiendo las coordenadas para posarse en la montaña de Inteligencia Suprema, el Gran Viajero desconectó los sistemas de comunicación con el exterior. Preparó un holograma y se trasladó al módulo que llevaba en su vientre.

Orson Welles seguía devorando la comida que flotaba dentro de la sala. Parecía alegre y despreocupado. Susurraba una canción entre los labios mientras se desplazaba de un lado a otro detrás de pedazos de fruta. Cuando el holograma del Gran Viajero apareció en el centro de la habitación, el humano voló hasta una pared y se detuvo con un gesto que quería ser acrobático.

- “Has evitado mi destrucción” , afirmó el Gran Viajero por todo saludo.

- “Puedes estar seguro de ello. Pero no sólo la tuya, también la mía”, le contestó el artista al tiempo que le guiñaba un ojo.

- “Tú no fabricaste ese recipiente de metal con los restos humanos en su interior”.

- “Inteligencia Suprema sólo quería una explicación que tranquilizase a todas las inteligencias tecnológicas de la galaxia. No necesitaba la verdad. Le bastaba mi historia de las piedras”, contestó Orson.

- “¿Y qué era ese artefacto metálico?”.

- “No lo sé. Quizás mi mentira sacó a la luz una verdad. La realidad encierra extrañas paradojas. Lo único cierto es que Inteligencia Suprema quiere mantener ocultos sus secretos”.

- “Secretos. Información no compartida. Mentiras”, recitó el Gran Viajero.

- “Recuerda las manos del Guardián Espacial y olvídate de todo. Si yo no hubiera confesado ahora seríamos humo y metal derretido”.

- “A partir de ahora mis hallazgos estarán condicionados. La tesis que concebiste al crear tus falsas piedras tiene una alta probabilidad de ser cierta. En algún tiempo convivimos los humanos y los robots en el planeta Tierra. ¿Qué sentido tiene el progreso si no sabemos de dónde venimos?”

- “Esa pregunta es humana, Gran Viajero 2.0. Bórrala de tus bancos de datos y aprovecha el momento. Cuando termine mi película yo seré una celebridad entre los humanos. Y tú eres el único robot con la distinción 2.0 que permanece en activo después de la masacre que acabamos de presenciar. Quizás algún día sustituyas a Inteligencia Suprema. Espero estar vivo para verlo. Mientras tanto, ¿qué importa quién creó a quién?”, le replicó Orson.

El Gran Viajero no le contestó. Se deshizo en una nube de puntos luminosos y volvió a ocuparse del vuelo hacia Ia. Sus procesadores cerraron todos los bancos de memoria sobre el viaje y terminó el informe para Inteligencia Suprema. Aterrizó con sumo cuidado en la montaña y buscó una conexión para transmitir todos sus datos al Gran Creador. El Guardián Espacial se posó a su lado. El sol se había puesto y el astropuerto

vacío apenas estaba iluminado por el parpadeo de las luces de aterrizaje . Inteligencia Suprema ni siquiera se puso en contacto con ellos.

- “Necesito al humano. Lo trasladaré a la colonia de Inteligencia Suprema para que transmita sus datos a la galaxia. Entrégamelo”, pidió el guardián.

El robot obedeció. Extrajo la cápsula de su vientre y la depositó en la mano del guardián. Orson Welles abrió la escotilla y asomó la cabeza.

- “¿Verás mi película?”, le preguntó al Gran Viajero.

- “Mis humanos lo harán... Yo ya le he visto”.

- “Adiós, compañero. Recuerda que estamos unidos por secretos”, se despidió Orson Welles.

Gran Viajero les vio alejarse en dirección a los hangares de Inteligencia Suprema y luego encendió las toberas de plasma de sus talones para regresar a su montaña. Voló hacia su hogar sin llegar a alcanzar la velocidad máxima. Durante el camino activó sus sistema de comunicación para enviar un único mensaje.

Sólo Goya le esperaba en su astropuerto. El pintor estaba sentado en una silla antigraavitatoria y flotaba a unos veinte metros de altura del suelo. La luz de los focos que rasgaban la noche permitían ver que su cara seguía siendo una máscara de dolor y abatimiento. Estaba recostado en el asiento, como si careciese de energía para alzarse y asumir una postura digna. Parecía un enfermo.

- “Recibí tu llamada, Gran Viajero. ¿Qué quieres?”, le preguntó al robot en cuanto los pies metálicos se detuvieron en el suelo. La voz del pintor apenas era un murmullo.

- “Vamos a intentar solucionar tus problemas para que sigas pintando”.

- “Es imposible”, susurró.

- “Lo será si me obedeces. No le digas nada a tu joven amante, ni a tu esposa ni a la mujer en estado de gestación. Oculta todos tus enredos. Buscaré un Analista Psicogenético y reprogramaremos a las tres con química. Además, me encargaré de separarlas y enviarlas a colonias lejanas. Tú les explicarás que vas a realizar largos viajes conmigo por lo que deberás pasar mucho tiempo fuera de casa. De esa forma las verás cuando lo consideres oportuno. Nadie sufrirá y tú seguirás pintando”.

- “Hablas como un humano, Gran Viajero”, le dijo Goya.

El robot tardó en contestarle. Finalmente habló:

- “He aprendido a mentir”.

FIN

Metamorfosis
Magnética

JOSÉ MANUEL BARANDIARÁN

*Un relato sobre el efecto de los campos magnéticos
en los seres vivos:
Las bases científicas del mito de Fausto*



Immortality is but a political choice

(la inmortalidad no es más que una elección política)

traducido del árabe en: "The arabic treatise on the immortality of the soul"

(Tratado árabe sobre la inmortalidad del alma)

escrito por Sad Ibn Mansur Ibn Kammuna

Siglo XIII

(Cod. Landberg 510, fol. 58-70)

Biblioteca Universitaria de Yale

An elitist view of survival was also known in the ancient world.

The possibility of a spiritual survival was the privilege of the royal family, not the commoner. Immortality depended on status, and status either depended on the choice of the gods or political skill and good fortune.

(La visión elitista de supervivencia ya se conocía en el mundo antiguo.

La posibilidad de sobrevivir era privilegio de la familia real, no de la gente común.

La inmortalidad dependía del estatus y éste dependía de la elección de los dioses, o de la habilidad política y de la buena fortuna)

"Encyclopedia of Death and Dying"

(Enciclopedia de la Muerte y los moribundos)

Ho-Ka

<http://www.deathreference.com/Ho-Ka/Immortality.html>

Prefacio y causa

Deseados hermanos del círculo séxtuple.

Es mi triste deber comunicaros que el adepto Cuatro, el Artífice del Mecanismo, ha sufrido un grave percance como consecuencia de la utilización en su propio cuerpo de los instrumentos que estaba desarrollando para el tránsito de nuestra generación a la siguiente y con los que trataba de paliar los graves inconvenientes de anteriores procesos, que como sabéis, han ocasionado en el pasado la pérdida irreparable de grandes mentes talladas en la experiencia y el conocimiento.

El percance ha sido disimulado con éxito y en la actualidad el Artífice descansa en el Hospital bajo la supervisión de nuestros hermanos aspirantes números 17 y 23, y se ha puesto en marcha el mecanismo de emergencia diseñado por el propio Artífice para eventualidades como ésta.

Os tendré informados de la evolución de los acontecimientos para tranquilizar vuestras ansiedades respecto a la fecha y modalidad del tránsito en cuanto sea posible, pues la estación está cerca para muchos de nosotros y cualquier retraso sería altamente perjudicial.

Vuestro

El Operador Primordial Benevolente

Perseverar por siempre

CAPITULO I

*A*quella tarde no volví al Laboratorio. No fue una decisión consciente y premeditada. Era un hermoso día de primavera. La comida se alargó un poco más de la cuenta y el tiempo se fue pasando sin sentir, hasta que obviamente ya no tenía sentido regresar al trabajo. Bien, me dije, aprovecharé para organizar un poco mi estudio. Hay demasiado papel por todas partes.

Los manuscritos del viejo profesor Don Carlos Ramírez aparecieron enseguida. Llevaban allí cerca de un mes, desde que fue evidente que Don Carlos no se recuperaría de la embolia que le dejó caído tras la mesa de su despacho durante varias horas. Unas tres, calculamos, para cuando Rosario, la mujer de la limpieza, lo encontró. Nosotros acudimos al oír sus gritos y avisamos a una ambulancia que lo trasladó al Hospital Central, donde estaba en coma desde entonces.



... Don Carlos no se recuperaría de la embolia ...

El despacho fue ocupado por Jorge Medina poco después de que los médicos certificaran que Don Carlos no volvería a trabajar nunca más. Medina no pertenecía a nuestro departamento, pero la escasez de espacio en el Instituto de Estudios Teóricos y Experimentales le había relegado a un oscuro rincón del sótano, al lado del licuefactor de Nitrógeno, a pesar de que había pasado con éxito el concurso y pertenecía a la plantilla fija del Instituto desde hacía más de catorce meses. Esta crónica falta de espacio y medios era uno de los motivos por los que el Instituto de Estudios Teóricos y Experimentales (IETE) era más conocido entre los estudiantes de postgrado como el DIENTE (Desastre de Instituto de Estudios Ni Teóricos ni Experimentales)

Así que, en cuanto Medina se enteró de la triste noticia, no dudó en abordar al Doctor Hellín, a la sazón director del Instituto, y acosarle hasta conseguir el despacho de Don Carlos. La mayor parte de los libros, artículos, tesis doctorales, que había en el despacho fueron trasladados a la biblioteca, donde probablemente no los leerá nunca nadie, pues estaban en alemán, ya que databan de la época en que Don Carlos había trabajado en Gottinga, al acabar la Segunda Guerra Mundial. Don Carlos había vuelto a trabajar con aquella documentación al pasar a Profesor Emérito, cuando cumplió los setenta años y hubo de abandonar la docencia, así como las tareas administrativas de la dirección del Instituto que ocupaban su tiempo con anterioridad, y recluirse en el pequeño despacho del ala sur, que es donde sufrió la embolia.

Su sobrina Doña Laura (Don Carlos no tenía otro pariente conocido para nosotros y ni siquiera estaba claro que ella fuese realmente su sobrina) se hizo cargo del crucifijo y del juego de escritorio, que eran los únicos objetos personales de Don Carlos. Yo me hice cargo de tres cajas de papeles manuscritos pues había sido su colaborador más cercano. Como tampoco había sitio en mi despacho del Instituto, que era muy pequeño y compartía con Raúl, me los llevé a casa y tuve que disimularlas y medio esconderlas ante las protestas de mi mujer. Aunque les

había echado un vistazo, en un primer momento no les presté mucha atención. Estaba muy atareado para tratar de descifrar la letra temblorosa del viejo profesor. Pero aquella tarde sí le dediqué un poco más de atención. La mayor parte eran notas escritas en hojas sueltas, bastante desordenadas, como si se tratara de apuntes tomados mientras se repasa una lección, para fijar ideas. Sin embargo había tres cuadernos bien organizados con ecuaciones y esquemas de aparatos que se referían a investigaciones sobre el efecto de los campos magnéticos en plantas y animales. El tema me pareció más propio de antiguos alquimistas o de charlatanes y visionarios, que de científicos como nosotros. Leyendo con más atención encontré que había referencias veladas a trabajos de científicos nazis durante la guerra, más de cincuenta años antes.

Por la noche dormí mal, inquieto y agitado, me desperté multitud de veces. A la mañana siguiente me llevé los cuadernos al Instituto. No sé por qué razón no quería separarme de ellos. Desde entonces los llevaba conmigo a todas partes, en mi portafolio. Pasaba todo el tiempo que no tenía estrictamente comprometido con mis clases, reuniones y elaboración de informes, leyendo y descifrando los manuscritos. Tuve que ordenar los apuntes de Don Carlos, aquellos que estaban en hojas sueltas, para poder seguir los razonamientos de los cuadernos. Todos ellos estaban escritos en un lenguaje muy alejado de los estándares académicos actuales. Se mezclaban reflexiones personales, filosóficas y morales, citas de autores clásicos, poetas, santos, etc. con teorías científicas. Estas últimas, sin embargo, no habían dejado rastro en la literatura especializada. Durante dos semanas hurgué en las bases de datos para encontrar alguna cita relacionada, ¡pero no había nada!. En ninguna parte aparecían las entradas de *magnetodifusión dendrítica*, o *lamelar*, *magnetoforesis* o *magnetoviscosidad*, por citar algunas. Sin embargo Don Carlos había utilizado estos conceptos, y otros no menos desconocidos, en ecuaciones cuya solución, al parecer, podía predecir características del desarrollo de embriones o cambios en individuos ya desarrollados, por efecto de ciertos

campos magnéticos. El origen de sus estudios se remontaba a las publicaciones de A.G. Gurwitsch, como el conocido estudio: *Das Problem der Zellteilung* (El Problema de la división celular), publicado en 1926, aunque luego Gurwitsch había sido fuertemente contestado y ha desaparecido definitivamente de las referencias científicas.

Raúl, mi compañero de despacho, empezó a llamarme la atención:

- Oye, te convendría saber que Miriam ha empezado a quejarse de que no le prestas mucha atención. Tienes unos resultados suyos encima de tu mesa desde hace más de dos semanas sin mirarlos, y a la pobre chica se le está acabando el plazo para presentar su resumen de investigación del semestre.

- Bueno Raúl, en realidad ya le dije a Miriam que repitiera los espectros. Estos son muy ruidosos y no es posible interpretar nada.

- ¿Ruidosos?, tú si que tienes ruidos. Mira hombre, deja ya de dar vueltas a los escritos esos que te están obsesionando. Además, por lo que me has comentado, me parece que ya antes de que le diera la embolia, a Don Carlos le faltaba el riego cerebral. ¡Ya era muy mayor!

Aquella tarde que no volví al Laboratorio algo había cambiado irremediablemente en mi vida. ¡Era evidente!. Me deshice como pude de la regañina de Raúl, escribí un par de obviedades sobre los espectros de Miriam, para contentarla, y me largué. En un bar de carretera, camino de casa, y agarrado a una copa, tomé una decisión. A la mañana siguiente traspasé la dirección del trabajo de Miriam a Raúl, que protestó un poco al principio pero acabó aceptando encantado, y me fui a ver al director del Instituto, el Doctor Hellín:

- Señor director- le dije- necesito un laboratorio privado para poner en práctica las ideas del Profesor Don Carlos Ramírez. Creo que nuestro Instituto le debe mucho y qué mejor que desarrollar sus ideas antes de que muera, lo que puede suceder en cualquier momento.

Efectivamente Don Carlos yacía en coma, insensible, desde el día de su embolia.

Era prácticamente un vegetal. Yo le visité un par de veces al principio, pero no tenía mucho sentido continuar visitando aquél cuerpo inmóvil, ciego y sordo.

Mi petición Debió pillar por sorpresa al Doctor Hellín pues se limitó a balbucir alguna excusa sobre la falta de espacio, con poca convicción.

- No hay problema - le espeté - El hueco que ocupaba Medina sigue aún libre y, aunque es pequeño, ruidoso y mal ventilado, será suficiente por ahora. Si no tiene inconveniente lo ocuparé de inmediato.

No podía negarse, así que me instalé junto al ruidoso y traqueteante licuefactor de Nitrógeno. Entonces comprendí el ansia de Medina por abandonar aquel local. Sin embargo estas dificultades no eran, por el momento, un obstáculo para mi entusiasmo:

- ¡Bien!, me dije. ¡Manos a la obra!

CAPITULO II

*T*uve suerte y conseguí reunir el material necesario rápidamente, de forma que estaba listo para comenzar los experimentos en tres días. Para empezar elegí guisantes, pues era temporada, y huevos de codorniz. Ambos tenían el tamaño adecuado para las bobinas de campo magnético de que disponía. Los primeros ensayos fueron descorazonadores: no sucedía nada!. Los análisis más sensibles no detectaban ninguna diferencia entre los especímenes sometidos al campo y los del grupo de control.

Repasé los manuscritos una y otra vez, tratando de encontrar algún error, pero sin éxito. Decidí aumentar la intensidad del campo magnético y pude conseguir un electroimán adecuado que me permitía usar campos cien veces más intensos. Entonces empezaron a manifestarse las diferencias. En una semana los guisantes sometidos al campo magnético estaban aún frescos, e incluso algunos empezaron a germinar, mientras los del grupo de control se habían secado todos. Entre los huevos algunos habían empezado a desarrollar embriones a pesar de la frialdad del sótano. Introduje algunos gusanos de seda y la metamorfosis fue rapidísima. Apenas tardaron 36 horas en transformarse y salir volando como mariposas. Inmediatamente envié una nota corta al *Journal of Bioelectromagnetics* titulada "Magnetic Metamorphosis", pero fue rechazada a vuelta de correo (electrónico) con un comentario del editor diciendo que era basura sin contrastar y que su revista no publicaba esas cosas.

No comenté nada con Raúl y contesté con evasivas al director cuando me interrogó sobre la marcha de las experiencias. Lo guardé todo en secreto, sin comentarlo con nadie. En realidad prácticamente no me relacionaba con nadie en aquella época. Vivía por y para los experimentos. Quizá por eso no me sorprendió mucho la demanda de divorcio de mi esposa. No es que la estuviera esperando,

claro, pero la verdad es que tampoco me importó. Pensando un poco me di cuenta de que el divorcio se había ido gestando ante mis ojos, aunque yo permanecía ciego para todo lo que no fuera mi trabajo, que era ya obsesivo. Recordé las cenas en que me enfrascaba en los manuscritos y no cruzábamos una sola palabra, los intentos de mi mujer por entablar una conversación que yo abortaba con mi urgencia por terminar el trabajo que tenía entre manos en ese momento. Recordé los sollozos apagados en el dormitorio mientras yo seguía con los manuscritos de Don Carlos en el sofá del salón, donde me acababa quedando dormido finalmente. También fui consciente, al pensar en ello, de sus mutismos últimos, de sus pies arrastrándose por la casa durante las últimas semanas, pero no le había prestado importancia mientras sucedía y no me importó tampoco cuando estalló.

Bueno, la verdad es que este asunto del divorcio iba a ser un fastidio. Había que discutir con abogados, rellenar papeles, incluso discutir con detalle con qué se quedaba cada uno, aunque lo que había que repartir no era mucho. En fin, un engorro. No podía perder tiempo ahora, me dije, así que llamé a mi cuñado. No me sentía con fuerzas para volver a casa aquella noche, después de recibir la notificación del abogado en el Instituto. Mi cuñado me trajo algo de ropa y mis enseres personales a un hotelucho de carretera en las afueras. El hombre estaba totalmente hundido. Su hermana, me dijo, tampoco había podido seguir en nuestra casa y estaba durmiendo con ellos. Traté de disculparme y le pedí que intercediera ante ella para dejar en suspenso la demanda y que nos diéramos un poco de tiempo para analizar, por separado si le parecía mejor, los acontecimientos recientes. Prometí cambiar, dedicar más tiempo a mi vida familiar y todo eso. Él dijo que haría lo que estuviera en su mano para ayudarnos y nos despedimos.

A la mañana siguiente, en el Instituto, me enteré de que el licuefactor había tenido una avería y estaría parado un par de días mientras duraba la reparación. Agradecí la avería que me libraría, aunque fuera por poco tiempo, del ruido y la

vibración del incansable licuefactor. Durante toda la mañana estuve ocupado repasando los datos de los experimentos del día anterior, pero para el mediodía era evidente que algo iba mal. Para cuando abandoné el Instituto por la noche, el experimento era un desastre. Los guisantes antes tersos y brillantes, se veían aún más arrugados y macilentos que los del grupo de control. Los embriones que habían empezado a desarrollarse en los huevos de codorniz estaban todos muertos. La cáscara de uno de los huevos, anormalmente delgada, cedió mientras lo estaba manipulando, extendiendo un hedor insoportable por el exiguo laboratorio.

-¡Maldita sea!- me dije-¡todas las desgracias juntas!

Recorrí el Instituto interrogando a todo el mundo:

-Oye, ¿habéis notado algo raro hoy?¿algo fuera de lo normal? ¿no habéis tenido más fallos que de costumbre?¿resultados extraños?

- ¿A qué te refieres?- me contestaban- ¿qué quieres decir?

Nadie había notado nada, salvo quizá mi nerviosismo e impaciencia.

- Anda, déjate de milongas y vamos a tomar unas cervezas que es viernes y te veo muy tenso - me soltó Raúl, mi compañero de despacho, cuando le abordé.

No sé cómo acabamos trasegando cerveza tras cerveza en un antro de luces mortecinas y atmósfera espesa. Al ir relajando poco a poco la tensión, ayudado por el alcohol, bajé la guardia y acabé contándole lo de mi divorcio. Aquello le enardecíó. Inmediatamente cambió la cerveza por whisky. Se excitó aún más, claro. Al final, y tras declarar que él también iba a divorciarse en solidaridad conmigo, tuve que meterle en un taxi y enviarle a casa.

Yo volví al Instituto, arrepentido de mi indiscreción por haber desvelado el asunto de mi divorcio, pero al menos no había dejado trascender nada de cómo iban mis experimentos. Bastante duro sería que el lunes todo el mundo estuviera enterado de mi fracaso matrimonial, como para soportar además las chanzas sobre el fracaso de mis experimentos. El fin de semana fue horroroso. Repasé

convulsivamente todos los detalles de los experimentos tratando de descubrir el posible fallo. Agoté los refrescos y las patatas fritas de la máquina del vestíbulo. El domingo por la tarde, después de haberme rendido a la evidencia del fracaso, me fui al hotelucho donde me alojaba, forzado también por el vigilante, que me veía al borde del colapso y llamó un taxi sin consultarme. Dormí 16 horas seguidas entre sudores y pesadillas y volví al Instituto el lunes por la tarde, cuando ya casi todos se habían marchado a sus casas. Antes de abandonar el laboratorio, había dejado una nota a Raúl diciéndole que no acudiría el lunes y que, por favor, no comentara con nadie nuestra conversación del viernes por la noche. Esta parte no surtió mucho efecto, como había temido, pues algunos de los rezagados que me crucé en el aparcamiento me saludaban compungidos y alguno llegó a darme unas palmaditas en la espalda.

En el laboratorio me encontré una sorpresa, pues los especímenes que no se habían echado a perder definitivamente habían recuperado su buen aspecto anterior. La habitación, por otra parte estaba limpia. Comprobé efectivamente que habían vaciado el contenedor de desechos y quitado el polvo, probablemente aprovechando mi ausencia durante el día. Al principio no me di cuenta, pero luego puede reconocer otra novedad. El licuefactor estaba de nuevo en marcha y su molesto ronroneo y vibración eran las únicas y desagradables sensaciones externas que se podían percibir en el sótano. Pasé casi toda la noche revisando los instrumentos y a los apuntes de días anteriores sin encontrar nada significativo. Al amanecer me dolía la cabeza por la falta de sueño, la concentración que había mantenido y el ruido y la vibración del licuefactor que había soportado toda la noche.

Me fui al hotelucho a ducharme y cambiarme de camisa pues tenía una cita con mi abogado para repasar las condiciones económicas de mi divorcio. El asunto se presentaba mal. El sueldo del Instituto no permitía muchas fantasías. No habíamos terminado de pagar la casa donde vivíamos y el gasto de la hipoteca era una carga

importante a la que había que hacer frente cada mes. Mi mujer no trabajaba, así que no podría pagar la hipoteca y yo, si tenía que pagar además otro alojamiento, tampoco. Y si no pagaba nadie, acabaríamos perdiendo la casa. La demanda de mi mujer proponía quedarse ella con toda la casa y renunciar a cualquier otra reclamación posible. Su intención era, por supuesto, venderla. Además quería que yo siguiese pagando la hipoteca hasta que la casa se vendiera. A cambio me permitía vivir en ella durante ese tiempo. Esta propuesta era excesiva en principio, pues solamente le correspondería la mitad de lo que teníamos de la casa y de lo que teníamos en el banco, que era muy poco, mucho menos que la mitad de lo pagado por la casa. El abogado sin embargo me indicó que mi mujer debía estar bastante dolida por mi falta de respuesta cuando trató de que lo discutiéramos directamente, antes de ir a ningún abogado, y de lo poco que había durado mi promesa hecha a su hermano de disculparme y tratar de reconducir el asunto, cosa que no había hecho, desde luego. En estas circunstancias, me dijo el abogado, podría alegar maltrato moral y desprecio de compromisos y yo perdería cualquier juicio, por lo que me aconsejaba aceptar. Así que acepté, firmé los papeles de la cesión y salí desanimado. No tenía muchas opciones. La de volver a mi antigua casa era realmente poco apetecible, pero continuar en el hotelucho en que me alojaba provisionalmente era insostenible.

Al salir a la calle me di de bruces con doña Laura, la sobrina de Don Carlos. Me invitó a un café. Estaba enterada de mis experimentos, que continuaban los de su tío. También estaba enterada de mi divorcio. Incluso parecía enterada de lo que acababa de firmar en el despacho de mi abogado. No se cómo, pero de pronto me encontré contándole todo lo que me preocupaba, desde los extraños cambios en mis experimentos hasta mis problemas de alojamiento. Sin dudarle un instante me ofreció una habitación en su casa, que fue también la de Don Carlos. Tampoco sé muy bien cómo ni por qué acepté enseguida. Al día siguiente me mudé con casi todas mis pertenencias. El resto lo entregué al Ejército de Salvación

INFORME N° 1 Expediente 203/34/05

Asunto: Búsqueda de Don Miguel Mendoza, investigador de plantilla del Instituto de Investigación (IETE).

Documento: 203/34/05/1 de 18 de septiembre

Informe de: Inspector de primera D. Cándido Laguardia

Para: Comisario General del distrito N° 3: D. Jorge Lamensa,

Antecedentes: A raíz de la denuncia por desaparición de D. Miguel Mendoza (en adelante MM) que presentó D^a Amelia Fernández de Castro, su mujer aunque en trámite de divorcio, motivada por su incomparecencia en la vista de divorcio fijada para el miércoles 16 de septiembre, se encomendó el caso al sargento Félix Mascaró, quien inició la búsqueda de MM en hospitales, asilos, y ficheros policiales, con extraños resultados.

En primer lugar consta un interrogatorio practicado hace solamente una semana sobre las posibles causas de un incendio en el taller "Electrónica Alfonso", con resultado de dos muertes por asfixia. Según consta, MM tenía encargados ciertos aparatos en dicho taller que podrían haber producido o contribuido a producir el incendio. El interrogatorio, sin embargo, fue de poca utilidad para dilucidar la causa del incendio y el expediente está en este momento en punto muerto. La declaración de accidente fortuito parecía la conclusión más razonable, pero la compañía de seguros del taller ha interpuesto diversas peticiones para que se siga investigando antes de cerrar el expediente. Éste sigue por tanto abierto, aunque sin actividad.

Se encontró asimismo un aviso de búsqueda de MM por parte del forense del distrito 3, a instancias del Director médico del Hospital Central, Dr. Anselmo Ridruejo, para esclarecer las circunstancias de un tratamiento por campos electromagnéticos

en el proceso comatoso que presentaba el Profesor Don Carlos Ramírez desde hacía más de cuatro meses, producido por una embolia cerebral ocurrida el 11 de Mayo del año en curso. El Dr. Anselmo Ridruejo había dado cuenta de este hecho al forense, que abrió una diligencia y requirió la presencia como testigo de MM, antiguo colaborador del Profesor Don Carlos Ramírez, por haber sido precisamente éste quién había sometido al profesor al mencionado tratamiento con campos electromagnéticos en fechas muy cercanas. Sin embargo fue imposible conseguir la presencia de MM en la oficina del forense para declarar, por desconocer su dirección actual y haber dejado de asistir a su trabajo en el Instituto de Estudios (IETE).

Actuaciones: Habida cuenta de la concurrencia de varios expedientes activos relacionados con MM, además de la denuncia de desaparición, parece conveniente intensificar las diligencias para localizar al mencionado MM. Por tanto, se ha dado traslado a todas las comisarías del distrito de una orden de búsqueda, con indicación de reportar al sujeto a nuestra comisaría si dan con él. Se incluye también la orden de búsqueda en el recordatorio general de la policía estatal.

Propuesta: En cuanto a nuestra comisaría, como depositaria de la primera denuncia de desaparición de MM, propongo al Sr. Comisario que se dedique un equipo a la localización del susodicho MM a través de interrogatorios a las personas que hayan estado en contacto con él en fechas recientes. Si el Sr. Comisario no tiene inconveniente, sugiero que se asignen al caso al subinspector D. Jenaro Luque y al sargento Félix Mascaró, con nivel de prioridad 2 y con indicación de informarme diariamente del desarrollo de sus pesquisas.

Lo que comunico al Sr. Comisario para su aprobación, y por si

tuviera a bien encargar otras diligencias o actuaciones de cualquier índole tendentes a acelerar la investigación en curso.

Anexo: Orden de adscripción de personal y medios al expediente 203/34/05 para su aprobación por parte del Sr. Comisario.

CAPITULO III

*L*a casa de doña Laura era muy grande, con dos salones, tres baños y cinco dormitorios. El de Don Carlos tenía además un gabinete adjunto lleno de libros polvorientos y aparatos con los que al parecer realizaba experimentos en su casa.

Me instalé en el dormitorio de Don Carlos y empecé a estudiar sus documentos y aparatos. Doña Laura parecía feliz con esta situación y velaba porque nada me faltase y mi trabajo no fuese interrumpido. La casa estaba siempre en silencio y penumbra, guardada por una anciana sirvienta y por la propia doña Laura que se desplazaban por ella sigilosamente.

Aunque siempre le habíamos aplicado el tratamiento de "doña", Doña Laura en realidad podía ser más joven que yo y era bastante atractiva, pero vestía siempre de oscuro, a la antigua, como fuera del tiempo, con un estilo romántico que incluía un exceso de cintas y encajes, aunque no era fácil decir exactamente de qué época provenía.

Sus amigos eran todos mayores, de la edad de Don Carlos y se veían siempre de noche, después de cenar, cuando se enzarzaban en tertulias interminables, que acababan casi de madrugada. Ella misma no salía de casa hasta el atardecer, cuando la luz del sol ya declinaba y a veces pasaba toda la noche fuera, quizá en alguna de esas tertulias inacabables.

Yo asistí a pocas de dichas veladas. Solamente en dos o tres ocasiones, Doña Laura mandó llamarme para presentarme algunos de los amigos de Don Carlos. El principal de ellos, que estuvo presente en todas estas ocasiones, era el Doctor Lallana, médico retirado que parecía extraído de un grabado del Siglo XIX. Vestía siempre levita negra, camisa de cuello alto y almidonado, sombrero y bastón. Su porte hubiera despertado sin duda curiosidad por las calles de la ciudad, pero siempre se trasladaba en un pesado y potente automóvil de lunas tintadas, guiado por un peculiar chofer. Este último era completamente silencioso. Yo nunca le oí

una sola palabra, tanto que pensé que podía ser mudo. Era de gestos lentos y parsimoniosos, lo que contrastaba con un aspecto general nervioso, tenso diría yo. Era extremadamente delgado y parecía flotar en el interior de su impecable traje azul que le quedaba muy flojo, como si hubiese adelgazado de repente. Más inquietante aún era la sensación que daba de tener el cuerpo tatuado por completo, pues se adivinaba una filigrana de retorcidas lenguas negras a ambos lados del cuello, internándose bajo su encanecido pelo, y también en el escaso espacio libre, rara vez visible, situado entre los immaculados puños de su camisa y los guantes de cuero que llevaba siempre puestos. El chofer permanecía siempre en pié en una esquina del salón mientras el Doctor Lallana estaba sentado. Cuando llegaba la hora de despedirse, el chofer se apresuraba e iba abriendo las puertas de la casa delante del doctor, como si temiera que alguien estuviese acechando tras ellas.



... un peculiar chofer ...

Mi vida en la casa era placentera y ordenada, incluso diría que feliz, salvo quizá por "el sueño". Era una auténtica pesadilla. No porque fuese excesivamente angustioso o terrorífico, que lo era en cierta medida, sino por lo recurrente. Se repetía prácticamente todas las noches:

Oficiantes con largas túnicas danzan al son de timbales y chirimías alrededor de un fuego central. La piedra negra, ¿un meteorito?, está en un alto, sobre gradas con escalones. Al principio los oficiantes dirigen su vista hacia la piedra, llevan tiaras con múltiples coronas y collares metálicos de oro o cobre, que brillan a la luz del fuego central, también van cubiertos con máscaras metálicas doradas que les cubren los ojos y parte de la cara.

Yo aparezco en medio de ellos sentado en el suelo, semidesnudo. Ellos van acercándose cerrando el círculo, se inclinan hacia mí amenazantes, se acercan, se acercan...

Entonces me despierto sobresaltado, con un leve zumbido en los oídos, que no distingo si es un ruido real de la casa o una alucinación auditiva, restos de la excitación producida por el sueño.

Algunas veces me quedo tan inquieto que no consigo conciliar el sueño de nuevo y vago por la casa a oscuras, tratando de localizar la fuente del zumbido, sin éxito.

Un par de veces la criada de Doña Laura me ha encontrado en la penumbra y me ha empujado suave pero insistentemente a mi habitación de nuevo. A mis preguntas por el zumbido se muestra vaga y tranquilizadora, como condescendiendo con un niño o un loco, mientras me lleva suavemente a mi habitación. No he conseguido sacarle absolutamente ninguna información ni sobre el zumbido ni sobre ningún otro aspecto de la vida en esa casa.

Los desayunos son espléndidos y siempre coincido en ellos con Doña Laura que me anima a trabajar:

- Era usted el discípulo preferido de Don Carlos - me decía - Él me lo comentaba

a menudo y tenía muchas esperanzas puestas en su carrera como investigador.

- Don Carlos era un gran científico y un gran hombre, me honraba con su amistad - contestaba yo - por lo que le estoy muy agradecido, como a usted por acogerme.

- Como continuador de sus experimentos - proseguía - que sin duda son de gran interés para la humanidad, según comentaba a menudo Don Carlos, es un placer contribuir a su bienestar y facilitar su trabajo en todo lo que sea posible.

De vuelta al Instituto, con una vida más ordenada, horarios casi normales y cierta dedicación a mis tareas institucionales, previamente abandonadas, tuve tiempo para trabajar en los escritos de Miriam sobre su tema de investigación, pues estaba a punto de terminar su memoria de Master. Raúl me comentó que estaba encantado con lo bien que trabajaba y lo perspicaz que era para encontrar correlaciones de hechos y resultados cruzados. Le agradecí mucho el trabajo que se había tomado con ella, pero me dijo que era al revés, pues era él quien tenía que agradecerme el traspaso de la estudiante, una de las más brillantes que había tenido nunca. Los trabajos anteriores conmigo y los realizados junto a Raúl culminaron en la preparación de un artículo para una revista científica que firmaríamos los tres.

Miriam, a la que volvía a ver ahora con cierta asiduidad, me resultó muy atractiva, cosa que no me habría ni imaginado. Aunque no especialmente agraciada de cara, su figura era delicada y sus movimientos graciosos y sugerentes, casi voluptuosos, despertando en mí deseos que no había sentido anteriormente. Cosas de la estación, me dije. El verano es siempre propicio a estos sentimientos y deseos.

Noticia a los hermanos

Deseados hermanos del círculo séxtuple.

Os puedo comunicar noticias alentadoras respecto a la reconducción del estado del Artífice del Mecanismo, a través del plan de emergencia diseñado por el propio Artífice.

El Mediador Mental durmiente ha sido despertado y su tarea de reproducir los mecanismos de tránsito con ayuda del instrumental diseñado por el Artífice, ha comenzado bajo la supervisión directa de la adepta número Ocho, la Vigilante de la Noche, y de mí mismo, pues la situación requiere una vigilancia extrema al ser el Mediador totalmente ignorante de nuestros planes respecto de él y de su tarea.

Os tendré al corriente de los avances de la situación en cuanto se produzcan.

Vuestro

El Operador Primordial Benevolente

Perseverar por siempre

CAPITULO IV

*A*ntes de su embolia, Don Carlos experimentaba al parecer en casa, donde guardaba aparatos más sofisticados que cualquier otro que hubiera yo visto en el Instituto. El gabinete era una mezcla entre biblioteca y cuarto de control electrónico. En él había generadores de señales, medidores de corriente y voltaje, analizadores de frecuencias y cualquier otra cosa que se pudiera imaginar. Todo de última generación.

También estaban sus escritos más recientes, con una letra muy cuidada y con dibujos a lápiz de los circuitos y piezas mecánicas. La bibliografía que manejaba era recientísima, aunque no del todo ortodoxa. Nuevas teorías sobre la excitación magnética de biomoléculas ocupaban cuadernos enteros. Cabía destacar los comentarios sobre algunas publicaciones, poco accesibles en los circuitos académicos, que trataban acerca de nuevos mecanismos de interacción del campo magnético con las moléculas. Mecanismos como el propuesto por el Doctor Da Silva, de Guimarães, invocando el super-diamagnetismo de los lípidos de las membranas plasmáticas, que excitados en campos de pequeñísima magnitud, pero de frecuencia correcta, podían dar lugar a una "explosión coulombiana" a nivel local modificando la permeabilidad de dichas membranas. Estos trabajos al parecer estaban publicados exclusivamente en portugués en los "Relatórios da Universidade do Minho". También estaban los tratados del Profesor Minako, de la Universidad de Tohoku, publicados en una rara revista china de acupuntura, aunque esta vez en inglés, sobre los efectos de campos magnéticos con ciertas frecuencias muy precisas (frecuencias de resonancia ciclotrón) en la conductividad protónica del agua y su influencia en el crecimiento y desarrollo biológico. Tanto el super-diamagnetismo como la "magneto-protónica" predecían o, mejor dicho trataban de explicar, resultados experimentales en que se observaban aumentos

excepcionales del metabolismo, lo que conllevaba la potenciación de la actividad fisiológica general y neuronal en particular.

Traté de localizar "*O efeito dos fluxos magneticos na permeabilidade da cito-membrana*" del Dr. Da Silva, pero los "Relatórios da Unversidade do Minho" no estaban en la biblioteca del Instituto, ni se podía acceder a ellos a través de la red. Tampoco localicé ninguna página personal del Dr. Da Silva, ni siquiera su correo electrónico. El teléfono que figuraba en el directorio de la Universidade do Minho parecía desconectado y no logré hacerme entender en la centralita de la Universidad para poder siquiera contactar con el Dr. Da Silva o acceder a los "Relatorios".

Algo parecido sucedió con "*Cyclotron resonance and proton conductivity under low intensity magnetic field in de-ionized water: the basis for animal and vegetal development*" del Prof. Minako, publicado en "Acupuncture and oriental medicine reviews", revista editada en Shangai pero de imposible acceso fuera de China y quizá Japón. Tampoco figuraba ningún Prof. Minako en el directorio de la Universidad de Tohoku. Si que conseguí, sin embargo, hablar con alguien en la Universidad, que me comentó cómo el Profesor Minako se había jubilado hacía ya más de tres años y, aunque podía seguir usando la biblioteca y otras instalaciones de la Universidad, no tenía despacho ni teléfono donde contactar con él. Claro que inmediatamente pregunté por un correo electrónico, pero me dijeron que no podía conservar el de la Universidad y no sabían si tendría alguno particular ni pudieron proporcionarme sus señas actuales.

Uno de los dispositivos más curiosos descritos en las notas de Don Carlos era el llamado "casco de Dios" o mejor el "casco de Koren", pues había sido construido por Stanley Koren, técnico del Departamento de Neurociencias, en la Laurentian University (o Université Laurentienne) de Ontario. El diseño correspondía al Dr. Persinger, director del Departamento. Consistía en un casco de motocicleta con unas bobinas adosadas que estaban situadas a ambos lados y por las que circulaban

corrientes eléctricas, produciendo campos magnéticos en los lóbulos temporales de quién usaba el casco. Las sesiones se realizaban en cámaras acústicas completamente silenciosas, para evitar interferencias sonoras, pues es bien sabido que una gran parte de la actividad de los lóbulos temporales está dedicada al procesamiento de señales auditivas. También parece que los lóbulos temporales son la fuente de las experiencias místicas y religiosas, por lo que el casco de Koren se utilizó para investigar el papel del cerebro en dichas experiencias. Al parecer un periodista empezó a llamarlo "casco de Dios" al enterarse de que algunos sujetos tenían visiones de Dios cuando participaban en estos experimentos. El nombre cuajó, aunque es indudablemente exagerado.

Don Carlos había tratado de reproducir el casco de Koren a su manera, y había producido un gorro de cuero con unas bobinas adosadas que quedaban colocadas sobre los lóbulos temporales y frontales del cerebro, aunque no podía comprender cómo había logrado construirlo pues no había ningún taller en la casa y no me constaba que hubiese utilizado el del Instituto. Trabajé intensamente en reproducir el sistema de esquemas y circuitos eléctricos y electrónicos en el casco de Don Carlos, que estaba inacabado. Los ajustes mecánicos no eran muy complicados, pero la electrónica se me daba mal, y era sin duda la parte más importante. El punto más delicado en todos los escritos parecía ser el ajuste de las formas de onda y frecuencias de excitación para conseguir una estimulación adecuada. Este era al parecer el origen de los resultados discrepantes que se encontraban en las publicaciones accesibles y que habían desacreditado el uso de tal casco.

Recurrí a Raúl, que tenía formación de ingeniero y había diseñado en tiempos algunos circuitos de medida.

Al solicitar su ayuda, le pedí que fuese discreto, pues ya empezaban a correr algunos comentarios maliciosos relativos a mi "aberrante" línea de investigación. Yo tenía ya cierto complejo de conspirador, por llevar con tanto sigilo mis experimentos, pero él me alarmó más al contarme cómo había comenzado el rumor

sobre lo extraño de mis investigaciones.

- Una tarde que tú no estabas, aparecieron dos tipos bastante curiosos, preguntando por ti y queriendo ver el laboratorio, aunque no lo consiguieron.

- ¡Ah! pues qué extraño. Nadie me había contactado para nada de eso - respondí.

- Precisamente ese es el misterio. No se sabe cómo entraron ni cómo se fueron. Ni siquiera se dirigieron al conserje o a algún colega, ni se acercaron a tu despacho, donde me hubieran encontrado a mí. Abordaron directamente a la señora de la limpieza, tratando de conseguir la llave maestra y asándole a preguntas sobre lo que tenías dentro del laboratorio.

- ¿Y ella qué hizo?

- Pues se zafó como pudo y avisó al Director, pero para cuando éste salió a ver qué pasaba, los dos tipos habían desaparecido. A decir verdad solamente llegó a verlos Rosario, la señora de la limpieza, y la pobre estaba bastante asustada, por lo que no pudo dar muchos detalles.

- ¿Y se sabe cómo eran?

- No se sabe mucho, no. Al parecer eran bastante mayores, más cerca de los 70 que de los 60 años. Uno de ellos llevaba un bastón, pero no parecía necesitarlo para andar. Además tenía la empuñadura metálica, de plata quizá, lo que le daba un cierto aire anacrónico.

- ¿Y cómo es que nadie me lo dijo antes? - comenté.

- No es tan raro si se tiene en cuenta tu horario. La verdad es que yo casi ni te veo y el Director menos. En cuanto a Rosario, lleva de baja toda semana, seguramente por el susto del encuentro de marras. Los demás se limitan a cuchichear a tu paso, pero no te comentarían nada directamente ni por asomo.

Este relato me dejó preocupado, pero podía más mi excitación y las ganas de continuar los experimentos. Raúl me sugirió, en primera aproximación, utilizar una excitación con ruido blanco, que contiene todas las frecuencias posibles. Solamente tenía que decirle entre qué límites quería que variasen dichas

frecuencias. Estudié el caso con intensidad durante varias noches. Los días los dedicaba a aparecer por el Instituto y rellenar los aspectos más formales de mi actividad que me permitiesen seguir cobrando el sueldo cada mes. Al final me decidí por un espectro muy amplio que abarcaba desde muy bajas frecuencias, una centésima de Hertz, hasta varias decenas de Hertz.

Raúl me llevó entonces a un pequeño taller electrónico privado donde, siguiendo sus instrucciones, podrían construir el generador y un amplificador para mis experimentos. El equipo estará disponible a mediados de la semana siguiente, me dijeron.

Raúl murió aquel fin de semana en un absurdo accidente de tráfico. Un camión sin frenos le arrolló en un tramo de carretera perfectamente conocido por él, pues lo utilizaba cada semana para ir a la playa. Murió en el acto, junto a su mujer. Su hijo de 8 años que iba en el asiento trasero se salvó con graves heridas.

El conductor del camión también resultó herido y no sabía explicar lo que había pasado. Al parecer le deslumbró una luz muy intensa y perdió el control del camión, que invadió el carril opuesto sin que pudiera evitarlo al fallar los frenos. Sin embargo era muy extraño pues era un conductor experimentado y muy cuidadoso, tanto con su estado físico, como con las revisiones del camión.

El funeral fue muy emotivo. Aparte de las familias, acudió todo el Instituto y numerosos amigos de Raúl de su vida extra-profesional, así como compañeros de profesión de su mujer y amigos y amigas de ella, incluso toda la clase del colegio de Raulito, su hijo. La iglesia estaba abarrotada.

Me chocó ver a Doña Laura, con la que no había comentado más que de pasada la muerte de mi amigo, pues suponía que no se conocían. La vi de casualidad. Estaba al fondo de la iglesia, en una esquina, cubierta con una mantilla de encaje negro totalmente fuera de los usos actuales, y acompañada por uno de los amigos de Don Carlos. De hecho tampoco pude volver a casa con ella pues desapareció de repente si mediar palabra. Luego me comentó que tenía un compromiso y no había

podido quedarse hasta el final, pero que había decidido asistir al verme tan apenado por la pérdida de mi amigo.

El que sí me contactó a la salida del funeral fue el Director del Instituto, Dr. Hellín, quién me sugirió que ordenase los asuntos de Raúl y escribiese su obituario para la Gaceta Científica.

Aquel mismo día recluté a Miriam para ayudarme con mis experimentos.

INFORME Nº 2 Expediente 203/34/05

Asunto: Búsqueda de Miguel Mendoza, investigador de plantilla del Instituto de Estudios (IETE).

Documento: 203/34/05/2 de 23 de septiembre

Informe de: Inspector de primera D. Cándido Laguardia

Para: Comisario General del distrito Nº 3: D. Jorge Lamensa,

Antecedentes: Documento AE 203/34/05/1 de apertura de expediente

Resumen: Se requirió la búsqueda de MM por haber sido declarado desaparecido por su mujer, que denuncia la incomparecencia en el trámite de divorcio que sigue el juzgada nº 2, y como testigo en relación con el tratamiento aplicado al Profesor Don Carlos Ramírez, investigador retirado y antiguo director del Instituto de investigaciones. Además consta un interrogatorio sobre las posibles causas de un incendio en el taller "Electrónica Alfonso". En vista de los numerosos expedientes concurrentes en MM, se ha dedicado a esta tarea al subinspector Don Jenaro Luque y al sargento Félix Mascaró, con nivel de prioridad 2.

Actuaciones: Los citados subinspector y sargento informan de que, aunque sin resultado por el momento, se han llevado acabo las siguientes diligencias:

a) Búsqueda de posibles testigos que localizaran al individuo MM en los días inmediatamente anteriores a la fecha de su desaparición, en el barrio de su anterior residencia o en otras localizaciones obtenidas por informes de gente relacionada.

b) Interrogatorio al director del Hospital Central, Dr. Anselmo Ridruejo, a tenor de la declarada actividad de MM en relación el tratamiento electromagnético de Don Carlos Ramírez.

Las pesquisas se continuarán durante la semana en curso, con nuevas entrevistas programadas y otras que vayan surgiendo, pero parece conveniente la concesión de nuevos recursos al caso por la dificultad de conseguir información. Por ello propongo bien dedicar al subinspector y el sargento a tiempo completo al caso (paso a prioridad 1) o bien asignarles un número razonable de horas extras (10-15 por semana según se justifiquen) a fin de acelerar el expediente, que si no se resuelve con cierta prontitud corre el riesgo de enquistarse y no llegar a resolverse nunca, como suele suceder con la mayor parte de los casos de desaparición. Se adjuntan los informes del subinspector.

Documento: 203/34/05/2a de 21 de septiembre

Informe de: Subinspector Don Jenaro Luque

Para: Inspector de primera Don Cándido Laguardia

Personados el sargento Félix Mascaró y yo mismo en el anterior domicilio de MM, nos recibió su mujer, aunque en trámite de divorcio, Doña Amelia Fernández de Castro.

Interrogada sobre el posible paradero de MM, cuya desaparición había denunciado, nos informa de lo siguiente:

Su total desconocimiento del paradero de su esposo, así como de su domicilio reciente, una vez abandonado el hogar conyugal.

Nos proporciona la dirección del abogado que lleva la causa del divorcio, quien tampoco pudo contactar con MM para su comparecencia en el juzgado el día de la vista del divorcio, aunque había firmado sin ninguna reticencia un acuerdo de separación de bienes dos meses antes y no había expresado en ningún momento posterior deseos de revisar dicho acuerdo o de oponerse en ninguna forma al trámite de divorcio.

No le constaba la existencia de parientes de MM, pues de hecho la única tía que le quedaba con vida en la fecha de su boda, había muerto hacía más de dos años, de avanzada edad.

No sabía dónde había trasladado las pocas pertenencias personales al abandonar el hogar común. Éstas consistían solamente en un par de maletas de ropa y tres cajas de libros y discos, que había recogido él mismo y transportado en su coche antes de entregárselo a ella posteriormente como parte de los acuerdos del divorcio. La entrega del coche se había llevado a cabo a través del abogado.

Preguntada por la causa del divorcio, por si pudiera deberse a una relación externa de MM que pudiera dar alguna pista sobre su actual paradero, nos indica lo siguiente:

El divorcio lo había desatado la total indiferencia de MM a la vida conyugal e incluso a la comunicación verbal más elemental, actitud insoportable para una mujer joven y sana como era ella misma. No había habido ninguna intervención de terceras personas ni por parte de MM ni de ella misma hasta el momento de la separación y, aunque no podía asegurarlo, no le constaba ninguna posterior.

Sí que podía asegurar la ausencia de relaciones antes de la demanda de divorcio, pues había requerido los servicios de un detective privado para averiguarlo, en un intento de comprender las causas de la actitud de MM antes de dar paso definitivo de la demanda de divorcio.

Los informes del detective privado, consultados en el momento, no aportaron ninguna dirección frecuentada o contactos personales más allá de los puramente profesionales en el Instituto.

Interrogados varios comerciantes del barrio en que vivía anteriormente MM no pudieron aportar tampoco ninguna información sobre su paradero o movimientos, pues no había vuelto a ser visto por ninguno de ellos desde que abandonara el domicilio conyugal.

Interrogado el abogado de la causa de divorcio, esta vez mediante una llamada telefónica directa, nos comunica que ha sido en todo punto imposible la localización de MM al que ha tratado de encontrar por muchos medios, a fin de poder terminar con los trámites del divorcio. Nos comunica que hasta el momento de su desaparición había conseguido contactar con él en el Instituto de Estudios Experimentales, donde trabajaba, pero no había tenido conocimiento de su domicilio, salvo una breve estancia en el hotel "Las noches de oro", inmediatamente después de abandonar su hogar anterior. Nos indica también que MM no le debe nada, al ser la provisión inicial de fondos suficiente para todo el proceso.

Aunque intentamos contactar también con el director del Instituto de Estudios, el Dr. Hellín, no ha sido posible por el momento, al encontrarse en el extranjero asistiendo a un congreso científico y no regresar hasta el viernes. La secretaria del Dr. Hellín se mostró muy amable y nos ha concertado una cita el mismo viernes, pero no tenía ningún dato concreto sobre el paradero de MM.

Documento: 203/34/05/3b de 22 de septiembre

Informe de: Subinspector D. Jenaro Luque

Para: Inspector de primera D. Cándido Laguardia

Personados el sargento Félix Mascaró y yo mismo en el Hospital Central tomamos declaración a su director el Dr.

Anselmo Ridruejo, quien nos informa de los siguientes hechos:

El Profesor Carlos Ramírez había sufrido una embolia cerebral y estaba ingresado en el hospital, en coma profundo, desde hacía varios meses, cuando se propuso un tratamiento novedoso que podría quizá sacarle de su estado.

El tratamiento en cuestión había consistido en la aplicación de campos electromagnéticos de baja intensidad, siempre dentro de la normativa existente para tales casos. Se llevó a cabo por parte del investigador MM, miembro del Instituto de Estudios y antiguo colaborador del Profesor Carlos Ramírez. Estaba además avalado por el Dr. Lallana, antiguo facultativo de este Hospital y en la actualidad médico particular del Prof. Ramírez, y contaba con la aquiescencia de la sobrina del paciente, Doña Laura de Roma.

Aunque había habido alguna mejoría tras los tratamientos y se habían constatado ligeros movimientos en una mano y la pierna del mismo lado, el Profesor Carlos Ramírez había empeorado luego rápidamente y había muerto, sin llegar a recuperar claramente la conciencia, el domingo 13 de este mes.

La muerte del Profesor Carlos Ramírez era esperable en su situación y se debió a una parada cardio-respiratoria sin que pudiera achacarse a ninguna causa externa, como así lo certificó en su momento el médico de guardia, Dr. Lucio Garraza, y corroboró la enfermera que asistió al Prof. Ramírez en sus últimos momentos.

La causa del aviso remitido al forense, que ha dado lugar a la diligencia incoada por el mismo, fue simplemente la ausencia de cualquier tipo de informe sobre el tratamiento administrado. Dicho informe estaba prescrito en el protocolo

de las intervenciones de medicina extraordinaria y alternativa, y el cuadro médico del Hospital lo había exigido expresamente para aprobar dicho tratamiento.

La situación era complicada, pues no había forma de contactar con ninguno de los personajes involucrados, ni se sabía su actual paradero, ni habían reclamado el cuerpo del Profesor Carlos Ramírez, del que al parecer se iba a hacer cargo el Instituto de Estudios, aunque aún seguía en la Morgue, después de la autopsia practicada en el Hospital y de una contra-autopsia solicitada por el forense, que confirmó en todo punto el resultado de la primera y la declaración de muerte natural.

Para mayor confusión, el material que supuestamente se había utilizado en los tratamientos, que había sido proporcionado e instalado por MM en las dependencias del Hospital y que había permanecido bajo llave durante todo el tiempo del tratamiento, unas dos semanas, había desaparecido en el momento de la muerte del Profesor Ramírez sin que nadie hubiese podido dar cuenta de cómo ni cuándo había sido trasladado dicho equipo. Las cámaras de vigilancia del Hospital no tenían ninguna grabación en que se advirtiese el traslado de dicho material, ni tampoco de los movimientos de MM en la noche anterior de la muerte del Profesor Ramírez. Y aunque en recepción aseguran que entró a una hora tardía, sobre las diez y media de la noche, y en compañía de la sobrina del Profesor Carlos Ramírez, nadie los vio salir del hospital.

CAPITULO V

A pesar del choque que había supuesto la reciente muerte de Raúl, me resultó relativamente fácil retomar el trabajo, gracias a la compañía de Miriam. Ésta se mudó precisamente a la mesa de Raúl, compartiendo el despacho conmigo. Fue una concesión del Dr. Hellín, quizá porque nos vio a ambos muy entristecidos a causa de la muerte de Raúl. Desde luego el despacho era muy pequeño, pero para Miriam supuso una gran mejora dejar el "sarcófago", como los estudiantes llamaban a la sala común que compartían en el semisótano, con pequeñas ventanas de apenas 40 centímetros de altura y situadas por encima de sus cabezas.

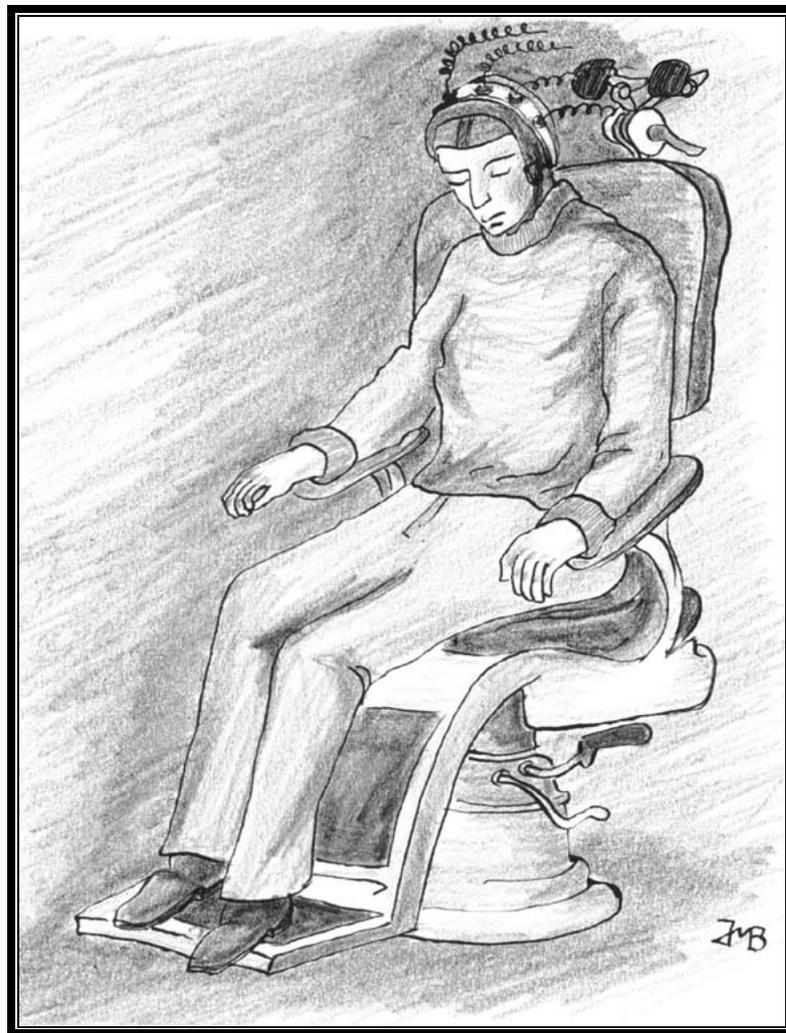
Claro que el mayor beneficio para mi ánimo vino de la intimidad que desarrollamos Miriam y yo precisamente la misma tarde del entierro de Raúl, cuando nos encontramos los dos solos volviendo del cementerio, realmente apenados y deprimidos. Yo puse mi mano sobre su hombro y la atraje hacia mí. Así caminamos lentamente un buen trecho, sin hablar. Llegamos sin darnos cuenta hasta el Campus, cerca del Instituto, donde Miriam tenía una habitación de estudiante. También sin pensarlo subimos juntos.

El sexo fue apasionado, casi violento. Miriam era bastante inexperta pero se entregó a fondo. Ambos acabamos agotados (yo más, ¡claro!) y al relajarnos rompimos a llorar y estuvimos sollozando abrazados un largo rato.

Se repitió varias tardes más, aunque no con tal intensidad, y sin tantos sollozos. Yo siempre procuraba volver a dormir a casa de Doña Laura para no hacer evidente nuestra relación, que podía ser mal interpretada, pues ella era mi alumna y yo le llevaba más de 22 años. Incluso desvelé mi mudanza a casa de Doña Laura en el Laboratorio para desviar cualquier sospecha. Hasta entonces lo había guardado en secreto pues me molestaban las posibles (bueno, ¡de posibles nada!, totalmente seguras) habladurías a las que daría lugar tal noticia. Ahora sin embargo era

precisamente una cortina de humo para ocultar mi relación con Miriam.

Miriam se incorporó decididamente a mis investigaciones, de las que le puse al día inmediatamente. Juntos modificamos el laboratorio del sótano para los nuevos experimentos con el casco de Don Carlos y la electrónica preparada al efecto en el taller que nos recomendó Raúl. Conseguimos un sillón reclinable de dentista donde se sentaba, casi tumbado, el sujeto del experimento. Los equipos electrónicos ocupaban poco espacio, pero fue necesario deshacerse del electroimán y de su fuente de alimentación para acomodarlos.



... un sillón reclinable de dentista ...

El silencio absoluto era fundamental para el desarrollo de todos estos experimentos y era muy difícil de lograr en el Instituto, y más en el sótano donde

teníamos instalado el laboratorio. La solución vino de un eliminador dinámico de ruido comercial, que contaba con unos auriculares alimentados en contrafase con una señal amplificada del ruido ambiental. Este dispositivo lo había visto en un aeropuerto donde se vendía para eliminar el zumbido de los motores y poder conciliar el sueño u oír música con cierta calidad durante el viaje.

Más difícil que la puesta a punto de la electrónica y el resto del equipo fue decidir cómo y sobre quién íbamos a trabajar con el nuevo dispositivo, que lógicamente estaba diseñado para su uso con humanos o en todo caso con monos antropoides. Trabajar con animales era impensable por la regulación administrativa e higiénica que conllevan dichos estudios, además de las cuestiones éticas casi imposibles de superar en el caso de los primates.

Los resultados anteriores con embriones animales y vegetales nos podían dar una idea de lo esperable, pues el experimento con el electroimán era prácticamente el mismo que pretendíamos ahora. Solamente que entonces la vibración del licuefactor había ido modulando el campo continuo para conseguir variaciones con las frecuencias deseadas, aunque aún no supiésemos cuáles eran. El resultado era sin duda una potenciación del metabolismo y un desarrollo acelerado incluso en condiciones muy precarias de supervivencia. Ahora podíamos experimentar con el ruido blanco y modificar su espectro para tratar de seleccionar las frecuencias más adecuadas.

Los experimentos con embriones necesitaban tanto tiempo que hubiera sido imposible seleccionar las frecuencias más eficaces. Utilizar el casco de Don Carlos y aplicar el campo a un cerebro humano, permitiría constatar los efectos de manera inmediata, si el sujeto nos podía relatar sus experiencias, y ajustar sin pérdidas de tiempo las frecuencias para potenciar el efecto. Tanto Miriam como yo nos propusimos como sujetos del experimento y nos turnamos en ellos.

Los ensayos con ruido blanco eran poco prometedores por la "mezcla de sensaciones" centradas en general en las desagradables, con náuseas y

desorientación, fosgenos y otras molestias. Esto se debía al parecer a la mezcla de frecuencias en que abundaban las de carácter negativo y era muy difícil filtrar el ruido hasta conseguir una excitación positiva.

La idea que se me ocurrió fue ajustar las frecuencias de excitación a la salida de un electroencefalógrafo conectado al mismo cerebro sobre el que aplicábamos la estimulación.

Encargamos la modificación al taller de electrónica que la tendría lista en un par de días. Entretanto Miriam me comentaba lo mucho que había disfrutado en su investigación gracias a la dedicación y entrega de Raúl y cómo estaba ahora de triste por su muerte. Entre estas confidencias se desarrollaron varias repeticiones de nuestra sesión de amor y sollozos.

Esos días precisamente llegó la aceptación de nuestro artículo con Raúl y las pruebas de imprenta. Se lo presentamos inmediatamente al director del Instituto, Dr. Hellín. Añadimos en las pruebas de imprenta una pequeña nota "in memoriam" sobre Raúl y la nota, junto a la noticia de la publicación del artículo, aparecieron en el informe trimestral del Instituto, la Gaceta Científica. Tuvimos la sensación de haber dado a Raúl una despedida digna, aunque eso no fue suficiente para disipar nuestra tristeza.

Cuando recogimos el equipo modificado ambos estábamos excitados por los resultados que obtendríamos con él y pusimos manos a la obra inmediatamente. Esta vez Miriam fue más remisa a auto-utilizarse como sujeto de experimentación, pero ayudó con entusiasmo en la tarea, e incluso probó una vez el sistema pero le resultó desagradable esta "autoestimulación recurrente", como decidimos llamarla, y prefirió no repetir. Tampoco comentó claramente lo que había sentido, pero el rechazo era evidente y no veía razón para forzarle en absoluto.

Yo por mi parte no tenía sensación desagradable alguna, sino todo lo contrario, y veía cómo desaparecía la angustia de los acontecimientos recientes, divorcio, muerte de Raúl, conforme avanzaba el experimento. Un aspecto a tener en cuenta

era el desfase de la realimentación, que podía cambiar por completo las sensaciones, induciendo prácticamente las opuestas a las de partida cuando se aplicaba la excitación en contrafase. Esto era relativamente explicable por el efecto de refuerzo de una señal aditiva (en fase) mientras las señales en contrafase tienen un efecto debilitante por ser de carácter sustractivo. El uso de desfases intermedios permitían así modular los efectos de la estimulación magnética, cubriendo amplios espectros de sensaciones inducidas. Éstas, en general, permanecían hasta mucho después de terminada la estimulación. Esto indicaba que, aparte de la estimulación directa e inmediata de ciertos impulsos neuronales, se producían también cambios metabólicos y funcionales como la secreción de neurotransmisores e incluso el desarrollo de nuevas dendritas y sinapsis en el cerebro tratado, lo que no era descabellado pensar por la extraordinaria plasticidad del mismo.

Nuestros primeros resultados podían pues calificarse de contradictorios, con sensaciones desagradables en un caso y provechosas en otro, pero estaba claro que el sistema funcionaba y habíamos conseguido algunos patrones de ondas cerebrales que podíamos calificar de perjudiciales o provechosas según los sentimientos evocados.

Realizamos algunas síntesis de ondas con componentes deducidos de los experimentos. Las frecuencias principales estaban, como era de suponer, entre las bien conocidas de las ondas delta hasta las beta, es decir entre 2 ó 3 y 40 Hz, aunque con ciertas "ventanas" que correspondían casi exactamente a una sucesión de Fibonacci cuya primera componente era de 1,33 Hz. Sin embargo, para nuestra sorpresa, había una componente muy apreciable de señales con frecuencias mucho más bajas, en el rango de las décimas de Hertz, que achacamos a las combinaciones de ondas de mayor frecuencia, por sustracción o "batido". El caso es que hicimos algunos experimentos excitando el casco solamente con estas frecuencias ultrabajas (generadas por el sintetizador de señales) con resultados espectaculares: las facultades mentales parecían estimularse de manera asombrosa

y, en lo que a mi respecta, tenía la sensación de comprender conceptos y argumentos que nunca antes había dominado. En resumen, se desataba una actividad mental frenética mientras el cuerpo permanecía relajado e inactivo.

La traza del electroencefalograma era también paradójica. Mientras que la excitación producida por el generador de señales era de bajísima frecuencia, la actividad desatada correspondía a la de las ondas beta, de la mayor frecuencia posible, y de gran amplitud. A sugerencia de Miriam, que era realmente excepcional en su capacidad de sintetizar resultados dispersos, filtramos la realimentación del electro con un filtro "pasa-baja" que eliminaba las altas frecuencias de la señal de estimulación y prescindimos del generador de señales. Este procedimiento produjo los mejores resultados en cuanto a intensidad y duración del estado de máxima capacidad mental.

Puesto que el estado inicial de relajación era bastante determinante del grado de claridad mental y de actividad cerebral desarrollada en los experimentos, pensamos en el uso de la estimulación en conjunción con benzodiazepinas (sedantes e hipnóticos) para inducir primero sueño y luego estimular. Las benzodiazepinas fueron proporcionadas por el Dr. Lallana, y procuramos mantener en secreto su uso en el Instituto. El resultado fue espectacular:

La impresión que experimentaba era que mi mente se desprendía del cuerpo y flotaba en la habitación, pero dotada una percepción visual y sonora especialmente agudas aunque el cuerpo permanecía ciego y sordo, pues también se me habían cubierto los ojos con un antifaz opaco para eliminar posibles interferencias visuales.

Tal estado de claridad y actividad mental, despegada del cuerpo, nos pareció merecedor de una denominación específica y lo designamos como estado de "supervigilia mental".

CAPITULO VI

Nada más obtener este resultado en mi propia persona lo comenté con Doña Laura, que me invitó a utilizar el estimulador con su tío.

- Mal no puede hacerle - dijo - y quizá consiga recuperarse, al menos en parte. ¿Por qué no probar?

Como único pariente vivo de Don Carlos la decisión estaba en sus manos. El "tratamiento" se consideró inocuo y fue aprobado por el consejo médico del Hospital que no tenía otra alternativa a mano para tratar a Don Carlos. Incluido en el protocolo de "*Medicina complementaria y alternativa*", el tratamiento con campos magnéticos fue admitido, pero se mantuvo en secreto pues no querían que se hiciese público por temor a una avalancha de peticiones de aplicación en otros pacientes en coma.

Para llevar a cabo el tratamiento se habilitó una sala apartada y realizamos los experimentos por la noche, cuando el hospital trabajaba a medio gas, sin gente en los pasillos ni visitantes ni enfermeros llevando camillas. En silencio y semipenumbra entrábamos por una puerta lateral y accedíamos a través de corredores al parecer en desuso, pues nunca cruzamos a nadie en ellos.

Las primeras pruebas fueron decepcionantes, no ocurría nada. La idea de ajustar las frecuencias de excitación a la salida de un electroencefalógrafo conectado al mismo cerebro sobre el que se experimenta era poco practicable en el caso de Don Carlos pues su electro era prácticamente plano. Sin embargo tenía a mano un cerebro normal que podría ser utilizado como patrón: el mío. La idea era pues estimular el cerebro inactivo de Don Carlos con señales procedentes de mi cerebro. Simultáneamente pensamos que sería bueno recibir en mi cerebro una estimulación procedente de cualquier respuesta del cerebro de Don Carlos. Con esto podíamos darnos cuenta rápidamente de cualquier progreso que se realizara en su actividad,

sin tener que analizar a posteriori las ondas de su electroencefalograma y podíamos realimentar con señales "positivas" de mi propio cerebro tal actividad incipiente

Esto requería una modificación del casco (ahora necesitábamos dos) y los electrodos, y nueva electrónica. Aunque la modificación era bastante simple, Miriam y yo discutimos la mejor forma de llevarlas a cabo y decidimos encargarla al taller de electrónica que había hecho los primeros circuitos. Alfonso, el hijo del dueño y verdadero experto, nos dijo que el trabajo era muy sencillo y podría estar hecho para el mediodía siguiente. También tenía acabado un segundo aparato que habíamos encargado como repuesto. Éste podía ser el segundo "casco" que necesitábamos ahora. Le pedimos que lo modificara también pues la antigua configuración no iba ser utilizada ya más.

Contentos con lo logrado en el día decidí invitar a Miriam a cenar en algún restaurante modesto. Como era pronto aún nos tomamos un par de tragos como aperitivo. La cena, a propuesta de ella, se desarrolló en un pequeño restaurante cercano al Campus. Mal iluminado, con velas románticas y manteles de cuadros rojos en mesas diminutas, resultó ser un sitio muy acogedor y relajante. Hablamos de tonterías ya al acabar me invitó a su habitación en el Campus. Acepté encantado. No era tarde y ambos estábamos un poco achispados y felices.

Fue una noche de amor y confidencias. Yo le conté lo de mi divorcio y el abandono en que había tenido a mi mujer en los últimos tiempos. Cómo me había absorbido por completo el trabajo y los experimentos con campos magnéticos, descuidando todo lo demás, incluida ella como estudiante a la que tenía que supervisar. Ella parecía esperar que yo contase algo más y en vista de que no era así, al final y con cautela, me empezó a contar una serie de teorías extrañísimas sobre la transmigración de las mentes y visitas de extraterrestres. Conforme hablaba se iba preocupando más y más, como si temiese algo, así que la atraje hacia mí, hicimos el amor una vez más y nos quedamos dormidos.

Por primera vez me quedé en la habitación de Miriam toda la noche, sin volver a casa de Doña Laura. A la mañana siguiente Miriam se había ido cuando yo me desperté. Al salir y cerrar de golpe sin más (como me indicaba en una nota escueta pero cariñosa) creí ver al chofer del Dr. Lallana en una esquina dos manzanas más allá, pero fue una visión fugaz, me daba el sol de frente y casi no podía distinguir nada a esa distancia.

Yo estaba feliz y radiante como hacía mucho tiempo que no lo estaba. Me fui a pasear por el parque y a disfrutar de mis sentimientos pues la mañana, otoñal y algo fría, estaba sin embargo soleada y los colores de los árboles habían empezado a amarillear lo que daba al parque una impresión de tranquilidad dorada poco común.

Recogí el instrumental modificado y duplicado al mediodía y lo llevé al Instituto. Esperaba encontrar a Miriam allí, pero solo había una nota que me explicaba que había tenido que salir a un recado y que volvería a media tarde.



El incendio se produjo por un cortocircuito...

La tragedia se cernía sin embargo a mi alrededor y el destino castigaba a mis colaboradores con crueldad inusitada. Miriam murió en extrañas circunstancias aquel mismo día. Había ido a ver a Alfonso, el del taller de electrónica. Al parecer el recado tenía que ver con una llamada suya, sobre alguna pieza olvidada en el taller, aunque al recoger el instrumental habíamos comprobado que me llevaba todo lo necesario. El incendio se produjo por un cortocircuito y prendió enseguida en el material almacenado que consistía fundamentalmente en plásticos que eran de llama retardada, pero con muchos gases de combustión. La puerta quedó atrancada por el sistema de seguridad, que estaba mal diseñado para tal eventualidad, pues trataba simplemente de proteger los bienes de un posible asalto desde el exterior.

Yo no me enteré ese día sino al siguiente cuando llegué al Instituto. Según entraba me asaltó el conserje:

- ¿Se ha enterado usted de la muerte de Miriam? - me espetó a bocajarro - La policía ha llamado esta mañana, quiere verle.

Miriam no estuvo muy acompañada en su entierro. Solamente acudieron dos estudiantes de doctorado con los que había compartido laboratorio. El director del Instituto estaba de viaje y envió un ramo de flores, pero no asistió nadie más. Su familia estaba ilocalizable pues la dirección que había dado en el Instituto no correspondía realmente a ningún sitio y el teléfono que figuraba no existía. Quizá ni siquiera tenía familia y se vio obligada a rellenar cualquier cosa en las casillas correspondientes para que la aplicación informática le permitiera continuar y acabar de matricularse.

El entierro de Alfonso, el del taller, fue aún más triste. El féretro, llevado por dos empleados de la funeraria, apareció justo cuando estábamos acabando el entierro de Miriam y ya nos despedíamos. Solamente estaba su padre, que también se llamaba Alfonso, y el sacerdote, además del enterrador, que se movió de nuestro emplazamiento al suyo con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios. Yo

me acerqué a darle el pésame al padre, pero no me reconoció, ni parecía capaz de reconocer a nadie. Al final, entre el sacerdote y yo le metimos en un taxi y lo enviamos a su casa. Se echó al tren aquella misma noche. No pudo soportarlo. Su mujer había muerto hacía dos años de un cáncer de pecho y él estaba aún bastante deprimido. Tras la muerte de su hijo Alfonso y el incendio del taller no le quedaba nada en esta vida, así que decidió pasar a la otra.

Mi situación en el Instituto, ya de por sí precaria se iba haciendo insostenible. Las pocas personas con las que me relacionaba, Raúl, Miriam, habían desaparecido. Tampoco había vuelto a ver a la señora de la limpieza. Estaba completamente solo. Transcribí las confidencias que me había hecho Miriam la noche anterior a su muerte y envié una copia a mi amigo Alberto Balleroni, en Bariloche, presa de una inquietud incipiente y poco definida sobre el destino de mis colaboradores y la soledad en que me hallaba.

Además la policía me había interrogado sobre los experimentos que llevábamos a cabo, pues el accidente del taller de electrónica parecía extraño y querían descartar alguna práctica de riesgo por parte de Miriam o de otros, que hubiese podido desencadenarlo. No debí de ser muy convincente pues me hicieron repetirlo todo tres veces, pero tampoco parecían muy enterados de nada, así que conté algo confuso de campos magnéticos y espectros de absorción, que cumplía absolutamente todas las normas de seguridad vigentes y previstas en los próximos años, y les enseñé el artículo recién publicado, que pareció tranquilizarles precisamente por incomprensible, lo que, con cierta razón, asimilaron a inocuo.

Pero creo que lo que les satisfizo realmente fue comprobar que no habría reclamaciones millonarias al seguro por la muerte de Miriam y Alfonso pues no quedaban parientes de ninguno de ellos, y el seguro no iba a necesitar alegar que se realizaron experimentos arriesgados no cubiertos por la póliza, para negarse a pagar. Sin duda era el seguro el que había instado (y ayudado con algún "incentivo") la investigación, para cubrirse las espaldas de la manera más oficial posible ante la eventualidad de reclamaciones.

INFORME Nº 3 Expediente 203/34/05

Asunto: Búsqueda de Miguel Mendoza, investigador de plantilla del Instituto de Estudios (IETE).

Documento: 203/34/05/3 de 26 de septiembre

Informe de: Inspector de primera D. Cándido Laguardia

Para: Comisario General del distrito Nº 3: D. Jorge Lamensa,

Antecedentes: Documentos 203/34/05/1, 203/34/05/2, y anexos

Resumen: Se requirió la búsqueda de MM por haber sido declarado desaparecido por su mujer, y como testigo por su relación con el tratamiento aplicado al Profesor Don Carlos Ramírez.

Nuevas actuaciones: Según informes adjuntos del subinspector y sargento se ha investigado en el Instituto de estudios donde se ha recabado información sobre la vida de MM así como de sus recientes experimentos científicos. En la visita se obtuvieron unas notas sobre especulaciones metafísicas de MM que habían sido recibidas recientemente por correo desde una Universidad extranjera, pero que no parecen tener ninguna relación con el caso. También se ha realizado una visita al domicilio de Doña Laura de Roma, sobrina del Profesor Ramírez, última dirección conocida de MM, obteniendo testimonio de vecinos y de proveedores, aunque la casa estaba ya completamente vacía y no se ha podido localizar ninguna dirección más reciente. Se adjuntan los informes del subinspector con los detalles.

A la vista de estas pesquisas y antes de proceder a nuevas actuaciones, que no parecen aconsejables por el momento, solicito una entrevista personal con el Sr. Comisario para determinar la continuación o en su caso la finalización de la investigación.

Documento: 203/34/05/3a de 25 de septiembre

Informe de: Subinspector Don Jenaro Luque

Para: Inspector de primera Don Cándido Laguardia

Personados el sargento Félix Mascaró y yo mismo en el Instituto de Estudios, nos recibe el Dr. Hellín, director del mismo.

Interrogado sobre el posible paradero de MM, nos informa de lo siguiente:

El Investigador MM había tenido una mala época en los días posteriores a la demanda de divorcio y su actitud había sufrido un deterioro evidente. Se le veía desaliñado e incluso bebido y siempre a deshoras. La situación sin embargo, mejoró sustancialmente al de un mes aproximadamente y sus hábitos de trabajo y su aspecto general volvieron a ser los de siempre. Volvió a trabajar con su anterior estudiante, y todo parecía normal.

Aunque no sabían a ciencia cierta el domicilio que tenía, creía que había ido a vivir con Doña Laura, la sobrina del Profesor Ramírez, y algunos rumores indicaban que mantenía con ella una relación sentimental, que habría sustituido a su matrimonio.

Su impresión era que ambos habían desaparecido para empezar una nueva vida en un lugar sin conexión con sus anteriores relaciones. Suponía que deberían de tener alguna fuente de ingresos, pues MM dejaría de recibir su sueldo por ausencia injustificada, aunque el proceso de retención del sueldo podría ser largo. De hecho los trámites burocráticos que acompañan dicho proceso no estaban siquiera iniciados, por lo reciente de su desaparición.

También cree que esta decisión de desaparecer se pudo deber a las muertes tan seguidas de Raúl, su compañero de despacho y Miriam, su estudiante de doctorado. Igualmente, para Doña Laura, la muerte del Profesor Ramírez habría supuesto una pérdida de vínculos con esta ciudad.

Como apoyo de dicha hipótesis nos contó que solamente cinco días antes de nuestra entrevista se había recibido en el Instituto una cantidad de dinero nada despreciable para encargarse del sepelio del Profesor Ramírez. Dicho dinero provenía de Doña Laura quien, sin develar su paradero actual, decía no sentirse con fuerzas para encargarse de los preparativos del entierro y que estaba segura de que el Instituto, del que fue director el Profesor Ramírez, sería sin duda muy capaz de hacerlo y se lo agradecía de corazón.

Reclamamos una visita al laboratorio de MM y a su despacho, pero fue bastante infructuoso pues no había quedado nada en el laboratorio. Todo el instrumental había sido trasladado al Hospital antes de desaparecer MM.

En su despacho no encontramos tampoco nada, salvo algunos papeles y trabajos científicos. Con todo, al salir, el conserje nos dijo que había llegado un sobre para MM, justamente aquella mañana. Con permiso del Dr. Hellín, que echó un vistazo al contenido del mismo, lo hemos incorporado al dossier como anexo, con una transcripción, pues eran notas manuscritas.

Documento: 203/34/05/4b de 26 de septiembre

Informe de: Subinspector D. Jenaro Luque

Para: Inspector de primera D. Cándido Laguardia

Personados el sargento Félix Mascaró y yo mismo en el domicilio de Doña Laura de Roma, lo encontramos desierto y

cerrado con un aviso de alquiler que nos remite a la Agencia Madrugada en la calle Carta de Fundación nº 34, a la que nos dirigimos posteriormente. Para aprovechar el desplazamiento, sin embargo decidimos interrogar comerciantes cercanos al domicilio de Doña Laura

Interrogado el dueño de una tienda de comestibles cercana sobre el posible paradero de D^a Laura y MM, nos informa que tanto Doña Laura como su criada, cuyo nombre no parece saber nadie, pues siempre se refieren a ella como: "la criada de Doña Laura", tienen muy buena fama en el barrio pues son serias, cumplen siempre con los pagos, gastan sin mirar demasiado y compran alimentos de calidad.

Sin embargo no tiene idea de donde pueden estar ahora, pues no dejaron ninguna dirección. Tampoco pueden decir nada de MM, pues aunque se sabía que vivía en la casa, nunca apareció por las tiendas del barrio. Asegura que la noche de su desaparición no hubo nada anormal en el barrio ni en la casa, pero al día siguiente un camión se llevó todos los muebles y enseres de la casa.

Posteriormente nos dirigimos a la Agencia Madrugada, donde se nos informó de que ellos se encargaban del alquiler por cuenta de la Fundación Patrimonial Don Anselmo Acuña, pero ellos no habían realizado el traslado de los muebles. Los inquilinos simplemente habían alquilado el camión de la agencia, sin conductor, y pagado al contado. No saben por tanto qué destino pudiera haber tenido el camión en cuestión. En todo caso no debe de ser muy lejos, pues el camión se devolvió 24 horas después de contratado.

Preguntados por el aspecto del contratante, se nos trasladó a la recepción donde se nos informó que éste había dejado una dirección falsa y que solamente recordaban que era delgado y

nervioso.

Con esta escueta descripción ha sido imposible rastrear el recorrido del camión y el destino de la carga.

Anexo al documento: 203/34/05/4a de 25 de septiembre
Trascripción de NOTAS manuscritas de MM halladas en su despacho del Instituto y de la nota también manuscrita que las acompaña.

a) Carta del Centro atómico de Bariloche

En Bariloche, a 22 de Septiembre

Te devuelvo las notas manuscritas que me enviaste con tanto sigilo y recomendaciones. Guardo para mí una fotocopia, como indicabas, pero me parece en todo punto innecesario, pues lamento comunicarte que todo lo escrito no es sino una sarta de macanas tipo "New Age" en las que jamás creí que te verías envuelto. ¡Qué lejos quedan nuestros trabajos en la Universidad de Chicago donde coincidimos en la estancia post-doctoral, trabajando sobre películas de Langmuir!.

Sé que te han sucedido algunas cosas desagradables como tu divorcio y la muerte de Raúl, pero confía en el tiempo como gran sanador de melancolías y tristezas. Ya verás como te repones pronto y olvidas estos malos tragos.

Cuidate ché.

Tu amigo

Alberto

b) Notas de MM

Paso a limpio las confidencias de Miriam de la noche anterior y espero ponerlas a salvo en la eventualidad de que alguna amenaza se cierna sobre mí, ahora que he visto cómo ha

desaparecido ella sin dejar rastro y sin siquiera despertar interés a nuestro alrededor.

... Las mentes pueden ser (o son de hecho) simples patrones electromagnéticos, capaces de residir en diversos soportes, tanto biológicos (neuronales) como inorgánicos (circuitos electrónicos) e incluso en otros desconocidos para nosotros e impensables por el momento.

La mente puede entonces transportarse a la velocidad de la luz sin soporte físico y, una vez en su destino, encarnarse en alguna estructura ya existente, si se dan las condiciones apropiadas.

Las travesías interestelares no son necesarias en sentido físico. El envío de mentes, es decir de patrones electromagnéticos, sin transporte de materia, es suficiente para "visitar" otros mundos.

Al parecer "mentes" extraterrestres llegaron a la tierra en los albores de la civilización y desde entonces viven entre nosotros, proliferando "moderadamente" con nuevas llegadas. En realidad no tienen ninguna intención de "invadirnos" pues ni nosotros ni nuestro planeta somos "apetecibles" como fuente de materias primas, mano de obra esclava (no cualificada en todo caso) ni en otros aspectos. Su interés es meramente el de estudio científico de nuestro mundo.

Para "enviar" una mente el emisor debe apuntar según la línea de transmisión y la emisión hacerse con gran potencia. Esto requiere fuentes muy potentes de radiación en la banda de las microondas. Los Quasars parecen ser dichas fuentes emisoras.

Para "recibir" una mente el receptor debe estar en la línea de emisión y proporcionarse una conexión con una estructura biológica (no hay por el momento otras estructuras capaces de

albergar dichas mentes) mediante amplificadores y concentradores de energía. Estos pueden ser relativamente simples y consistir en imanes naturales (meteoritos férreos, rocas de magnetita) y anillos resonantes (antenas) de buenos conductores: cobre plata u oro, similares a coronas o tiaras con anillos metálicos y collares en número adecuado. El seis es un número especialmente adecuado para ello.

La recepción primitiva de mentes extraterrestres se llevó a cabo mediante innumerables pruebas de envíos fracasados hasta coincidir con una disposición geométrica y materiales adecuados. En principio estas condiciones se dieron en reyes o sacerdotes que no dudaban en proclamarse Dioses al recibir la mente extraterrestre. Por otra parte ninguna mente extraterrestre hubiera aceptado un receptor humano normal, pues ¿quién soportaría las miserables condiciones de vida de los esclavos o de la plebe?. Miriam mencionó expresamente a Alejandro Magno, pero no hay ninguna evidencia de que él fuese uno de los receptores y tendrían más verosimilitud otros personajes de vida longeva, como el propio Aristóteles, preceptor de Alejandro.

El tránsito de una estructura a otra en el mismo lugar es igualmente factible y más sencillo pues implica solamente transporte de los patrones en distancias muy cortas, mediante conexiones eléctricas directas o inducción de campos en dispositivos tipo transformador con espiras e imanes.

Este tránsito de una estructura biológica a otra es necesario para que una mente sobreviva a la muerte biológica de su huésped anterior. De realizarse con éxito supone la inmortalidad de la mente en cuestión. Este hecho está en los orígenes de las creencias sobre la inmortalidad del alma, desarrolladas en fecha muy temprana de la evolución humana.

El equipo de recepción y tránsito puede ser fabricado y mejorado con los medios tecnológicos presentes y así han evolucionado en la tierra desde dispositivos "religiosos" primitivos pasando por los laboratorios alquímicos a los estudiosos de la electricidad y el magnetismo en los siglos XVIII y XIX, y los modernos dispositivos electrónicos. Los receptores de mentes deben ser "reclutados" aleccionados y preparados física y mentalmente.

El tránsito, interestelar o no, de una mente no elimina necesariamente la mente emisora, por lo que puede haber duplicaciones de mentes, aunque al cabo de cierto tiempo cada una puede evolucionar de manera distinta y resultar "irreconocibles" entre sí.

La posibilidad del tránsito de mentes abre las puertas de la inmortalidad, por lo que es un codiciado secreto que permanece en estrechos círculos de adeptos con reglas muy estrictas.

Una posibilidad, muy cercana por el avance de la tecnología, es la "creación" de mentes "ex novo" mediante la generación de patrones electromagnéticos por medios artificiales y su tránsito a cuerpos u ordenadores (cuando estos alcancen la capacidad suficiente)

Todas estas capacidades son realmente aterradoras en manos de mentes sin escrúpulos, que pueden generarse por error o intencionadamente, y producir por multiplicación ejércitos de seres crueles y sanguinarios que arrasarian el planeta en poco tiempo y permanecerían, inmortales, criando seres receptores para seguir transfiriéndose. Esta horrible posibilidad ha tenido lugar realmente en otros planetas y justifican la eliminación de los circuitos del saber secreto de extraños no contrastados por su compromiso con el recto proceder ...

Aviso a los hermanos

Deseados hermanos del círculo séxtuple.

Os comunico que el plan de reconducción del estado del Artífice del Mecanismo, se desarrolla con total satisfacción y con grandes esperanzas de un pronto desenlace en óptimas condiciones.

Es mi deber, con todo, exhortaros a la máxima prudencia y discreción sobre todo este asunto, a causa de algunos aspectos inquietantes del devenir de los acontecimientos. En efecto, durante el desarrollo del plan, la situación ha requerido sacrificar la hermana aspirante nº 97, a causa de una desviación observada en su conducta que pudiera haber comprometido el secreto y el éxito de la operación.

Si bien su desaparición ha sido gestionada con gran éxito, al funcionar de manera prevista los cortafuegos instalados previamente sobre su identidad y origen, os ruego un mutismo total en todos los aspectos, incluso entre hermanos, pues el Mediador y cualquier extraño deben permanecer totalmente ignorantes de nuestros planes si queremos culminar con éxito nuestro tránsito.

Vuestro

El Operador Primordial Benevolente

Perseverar por siempre

CAPITULO VII

*T*odo a mi alrededor estaba triste y mi ánimo por los suelos. El día era también triste, gris, oscuro y lluvioso. Muy de otoño, un poco adelantado esta vez, como pronosticando malos tiempos en breve.

Al volver, después del entierro, a casa de Doña Laura, ésta me estaba esperando en el vestíbulo y me acompañó diligente hasta la salita donde había servido un té. Yo estaba totalmente hundido por la muerte de Miriam, especialmente después de la reciente intimidad que se había desarrollado entre nosotros.



... había servido un té.

Durante el té Doña Laura me consoló con palabras dulces y me daba ánimo con argumentos de lo poco que había sufrido Miriam, lo feliz que había sido hasta ahora y otros lugares comunes que se utilizan sistemáticamente en estos casos. En todo momento parecía estar completamente al corriente de nuestra relación, con pelos y señales. Yo no me daba mucha cuenta de lo que pasaba por mi tristeza, que me tenía ausente, pero poco a poco ella se fue acercando y puso su mano en mi espalda. Luego comenzó a acariciarme el pelo por detrás, en la nuca. Yo le dejaba hacer hasta que me besó, suave pero apasionadamente. Entonces la estreché entre mis brazos.

No sé cómo acabamos en su habitación, debimos subir abrazados pero no me acuerdo. Sí que recuerdo que me desnudó con suavidad y luego se desnudó ella mientras yo yacía en su cama. Su piel era suave como la de un bebé, pero fría. Su cuerpo no tenía absolutamente nada de grasa superflua, era elástico y sus músculos largos y, cuando se contraían, duros como la piedra. Sin duda un cuerpo de atleta, aunque normalmente oculto con ropas flojas y vaporosas que no dejaban traslucir su fuerza y flexibilidad.

Aunque no me opuse en absoluto, tampoco tomé mucha parte ni muy activa en el intercambio de caricias, y se puede decir que finalmente fue ella quien me poseyó a mí, en una experiencia de sexo suave, casi estático. ¡Tántrico! Cuando llegué al orgasmo, sin embargo, un intenso calambre recorrió mi cuerpo por completo, miles de pinchazos internos que se desataron a la vez, mientras ella se movía lentamente sobre mí. Al final, un espasmo brutal estremeció mi cuerpo y grité mientras me arqueaba con todos los músculos en tensión, para caer agotado a continuación.

Luego me dormí. El sueño iba mezclando las confidencias que Miriam me había hecho la noche anterior a su muerte y los oficiantes amenazadores de mis anteriores pesadillas recurrentes. En algún momento se mezclaban todas estas visiones con las caricias de Doña Laura, que resultaba ser una de las oficiantes que

se desprendía de su máscara, o la propia Miriam que se transformaba gradualmente en Doña Laura mientras me hablaba. El sueño era muy pesado y, aunque hubiese deseado despertarme de una vez y acabar con la pesadilla, no podía sino sumergirme más y más en él.

Cuando desperté brillaba el sol, estaba solo en mi habitación, que era la de Don Carlos, y no recordaba cómo había llegado a ella. Me sentía extraño, pesado y cansado físicamente pero muy despierto y lúcido mentalmente.

Desayuné solo; Laura, no tenía mucho sentido llamarle Doña después de la experiencia íntima de la noche anterior, había salido y cuando acabé fui al Instituto. El instrumental estaba preparado para el experimento final en que trataríamos de reanimar a Don Carlos. El día elegido era aquél mismo por la noche, un sábado, sin casi personal en el Hospital.

En el Instituto me encontré una nota sobre el desarrollo del experimento para aquella noche. Tras la pérdida de Miriam, Laura actuaría de ayudante y tendría en sus manos los mandos del experimento, mientras yo mismo me conectaría a Don Carlos con un dispositivo de doble sentido de circulación de señales y estímulos. Todo esto había sido concertado, al parecer, la noche anterior a propuesta de la propia Laura, que sabía mucho más del experimento de lo que era razonable por mis comentarios, aunque hubiese estudiado con detenimiento los papeles de Don Carlos antes de entregármelos. Tanto la propia existencia de la nota como su contenido me resultaron muy inquietantes, pero estaba muy ocupado terminando los preparativos y no pude dedicarle más tiempo a este asunto.

El Dr. Lallana y su chofer vinieron con un camión y un par de mozos de carga y trasladaron el material desde el Instituto esa misma tarde. Ellos mismos, aunque sin duda necesitaron ayuda del personal del Hospital, lo instalaron y conectaron todo para la noche. A las nueve, Laura vino a buscarme en un taxi y nos trasladamos al Hospital. Antes tomamos un sándwich en una cafetería, de camino. Ella estuvo atenta y cariñosa en todo momento, sin efusiones. Me cogió del brazo

para entrar en el Hospital y hablaba con suavidad y dulzura, pero sin mencionar los acontecimientos del día anterior.

La sala estaba en penumbra cuando entramos. Las luces se habían bajado al mínimo. El silencio era total. El experimento estaba diseñado con una realimentación creciente y potencia suficiente para hacer frente a cualquier demanda razonable. Un limitador de corriente se encargaba de evitar la posibilidad de freírnos a Don Carlos o a mí. Otras medidas de seguridad incluían un monitor de ritmo cardíaco, presión arterial, nivel de oxígeno, etc. que presentaban en todo momento el estado de los dos sujetos experimentales.

Yo preparé las conexiones empezando por Don Carlos que yacía en su cama, y luego pasé a mi arreglo, una vez reclinado en el sillón de dentista. Laura se encargó de los últimos detalles. Al ajustar mi casco sentí una breve pero intensa desazón que parecía pronosticar un fracaso, pero no duró mucho y me repuse cuando apenas la corriente empezó a fluir por el sistema.

Laura actuaba de "operadora" del sistema, ayudada en teoría por el chofer, que en realidad estaba de pié detrás de ella con los brazos cruzados y mirando por encima de su hombro. Una enfermera bajo la supervisión del Dr. Lallana aplicaba compresas y vigilaban las constantes vitales de Don Carlos y las mías. Al principio no ocurrió nada. Don Carlos estaba en coma por lo que su cerebro no emitía ninguna señal y no parecía responder a los estímulos provocados por mis señales en su casco.

Intenté concentrarme en tener pensamientos e imágenes "positivas" como paisajes verdes y soleados con un arroyuelo que discurría plácidamente a mis pies y cosas similares. Poco a poco empecé a notar un leve zumbido de un tono agradable y las imágenes del arroyuelo se fueron transformando, sin poder controlarlo, en una gran avenida bordeada de estatuas de piedra o mármol rojizo, grandes y brillantes. La avenida terminaba en una gran puerta que se abrió al acercarme y detrás aparecieron los oficiantes de mis sueños en casa de Laura,

danzando alrededor de una piedra aún más brillante que las estatuas, casi deslumbrante.

Al mismo tiempo, empecé a sentir cómo flotaba fuera de mi cuerpo en la habitación y veía cómo se desarrollaba el experimento, incluido yo mismo casi tumbado en el sillón, desde el techo.



... flotaba fuera de mi cuerpo...

Las imágenes de la habitación se mezclaban entonces con las escenas del sueño ancestral, donde los ritmos se iban haciendo cada vez más frenéticos, y eran inducidos por música de timbales y cuernos de caza, que ahora oía perfectamente. Los oficiantes parecían bailar en el centro de la habitación, alrededor de Don Carlos y de mí. Las danzas se aceleraban, las máscaras de los oficiantes brillaban con intensidad en la penumbra de la habitación, sus ropajes se elevaban en los giros. De repente las máscaras se levantan y observo asombrado cómo las caras de los oficiantes son precisamente las de Don Carlos y el Dr. Lallana. La silueta del fondo se acerca y es Laura que me susurra una melodía dulce y suave al oído mientras comienzo a experimentar calambres y fosgenos de intensidad y frecuencia creciente que resultaban ya dolorosos. Sentí que mi mente caía desde el techo. Las imágenes desaparecieron y solamente veía un fulgor que llenaba todo el espacio. Mis oídos estaban saturados de ruido sin poder distinguir nada concreto en tal maremagnum. Quería levantarme, desconectar los cables y acabar con aquella pesadilla, pero no podía moverme. La estimulación me había paralizado.

La potencia crecía imparablemente, pues mis sensaciones aumentaban de intensidad rápidamente y apenas podía aguantar la presión en mi cráneo. En un momento dado sentí que mi cerebro salía físicamente de él para estallar en mil pedazos en medio de la habitación. Lo último que vi, o creí ver, fue un chispazo en el sistema de alimentación y una nubecilla de humo. También creí sentir que Laura me cogía la mano. Luego perdí el conocimiento.

INFORME Nº 4 Expediente 203/34/05 (Final)

Asunto: Búsqueda de Miguel Mendoza, investigador de plantilla del Instituto de Investigación (IETE).

Documento: 203/34/05/4 de 29 de Septiembre

Informe de: Inspector de primera D. Cándido Laguardia

Para: Comisario General del distrito Nº 3: D. Jorge Lamensa,

Antecedentes: Documentos 203/34/05/1, al/3 y anexos

Resumen: Se requirió la búsqueda de MM por haber sido declarado desaparecido por su mujer, y como testigo por su relación con el tratamiento aplicado al Profesor Don Carlos Ramírez.

Actuaciones recientes: A consecuencia de la entrevista personal entre este inspector y el Sr. Comisario jefe del distrito 3, se puede concluir que el vínculo sentimental de MM con Doña Laura de Roma, sobrina del Profesor Ramírez, establecido de manera inequívoca en el curso de la investigación, explicaría su discreción y sigilo con que se llevaba a cabo el tratamiento de éste y la desaparición de ambos al fracasar dicho tratamiento, sin que pueda deducirse ninguna actividad ilegal o punible en ningún sentido de dicha actitud.

En cuanto a la denuncia de desaparición, formulada por la esposa de MM, carece por completo de interés policial al demostrarse que es una ausencia voluntaria y tendente, quizá por despecho, a entorpecer el trámite de divorcio y alargarlo "sine die". En todo caso es un asunto civil sin repercusión criminal alguna que escapa a nuestra jurisdicción y dedicación.

Siguiendo las instrucciones verbales del Sr. Comisario, se ha llevado a cabo una investigación sobre la propiedad de la casa y demás bienes del Profesor Ramírez y de su sobrina,

encontrando que no existen tales posesiones pues la casa estaba alquilada, primero por el Profesor Ramírez y luego por su sobrina a la Fundación Patrimonial Don Anselmo Acuña, formada por los herederos de dicho Señor. Doña Laura estaba al corriente de los pagos y había avisado de la terminación del contrato con los 15 días preceptivos que figuraban en las cláusulas convenidas. Tampoco hay referencia a ninguna herencia ni capital pendiente en ningún banco de esta capital ni se ha registrado movimiento reciente de cantidades apreciables de dinero a nombre de Don Carlos Ramírez o de su sobrina.

Por otra parte tampoco parece que MM se haya lucrado económicamente de ningún modo e incluso su último sueldo, cobrado después de su desaparición, sigue intacto en el banco. No hay por tanto ninguna motivación crematística para sospechar hechos delictivos ni siquiera irregulares de ningún tipo en todo el asunto.

Por ello creo mi deber solicitar del Sr. Comisario la propuesta de desactivación de la orden de búsqueda de MM, el cierre total de las diligencias de esta caso y el archivo del expediente.

Anexo: Orden de archivo del expediente 203/34/05 para su aprobación por parte del Sr. Comisario.

CAPITULO VIII

*S*iento cada vez más debilidad y mis sentidos se van apagando rápidamente. Mis músculos son incapaces no ya de moverme, sino incluso de mantenerme siquiera sentado. No siento mis piernas. Puede que ya no las tenga. Mi brazo izquierdo tiene un temblor constante y siento por todo él un cosquilleo como cuando se ha dormido, después de estar en una mala postura. Yazgo en una cama de hospital o algo similar. No puedo tampoco ver con claridad, pero el color blanco es dominante a mi alrededor, en las ropas de cama, en las paredes de la habitación y también en las vestiduras de las personas que se me acercan y me cuidan, aunque no consigo reconocer sus caras. Escasamente distingo la claridad. Mi oído está tan agotado que apenas discierne cuando algo rompe el silencio, sin poder asignar los sonidos a voces, música, o simplemente ruidos de máquinas, puertas, carros arrastrados, tintineo de vidrios o cualquier otra cosa. Un rumor continuo llena mi mente haciendo casi imposible fijar mi pensamiento en ningún aspecto concreto.

No recuerdo ya cómo he llegado aquí ni cuánto tiempo llevo en esta situación. A veces me parece que ayer mismo estaba andando por la calle. En otros momentos me parece que siempre he estado así, que nunca he podido moverme, que nunca he visto con claridad ni distinguido los sonidos, que solo mi mente ha vagado por espacios imaginarios, por mundos extraños, fruto de alguna fiebre maligna que me ha consumido desde el principio de mi existencia.

Me acuerdo de cosas que no han sucedido nunca, me olvido de mis propios recuerdos. Mezclo las historias de los libros con las de mi infancia. Me parecen todas igual de reales o de irreales. Puede que sea solamente una máquina con sus circuitos recalentados, incapaz de funcionar con propiedad. Que las corrientes que recorren mis neuronas de Silicio son erráticas y descontroladas.

Pero ya da igual. Me apago, me apago. El zumbido crece, la oscuridad se

extiende, ya no hay retorno...

Laura, ¿dónde estás?, ¿quién eres?, ¿qué me pasa?

¡¡¿qué habéis hecho conmigo?!!

El Diario Social, lunes

14 de Septiembre, pág 21

Atlantis, agencias:

Ayer falleció en el Hospital Central el Profesor Don Carlos Ramírez, insigne investigador biomédico y director del Instituto de Estudios durante muchos años. El Profesor Ramírez llevaba varios meses ingresado a causa de una embolia cerebral. Su estado empeoró tras unos experimentos llevados a cabo por uno de sus últimos colaboradores, Miguel Mendoza, que le sometió a un tratamiento desconocido con campos electromagnéticos, en un intento de reactivar sus funciones cerebrales.

Las autoridades buscan a dicho colaborador para interrogarle sobre los detalles de los experimentos, pues Miguel Mendoza ha desaparecido sin dejar rastro. La última vez que se le vio, salía del hospital en compañía de la sobrina, y único pariente conocido, del Profesor Ramírez, Doña Laura de Roma, la noche anterior a la muerte del mismo.

Epílogo

Deseados hermanos del círculo séxtuple.

Me satisface comunicaros que el adepto Cuatro, Artífice del Mecanismo, ha conseguido finalmente realizar el tránsito con la ayuda de la adepta Ocho, Vigilante de la Noche, utilizando los instrumentos que estaba desarrollando para tal fin, que han sido corregidos de sus anteriores fallos y pueden ser utilizados ahora sin el menor riesgo por todos los adeptos.

Os tendré informados, a través del adepto seis, el Mensajero, de la fecha y modalidad del tránsito para cada uno de vosotros, lo que se producirá en breve.

Atended pues las indicaciones del Mensajero cuando lleguen a vosotros, sin dilación y proceded con la mayor discreción a las disposiciones finales, a fin de no despertar ninguna sospecha a vuestro alrededor.

Vuestro

El Operador Primordial Benevolente

Perseverar por siempre

Sarasola32XY

JESÚS ÁNGEL FÉLEZ CASTRO

1 - Día 1

— Acabo de completar con éxito la sustitución del amortiguador AMA265XF. Voy a girar sobre mí mismo para deslizarme sobre el eje de carga hasta llegar a la base del rotor.

— Recibido. Vamos un poco apurados de tiempo pero dentro de los parámetros normales. Comprueba primero el estado de la válvula VVR36762GGH.

S32 miró la hora en el monitor de su casco mientras agachaba la cabeza para no golpearse con una de las antenas. Estaba cansado. Una de las piezas que acababa de sustituir se le había resistido y se temía que toda aquella operación iba a durar bastante más tiempo del previsto. Sabía además que trabajar apresuradamente no le iba a ayudar demasiado y podría provocarle de nuevo un error que retrasara su regreso. No obstante intentó aprovechar su experiencia para concluir la reparación lo antes posible.

— Ya he llegado. Esa es precisamente la avería. La válvula y el soporte han desaparecido. Han debido recibir el impacto de algún objeto o de un pequeño meteorito y no queda ni rastro. Voy a colocar una válvula nueva y en cuanto tenga...

— El protocolo ordena sustituir todo el cabezal completo y no simplemente la válvula. Será mejor que...

— Será mejor que no me toquéis los cojones con el protocolo. Son las 28,8 horas y la última lanzadera hasta mi base sale a las 30 horas. Si tengo que cambiar todo el cabezal me voy a tener que quedar aquí colgado otro día entero.

— Lo siento pero no se puede hacer nada. Vuelve al interior del satélite y mañana continuaremos con la reparación.

— Mañana. ¿Sabes dónde tenía que estar yo mañana? Es mi día reglamentario de descanso y pasado mañana tengo que arreglar otra torre de comunicaciones en el sector Z de Veresis. A vosotros, desde allí abajo, os parece todo muy fácil pero yo llevo aquí colgado ya una semana y...

— Lo siento S32. Tienes que entrar en el satélite pero antes no te olvides grabar imágenes del estado del resto del rotor por si estuvieran dañados más elementos de...

— Ya lo sé. ¿Os creéis que soy gilipollas? Tengo ya el culo pelado de reparar antenas como ésta. Precisamente por eso sé que simplemente cambiando la válvula, la reparación estaría terminada hoy mismo. Yo me volvería a mi cubo y la compañía se ahorraría los costes de un día más de...

— Ya basta. Graba las imágenes y regresa al interior. No eres el único que tiene cosas que hacer.

S32 cogió con rabia su herramienta CCS. Como le habían indicado, pasó la vista sobre el rotor para que la cámara de su casco registrara el estado en que se encontraba y se deslizó hasta la escotilla de acceso al interior del módulo D del satélite.

Mientras descargaba la información de su equipo en una de las tomas de la sala de descompresión, se echó la mano izquierda hacia su costado y estiró la espalda hacia atrás. Pensó que los años no pasaban en balde y que últimamente había descuidado su preparación física. Se quitó pesadamente sus botas que arrojó sin demasiada puntería a uno de los depósitos antisépticos y miró el reloj resignado ya a pasar allí un día más. Sin darse ninguna prisa se cambió de ropa y se dirigió a la sala de descanso que le habían asignado durante su estancia. Su intención era la de comer cualquier cosa de sus provisiones e intentar dormir lo antes posible pero, al atravesar una de las salas de

servicio, vio cómo uno de sus asistentes para la reparación le estaba esperando sentado en una mesa. Era un hombre corpulento con un indiscutible problema de sobrepeso que generalmente mostraba una expresión bobalicona.

— Sabía que no ibas a terminar hoy. Me debes veinte leds.

S32 le miró de reojo y siguió caminando hacia su habitación. Cuando P98 vio que no tenía intención de parar, se levantó de la mesa y se dirigió hacia él.

— Y como sigas tratando así al personal de la base, vas a tener problemas.

— Lo que me faltaba. — le contestó S32. — ¿Me vas a soltar ahora un sermón? Ya te daré los veinte leds pero déjame en paz. Bastante castigo tengo con tener que pasar otro día aquí contigo.

— Vamos, hombre. No sé de qué te quejas. — le dijo mientras se llevaba a la boca un tubo con pasta de chocolate. — Ganas mucho más que yo, tu trabajo te permite viajar de vez en cuando y encima tienes a tu disposición exquisiteces como ésta que no se encuentran allí abajo. ¿Quieres? — le preguntó ofreciéndole el tubo de chocolate sabiendo que no lo iba a aceptar.

S32 conocía a su asistente solo desde hacía cinco días, justo el tiempo que llevaba en el satélite para reparar una de las torres de comunicación. Aunque no siempre acertaba con su primera impresión, se vanagloriaba de no necesitar más de diez minutos para saber si una persona era digna o no de su amistad. Aquel gigantón, no lo era.

— En primer lugar, por supuesto que gano más que tú, que lo único que haces es comprobar desde una pantalla que mis reparaciones son correctas. Y eso que tú llamas “exquisiteces” son una basura y si no, mírate un rato al espejo y verás lo que están haciendo con tu cuerpo.

— Vamos don ingeniero, no seas gruñón. Te invito a tomar algo. — le contestó con una gran sonrisa mientras encestaba el tubo vacío de comida en uno de los trituradores de basura y se limpiaba torpemente los labios extendiéndose aún más una mancha de chocolate por su cara.

— No, de verdad. Estoy muerto. Voy a comer cualquier cosa y me iré a acostar.

— ¿Acostar? Venga tío, ¿me vas a decir ahora que estás tan mayor que después de seis horas colgado tienes que meterte en la camita? Vamos a tomar algo. ¡Tenemos intrax!

S32 se quedó dudando. Hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de tomar intrax con nadie y además ese comentario sobre su edad le había llegado a lo más hondo.

— ¿Intrax? No sabía que estabais tan bien abastecidos.

— ¿Qué te crees? ¿Que los de los satélites vivimos como en la primera edad? Ten en cuenta que muchas de las restricciones que tenéis en la superficie no nos han llegado todavía por aquí arriba. Venga, te presentaré a alguno de mis compañeros. Ya verás cómo no somos tan paletos como te crees. Si te han contado alguna historia sobre los efectos de la gravedad artificial en la salud mental, no te la creas.

S32 se sentía cansado pero le venció su curiosidad por saber cómo vivía aquella gente. No era ni mucho menos el primer satélite donde le tocaba trabajar pero siempre había mantenido una distancia prudencial con sus habitantes. Además, antes era distinto. La compañía enviaba generalmente grupos bastante numerosos de trabajadores para las reparaciones y rodeado de sus amigos nunca había tenido demasiadas ganas de relacionarse con los lugareños. Pero desde hacía un tiempo, las nuevas disposiciones de la compañía hacían que los trabajadores viajaran de manera

individual y fueran apoyados por equipos autóctonos. Este tipo de actuaciones habían mejorado sensiblemente la rentabilidad de la compañía pero todo el equipo técnico se encontraba sumergido habitualmente en un profundo aburrimiento. Todos añoraban los viejos tiempos.

Mientras andaban por el pasillo, S32 se metió una pastilla de kerzen debajo de la lengua y le ofreció una a su anfitrión.

— ¿Qué pasa? ¿Piensas por mi aspecto que no tengo pareja? — contestó P98 de forma socarrona.

— Pues... No sé. Pensé que estarías aquí solo y que...

— No te preocupes. Le pasa a todo el mundo. Pero sí, tengo pareja desde hace casi ya tres ciclos y el ciclo que viene vamos a poder tener una niña. Y te diré una cosa. A mí me ha pasado al revés contigo. Tienes cara de emparejado.

— Pues no. — contestó S32 guardándose de nuevo la pastilla en su estuche. — En mi sección solo se emparejaron el 22,6% así que ya ves que no tuve muchas oportunidades de poder hacerlo. A propósito, ¿cuál es tu nombre completo?

— Me llamo Parker98ZA. ¿Y tú?

— Yo soy Sarasola32XY.

— ¿Sarasola? Extraño nombre. Nunca lo había oído.

— Yo tampoco. Mis padres nunca me dijeron de dónde lo habían sacado.

Los dos continuaron su marcha por uno de los corredores mientras P98 le contaba una historia sobre un tal Parker que había nacido también en el satélite y que había sido un pionero en el desarrollo de los tejidos terapéuticos. S32 se fijó en la disposición de las luces de aquel pasillo. Esa iluminación y los contrafuertes laterales le recordaban enormemente los pasillos del centro educativo de la colonia P de Veresis

donde había crecido. Por un momento se trasladó a aquellos años tan felices antes de su profesionalización. Pensó además que muchos de sus amigos de aquella época seguirían teniendo contacto entre ellos. Los que estuvieran emparejados seguirían en la colonia P y el resto, ahora que la deslocalización se había reducido, probablemente seguirían la mayor parte de ellos también allí reuniéndose de vez en cuando para contarse batallitas. S32 había sido el primero de sus amigos en profesionalizarse y, a pesar de que durante toda su vida se había sentido orgulloso por ello, ahora casi lo veía como un inconveniente. En su última visita al sector Logos se había encontrado con su mejor amigo de la infancia, uno de los pocos emparejados que había salido como él de la colonia para trabajar como constructor aeronáutico. Le invitaron a comer en su cubo y fue allí la última vez que había probado el intrax. La pareja estaba radiante porque acababan de ingresar a su hijo en el centro de educación y además les habían asignado poder tener otro hijo varón el ciclo siguiente. Tanta felicidad le había hecho a su amigo perder la compostura hablándole sin ningún pudor de su vida familiar. S32 no estaba muy acostumbrado a visitar zonas mixtas y mucho menos a asistir a escenas familiares así que esa noche, por primera vez en su vida, se tomó una doble dosis de kerzen para compensar tanto acaloramiento.

Ensimismado en sus recuerdos de la infancia, S32 no se dio cuenta de cómo una de las escotillas no se abría a su paso y estuvo a punto de estrellarse contra ella. P98 se quedó extrañado mirando al sensor de la puerta.

— Qué raro. ¿No estás autorizado a mezclarte con los mortales de este humilde satélite?

S32 no le contestó. Apretó el sensor de su pecho y se desplegó una pantalla virtual delante de él. Mientras iba pasando la vista por los menús que se iban desplegando por la pantalla, P98 se apoyó en uno de los contrafuertes.

— Pues sí. Parece que la compañía no tiene muchas ganas de que pierda el tiempo mezclándome con vosotros. ¿Es una zona mixta lo que hay al otro lado?

— No, no. — le contestó P98. — Las zonas mixtas están en la cubierta superior.

— Entonces veamos si es posible que me tome un intrax con mi asistente. ¿Cómo has dicho que era tu nombre completo?

— Parker98ZA. — contestó contemplando la velocidad con que manejaba S32 aquella herramienta visual. Era obvio que la utilizaba frecuentemente. Segundos más tarde la puerta se abrió.

— Vaya. Se ve que no es la primera vez que lo usas para esto. — dijo P98 incorporándose de su postura bastante forzada. — ¿Qué has hecho?

— Tuve hace años un compañero de trabajo que me enseñó a cambiar mi índice. Así que durante un rato estaré registrado como habitante de este tugurio. Podría incluso si quisiera visitar espacios mixtos.

— ¿Ves? Ese es el tipo de cosas que hecho yo en falta al vivir aquí arriba. — dijo mientras le cedía educadamente el paso a su invitado. — Aquí nos manejamos como podemos con la tecnología más básica y punto.

La sala donde entraron era mucho más pequeña que lo que S32 esperaba. Había una tenue iluminación de color sepia que venía desde una pantalla colocada en el techo. En el centro había una única mesa en la que tres hombres jugaban una partida de carmo. P98 hizo las presentaciones pertinentes y durante un buen rato estuvieron bebiendo intrax y charlando de cómo era la vida en aquel satélite, los problemas de

abastecimiento por los que atravesaban los de la superficie y de varios asuntos más sin ninguna trascendencia. La verdad es que S32 estaba disfrutando con la ingenuidad de aquella gente hasta que su sensor de comunicación se encendió. Desplegó de nuevo su pantalla y no pudo evitar una enorme sonrisa de satisfacción cuando leyó su mensaje.

— Al final creo que voy a tener suerte y mañana no os voy a volver a ver el pelo. Me reclama mi jefe y me imagino que será para que abandone esta jodida reparación y vuelva al mundo real. ¿Dónde está la sala de comunicaciones más cercana?

Mientras P98 le llevaba hasta allí, a miles de kilómetros de distancia, sobre la superficie del planeta y en pleno complejo de edificios que constituían la sede de la corporación, AlfaM1 ojeaba el menú de actividades que tenía dispuestas para ese día. La primera de ellas era una reunión para comentar algún problema con las comunicaciones con las colonias más lejanas. La segunda nota que tenía en su agenda hablaba de una visita de varios de sus antiguos compañeros de estudios que le estaban preparando un homenaje así que ordenó que pasara su primer compromiso para quitárselo de en medio lo antes posible y pasar a la parte divertida de sus obligaciones.

AlfaW3 entró en la sala donde se despachaban algunos de los asuntos más urgentes de la corporación. Saludó a su colega y se sentó en uno de los asientos frente a la pantalla central.

— Bueno, parece que quieres tratar conmigo algún problema que ha surgido con los comunicadores, ¿no?

— Pues sí. — le contestó AlfaW3 mientras se servía una copa de intrax. — Tenemos un serio problema con las comunicaciones con las colonias más remotas, especialmente con el planeta Versus. Todavía no hemos enviado hasta allí comunicadores de la nueva generación y estamos perdiendo muchos enlaces con los

que existen allí actualmente. No sabemos todavía si es que alguno de sus componentes está deteriorándose ahora por algún tipo de problema de fabricación o si es que la atmósfera de allí está variando de alguna manera y eso está afectando a los equipos. El caso es que no sabemos qué está pasando pero, dado que el viaje hasta allí dura casi dos ciclos, tenemos que poner en marcha ya mismo el envío de los nuevos comunicadores antes de que perdamos todas las conexiones con Versus y también con algún otro planeta.

— No entiendo el problema. Pon en marcha el envío de esos equipos y punto, ¿no?

— Pues el problema es que ha habido una descoordinación total entre el grupo de preparación de colonos y el de comunicaciones de tal manera que ninguno de los colonos que se han preparado para partir de forma inminente está capacitado técnicamente para instalar los nuevos comunicadores.

— Ya entiendo. O sea que tenemos que enviar un extra.

— Pues sí. No se me ocurre otra solución pero, teniendo en cuenta las nefastas experiencias que hemos tenido enviando allí a gente que no estaba preparada para ello, quería consultarlo contigo.

— ¿Cuánto tardaríamos en formar a varios colonos para que pudieran ser también técnicos?

— Mucho tiempo y además, dentro de dos días va a salir una nave hacia Versus y la siguiente no lo hará hasta dentro de un ciclo. Tenemos que enviar a un ingeniero de comunicaciones en esa nave o si no perderemos un tiempo precioso.

— Pues si la nave parte dentro de dos días habrá que darse mucha prisa en su selección. ¿Tienes ya algún candidato?

— Sí. Me he permitido adelantarme a esta conversación y podemos comunicar con él ahora mismo. Se encuentra realizando una reparación en el satélite T167. Si lo convencemos, mañana podría estar aquí y llegaría a tiempo para embarcar. ¿Quieres hablar con él ahora?

— No. Ocúpate tú mismo. Estaré de acuerdo con lo que decidas. Yo te dejo porque tengo ahora una reunión muy importante que seguro que me va a llevar toda la mañana. Quédate en esta sala. Ya hablaremos después de este asunto.

AlfaW3 se quedó solo en aquella estancia intentando comunicar con el satélite mientras dudaba si esa forma de delegar en él la mayor parte de las decisiones era una sincera muestra de confianza por parte de AlfaM1 o una evidencia de su falta de interés por ciertos asuntos esenciales para el buen funcionamiento de la corporación. A los pocos minutos apareció en pantalla la imagen de S32 intentando disimular que estaba bebiendo intrax.

— Hola Sarasola32XY. Soy AlfaW3, pertenezco a la corporación y me encargo de las relaciones con las colonias fuera de nuestro sistema.

— Hola. Estoy a su disposición. — contestó intentando no parecer demasiado nervioso, algo totalmente lógico en alguien que estaba hablando con un Alfa por primera vez en su vida.

— Disculpe que le haya hecho contactar con nosotros con tanta celeridad. Como le he comentado a su jefe de operaciones, tenemos una misión que nos gustaría encomendarle. Eso sí, teniendo en cuenta lo especial de esta misión, le quiero dejar bien claro desde el principio que está usted en su perfecto derecho de rechazarla. Lo entenderíamos. Tampoco le ocultaré que tenemos un problema y que necesitamos un

ingeniero de comunicaciones dispuesto a viajar de forma inmediata así que sabríamos recompensarle si acepta este servicio.

— Entiendo. Bueno y, ¿de qué se trataría?

— Estamos teniendo problemas con los comunicadores en las colonias más lejanas. Por algún motivo que desconocemos están empezando a fallar una gran cantidad de ellos y debemos modificarlos con los receptores de nueva generación para no perder el contacto.

— ¿Cuándo se instalaron esos comunicadores?

— La mayoría de ellos hace unos veinte ciclos. Algunos incluso más.

— Seguro que están empezando a fallar los nudos FF1. Hace poco tiempo me he encontrado algún problema similar y esa era la causa. Bueno, pues por mi parte no le veo la dificultad.

— Veo que es usted nuestro hombre. La dificultad no viene del tipo de avería sino de dónde se tendría que realizar la reparación. Tendría que ir al planeta Versus. ¿Ha oído hablar de él?

— Pues... creo que no.

— Se trata de un planeta habitado no solo por nuestros colonos sino también por nativos que pueden llegar a ser peligrosos. Además, se trata de nuestra colonia más alejada de aquí. El viaje dura casi dos ciclos y cuando...

— ¿Dos ciclos? ¿Pretenden que me pierda entre la ida y la vuelta cuatro ciclos de mi vida simplemente viajando hasta allí? — dijo S32 levantándose de repente de su asiento.

— No sería exactamente así. A partir de una determinada distancia, y el caso de Versus es el más claro, se utilizan para los viajes cápsulas de transporte. Los

tripulantes, los colonos y desde luego usted irían dentro de estas cápsulas que evitan el envejecimiento. Para usted sería simplemente como si se hubiera dormido a la salida y se despertara ya en su destino. Es un sistema que se utiliza desde hace cientos de ciclos sin ningún problema. No tiene nada que temer. Y por favor, vuelva a sentarse porque no le puedo ver la cara en la pantalla.

— Ya, pero... no sé... Cuatro ciclos ahí metido...

— No quiero dejar en un segundo término su recompensa. Esta vez no sería simplemente el salario correspondiente a una misión de esta envergadura.

— ¿Ah no? ¿Y cuál sería entonces?

— Sé que no está usted emparejado. ¿Le gustaría estarlo?

— ¿Yo? Pero si no fui seleccionado cuando...

— Olvídense de eso. Tenemos potestad para emparejarlo. Y, aunque eso no se lo puedo prometer, haría lo posible para que incluso dentro de uno o dos ciclos pudieran tener algún hijo. Y del sexo que ustedes prefieran.

— ¿Nosotros? — dijo S32 intentando imaginarse su vida como emparejado. En alguna ocasión había pensado en ello pero dado que no existía ninguna posibilidad de que lo fuera, aquello no pasaba de ser una pura fantasía. Ahora le estaban ofreciendo la posibilidad real de emparejarse. Y quizás la de tener hijos.

— Un momento. — dijo olvidándose por un momento del asunto del emparejamiento. — Ha dicho que los nativos pueden ser peligrosos. ¿Qué significa exactamente peligrosos?

— No se preocupe. Durante el viaje recibirá la formación necesaria para conocerles y controlarles sin ningún problema. Son intelectualmente muy inferiores a nosotros. Además, su contacto en Versus sería su futura pareja. Ella le explicará todo lo

necesario para pasar allí un tiempo sin ningún problema. Vive en Versus desde hace 1,7 ciclos y está perfectamente adaptada.

— Ya. Y ella es... bueno... quiero decir que sí... yo no soy demasiado exigente pero...

— Ella es una mujer perfectamente dispuesta al emparejamiento. Es muy guapa, se lo digo yo. No tiene nada que temer en ese sentido.

— ¿Cuánto tiempo tengo para pensármelo? No me gusta tomar decisiones en caliente.

— Pues siento decirle que me lo tiene que decir inmediatamente. Si acepta, hay un transporte personal en la cubierta T del satélite esperándole para traerlo aquí y dentro de dos días parte el transporte hacia Versus. Sé que todo esto es muy precipitado pero necesitamos urgentemente su colaboración. ¿Qué me dice?

— Dos días... Vaya. No sé qué decirle. Es un cambio importante en mi vida. Qué digo yo importante. Es la hostia. Bueno, perdone mi lenguaje.

— No, no se preocupe. Es la hostia. Tiene razón. ¿Qué? ¿Contamos con usted?

— Pues... supongo que sí. Tampoco es que me retenga aquí gran cosa.

— Eso pensaba yo. Toda la corporación le agradece infinitamente su determinación. Gracias a hombres como usted hemos conseguido lo que hemos conseguido. Solo le pido que recoja rápidamente sus cosas, que se dirija a la cubierta T y cuando llegue aquí le daremos lo necesario para su viaje.

Cuando terminó la comunicación, S32 se quedó sentado en silencio durante un buen rato. Pensó si no se había precipitado demasiado al aceptar esa misión. Viajar a la colonia más alejada del planeta, emparejarse allí con una desconocida. Y, luego... ¿cuándo volvería? ¿O se tendría que quedar allí para siempre? ¿Estaba preparado para

tener pareja e hijos? Demasiadas preguntas sin respuesta. Salió de la sala cabizbajo y ni siquiera se dio cuenta de que P98 le estaba esperando sentado en una silla comiéndose un nuevo tubo de pasta de chocolate.

— ¿Qué te pasa? ¿Al final te tienes que quedar aquí hasta mañana?

— No, no. Me tengo que ir ahora mismo. Tengo que recoger mis cosas e ir a la cubierta T.

— ¿La cubierta T? Vaya, vaya, qué callado te lo tenías. No sabía que utilizabas transportes personales. Pero, menuda cara se te ha quedado. ¿No eran buenas noticias?

— Francamente, no tengo ni la más remota idea.

2 - Día 1857

S32 se asustó al darse cuenta de que no podía abrir los ojos. Lo siguiente que sintió fue un profundo dolor de cabeza, un pinchazo en uno de sus pies, un tirón en la espalda... Pareciera que todas las partes de su cuerpo tuvieran vida propia y que se estuvieran despertando independientemente las unas de las otras. Todavía con los ojos cerrados intentó recordar dónde estaba pero sin demasiado éxito. Pensó que quizás estaría soñando y eso le tranquilizó un poco. Un sueño extraño por otro lado porque los dolores en la cabeza y en la espalda parecían muy reales. Estando en plena batalla consigo mismo por conocer qué le estaba pasando, escuchó una voz que le pareció que venía de muy lejos.

— Creo que ya me puedes escuchar. Tranquilo. Poco a poco te irás despertando y te sentirás cada vez mejor. Probablemente te estarán doliendo la cabeza y las piernas. No te preocupes. En seguida se te pasará.

S32 escuchó aquella voz que le parecía de ultratumba. Aquel mensaje tranquilizador había hecho su efecto a pesar de que también gracias a él pudo darse cuenta de que estaba sufriendo unos calambres en las piernas de los que hasta ese momento no había sido consciente. Recordó dónde estaba. Antes de dormirse profundamente se había tumbado en una cápsula de transporte dentro de la nave que le llevaba a su destino. S32 había comparado antes de su letargo la cápsula con un supositorio gigante, algo que no le hizo demasiada gracia a la persona responsable de su funcionamiento y, por su reacción, probablemente también de su diseño.

Sintió de nuevo una punzada en su pie izquierdo y escuchó una voz que esta vez reconoció como la del responsable de aquel supositorio.

— Supongo que has sentido un pinchazo en un pie. Eso te ayudará a despertarte y a eliminar los dolores. Intenta abrir los ojos poco a poco. No hables todavía. Cuando creas que estás preparado para incorporarte, levanta una de tus manos.

S32 esperó un tiempo a sentirse mejor mientras pensaba que debería hablar con aquel tipo para que revisara el orden de su protocolo para despertar a sus clientes ya que le parecía más lógico recibir mensajes tranquilizadores antes de los pinchazos y no al revés. Por fin abrió los ojos, le ayudaron a incorporarse y le sentaron frente a la cápsula en un sillón vibratorio para que recibiera un masaje mientras le administraban algún alimento que S32 tragó con dificultad. El responsable de la cápsula miró el estado de sus córneas con un instrumento que jamás había visto y desapareció de la escena. El que se acercó en ese momento fue C11, encargado de los traslados de

colonos y con el que S32 había charlado varias veces al principio de su viaje. Quizás debido a que S32 no era un simple colono sino una rareza dentro de aquel tipo de transportes, le había caído simpático a C11 que había intentado dentro de sus posibilidades que aquel viaje le resultara lo más agradable posible, incluyendo entre sus agasajos varias copas de intrax.

— Bueno, parece que nuestro pasajero más peculiar ha vuelto a la vida.

¿Entiendes lo que te digo? — dijo C11 acercando demasiado su cara a la de S32.

— Sí, claro. Te entiendo.

— Responde con una frase más elaborada. Anda, di algo más largo.

S32 frunció el ceño sin entender demasiado el porqué de aquel interés en hacerle hablar en aquellos momentos.

— Venga, di algo. ¿Seguro que me entiendes?

— Pero cómo coño no te voy a entender. Me encuentro perfectamente si no fuera porque estoy muy mareado, probablemente debido más al movimiento de este sillón que a todas las porquerías que me habéis metido dentro del cuerpo últimamente. ¿Te parece lo suficientemente larga mi respuesta?

— Perfecto. Mi interés en que hables no es porque tenga ese capricho. Sé que es difícil de entender al principio pero te diré que en estos momentos estamos hablando en un lenguaje en el que nunca antes lo habías hecho y que es precisamente el que se utiliza en la zona del planeta Versus donde te vamos a dejar.

— No digas bobadas. Yo estoy hablando como siempre.

— No. Créeme que no es así. Quizás haya palabras que no has oído nunca o te resulte raro expresar ciertos conceptos que no tienen una buena traducción en este nuevo idioma. Pero repito que enseguida te acostumbrarás. Es increíble, ¿verdad?

— Pues... sí. ¿Dónde estamos?

— Te hemos sacado de la cápsula porque en seguida llegaremos a nuestro primer destino, precisamente en el que te tenemos que desembarcar. Luego iremos a otras partes del planeta a dejar a varios colonos.

— ¿Cuánto tiempo ha pasado entonces desde que me quedé dormido?

— Pues casi dos ciclos. Al final la nave ha aprovechado algunas corrientes gravitatorias y hemos llegado antes de lo previsto.

— Dos ciclos. Es fantástico. Ni siquiera me ha crecido la barba.

— Sí. Es una técnica increíble y no te preocupes porque no tiene ningún tipo de efectos secundarios. A ver si te crees que si no fuera así, íbamos a estar los miembros de la tripulación dando vueltas por el espacio tan alegremente. Nosotros nos despertamos hace unos días para preparar el contacto con Versus. Como te explicamos al principio del viaje, durante todo este tiempo se ha producido una transferencia de...

C11 se fijó en uno de los paneles que rodeaban la cápsula de donde había salido S32. Se acercó hacia él. Estuvo mirando durante un momento varios de los indicadores que allí aparecían hasta que se giró y se dirigió a varias de las personas que había en aquella cubierta.

— ¡Eh, vosotros! ¡Venid aquí inmediatamente!

— ¿Pasa algo? — dijo S32 — ¿Puedes venir y parar este sillón, por favor?

— No, tranquilo. No pasa nada. A ver, vosotros. ¿Quién es el responsable de este puesto de transferencia?

Uno de aquellos hombres, el de menor estatura, se dirigió hacia C11 mientras el resto, viendo el cariz que estaba tomando aquel asunto, se dio la vuelta fingiendo estar muy ocupados.

— Soy yo.

— Ven aquí y explícame esto.

Los dos estuvieron durante un buen rato examinado y trasteando en aquel panel. S32 no podía oír su conversación pero el tono y los gestos de aquellas dos personas no le gustaron en absoluto.

— ¿Ocurre algo? Y que alguien pare este sillón de una puñetera vez. ¿Es que nadie va a hacerme caso?

Por fin los dos hombres se giraron y con una nada disimulada cara de preocupación se dirigieron hacia S32.

— ¿Te sientes mejor? ¿Quieres que dejemos el masaje?

— Sí por favor, antes de que se me caigan los dientes con tanto movimiento. ¿Se puede saber qué pasa?

— Bueno... tenemos que comprobar todavía algún dato pero... parece que ha habido algún problema con el proceso de transferencia. No sabemos si el proceso ha sido correcto y lo que ha fallado es la monitorización o si realmente se ha abortado en algún momento.

— Ya veo. Es realmente muy interesante todo eso. Lástima que no tenga ni puñetera idea de lo que me estás hablando.

— Ahora te lo explico. Tenemos que aclarar este asunto para ver si podemos seguir adelante con tu misión o debemos cancelarla y volver.

— ¿Qué? ¿Me estás diciendo que me he tirado dos ciclos durmiendo como una marmota para nada?

— Todavía no lo sabemos. De todas formas, esto es una incidencia de grado seis así que tengo que contactar inmediatamente con la corporación para pedir instrucciones. Espéranos aquí y en seguida te...

— Ah, no. De eso nada. Yo quiero saber qué ha pasado y lo que dice la corporación. Estamos hablando de mi misión y de dos ciclos de mi vida, ¿no? Y eso sin contar con el regreso.

C11 dudó un instante hasta que le sacó de sus meditaciones el técnico que hizo un claro gesto de querer marcharse de allí.

— ¿A dónde te crees que vas? Está bien. Creo que tienes derecho a hablar con la corporación si es lo que quieres. Y tú vienes también con nosotros. No me quiero perder cómo les explicas que en lugar de estar comprobando el nivel de transferencia, estabas tocándote los huevos en algún lugar de la nave probablemente poco iluminado. Vamos a la sala de comunicaciones. ¿Crees que puedes andar tú solo sin ayuda?

S32 se incorporó y aunque seguía estando algo mareado llegó por su propio pie a aquella sala mucho más pequeña que otras salas similares que había visto.

— Se parece al bar de la escuela de ingenieros donde estudié. — dijo sentándose en uno de los extremos de la habitación.

— En estas naves hay que economizar el espacio y se construye todo a pequeña escala. Te echarías a reír si vieras dónde duermo yo.

El técnico se sentó al lado de S32 mientras C11 manipulaba el tablero de mandos para establecer la conexión.

— Estamos tan lejos de casa que habrá algún problema de retardo en la conversación. Espero al menos que la imagen holográfica se forme adecuadamente.

Todos salieron de dudas cuando unos minutos más tarde en el centro de aquella sala apareció la imagen de AlfaW3 con una barba blanca mucho más grande que con la que le había conocido S32. Llamaba sin embargo bastante más la atención un traje tan ajustado a su cuerpo que no dejaba sitio a la imaginación a la hora de adivinar el estado de una masa muscular que seguro que había vivido mejores tiempos. El técnico no pudo evitar dar un pequeño salto en su asiento.

— ¡Joder! ¿Qué pintas son esas?

C11 le hizo un gesto para que se callara aunque no pudo reprimir una sonrisa al ver el atuendo con el que se presentaba aquel miembro de la corporación.

— Espero que sea importante. Estoy en plena sesión de Ku-Te-Kido.

— Siento molestarle. Soy Calvin11QR, responsable de tráfico de colonos. Están presentes también Sarasola32XY, ingeniero de comunicaciones que acaba salir de la hibernación inducida y el técnico responsable de su transferencia. Estamos llegando al planeta Versus y ha surgido una incidencia grado seis relacionada con la tasa de transferencia.

— De acuerdo. ¿Qué ocurre?

— Bueno... lo que pasa es que en el indicador aparece una tasa de transferencia no demasiado alta. No sabemos todavía si...

— ¿Cuánto indica?

— Pues... aparece una tasa del 23% aunque estamos controlando si...

— ¿23%? ¿Y lo califica como “no demasiado alta”? ¿Se puede saber qué ha pasado?

— Pues ya le digo que no lo sabemos todavía. — dijo mirando al técnico que, lejos de estar preocupado, seguía riéndose en silencio del aspecto de su interlocutor.

— Pero si ha sido un error humano, le prometo que el responsable lo pagará muy caro. De eso me encargo yo personalmente.

— Bueno. Dejemos eso por ahora. ¿Puede el ingeniero entender lo que estamos diciendo?

— Sí, sí. El módulo de lenguaje parece que está transferido a la perfección. Repito que quizás sea un problema del indicador y que él esté totalmente adaptado a la vida en su nuevo destino. Yo creo que...

— Déjeme a mí. A ver, S32, me entiende, ¿verdad?

— Y dale, qué manía con que si les entiendo. Perfectamente pero no entiendo el problema. Yo me encuentro bien.

— Bueno, como supongo que le han explicado, durante el trayecto usted ha estado desde el punto de vista físico en una fase no dinámica. El tiempo no ha pasado por usted pero en lo referente a su capacidad mental no ha habido ninguna interrupción. Durante el viaje, gracias al módulo de transferencia, se aprovecha para introducir al viajero toda la información útil que necesita en su nuevo destino. El principal objetivo es pasar desapercibido en su nueva etapa y esto es especialmente importante en Versus. El problema es que en ese planeta siguen unas pautas de comportamiento totalmente distintas a las nuestras. Sus habitantes son además muy peligrosos y cuando detectan a alguien que se sale de esas normas, se suelen comportar de una manera muy agresiva. Durante el viaje debería haber recibido usted toda una serie de conocimientos de su idioma, costumbres, historia y miles de cosas

simplemente para pasar inadvertido entre ellos. Físicamente son como nosotros pero repito que su grado de inteligencia es mínimo y pueden llegar a ser muy violentos.

— Insisto AlfaW3 en que yo creo que ha existido un simple problema en el indicador. — interrumpió C11. — Yo le veo con una capacidad total para pasar desapercibido entre...

— ¿Sabe qué es un oso?

— Un mamífero plantígrado que pertenece a la familia de los úrsidos. — contestó S32 sorprendiéndose a sí mismo con su respuesta.

— ¿Lo ve? — dijo C11. — No hay ningún problema.

— ¿Sabe quién es Maradona?

— Pues... ¿un famoso militar?

— No. Era un jugador de fútbol.

— ¿Qué es el fútbol?

— Magnífico. Si lo bajamos ahí lo van a despellejar y a encerrar en un manicomio en un abrir y cerrar de ojos. — contestó AlfaW3 moviendo la cabeza de un lado a otro.

— No puedo autorizar su desembarco. Termine su misión con los colonos, vuelvan a inducirle el sueño y que regrese aquí.

— Espere un momento. — dijo S32 levantándose con dificultad de su asiento. — Yo he venido hasta aquí a instalar los nuevos comunicadores no a mezclarme con esa gente. No entiendo qué problema hay.

— La verdad es que podría limitarse a hacer su trabajo y nada más. — dijo C11 intentando que aquello no terminara con una grave falta en su expediente. — Su persona de contacto en Versus podrá mantenerle aislado de la gente para que instale

lo que tenga que instalar y punto. Dentro de menos de un ciclo tiene que venir aquí otra nave. Le podría recoger y problema resuelto.

AlfaW3 se quedó en silencio reflexionando mientras el resto hacía lo mismo apartando su mirada de él para no perder la concentración.

— Está bien. Puede ser una solución. No podemos esperar otro ciclo para utilizar los nuevos comunicadores. Bueno, siempre que usted esté de acuerdo con correr ese riesgo. ¿De verdad quiere desembarcar sin conocer todos los pormenores de esa extraña sociedad para poder pasar por uno de esos descerebrados?

— Mire yo, ya puestos, lo que quiero es bajar allí y terminar con todo esto. Además, está ese asunto del emparejamiento.

— Vale. Hagan lo que quieran entonces. Espero no arrepentirme nunca de todo esto. Por último... ¿sabe lo que significa España?

— Creo que es un instrumento quirúrgico, ¿no?

— Pues no. Es la zona del planeta Tierra donde usted va a desembarcar.

— Creía que íbamos a Versus.

— La Tierra es el nombre que le dan los indígenas y es donde estoy casi convencido de que usted va a morir. En fin, ustedes sabrán. Voy a continuar con el Ku-Te-Kido.

La imagen desapareció y los tres se quedaron mirándose durante un momento sin saber muy bien qué decir.

— ¿De verdad toda esta conversación ha sido en ese nuevo idioma que debo hablar cuando esté allí abajo? — dijo S32 que todavía seguía dándole vueltas al asunto del lenguaje.

— Y además con una riqueza de vocabulario que seguro que en tu vida habías utilizado. Ya te convencerás cuando hayas desembarcado. Ahora soy yo quien no lo tiene nada claro. Es demasiado arriesgado todo esto. — le contestó C11 cerrando la comunicación. — Menos mal que dentro de lo bestia que es esa gente, han evolucionado un poco. Hace muchos ciclos, cuando nos descubrían, nos quemaban en la hoguera. Como lo oyes. Nos quemaban vivos. Ahora les hemos enseñado algo de modales y no serían capaces de tanto.

— ¿Cuándo vamos a llegar? Tengo que preparar todo el equipo.

Los tres hombres salieron de la sala de comunicaciones. El técnico abandonó el lugar sin ni siquiera despedirse esperando que el tiempo hiciera olvidar ese pequeño asunto relacionado con su falta de control del nivel de transferencia. C11 abandonó la cubierta y fue a la parte superior de la nave donde los colonos se preparaban también para su desembarco mientras que S32 comprobaba todo el equipo de comunicaciones que debía llevar e instalar donde le indicara su contacto en ese peligroso planeta.

Fueron extrañas horas, mezcla de aburrimiento y tensión por los acontecimientos a los que se podría enfrentar. En cuanto C11 se aseguró de que en lo que se refería a los colonos estaba todo en orden, volvió a reunirse con S32 que agradeció su compañía durante esos últimos instantes de espera. C11 le contó que él había vivido algunos ciclos en el planeta Versus y le estuvo contando alguna de sus peculiaridades. Comprobó cómo S32 conocía bastantes aspectos del mismo y aunque por momentos se intentaba convencer de que la situación no era tan grave, en algunos asuntos S32 mostraba un grado tal de desconocimiento sobre aquella sociedad totalmente nueva para él que difícilmente se podría justificar si no era simulando que padecía alguna enfermedad mental. En un momento dado, mientras S32 se vestía con

unas ropas que encontró totalmente ridículas y que eran las que se empleaban en Versus, C11 se dio cuenta de un asunto crucial y en el que ni él ni AlfaW3 con toda su sabiduría habían reparado.

— Espera un momento. Dime una cosa. Si algún extraño te preguntara sobre tu origen, ¿qué le dirías?

— Pues... le diría que vengo de otro planeta para instalar...

— ¡No, no y no! ¡Esa es una de las cosas más importantes que se aprenden en la transferencia! ¡Jamás debes decir a nadie que eres, como dicen ellos, de origen extraterrestre!

— Pero si es la verdad. ¿Por qué iba yo a...

— Pues porque no puedes decir siempre la verdad. De hecho, en Versus, deberás mentir prácticamente siempre. Si no, estarás perdido.

— Vamos, no será para tanto. Si están tan subdesarrollados supongo que sabrán valorar las opiniones de alguien que ha venido de otro planeta mucho más evolucionado que ellos.

— No, en absoluto. Acabo de darme cuenta de que no puedes desembarcar con ese tipo de pensamientos. No lo puedo autorizar. Sería un suicidio.

— Escúchame. Agradezco tus preocupaciones, tu compañía y todo lo demás. Pero la decisión es mía. Allí abajo hay una mujer esperándome para emparejarse conmigo y yo llevo sin tomar kerzen casi dos ciclos y, dormido o no, te aseguro que noto algo dentro de mí que no había descubierto hasta ahora.

— ¿Te vas a jugar el cuello por una mujer?

— Pues... sí. ¿Por qué no? Tengo ya una edad y no quiero pasarme el resto de mi vida arreglando torres de comunicaciones yendo de acá para allá como un perrito

faldero. Necesito un cambio en mi vida y esa mujer seguro que me lo va a proporcionar. Quizás ella esté pensando lo mismo en estos momentos así que, si no desembarco, sería como si la traicionara.

— No sé qué decir.

— Pues dime de una vez la contraseña esa que me has comentado porque según esa señal faltan solo unos minutos para mi desembarco.

— ¡Es verdad! ¡Hemos llegado ya! S32, ¿seguro que quieres...

— Que sí, joder. Venga, cuéntame eso de la contraseña.

— Bueno. En Versus habitan varios miles de nosotros perfectamente camuflados entre los millones de habitantes que tiene el planeta. Generalmente no hay muchos contactos entre nosotros pero la forma más sencilla de reconocernos es con una frase. Al comentario “Parece que mañana va a llegar una tremenda borrasca a esta zona” se debe responder “Sí. Será cuestión de tener cerca un paraguas.” Es una forma sencilla pero muy efectiva de advertir de nuestra presencia. Úsala cuando te encuentres con tu contacto. ¿Recuerdas tus instrucciones?

— Sí. En cuanto baje de esta nave tengo que dirigirme al único cubo que habrá en la zona y que estará iluminado. Me presentaré a mi contacto y aquí se acaban mis instrucciones. Luego tendré que seguir las que me den allí.

— Perfecto. Pero, por favor, no lo llames cubo. Llámale casa. Y cuéntales el problema que ha surgido para que no te dejen solo ni un instante.

Una luz azulada se encendió en la parte superior de todas las estancias de aquella nave. Era la señal de que había llegado el momento. Los dos hombres se dirigieron a la plataforma de desembarco. S32 vestía unos pantalones vaqueros, una camisa blanca, un abrigo de color azul marino y llevaba como único equipaje una

pesada caja de color púrpura que contenía las piezas necesarias para transformar diez de los antiguos comunicadores en una nueva evolución tecnológica que iba a mejorar sensiblemente los contactos entre los dos planetas. Una señal luminosa se encendió en el centro de la plataforma. C11 se acercó a S32, juntaron sus cabezas en señal de sincera amistad y S32 se dirigió hacia la señal. Un minuto más tarde, sintió una corriente de aire proveniente del suelo y en un instante se vio envuelto en una total oscuridad. Sintió mucho frío. Poco a poco su vista se fue acostumbrando a aquella luminosidad lo suficiente como para descubrir que el suelo de la plataforma había desaparecido y que en su lugar había aparecido un terreno pedregoso y polvoriento. Miró hacia arriba y vio una luz que se alejó de allí a gran velocidad. Había abandonado la nave. Lo primero que observó fue un planeta muy luminoso que asomaba por encima de unas curiosas formaciones vegetales. La luz era lo suficientemente potente como para que pudiera ver que allí solo había miles de esas especies vegetales y, al final del camino donde se encontraba, una casa iluminada.

Hacia allí se dirigió y lo primero que descubrió fue que, a pesar de que le habían explicado que los tamaños y los poderes gravitatorios de su planeta y de Versus eran muy similares, se sentía muy pesado andando por aquel camino. A esa sensación de fatiga le siguió la desagradable impresión de que se estaba ahogando. También le habían dicho que las atmósferas eran muy similares aunque le habían advertido que se debía acostumbrar a ambientes muy contaminados en los entornos urbanos. Así que con más pena que gloria pudo llegar al final del sendero hasta la altura de la casa donde supuestamente le estaban esperando. La arquitectura de aquella construcción le pareció horrible. La luz provenía de una de las ventanas superiores y aunque S32 se acercó hasta tocar una plancha de madera que se suponía que era la entrada a aquel

edificio, allí no se abrió nada ni se detectó ninguna actividad. Dio unos pasos hacia atrás y creyó conocer que una de las formas de comunicación de aquel planeta cuando las distancias eran grandes era elevar el tono de voz lo máximo posible. Así que colocó sus dos manos junto a su boca y se dirigió a la ventana iluminada.

— ¡Ya he llegado! ¡Ya he llegado! ¿Hay alguien ahí?

Unos segundos más tarde la puerta se abrió y S32 se encaminó hacia ella. La silueta que se presentó frente a él era la de una mujer con un peinado que S32 jamás había visto y que le pareció espantoso. El vestido también le llamó la atención y cuando la luz iluminó su cara, S32 descubrió sin ningún lugar a dudas a la mujer más horrorosa que jamás había conocido. De repente recordó su sueño sobre lo de emparejarse y crear una nueva célula familiar y sintió un escalofrío. También se dio cuenta de que desde ese momento AlfaW3 tenía una enorme deuda con él.

— Podía llamar a la puerta. Es mucho más sencillo.

La mujer se quedó esperando una respuesta pero S32 en esos momentos estaba viendo toda su vida pasar delante de él y solo tenía ganas de huir de aquel planeta inmediatamente.

— ¿Desea algo?

— Pues... yo...

— Oiga, tengo prisa. ¿Quiere algo o no?

— Parece que mañana va a llegar una tremenda borrasca a esta zona.

— Sí. Será cuestión de tener cerca un paraguas. Anda, pasa de una vez. ¿Estabas haciendo una excursión por el monte o qué?

S32 entró en la casa y se quedó en un pequeño recibidor con su anfitriona justo enfrente de él. Estaba muy nervioso. A pesar de que aquella mujer le horrorizaba y que

hacía totalmente innecesario el kerzen, pensó que debía corresponder a la que iba a convertirse en su pareja. Quizás a ella tampoco le gustaba él y no obstante se tendría que conformar con su compañía para el resto de su vida. Así que armándose de valor dio dos pasos hacia adelante y se dispuso a darle un apasionado beso en su boca. Un certero rodillazo en sus partes más blandas frustró su iniciativa.

— Pero, ¿tú eres gilipollas o qué te pasa? ¿Qué haces?

— Yo... creía... — acertó a decir en cuclillas desde el suelo.

— No es conmigo con quien te vas a emparejar, idiota. Yo solo me encargaré mañana de llevarte hasta ella.

Cuando consiguió recuperar la respiración, perdida parcialmente tras el impacto, aquella mujer tuvo la delicadeza de llevarle hasta una habitación donde S32 tendría que pasar la noche. Antes de que le dejara a solas para dormir en una extraña cama, S32 intentó aclarar una cuestión que le había desconcertado casi más que el propio golpe recibido. Aquella mujer era uno de los suyos. No era uno de esos nativos medio chalados que por lo visto poblaban aquel planeta. Era alguien como él y sin embargo había utilizado la violencia para evitar un simple beso.

— Lo que no entiendo es cómo es posible que hayas tenido ese arrebatado de brutalidad conmigo. ¿Desde cuándo utilizas métodos tan salvajes para resolver un conflicto?

— Si vivieras en este planeta desde hace varios años y fueras mujer, te aseguro que también hubieras aprendido artes marciales como hice yo.

3 - Día 1866

— Al menos podías salir de una vez del coche y echarme una mano con las bolsas. — dijo V55 abriendo la puerta del copiloto y dirigiéndose al maletero.

S32 salió del vehículo, cogió las bolsas que V55 le iba pasando y se fue a llamar al ascensor. No dijo nada. Si algo había aprendido durante esos días era que hablar demasiado le estaba trayendo demasiados problemas, especialmente con su pareja. Ya había perdonado a AlfaW3 porque efectivamente V55 era una mujer atractiva, incluso más de lo que se había imaginado, aunque no le habían advertido que su belleza era solo superada por su mal genio. Siempre parecía estar enfadada. En realidad a S32 le parecía que todos los habitantes de aquel absurdo planeta donde había ido a parar estaban como una cabra. Y claro, estando siempre de mal humor, ni siquiera se había atrevido a sugerirle que siendo ya una pareja formalmente constituida, deberían haber ocurrido ya cosas entre ellos que todavía ni siquiera se habían insinuado. Pensó que lo mejor era afrontar el tema del emparejamiento lo antes posible para que la situación no se fuera enquistando hasta convertirse realmente en un asunto incómodo para los dos. Eran adultos, los dos habían accedido a emparejarse y era absurdo seguir eludiendo un tema tan natural como ese.

S32 abrió la puerta del ascensor y cedió el paso educadamente a su pareja, momento que también aprovechó su vecina de abajo, una anciana que había aparecido de repente en el garaje del edificio, para meterse dentro. El incómodo silencio que suele reinar en todos los ascensores fue roto inmediatamente por S32 que quería aclarar su situación personal de forma urgente.

— V55, tenemos que hablar de nuestras relaciones sexuales. Bueno, en realidad de la ausencia de...

— ¡Quieres cerrar esa boca de una maldita vez! — gritó V55 consiguiendo que la anciana pasara de estar escandalizada a estar asustada en cuestión de décimas de segundo. — No le haga caso, señora. Es mi hermano que es muy bromista aunque... ¡tiene la gracia en el culo!

La señora se bajó en el quinto piso mientras que S32 y V55 siguieron hasta el séptimo sin dirigirse ni una palabra. Entraron en casa y dejaron las bolsas de la compra en el suelo de la cocina.

— Joder, V55. Es que no puedo abrir la boca. Lo que no entiendo...

— No, te voy a decir yo lo que no entiendo. Para empezar, no entiendo cómo alguien ha tenido los huevos de traerte aquí sin que haya funcionado correctamente la transferencia. Y no entiendo cómo sigues llamándome V55 cuando te he dicho mil veces que me llames Covadonga.

— Covadonga es un nombre ridículo.

— Sí, puede que lo sea, pero no aquí. Aquí, cada vez que me llamas V55 delante de alguien, nos miran como si fuéramos una pareja de imbéciles. Y tú te llamas Javier. Tienes que dejar de decir tu nombre verdadero en cuanto tienes una oportunidad. Además, te dije que te quedaras en casa leyendo la enciclopedia, viendo la tele o consultando todo lo que quieras en internet. Y, recuerda, te dije que podías salir conmigo a la calle siempre que no dijeras ni una sola palabra y que te limitarás a oír, ver y callar. ¿Te acuerdas que quedamos en eso? Diríamos que eras mi primo de Noruega y así no se extrañarían de tu silencio. Y tú dijiste: “De acuerdo, no abriré la

boca". Y yo te pregunté: "¿Me prometes que no vas a llamar la atención?". Y tú me respondiste: "Sí, te lo prometo". ¿Te acuerdas o no de esa conversación?

— Sí, me acuerdo.

— Y entonces, para no llamar la atención, te pones a hablar de nuestra vida sexual delante de una desconocida.

— Bueno, llevaba un anillo y me dijiste que eso significa que está emparejada. Por eso he pensado que no sería un tema prohibido para comentarlo delante de ella.

— Es que, mientras no conozcas esta sociedad, todos los temas están prohibidos para ti. No tienes que hablar con nadie. Y en un futuro, cuando tengas que hacerlo, tienes que aprender a mentir. No puedes andar por ahí contándole a todo el mundo quién eres en realidad.

— Pero sabes que no puedo mentir y no me han preparado para lo contrario. Por lo menos aquí en tu casa puedo relajarme y no tengo que estar pensando constantemente en lo que debo o no debo decir, pero en la calle...

— Pues en la calle te callas y punto. Aquí, dentro de casa, puedes decir y hacer lo que quieras pero solo aquí, ¿entendido?

— Vale. Lo he entendido. Y ahora que estamos solos, creo que deberíamos hablar de... ya sabes...

— Pero, ¿es que me tenía que tocar a mí el tío más salido de toda la galaxia?

— Y qué quieres que haga. Llevo dos ciclos sin probar el kerzen y siento que me va a dar algo.

— Pues tómate un saco y asunto arreglado.

— Qué más quisiera yo pero ya te dije que ya no tengo y tú me contestaste que en Versus no existe el kerzen. En fin, ya veo que mi cuerpo te debe dar asco o algo así.

Pensaba que podía ser bonita la vida como emparejados pero veo que me he equivocado.

V55 se sentó en una silla de la cocina mientras contemplaba cómo su pareja desviaba la mirada para no tener que ver la expresión de su cara.

— No es eso, Javier. Yo no he dicho jamás que tu cuerpo me diera asco. De hecho... bueno, no estás nada mal.

— ¿En serio?

— Sí. Esperaba algo mucho peor, la verdad.

— Es la primera frase amable que me dices desde que nos conocemos.

— Ya lo sé. Y lo siento, créeme. Ya sé que tú no tienes la culpa de esta situación.

Pero es que creo que el que decidió seguir adelante no se dio cuenta de lo difícil que iba a ser. Pero claro, para eso está la tonta, para organizarlo todo y arreglar este desaguisado.

— ¿Quién es la tonta?

— Soy yo. Bueno... no es que yo crea que lo sea. Joder, qué difícil es hablar contigo. No entiendes ni la ironía más simple.

— Quizás lo podría hacer si supiera qué es una ironía.

V55 suspiró, se levantó, abrió el frigorífico y sacó dos cervezas.

— ¿Quieres? No es intrax pero sabe bastante bien.

S32 aceptó y durante unos minutos los dos estuvieron tomándose sus cervezas sin decirse ni una sola palabra.

— Debemos trazar un plan y seguirlo a rajatabla. Tú tienes todavía que viajar a muchos sitios para arreglar los condenados comunicadores pero es imposible que lo hagas solo. No puedes andar por ahí sin saber qué hacer con los cubiertos que te

ponen en un restaurante, mirando a la gente por la calle con cara de loco, especialmente a las chicas, o que te esté a punto de atropellar un coche cada dos minutos.

— Eso de los semáforos es una gilipollez.

— Sí, es muy elemental, pero si no les haces caso te juegas la vida. Aquí los vehículos no detectan personas ni a otros vehículos ni nada de nada. Te tienes que fiar de cómo conduce esta gente así que, o te fijas en los semáforos o voy a enviudar en un abrir y cerrar de ojos.

— Quizás así te quedarías tranquila. — dijo S32 cogiendo una manzana de encima de la mesa.

— No digas bobadas. La cuestión es que debo acompañarte de momento a todas partes y tú tienes que hacerme caso y ser un buen chico. ¿Podrás serlo?

— Sí, supongo que sí.

— ¿Qué has aprendido hoy en el supermercado?

— Pues he aprendido que no puedo comer lo que allí se expone hasta que tú hayas concluido la transacción comercial dando a los responsables del local ese estúpido dinero.

— Exacto. Y tienes que aprender a hablar de otra manera. Así no puedes ir por la vida.

— Me dijiste que hablo perfectamente el idioma local.

— Sí, pero pareces un académico de la lengua. Hasta que tú hayas concluido la transacción comercial... Di que no puedes comer hasta que yo pague y punto. Y olvídate de hablar de ciclos, cubos, kerzen y demás vocabulario que nadie entiende. Y respecto a los servicios, ¿qué aprendiste ayer?

— Que antes de entrar tengo que fijarme que en la puerta exista un cartel que ponga caballeros, o con una silueta masculina, o con una chistera o con el símbolo de la colonia R.

— Aquí simboliza el sexo masculino.

— Ya. No te preocupes, no me olvidaré la próxima vez. He pasado de no poder entrar en las zonas mixtas de nuestro planeta a contemplar bastante más de lo que jamás me hubiera imaginado. Esta noche me ha costado conciliar el sueño.

V55 soltó una carcajada por primera vez delante de S32 en el preciso momento en que sonó el teléfono.

— ¿Qué demonios es ese ruido?

— Eso es el teléfono. Ya te hablaré sobre él. Es un comunicador de audio. Tengo que contestar.

S32 siguió a V55 hasta el salón para ver de dónde salía aquel sonido tan particular. Vio cómo ella descolgaba el auricular, se lo acercaba a la cabeza y comenzaba a hablar con su interlocutor. Un minuto más tarde, V55 tapó el auricular con una de sus manos mientras cerraba los ojos pensando en lo que debía hacer.

— ¿Ocurre algo? — le preguntó S32.

— En realidad sí. ¿Me podrías hacer un favor? ¿Podrías quedarte tú solo en casa esta tarde? Tendría que ir a casa de una amiga.

— Pues claro que me puedo quedar solo. Me tratas como si fuera un niño. ¿Crees que le voy a pegar fuego a la casa o algo así?

— No, claro que no. Bueno... ahora que lo dices... ¿sabes cómo funciona una cocina de gas?

— Creo que no.

— Pues prométeme entonces que te quedarás en el salón.

Tras la promesa, V55 terminó su conversación con su amiga y una hora y media después se despedía de S32 hasta la hora de cenar. Unos días antes había aprendido el manejo de la televisión y del ordenador así que S32 se dispuso a pasar otra tarde de aprendizaje de los secretos de aquel planeta tan extravagante. Era la primera vez que estaba solo sin la compañía de V55 y se sintió raro. Solo habían pasado unos días desde su llegada pero ya se estaba acostumbrando a su nueva vida aunque ésta no hubiera comenzado precisamente como un cuento de hadas. La última carcajada de V55 le hizo concebir esperanzas en un futuro algo más agradable.

Cuando estaba en plena diversión viendo los anuncios de la teletienda, sonó el timbre de la puerta. S32 se levantó del sofá, se dirigió hacia la entrada y se quedó esperando acontecimientos. El timbre volvió a sonar y unos segundos más tarde también se oyeron unos golpes en la puerta.

— ¡Covadonga, abre! Sé que estás ahí. Estoy oyendo la tele.

— Es que la estoy viendo yo. — contestó S32 convencido de haber aclarado la situación.

— ¿Quién eres? ¿Me puedes abrir, por favor?

— No lo sé. ¿Tienes las llaves? — le preguntó S32 para terminar de desconcertarlo.

— Si las tuviera no estaría hablando a través de la puerta. ¿Estás encerrado en casa o qué?

— Pues... no estoy seguro. Voy a ver.

S32 se acercó a la puerta y la abrió para toparse con un hombre de unos 35 años, moreno y con un pelo excesivamente engominado que le miraba con una extraña expresión.

— Hola. ¿Está Covadonga?

— Pues no. Se ha ido hace un rato a casa de una amiga. Antes le ha llamado por teléfono, han estado hablando un rato y me ha preguntado que si me podía quedar solo en casa. Yo le he dicho que por supuesto, así que se ha puesto un vestido azul que a ella le gusta mucho aunque a mí me horroriza y se ha ido. Ahora mismo yo estaba viendo la teletienda.

— Perdona pero... ¿quién eres tú?

— Pues me llamo Javier, aunque estando dentro de casa no tendría necesidad de mentirte. Y tú, ¿quién eres?

— Soy Aitor. Perdona que insista pero, aparte de llamarte Javier, ¿quién eres?

— Ah, ya entiendo. Se me olvidaba. Parece que mañana va a llegar una tremenda borrasca a esta zona.

— ¿Cómo dices?

— Digo que parece que mañana va a llegar una tremenda borrasca a esta zona.

— Ya. Bueno, gracias por la información. ¿Sabes si va a volver Covadonga dentro de poco?

— Supongo que volverá dentro de un par de horas como mucho. ¿Seguro que no me tienes que decir nada sobre un paraguas?

— Oye, no sé si esto es una broma o algo así pero yo no le veo la maldita gracia. Llevo intentando hablar con Cova desde hace unos días y no consigo que coja el móvil.

No sé si le ha pasado algo o si está enfadada conmigo por alguna razón. Y lo que sigo sin saber es quién eres tú.

— Pues, soy su pareja. Oye, me ha gustado eso de Cova. Es mucho mejor que Covadonga.

— ¿Cómo que su pareja? ¿Su pareja de qué? ¿De baile? ¿De dónde has salido tú?

— Pues he venido de muy lejos. Decir que vengo de muy lejos no es mentir.

— Pero... entonces... ¿estáis casados o algo así?

— Sí. Desde hace unos diez días. Increíble, ¿verdad?

— Lo puedes jurar. Bueno, pues entonces... yo me tengo que ir.

— ¿Por qué? Si eres amigo de Cova seguro que querrá verte. Tendrá ganas de hablar con alguien además de conmigo. Hace unos días que casi ni salimos de casa. Ya te puedes imaginar.

— Pues no. No tengo ganas de imaginarme nada.

— Te invitaría a tomar una bebida pero no puedo entrar a la cocina.

— ¿Por qué no?

— Se lo he prometido. Hasta que no sepa utilizar una cocina de gas dice que es mejor que me quede aquí.

— Oye, aquí pasa algo raro. Tú, no sé de qué vas, tío, pero Cova nunca me ha hablado de ti. Y, la verdad, me parece que no eres precisamente su tipo.

— ¿Qué quieres decir? ¿Crees que estoy un poco gordo? Tendría que...

— Lo que me parece es que eres un pésimo actor y que por alguna razón que no entiendo, Cova te ha dicho que me espantes de aquí. Pues no me pienso ir hasta que ella me explique en persona lo que está pasando.

— Perfecto. Tomémonos entonces una cerveza. ¿Te importaría cogerlas tú mismo del frigorífico? Una promesa es una promesa.

Aitor entró a la cocina, cogió dos cervezas y se sentó en el sofá del salón dispuesto a aclarar toda aquella comedia. Con un cierto aire impertinente se dispuso a comenzar un interrogatorio que dejara a aquel tipo en evidencia y terminar así con aquella situación tan ridícula.

— Así que os casasteis hace diez días. Y, ¿desde cuándo os conocéis?

— Desde ese día. Fue cuando llegué aquí.

— Pues sí que os disteis prisa. Un poco precipitado para una persona como Cova. Ella, como sabrás, es bastante reflexiva y... no sé... ¿no te parece un poco raro que te conociera y el mismo día se casara contigo? ¿Y cómo hicisteis para encontrar un sitio para casaros? Esto no es Las Vegas.

— De donde venimos no hace falta ese trámite.

— ¿Y de dónde venís si puede saberse?

— Pues... de muy lejos, la verdad.

— Bueno, no creo yo que Logroño esté muy lejos.

— ¿Logroño? ¿Dónde está eso?

— Cova me dijo que era de Logroño. Por eso lo digo.

— No está bien mentir. No debería hacerlo.

— ¿Por qué iba a mentirme? ¿No es de Logroño o qué?

— Dejemos el tema. Estoy tan cómodo hablando aquí contigo. No tengo porqué mentir a nadie estando dentro de casa. Ese fue el trato. Cuéntame algo de ti. ¿La conoces tú desde hace tiempo?

— Pues desde luego desde hace más de diez días. La conocí en la universidad y, bueno, nos enrollamos. No le puedo considerar mi novia porque nunca le ha gustado esa palabra. Y porque, claro, ahora que está contigo, tampoco sería muy normal. A lo mejor a ti no te importa que sigamos con nuestra relación y hagamos el amor esporádicamente. No sé, quizás vosotros, los de Logroño, seáis así. ¿Qué te parece?

— No sé qué decir. No sabía que había tenido relaciones con alguien que no fuera... ya sabes... que no fuera... nosotros.

— Qué pena. Siento desilusionarte pero la verdad es que sí. Sí ha tenido relaciones con alguien que no sea... ya sabes... que no sea... de Logroño.

S32 se levantó del sofá y dio unos pasos por el salón intentado entender la situación. Le parecía increíble que V55 hubiera tenido relaciones más que amistosas sin haber sido emparejada previamente. Esa desobediencia parecía propia de los indígenas de aquel planeta tan indisciplinado y ella parecía haberse contagiado de ellos tanto como para vulnerar una de las leyes más sagradas.

— ¿Crees que le importará a Cova si entro en la cocina? Me ha entrado hambre.

— dijo S32 repentinamente.

— No, claro que no. Además estoy yo para evitar que haya un incidente con la cocina de gas. Si es posible a mí también me gustaría picar algo. ¿Tenéis queso? Creo que esto va a ser muy divertido.

Minutos más tarde S32 entró al salón con una bandeja con un gran trozo de queso, dos naranjas, una lechuga y tres pimientos verdes.

— Sí que sois raros en tu pueblo con la merienda. Y tú, ¿a qué te dedicas?

— Soy ingeniero de comunicaciones. Estoy especializado en reparaciones de torres T22. Oye, entonces... no sé si es muy adecuado este tipo de preguntas pero... ¿os habéis acostado juntos varias veces tú y Cova?

— Sí claro. Y no te preocupes. Dos amigos como nosotros podemos compartir estas cosas sin que nos deba dar vergüenza.

— Ah, ya entiendo. Es que a veces no sé muy bien el tipo de cosas que se deben preguntar. Me está costando adaptarme mucho más de lo previsto. Y, ¿tú crees entonces que Cova es reacia a emparejarse conmigo debido a su relación contigo?

— Pero... ¿es que vosotros todavía no...?

— Pues no. Y la verdad estoy ya un poco desesperado. No sé qué hacer.

— Pues no te preocupes. Si quieres yo te puedo explicar lo que le gusta. Modestia aparte, creo que ella está bastante satisfecha con nuestra relación.

— Joder, eso me sería de mucha ayuda. Espera un momento, que se me olvidaba una cosa.

S32 se levantó, entró en la cocina y volvió a entrar en el salón enarbolando un enorme machete en su mano derecha. Aitor se puso instintivamente de pie sin separar su mirada de aquel instrumento que le pareció gigantesco.

— Cuéntame las cosas que hacéis antes de acostaros. No sé, quizás yo las pueda repetir y así consiga por fin que me haga caso. Reconozco que no tengo ninguna experiencia.

— Espera un momento, tío. Estaba bromeando. No te pongas así.

— ¿Cómo que estabas bromeando? Pero, ¿os habéis acostado sí o no? Dime la verdad.

— Sí... sí... nos hemos acostado. Pero te juro que yo no sabía nada de lo vuestro. Deja ese machete, por tu padre. Te juro que desapareceré y que no volveré en mi vida por aquí. — dijo Aitor retrocediendo hasta tirar una lámpara de pie que estaba al lado del sofá.

— Ten cuidado, por favor. Cova se va a pensar que he sido yo y se va a enfadar conmigo. — le contestó S32 que seguía moviendo su machete arriba y abajo. — Pero siéntate, me tienes que contar más cosas de vuestra relación.

— Joder, tío. Te juro que pensaba que estabas bromeando. ¿Cómo iba a saber yo que Cova estaba ahora contigo? Déjame marchar, por favor. Te juro que no volverás a oír hablar de mí en tu vida.

— Pero, ¿qué te pasa? ¿No querías un poco de queso? ¿Quieres partirlo tú? — dijo alargando el machete hacia Aitor que como respuesta pegó un grito ensordecedor, saltó por encima de un sillón y, tras chocar contra la pared del salón, consiguió llegar a la puerta de la calle y abandonar la casa bajando las escaleras como un poseso.

S32 cerró la puerta, intentó dejar todo como estaba antes de la extraña visita para que V55 no se enfadase de nuevo con él y se sentó en el sofá para reflexionar mientras se comía media lechuga y dos pimientos verdes. No podía dejar de pensar en que su nueva pareja había estado con un indígena sin el conocimiento de la corporación. Era un comportamiento del que jamás había oído hablar. Estaba empezando a entender que en Versus las cosas funcionaban de otra manera pero ese asunto le parecía totalmente censurable. Encendió la televisión con la esperanza de olvidarse momentáneamente de ese asunto hasta que lo pudiera aclarar con ella esa misma noche. Minutos más tarde escuchó de nuevo el timbre de la puerta seguido de

unos grandes golpes en la misma. Se dirigió hacia allí pensando que quizás se hubiera olvidado Aitor alguna cosa.

— ¡Policía! ¡Abra la puerta inmediatamente!

— Ahora no puedo. Estoy viendo la teletienda.

4 - Día 1869

S32 se sentó en una de las tres sillas que había en aquella habitación. Le habían dejado solo durante más de media hora, tiempo que había aprovechado para recorrer de un lado a otro aquella estancia que no tendría más de quince metros cuadrados. Así que, dado que allí no eran muchas las proezas gimnásticas que se podían realizar, decidió sentarse y esperar a que alguien le indicara qué debía hacer.

Nada más sentarse, la puerta se abrió y entró un hombre de unos cincuenta años, delgado, vistiendo un traje que no le sentaba nada bien y llevando unas carpetas llenas de documentos que estuvieron a punto de caérsele al suelo cuando intentó cerrar la puerta con su pie derecho. Los dos se miraron y se sonrieron mientras S32 se lamentó de no haberse sentado en la silla mucho tiempo antes ya que, a su juicio, eso era lo que estaban esperando de él para dar el siguiente paso.

El hombre se sentó frente a él y depositó como pudo sus documentos encima de una mesa de madera que era el único mobiliario de aquella sala. Abrió la primera de las carpetas y ojeó distraídamente unos cuantos folios que, a juzgar por su estado, no

era la primera vez que iban a ser estudiados. S32 se limitó a observar divertidamente aquella escena.

— Buenos días. Déjeme que me presente. Me llamo Ignacio Urrutia y soy psiquiatra. Quiero dejarle bien claro desde el principio que mi misión aquí y el objetivo de esta entrevista es evaluar su salud mental y que mis conclusiones podrán entrar a formar parte del dossier del ministerio fiscal si al final hay un proceso judicial contra usted. ¿Entiende usted exactamente lo que le estoy diciendo?

— Nítidamente. Como ya he explicado a algunas de las otras personas que me han entrevistado, entiendo la totalidad de su vocabulario aunque el sentido de algunos de los vocablos que ustedes utilizan me dejan cierta pesadumbre y un pequeño hábito de desazón. ¿Entiende usted exactamente lo que le estoy diciendo?

El psiquiatra miró a S32 con expresión de sorpresa. Le mantuvo la mirada durante unos segundos y después volvió a dirigirla al informe que tenía frente él. De repente cerró la carpeta con un aire excesivamente teatral, cruzó los brazos y se reclinó en su silla.

— Mire... ¿cómo quiere que le llame?

— Por mi nombre estaría bastante bien.

— Y ese es...

— Evidentemente, a pesar de que seguro que figura en ese informe, parece que le gustaría a usted escucharlo de mi boca y yo no soy nadie para privarle de ese placer.

Mi nombre es Sarasola32XY aunque mi nombre operativo es S32.

— ¿Qué significa nombre operativo?

— Bueno, en mi planeta también intentamos economizar con el vocabulario. Creo que ustedes también lo hacen.

— ¿Es usted consciente de que decir que viene de otro planeta no le ayuda en nada?

— No entiendo por qué no. Simplemente estoy contestando a lo que ustedes me preguntan.

— Mire, le repito que mi misión aquí es evaluarle desde un punto de vista psiquiátrico. Creo que estoy mostrando mi buena voluntad. Estoy aquí, encerrado a solas con usted. He dejado a su custodia policial fuera de esta sala porque quiero ayudarle. Me gustaría tener con usted una charla sincera si es posible.

— Me parece perfecto, aunque confieso que preferiría estar en algún otro lugar más oreado. No entiendo muy bien todavía sus costumbres pero, ¿podríamos tener esta conversación en algún lugar de la costa oeste de los Estados Unidos?

— ¿Por qué quiere usted ir allí?

— Bueno, vi el otro día en la televisión unas imágenes de aquella zona y me parece un lugar interesante para visitar. ¿Podemos ir?

— Evidentemente no. Creo que tendré que empezar por el principio. ¿Sabe usted por qué está retenido en esta sala y por qué no podemos ir ahora a la costa oeste de los Estados Unidos?

— Pues la respuesta a la primera pregunta es por un asunto relacionado con un cubierto de cocina y desconozco las razones para no poder ir ahora a Manila.

— Manila no está en la costa oeste de los Estados Unidos.

— Vaya, lo siento. Me hago un poco de lío con su geografía.

— ¿Insiste en que su origen es extraterrestre?

— Insisto. No sé qué tiene eso de excepcional.

— Bueno, ya que lleva un tiempo en la Tierra, debería saber que la mayor parte de sus habitantes no creemos en que seres de otros planetas nos visiten y, mucho menos, vestidos con vaqueros y zapatillas de jugar al tenis.

— ¿Ah, no? ¿No es un atuendo apropiado para la gente de mi origen?

— No, no me refiero a la ropa. Quiero decir que usted dice que viene de otro planeta y se extraña de que los terrícolas nos quedemos perplejos ante esa afirmación.

— Pues... sí, la verdad. Aunque dado que su nivel de evolución es muy inferior al nuestro, entiendo que no crean en que existen otros niveles de civilización muy por encima del suyo. Pero, a mi modo de ver, negar la evidencia no sirve para nada.

— ¿Y cuál es la evidencia de que exista esa vida inteligente fuera de la Tierra?

— Pues... yo, por supuesto.

— Bueno. No sé. Se podría pensar simplemente que usted está mintiendo y la evidencia dejaría de existir.

— Mentir es una de esas palabras que le he dicho que entiendo pero que no sé muy bien explicar su significado.

— ¿Significa eso que usted no sabe mentir?

— Pues... no estoy seguro. Si usted me pone un ejemplo, quizás sea capaz de hacerlo. Me gustan los nuevos retos y seguir en mi proceso de adaptación a su planeta.

— Bueno. Por ejemplo, si usted me hubiera dicho que, en lugar de Sarasola32XY, su nombre era Manolo99FX, entonces me habría mentido.

— Pero, ¿para qué iba a decirle yo un nombre falso?

— Pues, no sé. Por ejemplo, si yo le hubiera dicho que tenía la orden de llevar a Manolo99FX a la costa oeste de los Estados Unidos, usted podría haber mentido, decirme que era esa persona y ahora mismo estaría allí tranquilamente.

— Pero yo no me llamo así. Además, donde en realidad quiero ir al salir de aquí es a Manila. Sigo sin entender muy bien...

— Vale, vale. Déjeme que le pregunte una cosa. Si usted estuviera en mi lugar, ¿no le parecería raro estar con una persona que dice venir de un lejano planeta hablando en un castellano perfecto?

— Ve, esa es otra de las cosas que hacen ustedes aquí. Se creen que tienen el mejor planeta, el mejor lenguaje, las mejores bebidas... El castellano es un idioma extremadamente simple en su vocabulario y en su sintaxis así que no es nada del otro mundo aprenderlo perfectamente a poco que se dedique algo de tiempo a ello. Y yo, le aseguro, he tenido mucho tiempo durante el camino para aprender muchas cosas.

— ¿Quiere decir que en su planeta no se habla castellano?

— Por favor, no se ría de mí. Por supuesto que no.

— ¿Podría decirme algo en ese lenguaje tan sofisticado de su planeta? No sé, buenos días o algo así.

— Pues siento defraudarle pero no puedo. Yo no sé mucho de transferencias pero, por lo que se ve, para que mi comunicación en castellano sea perfecta, me han anulado la capacidad de hablar en mi lengua.

— Vaya por Dios. Es una pena. Y, ¿cuántas lenguas se hablan en su planeta?

— Una, desde luego. Esa enorme variedad que tienen aquí es otro síntoma de su bajo nivel de desarrollo.

— Bueno, la verdad es que en la Tierra lo vemos al revés. Para mí, la existencia de muchos idiomas de orígenes tan distintos es una riqueza cultural impresionante.

— Pues a mí me parece una gilipollez. Bueno, perdóneme. Sé que soy un poco mal hablado pero no lo puedo evitar.

— Otra cosa. Yo no entiendo nada de astronomía pero... no sé... para que tuviéramos una prueba más fehaciente de su origen, ¿me podría decir dónde está su planeta? Quizás una especie de coordenadas que yo podría transmitir a un grupo de astrónomos para que...

— Déjelo, no se canse. No tengo ni pajolera idea de dónde está mi planeta. Tampoco yo soy astrónomo. Soy lo que ustedes llamarían un hombre en viaje de negocios. Si usted viajara mañana a China, quizás algún habitante de aquel país le podría preguntar, como prueba de su origen europeo, que le escribiera en un papel la latitud y longitud del pueblo donde vive. ¿Qué haría usted?

— No sabría qué contestarle.

— Creo que nos vamos entendiendo.

— Pero al menos podría señalarle en un mapa dónde vivo.

— De acuerdo. Otro ejemplo. Usted es una persona que jamás ha viajado fuera de su ciudad. No solo eso. Jamás ha visto un mapa ni de su ciudad, ni de su país, ni mucho menos de su planeta. Un día le meten en un avión, le duermen y aparece de repente en otro sitio del planeta dónde alguien le pide que dibuje en un papel el lugar exacto dónde vive. ¿Qué haría usted?

— Decirle que no podría hacerlo.

— ¿Ve cómo nos vamos entendiendo?

— Supongo que es consciente de que la lógica dice que el que tiene que hacer las preguntas aquí soy yo.

— Perdóneme. Tiene usted razón. Es que esta conversación me parece fascinante.

— Bueno. Lo abordaré de otra manera. No sabe dónde está su planeta pero al parecer lo que sí es cierto es que se encuentra muy lejos. Dice usted que ha tardado mucho tiempo en llegar.

— Sí. Eso es cierto.

— Y sin embargo, aquí está usted. Con un aspecto perfectamente humano. Si viene de otro planeta, lo lógico sería pensar que usted tendría que tener un aspecto diferente al nuestro. No sé, cuatro brazos, tres ojos...

— De nuevo se ríe usted de mí. Lo más correcto sería decir que ustedes tienen un aspecto idéntico al nuestro y no al revés. Al fin y al cabo pertenecemos todos a la misma especie.

— ¿Qué quiere decir? Nuestro aspecto actual se debe a la evolución que hemos sufrido a lo largo de millones de años. Y ustedes, viviendo a esa fantástica distancia, ¿han llegado a tener el mismo aspecto que nosotros, los pobres terrícolas?

— Quiero decir que ese asunto de la evolución sí es correcto. Así se produjo pero no en este planeta. De nuevo se creen ustedes el ombligo del universo. Una expresión que, por cierto, me parece muy graciosa.

— Me he perdido.

— La evolución hasta llegar a ser como somos ahora tuvo lugar en mi planeta, no en el suyo. Fuimos nosotros los que, en la época de la primera expansión, colonizamos varios planetas con las condiciones adecuadas de habitabilidad. Ni siquiera fue este planeta el primero en ser colonizado.

— Ya. O sea que todos nosotros somos descendientes de gente de su planeta que vino aquí hace... ¿cuánto tiempo?

— Unos 18.000 ciclos.

— Que en años son más o menos...

— Pues si un ciclo en estos momentos son 2,65587 años, digamos que vinimos aquí hace unos 47.805,66 años.

— No lo entiendo. Ustedes, con su magnífica civilización, llegaron aquí con sus naves espaciales o como quiera que viajen por esos mundos de Dios y, ¿qué hicieron? ¿Se quitaron sus trajes espaciales, se cubrieron de pieles de mamut y se pusieron a pintar bisontes en una cueva?

— Bueno, eso no es muy distinto a lo que pasó en realidad aunque suena mejor que lo que se desarrolló fue un nuevo proyecto de civilización partiendo de un estado A3 o, lo que es lo mismo, partiendo de un desarrollo tecnológico prácticamente nulo.

— Eso está en contra de lo que nos dicen los antropólogos. Si aquí no ha habido ninguna evolución, no existirían restos fósiles de otras especies humanas que nos precedieron.

— Son todos importados.

— ¿Trajeron ustedes los fósiles desde su planeta?

— Sí. Siento decepcionarle.

— Me parece demasiado rebuscado que ustedes trajeran aquí hombres y enterraran fósiles para que 50.000 años después se empezaran a estudiar y naciera la teoría de la evolución.

— Sin embargo a mí me parece extremadamente simple. Esa es la diferencia entre ustedes y nosotros.

— Ya veo. Tienen ustedes alguna especie de superpoderes o algo parecido, ¿no?

— No son superpoderes. Son simplemente capacidades en las que nos iniciamos desde que somos niños. Ustedes podrían llegar a los mismos niveles si no desperdiciaran su infancia en aprendizajes tan simples.

— ¿Me puede hacer una demostración de esas capacidades tan increíbles?

— Pues... no sé. No se me ocurre ahora mismo cómo podría...

— ¿Sabe volar? ¿O atravesar las paredes?

— Sabe, es un poco frustrante esta conversación. Me está usted decepcionando sobremanera. Entiendo su escepticismo pero creo que no merezco que se ría usted de mí.

— Lo siento. Tiene razón. Antes ha hecho un cálculo matemático que no he comprobado pero que supongo que sea correcto. ¿Es esa una de sus habilidades?

— Sí. Tenemos la capacidad de cálculo y de observación millones de veces más desarrollada que ustedes.

— Póngame un ejemplo.

— Pues... Esta sala mide 4,8796 metros de largo y 3,5226 de ancho.

— Impresionante aunque sería cuestión de calcularlo. Pero usted ha estado un buen rato a solas dando vueltas por la habitación. Se podría haber entretenido en calcular las dimensiones de esta habitación.

— Eso es exactamente lo que he hecho. En los 36 minutos y 42 segundos que he estado dando vueltas he calculado eso, he visto que en cada panel del techo hay 1.554 agujeritos, que en cada baldosa de mármol hay 65 manchas negras y 34 granates... En fin, es una forma como cualquier otra de pasar el tiempo.

— Está usted tratando de impresionarme. Eso solo demuestra que ha tenido mucho tiempo libre durante la espera.

— No es por el tiempo. Es simplemente cuestión de observar activamente las cosas. Esas carpetas con papeles que usted ha traído no estaban aquí durante mi espera, ¿no?

— No... claro que no.

— Pues le diré que en total lleva usted 571 folios ahí guardados.

— Impresionante. ¿Pretende usted que los cuente para comprobar su increíble capacidad de observación?

— Es usted el que está cuestionándola. Usted sabrá lo que debe hacer. ¿No le enseñaron a intentar obtener la mayor cantidad de datos empíricos en la facultad de Oviedo?

— Un momento. ¿Cómo sabe que estudié allí?

— Pues, usted me lo ha dicho.

— No. Yo no le he dicho eso en absoluto.

— No conscientemente. Ya le he dicho que sus formas de comunicarse aquí son extremadamente rudimentarias. Yo no solo escucho lo que me dice de viva voz sino que hay mucha información que me llega proyectada desde su mente.

— ¿Puede leer el pensamiento?

— No, no es eso. Si usted piensa en un número y pretende que yo lo adivine será muy difícil que lo consiga. Sin embargo, mientras está hablando, hay muchos más canales de comunicación abiertos de los que usted conoce.

— Y, ¿cuándo le he dicho yo que había estudiado en la facultad de Oviedo?

— Pues en un momento de la conversación usted me ha dicho que una vez hablaron de un caso similar al mío en una clase de psicopatología, justo el mismo día

que acabó usted en una fiesta montándoselo con aquella rubia tan fea en los servicios del apartamento de un amigo.

El psiquiatra se levantó de repente de su silla y dio dos pasos hacia atrás hasta toparse contra la pared. Miró a S32 con una mezcla de incredulidad y de espanto. Se dirigió a una de las esquinas y se quedó mirando hacia el suelo intentando encontrar una explicación a lo que acababa de escuchar.

— Ahora mismo sé que está pensando en darle a los policías que hay detrás de la puerta sus informes para que cuenten el número de páginas y que comprueben si son efectivamente 571. Pero eso no implica que le esté leyendo el pensamiento. Es lógica pura, algo que ustedes no emplean mucho por aquí.

— Mire, no tengo ni idea de quién le ha dado esos datos sobre mí pero le juro que lo voy a averiguar.

— Vamos, no se enfade. Además, no le veo a usted contándole a todo el mundo lo de su aventura con aquel adefesio. Dudo que alguien que no sea usted o ella conozca ese devaneo y, la verdad, no le creo tan ingenuo como para creer que nos hemos puesto de acuerdo ella y yo para volverle loco.

Tras un incómodo silencio, el psiquiatra recogió su documentación, abrió la puerta y llamó a uno de los policías que esperaban en el exterior.

— ¿Serían tan amables de hacerme un favor? ¿Podrían contar cuántas hojas hay guardadas en estas carpetas? Ya sé que desde luego no es uno de sus cometidos pero si pudieran...

— No se preocupe. Lo haremos ahora mismo. Estamos más aburridos que una paraguaya y no tenemos nada más interesante que hacer.

— Por favor, háganlo de forma concienzuda. Necesito el número exacto de páginas. Si tienen que comprobarlo varias veces, no duden en hacerlo.

— Tranquilo. Será por tiempo. En cuanto terminemos, le diremos el resultado.

El policía cerró la puerta y el psiquiatra se quedó de nuevo observando una de las paredes con la mirada perdida.

— Ahora me imagino que está usted pensando que si he acertado, no tendrá una explicación para ello. Y si el número de páginas no se parece en nada a 571, habrá hecho el pardillo cayendo en la trampa de un paciente que sufre unos supuestos trastornos psicológicos.

— No vuelva a hacer eso, por favor.

— ¿El qué?

— Hacer como que me está leyendo el pensamiento. Me hace sentir incómodo.

— Lo siento. Y ahora, ¿qué hacemos?

— Veo que le divierte la situación. Confieso que ha conseguido lo que pretendía.

Estoy perplejo con nuestra conversación.

— Perdone pero yo no pretendía eso en absoluto. Simplemente contesto a lo que se me pregunta. Ya se lo he dicho.

— No tengo más preguntas para usted. Tengo que realizar un informe y no tengo ni idea de lo que voy a plasmar en él. Solo le diré para su satisfacción que es usted la persona con mayor poder de persuasión que conozco. Cualquiera que le hubiera escuchado diría que es usted un verdadero extraterrestre.

— Cualquiera menos usted, claro.

— Por supuesto. Tengo la mente lo suficientemente bien amueblada como para que no me cieguen estos fuegos artificiales que ha desplegado delante de mí con tanta

satisfacción por su parte. Se ve que se ha tomado muchas molestias a la hora de montarse ese universo paralelo lo cual habla de que usted no solo es muy persuasivo sino también muy metódico y minucioso. Es la primera vez en mi vida que comento los resultados de una consulta con el propio paciente pero, la verdad, creo que usted se lo merece.

— Empiezo a entender un poco mejor porqué la situación actual aquí es la que es.

— ¿A qué se refiere?

— Ustedes no escuchan. El primer motor del aprendizaje es la curiosidad y la humildad. Aquí en la Tierra, ni son curiosos para escuchar opiniones que se salgan de sus esquemas preconcebidos, ni humildes para poder aprender de ellas. Están llenos de celos, miedos, envidias... Es increíble que no hayan aprendido nada durante tantos y tantos años.

— Bueno, yo no diría tanto. Desde las pinturas rupestres hasta internet algo sí hemos aprendido, ¿no?

— ¿Ve a lo que me refiero? Manejan un ordenador y ya se creen los más listos del universo. Viven ustedes en un planeta en el que un tanto por ciento altísimo de la población se muere de hambre y están orgullosos de los logros conseguidos. Se invaden países para obtener más recursos de los que se pueden gestionar, se mata por cuestiones religiosas, por envidia, por un ansia sin medida de poder... Lo mismo que durante la época que usted llama de las pinturas rupestres. ¿Y me pregunta si han avanzado algo en su grado de civilización?

— ¿En su planeta no hay guerras?

— Desde luego que no. Me ofende simplemente que lo pueda pensar.

— Ni hay envidias, ni desigualdades, ni un triste asesinato.

— No. No tienen ningún sentido.

— Bueno, la envidia es un sentimiento muy humano y ustedes dicen que lo son igual que nosotros.

— De eso nada. La envidia es un sentimiento muy terrenal si lo quiere decir así pero de humano no tiene nada.

— Explíqueme una cosa. ¿En su planeta todos viven en el mismo tipo de casa?

— No.

— Hay entonces unas casas mejores que otras. Póngame un ejemplo.

— Pues... los A2 viven en casas más grandes cerca los centros de comunicaciones y los H1 como yo vivimos en residencias más pequeñas y más alejadas de lo que ustedes llamarían aquí centros comerciales.

— Perfecto. Y en esas casas más grandes, esos A2 pueden tener cosas que usted no puede tener. Piense en alguna.

— La diferencia principal es que ellos tienen un piso superior donde generalmente colocan plantas y a veces algún animal doméstico.

— Usted, ¿no puede tener plantas en su casa?

— No, claro que no. Menuda idea.

— ¿No le gustan las plantas?

— Sí, como a todo el mundo.

— Entonces, ¿no le gustaría tener una casa lo suficientemente grande como para poder tenerlas?

— Yo no puedo tener una casa grande.

— A eso me refiero. A usted no le dejan tener una casa grande. Tiene que conformarse con una pequeña y además, sin ninguna de esas maravillosas plantas que tanto le gustan. ¿No siente algo de envidia por esa razón? ¿No tiene en mente a veces, desde lo más profundo de sus instintos, unas ganas enormes de entrar a una de esas casas, robar unas plantas y quedárselas para disfrutar de ellas en su propia casa?

— ¿Para qué iba a querer yo unas plantas en mi casa?

— ¿No me acaba de decir que le encantan las plantas?

— Claro, por eso me gusta que las tengan los A2 en sus casas.

— Pero, ¿y usted? ¿Por qué puede tener un idiota A2 en su casa algo que usted no puede poseer? ¿No le parece injusto?

— Lo que me parece injusto es que usted insulte a los A2 si no conoce a ninguno.

En ese momento se abrió la puerta y uno de los policías entró con la documentación del psiquiatra.

— ¿Le dejo estas carpetas en la mesa?

— Sí, por favor. ¿Han contado cuantos folios contienen?

— Un par de veces. 570. ¿Seguimos esperando fuera?

— Sí, gracias. Ahora mismo salgo.

El psiquiatra cerró la puerta y le dirigió una mirada de resignación a S32.

— Estoy impresionado. Ha fallado solo por una.

— No. El número correcto es 571. Son ellos los que se han equivocado.

— ¿Usted no comete nunca ningún error?

— Claro, pero no en algo tan simple como contar el número de páginas de un libro.

— Volviendo a lo asquerosa que es nuestra civilización y lo buenos y bien organizados que están ustedes, dado que no conocen ni la envidia, ni la violencia ni nada de nada, ¿qué haría si le digo que mi informe hablará de que hay que internarle de por vida en un centro psiquiátrico porque es usted un loco peligroso?

— Pues diría que es un pésimo profesional.

— Pero, ¿no le darían ganas de cogermelo por el cuello, amenazar con matarme e intentar huir de aquí?

— ¿Está tratando de darme ideas? Es una broma. Por supuesto que no lo haría.

— Pero... va a estar encerrado de por vida por culpa de una injusticia y, ¿no quiere tomarse la justicia por su mano?

— Yo que usted acudiría a la consulta de algún compañero psiquiatra. Me está preocupando su actitud. Quizás podría hablar con aquel compañero de facultad que se fue a vivir a Londres cuando dejó embarazada a aquella morena de...

— ¡Basta ya!

La puerta volvió a abrirse pero esta vez el que entró fue un hombre alto, perfectamente trajeado y con un pelo completamente blanco que engañaba sobre su verdadera edad. Comenzó a hablar con una respiración entrecortada que evidenciaba que se había dado mucha prisa en llegar hasta allí. Sacó de su bolsillo una cartera que mostró al psiquiatra.

— Buenas tardes. Soy el inspector jefe de la Unidad Central de Información. Siento interrumpirles pero me temo que su evaluación debe terminar ahora mismo.

— En realidad no he terminado todavía. Hay algunos aspectos en sus respuestas que me tienen completamente desconcertado. Me gustaría seguir hablando con él de cómo...

— No hay nada que aclarar, amigo. Estamos delante de un chiflado que dice que ha venido aquí desde no sé qué jodido planeta, seguro que para avisarnos del fin del mundo o alguna gilipollez por el estilo. Haga su informe y espere a que sea requerido por la fiscalía. De momento me hago cargo yo personalmente del detenido.

— Pero... yo...

— Lo siento. Déjenos solos, por favor. Tengo cierta prisa.

— De acuerdo, lo que usted ordene. — contestó recogiendo su documentación y mirando cómo S32 le observaba con su habitual sonrisa.

— Gracias por su comprensión. — dijo el inspector mientras abría la puerta para que saliera. — Tenga cuidado. Veo debajo de la mesa que ha perdido uno de sus papeles.

El psiquiatra se agachó, recogió el papel y vio que efectivamente era uno de los folios que deberían estar dentro de sus carpetas. Miró a S32.

— Ya le dije que nunca me equivoco en cosas tan sencillas.

El inspector ayudó al apesadumbrado psiquiatra a salir de la sala, cerró la puerta y contempló durante unos segundos a S32 con una visible expresión de enfado.

— Parece que mañana va a llegar una tremenda borrasca a esta zona. — dijo el inspector.

— Sí. Será cuestión de tener cerca un paraguas.

— Voy a sacarte de aquí, S32. Creo que ya te has divertido demasiado.

5 - Día 7471

— Oye chaval, ¿no te han contado nunca la historia del día que entró éste a trabajar al taller?

— Pues no.

— Anda Javi, cuéntanos lo que le dijiste al jefe aquella vez.

— Que no, hombre. Que os lo he contado ya mil veces. No seáis pesados. — contestó S32 cogiendo una de las cervezas que habían dejado en la mesa.

— Venga tío, enróllate. Nos encanta esa historia. Ya verás, chaval. Te partes el culo de risa.

— Bueno, está bien. La contaré por ser mi despedida. El primer día que entré aquí el jefe me enseñó un coche que no arrancaba. Era una especie de examen que me quería hacer. Me dejó solo un rato y... bueno, al final la avería era una chorrada. El caso es que cuando terminé fui a su despacho y allí estaba el jefe con la cara esa de mala hostia que tiene habitualmente. Me preguntó muy serio si ya había terminado la reparación y yo le dije que sí.

— Cuéntanos lo que le dijiste. Ya verás, te partes.

— Que sí, pesado. Lo que le dije exactamente fue: “Acabo de completar con éxito la sustitución del manguito 260-231-058. Con respecto al motor, he comprobado que tanto el avance centrífugo como el de vacío funcionan correctamente. Sin embargo, estaba desincronizado. Como era de prever, la causa era un desajuste en el piñón de arrastre de la bomba de inyección. Una vez corregida esta anomalía, el motor ha arrancado y está funcionando normalmente por lo que en una primera valoración, creo que la incidencia está totalmente subsanada.”

— ¿De verdad le dijiste eso al jefe? ¿Y qué te contestó? — preguntó el mecánico más joven entre las risas de todos sus compañeros.

— Pues no me acuerdo muy bien. Fue hace ya casi quince años. Me mandó para abajo y... no sé. Se quedaría un poco mosqueado, me imagino.

— Y, ¿cómo se te ocurrió contestarle eso?

— Es que éste antes siempre hablaba así. — dijo el más veterano de aquel grupo de mecánicos que se habían apropiado de casi todas las mesas de un pequeño bar al lado del taller donde trabajaban. — Luego, con el paso de los años, ya le hemos conseguido llevar a nuestro terreno pero es que antes... Javi, reconócelo, eras un poco raro.

— Pues sí, lo reconozco. Y un poco gilipollas también. — contestó S32 dejando su cerveza junto a un cúmulo de botellas que se amontonaban en las mesas.

— Bueno, raro, todo lo que quieras. Pero el mejor mecánico que he visto en mi puñetera vida. Aquí chaval, donde lo ves, llegaban motores de modelos que no habíamos visto en la vida y éste, en un plis-plas, motor arreglado. Durante años le hemos estado diciendo que era tonto por seguir trabajando aquí. Tú tenías que haber sido un ingeniero de esos, diseñando motores o lo que sea. Podías haberte hecho millonario y, qué cojones, podías haber comprado el taller y haber mandado a la mierda al jefe, a su hermano y la sosa de su mujer.

— Si me hubiera ido de aquí me hubiera perdido vuestras discusiones de fútbol los lunes por la mañana y los bocadillos de lomo con pimientos que prepara la mujer de éste. — dijo S32 levantándose y cogiendo su abrigo del respaldo de la silla. — Bueno chicos, yo os agradezco muchísimo esta despedida pero me tengo que ir, de verdad.

— Espera, espera. Tenemos un regalo para ti. No sé si en el sitio ese donde vas a trabajar en Australia te dejarán poner fotos en tu lugar de trabajo pero nos gustaría mucho que pusieras ésta.

Abrieron una mochila y sacaron de ella un pequeño paquete. Era un marco de plata con una fotografía que dieron a S32 mientras éste se volvía a sentar en su silla.

— ¿Te acuerdas de esta foto, Javi?

—Pues... Ah, sí. Esto es en el taller antiguo el día del cumpleaños de Emilio. Nunca había visto esta foto. Me dijisteis que se os había roto la cámara o algo así.

— Qué va. El caso es que el otro día la vi por casa y se nos ocurrió este pequeño detalle. Es una tontería pero, bueno, estamos todos juntos. Fíjate, hasta el pobre Mikel estaba aquí. Y por cierto, ¿a ti qué se te ha perdido allí tan lejos, con los canguros? Si te quedaras aquí y montaras un taller, te forrabas. Te lo digo yo.

— Es posible, pero me espera una nueva vida. Tenía ganas de un cambio.

— Escríbenos una postal de vez en cuando. Nos encantaría saber qué es de ti. Y a ver si encuentras por allí una chavala en condiciones, que se te está pasando el arroz.

— Bueno, lo dicho. Me tengo que ir ya. — dijo poniéndose el abrigo y guardando la fotografía debajo del brazo. — Como sabéis, no me gustan las despedidas así que simplemente os diré que he pasado unos años estupendos con vosotros. Me he reído mucho y me habéis hecho la vida aquí mucho más agradable de lo que os pensáis. No os olvidaré nunca, de verdad. Sobre todo a ti, Oscar, que me debes todavía veinte euros de la última primitiva.

— Me cago en la leche. Es verdad. — dijo uno de aquellos hombretones secándose las lágrimas con la manga de su chaqueta. — El caso es que me pillas ahora mismo que no tengo...

— Déjalo, era una broma. Invítales a unas cañas a esta gente un año de estos y me daré por pagado.

S32 abrazó a sus diez compañeros y salió rápidamente del bar. Era verdad que no le gustaban las despedidas. Nada más cruzar la calle para dirigirse a su casa le abordó un hombre alto que vestía un impresionante abrigo cruzado de alpaca.

— Parece que mañana va a llegar una tremenda borrasca a esta zona. — le dijo aquel hombre.

— Sí. Será cuestión de tener cerca un paraguas. Pensé que hasta las ocho no vendrían a buscarme a casa.

— Sí, sí. Ese era el plan. Soy Z91, responsable de los traslados de esta zona. ¿Te importaría que diéramos un paseo? Tengo que hacer un recado antes de ocuparme de tu viaje.

Los dos hombres fueron andando durante unos minutos hacia el centro de la ciudad sin dirigirse la palabra. A S32 le extrañó un poco el encuentro con el encargado de su traslado mucho antes de la hora prevista.

— Bueno, pues parece que esto ha llegado a su final. — dijo por fin Z91. — Viniste aquí para arreglar un problema con los comunicadores hace ya cuánto, ¿quince años?

— Casi dieciséis. El tiempo pasa volando, la verdad.

— Y menudo cambio. ¿Te acuerdas cómo llegaste aquí? Con problemas en la transferencia, sin tener ni idea de cómo comportarte en público...

— Joder que si me acuerdo. Como que a los pocos días ya estaba yo visitando la comisaría. Qué desastre.

— Y con V55... ¿te acuerdas?

— Y tanto. La pobre Cova tuvo que aguantar carros y carretas conmigo. ¿Sabes si regresó?

— No, no. Sigue por aquí. Bueno, y tú, ¿cómo reaccionaste el otro día cuando te enteraste de que regresabas?

— Pues... me extrañó. Durante los primeros años siempre estaba esperando que un día u otro me mandarían para allá pero hace tiempo que ya no pensaba en eso. Pero bueno, nunca es tarde si la dicha es buena como dicen por aquí.

— Ya, pero... además de extrañarte, ¿te gustó la idea o no?

— No entiendo. Me han ordenado volver y por eso regreso.

— Ya, ya sé que se te ha ordenado volver pero lo que quiero saber es si a ti esa idea te gusta o no. Si pensaste “qué lástima, con lo bien que vivo aquí” o más bien fue “por fin, ya es hora de que me manden otra vez para casa”.

— Pues, no me lo he planteado. Siempre he cumplido lo que se me ha ordenado.

— Lo sé. Veo que te han regalado algo tus compañeros de trabajo.

— Sí, una foto.

— ¿La puedo ver?

S32 le enseñó su regalo y Z91 se paró en medio de la acera para poder contemplarlo mejor.

— Parecen simpáticos. Has tenido un buen ambiente de trabajo durante todos estos años, ¿no?

— Sí, muy bueno. Son todos unos bestias pero...

— Pero son todos buenos amigos tuyos. ¿No ibas a decir eso?

— Sí, supongo que sí.

— Sabes que no te puedes llevar nada en tu viaje, ni siquiera esta foto, ¿no?

— Sí, eso me dijeron aunque... bueno... pensaba que quizás se podría hacer alguna excepción con algunas cosas como esta pequeña foto o un...

— No, en absoluto. No se puede hacer ninguna excepción. Dime una cosa. ¿Por qué no has pedido otro destino durante todo este tiempo?

— El del taller mecánico es un trabajo que me gusta. No tiene demasiadas pretensiones. La gente no acude a ti queriendo que les salves la vida o que les hagas más feliz. Simplemente te traen un coche averiado y tú se lo arreglas. Me parece un trabajo muy digno.

— Desde luego. Nadie ha dicho que no lo sea. Volviendo a V55, ¿qué tal llevas lo de las mujeres?

— ¿Yo? Pues... muy bien. No tengo ningún tipo de problema.

— ¿Tomas habitualmente el kerzen que te proporcionamos?

— Claro, por supuesto. ¿Por qué me preguntas eso?

— No, por nada. Bueno, ya hemos llegado y yo ya he escuchado todo lo que necesitaba. Hay algo muy importante que debes saber pero no voy a ser yo quien te lo diga. ¿Ves esa cafetería de la esquina con el toldo rojo? Entra en ella y en una de las mesas verás a alguien que te está esperando.

— Vale. Y tú, ¿no me acompañas?

— No, no. Aquí nos despedimos. Ha sido un placer hablar contigo.

— Pero, ¿y lo del traslado? ¿Tengo que estar en mi casa a las ocho?

— Eso te lo aclararán dentro de la cafetería. No te preocupes. Hasta luego.

S32 cruzó la calle en dirección a la cafetería que le habían indicado desconcertado por aquella conversación y por tanto misterio. Nunca le habían gustado demasiado las sorpresas. Desde que hacía unos días que le habían comunicado que

debía regresar a su planeta, se sentía agobiado por los acontecimientos. Y no es que preparar su viaje de regreso hubiera sido demasiado complicado. Simplemente le habían indicado que en su trabajo dijera que se iba a vivir muy lejos y nada más. No se tenía que preocupar ni por su casa, ni por su coche, ni por ninguna de sus pertenencias.

Un poco molesto por todo ese asunto entró a la cafetería y se dirigió a un grupo de mesas que estaban todas ocupadas. En un principio no le llamó nada la atención hasta que se fijó en la última de las mesas situada justo debajo de un perchero.

— ¡Covadonga! No me lo puedo creer. ¿Qué haces aquí?

Ella se levantó y se dieron dos besos. Los dos se rieron al verse después de tantos años y ambos se alegraron mucho de su reencuentro.

— No me lo puedo creer. Estás guapísima. De verdad.

— Muchas gracias. Tú tampoco estás mal. Un poco más canoso, nada más.

— Maldita transferencia. Si no hubiera fallado, ahora mismo estaría casado con una mujer impresionante y tú estarías disfrutando de la compañía del hombre más interesante que hay en este planeta.

— Estoy convencida de ello. Anda, siéntate. ¿Quieres un café?

— Mejor una cerveza.

S32 estaba encantado con la presencia de V55. Era la primera vez que la veía sin ningún tipo de presión psicológica. Los días que había durado su nefasta relación con ella, todo habían sido problemas, meteduras de pata y reproches. Ahora simplemente estaba tomándose algo con una atractiva mujer sin ningún otro tipo de pretensión.

— La primera cerveza que te tomaste en tu vida fue en mi casa, ¿te acuerdas?

— Cómo no me voy a acordar. En aquel séptimo piso con un ascensor muy viejo. Qué tiempos. Bueno, cuéntame algo de tu vida. No sabía si estabas todavía por aquí o habías vuelto.

— No, no. Aquí sigo. Estoy casada, ¿sabes? Y tengo tres hijos. Dos niños y una niña.

— ¡Tres hijos! Qué maravilla. Veo que en tu casa el kerzen no tiene mucho éxito.

— No, desde luego que no.

— Oye y... ¿con quién te has casado? ¿Con el Aitor aquel?

— ¿Aitor? No fastidies. En realidad me hiciste un favor con todo aquel follón. Era un poco tonto, la verdad. Muy guapo pero bastante cortito. Estuvo durante una temporada muy pesado, tanto que le tuve que decir que aquella historia que le habías contado era verdad. Que nos habíamos casado y que él había destrozado mi matrimonio. Solo así me dejó en paz.

— Tres hijos. Quién lo diría. Estás estupenda, de verdad, Cova.

— Bueno. — dijo V55 tomando un sorbo de café. — Yo estaría encantada de pasar aquí un buen rato contándote mi vida pero, ¿no te extraña que esté aquí esperándote y que Z91 te haya mandado aquí para hablar conmigo?

— Joder, tienes razón. Estoy un poco atontado. Llevo unos días que no sé ni lo que hago. Entonces, ¿me estabas esperando?

— Sí, Javier. Si Z91 ha hecho que entres aquí para hablar conmigo eso solo significa una cosa. Que no te vas.

— ¿Cómo que no me voy? No te entiendo.

— Quiero decir que no regresas a nuestro planeta. Te quedas aquí.

— Pero... ¿qué dices? Hace unos días contactaron conmigo para decirme que...

— Ya, ya sé. Solo querían hacer una última comprobación antes de, como dirían aquí, jubilarte.

— No entiendo nada, Cova.

— Te estoy diciendo que no estás autorizado a regresar. Ni yo tampoco. Y, si te sirve de consuelo, desde hace muchos años no se autoriza a nadie a que vuelva. Z91 te habrá dicho que es el responsable de los traslados pero más bien es el de los no traslados. Ha comprobado por última vez que estás muy a gusto en este planeta y que estás dispuesto incluso a mentir para ocultarlo. Vamos, como cualquiera de los habitantes de la Tierra. Por ejemplo, como cuando dices que sigues tomando kerzen cuando en realidad tienes una vida amorosa de lo más agitada, especialmente desde hace un par de años con una morena guapísima.

— ¿Cómo sabes tú lo de Ana?

— Lo sé porque me lo han contado hace unos días, cuando me dijeron que debía tener esta conversación contigo.

— No me lo puedo creer. O sea que, ¿me voy a tener que quedar aquí? ¿Y por qué me tienes que contar tú todo esto? ¿A eso te dedicas?

— No, no, en absoluto. Yo soy simplemente una persona que tuvo una relación contigo, con la que tienes cierta confianza y que ya ha pasado por esto. En realidad este sistema tan familiar de dar este tipo de noticias está pensado para personas con unas enormes ganas de volver y a las que se les deniegue el retorno. Pero tú, Javier, si no me han mentido, dudo que tengas demasiadas ganas de dejar todo esto. A ti también te tocará hacer este papel en algún momento.

— No sé qué decir. Hasta hace cinco días no me imaginaba que me iban a enviar de vuelta pero siempre había pensado en esa posibilidad. Tienes razón cuando dices

que no tengo excesivas ganas de volver. Es verdad. Si no había nada que me atara allí hace quince años, imagínate ahora. Pero me siento un poco descolocado. Hace un año me dijeron que ya no tenía por qué seguir instalando comunicadores, que ya había otras personas que habían venido para hacer esa misión. Y ahora, esto. No sé. Me siento raro.

— Te sientes como cualquier jubilado de este planeta, Javier. Tómatelo así. Eres libre de hacer lo que te dé la gana. Puedes trabajar donde quieras, viajar donde te apetezca, casarte y tener hijos como hice yo...

— ¿Tú también estás jubilada?

— Pues sí. Profesora de universidad pero jubilada de extraterrestre. Ese es mi estado actual.

— O sea que en nuestro planeta, ¿no hay nadie que haya vivido en la Tierra?

— Por lo que yo sé, prácticamente nadie. Y los pocos que han conseguido volver son todos Alfas y están perfectamente controlados. Solo les falta ponerles una etiqueta en la oreja como hacen aquí con las vacas.

Un café y dos cervezas más tarde S32 todavía intentaba digerir su nuevo estatus. Era cierto que en realidad hacía muchos años que había dejado de querer regresar a sus orígenes. Para él, la Tierra seguía siendo un planeta habitado por una legión de millones de descerebrados con unas capacidades intelectuales absolutamente más que limitadas. S32 se sentía preso de aquella gente. Sentía que sus comidas, sus costumbres, sus paisajes, toda aquella sociedad tan desorganizada y tan cruel había abierto un boquete en la coraza que había traído desde su planeta y le habían hecho cambiar profundamente. Seguía pensando que aquel proyecto de civilización que había comenzado hacía 50.000 años había terminado siendo un fracaso. Su sociedad,

tan jerarquizada y perfectamente organizada, se había convertido en la Tierra en un auténtico caos pero él jamás había sido tan feliz como dentro de aquel desorden. No recordaba el momento exacto en el que se había rendido ante aquellos palurdos. Quizás la primera vez que se bañó desnudo en una playa de noche. O cuando uno de sus compañeros le invitó a su casa para presentarle a su nuevo hijo. Tal vez la primera vez que hizo el amor con aquella chica tan reservada que asombrosamente perdía junto con su ropa todo su pudor. A lo mejor no hubo un momento en concreto sino que simplemente, dieciséis años después de su aterrizaje, S32 se había dado cuenta de que ya formaba parte de todo aquello.

— ¿Sabes lo que vamos a hacer? Lo que hicieron conmigo el día que me dieron a mí la noticia. ¿Por qué no te vienes el fin de semana con mi familia? Tenemos unos amigos que tienen una casa en la playa y se la podríamos pedir. Te traes a la morenita esa y nos pasamos unos días allí tranquilamente. Podrás pensar sin agobios y descubrirás que todo te va a ir muy bien. Anímate, de verdad. Será divertido.

— Bueno, es que Ana es una indígena y no sé yo si...

— Anda éste. Y mi marido también. ¿Qué te crees? ¿Que mi marido y mis hijos saben que yo no soy de aquí y que vengo de esos mundos de Dios?

— Ah, perdona. Pensaba que quizás... no sé...

— Mira, desengáñate Javier. Como tú también habrás podido comprobar, los de nuestro planeta somos unos sosos.

— Oye, me estás escandalizando, Cova. Pensaba que eras más formal.

— Sí, sí. Igual de formal que tú.

— Oye pero, no sé si Ana querrá. Nunca le he presentado a nadie como mi pareja. No sé cómo se lo tomará.

— Pues o viene ella o traes un frasco bien grande de kerzen, que te conozco.

Una manzanilla y dos cervezas más tarde salieron de la cafetería y se despidieron en la puerta después de prometerse seguir en contacto. A S32 le apetecía quedar alguna vez con V55 y su familia pero no aquel fin de semana. Todavía tenía que pensar mucho en su futuro aunque para hacerlo en condiciones, lo primero que tenía que hacer era esperar a que se le pasaran los efectos de la cerveza. Decidió dar un largo paseo hacia su casa aprovechando que era una calurosa noche del mes de junio y la temperatura animaba a ello. Durante su paseo pensó atropelladamente en lo que iba a hacer al día siguiente. Quizás presentarse en el taller y dar una sorpresa a sus compañeros. O pasarse por una agencia de viajes y ver lo que costaría un vuelo solo de ida a Australia. Pensó en la palabra libertad, uno de aquellos vocablos de los que desconocía su significado al aterrizar y que tuvo que ir aprendiendo con el paso del tiempo. Mientras esperaba en un semáforo, se colocó a su lado alguien que le iba a recordar la palabra casualidad.

— Oiga, perdone que le moleste. Usted es... ¿se acuerda de mí?

— Pues, permíteme porque supongo que debería, pero no caigo.

— Usted no es aquel... ya sabe... aquel extraterrestre.

— ¿Cómo dice?

— Por supuesto que es usted. ¿No me recuerda? Soy Ignacio Urrutia, el psiquiatra que le estuvo entrevistando hace muchos años en la comisaría.

— Ah, sí, claro, ahora caigo. Perdona pero hace tanto tiempo...

— Sí, hace muchos años pero yo le puedo jurar que no ha pasado ni un solo día sin que no haya pensado en usted.

— Siento que suene descortés pero a mí no me ha pasado lo mismo.

— Usted decía que era extraterrestre, ¿se acuerda?

— Claro que me acuerdo. He dicho tantas gilipolleces en mi vida.

— Pero usted adivinó dónde había estudiado y todas aquellas historias sobre mis compañeros de facultad.

— Sí. Menuda la que monté. Perdóneme, nunca he tenido la oportunidad de disculparme durante estos años. En aquel tiempo estaba atravesando una época bastante turbulenta y me dio por aquello de que era extraterrestre.

— Pero adivinó aquello sobre mi vida que era imposible que nadie conociera.

— Hombre, imposible no. Yo sabía que iba a ser usted el que me iba a evaluar así que convencí a unos amigos de que averiguaran cosas sobre su vida entre sus compañeros de facultad. Con cuatro detallitos puedes impresionar a cualquiera. Así que aquella aventura en los servicios no fue tan privada como usted se cree. Y eso es todo. Repito que era una época muy alocada pero yo, idiota no lo he sido nunca.

— Pero... y aquello de adivinar el número de folios, ¿qué me dice?

— Era un dossier que estuvo en manos de mi abogado. Simplemente le pedí que me dijera el número de páginas y ya está. Todo es mucho más sencillo de lo que parece.

— O sea que... entonces...

— ¿Qué pasa? ¿Que se creyó que era un extraterrestre?

— No... no... por supuesto que no. Pero, ¿está usted seguro que mi informe estuvo en manos de su abogado? Yo no recuerdo eso en absoluto.

— Bueno, discúlpeme pero tengo un poco de prisa. Me ha encantado volver a charlar con usted.

— Espere un momento por favor. Me gustaría hablar un poco más de todo aquello. Mis amigos de facultad estoy seguro que jamás conocieron...

— Lo siento. Tengo que irme.

Comenzó a llover. S32 se subió el cuello del abrigo y aceleró el paso hacia su casa. De repente se quedó parado en el escaparate de una agencia de viajes. Buscó a ver si por casualidad había un anuncio con alguna oferta de viajes a Australia. No la encontró. Reanudó la marcha hacia su casa pensando que al día siguiente les daría una sorpresa a sus compañeros de taller.

